
MARÍA
VILLAMAYOR
LIENZO
DE
SANGRE
Planeta

Índice

Sinopsis

Alejandra Ferrer, oculta bajo la identidad falsa de una millonaria argentina, consigue adentrarse en el mundo del arte para indagar en la corrupción y el poder que se esconde detrás de la asociación INACFA. Con la venganza como motor, Alejandra y su hermana Sara se ven involucradas en una difícil misión que pondrá a prueba su relación. Juntas tejerán un plan astuto y peligroso para destruir a Augusto Fonfría, el dueño de la asociación y responsable de la muerte de sus padres. Las dos hermanas tendrán que lidiar con persecuciones, asesinatos, sobornos y depravación en una trama llena de intriga.

Lienzo de sangre

María Villamayor



A ti, Joaquín, por todo lo que me has demostrado durante tantos años. Por tu infinito apoyo y tu colosal paciencia para lidiar con las incontables horas que me ha aprisionado esta novela

A veces, para llegar al final, hay que volver al principio.

MARÍA VILLAMAYOR

CAPÍTULO 1

Ella miró la hora en el Cartier de su muñeca. Eran las seis y media en punto. Iba con tiempo de sobra. Se dirigió al taxista y le indicó que se detuviera en la puerta del Mercado de Colón.

La mujer descendió del vehículo dejando entrever sus bien torneadas piernas. Se arregló el estiloso traje de chaqueta, colgó su bolso Chanel del antebrazo y con una elegancia innata se adentró en el mercado. El taxista la siguió con la mirada. Al oír varios toques de claxon, el hombre reaccionó, salió de su encanto y continuó la marcha.

El Mercado de Colón, construido en una de las manzanas del primer Ensanche a principios del siglo XX, se creó por la demanda de los vecinos de disponer de un mercado cercano para evitar la venta ambulante, y para no tener que desplazarse hasta los lejanos Mercado Central y de Ruzafa. Declarado monumento nacional, era uno de los edificios emblemáticos, de estilo modernista, situado en el centro vital de la ciudad y núcleo de una de las zonas de mayor actividad comercial.

Había empezado a oscurecer, pero la temperatura seguía siendo agradable para la estación otoñal. La mujer levantó la cabeza para admirar la inmensa fachada y se deleitó con el arco apuntado adornado con cerámica valenciana, *trencadís*, mosaicos y relieves. Se abrochó uno de los botones de la chaqueta y, con paso firme, se integró en el ambiente que emanaba el centro comercial. Pasó por las terrazas de las cafeterías, atestadas de gente, hasta llegar a la escalera mecánica que conducía al piso inferior. Mientras descendía, posó sus ojos en la imponente fuente central, rodeada de restaurantes y cervecerías, hasta que localizó lo que buscaba. Lo tenía justo enfrente. Mentalmente leyó el letrero que ocupaba gran parte del escaparate: «INACFA Galería de Arte y Sala de Subastas».

Fisgoneó el interior a través de las vidrieras. Había tres personas que curioseaban las obras expuestas junto a una mujer a su lado que

les hablaba, seguramente explicándoles de qué iban las obras, y el guardia de seguridad que iba, de aquí para allá, matando el tiempo. Localizó a la persona encargada de la exposición detrás de un discreto mostrador. Sin más preámbulos, entró. La sala era amplia y diáfana. El blanco de sus paredes contrastaba con los variopintos colores de las decenas de creaciones que allí colgaban.

—Buenas tardes, ¿el señor Duarte? —preguntó en tono amable, pero con seguridad.

—Sí, Anselmo Duarte. ¿En qué puedo ayudarla?

—Soy Leonor Villacrés de Pousa.

—Discúlpeme por no reconocerla. —Su rostro reflejó el fastidio de su torpeza y, al mismo tiempo, la suavidad de la complacencia. Esa morena mujer de ojos negros era mucho más bella en persona que en todas las fotografías de sociedad en las que la había visto desde que supo de su existencia.

—Es comprensible —respondió ella, y esbozó una sonrisa—. Nuestra comunicación siempre fue por teléfono. Ya sabe... la distancia nos impide estar en varios lugares a la vez.

—Sí, naturalmente —asintió Duarte, al mismo tiempo que percibía su acento argentino—. Espero que haya quedado satisfecha con las últimas adquisiciones.

—Por supuesto. Me encantó el Pinazo —pronunció con exagerado énfasis—. Su estilo impresionista me seduce. El rostro de esa niña..., sus gestos tan espontáneos. Esa expresión tan realista; solo un maestro como Pinazo podía crear algo así. Darle vida a un retrato. ¿No le parece?

—Estoy totalmente de acuerdo con usted. Pinazo también es uno de mis favoritos. ¿Y qué me dice del Cabellut que obtuvo en la subasta?

—¡Fantástico! —exclamó—. Una obra exquisita. Lita Cabellut plasma el sufrimiento en sus retratos de una forma magistral. Quizá porque ella también tuvo una vida difícil y nos presenta su historia a través de sus obras.

—No sabe cuánto me alegro de que haya quedado contenta —manifestó satisfecho.

—Pero el que me dejó sin palabras —añadió ella locuaz— fue el de Eduardo Naranjo. Tenerlo delante es un privilegio, y es también una satisfacción personal saber que es mío —sonrió.

Anselmo Duarte la escuchaba embelesado.

—Tenía mucho interés en conocerlo personalmente —expuso ella con una penetrante mirada—. Fue tan atento en el trato telefónico y en las subastas.

El marchante se creció, si cabía más, al oír semejante cumplido.

—Tan solo hago mi trabajo, doña Leonor.

—Por favor, dejémonos de formalismos. —Su tono era mitad regañina mitad complicidad—. Leonor es suficiente.

—Como usted prefiera —acató él con las mejillas coloradas—. ¿Qué tal el viaje? Según me contó, venía a Valencia por un tema de negocios.

—Tal cual, llegué ayer de Miami, y estoy alojada en la *suite* del Hotel Palacio Vallier —explicó sin demostrar demasiado interés.

—¡Un hotel excelente y céntrico! —alabó Duarte.

—¿Tiene lo que le pedí? —preguntó ella impaciente.

—Preparado y listo, tal y como quedamos. ¿Le importa si le muestro primero nuestras instalaciones? He de decirle que estas salas fueron inauguradas hace escasamente un par de meses. Hemos mimado mucho las obras en el traslado. El local anterior se nos había quedado pequeño. La verdad es que estamos muy orgullosos del resultado. No se ha reparado en gastos, como puede apreciar. El arte se merece lo mejor, ¿no cree?

—Qué razón tiene y qué gusto tan refinado en la decoración. También los felicito por el entorno VIP del mercado. Un acierto total. Me comentó que usted es el encargado de la sala, ¿no es así?

—Sí, bueno... —carraspeó antes de continuar—, yo diría que más que el encargado. —La boca se le llenó con las últimas sílabas—. ¡Todo el material que llega pasa por mis manos! —argumentó petulante—. ¡Yo soy quien supervisa y da el visto bueno!

—Entonces lo felicito, porque esto es un verdadero imperio, aunque me gustaría hablar directamente con el máximo responsable, si es posible, ¡claro está! Ya sabe..., cara a cara.

—Sí, claro, claro. Aunque no lo veo factible. Discúlpeme, pero he de confesarle que yo solo lo he visto unas cuantas veces, aunque sí que he hablado por teléfono con él en alguna ocasión más. Una empresa de este nivel tiene una amplia jerarquía de mando, y como imaginará, él es una persona muy ocupada.

—Sí, ya me imagino y es una verdadera lástima —articuló en

tono de fastidio mientras alargaba las palabras para que surtieran más efecto.

Anselmo Duarte notó que se le encogía el estómago y le empezaba a sudar la frente.

—En ese caso y dadas las circunstancias, seguiremos tratando usted y yo —apuntó ella con una leve sonrisa de resignación.

Duarte respiró profundamente. Lo último que quería en el mundo era perder a esa importante y atractiva clienta. Según sus averiguaciones, era la heredera de un magnate empresario argentino, con sede en Estados Unidos. Un hombre afamado por su talento para cosechar y multiplicar su fortuna. Lo poco que había podido recopilar de su querida y única hija era su gran afición por despilfarrar el dinero de su papá. Había pasado por los caprichos más descabellados y parecía haber encontrado, por fin, su lugar en el arte, ya que en los últimos meses había recopilado una suculenta y valiosa colección de obras de los pintores más reconocidos. Estaba seguro de que en breve sería la comidilla y la envidia de muchos de los coleccionistas que frecuentaban la sala de subastas.

—¡Me gustan estas obras! —manifestó ella con empaque, ante la exposición que tenía delante—. La combinación de los colores me parece fascinante —opinó, y se detuvo en una de ellas en particular.

—La colección es de Cristina Gamón —le aclaró Sonia, la comercial de la galería que se encontraba a un par de metros de distancia—. Una artista emergente valenciana cuyo trabajo tiene una gran carga emocional —continuó, y se colocó a su lado, ufana de saberse la lección.

—Claro, tienen mucha personalidad —aseguró Leonor encandilada.

Sonia, ante la expresión de agrado, prosiguió con su explicación:

—Sus cuadros son como ventanas a otro espacio donde el espectador se ve entre la vida real y los sueños, transmitiéndole paz, dulzura y serenidad.

—¡Me convenció! Me llevo este. —Señaló el que tenía enfrente—. Y esos dos del final.

El corazón de Anselmo Duarte brincaba de alegría, mientras Sonia se retiraba para atender a otros clientes que acababan de entrar.

—Ha hecho una formidable elección —la elogió Duarte—. Yo no la hubiese hecho mejor. ¿Se los envío al hotel o va a pasar alguien a

recogerlos?

—Al hotel, por favor, pero déjeme ver si hay algo más que me pueda interesar.

—Por supuesto… —contestó él prudente.

Anselmo Duarte retrocedió unos pasos mientras, mentalmente, calculaba la suma de la compra.

—Por el momento, ya está —añadió ella—. Iba a enseñarme la galería, ¿no es así?

—Sí, si es tan amable de seguirme, le mostraré las nuevas adquisiciones y la impresionante sala de subastas. Le confesaré que es la más grande de toda España, y está previsto que pase por aquí lo mejor de lo mejor concebido en el mundo del arte, a lo largo de la historia.

—Entonces, espero que me mantenga informada de todo. Ya sabe lo caprichosa que soy. —Su actitud se apreció algo más cercana, o así lo percibió Duarte, inflado de gozo.

—¡No lo dude! ¡Usted será la primera persona en saberlo! —Su tono resultó tan servicial como siempre.

La visita se hizo más larga de lo que Leonor Villacrés tenía en mente. Por fin, Duarte la acompañó a su despacho y le descubrió, ante sus ojos, la maravillosa obra de Merello que tenía encargada y que tanto ansiaba mostrarle.

—¡Sublime! —vocalizó ella al verla—. ¡Envíemelo junto con los otros cuadros!

—¡Así será! —asintió.

Leonor Villacrés de Pousa se alejó unos pasos y suspiró. Algo en su expresión había cambiado. Duarte lo percibió al instante. No sabía cómo calificar el gesto, pero hubiera jurado que era de desagrado.

—¿Va todo bien? —preguntó alarmado.

—Sí, fue una tarde muy productiva. —Leonor se quedó pensativa durante unos instantes—. Aunque siempre me pasa lo mismo. Siento una sensación recurrente de vacío que no puedo controlar —confesó.

—¿De vacío? —repitió, abrumado por la situación.

—Sí, de que me quedo con las ganas de algo más. No sabría cómo explicárselo.

—Le puedo seguir mostrando la galería, estoy seguro de que encontrará algo…

—¡No, no se moleste! —Ella hizo un ademán con la mano como

restándole importancia—. Soy yo, que nunca estoy conforme. Siempre me ha pasado, desde que era muy chica. Me ilusiono con algo, por muy valioso que sea, y no puedo sacármelo de la cabeza hasta que lo consigo. Irremediablemente, cuando ya está en mi poder, pierde gran parte del encanto y ya solo aspiro a conseguir algo mejor, más valioso. En lo posible, único e inaccesible.

Duarte enmudeció. No entendía qué era lo que pretendía decirle esa niña de papá.

—¡Usted me entiende! —pronunció ella, y lo miró fijamente.

—Discúlpeme, pero no sé a qué se refiere. —Su tono reticente provocó que su lengua trastabillara antes de completar la frase.

—Yo sé que usted puede conseguir lo que se proponga. —Su mirada impertérrita lo derrumbó.

—Bueno… —Carraspeó antes de continuar—. He de hacer una pequeña aclaración, yo solo soy el encargado —pronunció con humildad—. Quiero decir que no todo pasa por mis manos, a decir verdad, yo me limito a vender y a mostrar lo que me traen. ¡Vamos, que no pinto mucho más!

—¡No me diga eso! ¡Qué desilusión! Yo creía que usted era de confianza. —Leonor se mostró persuasiva, rozando el alcahueteo.

—¡Y lo soy, claro que lo soy! ¡La duda ofende! —Duarte se enjugó la frente con un inmaculado y bien planchado pañuelo de algodón.

—Ya me deja más tranquila. —Ella respiró exageradamente—. ¿Sabe cuál es la frase preferida de mi papá?

Él negó con la cabeza. La mujer lo estaba enredando de tal manera que no sabía cómo iba a salir de la comprometida situación.

—Él defiende la idea de que todo en la vida tiene un precio.

Duarte la miró perplejo.

—¿Usted qué opina? —le preguntó ella con firmeza.

—No sabría qué contestar.

—Yo cuando oía esa frase siempre la rebatía, aunque con el tiempo llegué a darme cuenta de que tenía razón.

—Si usted lo dice —murmuró entre dientes.

—¿Usted estaría dispuesto a que yo le hiciera un encargo de arte… un tanto especial?

—¿Cómo sería de especial? —preguntó con inquietud y curiosidad al mismo tiempo.

—Muy, muy especial —le susurró muy cerca—. Hablamos de muchos ceros. Ya sabe que no hay problema de solvencia. ¡Llamémosle un caprichito!

—Doy por hecho que lo que me pide está en el mercado. —Su entonación se había tornado confidencial.

—Y si no lo estuviera, ¿usted estaría dispuesto a conseguirlo, aunque implique infringir la ley?

El silencio los envolvió durante unos instantes.

—No, no… —negó con voz temblorosa mientras meneaba suavemente la cabeza de lado a lado.

—Por si no quedó lo suficientemente claro, le recuerdo que sería usted el que pondría el precio, sin límite —insistió con habilidad.

Anselmo Duarte intentaba masticar y digerir la arriesgada proposición de esa mujer.

—Prométame que, por lo menos, lo va a meditar —le susurró Leonor con una pasmosa nitidez y una sonrisa benévola.

Él volvió a la realidad y asintió con lentitud.

—Ahora, si le parece bien, ¿liquidamos? —le propuso, y extendió su tarjeta negra de American Express.

Anselmo Duarte realizó el cobro de las obras que Leonor Villacrés de Pousa había comprado. Cuando la acompañó a la puerta, temblaba de pies a cabeza. Ella, antes de salir, se acercó a su oído y le susurró:

—¡Piénselo detenidamente! ¡Le doy dos días! Si accede, será entonces cuando vaya a conocer los detalles del encargo.

Duarte solo pudo asentir mientras rumiaba acerca de cuáles serían sus pretensiones.

Leonor Villacrés de Pousa anduvo, con la entereza y feminidad que la caracterizaba, hasta las escaleras mecánicas. Posó la mano en la barandilla y ascendió esbozando una maquiavélica sonrisa. Una vez en la calle, buscó su móvil en el bolso y envió un wasap a un número agregado en la agenda:

El pez ha mordido el anzuelo.
Ahora solo queda esperar.

CAPÍTULO 2

Anselmo Duarte llevaba dos noches sin pegar ojo. El motivo: Leonor Villacrés de Pousa y su tentadora propuesta. Hoy expiraba el plazo que esa arrebatadora y millonaria mujer le había dado, y las dudas lo acosaban como un fantasma en plena noche. «¡Maldita sea!», se maldijo. Después de muchas vueltas había llegado a la conclusión de que era una oportunidad que no podía desaprovechar. Sabía que el tren de la fortuna pasaba solo una vez en la vida. Por una décima de segundo visualizó: mansión, Porsche, viajes, mujeres, lujo sin medida. Finalmente, había llegado su hora. A sus cincuenta y cinco años había llegado el momento de empezar a vivir.

A la hora acostumbrada, Duarte llegó al Mercado de Colón y saludó a Marcelo, el guardia de seguridad, y a Sonia, la comercial, que estaban esperando en la entrada. Abrió las puertas de la galería de arte y se dispusieron a comenzar la jornada laboral. Apenas había transcurrido media hora cuando sonó el teléfono.

—INACFA, galería de arte y subastas. ¡Dígame!

—Buenos días, señor Duarte. Soy Leonor Villacrés de Pousa —pronunció con entereza.

—Buenos días. —Su voz delataba el nerviosismo que le embargaba la situación. Desconocer lo arriesgado del encargo le mantenía en vilo, pero aún más la incertidumbre de si iba a hacer lo correcto o si se arrepentiría por el resto de su vida.

—¿Ya tomó una decisión? —preguntó sin más preámbulos.

—Sí —pronunció él.

—¿Y?

—¡Acepto! —Su voz reflejaba cierta inseguridad.

—¡Sabía que podía contar con usted! —manifestó con rotundidad—. Por muy arriesgada que sea la misión, sé que será capaz de llevarla a cabo con éxito.

—¿De qué se trata? —preguntó él, no muy convencido de querer saberlo.

Duarte sacó el pañuelo del bolsillo y se secó la frente que le empezaba a sudar.

—Como un experimentado marchante en el mundo del arte, recordará el mayor robo de la historia en el Museo Isabella Stewart Gardner de Boston, valorado en más de quinientos millones de dólares.

—¡Por supuesto! —afirmó contundente—. Después de más de treinta años sigue siendo un verdadero enigma.

—Cierto. Ocurrió el 18 de marzo de 1990. Las casualidades de la vida. ¿Sabe que fue el día en que yo nací?

—No, no lo sabía.

—Bueno, no sé si eso tendrá algo que ver. Me acuerdo que mi papá me llevó al museo cuando yo era muy chica, y me impresionó. ¡Mire si me impresionó! Fíjese hasta qué punto, que lo visité muchas veces después, y siempre percibo la misma sensación de nostalgia cuando veo los marcos vacíos de las obras robadas aquel inolvidable día. Imagino que algo tan inalcanzable será la obsesión de muchos coleccionistas, ¿no le parece?

—Más de los que se imagina —afirmó Duarte.

—Querido Duarte, mi gran sueño sería conseguir una de las trece piezas robadas.

—¡Eso es imposible! —gritó, y el exabrupto llamó la atención de Marcelo y de Sonia. Duarte hizo un ademán con la mano de que todo estaba en orden. Cerró la puerta del despacho, se sentó y se enjugó la frente por tercera o cuarta vez—. Nadie sabe qué ha sido de esas obras. El Gardner llegó a ofrecer una recompensa de diez millones de dólares, y nadie ha aportado datos suficientes que pudieran esclarecer los hechos o dar con su paradero. Leonor… lo que me pide no es posible.

—Nada es imposible, amigo Duarte. Recuerde que está en juego su futuro soñado. —Su tono era sosegado y sin ningún asomo de intimidación—. Tengo entendido que dicho robo se le atribuyó a la mafia de Boston, aunque nunca se pudo demostrar, y se especula que las pinturas pudieron ser vendidas a tratantes europeos y coleccionistas de arte a través de alguien relacionado con la mafia genovesa.

»Son muchas las conjeturas que han barajado los agentes federales, pero sin ninguna prueba que les permitiera culpar o detener

a alguien. Se ha dicho de todo, desde que no han salido de Estados Unidos, hasta que se encuentran en las manos del IRA. Nadie lo sabe. Hace unos cuatro o cinco años se corrió la voz de que el FBI había descubierto la identidad de los ladrones, pero con tan mala suerte de que ya habían fallecido. En resumidas cuentas, las obras siguen igual de desaparecidas que el primer día.

La voz de Anselmo Duarte se había calmado.

—No todas, señor Duarte, corríjame si me equivoco, pero creo que una de esas obras apareció hace unos meses no muy lejos de acá.

—Así es —afirmó él—. Fue el único cuadro de Manet que se robó y aún continúa confiscado por la policía. Lo cual incrementa incluso más el riesgo.

—Le repito que será usted quien ponga el precio —dijo ella para restarle importancia a la última frase de Duarte—. Además, me satisface saber que está al día en este asunto, y doy por supuesto que también está familiarizado con el resto de las obras robadas.

—Sí, conozco todas y cada una de ellas.

—¡Lo felicito! —Su voz sonó eufórica—. Eso aumenta mi determinación en usted. Además, sé de buena fuente que es un hombre muy meticuloso, algo que admiro, y que dispone de muy buenos contactos e influencias nacionales e internacionales y, quién sabe, hurgando por acá y por allá, quizá podamos ayudarnos mutuamente. Usted contará con una liquidez ilimitada, y yo voy a poder cumplir el sueño de mi vida.

—No le prometo nada. Tenga en cuenta que corro un gran riesgo, pero haré todo lo que esté en mi mano —murmuró.

—Esa es la respuesta que esperaba, señor Duarte. ¿Necesita un anticipo?

—No, déjeme que primero haga unas averiguaciones.

—Por supuesto. No lo quiero presionar. Aunque ya sabe lo impaciente que soy.

Anselmo Duarte colgó el teléfono, pensativo. Se acababa de meter en un buen lío.

CAPÍTULO 3

Las horas posteriores a la llamada de Leonor, Anselmo Duarte se mantuvo pegado al teléfono hablando con todos los contactos que disponía, con el fin de reunir cualquier pista o dato que le condujera a su objetivo. Además, recordaba que meses atrás había oído en los medios de comunicación acerca de la aparición de una de esas obras camuflada en un contenedor del puerto de Valencia, y que tenía como destino su propia empresa.

Sabía que podía recopilar información relevante en las páginas privadas de INACFA. Alguna vez, involuntariamente, había observado ciertas irregularidades en las entradas y salidas de algunas obras, llevadas con cierto secretismo y de forma clandestina. Nunca quiso escarbar o indagar más de la cuenta, sobre todo, en temas que no le incumbían. Al fin y al cabo, él, hiciera más o menos, siempre se llevaba el mismo sueldo. Que no lo consideraba malo, era algo medio, pero con el que jamás llegaría a nada extraordinario. Anselmo tenía la certeza de que a veces, para prosperar, hace falta ser ambicioso, como la mayoría de los clientes que frecuentaban la subasta que dirigía.

El problema estribaba en conseguir la clave de acceso a ese portal informático, reservado tan solo a un reducido y limitado personal de la empresa. Desgraciadamente, su nombre no estaba incluido en esa lista. Para conseguirla tenía que ser sigiloso e inteligente. Carraspeó y golpeó la mesa con las yemas de los dedos, como si con ese suave tintineo su mente se mostrara más receptiva a las nuevas ideas.

Necesitaba encontrar una vía, un hilo conductor que le llevara de una forma discreta a esa ansiada clave. Pero desconocía cómo, de qué manera, o a través de quién. ¿Quién se la podía proporcionar sin despertar sospechas?, se preguntaba.

En ese instante, dejó de mover los dedos. Algo se le había ocurrido. Retrocedió unos meses atrás, a la fiesta de fin de año de la empresa, cuando tuvo un agradable encuentro con la secretaria personal de uno de los dirigentes de INACFA. Aunque no tuvo mayor

trascendencia, recordaba que se creó cierto *feeling* entre los dos. Tal vez fue el exceso del champán o los efectos del caviar. En esos momentos no importaba. Anselmo Duarte sonrió. ¿Por qué no intentarlo por esa vía? Nada tenía que perder. Pero, primero, tenía que recordar su nombre. ¿Cómo se llamaba? Consultó en la página de INACFA la estructura jerárquica de todos los empleados hasta que dio con su identidad: se llamaba Marta Collado.

En cuanto consiguió su teléfono, la llamó y tras unas frases cordiales que rememoraron su anterior encuentro, aderezadas con varios halagos, la invitó a comer. Para su sorpresa, ella accedió sin necesidad de insistir.

Se citaron en uno de los restaurantes de la Gran Vía del Marqués del Turia, cercano al Mercado de Colón. Anselmo Duarte se comprometió a enseñarle las nuevas instalaciones de la galería, a pesar de ser día festivo y estar cerrada. Marta no había tenido oportunidad de visitarla ya que trabajaba en el soberbio edificio de la central, ubicado en la avenida del Marqués de Sotelo.

La comida se desarrolló mucho mejor de lo que Anselmo esperaba. Marta era una mujer madura y con cierto atractivo. Era tal y como la recordaba: habladora y simpática. Después de tomar café en una coqueta cafetería de los alrededores, se dirigieron a la sala de subastas.

—Me sabe mal que en tu día libre tengas que volver al trabajo —añadió ella con cargo de conciencia.

—¡No te preocupes! ¡Lo hago con gusto! Estar contigo nada tiene que ver con mi jornada laboral.

Marta se quedó maravillada de todo el interior.

—Entonces, ¿es aquí donde pasas el día? —le preguntó un poco colorada por el efecto del vino—. Debe de ser bonito tratar con los clientes, en especial con amantes del arte.

—También tiene sus desventajas. Estar de cara al público requiere paciencia, y más cuando hablamos de gente con un poder adquisitivo alto. Siempre te tropiezas con algún que otro excéntrico.

Marta sonrió.

—Sí, no lo pongo en duda, pero debe de tener su encanto. Mi trabajo es todo interno. Papeles por aquí, reuniones por allá. Siempre viendo las mismas caras de los jefes. Al final, resulta mucho más emocionante no saber quién será el próximo cliente y cómo te

sorprenderá.

—Mirándolo desde ese punto de vista, tienes razón —asintió Duarte, mientras estudiaba la mejor forma de sonsacarla—. Por cierto, entrar en la central es complicado. Lo intenté en una ocasión para recoger un encargo y me encontré con una burocracia exhaustiva.

—¡Uf... si yo te contara! Todos los de la última planta llevamos un pase especial para acceder a ella con una clave personal. Es bastante difícil burlar la seguridad.

—Teniendo en cuenta la cantidad de millones que mueve el arte, la fiabilidad es fundamental —la animó Duarte.

—¡No me lo recuerdes, que nos han cambiado la seguridad del sistema informático hace un par de semanas! —Su tono era de fastidio.

—¡Ah, sí! —Anselmo mostró cara de sorpresa, aunque en el fondo ya se había enterado de ello.

Marta rebuscó en su cartera hasta sacar una tarjeta dorada, similar a una de crédito, pero con el logotipo de la empresa.

—Ahora necesitamos usar esta tarjeta —dijo, y se la enseñó— al mismo tiempo que escaneamos nuestra huella digital para acceder a través del ordenador. ¿Qué te parece?

—¡Infranqueable! —exclamó convincente, mientras su cabeza maquinaba sus siguientes pasos.

—Sí, yo también opino lo mismo. Por cierto, Anselmo, ¿dónde tienes el baño? En cuanto bebo vino... es que no lo puedo evitar.

—Al final de la sala, a mano derecha. Lo verás enseguida.

Anselmo observó cómo Marta se alejaba, a la vez que dejaba su bolso sobre los sillones. Había estado siguiendo atentamente los movimientos de la tarjeta dorada, y había contemplado, claramente, cómo la había vuelto a guardar en el billetero. En cuanto desapareció, rebuscó en su bolso y se apoderó de ella con rapidez. Instantáneamente, abrió un pequeño mueble y sacó dos copas, escarbó en la mininevera y cogió una botella de cava que había sobrado de la fiesta de la inauguración.

Cuando Marta regresó, Anselmo se encontraba al otro lado del mostrador descorchando la botella. Marta dio un respingo ante el estruendoso ruido.

—¡Estás loco! —chilló, chispeante, desternillada de risa—. ¿No crees que ya hemos bebido bastante? ¿O es que quieres algo más,

pillín?

—¡Siempre he creído que eres una mujer muy atractiva! —pronunció en tono meloso.

Marta se sonrojó, si cabía un poco más.

—¡Que sepas que tú tampoco estás nada mal! —dijo ella, y soltó una carcajada.

—Entonces, ¿un último brindis por nuestro reencuentro y por lo que pueda pasar? —susurró con cara de galán al tiempo que llenaba las copas y le ofrecía una a ella.

—¡Pero solo una o me tendrás que llevar tú a casa, canalla!

—Yo te llevo a casa y todo lo que tú quieras... —musitó.

Los dos bebieron e intercambiaron miradas lascivas hasta que Anselmo dejó su copa sobre el mostrador, lo mismo hizo después con la de ella, y la besó. Ella lo abrazó, con ansia, entregándose a él. Continuaron con caricias furtivas y desenfrenadas que desencadenaron en un polvo rápido, pero sabroso.

Más tarde, se despidieron en el aparcamiento del Mercado de Colón. Anselmo, en su coche, esperó a que Marta se marchara, y en lugar de arrancar su vehículo, salió y se dirigió de nuevo hacia la galería. Si todo había salido como esperaba, tenía mucho trabajo por hacer.

Una vez dentro, dejó la tarjeta que llevaba en la mano encima de la mesa, cogió la copa que ella había utilizado y buscó una de sus huellas, luego, muy cuidadosamente la extrajo con una tira de celo. Abrió el cajón de su escritorio y sacó un lector de huella digital y tarjeta que había adquirido días antes de su cita con Marta, y lo conectó al ordenador.

Nada más se iluminó la pantalla entró en la página web privada de INACFA, introdujo la tarjeta y pasó la pegatina por el lector de huella digital. El primer intento lo rechazó. Anselmo respiró profundamente y repitió la operación. El segundo intento volvió a fallar, y una luz intermitente en rojo le avisaba que le quedaba tan solo una última oportunidad. Duarte se secó el sudor, de nuevo. Histérico y comido por los nervios, pensó que algo no estaba haciendo bien. Se dio un cachete en la frente y le dio la vuelta a la huella digital, pasó la tarjeta y esperó con los dedos cruzados hasta que apareció la confirmación. Por suerte, a la tercera vez, acertó.

—¡Bien! —gritó exaltado de emoción.

En la pantalla se desplegó un gran surtido de carpetas. No tenía tiempo para abrirlas todas, así que cogió un *pendrive* y se limitó a copiar. Cuando hubo terminado, lo guardó en el primer cajón de su despacho.

En ese mismo instante sonó su móvil. Era Marta. Así que atendió la llamada.

—¡Anselmo, me acabo de dar cuenta de que no tengo la tarjeta de la empresa en el bolso! —le explicó sumamente alterada—. ¡Solo se me pudo haber caído en la galería, aunque estoy segura de haberla guardado!

—No te preocupes, Marta. Estaba saliendo del garaje, pero ahora mismo voy a comprobarlo.

—¡Gracias, voy para allá! ¡Llegaré en diez minutos!

Anselmo colgó el teléfono, apagó las luces y salió de la galería. Cerró con llave, conectó la alarma y esperó a Marta en la puerta principal del mercado.

Ella llegó abrumada y hecha un manojo de nervios.

—¡Dime que sí que la tienes, por favor! —Sus ojos estaban a punto de estallar en lágrimas.

Él se la mostró en la mano con una tenue sonrisa y tratando de disimular su culpabilidad. Marta exhaló.

—Gracias, muchas gracias —murmuró mientras la guardaba como oro en paño—. No sé cómo ha podido suceder. Juraría que…

—Lo importante es que ha aparecido —la interrumpió él—. ¿Te llamo dentro de unos días y nos vemos?

—De acuerdo.

CAPÍTULO 4

A la mañana siguiente, Anselmo Duarte llegó a la galería más pronto que de costumbre, ansioso por ver qué contenían las carpetas que había descargado la tarde anterior. Conectó el ordenador y se puso manos a la obra. Revisó la primera y vio que eran temas sin interés, pasó a la segunda y le fue imposible acceder, estaba encriptada. Lo mismo le ocurrió con la tercera y cuarta. Eso le desanimó. Marcelo y Sonia llegaron al mismo tiempo.

—Buenos días, Anselmo, ¡cuánto has madrugado hoy! —le saludó su compañera que le pareció verlo algo contrariado.

—Sí, quería adelantar unas cosas pendientes —se justificó él, sin apenas levantar la cabeza de la pantalla del ordenador.

—Si necesitas que te eche una mano... —se ofreció ella amablemente.

—No, no, gracias, solo que estés pendiente de la puerta. Nada más.

Anselmo Duarte recuperó la concentración en la quinta carpeta. Frunció el ceño al comprobar que se encontraba en las mismas condiciones que las anteriores. Si eso continuaba así, la cosa se ponía difícil.

En ese preciso instante, sonó su móvil. Duarte no desvió la mirada e hizo oídos sordos. Siguió con la siguiente carpeta que también estaba encriptada y lanzó al aire una maldición.

El teléfono dejó de sonar, hecho que Armando agradeció. Se secó la frente con su pañuelo y continuó con la siguiente carpeta cuando la melodía de su teléfono irrumpió por segunda vez, sobresaltándolo. Duarte lo cogió con la expresión de frustración todavía marcada en su rostro, cuando comprobó que la llamada era de Marta.

—¡Dime! —exclamó.

—¡Eres un cabrón! —oyó al otro lado entre sollozos.

—Marta, ¿qué te ocurre? —le preguntó asustado.

—¿Que qué me ocurre? ¡Eres un desgraciado! —gritó—. Ayer

utilizaste mi tarjeta. No sé cómo lo hiciste, pero esta mañana me han llamado de Dirección y me han sacado los colores con un exhaustivo interrogatorio. Todo por algo de lo que no tengo culpa. Bueno, sí, tengo culpa por ser demasiado confiada. ¡Por confiar en ti!

—Marta, cálmate, por favor. —Sabía que sus palabras no servían de consuelo, pero no se le ocurría otra cosa que decir.

—¡Que me calme, eres un sinvergüenza! ¡Te has aprovechado de mí! ¡Por eso me llamaste! —El llanto no le permitía continuar.

—Te equivocas...

—¡Embustero! ¿Qué voy a hacer ahora? Me han despedido por tu culpa. Estoy recogiendo mis cosas y me voy a la puta calle. ¡Mira lo que has conseguido, cabrón, más que cabrón!

Anselmo se quedó paralizado. No tenía palabras para consolarla. Tenía razón. Había actuado como un vil canalla.

—¡Pero esto no va a quedar así! —bramó Marta fuera de sí—. Saben que fuiste tú, y que has accedido a la web privada de la empresa desde la terminal de la galería de arte. ¿Qué pensabas, que eras más listo que ellos?

Duarte no daba crédito a lo que oía.

—¡Ahora mismo van a por ti! Y no va a ser precisamente para felicitarte. ¡Tú no sabes cómo las gasta esta gente! Pero te está bien empleado.

Anselmo colgó el teléfono. Las manos le temblaban. Se enjugó la frente por sexta o séptima vez, expulsó el *pendrive* del ordenador y lo miró fijamente. Tenía que actuar rápido, solo que no sabía qué hacer. Apresurado, cogió un sobre blanco de uno de los cajones y anotó el nombre de Leonor Villacrés de Pousa, guardó el *pendrive* dentro y salió fuera del despacho.

«Piensa rápido, Anselmo. No hay tiempo», se dijo con la mente aturullada.

—¡Sonia, me tengo que marchar! No me encuentro bien —se excusó.

—Estás pálido como la pared. ¿Te traigo algo? —añadió la comercial preocupada.

—No, gracias. Me voy a casa, pero antes necesito que me hagas un favor, muy urgente.

—Dime... —pronunció servicial.

—Avisa a un mensajero, ahora mismo, y que lleven este sobre al

Hotel Palacio Vallier. Si no se encuentra la persona que está escrita en el sobre, que lo dejen en la recepción.

—De acuerdo. Lo haré. No padezcas. ¡Cuídate, Anselmo, que tienes muy mala cara!

Duarte salió de la galería lo más rápido que pudo. Por la presión acumulada le comenzó a faltar el aire. Tomó la escalera más cercana para acortar camino hacia el aparcamiento subterráneo. Se subió al coche, arrancó y buscó la salida. Una vez en el exterior, se cruzó con el chico habitual de mensajería. Exhaló de alivio al saber que, por lo menos, el *pendrive* estaría fuera de las instalaciones en pocos minutos. Nada más incorporarse al tráfico de Jorge Juan, tuvo que frenar en seco. Un todoterreno negro, situado dos coches delante de él, se detuvo sin previo aviso y provocó quejas entre los conductores. De él bajaron tres hombres, de grandes dimensiones, vestidos con el mismo traje negro. Anselmo Duarte los miró de soslayo. Inmediatamente supo que esos tipos le buscaban a él. Eran un calco de los que custodiaban el edificio de la central de INACFA.

¡Había faltado poco! Sin proponérselo, Marta acababa de salvarle la vida.

La situación para Anselmo Duarte se complicaba por momentos. Era consciente de que su vida corría peligro. Indeciso, transitó con el coche por la Gran Vía, sin rumbo fijo, cavilando cuáles serían sus siguientes pasos. Ir a su casa era una temeridad. No sabía lo que se podía encontrar allí. Por otra parte, necesitaba pasar por ella para recoger algunas cosas. Decidió acercarse, con discreción. Aparcó justo enfrente de su portal. Todo parecía estar en orden. Se armó de valor y bajó. Saludó a un vecino con el que se cruzó y tomó el ascensor. Una vez en el rellano, abrió la puerta con sigilo. Aparentemente, todo estaba en su sitio. Con rapidez cogió una mochila y guardó las cuatro cosas personales que consideró imprescindibles, entre ellas, el ordenador portátil y el cargador del móvil. Estaba a punto de cerrar la cremallera cuando le pareció oír que alguien forzaba la cerradura de la puerta de entrada. Se asomó por la ventana, pero la altura desde el séptimo piso ahuyentó cualquier posibilidad de huida. Salió al balcón e intentó colarse en el piso de al lado. En el empeño, no se percató de que alguien se había infiltrado en su apartamento. Tan solo notó cómo

una presión extraña lo agarraba con fuerza y lo arrastraba hacia la mitad del salón. Le taparon la cabeza con una bolsa y empezó a recibir golpes, a diestro y siniestro, mientras lo interrogaban una y otra vez. Dejó de oír las voces y sentir dolor instantes antes de que su corazón se parara, ahogado en su propia sangre.

CAPÍTULO 5

Leonor Villacrés de Pousa recibió la noticia de la muerte de Anselmo Duarte como un jarro de agua helada. Tardó en reaccionar y asimilar la desgracia. No solo había oído en los medios de comunicación la brutalidad con la que ocurrió el terrible asesinato, sino que, además, su contacto le había informado detalladamente de lo sucedido. Inicialmente, la policía barajó la posibilidad de que uno de los móviles del crimen fuese el robo, ya que en el apartamento estaba todo revuelto, aunque no descartaron un posible ajuste de cuentas. Leonor estaba destrozada. Sabía que Duarte había empezado a indagar por encargo suyo. El remordimiento y el sentimiento de culpabilidad la estaban carcomiendo. No podía dejar de recriminarse lo ilusa que había sido. Era consciente de que sus pasos eran arriesgados, pero nunca creyó que los daños colaterales podían ser tan graves. Sin embargo, los hechos hablaban por sí solos, y confirmaban que adonde pretendía llegar no solo era temerario, sino que su vida también podía estar en peligro.

Leonor bajó del taxi en la puerta del Cementerio General. Se detuvo ante la pequeña capilla, subió los tres escalones, se quitó las gafas de sol, y se adentró en la oscuridad de su interior. La misa ya había comenzado. Había menos gente de la que se imaginaba. «Un sepelio muy íntimo», pensó. Decidió quedarse algo rezagada en las últimas filas. Su intención era pasar lo más desapercibida posible, aunque, dadas las circunstancias, no sabía si lo conseguiría. En ese instante, el sacerdote nombró al difunto, Anselmo Duarte, seguido de una oración. Leonor dirigió su mirada al féretro y no pudo evitar sentir una punzada de tristeza. En la primera fila había un hombre mayor, muy afectado, que dedujo sería su padre. A su lado se encontraban su compañera de la galería y el guardia de seguridad. Desconocía sus nombres, pero no cabía duda de que eran ellos. Más atrás, había dos parejas y una mujer sola, algo más distanciada, que no paraba de sonarse la nariz.

Cuando terminó el funeral y dieron el pésame a los familiares, todos se dirigieron hacia la salida. Leonor salió la primera y observó al resto de los asistentes. La mujer que estaba sola se separó del grupo con la intención de irse. Leonor se percató de que se le había caído al suelo el paquete de clínex y se aproximó a ella para entregárselo.

—Gracias… —dijo con voz acongojada.

—No es nada. Una verdadera pena —añadió Leonor con la intención de iniciar una conversación—. Anselmo era un buen hombre —murmuró, empatizando con su dolor.

—¿Lo conocía bien? —preguntó la mujer.

—Solo como clienta de la galería donde trabajaba. Siempre tan atento y servicial.

—Yo era compañera suya en la empresa. Ahora él ya no está, y a mí me han despedido. Así que puedo decir que nada nos une ya.

La mujer rompió a llorar, desconsoladamente. Leonor le pasó el brazo por los hombros.

—Tranquilícese. Lo siento… Lo siento mucho —le susurró.

—¡Yo le maldije! ¡Estaba muy enfadada con él! ¡Quería que pagara por lo que me había hecho! —La mujer no podía parar de llorar—. Pero no de esa manera. De esa manera no, bien lo sabe Dios.

Leonor frunció el ceño. Se preguntaba a qué se refería la mujer y qué es lo que intentaba explicarle.

—¿Por qué estaba disgustada con él? —preguntó Leonor con suavidad.

—Él me utilizó para acceder a cierta información de la empresa. —Su congoja no le permitía vocalizar bien. Leonor tuvo que adivinar el sentido de la frase, a duras penas.

—Es normal que se disgustara… —le susurró con intención de animarla.

—Le llamé, le insulté, y en esos momentos hubiera querido que le pasara lo peor —confesó arrepentida y necesitada de airear su culpa.

—Momentos de arrebato tenemos todos —musitó Leonor, en solidaridad con la pobre mujer.

—Han sido ellos. Seguro que han sido ellos —dijo en voz baja con temor mientras miraba para todos lados.

Leonor necesitaba saber más. Presentía que esa mujer era la pista que necesitaba para continuar.

—Mi nombre es Leonor, ¿y el suyo? —le preguntó con dulzura.

—¡Marta Collado!

—Marta, permítame invitarla a tomar algo. Una infusión o lo que usted prefiera. La ayudará a apaciguar esa congoja y a recobrar la calma.

La mujer accedió.

Sentadas en el interior de una cafetería cercana al cementerio, Marta calentaba sus manos al mismo tiempo que sujetaba la taza de tila. Relataba cómo sucedieron los hechos mientras escuchaba las reconfortantes palabras de Leonor. No cabía duda de que su rostro se había dulcificado, aunque su mirada de resignación seguía perdida en el horizonte.

—Marta, usted no es culpable de nada. Más bien diría que hizo bien en avisarle, aunque, lamentablemente, no haya sido suficiente. Pero si esa empresa trata con matones de ese calibre, quizá debería irse unos días fuera de la ciudad hasta que la situación se enfríe.

Marta la miró con temor, y mientras asimilaba sus palabras sugirió:

—Mi hermana vive en Mallorca. Podría irme con ella.

—Me parece una idea acertada.

Leonor posó una de sus manos sobre las de ella.

—Tal y como me contó, como secretaria de uno de los directivos de INACFA durante tanto tiempo… —Leonor hizo una pequeña pausa antes de proseguir y midió sus siguientes palabras—. Imagino que habrá visto y oído todo tipo de cosas privadas. Quiero decir, cosas confidenciales que por su ética no puede contar.

Marta arqueó las cejas.

—Por mi ética y también por los contratos de confidencialidad que he firmado en varias ocasiones y que no estoy dispuesta a incumplir —alegó.

—Lo entiendo y la admiro. No hay más que verla para saber que usted es una persona honrada y de principios. Lástima que no haya podido conservar su trabajo, pero estoy convencida de que con su currículo le lloverán las ofertas.

—¡No lo crea! ¡Mi edad se ha convertido en un gran obstáculo laboral! —Su tono reflejaba tristeza e impotencia.

Leonor Villacrés de Pousa la miró pensativa.

—¿Y si yo le hiciera una propuesta?

Marta la miró con sorpresa.

—Tal vez pueda encajar en mi empresa. Al fin y al cabo, también está relacionada con el arte.

—Si eso fuera cierto, le estaría tremendamente agradecida.

—Le contaré lo que vamos a hacer. —Su tono se volvió reservado—. Primero, déjeme su teléfono para localizarla en cualquier momento. Después, reserve el primer vuelo para Mallorca, guarde lo imprescindible y váyase de acá. Yo me pondré en contacto con usted.

—Gracias, muchas gracias.

Leonor acompañó a Marta hasta su coche y se despidió de ella. Luego rebuscó en su bolso hasta dar con el móvil y marcó el número de su contacto. Al tercer tono, atendieron.

—Tengo información importante, pero a cambio necesito un favor.

—Tú dirás... —respondió una voz masculina.

—Tengo una mujer cuyo perfil podría encajar perfectamente en las oficinas de la empresa.

—¿Tiene experiencia?

—Bastante, y no solo eso, también posee datos confidenciales que nos pueden ser de gran ayuda —argumentó.

—¡Lo estudiaremos!

—¡Esa respuesta no me vale! —le increpó persuasiva.

—Está bien. Le buscaremos un lugar.

—¡Gracias! —Su tono fue firme, con pinceladas de gratitud. No podía reparar la pérdida de Anselmo Duarte, pero sí podía mover los hilos necesarios para que Marta consiguiera un trabajo.

—Nos vemos mañana en la plaza Redonda, a la hora de siempre —pronunció la voz masculina.

—¡Ahí estaré!

Leonor colgó el teléfono. Tener que encubrir la verdad, a toda hora, le estaba empezando a resultar insoportable.

CAPÍTULO 6

Leonor Villacrés de Pousa salió del hotel pasadas las nueve y media de la mañana. La cita con su contacto, Ernesto Egea, requería de la máxima discreción. Atajó por las callejuelas de Tapinería hasta llegar a la plaza Redonda. Anduvo por ella hasta que lo vio sentado en una de las sillas de un bar de tapas tomando un café.

—¡Has llegado antes de la hora! —pronunció Ernesto.

—¡Tú también! —dijo ella al mismo tiempo que se sentaba enfrente de él.

—¿Sabías que durante décadas esta plaza fue un pequeño rastro en el centro de la ciudad? Aquí podías encontrar casi de todo: desde antigüedades, frutas y verduras, hasta mascotas.

—Lo sé. —Sonrió ella—. Me llama la atención que nunca repetimos el mismo punto de encuentro.

—¡La prudencia es la mayor virtud en este trabajo! —reseñó.

—Imagino que sí —contestó ella suspicaz.

—¡Vamos muy despacio! —le reprochó—. ¡Sin Duarte se nos han cerrado las puertas!

—Quizá no... He contactado con Marta Collado.

—La secretaria de...

—Sí, la exsecretaria —le corrigió, antes de que pudiera continuar —. ¡La han despedido!

—¿Te referías a ella para el puesto de trabajo?

Leonor asintió.

—Puede ser de gran utilidad —mencionó ella.

—Estoy de acuerdo. Contáctala y dile que nosotros le daremos protección y un trabajo nuevo.

Leonor sabía que podía contar con el equipo y que tenían los medios suficientes para hacer las cosas bien. Cogió el móvil y marcó el teléfono de Marta. Oyó varios tonos y, sin esperanza de obtener respuesta y a punto de colgar, alguien contestó:

—¿Marta? —preguntó Leonor al no reconocer la voz.

—Soy Anabel, su hermana. ¿Quién habla?

—Una amiga. Necesito hablar con ella.

—Me temo que no va a poder ser. —Apenas pudo terminar la frase, los sollozos le impedían continuar.

Leonor se incorporó, alarmada. Algo no le sonaba bien.

—¿Le pasó algo? —preguntó, temerosa de la respuesta.

—Falleció ayer por la noche en un accidente de tráfico. Cayó por un puente a la autopista. La policía está investigando el suceso, además, alguien entró en su casa y ha destrozado todo lo que tenía. —Sus sollozos invadieron la línea telefónica.

Leonor se movió de aquí para allá, nerviosa, impotente y con ganas de gritar. Cuando colgó el teléfono, se sentó delante de Ernesto.

—Marta murió ayer en un misterioso y terrible accidente. —Su voz alicaída se había convertido en un susurro—. Se la han quitado del medio igual que lo hicieron con Duarte. Y no contentos con eso, también han saqueado su apartamento.

—La misión se complica y las consecuencias que puede acarrear se agravan.

—Ya lo creo. Marta me contó que habían descubierto que Duarte había descargado información confidencial de la empresa, desde la terminal de la galería.

—¡Esto no me gusta! —bramó Egea, muy serio.

—¿En qué estás pensando?

—En que las muertes de Duarte y Collado han sido daños colaterales —puntualizó.

—¡Cómo puedes ser tan frío! Esa frase te la has aprendido muy bien —le recriminó—, pero que sepas que no voy a permitir más daños de ese tipo, no si yo estoy implicada.

—Eso es lo que me preocupa.

—¿A qué te refieres?

—Si INACFA ha desvalijado los dos pisos, antes o después de asesinarlos, es porque sospecha que pueden haber ocultado algo o tal vez revelado información a un posible confidente.

Leonor permaneció pensativa durante unos instantes.

—¡Pero no es así! —negó angustiada—. ¡No me llegó a enviar nada!

—¡Pero eso ellos no lo saben! ¡Con que investiguen un poco, sus pasos los llevarán hasta ti! —pronunció Ernesto preocupado.

—¿Crees que deberíamos cancelar la misión? —planteó ella.

—La misión tiene todavía muchas probabilidades de culminarse con éxito, siempre que tú estés dispuesta a seguir adelante y no renunciar.

Leonor dudó unos segundos. La presión la estaba ahogando. A pesar de ello, accedió con un leve movimiento de cabeza.

Leonor visitó el Cementerio General por segunda vez en pocos días. Antes de entrar en la capilla, visualizó la escena donde se encontraron Marta Collado y ella. Le dio escalofríos al pensar que ahora acudía a su propio entierro. Reflexionó durante un momento sobre cómo la vida daba tantos palos y que, de un momento a otro, todo podía cambiar.

Se planteó si toda la falacia en la que se había envuelto tenía algún sentido. Si de verdad merecía la pena pasar por todo aquello para conseguir su ansiada finalidad. Hubiera sido más fácil olvidarlo y pasar página, como lo habían hecho tantas personas allegadas. Si era una decisión cobarde o valiente, Leonor ya no sabía cómo definirla. Pensaba que tal vez era ella la que verdaderamente no encajaba en el sistema, en esa ley del embudo al que la sometían y que la obligaba a mantenerse muda, sorda y apática ante las injusticias. La rebeldía que emanaba de su interior no le permitía aceptarlo. Tenía que seguir adelante. Luchar por lo que creía como único derecho, en busca de la verdad, en busca de su propia tranquilidad, aunque para ello tuviera que seguir manipulando, mintiendo y viviendo una vida paralela a la suya.

Leonor entró en la capilla y, a diferencia del sepelio de Anselmo Duarte, el interior estaba repleto de gente. Se adentró en silencio y se ubicó en un rincón. Apenada, escuchó la misa de difuntos hasta que concluyó. Cuando se acercó a la puerta de salida vio que dos hombres interrogaban a algunos de los familiares. Los nervios de Leonor se alteraron al reconocer a uno de ellos. Intentó esquivarlo y se ocultó entre la gente hasta que pensó que estaba fuera de su alcance, fue entonces cuando oyó la voz del hombre llamándola, envuelta en un zumbido.

—¡Perdone, señorita! —gritó.

Leonor, de espaldas a él, hizo oídos sordos y continuó caminando

a pesar de que percibía su presencia cada vez más próxima. Aun así, no pensaba darse la vuelta y aceleró el paso. En silencio rezó por que no la reconociera o estaría perdida.

Uno de los familiares del funeral se acercó al hombre y le preguntó algo, provocando que dejara de mirarla. Tan solo fueron unos instantes, suficientes para que al retomar la trayectoria de la mujer que hubiera jurado conocer, esta hubiera desaparecido de su vista.

Se maldijo mil veces.

CAPÍTULO 7

El inspector Jesús Valdés regresó a casa después de una dura jornada. Al entrar en el salón, Sara lo estaba esperando.

—¡Llegas tarde! —le reprochó cariñosamente.

—Lo siento. Se me ha ido el tiempo revisando las cámaras de seguridad de varios lugares y...

Sara le dio un beso en la boca.

—No te acuerdas de qué día es hoy, ¿verdad?

Jesús se quedó pensativo, luego se llevó las manos a la cabeza.

—¿Cómo se me ha podido olvidar tu cumpleaños? ¡Sara, mi amor!

—¡Ahora no me vengas con historias! Entiendo que estés agobiado en el trabajo, pero no me has felicitado esta mañana antes de irte, y tampoco has sido capaz de llamarme por teléfono en todo el día.

—Sara, no te lo tomes así —se disculpó sin muchos más argumentos.

En ese instante, sonó el timbre de la puerta.

—¡Ya voy yo! —gritó Sara enojada—. ¡No te molestes! ¡Parece que aquí solo trabajas tú!

Jesús se acomodó en el sofá, cruzó las piernas y esperó.

Momentos después apareció Sara con un ramo de flores tan grande que apenas dejaba ver su cabeza.

Avanzó hacia él mientras leía la nota que llevaba incrustada. Cuando levantó la vista y lo vio, dejó las rosas encima de la mesa, se le echó en los brazos y lo besó apasionadamente.

—Tonto, que eres un tonto —le susurró con los ojos vidriosos—. Me lo había creído. ¿Es verdad que soy lo más importante de tu vida?

—¡Y más! —vocalizó exageradamente.

El timbre de la puerta volvió a sonar. Se miraron silenciosos.

—¿Hay más sorpresas? —preguntó ella nerviosa.

—¡Por mi parte, no! —contestó, y encogió los hombros.

Sara se levantó y miró por la mirilla, pero no había nadie. «Qué raro», pensó. Seguidamente abrió la puerta y se encontró con los rostros sonrientes de su hermana Alejandra, Lluís, Tía Rosa y Miguel.

—¿Dónde estabais? —inquirió sorprendida.

—Ya sabemos tu truquillo de mirar antes por la mirilla —gritó su hermana al abrazarla—. ¡Feliz cumpleaños, Sara!

Todos fueron pasando por la puerta, no sin antes abrazar a Sara y felicitarla.

—Hemos pedido unas pizzas —dijo Lluís, y dejó dos botellas de vino en la cocina—. Así que nos quedamos a cenar.

—Andreu no puede venir porque hoy tiene el turno de noche —aclaró Alejandra—. Ha dicho que luego te llamará.

—Y yo que pensaba que nadie se había acordado —susurró Sara, contenta de tener una familia como esa.

La velada se desarrolló en armonía y risas. A mitad de ella, Jesús preguntó:

—¿Vosotros creéis que todos tenemos un doble repartido por el mundo?

—¿A qué viene esa pregunta absurda? —dijo Miguel—. ¡Yo creo que no! ¡Que cuando nació Rosa se rompió el molde!

La mayoría soltó una ristra de carcajadas. Tan solo Alejandra forzó una mueca de alegría con una sonrisa feroz.

—Porque ayer me encontré con una mujer que, si no fuera porque era morena, con los ojos oscuros, hubiera jurado que eras tú —dijo, y señaló a Alejandra.

—Cuñado, ¿qué habías bebido? —gritó Lluís escéptico.

—Absolutamente nada, estaba en horas de servicio. En serio que me recordó mucho a ti —remarcó.

—Jesús… como dos gotas de agua y era morena con ojos negros. ¡Mírala! —añadió Tía Rosa al ver que a su sobrina no le estaba haciendo ninguna gracia.

—¡Vale, vale, me habéis convencido! —rectificó finalmente Jesús resignado.

A primera hora del día siguiente, el inspector Valdés llegó a la comisaría con la intención de aclarar la identidad de esa mujer que le empezaba a quitar el sueño. Al verlo, el subinspector Roque se

aproximó:

—¡Eres un zorro viejo! Y no lo digo por los años que tienes, aunque sean un buen puñado.

—¿A qué te refieres? —preguntó sin comprender el motivo de sus frases.

—A tu corazonada de seguir los pasos de esa mujer. Que sepas que tengo a tres personas husmeando sus andanzas de los últimos días. Gracias a las cámaras de seguridad del cementerio y de no sé cuántos lugares más, hemos dado con el taxista que la llevó hasta allí. Y no solo eso, también sabemos los lugares que ha visitado recientemente. No te vas a creer todo lo que hemos averiguado.

—¡Suéltalo ya! —dijo impaciente.

—Estaba en el funeral porque conocía a la difunta Marta Collado. Se vieron en la puerta de la capilla del cementerio, en el funeral de Anselmo Duarte, y más tarde en una cafetería cercana.

—¿También lo conocía a él? —preguntó Valdés con una sonrisa irónica.

—En efecto. Ella es clienta de la galería INACFA donde él trabajaba.

—¿No tendrás su nombre? —preguntó Valdés.

Roque asintió con una clara sonrisa de satisfacción.

—Se llama Leonor Villacrés de Pousa y es una rica argentina.

—Esto se pone interesante —murmuró el inspector, intrigado—. Conocía a las dos personas que, casualmente, han fallecido. Una asesinada, y la otra, supuestamente también.

—Exacto —corroboró Roque—. Hasta ahora sabíamos que, según el interrogatorio de la comercial de la galería, el mismo día de la muerte de Anselmo Duarte entraron tres hombres, de grandes dimensiones, a buscarlo… con no muy buenas intenciones.

—Así es —asintió el inspector—. Y para entonces Duarte ya se había marchado porque no se encontraba bien, o porque en realidad se temía lo que le podía suceder.

Roque asintió con la cabeza, luego retomó su explicación:

—Pues he vuelto a hablar con la comercial de la galería, para ver si había recordado algún detalle más de aquel día. Ha sido ella quien me ha facilitado el nombre de la mujer y… ¡bingo!

Valdés estaba ansioso.

—¿Tú pagas los bocadillos del almuerzo, a cambio? —propuso

Roque.

—¡Hecho!

—Pues resulta que Duarte, antes de salir por la puerta, le dio un recado muy urgente.

—¿Cuál? —El inspector lo fulminó con la mirada, expectante.

—Reconoce que tienes un equipo al que no se le resiste nada.

—¡Lo reconozco! —afirmó.

—Duarte le pidió que enviara, por mensajería, un sobre cerrado al Hotel Palacio Vallier. ¿Te imaginas a quién iba dirigido? —planteó el subinspector.

—A Leonor Villa no sé qué de Pousa —pronunció sin recordar el apellido completo.

—¡A Leonor Villacrés de Pousa! ¡En efecto! —corroboró.

—Roque, coge tu chaqueta que nos vamos —añadió el inspector Valdés.

El inspector Valdés y el subinspector Roque pasaron junto al Palacio de la Generalitat y aparcaron el coche patrulla en la plaza de Manises, a los pies de la estatua de Francisco Pizarro. Instantes después entraron en el Hotel Palacio Vallier, situado a pocos metros de distancia. En la recepción los recibió una señorita muy amable.

—Lo siento inspector, pero no tengo constancia de que se entregara ningún sobre en la fecha que me indica —contestó la joven de uniforme.

—Emi, ¿trabajaba usted ese día? —preguntó el inspector sin darse por vencido, mientras leía el nombre que la chica llevaba bordado en su camisa, al lado del logo del hotel.

—¡Déjeme ver! —La joven consultó un listado—. No, señor, yo tenía el día libre, en la recepción estaba Carla. Pero anotamos absolutamente todas las entradas y salidas, y le repito que no consta ninguna entrega en ese día para doña Leonor.

Valdés agotó sus últimos cartuchos y añadió:

—Me gustaría hablar con Carla.

—Lo siento, inspector, pero Carla está de vacaciones. De hecho, la fecha que me comenta fue su último día de trabajo.

El inspector Valdés arrugó el ceño ante tanta negativa. La joven, nerviosa, intentó arreglar un poco la situación:

—Aunque se reincorpora mañana.

—¿Conoce bien a doña Leonor? —le preguntó con picardía.

La joven dudó antes de contestar.

—Solo le puedo decir que es una mujer muy elegante —dijo apurada—. No estoy autorizada a dar información de nuestros huéspedes.

—¿Desde cuándo se aloja en el hotel? —insistió en tono mordaz —. ¡Esa pregunta sí que la puede contestar, a menos que prefiera que venga con una orden judicial!

La joven tecleó el ordenador y después de hacer las comprobaciones oportunas, dijo:

—Una semana antes de la fecha que me indica. —Su tono fue cauteloso.

—¿Sabe si se encuentra ahora aquí?

—Lo desconozco, inspector. Yo acabo de incorporarme en mi turno.

—Muchas gracias por su tiempo —contestó con una sonrisa inmisericorde—. Mañana volveremos para hablar con Carla.

CAPÍTULO 8

Carla regresaba al trabajo después de unas merecidas vacaciones. Nada más llegar, Emi la puso al día de la visita del día anterior, del inspector de policía y de su búsqueda de un sobre del que nadie tenía constancia, dirigido a Leonor Villacrés de Pousa.

—Recuerdo perfectamente que me lo entregó un mensajero a mí —rememoró Carla, nerviosa.

—¿Y se lo hiciste llegar a doña Leonor? —preguntó Emi, con apuro por el lío que se había creado.

—No, ese día no la vi. Lo dejé justo aquí. —Señaló la esquina del mostrador pegada a la pared—. Con el ajetreo de mi viaje, se me olvidó anotarlo.

—Pues parece que era algo importante.

—¡Madre mía! Y estoy a punto de que me renueven el contrato —exclamó Carla temblorosa.

—¡Tenemos que buscarlo! Si no se ha entregado, se ha debido de traspapelar por algún sitio.

Las dos jóvenes removieron todo lo que estaba a la vista, sin ningún resultado. Después vaciaron los cajones, pero nada. Lo mismo hicieron con los estantes de un mueble cercano sin encontrar lo que buscaban.

—¡Pero si yo lo dejé justo aquí! —clamó Carla con los ojos cuajados de lágrimas.

Emi tocó el borde que su compañera estaba señalando y percibió que había una fina hendidura.

—¡Espera! Es posible que se haya podido colar entre el mueble y la pared.

Las dos se pusieron manos a la obra, después de varios intentos fallidos, creyeron haber dado con algo que podía ser el sobre que tanto ansiaban. Con suma habilidad y desplegando su ingenio, consiguieron rescatarlo. El sobre estaba arrugadísimo, cubierto de polvo y en pocas condiciones de ser entregado, pero, por lo menos, lo

habían recuperado.

—El inspector dijo que vendría hoy —apuntó Emi.

—Pero el sobre va dirigido a doña Leonor —prosiguió Carla indecisa—. ¿Qué hacemos?

—Nosotros debemos priorizar a nuestros huéspedes.

—Tienes razón. Voy a contactar con ella.

Carla llamó a su habitación, pero no obtuvo respuesta. Buscó su teléfono en el ordenador y marcó su número. Al segundo tono, contestó.

—Buenos días, doña Leonor. Soy Carla, de la recepción del Hotel Palacio Vallier. Disculpe que la moleste tan pronto. He llamado a su habitación, pero no estaba, así que...

—Tranquila, Carla. ¿Qué pasa?

—Verá... —vaciló—, hace quince días entregaron un sobre para usted en la recepción. Lo trajo un mensajero de la galería INACFA. Con tan mala suerte que me marché de vacaciones al día siguiente y el sobre se traspapeló. Lo siento muchísimo. Sé que... —Su congoja le impedía vocalizar.

—Carla, Carla, ¡tranquilizate! ¡Hablame de ese sobre! ¿Lo encontraste?

—Sí, doña Leonor, se había caído por detrás del mueble y está todo arrugado. De verdad, que no me volverá a pasar. Le pido mil perdones.

—¡Carla! ¿Lo tenés en tu poder?

—Sí.

—¡No se lo entregues a nadie que no sea yo! ¿Entendido?

—Eso es lo que iba a hacer, pero es que ayer vino un inspector de policía y preguntó por él, y también hizo muchas preguntas sobre usted.

—¿Un inspector de policía? —articuló malhumorada.

—Sí, le atendió Emi, dice que se llamaba Valdés.

Leonor Villacrés de Pousa cerró los ojos y enclavijó la mandíbula.

—¡Carla, escuchame bien! Estoy a escasos diez minutos del hotel. Quiero que custodies ese sobre hasta que yo llegue. ¿Sos capaz?

—¡Por supuesto!

A los pocos minutos, un taxi aparcó en la entrada del hotel, de él

descendió Leonor Villacrés de Pousa, no sin antes advertir al conductor que la esperara unos minutos. Entró en el vestíbulo, caminó hasta el mostrador de recepción y en cuanto Carla la vio, le entregó el sobre, tal y como habían quedado. Después tomó el ascensor hasta el segundo piso. En el trayecto, rasgó el papel y en su interior encontró un *pendrive*.

Leonor reconoció la astucia de Anselmo Duarte. Lástima que lo hubieran quitado del medio. Había sido una buena pieza en ese rompecabezas. Además, estaba segura de que el hombre hubiera podido lograr sus propósitos. Ahora, su prioridad más urgente era saber qué había ahí dentro, y para ello necesitaba su ordenador. Abrió la puerta de la *suite*, dejó el bolso y el abrigo encima del sofá y se dispuso a salir de dudas. Insertó el dispositivo y puso el portátil en marcha.

Mientras su ordenador se encendía, sonó el teléfono de la habitación. Leonor se levantó a regañadientes y descolgó.

—Disculpe, doña Leonor, soy Carla, de nuevo.

—¿Qué pasa? —Su tono resultó algo brusco.

—Hay aquí tres hombres que preguntan por usted, y perdone que le diga, pero no me gusta su aspecto. —Su entonación se había transformado en un susurro—. ¡Oiga, pero qué hace! ¡No pueden pasar! ¡Seguridad! ¡Seguridad! —gritó—. ¡Doña Leonor, están subiendo y han visto el número de su habitación!

Pero nadie le contestó al otro lado de la línea. Leonor Villacrés de Pousa ya había soltado el teléfono y lo dejó descolgado encima de la mesa. Cogió el *pendrive*, el bolso de viaje, el abrigo y huyó. Mientras corría por el pasillo se asomó por la barandilla de la escalera. Reculó al instante al ver a los hombres subir a toda prisa. Se aproximó a la placa de incendios y apretó el botón con fuerza. Al instante se disparó la alarma que sobrecogió a huéspedes y empleados que salieron de las habitaciones inquietos y asustados. Retrocedió en busca de la escalera de emergencia, que ya tenía controlada en caso de necesidad, y descendió todo lo rápido que le permitieron sus pies. Cuando llegó al vestíbulo, se camufló entre la confusión de la gente, buscó la salida y se subió en el taxi que aún la esperaba.

—¡Menuda se acaba de liar ahí dentro! —comentó el taxista.

—¡Ya lo creo! ¡Salgamos de este barullo!

Mientras el vehículo maniobraba para salir de la plaza, dos

coches de policía irrumpían en el lugar con las sirenas encendidas.

Leonor Villacrés de Pousa pudo ver al inspector Valdés que bajaba de uno de los coches patrulla.

Se acababa de escapar por los pelos, y no solo de esos matones, sino también de la policía. Estaba claro que había llegado el momento de mudar de piel como las serpientes y dejar descansar a Leonor Villacrés de Pousa.

SEIS MESES ANTES

CAPÍTULO 9

La oscuridad de la noche contrastaba con la mortecina luna reflejada en las apacibles aguas del mar. En esa madrugada de domingo, la actividad laboral del puerto de Valencia era prácticamente nula, aunque todavía perduraban los vestigios del gasoil y residuos de vapores de los camiones y las grúas, aunados con el salitre del mar. Un estremecedor silencio reinaba en todas y cada una de las dependencias, excepto en la garita de entrada, donde dos vigilantes amenizaban el tiempo con una conversación banal.

A esa misma hora, una Vanette blanca con dos ocupantes, que rondaban los treinta años, se aproximaba al muelle y se adentraba en el Club Náutico. El lechoso color de las embarcaciones reflectaba entre la negrura del agua.

—¡Cuánto dinero tiene la gente! —exclamó el conductor, asqueado de ver tanto barco de lujo junto.

—Ya verás, Emilio, cómo nuestra suerte cambia —murmuró el acompañante.

Rodearon el muro contiguo al puerto y se detuvieron antes de llegar a la desusada entrada a la terminal. Era el día perfecto, la noche perfecta, y si todo salía como ellos esperaban, también sería el golpe perfecto. Para ello, llevaban las últimas semanas inspeccionando el lugar y los alrededores buscando la mejor manera de entrar y salir sin ser vistos; y ahí estaban, ante esa mísera valla, entre aquella especie de muralla que los incitaba a perpetrar sus fechorías. Emilio recordó la cantidad de veces que le había oído decir a su padre, en las pocas ocasiones en que se encontraba sobrio: «Quien busca, encuentra». Pues tenía que darle la razón, aunque no le gustara.

Emilio aparcó la furgoneta de reparto del desguace donde trabajaba. No era la primera vez que la utilizaban para algún que otro pillaje. Sustituir la matrícula y camuflar el rótulo de los laterales era pan comido y había resultado efectivo hasta la fecha, a no ser que los detuviera la policía y los cogieran con las manos en la masa.

Sigilosos, bajaron del vehículo y se aproximaron hasta la cerca metálica. Tobías, el más bajo y menudo, se apresuró a sacar la cizalla y a hacer un agujero lo suficientemente grande que les permitiera el paso. Emilio le apremió, escudriñó en el bolsillo trasero de su pantalón y sacó un papel, lo desplegó y repasó mentalmente el lugar exacto que debían buscar. Atravesaron la alambrada y se colocaron las mochilas a la espalda antes de iniciar la carrera de los doscientos metros, a cielo descubierto, que los separaba de la primera hilera de contenedores.

El débil eco de sus zancadas profanó la siniestra calma. Sus siluetas se difuminaron entre las sombras de esa urbe de calles, que simulaban robustos edificios de metal.

—Aquí es fácil perderse, ¡todas las vías son iguales! —se quejó Tobías desorientado—. He estado en pueblos más pequeños que esto.

—¡Tú limítate a buscar la calle 6C! —le ordenó el otro.

—¡Pero si no se ve una mierda! —protestó mientras sacudía la linterna hacia un lado y otro, sin control.

—¡No seas gilipollas y alumbra al suelo! —le gruñó Emilio con temor de que ese absurdo baile de luces delatara su posición.

—¿Estás seguro de que es esa calle? —susurró Tobías, y dejó entrever la ausencia de uno de sus incisivos inferiores.

—¡No me cabrees, coño! Es la tercera vez que me lo preguntas —renegó el más alto y enérgico—. ¡Pues claro que estoy seguro! Ves, aquí está. —Se detuvo y señaló la referencia pintada en el suelo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Tobías, que seguía jugueteando con la linterna.

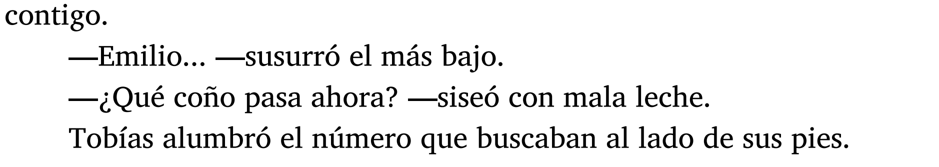
—Ahora hay que localizar el número 104. Y deja de hacer señales con la puta luz —le amenazó Emilio y le dio un empujón para que reaccionara.

—Joder, tío —susurró el más bajo, ansioso de salir de ese laberinto de metal. Todavía no sabía cómo se había dejado convencer para perpetrar semejante robo.

—Has visto, Tobías, cómo no ha sido tan difícil colarnos en la terminal —le animó para evitar que flojeara—. ¡Te lo dije! Esto va a ser coser y cantar.

—Tú siempre lo ves todo muy fácil, pero yo hasta que no esté fuera de este sitio, no voy a respirar tranquilo.

—¡Cuándo vas a dejar de ser un *cagao*! ¡Madura, hostia, madura! Sigues igual de cobarde que en el colegio. No sé por qué aún cuento



contigo.

—Emilio... —susurró el más bajo.

—¿Qué coño pasa ahora? —siseó con mala leche.

Tobías alumbró el número que buscaban al lado de sus pies.

—¡Lo tenemos! —confirmó Emilio. Quiso gritar de euforia, pero se contuvo.

—Espero que no sea el último contenedor —susurró Tobías, que miraba hacia arriba e intentaba calcular los metros que había de altura.

—¡De putísima madre! —exclamó el más alto mientras repasaba la anotación del papel—. La suerte nos sonríe, colega, el contenedor que buscamos está a ras del suelo.

Tobías resopló, complacido.

—Saca la cizalla —le mandó Emilio con firmeza—. No podemos perder tiempo.

Tobías acató sin rechistar. Sujetó con fuerza la herramienta, la ancló en el precinto de seguridad y apretó hasta romperlo. Cuando abrieron las puertas, sus sonrisas se dibujaron en la penumbra.

—Esto está lleno de cajas —pronunció Tobías decepcionado—. Nos va a llevar toda la noche registrarlo.

—No seas agorero y ayúdame a vaciarlo.

Una a una, empezaron a sacar las cajas hasta que abrieron un delgado pasillo por el que se colaron.

—¿Y dices que todo lo que hay aquí es antiguo? —se interesó Tobías, impresionado por lo extraña que era la gente.

—Eso parece. Cuanto más viejo, más vale. Muchos de estos paquetes van a la tienda de antigüedades.

—Mi madre tiene un baúl lleno de antiguallas de mis abuelos, tatarabuelos y toda esa mierda. Hay hasta un orinal desportillado. —Sonrió y mostró su dentadura incompleta—. ¿Crees que me darían algo por él?

—¡Y yo qué coño sé! ¡Céntrate en buscar la puta referencia y cállate de una vez!

—Emilio, ¡ahí está! ¡Tío... lo tenemos! ¡Nos vamos a forrar! —Tobías alumbró la numeración.

Emilio se encaramó sobre uno de los embalajes y comprobó que estaba en lo cierto. Su mente retrocedió unas semanas atrás, cuando el destino le brindó la semilla que le auguraba poder cambiar el rumbo

de su vida.

—¡Se acabó la puta miseria! —musitó Emilio, y besó la referencia impresa en el lateral de madera—. ¡Ayúdame a bajarlo, con mucho cuidado!

Tobías obedeció y lentamente lo colocó en el suelo. Al hacerlo, emitió un gruñido ahogado.

—¡Esto pesa de la hostia! —refunfuñó, sorprendido por el engañoso tamaño del bulto—. No sé cómo nos las vamos a ingeniar para llevarlo a la furgoneta.

—¡Deja ya de quejarte! Hemos de estar atentos a los vigilantes. Que hayamos entrado con facilidad no quiere decir que la salida vaya a ser igual de sencilla.

—Lo sé, Emilio, lo sé —asintió con el corazón palpitante.

Mano a mano, el par de ladrones agarró el cajón de madera por los cuatro lados y, con pasos cortos pero seguros, iniciaron la escapada dejando atrás y a la intemperie decenas de cajas, esparcidas de mala manera.

Tras sortear distintas vías de contenedores, se detuvieron a reponer fuerzas ante la inmensa explanada que les quedaba por recorrer. Antes de iniciar el último trayecto, frente a la verja de salida, se detuvieron, forzosamente, al oír la voz de uno de los guardias que se aproximaba.

—Te juro que era como un reflejo, pero parece una falsa alarma —habló por el *walkie*.

—Si nos ve, estamos perdidos —susurró Emilio con tono áspero —. Tú y tu puta luz —le recriminó.

Tobías enmudeció ante la cruda situación, dio un paso hacia atrás asustado y, sin querer, pegó con la linterna metálica en la pared de uno de los contenedores provocando un ruido sordo que alarmó al guardia, y cabreó todavía más a Emilio. Con la rapidez que les permitió el bulto que llevaban entre manos se movieron de pasillo en pasillo esquivándolo, y angustiados por la idea de ser descubiertos.

—No, no hace falta que vengas... Ha debido de ser una rata o un gato —oyeron decir al guardia mientras tomaban aliento agotados por la huida.

Impacientes por salir de ahí esperaron en silencio hasta que dieron por hecho que el guardia había regresado a la garita dejándoles vía libre. Fue entonces cuando reanudaron la marcha hasta la

alambrada. Exhaustos, llegaron a la furgoneta, cargaron el paquete y se metieron dentro.

Emilio puso el motor en marcha y salieron pitando de allí. Cuando la Vanette bordeó el Club Náutico, se miraron entre ellos y sus gritos de euforia retumbaron en el interior.

CAPÍTULO 10

En esa atípica mañana, la bruma matinal empapaba la terminal sur del puerto de Valencia, mientras el trasiego policial y agentes de aduanas cerraban el acceso de ciertos carriles con el precinto de la Guardia Civil. Las arterias de circulación colapsadas habían provocado tal atasco que los camioneros se quejaban ante la desesperación de horas y horas de parón.

El inspector Valdés y el subinspector Roque aparcaron el coche patrulla en la entrada de la terminal. Después de acreditarse al agente portuario que les recibió, este les indicó que le siguieran hasta el lugar de los hechos.

Anduvieron por la interminable y colorida explanada, y sortearon las hileras de contenedores, alineadas con extremada precisión.

—¿Cuántos contenedores caben aquí dentro? —preguntó el inspector interesado.

—Muchos —sonrió el agente portuario—. En estos momentos alberga más de ochenta y cinco mil contenedores y mil quinientos frigoríficos. Conectamos con más de mil puertos en todo el mundo. De ahí que ocupemos el cuarto puesto en tráfico en Europa y nos hayamos convertido en el principal enclave de servicios para la exportación e importación de la península ibérica y del Mediterráneo.

El inspector arqueó las cejas al oír toda la explicación, mientras que al mismo tiempo observaba cómo las imponentes grúas, como gigantescas moles de hierro, cargaban los contenedores desde los buques y los descargaban en las cabezas tractoras.

—¡Por cierto, tengan cuidado con el suelo mojado! —les advirtió el agente portuario—. Está muy desgastado por el uso y por los años, y al combinarse con los aceites de los camiones, resbala bastante.

El subinspector Roque se detuvo en seco para que pasara un Mafi. Al hacerlo, una de las suelas de sus botas patinó sobre el asfalto.

—Tengo entendido que fue uno de los vigilantes quien lo encontró, sobre las tres de la mañana —apuntó el inspector Valdés.

—En efecto —afirmó el agente portuario—. Media hora antes había salido de la cabina para inspeccionar la terminal.

—¿Y eso? —preguntó el subinspector.

—Le pareció ver un reflejo de luz y un sonido que achacó a una falsa alarma.

—Ya —exclamó el inspector Valdés meneando la cabeza de un lado a otro.

—Pero enseguida que lo vio dio la voz de alarma. De hecho, ya se han hecho las fotografías pertinentes y tomado las posibles huellas dactilares y demás pruebas.

El subinspector señaló la antigua entrada, ya inutilizada, e inquirió:

—¿Es por allí por donde se supone que entraron y salieron?

—Sí, cortaron la cerca metálica. A decir verdad, es el punto débil de la terminal.

—No cabe duda de que buscaban algo en concreto —analizó el inspector Valdés—. Un cargamento lleno de antigüedades perfectamente podía esconder algo suculento.

—Me temo que sí. Aunque todo lo que sale y entra del puerto pasa por la aduana. La actividad de este centro está sujeta a rígidos protocolos.

—Doy por hecho que todo estaba en regla en ese contenedor —asumió el subinspector Roque.

—Por supuesto. Pasó los controles rutinarios, se comprobó la documentación y ya tenía el circuito verde listo para salir del recinto, hoy mismo. Aduana Marítima lleva un control de las declaraciones de exportación e importación de la mercancía y en ningún momento se sospechó de este cargamento. Además, hay otro departamento que analiza el contrabando de tabaco, estupefacientes y esas cosas. En general, no es habitual un robo de estas características.

—Ya me imagino, si no habrían reforzado el punto débil por el que entraron —puntualizó el inspector con cierto sarcasmo.

—¡Ya hemos llegado! —les indicó el agente portuario captando su indirecta.

Los tres hombres se detuvieron ante el contenedor abierto que todavía estaba atestado de cajas alrededor.

—Les presento al teniente Ariza de la Guardia Civil, quien también está a cargo de la investigación —continuó.

El inspector y subinspector saludaron al oficial de La Benemérita y echaron un vistazo. Estaba claro que los ladrones no habían sido finos en el trabajo. O eran unos aficionados o tenían mucha prisa.

—¿Se sabe ya qué es lo que falta? —preguntó el inspector Valdés.

El teniente Ariza le pasó un listado de los objetos que se encontraban en el interior y señaló una numeración en concreto.

—De momento, solo falta la caja 969. Contenía un cuadro abstracto del pintor Diago Torroja que iba destinado a la galería INACFA.

—Diago Torroja... —mencionó el inspector Valdés. Parecía ser la primera vez que oía ese nombre.

—Sí, es un artista que ha empezado a despuntar hace muy poco —le aclaró el teniente Ariza.

—No tiene demasiado sentido. Dudo que esa obra tuviera tanto valor como para robarla —especuló el subinspector Roque—. A no ser que su interior no correspondiera con la descripción declarada.

—Podría ser —asintió el teniente de la Guardia Civil—. Eso es lo que hemos de averiguar. Todo el contenido será confiscado e inspeccionado meticulosamente.

—¿Se sabe algo del individuo o individuos que lo perpetraron? —preguntó el inspector.

—De momento, poca cosa —contestó el teniente—. Están revisando las cámaras de seguridad. A medida que tengamos más información se la haremos llegar.

—De acuerdo —asintió el inspector Valdés—. Tendremos que avisar a los afectados y hacerles algunas preguntas.

El atardecer había coloreado de tonos ocres el interior de la comisaría de Ciutat Vella. El inspector Valdés estaba a punto de marcharse. Ya había hecho bastante por ese día. Desde primera hora de la mañana que se despidió de Sara que no había aparecido por casa. Cogió su chaqueta y su móvil de encima de la mesa. Al hacerlo, le sobresaltó una llamada.

—¡Sí, dígame!

—El inspector Valdés, supongo.

—En efecto.

—Soy el teniente Ariza, nos vimos ayer en el puerto. Tengo

noticias para usted.

Jesús Valdés dejó la chaqueta de nuevo en el respaldo de la silla y se sentó.

—¡Usted dirá!

—Entre los objetos encontrados, las reliquias antiguas y variedad de cuadros que hemos tenido que escrutar, nos hemos topado con que uno de los embalajes de madera estaba roto. Deducimos que provocado por los presuntos ladrones al descargar la mercancía sin la precaución debida. Corresponde a una obra de Justo Mengual, un pintor emergente, que iba destinada a la sala de subastas INACFA. El caso es que la providencia nos ha sonreído, ya que en el reverso de dicho cuadro hemos hallado una obra de Manet, de incalculable valor, que fue robada del Museo Isabella Stewart Gardner de Boston hace treinta años.

El inspector se incorporó del asiento, sobresaltado.

—¿Está seguro de su autenticidad? —preguntó.

—¡Sin lugar a dudas! —pronunció Ariza con rotundidad—. Dado el valor de la supuesta pintura, necesariamente tuvimos que avisar al profesor Dávalos, un experto en la materia. Él lo ha confirmado, sin posibilidad de error.

—La investigación se pone interesante... —murmuró.

—Hay algo más, inspector. ¿Recuerda que la numeración del cuadro robado era la 969?

—Sí —asintió con el leve presentimiento de que el número podía esconder algún trasfondo.

—Pues podría ser casualidad, pero la referencia donde estaba escondido el Manet es la 696.

El teniente Ariza se mantuvo en silencio durante unos instantes en espera de su respuesta. El inspector Valdés se quedó pensativo.

—Teniente, ¿sospecha lo mismo que yo? —preguntó Valdés sin temor a errar.

—Me temo que sí —afirmó Ariza—. Los ladrones vieron los números al revés y se llevaron el paquete equivocado.

—¿Le parece bien que nos veamos mañana, aquí en la comisaría, a primera hora? —propuso el inspector.

—Allí estaré.

CAPÍTULO 11

A primera hora de la mañana el teniente Ariza entró en la comisaría. Después de saludar al inspector Valdés, Ariza abrió su portafolios y desplegó encima de la mesa una copia del cuadro *Chez Tortoni* de Édouard Manet.

—¿Cuánto calcula que podría valer hoy en día? —se interesó Valdés, profano en la materia.

—No podría calcularse. Piense que el robo del Stewart Gardner de Boston, como le he comentado por teléfono, fue hace treinta años, y se lo considera el más grande de la historia. Sustrajeron trece obras valoradas en más de quinientos millones de dólares. A pesar de la recompensa de diez millones que el museo todavía ofrece a quien tenga una pista sobre el paradero de las obras, nadie se ha manifestado al respecto.

—¡Un auténtico misterio sin resolver! —pronunció el inspector.

—¡Exactamente! Además, hay un detalle curioso, de los tres pisos que tiene el museo, el cuadro que hemos encontrado fue el único sustraído del primer piso, el resto pertenecía al segundo y ninguno al tercero.

—¿Qué hay de curioso en ello? Irían buscando algo en concreto, nada más.

—Posiblemente, pero *Chez Tortoni* no solo fue el único objeto robado del primer piso, sino que también fue el único cuyo marco no quedó en su sala, como los demás. Los ladrones lo dejaron en la silla de la oficina del director de entonces.

—Un gesto un tanto desafiante o burlón, ¿no le parece? —puntualizó Valdés.

—Esa fue la conclusión a la que llegaron durante la investigación, pero con eso se quedaron. Lamentablemente, el tráfico de arte robado figura entre los negocios ilegales más lucrativos, después del tráfico de drogas y de las armas, y ningún país del mundo está exento de ello. Supone una larga cadena de delitos cuyo último eslabón, la mayoría

de las veces, no es más que el lavado de dinero. Sin embargo, cen los delincuentes comunes, pero son aquellos de guante blanco quienes realmente dirigen ese corrupto mercado.

Valdés asintió. Conocía perfectamente ese tipo de perfil.

—Son ellos los que se encargan de comprar y vender ese arte. Resulta más sencillo mover una pintura valuada en un millón de dólares que mover el dinero en efectivo. Además, estos delitos suelen tener otras ramificaciones, como captar artistas talentosos, pero necesitados, para que pinten falsificaciones a cambio de un precio modesto. Luego, estas obras son ofrecidas en el mercado negro a coleccionistas ambiciosos, pero inexpertos. ¡Este mundo es así de complejo y así de cabrón! Según el FBI, menos del diez por ciento de las obras de arte robadas se recuperan, lo que significa que el noventa por ciento de los casos se quedan sin resolver. Según la Interpol, los ingresos por robos de arte superan los seis mil millones de dólares al año, aunque esa cifra solo representa los robos registrados. Se estima que la cifra real podría ser hasta diez veces mayor.

Durante un momento, el inspector sopesó la cantidad de millones que barajaba ese negocio.

—Entonces, ¿cree que el narcotráfico podría estar involucrado? ¿O tal vez son delincuentes comunes que buscan algún tipo de rescate o comprar partidas de droga?

—Reconozco que posiblemente hayan sido esos delincuentes que usted menciona, pero estoy casi convencido de que, de haber sido así, fue por encargo —afirmó con seguridad Ariza.

—¿Cuál es su hipótesis de todo esto, teniente? —preguntó vacilante.

—Buena pregunta… Tengo varias hipótesis, pero solo una teoría a la que me aferro.

El teniente Ariza abrió de nuevo su portafolios y sacó una segunda lámina que colocó al lado de la copia de Manet, ante la cara incrédula del inspector.

—¡Esta fotocopia refuerza esa teoría! —corroboró.

Valdés se mantuvo en silencio a la espera de una explicación.

—Hace un año, y por una serie de coincidencias —comenzó a decir Ariza—, apareció en Madrid el original de esta obra de Gustav Klimt. Se llama *Las novias* y fue confiscada por los nazis a la familia judía Lederer. Se creía que esta obra se había quemado en el incendio

del castillo Immendorf, al sur de Austria, provocado por el ejército alemán en retirada durante la Segunda Guerra Mundial. ¡Queda claro que la guerra es una mala aliada para el arte! La tragedia ocurrió el 8 de mayo de 1945 en la que, supuestamente, perecieron incontables obras, entre ellas, trece piezas de Klimt. Y digo «supuestamente» porque ya no sé qué pensar al respecto, ya que la cosa no termina ahí.

El inspector Valdés levantó las cejas. El caso adquiría consistencia, y más se interesó cuando vio que Ariza sacaba una tercera copia de su portafolios, que puso al lado de las otras dos.

—Esta que ve aquí corresponde a *Jarrón con cinco girasoles* de Van Gogh, el cuadro desapareció en agosto de 1945, tras un ataque estadounidense en el distrito de Ashiya, en Japón, durante la Segunda Guerra Mundial. ¡Nuevamente vemos los estragos de la guerra! Esta obra formaba parte de la colección del japonés Koyata Yamamoto. Por suerte, existen fotografías antiguas de la época que nos permiten ver cómo era. —Se detuvo durante unos instantes—. Pues fue confiscada hace seis meses en Italia por la Unidad Especial de Carabinieri encargada de recuperar el patrimonio cultural, en colaboración con la Europol e Interpol.

—Después de lo visto y lo que me ha explicado —pronunció Valdés asombrado—. ¿Cuál es su hipótesis, teniente?

—Si mi olfato no me engaña, aquí nos hemos topado con una compleja y bien estructurada red mafiosa, en la que la corrupción campa a sus anchas entre marchantes arribistas, coleccionistas millonarios y caprichosos amantes del arte que se lucran con las obras más exquisitas y codiciadas del mercado negro. Esto incluye, y a la vista está tras las pruebas obtenidas, piezas presumiblemente desaparecidas o destruidas a lo largo de la historia.

—Las obras consideradas destruidas se excluyen de la búsqueda —añadió Valdés—. Sin embargo, las fotografías del resto de las obras robadas se difunden de inmediato a nivel internacional con el objetivo de acorralar a los ladrones y dificultar su venta. Aunque asumo que las obras de gran valor no son tan fáciles de vender, ¿no es así?

—¡Correcto! —Le dio la razón el teniente Ariza—. Tienen que dejarlas «enfriar» durante años, a veces décadas, antes de que puedan ponerlas en circulación. A pesar de ello, siempre entraña enormes riesgos.

—Entonces, por lo que ha comentado, suena mucho más tentador

para los millonarios amantes del arte incluir piezas robadas en sus listas de caprichos, cuánto más inalcanzables, mejor —planteó Valdés, que ya cogía el hilo del caso.

—¡Exactamente! Y estas obras ya se han «enfriado» lo suficiente. Por ello, las están moviendo clandestinamente. Según diversos estudios, cerca de un diez por ciento de coleccionistas encargan robos selectivos. Y ahí es precisamente donde debemos de buscar.

—¿Tenemos algún nombre de los posibles sospechosos? —demandó Valdés, intrigadísimo.

—Hemos estudiado distintos perfiles de coleccionistas de arte que podrían encajar, sus patrimonios, la integridad de sus trayectorias y el nivel de corrupción asociado. Nos hemos centrado especialmente en aquellos que buscan acumular posesiones exclusivas, como ediciones limitadas de ciertos artistas, por el placer de disfrutarlas en privado y la satisfacción personal de ser los únicos dueños.

—Por su seguridad al contestar, deduzco que sí tienen nombres que reúnan esos requisitos, ¿o me equivoco? —cuestionó el inspector, alentado.

El teniente Ariza le sonrió satisfecho.

—¡Así es! —afirmó—. Tenemos nuestras sospechas y todo apunta a dos personas en concreto. Aunque con ello no quiero decir que ya tengamos el caso cerrado. ¡Ojalá fuera tan fácil!

El teniente Ariza abrió su portafolios, de nuevo, y desplegó sobre la mesa las fotografías de dos sujetos. El inspector Valdés se aproximó. Al ver las imágenes no pudo contener una exclamación:

—¡Augusto Fonfría! ¡Cómo no! Y su socio, Ramiro Matoses.

—En efecto. Sé que han tenido el placer de conocerse en otras ocasiones, y le felicito por haber metido entre rejas a Fonfría una temporada.

—Menos de lo que me hubiera gustado y de lo que se merecía —añadió el inspector con sorna e impotencia—. Está claro que lo subestimamos.

—Me temo que sí —afirmó Ariza—. Pero de los errores se aprende.

—Tomo nota.

—No me refería a usted, ni a nosotros, ni a la justicia. Aunque sí que deberíamos subsanar errores.

—¿A qué se refiere, entonces? —demandó Valdés.

—Augusto Fonfría y Ramiro Matoses son dos hombres muy poderosos. Demasiado poderosos, diría yo. Ellos también han tomado medidas para resarcirse y, por ello, han construido un escudo infranqueable. Una especie de muralla invisible que protege el edificio de INACFA.

El inspector Valdés apenas respiró para no interrumpirle.

—Los ancestros de Ramiro Matoses provenían de la Italia renacentista y fueron pioneros en la colección de arte y objetos de gran belleza. Parte de ese valioso patrimonio fue heredado por el señor Matoses y, lógicamente, ha engrandecido con el paso de los años. No solo en España e Italia, sino también en otros países de Europa y América. De hecho, esta lámina de los cinco girasoles —señaló la obra de Van Gogh—, que confiscó la Unidad Especial de Carabinieri, parece que iba destinada a su colección privada.

—No hay pruebas que lo demuestren, supongo —asumió Valdés con impotencia.

Ariza asintió.

—Y cabe pensar que este Manet —continuó el inspector Valdés, y cogió la lámina correspondiente— iba destinado a Augusto Fonfría.

—De momento, son simples conjeturas —verbalizó Ariza con rabia—, pero estoy convencido de que es así.

—Las hipótesis no nos sirven de nada en absoluto sin pruebas que las respalden —murmuró Valdés, asqueado del poder.

—Ambos individuos van siempre de la mano, trabajan juntos y comparten empresas y asociaciones culturales. Además, ambos son sospechosos de ciertas ilegalidades que, por supuesto, no hemos podido demostrar todavía. El mayor inconveniente no es solo que son peces gordos, con carteras que podrían empapelar esta comisaría varias veces, sino que los mejores abogados les cubren las espaldas y, por si eso fuera poco, tienen el apoyo de varios políticos y jueces que les abren las puertas en cualquier momento que lo necesitan.

—Hay algo que no termina de cuadrarme —reflexionó Valdés, cavilando sus últimas palabras—. Sus argumentos son completos y no cuestiono su validez. Pero si en el reverso del cuadro de Justo Mengual se escondía el Manet, y la obra iba destinada a la sala de subastas INACFA, o lo que es lo mismo, a Augusto Fonfría, ¿qué sentido tenía robarla?

—Buena observación. Ningún sentido en absoluto. Ese es uno de

los flecos sueltos de esta investigación.

—Entonces hay que ponerse manos a la obra. Tenemos mucho trabajo por delante —culminó el inspector Valdés, y dio por finalizada la conversación.

CAPÍTULO 12

El inspector Valdés y el subinspector Roque se adentraron por las estrechas callejuelas del barrio del Carmen hasta dar con la galería y sala de subastas INACFA. Habían decidido ir allí primero antes de visitar la sede central, con la esperanza de poder recabar algún tipo de información que les pudiera interesar. El teniente Ariza estaba haciendo un excelente trabajo y se sentían agradecidos de poder contar con él en el caso. «Menudo imperio era aquel local de Augusto Fonfría», pensó Valdés. Conocía bien el temperamento de ese hombre cuando se le llevaba la contraria y, sobre todo, su frialdad para conseguir sus objetivos. Lo había comprobado personalmente en dos ocasiones, en asuntos muy diferentes, pero igualmente controvertidos y mediáticos.

Los dos agentes entraron en la sala dispuestos a averiguar todo lo necesario. A los pocos instantes, un hombre de unos cincuenta y tantos años, bien parecido y con una nariz prominente, se acercó a ellos.

—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarlos? —se ofreció amablemente.

Los agentes se identificaron y le mostraron sus placas.

—¿Su nombre es...? —preguntó el subinspector.

—Anselmo Duarte, soy el encargado de la galería, espero poder ayudarlos.

—Nosotros también lo esperamos —añadió Valdés—. Hay un contenedor retenido en el puerto. En este momento se le está llevando a cabo un minucioso proceso de investigación por contener mercancía no declarada, por llamarla de alguna manera...

—Sí, algo he oído en las noticias —le cortó el marchante.

—Da la casualidad de que parte de ese cargamento iba destinado a esta sala —continuó Valdés—. Concretamente, las dos piezas afectadas. Una de ellas ha sido robada y la otra no cumple con los requisitos legales que le corresponden.

—Sí, estoy al tanto del retraso de esa mercancía —afirmó el

marchante—, me lo informaron desde la central. La mayoría de las piezas estaban destinadas a la subasta del próximo mes. No es la primera vez que confiscan algo, por diversas razones. Por eso, no me preocupa demasiado. Para prevenir estos incidentes, hemos extendido el tiempo de las subastas de manera prudente.

—¿Dice que no es la primera vez que confiscan un cargamento? —inquirió Valdés interesado.

—Llevo trabajando en la empresa más de diez años y comprenderá que en el mundo del arte es crucial superar ciertos filtros establecidos. Por eso, cuando las obras llegan a nuestras manos o, mejor dicho, a las manos de nuestros clientes, tienen que contar con las máximas garantías de autenticidad.

El inspector asintió.

—¿Es cierto que en el reverso del cuadro de Justo Mengual han encontrado el Manet robado en Boston hace tres décadas? —preguntó Anselmo Duarte, lleno de curiosidad.

—Esa información es confidencial —protestó Valdés de mal talante—, aunque ya sé que alguien la ha filtrado a los medios de comunicación. Lo que no puedo es corroborar que sea cierta.

—Sí, lo entiendo —admitió Duarte—. Ese es un caramelo, como tantos otros que hay desperdigados por ahí, con muchos pretendientes. Solo que un dulce de esa categoría se reserva para una minoría muy, pero que muy selecta.

—¿A usted se le ocurre quién podría estar interesado en algo así? —preguntó el inspector.

—¡Yo mismo! Aunque ya le digo, a ese tipo de arte solo puede acceder una minoría. —Su voz se quedó muda y evitó hablar de más.

—¿En qué consiste su trabajo aquí? —se interesó Roque.

—Recibir las obras que llegan, informarme sobre ellas, mostrarlas y vender la mayor cantidad posible. Así de simple.

—Entonces, ¿no es usted quien hace los pedidos y se encarga de conseguir alguna obra en particular? —indagó Valdés.

—¡Ya me gustaría! No, ese tema lo llevan desde la sede central.

—Tengo entendido que van a trasladar la sala, ¿no es así? —preguntó el subinspector Roque.

—En efecto —asintió Duarte—, y van a remodelar estas instalaciones. Nos trasladarán a unos locales inmensos en el Mercado de Colón. Según me han comentado, van a ser espectaculares, aunque

aún tardarán en habilitarse. —Su tono reflejaba cierta satisfacción personal.

—¿Qué tipo de clientes tienen ustedes aquí? —preguntó Valdés.

—De todo tipo, inspector, desde curiosos que solo vienen a mirar, que por suerte son la minoría, hasta clientes solventes y asiduos: coleccionistas de arte.

El inspector Valdés cogió un catálogo que estaba apoyado encima de una mesa. A continuación, lo hojeó hacia delante y hacia atrás sin encontrar nada de interés.

—Esos son los lotes que se expondrán en la siguiente subasta —le explicó Anselmo Duarte—. Puede quedárselo, si quiere.

—Gracias —contestó el inspector y se guardó el catálogo con la intención de estudiarlo más detenidamente.

—Si no necesitan nada más —pronunció Duarte con cierta cautela—, estamos a punto de cerrar al público.

—Gracias por atendernos —agradeció Valdés—. Volveremos a pasar en otro momento.

La avenida del Marqués de Sotelo, ubicada entre la plaza del Ayuntamiento y la Estación del Norte, estaba compuesta, en su mayoría, por edificios señoriales del siglo XX que albergaban prósperos negocios tanto nacionales como internacionales. En uno de esos suntuosos edificios se encontraba la sede de INACFA. Cuando el inspector Valdés y el subinspector Roque atravesaron la puerta mecánica giratoria, les dio la sensación de estar entrando en el interior de una caja fuerte. Sin embargo, nada más entrar les deslumbró el exagerado brillo del mármol que cubría el suelo y el lujo desmedido que lo acompañaba. Las paredes eran de madera al igual que el mostrador de la señorita que se encontraba a la izquierda. Antes de dirigirse a ella, Valdés se percató de que esparcidos por el recinto había algunos hombres uniformados con el mismo traje negro.

Los policías se acreditaron ante la joven, que los atendió con una sonrisa.

—Nos gustaría hablar con el señor Augusto Fonfría —solicitó el inspector.

—Si no tienen cita previa, me temo que va a resultar imposible. Si quieren, puedo buscar en su agenda un hueco para la semana que

viene.

—Veo que el señor Fonfría está muy solicitado —comentó con desagrado el inspector—. Imagino que habrá otra persona en todo el edificio que sí nos pueda atender.

—Déjeme ver un momento, por favor. —La señorita consultó la pantalla de su ordenador.

—Sí, Erika Fonfría acaba de terminar una reunión. Le avisaré que ustedes están aquí.

—Muy amable —comentó el subinspector con un movimiento de cabeza.

—Pueden aguardar en la sala de espera —les indicó con la mano.

—¿No podemos subir a su oficina? —preguntó con ironía el inspector.

—Solo si ella lo autoriza. De momento, pueden tomar asiento en los sillones del fondo, si lo desean.

Sin mediar respuesta caminaron sobre la estancia con las miradas de los hombres uniformados clavadas en sus nucas. Se detuvieron ante los elegantes sillones sin pasar por alto el exuberante jardín vertical que había detrás.

—¡Qué estricto protocolo! —se quejó Roque—. Nos va a recibir la hija de Fonfría, ¡qué honor!

—Sí, tenemos mucha suerte y ella también. Como ya sabes, salió de la cárcel hace cosa de un año, sin cumplir la condena completa, por el homicidio de un agente en acto de servicio. ¡Es lo que tiene el poder, que casi todo lo puede comprar!

—Me acuerdo del caso.

Instantes después, la campanilla del ascensor capturó su atención y vieron a Erika Fonfría aparecer tras las puertas. Vestía un traje de chaqueta y pantalón que acentuaba su esbelta silueta, y llevaba su característico cabello rubio platino muy corto.

—Inspector Valdés, ¡cuánto tiempo ha pasado! —preguntó con cierta ironía mientras les estrechaba la mano a ambos—. ¿Qué los trae por INACFA?

—Como sabrá, se ha confiscado un contenedor en el puerto cuya principal mercancía estaba destinada a esta empresa —comenzó a explicar el inspector.

—Sí, estoy al tanto de eso. ¿Nos sentamos? —propuso ella, y tomó asiento en uno de los sillones.

—¿Imagino que también estará enterada de los detalles? —preguntó el subinspector.

—¡Explíquenmelos ustedes, que para algo han venido!

—Como bien sabrá, en el reverso de un cuadro de Justo Mengual, destinado a la sala de subastas de esta empresa, se descubrió un cuadro robado de Manet —detalló el inspector.

—Algo así tenía entendido —asintió Erika Fonfría.

—¿Nos puede aclarar algo más al respecto? —solicitó el subinspector.

—No, por supuesto que no —negó con firmeza—. Nosotros solo nos hacemos responsables de nuestros pedidos, no de lo que se haya podido ocultar en ellos sin nuestro consentimiento.

Al inspector Valdés no le sorprendió en absoluto la contestación.

—Está sugiriendo que ni su padre, Augusto Fonfría, ni usted tenían conocimiento del valor oculto en ese cuadro. ¿Y que nada tienen que ver con la aparición de ese Manet?

—Así es. Por supuesto que no sabemos nada al respecto —pronunció con una falsa mueca.

Inspector y subinspector se miraron con complicidad, y mentalmente completaron la frase que había quedado en el aire sin pronunciar: «Y si lo supiera, tampoco se lo diría».

—Así que si no tienen más preguntas… —continuó Erika Fonfría.

—De momento, no —contestó el inspector Valdés con cierta impotencia.

—Entonces me tendrán que disculpar. Como saben, estoy trabajando —terminó de decir ella mientras se levantaba y les tendía la mano para despedirse.

Erika Fonfría los acompañó con la mirada hasta que salieron por la puerta giratoria, después se acercó a uno de los hombres de traje negro y le hizo una observación. Acto seguido, se adentró en el ascensor y desapareció.

CAPÍTULO 13

Alejandra se revolvió entre las sábanas. En su duermevela, se vio en el Puente del Mar, sola, angustiada y envuelta en sudor, corriendo por alcanzar el otro extremo, sin conseguirlo. Intentaba llegar hasta el final, pero era una tarea imposible. Los adoquines del suelo se alargaban y alargaban; crecían y se multiplicaban sin dejarla avanzar ni tampoco retroceder. Su mirada se volvió hacia atrás, y allí estaba ese amenazante hombre calvo que siempre se inmiscuía en sus sueños, atormentándola.

Abrió los ojos sobresaltada y el fulgor de la mañana la obligó a entornarlos y protegerlos con las manos. Escondió la cabeza debajo de la almohada y meditó sobre la persistente pesadilla, convertida en el pan de cada noche. Siempre Augusto Fonfría aparecía e interfería en sus sueños y en su vida. Alejandra sabía cuál era el antídoto para calmar esa inquietud, esa incertidumbre, esa desazón que la corroía. Sabía cuál era su nombre: «venganza». Hubiera querido gritarlo, desgañitarse al pronunciarlo hasta quedarse seca de saliva y también de lágrimas. Sin embargo, no lo hizo. Tatuó la palabra en su mente para que perdurara en el tiempo y asumió todas sus consecuencias. No se detuvo a enumerarlas ni tampoco se preocupó por ellas. Fueran las que fueran, las superaría con creces y serían bien recibidas si, a cambio, Augusto Fonfría recibía su merecido.

Renovada de energía y ganas de luchar, se levantó y preparó el desayuno. Las preocupaciones se veían mejor con el estómago lleno, o al menos eso era lo que Tía Rosa siempre le decía. El timbre del telefonillo de la calle la sobresaltó. Pulsó el botón de la cámara para averiguar de quién se trataba y reconoció el rostro del cartero habitual. A los pocos instantes llamó a su puerta.

Alejandra se recogió el pelo enmarañado en una coleta y se colocó una sudadera antes de abrir. El hombre la saludó con una sonrisa y le entregó una carta certificada. Antes de firmar, Alejandra arqueó las cejas al ver que no llevaba remitente. Se despidió del

hombre y cerró la puerta. Enseguida abrió el sobre y solo encontró una cuartilla que decía:

> Si quiere terminar con sus pesadillas, acuda al Palacio de Forcalló hoy a las 18:30.
> Es importante.
> AIDA

«¿Quién es AIDA?», se preguntó, sin obtener respuesta. Su primera reacción fue coger el teléfono y llamar a su hermana.

—Sara, acabo de recibir una carta certificada con una nota muy extraña.

—¿La firma una tal AIDA? —preguntó su hermana con ímpetu.

—Sí —asintió sorprendida—. ¿Sabes de quién se trata?

—No, pero yo también acabo de recibir una.

Alejandra se quedó sin palabras. Si aquello era una broma, desde luego no tenía ninguna gracia.

—¿Te cita hoy en el Palacio de Forcalló? —preguntó Alejandra con el corazón acelerado.

—Sí, a las 18:30 —asintió Sara tremendamente descolocada.

—Esto no me gusta —murmuró entre dientes—. ¿Tú sabes dónde está ese palacio?

—Ni idea.

Sara se quedó pensativa durante unos instantes. Luego añadió:

—Voy a llamar a Jesús, a ver si puede averiguar algo.

—De acuerdo.

—¿Estás bien? —le preguntó Sara al sentirla algo apagada.

—Supongo que sí —contestó poco convincente—. Esta noche he vuelto a soñar con el puto Fonfría —comentó Alejandra, harta ya de sus pesadillas—. Estaba en el Puente del Mar... corriendo... y me perseguía ese malnacido. Me he visto caer por la escalera.

Sara se mantuvo en silencio. No soportaba verla así. Se le hacía un nudo en la garganta. Era como si se hubiese quedado estancada en ese día y en ese momento.

—¡Alejandra, no mires atrás! Volverás a quedarte embarazada, ya lo verás.

—Sí, tienes razón. —Alejandra intentó recuperar la entereza, aunque a los pocos instantes volvió a la carga—: ¡Pero Fonfría tiene y debe pagar por todo lo que nos ha hecho a nosotras y a nuestra

familia!

—Lo hemos hablado muchas veces ya, pero sabes que no es fácil. Un pez gordo de ese calibre… ¡Seríamos David contra Goliat!

—¡Y qué! ¡Torres más altas han caído! —Su tono adquirió firmeza—. Además, ya lo metimos una vez entre rejas, ¿o lo has olvidado? —exclamó para convencerla y hacerla entrar en razón.

—Sí, lo hicimos, ¿y qué pasó? ¡Que salió cuando él quiso! No te das cuenta de que este asunto nos está absorbiendo la vida. Alejandra, lo has convertido en una auténtica obsesión.

—¡Me da igual lo que pienses o cómo quieras plantearlo! ¡Fue el culpable de la muerte de nuestros padres y también de mi pequeño! Hoy estaría corriendo a nuestro alrededor. ¡No puedo creer que sigas ignorando todo el mal que nos ha hecho!

—¡Lo recuerdo perfectamente! No hay día que pase que no lo tenga presente y que no me plantee cómo hubiese sido nuestra vida si Augusto Fonfría no hubiera nacido, pero tenemos que seguir viviendo. —Los ojos de Sara se tornaron vidriosos—. ¡Hagas lo que hagas! ¡Nada, me oyes, NADA nos los va a devolver!

—¡No sé cómo puedes dormir por las noches con esto pendiente! —gritó Alejandra envuelta en cólera—. ¡Deberías de apoyarme en lugar de estar en mi contra!

—¡Alejandra, me niego a discutir contigo, otra vez, el mismo tema! ¡Por favor, pasa página! ¡Vive!

—¡Y deja vivir! —clamó—. De acuerdo, Sara, si es eso lo que quieres, ¡te dejaré vivir! ¡No pienso hablarte nunca más del tema! —bramó resignada.

—¡No he querido decir eso! ¡No tergiverses las cosas! Sabes que te quiero mucho y que me importa todo lo que haces.

Hubo unos instantes de silencio para calmar los ánimos.

—¿Has entregado el currículo donde te dije? —le preguntó Sara en tono amigable para desviar el tema de conversación.

—¡Sí, hace varios días, y no he recibido respuesta! —Su voz no reflejaba enfado, más bien impotencia—. Creo que no fue una decisión acertada dejar el periódico. Tener tanto tiempo libre me mata.

—Alejandra, no te atormentes más. ¡Sí que fue una acertada y sensata decisión! No hubieras podido soportar ver la cara de Victoria Quirós todos los días. Además, trabajos hay muchos. Ten paciencia.

—Como siempre, tienes razón —articuló medio conforme—. ¿Nos

vemos esta tarde a las cinco?

—Sí, sé puntual.

CAPÍTULO 14

Eran las cuatro de la tarde cuando Alejandra colgó el teléfono tras hablar con Lluís. Miró en la pantalla cuánto había durado la llamada: cuarenta y cinco minutos, y todavía le habían quedado cosas en el tintero que contarle. Tres días llevaba de viaje y ¡cómo lo echaba de menos! Cada vez lo llevaba peor. Menos mal que Thor, su fiel compañero, que descansaba en su manta debajo de la ventana, estaba siempre a su lado. Lo observó con nostalgia. Se estaba haciendo mayor. Los años no pasaban en balde para nadie. Recordó el día en que Lluís se lo presentó por primera vez: grande, fuerte y cubierto de esa aura oscura que envuelve a los perros dóberman. Recordó también lo mucho que le impresionó entonces, y lo mucho que lo había llegado a querer.

Dejó el móvil sobre la mesa, se arrodilló ante él y lo miró con ternura. Luego le acarició detrás de la nuca y le rascó el cuello con dulzura mientras le susurraba palabras cariñosas. Thor la miró con agradecimiento. Alejandra se levantó y entró en la habitación para vestirse. Cogió unos vaqueros, una camisa y unas botas altas. Si no fuera porque le había prometido a su hermana que la acompañaría esa tarde a ver la exposición de pintura en el Museo Centro del Carmen, se hubiese quedado en casa mandando más currículos. Aunque en el fondo pensaba que era tiempo perdido. Quería ser positiva y lo intentaba, en verdad que ponía todo su empeño, pero desde el aborto que sufrió, hacía ya algún tiempo, no había vuelto a ser la misma. Lo simulaba de cara a la galería, sobre todo por Lluís, por Sara y por Tía Rosa, pero en lo más profundo de su interior, algo ya no funcionaba igual. El rencor y la venganza habían anidado en ella como un cáncer que se propagaba a lo largo de su cuerpo. Su pérdida la había marcado para el resto de su vida y jamás olvidaría al culpable que la provocó.

Pasó al baño, se retocó el maquillaje, se peinó, y después de coger el bolso y la chaqueta salió de casa para reunirse con Sara.

Mientras subía la escalera hasta el tercer piso procuró que la ira que la corroía se esfumara por el camino.

Su hermana ya estaba lista cuando le abrió la puerta. Lucía un moderno y estampado vestido, unas medias tupidas y un abrigo.

—¿Preparada? —preguntó Alejandra.

—Sí, nos vamos en cinco minutos.

Anduvieron por la calle Quart, uno de los ejes de comunicación de la ciudad desde sus orígenes romanos, y se adentraron en el barrio del Carmen. Un barrio milenario, que creció entre dos murallas, de calles angostas y edificaciones eclécticas que, aunque conocían a base de callejear, siempre descubrían escudos y rincones nuevos.

Cuando llegaron a la plaza del Tossal, vieron a Andreu que se despedía de unos clientes en el restaurante donde trabajaba y se saludaron brevemente.

Minutos más tarde se encontraban ante la fachada del antiguo convento del Carmen, que fue el epicentro del desarrollo de la población. Tras la desamortización de Mendizábal había sido rehabilitado para uso cultural y sirvió como almacén del Tesoro Artístico nacional durante la guerra civil española, llegando a custodiar piezas del Museo del Prado. Actualmente albergaba en su interior una gran variedad de estilos artísticos.

Las hermanas Ferrer se adentraron en el vestíbulo y se dirigieron hacia el claustro gótico, compuesto por preciosas bóvedas de crucería. Lo bordearon por uno de los laterales y admiraron la historia de ese lugar tan sobrio hasta que dieron con el claustro renacentista, en el que destacaba un pequeño jardín con un pozo de piedra en el centro.

—No vamos a estar mucho rato, ¿no? —preguntó Alejandra—. Ya sabes que este arte me aburre. Todos los cuadros me parecen igual de insulsos.

—Alejandra, no puedo quedar mal con Fran. Nos apreciamos mucho a pesar de llevar años sin vernos. El museo es muy grande, si te agobias en la exposición, te vas a dar una vuelta por las otras salas o te paseas por los claustros —le sugirió Sara en el rol de hermana mayor.

—De acuerdo —aceptó resignada.

Sara se detuvo frente a la entrada de la sala Ferreres. Al leer el nombre de Fran Salma, sintió un pinchazo de emoción. Los sueños adolescentes de su excompañero de clase se habían hecho realidad. Lo

había conseguido. Fran Salma, un artista emergente que había despuntado gracias a su técnica de combinar materiales naturales y artificiales, exponía y presentaba sus obras en uno de los museos más importantes de la ciudad.

La amplia sala, flanqueada por otras estancias más pequeñas, acogía a decenas de personas dispersadas en pequeños grupos. Estaba erigida con potentes columnas dóricas, arcos y diáfanos lucernarios cenitales. Las coloridas obras de Fran Salma, algunas de ellas de varios metros de tamaño, resaltaban notablemente ante el candor de ese lugar.

Sara reconoció a Fran al instante, a pesar de llevar más de quince años sin verlo. Cogió la mano a su hermana y tiró de ella hasta colocarse delante de él. El artista la miró de arriba abajo con una efusiva sonrisa. Inmediatamente la abrazó y se olvidó por un momento de la conversación que llevaba entre manos.

—¡Sara! ¡Sara Ferrer! —voceó—. Cuánto me alegro de que hayas podido venir. Estás guapísima. Si no me gustaran los hombres, fijo que intentaría ligar contigo.

—¡Cómo eres, Fran, que sepas que tengo pareja! —musitó ella ruborizada al sentirse el centro de atención. A la vista estaba que no había cambiado ni un ápice.

—¡Y eso qué importa! ¡Yo no soy celoso! —Estalló en tales carcajadas que su eco rebotó entre las majestuosas columnas—. ¡No me lo digas! —exclamó señalando a su hermana—. ¿Eres Alejandra? —Ella asintió levemente—. Todavía me duele la patada que me diste en la espinilla cuando te tiré de la coleta. Eras un bichito de cuidado. —Se rio y la rodeó con sus brazos.

Alejandra se dejó llevar y le correspondió con una mueca de alegría. Un camarero se acercó con una bandeja en la mano y los tres cogieron una copa de vino.

—Venid que os enseño mi obra preferida —les susurró en modo confidencial—. Os quedaréis hasta el final, ¿verdad?

Sara miró a su hermana que forzó una sonrisa de simpatía.

—No sé si podremos hasta el final —intentó explicar Sara diplomáticamente—. Es que tenemos otra cita después y…

—No os preocupéis. Lo entiendo. Yo no soy el ombligo del mundo, aunque a veces me lo crea. —Soltó otra risotada—. De todas formas, me alegro tanto de volver a veros, sobre todo a ti, Sara. Sabes

lo mucho que te aprecio.

Sara lo abrazó, rememorando tiempos pasados.

Durante unos minutos, Fran les contó acerca de su inspiración, de sus musas, y el significado detrás del nombre de la exposición, hasta que finalmente comenzó su tan ansiada presentación. Frente a todos los invitados se mostró tal como era: radiante, feliz y sin complejos. Orgulloso del trabajo realizado y lleno de confianza en sí mismo. No cabía duda de que este era su momento de gloria, el resultado de años de esfuerzo. La gente le escuchaba, contagiada por su alegría y espontaneidad, y cautivados por su talento y creatividad. Sara se sintió orgullosa de él. Le escuchó casi sin pestañear, hasta que Alejandra le hizo una seña de que se salía. La vio abandonar la sala y luego volvió a enfocarse en las palabras de Fran que explicaba cómo desgranaba sus métodos, la geometría de sus obras, sus contrastes, y las tintas y resinas utilizadas.

Alejandra salió al pasillo que comunicaba con otra sala y se dirigió hacia el jardín. Presentía que la espera sería larga, así que se adentró entre la vegetación y se apoyó sobre el borde del pozo. Se sentó en él, sacó su móvil y se hizo un selfi. Luego se lo envió a Lluís con un emoticono cariñoso. Aburrida, decidió dar un paseo. Al guardar el teléfono en el bolso vio la hoja de papel. Era la nota que había recibido esa misma mañana firmada por AIDA, que la citaba en el Palacio de Forcalló a las 18:30.

La curiosidad de saber dónde se encontraba dicho palacio creció abruptamente. Consultó en Google, esperó unos instantes, y se quedó paralizada. «No puede ser verdad», pensó. La dirección que le indicaba era la calle Museo, justo donde se encontraba, pero a un número de distancia. Alejandra levantó la vista e intentó asimilar la situación. ¿Se trataba de una casualidad, o tal vez era una señal para que acudiera a la cita? Rápidamente consultó la hora: eran las 18:30. Los nervios y las dudas la acosaron. No sabía qué hacer. Podía hablar con Sara, aunque no solo no la escucharía y no querría acompañarla, sino que, además, trataría de disuadirla.

Pensó que, en ocasiones, estaba bien ser desconfiada, pero la tentación de que el punto de encuentro estuviera tan cerca, junto a la curiosidad de saber de qué se trataba todo aquello, hicieron que tomara una decisión rápidamente, a sabiendas de que podía ser la equivocada.

CAPÍTULO 15

Alejandra caminó con paso firme hacia la salida del museo. Una vez en la calle fisgoneó con discreción. Comprobó que la finca de tres alturas que tenía enfrente no correspondía con la numeración, aunque sí la que se encontraba pegada a la derecha. El desasosiego que sentía se multiplicó. Anduvo despacio hasta la altura de la fachada que buscaba y, próximo a la puerta, leyó claramente: Palacio de Forcalló.

Se planteó llamar al portón de madera que se encontraba cerrado, pero inmediatamente después se arrepintió. Ese arrebato de atrevimiento podía tener consecuencias no deseadas. Nunca aprendía. En los últimos años había pasado por experiencias inolvidables, arriesgadas y difíciles de creer y, aun así, no escarmentaba. Sobresaltada, oyó que alguien manipulaba la cerradura del otro lado de la puerta, rápidamente se dio la vuelta para refugiarse en el museo. Sin embargo, apenas había avanzado un par de pasos cuando oyó una voz masculina a su espalda que la hizo parar en seco.

—Perdone..., ¿es usted Alejandra Ferrer?

Ella se detuvo, cerró los ojos sin saber qué hacer o qué decir y se dio la vuelta. Antes de asentir observó al individuo detenidamente. Rondaba los cincuenta años, con un abundante cabello oscuro, sin una sola cana —algo que le llamó la atención—. Su rostro era inexpresivo, y su piel, bronceada. Alejandra observó su minucioso e impecable afeitado. Pensó que seguro que dedicaba más tiempo a su aseo personal que ella misma. Aunque lo que más la impresionó fue su inquisidora mirada. Llevaba las manos ocultas dentro de los bolsillos de un abrigo de buen corte y los zapatos relucientes.

—¿Puedo saber de qué me conoce? —preguntó, escondiendo su intranquilidad—. ¡Juraría que jamás nos hemos visto!

—Cierto. Aunque sé más cosas de usted de las que se imagina. —Su tono sonaba prepotente.

El rostro de Alejandra se contrajo con desagrado.

—Me gustaría hablar con usted —pronunció el hombre con

firmeza, pero con cortesía—. ¡Es importante!

—Perdone, pero no tengo el placer de conocerle. De hecho, ni siquiera se ha presentado.

—Discúlpeme, tiene toda la razón. —Su entonación se había suavizado—. Mi nombre es Guillermo Aparicio. Soy el vicepresidente del Consorcio de Museos de la Comunidad Valenciana.

La sorpresa de Alejandra aumentó.

—No entiendo de qué quiere hablar conmigo. Si sabe tantas cosas de mí, como presume, sabrá que los museos no son mi especialidad.

—No es su predilección por el arte lo que me interesa de usted.

—¿Entonces? —Su curiosidad se acrecentó—. Le agradecería que fuera más explícito y me aclarase con qué fin alardea que me conoce.

—Sus preguntas serán respondidas, pero, para ello, me gustaría que me acompañase a mi despacho.

—A su despacho... —Aquello estaba tomando un cariz que no le gustaba—. ¿No podemos hablar aquí?

—Por el bien de todos, no. Le aseguro que soy una persona seria y de plena confianza.

Alejandra desvió la mirada hacia la entrada del museo. Lo que hubiera dado por ver el rostro de su hermana en ese momento.

—Si sabe tanto de mí, sabrá que mi marido está en el museo y que voy a reunirme con él.

—Se equivoca, señorita Ferrer, o tal vez debería llamarla señora Esteve —dijo un poco irónico—. Usted no ha podido venir acompañada de su marido, porque está de viaje por trabajo en Nueva York y regresará mañana en el vuelo de las 20:30. Sin embargo, sí que ha llegado al museo con su hermana Sara, que en estos momentos se encuentra en la sala Ferreres, en la exposición del artista Fran Salma, antiguo amigo de la adolescencia. Viven las dos en el mismo edificio de la calle Quart, usted en el primer piso con su marido Lluís Esteve, y ella en el tercero con su pareja Jesús Valdés, inspector de policía. ¿Quiere que siga?

Alejandra se quedó boquiabierta. Su cabeza era una marea de preguntas: ¿Qué pretendía ese hombre? ¿Por qué sabía pelos y señales de sus vidas? ¿Sería verdadera su identidad? Sintió un ligero malestar que le provocó un incontrolable temblor en las manos. Rápidamente cruzó los brazos, ocultándolas.

—¡Si usted cree que con todo lo que me acaba de decir me está

intimidando, se equivoca! —pronunció con carácter, salvando las apariencias—. ¡Tan solo ha conseguido debilitar su credibilidad! ¡No pienso acompañarle a ningún despacho!

—¿Por qué cree que ha sido usted elegida? —El hombre la miró fijamente a los ojos con la misma inexpresión—. ¿Por su cara bonita, que no dudo que la tenga? No. Usted ha sido seleccionada porque no se deja amedrentar tan fácilmente, sino que se crece en la adversidad, lo cual ha demostrado en numerosas ocasiones, al igual que ahora. ¡Esa era la reacción que yo esperaba de usted, y acaba de aprobar con nota! Tanto su hermana como usted son las personas que necesitamos para realizar una complicada misión.

Sus palabras se repetían en su cabeza como un eco insistente: «¿Ha dicho que somos las personas adecuadas para una complicada misión? ¿A qué misión se refiere?».

—¡Alejandra! —gritó su hermana desde el quicio de la puerta del museo.

—Me tengo que marchar —pronunció ella, dio un paso al frente e intentó apartarse del misterioso hombre.

—¡Le repito que es muy urgente que hablemos! —insistió con aire preocupado.

—Será en otro momento —sonrió ella cínicamente—. O mejor, pídale una cita a mi secretaria.

Alejandra se reunió con su hermana.

—¡Menos mal que has aparecido! —refunfuñó en un susurro.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Sara al verla pálida.

—Luego te lo cuento —pronunció con la respiración agitada.

—¿Por qué no me has cogido el teléfono? —le reprochó Sara—. Llevo un rato buscándote.

Alejandra recordó que en la exposición había puesto el móvil en silencio. Luego exclamó:

—¡Vámonos de aquí lo antes posible!

Hasta bien entrada la madrugada, Alejandra no pudo conciliar el sueño. Cuando despertó al amanecer, todavía la acosaba la sensación de impotencia y vulnerabilidad que había sentido la tarde anterior, al enterarse de que su vida y la de su hermana eran espiadas. Se sintió violada en su intimidad, ultrajada. Ese misterioso hombre… «ese tal

Aparicio no sé qué…», pensaba, había conseguido despertar su ira, y también su interés por saber a qué tipo de misión se refería, y cuál era el verdadero significado de la palabra «elegida».

Se planteó la posibilidad de volver otra vez al Palacio de Forcalló para pedir explicaciones, a pesar de la reprimenda que recibió de su hermana por haber ido sola a esa extraña cita. Sin embargo, pensó que Sara no tenía por qué enterarse. Lluís regresaba de su viaje al final del día, y tenerlo cerca le brindaba más seguridad, aunque no le había mencionado nada al respecto durante su última llamada después de la cena. No quería preocuparlo. En su cabeza rondaba y rondaba una sola frase: la historia se repite.

«¡No puede ser! ¿Por qué no podemos llevar dos vidas normales como la mayoría de las mujeres del planeta? ¿Por qué siempre terminamos envueltas en problemas? ¿Es esta la herencia que nos dejaron nuestros padres?». Alejandra no podía dejar de darle vueltas al asunto. Su hermana Sara estaba cansada, había decidido seguir adelante y pretendía que ella hiciera lo mismo: olvidar los años pasados y fingir que todo había sido un sueño. Para Sara, podía sonar sencillo, pero para Alejandra, esa petición era más complicada. Reflexionó un momento… No quería ceder, pero tampoco estaba lista para olvidar, al menos no por ahora.

De repente, recordó la urgencia que Aparicio había mencionado. La idea de volver al lugar de la cita regresó a su mente, con más fuerza que antes. Sin dudarlo, saltó de la cama, se metió en la ducha y mientras el agua resbalaba por su cuerpo, trazó mentalmente los pasos que seguiría a lo largo de la mañana.

Pasaban de las nueve cuando Alejandra salió de su casa en dirección al Palacio de Forcalló. Por el camino ensayó las palabras que iba a decir cuando tuviera delante al señor Aparicio. Por mucho que intentaba recordar su nombre de pila, no lo conseguía. Menos mal que sí recordaba el cargo que ocupaba: vicepresidente del Consorcio de Museos de la Comunidad Valenciana. Esa información era suficiente para poder preguntar por él. Con la cabeza atestada de dudas y la excitación que le corría por el cuerpo, se presentó en la puerta del palacio. Se alegró al verla abierta. Se asomó y vio, sentado detrás de una mesa, a un hombre vestido con uniforme. Muy decidida avanzó y se colocó frente a él.

—¡Buenos días, perdone que le moleste! Me gustaría hablar con

el señor Aparicio.

—Buenos días, don Guillermo Aparicio no ha llegado todavía.

Alejandra agradeció que le recordara el nombre completo.

—¿Sabe si tardará mucho? —preguntó con una sonrisa.

—No creo, ¿tiene usted cita con él? —añadió el hombre mientras consultaba un listado que tenía encima de la mesa.

—No, no sabía que fuese necesario. —Su tono dulce rozaba el empalago—. Ya me imagino que el vicepresidente será una persona muy ocupada, pero si usted pudiera hacerme el favor.

—Lo siento, señorita —negó el funcionario, y dirigió su atención al hombre que entraba por la puerta.

—Buenos días, Antonio, ¿algo para mí?

—No, don Guillermo, salvo esta señorita que desea hablar con usted, pero no tiene cita. Ya le he avisado que es imposible que le visite hoy, pero ella insiste.

—De acuerdo, Antonio, ya me ocupo yo. Gracias.

El vicepresidente avanzó unos pasos, se adentró en el vestíbulo y con un gesto invitó a Alejandra a que lo siguiera.

—¡Usted dirá! —demandó con temple.

Alejandra enmudeció.

—¡Señorita, tengo una reunión en menos de cinco minutos! —la apremió—. ¿Se encuentra bien? —le preguntó al no obtener respuesta.

—Perdone... ¿su nombre es Guillermo Aparicio? —cuestionó con la boca seca.

—Sí —afirmó con cada vez menos paciencia.

—¿El vicepresidente del Consorcio de Museos de la Comunidad Valenciana? —insistió confusa.

—¡En efecto! —reafirmó, y levantó las manos sin entender el motivo de todas las preguntas.

La expresión de desconcierto del vicepresidente no era nada comparada con la de Alejandra. El hombre que tenía ante ella nada tenía que ver con el que se hizo pasar por él, el día anterior. No entendía qué estaba pasando.

—Discúlpeme, pero creo que me he equivocado de persona. —Alejandra recogió velas, no podía hacer otra cosa—. Si me permite una última pregunta. ¿Usted me conoce?

—¡No, no la he visto nunca, y me gustaría saber qué clase de broma es esta! —exclamó, ya completamente enfadado.

—Siento la confusión. De verdad que lo siento —pronunció avergonzada.

Alejandra salió del palacio lo más deprisa que pudo y no se detuvo hasta doblar la esquina, a bastantes metros de distancia. Mientras lo hacía, oyó cómo Guillermo Aparicio le echaba la bronca al funcionario. Lamentó haberlo puesto en tal compromiso, pero si antes tenía hambre de saber qué estaba pasando, ahora su apetito se había vuelto insaciable.

CAPÍTULO 16

Alejandra pasó todo el día encerrada en su apartamento, salvo cuando sacó a pasear a Thor, como solía hacerlo. Saboreaba el silencio mientras cavilaba los próximos pasos que debía seguir, sin poder quitarse de la cabeza el rostro del impostor. Aunque lo que más la aterraba eran sus desconocidas intenciones. Lo sucedido en las últimas horas había sido tan incongruente que no lograba encontrar una explicación lógica. A estas alturas debería de estar curada de espanto, pero lo cierto era que no lo estaba, aún seguían sorprendiéndola.

Cuando llegó la hora de ir al aeropuerto a recoger a Lluís, su cabeza estaba a punto de explotar, a pesar de ello, decidió disimular su inquietud y recibir a su marido con la mejor de sus sonrisas.

—¿Qué tal el viaje, cariño? —le preguntó nada más verlo, después de un afectuoso beso de bienvenida.

—Largo, como siempre, pero alegre de volver a estar aquí contigo. —Culminó la frase con un abrazo.

Mientras volvían a casa, Lluís se mostró especialmente hablador, detallando los cambios que iba a sufrir la empresa y los resultados positivos de sus reuniones. El ascenso a gerente de *marketing* de los últimos años era un logro alcanzado a base de esfuerzo, trabajo e ingenio que le aseguraba una buena solvencia económica en una reconocida multinacional dedicada a la ingeniería informática.

Una vez en casa, Alejandra estuvo a punto de contarle lo sucedido, aunque luego prefirió no abrumarlo y lo pospuso hasta el día siguiente. Tendría que justificar su repentino impulso de visitar dos veces el palacio, y prefería no quitarle el sueño con un aluvión de conjeturas sin fundamento y preguntas sin respuesta. Ya habría tiempo de ponerlo al día.

Mientras tanto, dos pisos más arriba, Jesús Valdés había hecho averiguaciones sobre el vicepresidente del Consorcio de Museos, a petición de Sara, que lo había puesto al día de los hechos recientes.

—Ese tal Guillermo Aparicio parece ser una persona respetable.

No tiene ningún antecedente delictivo ni nada que nos haga sospechar de él.

Sara estaba que trinaba.

—Pues ya me explicarás qué significado tiene lo de ayer. ¡Además, se sabe nuestras vidas al dedillo! ¡Es que no nos van a dejar vivir tranquilas de una puñetera vez!

—Voy a seguir indagando —prosiguió Jesús receloso—. Por el momento sería conveniente que evitarais el contacto con ese hombre o acercarse al palacio hasta que sepamos algo más al respecto.

—¡Puedes estar tranquilo! Yo no tengo ningún interés, y respecto a Alejandra, no creo que ella… —Sara se detuvo abruptamente. La incertidumbre la asaltó al hablar en nombre de su hermana. Ya no sabía qué pensar. Si lo había hecho una vez, perfectamente podía volver a hacerlo.

A primera hora de la mañana, Sara se despidió de Jesús hasta la hora de comer. Estaba a punto de entrar en el baño cuando oyó el sonido de entrada de un wasap en su móvil. Al cogerlo, observó que procedía de un número desconocido. Abrió el mensaje y leyó:

> AIDA la invita a tomar un café en la dirección que
> usted ya sabe. Nos vemos hoy, a las 10:30.

Sara se quedó perpleja. La citaban por segunda vez. «¡Qué se creen!», exclamó para sí. Presagiaba que ese mensaje no podía acarrear nada bueno. Su cuerpo comenzó a tiritar. Cogió una chaqueta que se encontraba encima del sofá, quitó las llaves de la cerradura de la puerta y bajó a casa de su hermana.

Fue Lluís quien le abrió la puerta.

—Hola, cuñada —exclamó sorprendido al verla—. ¿Ocurre algo? Lo digo por las horas tan tempranas.

Sara dudó antes de contestar.

—No… —pronunció—, quiero decir, sí. Llevo toda la noche con una jaqueca horrorosa y venía a ver si teníais algún analgésico. Más tarde bajaré a la farmacia.

—Pues creo que sí. Ahí tienes a tu hermana. Yo me tengo que ir.

Lluís se acercó a Alejandra y le dio un suave beso en los labios. Luego se despidió de Sara. Cuando se quedaron a solas, Alejandra

contempló a su hermana con los brazos en jarra.

—¿Desde cuándo te duele a ti la cabeza? —le preguntó con ironía—. No sé si Lluís se lo habrá tragado. ¡Que esa excusa la ponga yo sería mucho más creíble!

—¿Has visto el móvil esta mañana? —le preguntó Sara inquieta.

—¡Todavía no he tenido tiempo! Unos minutos antes y me pillas en la cama.

Alejandra escudriñó el salón hasta dar con él.

—¡Uf… tengo un montón de mensajes por leer! —murmuró con fastidio.

—¿Alguno de un número desconocido? —Sara estaba ansiosa.

—¡Déjame ver! Sí, uno. No, dos —rectificó—. ¿Cómo lo has sabido?

—¿Qué dicen? —preguntó.

—Espera, que no puedo abrirlo. Necesito un móvil nuevo —se quejó—. Este me deja tirada a menudo.

Alejandra levantó la cabeza y miró a su hermana. Por su expresión, Sara dedujo que había leído el wasap.

—¡No puede ser! —exclamó.

Sara se acercó y lo leyó en silencio. Descolocada y enfadada comprobó que solo la segunda frase era igual a la suya. Decía así:

> Nos halagó su segunda visita. Dado que no la pudimos recibir como se merece, AIDA la invita a tomar un café en la dirección que usted ya sabe. Nos vemos hoy, a las 10:30.

—Alejandra, ¿has vuelto a ir? —le reprochó su hermana.

—Sí, y no te vas a creer lo que me pasó —intentó justificarse.

—¿Tú sola? —gritó furiosa.

Alejandra asintió con la cabeza. Sara notó cómo el miedo la rondaba. Si le hubiera pasado algo, no se lo perdonaría.

—¡Sara, por favor, escúchame! —le imploró.

—¡Has sido una irresponsable! No sabemos qué se trae entre manos esta gente, y tienes la poca cabeza de volver. ¡Tú sola, además! Parece mentira que hayamos pasado por tantísimas experiencias y ninguna te haya servido de nada.

—Lo siento, sé que tienes razón. —Alejandra comprendió el cabreo monumental de Sara. La conocía demasiado bien y sabía que

era un arrebato de protección, aunque, por otra parte, dudaba de su capacidad para convencerla y llevarla a su terreno—. ¡Fue todo tan rápido! Acudí allí ayer por la mañana, pregunté por Guillermo Aparicio que, efectivamente, es el vicepresidente del Consorcio de Museos, y hablé con él.

Alejandra tragó saliva.

—¡Pero no era la misma persona! ¡El hombre que vimos es un suplantador!

—¿Cómo? Esto no me gusta. Si antes me daba grima, ahora me acojona. Jesús ha investigado al tal Aparicio y dice que, aparentemente, está limpio.

—Seguro que sí. Posiblemente no tenga nada que ver con este asunto, aunque... —Las ideas no dejaban de girar en su cabeza—. ¡Propongo que vayamos allí a la hora señalada!

—¿Estás loca o qué? —estalló Sara con un berrido.

—Tenemos que averiguar qué quieren de nosotras y por qué. ¿No quieres vivir una vida tranquila y sin sobresaltos? Un poco aburrida después de lo que nos hemos acostumbrado últimamente, vale, pero lo respeto. Pues para lograrlo no nos queda otro remedio que zanjar este episodio de una vez por todas.

—¡Conmigo no cuentes! ¡Estoy harta! —bramó hecha una fiera—. ¡Y tú deberías hacer lo mismo!

Sara se arremangó las mangas. La tensión le había hecho entrar en calor.

—¡Sara!

—¡No quiero oír nada más al respecto! —vociferó—. ¿Se lo has contado a Lluís?

—No me ha dado tiempo de decírselo todavía.

—¡Alejandra, olvídate de todo lo referente a Augusto Fonfría y su entorno! ¿Me oyes? No me extrañaría nada que este embrollo tuviera también su sello.

—¿Por qué no dejas de actuar como la hermana mayor responsable? —rugió—. ¡La que todo lo hace bien! ¡La que siempre tiene los pies en el suelo! —le reprochó—. ¡Maldita sea! ¡Déjame que sea yo quien decida lo que debo o no debo hacer!

Sara la miró con los ojos brillantes.

—Sí, tienes toda la razón. No sé ni siquiera por qué me preocupo por ti —añadió dolida—. ¡Haz lo que te dé la real gana!

Tan pronto como terminó la frase, Sara salió disparada sin decir adiós, y cerró la puerta de un portazo. Subió la escalera, henchida de ira y de impotencia. Cuando entró en su apartamento, no pudo evitar romper en llanto.

Mientras tanto, Alejandra, muda, dolida e inmóvil, se había sentado en una silla cercana, repasando una y otra vez las palabras de su hermana. «¿Cómo hemos llegado a esta situación? —se preguntó apesadumbrada—. Otra vez aparece Augusto Fonfría, y de una forma u otra, siempre logra entrometerse y arruinarnos la vida». Pero esta vez Alejandra no iba a permitir que se saliera con la suya. Estaba dispuesta a acabar con él. Ignoraba cómo, pero lo haría. ¡Costase lo que costase!

Miró la hora y aún tenía tiempo de arreglarse y acudir a la cita con AIDA. Respiró profundamente y se armó de valor. Estaba dispuesta a todo. No podía quedarse de brazos cruzados e ignorar lo que estaba sucediendo a su alrededor.

CAPÍTULO 17

Alejandra caminó pensativa por las callejuelas del barrio del Carmen, atormentada por las palabras de su hermana que le advertían sobre el posible peligro. Avanzó hasta que llegó a pocos metros del Palacio de Forcalló. Faltaban cinco minutos para que se hiciera la hora de la cita, y la calle lucía desierta. Las dudas la acosaron y consideró darse la vuelta al ver la puerta cerrada. Sin embargo, si había llegado hasta allí, tenía que averiguar qué estaba pasando. Decidida, levantó el brazo y presionó el timbre. Con el corazón galopando a toda prisa, oyó pasos al otro lado. Tragó saliva, abrumada por la incertidumbre de no saber quién la recibiría. ¿Sería el funcionario que ya conocía o acaso sería el verdadero, o falso, Guillermo Aparicio?

La sorpresa se dibujó en su rostro cuando vio una cara totalmente desconocida. Ante ella, había un hombre que seguramente tenía algo más de cuarenta años, era alto y de complexión atlética. Alejandra no pudo pasar por alto sus ojos felinos, algo azules, que emanaban dulzura y al mismo tiempo mucho carácter.

—¿Viene sola? —Esas fueron sus primeras palabras.

Alejandra asintió con un suave movimiento de cabeza.

—¡Adelante, entonces, la estábamos esperando! —Se hizo a un lado para permitirle el paso.

Ella obedeció, como si estuviera en trance. Al oír la puerta cerrarse tras ella, sus pulsaciones se aceleraron aún más, ya era demasiado tarde para volver atrás.

—Por favor, espere aquí unos minutos. ¿Si quiere sentarse? —dijo, y señaló un sofá y dos sillones de piel que había en el amplio pasillo. A continuación, se perdió tras una de las dos puertas que había a la derecha.

Alejandra permaneció de pie, estaba tensa. A su olfato llegó un empalagoso olor a azahar. El intenso aroma la transportó al día de su boda. Olía igual que su ramo de novia. Ello la tranquilizó.

Miró en derredor para examinar el lugar. Se encontraba en el

centro de una especie de vestíbulo-corredor entre la puerta de la calle y unas cristaleras que daban acceso a un jardín. A la izquierda, había una escalera que conducía a los pisos superiores.

A los pocos instantes, apareció el hombre de ojos claros acompañado del usurpador de identidad.

—¡Usted, otra vez! —exclamó Alejandra con mirada fulminante.

—Nos volvemos a encontrar —la saludó él con extremada calma.

—¡Espero no tener que arrepentirme! —replicó ella en tono agrio.

—Veo que se alegra de verme —contestó el hombre, jocoso, siguiéndole el juego—. Esperábamos también a su hermana. Tengo entendido que forman un buen equipo.

—Pues se tendrá que conformar solo conmigo. Claro que primero me tendrá que explicar a qué se debe tanto misterio.

—Si tiene la gentileza de pasar a la sala de reuniones, la pondremos al tanto de la situación que la ha traído aquí. —Su expresión se había tornado más formal.

Alejandra entró en una luminosa estancia. Desde las ventanas laterales podía verse el jardín. En la pared frontal, entre los ventanales, colgaban grandes cuadros de personajes que ella no supo identificar. El resto de la habitación estaba compuesta por estanterías que llegaban hasta el techo, colmadas de libros. En el centro, había una enorme mesa rodeada de sillones, que aparentaban ser sumamente cómodos.

—Por favor, tome asiento —le indicó el hombre de ojos claros.

Ella le hizo caso y se sentó.

—Le debo una disculpa y también una explicación —comenzó a decir el falso vicepresidente—. De antemano le digo que no es habitual que nuestro equipo proceda de estas maneras, pero, a veces, el fin justifica los medios. Por ello, se perdonan ciertas travesuras.

—¿Suplantar la identidad de otra persona le parece una travesura? —rebatió Alejandra suspicaz—. Si es así, no quiero saber qué nombre le pondrá a los hechos más graves.

—¡Señorita, creo que va a encajar perfectamente en nuestros planes! Es una lástima que su hermana Sara no la acompañe, aunque teníamos nuestras dudas al respecto. Conocemos sus diferencias en ciertos temas —añadió con una risita maliciosa, mientras cogía una carpeta del rincón—. La verdad es que tenía mucho interés en

conocerlas personalmente, en especial a usted. Pero, antes que nada, me gustaría presentarle a mi colega y mano derecha, Ernesto Egea. —El hombre asintió con la cabeza—. Imagino que querrá saber por qué la hemos citado —dijo mientras se sentaba frente a ella.

—Disculpe, pero aún no sé quién es usted —pronunció Alejandra tajante—. Lo que sí sé es que no es Guillermo Aparicio, vicepresidente del Consorcio de Museos de la Comunidad Valenciana.

—¡Cierto! Mi nombre es Diego Manrique, digamos que soy el presidente de los museos a nivel nacional —explicó.

Alejandra se levantó irritada, presentía una nueva mentira.

—¡No voy a permitir que me siga tomando el pelo! —exclamó.

—¡Escuche al menos la proposición que le vamos a hacer! —intervino el hombre rubio de ojos claros—. Es lo único que le pedimos.

Alejandra sopesó sus palabras, recuperó el temple y volvió a sentarse.

—Lamento de veras haber tenido que organizar esta reunión de semejante manera, a través de engaños, y haber creado un ambiente de desconfianza —se disculpó el señor Manrique—. Pero necesitábamos evaluar su reacción, y debo decirle que ha superado cualquier prueba. El tema que nos ocupa es delicado, grave y sumamente urgente —pronunció con contundencia—. Usted es una pieza fundamental en esta misión y necesitamos sí o sí su colaboración. Por supuesto que la informaremos, con pelos y señales, de todos los detalles, los riesgos, y también los beneficios que puede obtener. Y cuando hablo de beneficios, no me refiero solo a la retribución económica, que será generosa, sino a la posibilidad de una revancha personal que, tras investigar minuciosamente su perfil, presiento que será lo que más le motive.

Alejandra levantó las cejas. Cada vez entendía menos de qué estaba hablando. El sonido de un móvil la distrajo. Egea se disculpó con una seña y salió de la sala a atender la llamada.

—Como presidente de museos, mi trabajo es el de coordinar e impulsar el patrimonio museístico. Esto abarca desde fomentar la creación de nuevos espacios expositivos y establecer los criterios de adquisición hasta incentivar el mecenazgo. Es decir, me ocupo de todo lo necesario para promover el conocimiento y la difusión didáctica del arte.

—Perdone que le interrumpa —se disculpó Alejandra—. No dudo de sus indagaciones sobre mí, pero estoy segura de que se han equivocado de candidata.

—Como seguro habrá deducido —continuó Manrique como si ella no hubiera hablado—, no está aquí por ninguna de esas cuestiones. Digamos que su tarea es de otra índole; algo más dinámica, por decirlo de forma coloquial. Hasta ahora, solo le he dado una breve introducción para que se familiarice con el entorno.

Diego Manrique abrió la carpeta con cierta parsimonia.

Unos toques en la puerta desviaron la atención de los dos. Al abrirse, apareció Ernesto Egea.

—Entra, entra —lo animó Manrique—. Como siempre, justo a tiempo. Estábamos a punto de llegar al quid de la cuestión.

Egea se sentó al lado del presidente, hojeó los folios de la carpeta que había sobre la mesa y se detuvo en uno en particular. Parecía haber localizado lo que buscaba. Luego levantó la cabeza y miró a Alejandra.

—¿Le dice algo ARCA? —le preguntó Egea muy serio.

Ella negó con la cabeza, sin entender nada.

—¿Se refiere al sustantivo? —preguntó descolocada ante la pregunta absurda.

—Me refiero a las siglas A.R.C.A. —aclaró.

—Ni idea —susurró ella.

«¿A qué están jugando?», pensó.

—ARCA son las siglas en inglés de la Association for Research into Crimes against Art —explicó Egea con una excelente pronunciación—, o lo que es lo mismo: Asociación para la Investigación de los Delitos contra el Arte.

—Deduzco que por su expresión es la primera vez que oye hablar de su existencia —apuntó Manrique con una ligera sonrisa.

Ella asintió. A medida que se alargaba la conversación, su confusión crecía.

—Contábamos con ello —continuó Egea en tono amigable—. En el año 2011, y por primera vez en la historia del arte, se creó una organización internacional de expertos preparados para combatir el robo, la falsificación, la destrucción y el tráfico ilegal de obras de arte y patrimonio cultural. Podría describirse como una red de superagentes, por así decirlo, cuyo propósito es perseguir estos delitos.

Ernesto Egea cerró la carpeta y continuó con su explicación:

—ARCA colabora activamente con las fuerzas de seguridad a nivel mundial en investigaciones relacionadas con delitos contra el patrimonio artístico y cultural. Para ello, selecciona e instruye a expertos que deben poseer un amplio conocimiento de criminología e historia del arte, también deben conocer la situación del mercado, las claves de la museología y la legislación en materia de arte. La formación de esta élite, que abarca diversas disciplinas, está a cargo de los miembros de ARCA, conformada por profesionales de varias nacionalidades. Entre sus miembros se incluyen el director de la división italiana encargada de la protección del patrimonio de los Carabinieri, el director de la Unidad de Arte y Antigüedades de Scotland Yard, profesores de Criminología, Historia del Arte y Arqueología de universidades de Holanda, Estados Unidos y Reino Unido, exfuncionarios políticos y hasta fiscales.

—Como puede ver la lista es interminable —retomó la palabra Diego Manrique—. ARCA cuenta con el respaldo de importantes personalidades a nivel mundial que luchan por un mismo objetivo: salvar el arte para que perdure en el tiempo. Lamentablemente, el robo de obras de arte es un «oficio», por así decirlo, casi tan antiguo como la prostitución.

Alejandra seguía completamente desconcertada, sin comprender el motivo por el cual se encontraba allí. Aunque tras escuchar las explicaciones, en principio muy interesantes, se había despertado en ella cierta curiosidad por saber cómo iba a terminar semejante reunión.

—En el mundo se producen unos cien mil robos de arte al año —continuó Ernesto Egea—. Aunque en muchos casos se logran recuperar, una gran cantidad de obras de arte permanece en paradero desconocido. Italia es donde más robos ocurren con veinte mil a treinta mil robos al año. Además, es uno de los países donde se imparten los másteres de ARCA. Yo dirijo una de las ramas de la asociación en la sede de España, la llamamos, cariñosamente, AIDA, es decir, Asociación para la Investigación de los Delitos contra el Arte.

Alejandra pensó que por fin se empezaban a desvelar ciertas incógnitas.

—¿Puedo hacerle una pregunta, señor Manrique? —preguntó ella.

El presidente asintió complacido.

—¿Por qué suplantó al vicepresidente Guillermo Aparicio y no se presentó con su nombre real?

—Imaginaba que antes o después me haría esa pregunta. Intentamos mantener nuestro anonimato en la asociación, además, sabíamos que vendría a comprobarlo y queríamos ver su reacción.

—¿Lo sabían? Eso es imposible —protestó disgustada y sorprendida a la vez.

—Recuerde que llevamos mucho tiempo estudiando sus reacciones y sabemos cómo piensan y hasta cómo respiran. Trabajamos con los mejores profesionales en todos los ámbitos.

—Reconozco que todo lo que me están contando es muy atrayente —intervino Alejandra tajante—, pero no veo en qué lugar encajo yo. Y si le soy sincera, me molesta muchísimo sentirme observada, vigilada o saber que están controlando mis movimientos. Supongo que tendrán un buen motivo para hacerlo.

—¡Lo tenemos! —afirmó Diego Manrique y le cedió la palabra a su compañero.

—Entiendo su enojo y también su impaciencia —repuso Egea, un poco condescendiente—, pero no se preocupe porque sus dudas serán resueltas. En AIDA llevamos varios años estudiando tanto sus comportamientos y antecedentes, así como los de sus más allegados. Por ello, sabemos de su odio, rencor y aversión hacia el personaje de Augusto Fonfría.

Alejandra se revolvió en su asiento al oír ese nombre y no pudo evitar tensar la mandíbula. A pesar de ello, por prudencia, mantuvo silencio. Necesitaba asegurarse de que la historia que le estaban contando no ocultaba segundas intenciones.

—Desde hace varios años, ARCA ha estado tras la pista de Ramiro Matoses y su socio, Augusto Fonfría, con la intención de desenmascararlos y meterlos entre rejas. Pero sin pruebas concretas, no podemos cazarlos. Después de todas nuestras investigaciones, estamos totalmente convencidos de que usted —puntualizó, y le dirigió la mirada— es nuestra piedra angular para completar con éxito esta misión.

Alejandra se quedó atónita.

CAPÍTULO 18

La conversación en la sala del Palacio de Forcalló se había puesto tan interesante que Alejandra estaba impaciente por saber cuál era la propuesta que le iban a ofrecer, pero antes, Diego Manrique la había invitado a recorrer el palacio con el fin de limar posibles asperezas.

—El Palacio de Forcalló es una típica residencia señorial, construido en 1864 —comenzó a relatar el presidente como si fuera un guía—. En el año 2000, se restauró para funcionar como sede del Consejo Valenciano de Cultura. En los pisos superiores se encuentran la sala noble y la sala de los plenos. Y aquí, frente a nosotros, tenemos uno de sus mayores tesoros: el jardín. ¡Sígame, se lo enseñaré!

»Como puede apreciar evoca los vergeles valencianos de otros tiempos —mencionó mientras acariciaba los cuidados setos—. Con árboles como las casuarinas, las moreras y, por supuesto, los naranjos, este lugar se convierte en el escenario perfecto para pasear y disfrutar de la naturaleza en pleno corazón de la ciudad.

Alejandra contempló las flores de azahar y aspiró su aroma. Ahora entendía de dónde emanaba la fragancia que la había cautivado todo este rato.

—Antes de pasar a la siguiente fase —continuó Manrique ya en la puerta del vestíbulo— quisiera hacerle una pregunta crucial. Le ruego que me conteste con la mayor sinceridad posible, en este caso no puedo admitir medias tintas. Si existiera la posibilidad de acusar y encarcelar a Augusto Fonfría, ¿estaría dispuesta a darlo todo por conseguirlo?

Alejandra se mostró dubitativa. Por supuesto, quería ver a Fonfría entre rejas, pero ¿a qué precio? Todavía no habían discutido sobre las posibles repercusiones. Sin embargo, repasó algunas imágenes grabadas a fuego en su mente, y concluyó que era hora de poner todas las cartas sobre la mesa y arriesgar hasta el último soplo de aire si fuera necesario. Finalmente, pronunció con determinación:

—¡Sí!

Diego Manrique sonrió complacido.

—En ese caso, será instruida en el mundo del arte y asistida, en todo momento, por el señor Egea. Él será su contacto y confidente —dijo, y lo señaló—, y quien se encargará de explicarle todos los detalles al milímetro. Es probable que nosotros no volvamos a vernos. Si eso sucede, será un buen indicio de que todo ha salido como estaba previsto. Ahora, lo siento mucho, pero me tengo que marchar. Ha sido un placer conocerla personalmente y charlar con usted.

Alejandra percibió el apretón de manos de Diego Manrique como señal de despedida. Después, lo vio partir, dejando un vacío casi fantasmal y sin darle tiempo de replicar.

—Si le parece, la pondré al tanto de todo mientras nos tomamos un café, como le prometimos en la invitación —propuso Egea, abrió la puerta de la sala de reuniones y la invitó a pasar.

Ella asintió y tomó asiento en el mismo lugar de antes.

—Perdone, pero no recuerdo su nombre de pila —articuló Alejandra aturullada de tanta información.

—Mi nombre es Ernesto Egea Ernesto, y dado que vamos a trabajar juntos sería conveniente que nos tuteáramos, ¿no crees?

Alejandra asintió, arrugó las cejas y sonrió. «¿Por qué ha repetido su nombre dos veces?», pensó.

—Esperaba esa reacción —dijo resignado, pero con amabilidad—. Ya me he acostumbrado. Mis padres tuvieron la gran ocurrencia de ponerme el mismo nombre que el apellido de mi madre. Imagínate el trauma que ello me causó en mis días de estudiante, ¡por la guasa de mis compañeros, por supuesto! Ya lo he aceptado, e incluso aprecio la originalidad de mis padres. ¿Sabías que el apellido Ernesto, en España, lo tienen como primer apellido solo cien personas, como segundo apellido noventa y siete, y nadie en ambos apellidos? Y, desde luego, ninguno que coincida con el nombre. Ser único en algo, aunque sea en un nombre, tiene su importancia, ¿no crees?

—Supongo que sí —contestó Alejandra sonriente. No sabía por qué, pero Egea le estaba empezando a caer bien. Siempre había confiado en las primeras impresiones, esperaba no equivocarse esta vez.

La reunión entre Ernesto Egea y Alejandra Ferrer duró lo que

pareció una eternidad. Había entrado en el palacio desorientada y llena de incertidumbre, con las advertencias de su hermana crispándole los nervios y socavando su confianza. Sin embargo, salió de allí por la puerta grande como los toreros después de una victoriosa corrida.

Mientras caminaba, sin rumbo fijo, por el laberinto de calles del barrio del Carmen, repasaba el cambio tan sustancial que su vida iba a experimentar a partir de ese momento. No solo eso, también le preocupaba cómo mantendría a Lluís y a toda su familia al margen de todo esto. Además, se había comprometido a mantener total confidencialidad hasta completar la misión. Ya no había vuelta atrás, el documento que había firmado y el contrato con las condiciones lo corroboraban.

En ese impulso de empoderamiento, ni siquiera había solicitado unos días para reflexionar acerca de la propuesta, para sopesar con calma los pros y los contras. Sabía que su hermana se lo hubiese reprochado, se lo echaría en cara hasta el fin de sus días. Siempre había criticado su poca paciencia y sus actos impulsivos. Sara era todo lo contrario, tan paciente y sensata. ¡Por eso no se lo diría! ¡Estaba harta de sus reproches y de su intachable cordura!

CAPÍTULO 19

El Cabañal era uno de los barrios de origen marinero y pesquero del distrito de Poblados Marítimos. Un barrio emergente con mucho encanto y muy innovador que se caracterizaba por el colorido de las fachadas de sus casas tradicionales. Sus calles mostraban una urbe variopinta compuesta por ricos y pobres, artistas y agricultores, turistas, vecinos y extranjeros. Pero también albergaba algunos guetos de inmigrantes, familias rumanas que se dedicaban a la chatarra, gitanos, nigerianos y ciudadanos en riesgo de exclusión, donde los conflictos y reyertas eran moneda corriente. Esa mañana, en uno de los bloques de viejas casas de protección oficial, la policía investigaba un robo ocurrido días atrás en el puerto. Al parecer, buscaban a alguien. Después de sortear una escalera en mal estado y paredes cubiertas de grafitis, llegaron al segundo piso y se detuvieron ante el número que les interesaba. El subinspector Roque golpeó la puerta con los nudillos luego de comprobar que el timbre no funcionaba. Por unos instantes, no oyeron ningún ruido al otro lado, salvo los gritos de una madre a su hijo en el piso de arriba, junto con los ladridos distantes de un perro.

Estaban a punto de irse cuando les abrió la puerta un hombre sentado en una silla de ruedas. El subinspector observó su barba canosa de cuatro o cinco días, su pelo alborotado, y notó que llevaba la pierna derecha amputada a la altura del muslo.

—Buenos días —saludó el inspector Valdés—. ¿Es usted Gregorio Hernández?

El hombre asintió.

—Nos gustaría hablar con Tobías. Es su hijo, ¿verdad?

—Sí, lo es. Aunque él no está. A decir verdad, ya no vive aquí. ¿Qué ha hecho ahora ese granuja?

—Solo queremos hacerle unas preguntas. ¿Sabe dónde podemos encontrarlo?

—No. No sé dónde puede estar. Yo apenas salgo. Sin ascensor y

con una sola pierna se podrán imaginar lo difícil que me resulta bajar a la calle. Antes me ayudaba Tobías, pero ahora mi mujer no puede sola conmigo y tenemos que pedir ayuda a algún vecino, o avisar a alguno de mis dos hijos mayores. Aunque ya saben... cada uno tiene su vida y sus obligaciones.

—Sentimos haberle molestado —añadió el inspector Valdés.

—A veces, Tobías merodea el descampado que hay detrás del polideportivo de Nazaret —mencionó el hombre antes de cerrar la puerta.

El inspector y el subinspector le sonrieron antes de retirarse y con la mirada le agradecieron la información. Salieron a la calle y subieron al coche, pero antes hicieron un barrido por los alrededores y observaron el lamentable estado del vecindario.

—¿Crees que puede ser Tobías uno de los dos ladrones que aparecen en las cámaras del puerto? —preguntó el subinspector.

—No lo sé. ¡Maldita sea! —renegó Valdés—. Apenas se le distingue el rostro. Podría ser él porque hay cierta semejanza, pero también podría ser otra persona con una complexión similar. En fin, por alguien había que empezar.

Roque repasó en voz alta su historial delictivo.

—Según su informe policial es un joven con poca personalidad y que se deja manipular fácilmente. Se le ha detenido en numerosas ocasiones por robo a mano armada en diversos establecimientos y por otros delitos menores. Pequeñas raterías, al fin y al cabo. El robo del puerto parece algo demasiado meticuloso para un joven así. ¿No te parece?

—Sí, pero tenemos la mala suerte de que la cámara no ha captado en ningún momento el rostro del otro individuo.

—Sí —asintió Roque con media sonrisa—. Vaya día que llevamos. No damos una.

—Vayamos a ese descampado —murmuró el inspector—. Igual la suerte nos sonríe. Además, su colega Emilio de Benito es del barrio. Siempre están juntos y tiene el carácter, la decisión y la mala leche que le falta a Tobías.

—Menudo pájaro. De ese veo más factible el robo —añadió Roque.

—Yo también. No me extrañaría nada que estuvieran juntos en esto.

Mientras tanto, en el descampado que había detrás del polideportivo del barrio de Nazaret, Emilio y Tobías discutían a viva voz y se maldecían por haber sido tan estúpidos. Tras cometer el robo intentaron entregar el botín, a la hora y lugar acordados, e inmensa fue su sorpresa y decepción cuando descubrieron que habían robado el cuadro equivocado. Todos los planes que tenían previstos hacer con el dinero de ese trabajo se habían ido al garete. «¿Hasta dónde nos llegará la mala suerte?», pensaron casi a coro.

Y lo peor era que, a pesar de sus insistentes peticiones para que les dieran otro trabajillo extra para enmendar el error, se les negó por completo debido a que habían minado la poca confianza que pudieran tener en ellos. Además, los habían amenazado con cortarles la lengua y, después, con la muerte si delataban algo sobre el robo. La persona con la que habían contactado quemó la lámina robada delante de ellos para eliminar cualquier posible rastro. Así que se quedaron sin nada: sin dinero, sin el cuadro y sin posibilidad de otro encargo.

Emilio encendió un cigarro. Estaba cabreado. Caminó de un lado a otro, maquinando formas de recuperar la confianza de su intermediario, mientras consumía el pitillo rápidamente calada tras calada.

—¡Para una vez que nos sale una faena de pasta! —exclamó Tobías y se lamentó de su falta de profesionalidad.

—¡Somos unos gilipollas! —gritó Emilio, y pisoteó la colilla.

Un joven conocido se les acercó para pedirles fuego.

—¡Qué pasa, Emilio! ¿Tienes algo para mí? —le preguntó de forma confidencial.

—Ahora no. Pásate mañana por la planta baja.

—Gracias, tío. Por cierto, tú eres Tobías, ¿no? —dijo, y lo miró.

Tobías asintió.

—Pues ten cuidado. Hace un rato la policía estaba merodeando los alrededores y haciendo preguntas sobre ti.

Emilio le chocó la mano en señal de camaradería y de despedida.

—Será mejor que nos separemos por un tiempo —propuso Tobías nervioso.

—¡Sí, tendría cojones que nos ligaran por nada! Sin botín y sin dinero.

Emilio lo agarró por la pechera del suéter, y mirándole fijamente, le susurró:

—¡Ya sabes, la boquita bien cerrada! ¿De acuerdo?

Tobías asintió.

CAPÍTULO 20

A primera hora de la mañana, Alejandra se despidió de Lluís con un beso. Todavía no le había contado que había encontrado trabajo. Tenía que preparar bien su farsa para que resultara totalmente creíble; no podía permitirse ninguna fisura. Se duchó, desayunó y, antes de la hora acordada, entró por la Abadía de San Martín hasta llegar a la peatonal calle Cultura. Calculó el tiempo que le había costado llegar a pie: apenas doce minutos. A partir de ahora, y por recomendación de Egea, debía medir los tiempos de todo y controlar meticulosamente cada paso. Cuanta más información recabara, mejor, ya que en este oficio nunca se sabía qué detalle podía ser crucial.

Buscó el número en cuestión y se detuvo ante el enorme portón de madera. Había llegado antes de lo previsto y decidió esperar. A pocos metros se encontraba el espectacular Palacio del Marqués de Dos Aguas, así que se acercó a él. Admiró su imponente portada de alabastro de estilo rococó, de la que sobresalían dos atlantes desnudos a tamaño natural. Sabía que representaban a los dos ríos más caudalosos de la comunidad valenciana: el Turia y el Júcar. Por ello, a los pies de cada figura, dos caudales de agua brotaban de dos cántaros, en alusión al título de los marqueses.

Ensimismada en semejante obra de arte, Alejandra se sobresaltó al ver la hora. Aceleró el paso y tocó el timbre. Al instante, la puerta se abrió. Se enfocó en la tarea que tenía por delante y se adentró en el portal. Tomó el antiguo ascensor, cuyas paredes eran un enrejado metálico, hasta el segundo piso. Cuando llegó, Egea la estaba esperando.

—Buenos días —lo saludó intranquila.

—¡Adelante! —sonrió él al percibir su nerviosismo—. Te mostraré tu lugar de trabajo de los próximos meses. Como podrás ver, el piso es grande y abarca toda la planta.

Una mujer, sentada delante de la pantalla del ordenador, les dedicó una mirada de complicidad. Egea se acercó.

—¡Teresa, te presento a Alejandra Ferrer! Es nuestro nuevo fichaje.

Ambas sonrieron con cortesía. Egea continuó:

—Ella será quien te adentrará en el mundo de la moda y te enseñará cómo vestir, cómo comportarte y cómo desenvolverte en los círculos más selectos y poderosos de la sociedad. También te ayudará a familiarizarte con tu nueva identidad y, algo imprescindible, a transformar tu aspecto y perfeccionar tu acento del idioma.

—¡Así es, querida, lo vamos a pasar genial! —murmuró Teresa con una mueca amable.

—Seguro que sí —apuntó Egea, y abrió una puerta cercana—. Este será tu guardarropa —señaló.

Alejandra entró en la habitación y se quedó perpleja. Aquello era un gigantesco vestidor. ¡Había de todo!

—¡Madre mía! —exclamó con los ojos chispeantes—. ¡Este es el sueño de muchas mujeres!

Había zapatos de todos los estilos y de los diseñadores más cotizados: Loewe, Jimmy Choo, Gucci, Prada; bolsos de Chanel, Dior, Hermès, Fendi y Vuitton; joyas de Bulgari, Cartier, Chopard, Tiffany; abrigos y ropa de diversos estilos y modistos como Dolce & Gabbana, Versace, Ralph Lauren, Guess, Calvin Klein, Moschino y tantas más, que Alejandra se hubiera quedado todo el día admirando y probándose cada una de las prendas.

—¿Seguimos? —añadió Egea al verla obnubilada.

—Sí, sí... —dijo, y salió del trance.

Al final del pasillo entraron en otra estancia con numerosas pinturas que colgaban de las paredes, también había una pizarra, un caballete, una mesa con varios ordenadores y varias sillas.

—Aquí pasarás la mayor parte del tiempo. Tendrás que estudiar y aprender los estilos artísticos a lo largo de la historia, y los pintores más representativos y cotizados hasta que te conviertas en una experta. Yo seré quien te instruya. Visitarás museos, galerías de arte, subastas, y te sumergirás directamente en el mundo de la pintura.

—No sé si seré capaz —susurró.

—¡Lo serás! ¡No permitas que nosotros tengamos más confianza en ti que tú misma!

—De acuerdo —musitó agradecida por esa inyección de moral.

—¡Empezaremos por cambiar tu aspecto físico! —articuló.

—Eso no será tan fácil —apuntó ella dudosa.

—¿Acaso dudas de nuestras capacidades? —pronunció Teresa que justo entraba en la sala.

A continuación, abrió uno de los armarios que dejó al descubierto decenas de pelucas y accesorios capaces de transformar a cualquiera. Alejandra se quedó sin palabras.

—Me han dicho que estás casada, ¿no? —le preguntó Teresa.

Alejandra asintió con la cabeza.

—Muy bien, querida. Cuando termine contigo no te va a reconocer ni tu marido.

Alejandra se dejó llevar. Si se había embarcado en esa aventura, estaría dispuesta a asumir todas las posibles consecuencias. De manera que se limitó a obedecer con una actitud positiva.

De aproximadamente cuarenta y cinco años, Teresa irradiaba juventud con su melena pelirroja y su piel lechosa que dulcificaba las facciones de su rostro. A pesar de su estatura media y ligero sobrepeso, se movía con agilidad, siempre dominando la situación. Verla en acción tranquilizó a Alejandra, que se sintió en buenas manos.

Teresa le tomó medidas tanto del cuerpo como del rostro. Anotó lo que consideró importante y le hizo fotos. Por último, midió la curvatura y diámetro de su córnea para determinar las lentes de contacto más apropiadas.

—Por mi parte, he terminado —añadió Teresa sonriente—. En unos días podrás ver el resultado. Te dejo con Ernesto.

Alejandra se sentó enfrente de Egea, como una colegiala delante del profesor en su primer día de clase.

—Antes de comenzar, la regla fundamental que debes aprender y memorizar es: no salirte del guion y contar solo las mentiras mínimas para evitar errores. En la práctica, te darás cuenta de lo caótico que puede resultar mantener dos o más personalidades a la vez.

Ella asintió con máxima atención mientras oía sus latidos como desbocados tambores de batucada.

—Hoy nos preguntaremos: ¿por qué se colecciona arte? —continuó Egea, y le entregó una libreta y un bolígrafo para que tomara notas—. El principal motivo, sin lugar a duda, es la inversión. El arte está estrechamente vinculado con la riqueza, lo que lo convierte en una gran ventaja, ya que la riqueza tiende siempre a crecer. Al

coleccionar arte, no solo se crea un legado patrimonial, sino que también se diversifica la inversión.

Alejandra anotó algo en el papel.

—¡Siempre es mejor adquirir una pieza buena que cuatro regulares, y para ello no se debe tener prisa! Por eso, se debe estar bien asesorado en la materia y comprar obras de artistas consolidados. Al comprar de artistas emergentes, también se compra un riesgo. El buen coleccionista debe aprender a comprar con el ojo, el corazón y la cartera. Nunca con el oído.

Alejandra escuchaba sin rechistar.

—Sin embargo, para el coleccionista existen otros factores que lo motivan, como la acumulación de objetos únicos. Contemplar una obra colgada en su propiedad, sabiendo que es exclusivamente suya, puede ser uno de los placeres más satisfactorios. ¿Por qué? Porque para este tipo de personas, el estatus social prevalece sobre la cuestión económica.

—¿Puedo hacer una pregunta? —solicitó Alejandra.

—Por supuesto —respondió complacido por su interés.

—¿Dirías que el coleccionista nace o se hace?

—¡Nadie nace coleccionista, uno se hace! No deja de ser un «vicio» personal y un tanto privado. Naturalmente, existen varios perfiles de comprador. Un treinta por ciento apoya a museos, exhibiendo las obras en público, mientras que otros prefieren mantener distancia. También hay quienes crean premios, residencias, comités en ferias o centros de arte, y están aquellos que establecen sus propias instituciones privadas.

—Este último sería el caso de nuestro personaje, Augusto Fonfría —apuntó Alejandra disfrutando de su aprendizaje.

—En efecto. Fonfría es un coleccionista activo que compra, negocia y se mueve dentro del mercado artístico. Además de él, hay muchos empresarios y profesionales liberales, como arquitectos, médicos o abogados, e incluso personas sin grandes patrimonios que son autodidactas. En cuanto a Augusto Fonfría, que es quien nos interesa, necesitamos comprender sus patrones de comportamiento. Esta es la única forma de atacar donde más le duele: su dinero y su poder.

Alejandra hizo unos garabatos sin sentido en el papel. Le revolvía las tripas solo pensar en ese hombre. Estaba claro que tenía que

aprender a dominar su ira, y acostumbrarse a oír y pronunciar su nombre con frecuencia.

—Nuestro querido señor Augusto Fonfría tiene todo meticulosamente planificado y, teóricamente, todo lo hace de forma legal. Su asociación AFCANI, que como bien sabes, es la Asociación Fonfría Coleccionista de Arte Nacional e Internacional, no es más que una muy buena tapadera para salvaguardar su patrimonio y, a la vez, blanquear dinero a mansalva. Claro que, como nada puede probarse, todo esto es pura especulación.

—Sí, pero cuando el río suena... —recitó Alejandra con picardía —. Conozco la asociación y también al señor Fonfría en persona. No solo he trabajado en la revista *Vía Augusta* que él dirige, sino que, además, hemos tenido la oportunidad, por llamarlo de alguna forma, de trabajar juntos en cierta misión —dijo con ironía.

—¡Me consta! Tengo cierta información al respecto. Espero que pronto me puedas contar todos los detalles.

—¡No dudes de que lo haré! —Alejandra ya empezaba a meterse en el papel que iba a desempeñar.

Ernesto Egea iba a continuar con su explicación, pero Alejandra volvió a interrumpirlo.

—Una pregunta más: ¿el edificio en la avenida Marqués de Sotelo también es de su propiedad?

—Sí. Fonfría es un hombre ambicioso y no se conforma con tener una parte del país a sus pies, sino que sigue expandiéndose, a nivel nacional e internacional, y crece a pasos agigantados. Con el apoyo de Ramiro Matoses dieron vida a ese edificio destinado al arte en su contexto más amplio. Lo bautizaron con el nombre de «INACFA».

Alejandra asintió con la cabeza. Había visto el nombre en la fachada en varias ocasiones.

—Pues imagino que te habrás dado cuenta de que ese nombre no es más que «AFCANI» al revés.

Ella levantó las cejas, sorprendida de cómo algo tan simple pudiera resultar, a la vez, tan original.

—¡Es muy astuto! —pronunció ella con rabia. A continuación, escribió el nombre de Augusto Fonfría en la libreta, lo rodeó con varios círculos y anotó debajo:

«No importa lo poderoso que seas. ¡Voy a ir a por ti!».

CAPÍTULO 21

El inspector Valdés entró en la comisaría tras una larga noche, durante la cual había observado cada hora del despertador sin poder pegar un ojo. Ni las hierbas naturales que Sara le había hecho tomar ni el cansancio acumulado habían surtido efecto; la somnolencia no aparecía. Por eso, cuando el subinspector Roque lo vio entrar por la puerta, levantó las cejas y enseguida supo que iba a ser un día duro.

Valdés saludó con pocas ganas y se paró frente al panel que colgaba de la pared en el que se exhibían muchas fotos del caso: de los cuadros robados, de la Vanette blanca sin identificar aún, de los posibles autores intelectuales, Augusto Fonfría y Ramiro Matoses, y también de los sospechosos del robo en el puerto, Emilio de Benito y Tobías Hernández.

—¿Cómo van las cámaras? —preguntó sin apartar la vista del panel. Tenía la sensación de que, si lo hacía, perdería el hilo del caso, como si estuviera a punto de detectar algo que se les había escapado.

—Están en ello —contestó el subinspector Roque.

—¡Hay que ser más meticulosos! —exclamó—. ¡Tenemos que dar con esa puta matrícula! En estos momentos es el único hilo del que podemos tirar.

Valdés salió de la sala, seguido de Roque. Juntos entraron en la habitación contigua donde una policía revisaba, una y otra vez, las cintas desde un ordenador.

—¿Alguna novedad, Marisa? —preguntó el inspector.

—Creo que tengo algo —afirmó con una pizca de esperanza—. He rastreado el trayecto de la Vanette durante varios kilómetros hasta perderla en la calle Menorca. Desapareció de repente, sin dejar rastro. Durante todo el trayecto, ha pasado por numerosas cámaras y, curiosamente, la matrícula no se distingue en ninguna de ellas. Mi conclusión es que está colocada ilegalmente, es decir, con la orientación hacia abajo, de forma que las cámaras altas no pueden captarla. Sin embargo, he revisado secuencia por secuencia y justo

aquí —señaló con el cursor—, en esa valla publicitaria cerca del semáforo, se refleja y se puede vislumbrar la numeración.

La policía amplió la imagen lo más posible, el inspector y subinspector se inclinaron y abrieron los ojos como platos. ¡Habían dado con ella!

—¡Ha costado, pero te tenemos! —exclamó Valdés con un ápice de alegría—. Averigua a quién corresponde. Ya tenemos el hilo que necesitábamos.

—Ya lo he hecho, inspector —contestó ella—. Corresponde a un turismo que se dio de baja hace tres años en este desguace —le explicó, y le entregó una hoja de papel con los datos.

—Gracias, Marisa, buen trabajo —añadió.

Valdés se dirigió, de nuevo, al panel. Se detuvo ante él y lo ojeó con detenimiento.

—¿Emilio de Benito no trabaja en un desguace? —sugirió el subinspector Roque.

Valdés lo miró con atención. Se acercó a su mesa, cogió los informes delictivos de los supuestos ladrones y les echó un vistazo. A los pocos minutos exclamó:

—¡Cierto! Además, es el mismo desguace. Vayamos a hacerle una visita.

El subinspector Roque sonrió. Parecía que los astros se volvían a alinear en favor de la investigación.

Sin demora, los dos policías subieron al coche y se pusieron en marcha hacia el desguace; una nave perdida en medio de la nada, rodeada de campos de naranjos. Al llegar, aparcaron frente a la puerta. En cuanto entraron, se dirigieron hacia un hombre vestido con un mono azul que estaba detrás del mostrador. Se identificaron antes de hacer cualquier pregunta.

—Buscamos una Vanette blanca, como esta —dijo Roque, y le enseñó una fotografía.

—¿Algún repuesto en concreto? —preguntó el hombre.

—Buscamos la furgoneta entera —manifestó el inspector—. Lleva una matrícula de un vehículo que fue dado de baja por este desguace hace tres años.

—¡Eso es imposible! No reciclamos matrículas —contestó confundido el hombre—. Cuando el vehículo se da de baja, se destruye también.

—Al parecer, no siempre —rebatió el inspector Valdés—. Tenemos esa furgoneta que lo atestigua, con el agravante de que está implicada en un robo.

El hombre no supo qué contestar. Finalmente dijo:

—Tenemos una de ese modelo que apenas utilizamos.

—¿Podemos verla? —preguntó el subinspector.

—Sí, aunque ya le digo que no es la misma. La nuestra está rotulada y lleva otra matrícula —aclaró.

—Nos gustaría echarle un vistazo —insistió.

—¡Pues acompáñenme por aquí! —contestó en tono servicial.

Los policías le siguieron a través de la nave hasta la parte trasera y el patio exterior. Aquello era un auténtico cementerio de coches, unos apilados sobre otros; montañas de ruedas y pilas de chatarra se veían desperdigadas por todos lados. Avanzaron por los pasillos hasta que el empleado se detuvo y les señaló lo que buscaban.

—¡Ahí la tienen!

Tal y como les había indicado antes, la Vanette llevaba el logotipo de la empresa rotulado en los laterales traseros. Valdés se acercó para inspeccionarla con más detalle. Caminó de un lado al otro, esperando encontrar algo que confirmara sus sospechas. Roque se agachó para examinar la matrícula y notó que a la trasera le faltaba un remache. Cuando se levantó, Valdés le señaló los restos de adhesivo en una de las letras del logotipo.

—Aquí trabaja Emilio de Benito, ¿no es así? —preguntó el inspector Valdés.

—Sí, está a punto de entrar en su turno —respondió el empleado.

—Muchas gracias. Ha sido usted muy amable. —Valdés le agradeció y retomaron el camino hacia la salida.

—¿Opinas lo mismo que yo? —le preguntó Roque mientras subían al coche patrulla.

—Sí, esa es la Vanette que buscamos —contestó Valdés—. Pide una orden judicial. Tenemos que registrar el recinto como es debido.

—¿Qué hacemos con Emilio?

—Arranca. No quiero que nos vea y huya.

Salieron de allí con el coche y se escondieron en un camino cercano. Apenas habían pasado diez o quince minutos cuando apareció una moto pequeña. El conductor bajó y se quitó el casco. Enseguida comprobaron que se trataba de la persona que buscaban.

Roque aparcó al lado de la moto y ambos volvieron a entrar en el desguace. Emilio gesticulaba, visiblemente enojado, mientras hablaba con el compañero que les había mostrado la furgoneta. Al verlos aparecer, huyó hacia el interior de la nave industrial, repleta de estanterías cargadas de piezas de metal, sin hacer caso a las voces policiales que le indicaban que se detuviera. El inspector Valdés y el subinspector Roque lo persiguieron hasta el área de chatarra al aire libre.

—¡Separémonos! —le indicó Valdés a su compañero, mientras sostenía el arma reglamentaria en la mano.

Caminaron en silencio entre el laberinto de metal en su búsqueda, hasta que, sin saber cómo, un cubo de chapa de un coche triturado cayó a tan solo un metro de Valdés, dándole un susto de muerte y levantando una enorme nube de polvo.

—Hijo de puta… —murmuró el inspector.

—¿Estás bien? —gritó Roque en el pasillo paralelo, al oír el ruido. En ese mismo instante, vio a Emilio descender de la grúa y emprender la huida—. ¡Se va por ahí! —gritó.

Lo vieron correr delante de ellos hacia la tapia del cercado y saltar por las gradas improvisadas del vertedero. Los policías lo imitaron y cayeron al otro lado justo en un charco de barro que les cubrió las botas. Cientos de naranjos en flor les obstaculizaban la visión, hasta que finalmente lo localizaron a pocos metros de distancia. Entonces, se desató una intensa persecución. Esquivaron árboles y ramas, pisaron hojas, piedras y naranjas, y sortearon todo tipo de objetos hasta que lograron acorralarlo.

En un intento de Emilio por escapar, su pie se hundió en la tierra húmeda y cayó casi arrodillado, momento que aprovechó el inspector Valdés para abalanzarse sobre él y derribarlo. Comenzaron a forcejear hasta que Roque, apuntándolo con el arma, le ordenó que se quedara quieto. Valdés giró al sospechoso, lo colocó con la boca pegada en el suelo, y le apretó la cara contra la tierra. Mientras recuperaba el resuello, lo esposó y le informó de sus derechos. Roque lo sujetó del brazo para levantarlo y lo empujó hacia delante, en dirección al coche. Valdés se tocó la mandíbula y escupió en el suelo saliva mezclada con sangre. Se sacudió la ropa y pensó: «Este hijo de puta nos ha hecho sudar a base de bien».

La sala de interrogatorios de la comisaría se había quedado en silencio después de intensas horas sin resultados. Emilio de Benito se había cerrado en banda y no había soltado ni una palabra que lo pudiera comprometer. Su abogado ya había alegado que, sin pruebas evidentes, no podían retenerlo por mucho más tiempo. De manera que la cuenta regresiva para devolverlo a la calle ya había comenzado. Por otra parte, el registro en el desguace había resultado negativo; no se encontró rastro alguno de la falsa matrícula ni nada que respaldara sus conclusiones. Las especulaciones sobre si el rótulo de la Vanette se podía haber camuflado quedaron tan solo en eso, en conjeturas que no los llevaban a ningún sitio.

El inspector Valdés lo observaba desde el cristal mientras maquinaba alguna manera de hacerle hablar. El subinspector Roque le recordó que solo les quedaban dos horas.

—Pues hay que agotar los últimos cartuchos —rechinó Valdés con impotencia—. ¡Sígueme en todo lo que yo diga!

A continuación, cogió la carpeta con la documentación y los dos entraron en la sala. Emilio los miró con una cínica sonrisa de triunfo.

Los policías se sentaron frente a él sin decir nada. Valdés buscó entre los documentos, sacó una fotografía y la colocó encima de la mesa. Luego le dio la vuelta y se la acercó al individuo.

—¿Lo conoces? —le preguntó Valdés estudiando su rostro.

Emilio negó con la cabeza, pero el inspector detectó en sus facciones un atisbo de impacto.

—Se llama Tobías Hernández. —Hizo una pausa—. Tengo entendido que fuisteis juntos al colegio y que continuáis siendo amigos, a pesar de los años.

—¿Y qué? —bramó escocido.

—Solo te informo que está en la habitación contigua y que ha sido interrogado por el subinspector, aquí presente —dijo con tono firme y señaló a Roque.

—¡Cierto! Y no te puedes imaginar las cosas que me ha contado —improvisó Roque.

—¿Ah, sí? ¿cómo cuáles? —le retó Emilio.

—¡Que perpetrasteis el robo los dos!, ¡que os equivocasteis de paquete y que lo hicisteis con la Vanette del desguace donde trabajas!

Emilio se empezó a reír.

—¿Eso es todo lo que os ha dicho? Imagino que tendréis pruebas que lo demuestren, ¿no?

—Tenemos su confesión firmada —soltó de sopetón Valdés—. ¿Te parece poco?

—Ja, ja, ja... —rio el sospechoso desafiante—. ¿De verdad creéis que de una mentira me vais a sacar una verdad? No nací ayer.

—También podemos detenerte por intento de homicidio —puntualizó Valdés—. Lo sabes, ¿no?

—Cuando se trabaja con maquinaria pesada, como es mi caso, pueden ocurrir todo tipo de accidentes, a veces incluso mortales —añadió con ironía—. ¡Nadie los invitó a entrar allí!

El inspector Valdés apretó los puños. Su triquiñuela no estaba dando el resultado que esperaba.

CAPÍTULO 22

Alejandra se había esmerado en la cocina. Sabía que Lluís tenía buen paladar. Por ello, había preparado unos canapés de foie a la plancha con mermelada de tomate, un surtido de quesos y un jamón de bellota que quitaba el sentido. Después, como plato principal de la cena, el solomillo a la pimienta que tanto le gustaba. Confiaba en que con ese menú lo engatusaría. A pesar de ello, estaba intranquila. Había practicado con sumo detalle el tema de conversación para la velada, pero, aun así, la preocupación la invadía. No estaba acostumbrada a engañarlo, a excepción de alguna mentirijilla piadosa y sin malicia. Por ello, pasó toda la tarde ensayando cómo explicarle que había encontrado trabajo y cuál sería su nueva función.

Lluís llegó a la hora habitual. Al salir del ascensor le sorprendió ver una nota pegada en su puerta que decía: «No enciendas la luz». Sonrió al leerla, no solo por el contenido, sino porque indicaba que su mujer había retomado el juego de notas y palabras que durante mucho tiempo había mantenido viva, juguetona y activa su relación amorosa. Últimamente, por diversas circunstancias, esa chispa estaba algo marchita. Expectante y ansioso por descubrir más, entró en casa y atravesó el pasillo en penumbra, guiado por un suave destello que provenía del salón. Al llegar, se encontró con un par de velas encendidas sobre una mesa bien servida.

—Llegas diez minutos tarde —dijo suavemente Alejandra, que estaba sentada de forma sensual en el sofá.

Lluís se quitó la chaqueta y se sentó a su lado.

—Si hubiera sabido de este recibimiento habría venido mucho antes —le susurró a media voz, besándole el cuello—. Estás muy guapa. ¿Celebramos algo?

—Digamos que sí —contestó ella en tono picarón—. ¿Qué tal si te lo cuento mientras cenamos?

—Me parece una idea estupenda. No sé qué has hecho en la cocina, pero huele que alimenta.

Alejandra sirvió la mesa con los exquisitos manjares dándole un toque de color, mientras Lluís abría una botella de vino y llenaba las dos copas. Se acercó a su mujer, la cogió por la cintura y la miró a los ojos, expectante.

—¿Y? —preguntó él—. ¡O me lo dices ya, o te comeré a besos ese precioso cuello! —gruñó y la mordisqueó suavemente.

Alejandra, encanada de risa, accedió.

—De acuerdo, de acuerdo. ¡Tú ganas! —Luego lo miró fijamente y soltó—: ¡Ya tengo trabajo! —gritó ilusionada.

—Bien. ¡Cuánto me alegro! —dijo él, y la abrazó—. Tú ves cómo solo era cuestión de esperar. —Selló la frase con un beso—. ¡Esto merece un brindis!

Lluís cogió las dos copas y le dio una. Después se sentaron a disfrutar de la cena.

—¿Dónde? ¡Cuéntame! —le preguntó él muy interesado.

—Pues está por el centro. No recuerdo el nombre de la calle, pero próxima a Poeta Querol —mintió a medias—. Es una revista *online* de moda y arte que cuenta con miles de suscriptores. La verdad es que apenas es conocida en nuestro entorno, pero mueve mucho mercado a nivel nacional e internacional.

—¿Cuándo empiezas?

—Mañana, en principio, con un horario similar al que tenía en el periódico.

—¡Fantástico! —exclamó, encantado de ver el rostro feliz de su mujer.

—Será mejor que nos centremos en toda esta comida antes de que se nos enfríe —propuso ella para desviar algunas de sus preguntas.

Sin embargo, no fue suficiente para saciar la curiosidad de Lluís que no cesaba en su interrogatorio.

—Ahora tendré que moverme por museos, galerías, subastas y realizar artículos sobre determinadas obras de arte. Tendré que ponerme al día de muchas cosas. Espero estar a la altura…

—Lo estarás, no lo dudes. —Lluís prefirió no insistir más al ver que el rostro de Alejandra se teñía de preocupación.

Alejandra lo miró por el rabillo del ojo controlando su respiración. Supo que de momento había salido airosa de la situación.

La velada culminó entre arrumacos y palabras cariñosas.

Retozaron hasta bien entrada la madrugada y envueltos entre las sábanas reafirmaron, una vez más, la indestructible solidez de su amor.

Alejandra despidió a Lluís como cada mañana y se arregló para acudir al trabajo. Para su marido era su primer día, aunque en realidad llevaba toda la semana. Durante ese tiempo, había hecho un curso intensivo sobre coleccionismo e inversión en el arte. Sin embargo, hoy su plan de trabajo iba a ser totalmente diferente. Salió de casa entusiasmada, había avanzado solo unos metros de la calle Quart cuando su móvil comenzó a sonar. Al cogerlo vio que la llamada era de Tía Rosa.

—Hola, ¿cómo estás? —fueron sus primeras palabras.

—Yo bien, pero de ti no sé nada desde hace dos semanas —le reprochó su tía—. ¡No me devuelves las llamadas! ¡Con un wasap diciendo «ahora no puedo hablar» pretendes arreglar todo! ¡Ya no sé cuándo es buen momento para hablar contigo!

—Tía, lo siento. Es que he estado algo liada últimamente buscando trabajo, ya sabes.

—Sí, lo sé, y no dudo de que encontrarás algo pronto. Pero quiero que entiendas que estoy preocupada por ti. —Su voz sonó amable—. Además, Sara dice que últimamente no os veis. ¡Hija de mi vida, que vivís a dos pasos!

—Tía, cada una tiene sus obligaciones. ¡Entiéndelo tú también!

Hubo unos instantes de silencio. Tía Rosa fue la primera en romperlo:

—Te acuerdas de que mañana tenemos comida con tu hermana, ¿verdad? Creo que reservó en el mismo lugar del mes pasado.

Alejandra se llevó la mano a la cabeza. Se le había olvidado por completo. Tampoco es que tuviera muchas ganas de comer con Sara. Por otra parte, pensó que la ocasión sería perfecta para ponerlas al día de su nuevo trabajo y finalmente zanjar el tema.

—Sí, nos vemos mañana en el mismo lugar y a la misma hora.

Alejandra colgó el teléfono y refunfuñó. No había vuelto a mantener una conversación con su hermana desde que tuvieron la discusión por el tema de AIDA. Solo intercambiaban monosílabos y pequeñas frases cuando se cruzaban en la calle o en el patio.

Durante todo el recorrido, Alejandra mantuvo una expresión contrariada. Antes de llamar a la puerta de la revista ficticia, forzó una sonrisa que desapareció en cuestión de minutos.

—Algo me dice que no estás de muy buen humor —comentó Teresa al recibirla en el vestíbulo.

—¿Cómo puedes saberlo? —inquirió Alejandra, molesta con ella misma por no haber podido disimularlo bien.

—¡Querida, eres como un libro abierto! Además, me dedico a transformar aspectos, es mi tarea reconocer y diferenciar todas las facciones posibles de un rostro. ¡Que sepas que debes pulir esa actitud! No digo que no la muestres, pero solo cuando sea necesario. No puedes permitir que tus emociones irrumpan y afecten a tu nueva personalidad. ¿Entendido?

Alejandra asintió.

—¿Preparada para el cambio? —le preguntó Teresa, y la invitó a sentarse en un sillón con ruedas.

A partir de ese momento, Teresa se adueñó de su rostro y su cabello. Le enseñó cómo colocarse las lentillas cosméticas, a maquillarse con *eyeliner* para lograr unos ojos más rasgados que dieran una sensación de profundidad y una mirada misteriosa y sensual. También le mostró cómo colocarse la peluca correctamente y de forma natural, e incluso le proporcionó carillas dentales para corregir la desalineación de sus incisivos inferiores.

Cuando hubo terminado exclamó con orgullo entre francés y español:

—¡*Voilà*, querida! ¡Te presento a Leonor Villacrés de Pousa!

Cuando Alejandra se miró en el espejo, esbozó una sonrisa. Admiró el impecable trabajo realizado por Teresa. Era innegable que ni ella misma se reconocía. Se acercó para observar el color de sus ojos, que habían pasado de un tono verde oliva a negro azabache. Se tocó el cabello, lo sintió sedoso, liso y mucho más oscuro. Recorrió con sus dedos el flequillo, nunca antes se había atrevido a llevarlo así, pero reconocía que tenía cierto estilo.

—Mírame un minuto, así te hago algunas fotos para el DNI, pasaporte y demás documentación.

Posó sin rechistar.

—A partir de este momento —continuó Teresa—, ese será tu único nombre cuando te comuniques con nosotros o interpretes tu

papel. Solo en tu entorno familiar y social recuperarás tu verdadera identidad como Alejandra Ferrer.

Alejandra, o, mejor dicho, Leonor Villacrés de Pousa, resopló.

CAPÍTULO 23

Alejandra, ansiosa por aprender, acudió un día más a su lugar de trabajo. Ernesto la recibió con una nueva clase en mente.

—Hoy hablaremos de los puertos francos o, lo que es lo mismo, de los puertos clandestinos libres de impuestos —comenzó con su explicación—. Se originaron en el siglo XIX como almacenes temporales para guardar mercancías como granos, té y bienes industriales. Sin embargo, en los últimos decenios, un puñado de ellos se han convertido en depósitos exclusivos para los millonarios, ya que les proporcionan anonimato, altos niveles de seguridad y beneficios fiscales. Los funcionarios portuarios afirman cumplir con la ley y eligen cuidadosamente a sus arrendatarios. Pero también reconocen que es imposible conocer detalladamente lo que almacena cada cliente, convirtiéndose en un lugar atractivo y casi perfecto para inversores que buscan aumentar sus carteras con obras de arte.

Ella anotó un par de cosas en su libreta.

—En el puerto libre de Ginebra existen miles de millones de euros en obras de arte, libres de impuestos y resguardadas en una extensión de setenta mil metros cuadrados bajo estricta confidencialidad. Ocultación de obras robadas, blanqueo, evasión de capitales y fraude son algunas de las actividades ilícitas que se esconden en este puerto franco, amparadas por una legislación suiza bastante permisiva. No es posible conseguir un inventario completo de las obras allí custodiadas; es un secreto celosamente guardado, podrían ser trescientas, tres mil o trescientas mil piezas. Una bóveda construida a prueba de terremotos y explosiones que alberga obras de algunos de los pintores más famosos, a la espera de nuevos propietarios.

Ernesto se detuvo unos instantes al ver la expresión de sorpresa de su alumna.

—¿Se sabe si Fonfría tiene obras ahí dentro? —preguntó ella.

—No tenemos pruebas concretas, pero creemos que sí. De hecho,

uno de nuestros confidentes nos ha avisado que se prevé una transacción importante por parte de Fonfría y Matoses.

Al finalizar la clase, Ernesto le pidió que pasara por el despacho de Teresa, que tenía algo para ella.

Alejandra asintió mientras repasaba mentalmente toda la información que acababa de recibir.

Teresa le entregó su nueva acreditación, junto con una carpeta que contenía información exhaustiva de su recién estrenado personaje. Esta incluía muchísimos datos sobre su vida familiar, árbol genealógico, infancia, estudios realizados, viajes, amistades e incluso una descripción detallada de su personalidad.

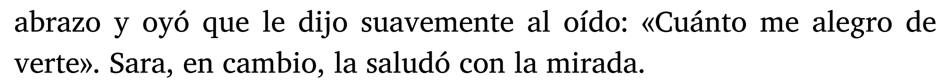
—No debes ni puedes sacar estos documentos fuera de este lugar —explicó Teresa—. Así que tendrás que aprenderte todo lo más rápido posible. Una vez que domines toda la información y estemos convencidos de que la has aprendido, este informe será destruido.

—De acuerdo.

—Este será el móvil que utilizarás como Leonor. Única y exclusivamente este. Tiene una aplicación descargada con una serie de textos y conversaciones en argentino. Utilízala siempre que tengas la oportunidad. Es crucial que adquieras el acento. Además, recibirás clases aquí para reforzar tu confianza en la pronunciación.

Alejandra se acomodó en uno de los sillones, abrió el expediente y comenzó a leer. Enmudeció al pasar las páginas y pensó en la tediosa tarea que tenía por delante. Sin embargo, a medida que descubría más sobre esa argentina mujer adinerada, que había viajado por medio mundo y que se podía permitir cualquier capricho, por muy suntuoso que fuera, se sentía más atraída, más intrigada y ansiosa por suplantarla. Era como si la personalidad de Leonor Villacrés de Pousa estuviera absorbiendo su propia voluntad.

Alejandra acudió a la cita con Tía Rosa y Sara. Habían quedado en un pequeño restaurante de la calle San Vicente, a tan solo cinco minutos andando de donde ella se encontraba. A pesar de ello, llegaba tarde. Se había quedado enfrascada leyendo la biografía de Leonor y se le había pasado el tiempo sin darse cuenta. Cuando entró en el local, vio a Sara sentada de espaldas en la misma mesa de la última vez. Su tía, al verla, se levantó para saludarla. Notó la firmeza de su


abrazo y oyó que le dijo suavemente al oído: «Cuánto me alegro de verte». Sara, en cambio, la saludó con la mirada.

—¡Qué ganas tenía de que estuviéramos las tres juntas! —exclamó su tía, feliz.

—¿Cómo van tus clases de yoga, Sara? —preguntó Tía Rosa.

—Muy bien, el grupo de gente es cada vez más grande. La dirección me ha propuesto ampliar el horario, pero me es imposible aceptarlo. Hay días en que tengo que comer cualquier cosa para llegar a tiempo a la consulta.

—Claro —asintió su tía—, además, la consulta de psicología te funciona bien, ¿no?

—Sí, nos han subido el alquiler del local, pero, aun así, nos compensa tanto a Lucas como a mí.

—¿Cuántos años lleváis juntos, tu socio y tú? —indagó la tía.

—Siete años y por suerte hay armonía entre nosotros —aclaró—. A lo largo de este tiempo hemos tenido algunas diferencias, pero nada trascendente.

Alejandra, mientras tanto, fingía escuchar la conversación. Su mente seguía atrapada en la vida de Leonor y en la inquietante misión que debía desempeñar.

—¿Ya tienes reservado el viaje que me dijiste? —le preguntó su tía a Sara.

Ella asintió sonriente.

—Alejandra, ¿estás aquí? —preguntó su tía al verla ausente.

—Sí, claro que estoy aquí… —contestó ella, saliendo de su aura de irrealidad.

—¡Pues hija mía, no lo parece! —le reprochó Tía Rosa—. ¿Sabes que tu hermana ha organizado un viaje a París para dentro de unos meses?

—¡Qué bien! —susurró Alejandra, sin demostrar demasiado entusiasmo.

—Quiere darle una sorpresa a Jesús —continuó su tía con la explicación—. Está bien que desconecte de su trabajo. Ser inspector de policía no debe de ser nada fácil, con tantas responsabilidades.

—Pues sí —tomó la palabra Sara—, además, ahora está metido en un caso importante de un robo de unas obras de arte que lo tiene atado día y noche.

—¡De arte! Vaya… —exclamó Alejandra, y arqueó las cejas.

—Y Miguel, ¿cómo está? —le preguntó Sara a su tía.

—Bien, con algún que otro achaque, la edad no perdona. Está ocupado otra vez con los síndicos del Tribunal de las Aguas. Ya sabéis lo bien que se lleva con el presidente Humberto Fernández, juntos están descifrando los manuscritos edetanos. Se reúne con ellos, ya sabéis dónde, dos o tres veces por semana, y hay días que vuelve emocionado por lo que van descubriendo. Siempre dice que la historia oculta tanta información que es como un pozo sin fondo.

—Y tiene mucha razón —afianzó Sara.

—Deberíais hacerles una visita —les propuso su tía.

Sara asintió. Alejandra, en cambio, parecía estar en otra dimensión.

—¿Qué dices, Alejandra? —le preguntó su tía, que percibía su indiferencia.

—Sí, deberíamos ir un día —opinó.

—¿Cómo estás? —se interesó su tía.

—Muy contenta —exclamó con una mueca de alegría—. He encontrado trabajo en una revista *online* de arte y moda. Empecé ayer y me han hecho un contrato de un año —pronunció todo de un tirón para evitar preguntas innecesarias.

—Nos alegramos mucho, ¿verdad, Sara? —pronunció su tía, y miró a las dos, recelosa de que algo sucedía entre ambas.

—¡Enhorabuena! —la felicitó Sara—. ¿Es de alguno de los currículos que enviaste?

—¿Te refieres a si es alguna de las empresas que tú me propusiste? —preguntó Alejandra con cierto desdén—. ¡Pues no! Ha sido por otra vía.

—Era simple curiosidad. Nada más —puntualizó Sara, escocida por el tono de su hermana.

—Pero ¿se puede saber qué os pasa? —voceó su tía al notar tanta aspereza—. ¿Por qué estáis resentidas?

—¡Porque Alejandra es una cabezota! —exclamó Sara en posesión de la verdad—. Y no lleva nada bien que la aconsejen o quieran ayudarla.

—¡Y tú eres una prepotente listilla, que crees que lo sabes todo y que eres el ombligo del mundo! —bramó Alejandra cabreada.

Tía Rosa las miró muy seria. La cosa no pintaba nada bien. Tenía que improvisar rápidamente si quería evitar que se marcharan con la

misma actitud con la que habían llegado. Así que soltó una carcajada tan fuerte que los camareros y los demás clientes se giraron para ver qué ocurría. Mientras tanto, Tía Rosa se desternillaba de risa al ver las caras de desconcierto de sus sobrinas, que la miraban pensando que se había vuelto loca.

—Tía, ¿se puede saber por qué te ríes? —le inquirió Sara, a media voz, avergonzada.

Alejandra miró a su hermana y levantó los hombros sin saber cómo actuar. Estaba claro que ambas se sentían descolocadas.

—¡Me río de vosotras! —soltó su tía de cuajo, y detuvo sus risotadas en seco—. ¡Y me río por no llorar! No solo os comportáis como cuando erais niñas, sino que permitís que el egoísmo y la soberbia destruyan vuestros lazos de sangre. ¡Vuestros lazos de hermanas! Si vosotras no estáis unidas para defenderos la una a la otra en lugar de enfrentaros, ¿quién lo hará? ¡Nadie! La vida trae demasiadas desgracias, y lo sabéis por propia experiencia, como para que haya disputas entre vosotras. Ahora, si queréis seguir enfadadas, suspendemos la comida y nos vamos, cada una por su lado, a tomar aire fresco de aquí.

El camarero se les acercó para preguntarles qué iban a pedir.

Tía Rosa miró a una y a la otra en espera de una respuesta. Tras una breve pausa, fue Alejandra la primera en hablar:

—Tráiganos, por favor, unas copas de vino blanco mientras nos ponemos de acuerdo en lo que vamos a pedir. ¿Os parece bien? —les preguntó indecisa.

—Sí, por mí está bien —asintió Sara con una incipiente sonrisa.

—Por mí también —añadió Tía Rosa, y soltó el aire que aún tenía retenido en sus pulmones. Le cogió la mano a cada una de sus sobrinas y les sonrió—. Recordad esto siempre: la familia es lo más valioso que tenemos.

CAPÍTULO 24

En la decimoquinta planta de uno de los modernos edificios que rodeaban la Ciudad de las Artes y las Ciencias, un complejo arquitectónico de estilo neofuturista convertido en el icono de Valencia, Rosa compartía con Miguel su preocupación por el comportamiento de sus sobrinas.

—Es normal que haya peleas entre los hermanos —le restó importancia Miguel—. ¿O tú nunca te peleaste con tu hermana?

—Sí, y me hubiera gustado pelearme más veces con Carmen, pero no tuve la oportunidad. Por desgracia, se fue en la flor de la vida y dejó dos niñas pequeñas —divagó con tristeza.

—Rosa, lo siento —se disculpó, y la abrazó—. No era mi intención remover el pasado. Solo te he puesto ese ejemplo para que vieras que pelear y discutir es algo normal en la convivencia familiar.

—Miguel, sé que tus intenciones son buenas, pero yo conozco muy bien a mis niñas. Las he criado desde que tenían cuatro y siete años de edad, ¡no lo olvides! Y ese resquemor enquistado que he visto, sobre todo en Alejandra, no lo había visto antes en sus riñas o peloteras.

—Los malentendidos se superan —la animó—, y más en una familia tan unida como la nuestra.

—No me han gustado nada sus reacciones —murmuró Rosa, absorta en sus propios pensamientos y sin prestar atención a las palabras de su marido—. Desde que Alejandra tuvo el aborto no es la misma. Ella finge que está bien cuando está con nosotros, pero no es así…

—Sin embargo, se lo has preguntado varias veces y siempre te responde que está bien.

—Sí, claro que se lo he preguntado. ¡Era mi deber! ¡Es mi deber, como tía y como madre! Pero Alejandra es muy hermética. Siempre lo ha sido. ¿Por qué crees que siempre ha tenido pesadillas? Porque se tragó la muerte de sus padres, porque se tuvo que amoldar a una casa

que no era la suya, y porque ha tenido que vivir experiencias muy complicadas.

—Sara también ha vivido las mismas desgracias. Sin embargo, lo lleva de otra manera.

—Así es, supongo que ser psicóloga la ha ayudado a superarlo, a asimilarlo, yo qué sé. Además, sabes que ha intentado una y mil veces acercarse a ella, no solo como profesional, sino como hermana, y poco ha conseguido.

Miguel asintió. Le dolía tanto verla así, tan decaída.

—¡Qué difícil es la vida, a veces! ¡Qué difícil! —susurró ella apenada.

Rosa rompió en sollozos en los brazos de Miguel. Él le acarició el cabello con cariño sin decir una sola palabra.

Sentado en el sillón de piel de su despacho en el edificio de INACFA, Augusto Fonfría golpeó con fuerza la mesa. Estaba furioso. Los planes no estaban saliendo como esperaba. Perder el tiempo siempre le había irritado, pero perder dinero le enfurecía aún más. La frustración de no tener el *Chez Tortoni* de Manet, por el cual tanto había trabajado para conseguir, le dolía profundamente. El hecho de que el cuadro aún estuviera custodiado por la Guardia Civil debido al robo, le exasperaba. Todo por culpa de aquellos inútiles que arruinaron una transacción que le había llevado años de esfuerzo. Sin embargo, confiaba en sus contactos y no tardaría en saber quién estaba detrás de todo, y cuál era su retorcida intención. Nadie le ponía la zancadilla y vivía para contarlo.

El sonido de su teléfono de mesa captó su atención. Nada más descolgar oyó la voz de su secretaria.

—Señor Fonfría, le paso la llamada que había solicitado.

—Buenos días, Augusto —oyó al otro lado de la línea.

—No tan buenos, Leandro. ¡O veo resultados pronto o en las próximas elecciones te veo en la puta calle! —gritó con firmeza—. ¡No olvides quién te ha puesto ahí y todo lo que sé de ti!

—Hago todo lo que está a mi alcance. Todas las semanas hablo con el comisario general y ya sabe que es primordial acelerar el proceso y cerrar el caso, pero la verdad es que no es tan sencillo. Esa comisaria Ortiz y su gente son duros de roer.

—No me importa cómo lo hagas, ¿me oyes? ¡Necesito resultados ahora mismo! Una entrega valiosa está por llegar y si ellos siguen husmeando por aquí y por allá, corremos un riesgo enorme. Las aguas han de volver a su cauce. ¿Queda claro?

Augusto Fonfría colgó el teléfono. Siempre había valorado rodearse de gente competente y fieles a sus órdenes. Sabía que mantener esa clase de lealtad tenía un alto costo, pero los beneficios lo compensaban.

El teléfono volvió a sonar.

—Señor Fonfría, tengo las facturas del sastre, las camisas de Armani y las corbatas de seda.

—Ahora no estoy para esas pequeñeces. ¡Págalas! —ordenó—. Dile a Oliver que tenga el coche preparado para dentro de media hora, y avisa a Rómulo también.

—Sí, señor.

—¿Cómo va la cena en el Veles e Vents del sábado?

—Todo está arreglado. Han confirmado cien invitados. Se servirá Dom Pérignon y habrá abulón, ostras, langosta y caviar, entre otras exquisiteces.

—No olvides la *fondue* de chocolate negro.

—No, señor. Habrá varias fuentes de chocolate con frutas exóticas y variadas —apresuró a confirmar su secretaria.

—¡Llama a Victoria Quirós, quiero hablar con ella ahora mismo!

—Enseguida.

A los pocos minutos, la llamada estaba lista.

—Buenos días, Victoria, ¿cómo va el artículo que te encargué?

—Terminado, señor Fonfría, saldrá en el periódico de mañana.

—Estupendo. Cuento contigo en la fiesta del Veles e Vents, ¡no lo olvides!

—Allí estaré. Gracias por la invitación.

En la comisaría de Ciutat Vella, el ánimo estaba tenso. La comisaria Ortiz se había reunido con el inspector Valdés y el subinspector Roque para exigirles explicaciones sobre el estancamiento del caso del robo del puerto. Valdés se retorcía frustrado en su asiento. El interrogatorio con Emilio de Benito había sido una auténtica pérdida de tiempo. Habían creído que ello les

proporcionaría alguna pista para avanzar con el caso, pero resultó ser tan infructuoso que cualquier esperanza se evaporó como el humo de un cigarrillo dejándoles un mal sabor de boca. A pesar del arduo trabajo de su equipo en las últimas semanas, apenas habían logrado progresar en la investigación.

—No solo no avanzáis, sino que, además, la noticia ha salido en todos los medios de comunicación —explicó la comisaria indignada—. Todo gracias a esa arpía de Victoria Quirós. La muy malnacida nos está llenando de mierda por culpa de nuestra incompetencia. Que un cuadro robado hace treinta años haya aparecido en nuestro puerto y camuflado con otra obra de arte es muy grave. ¿Cuántas otras obras de esa índole nos habrán podido colar de la misma forma? Nadie lo sabe, ni siquiera nosotros mismos. ¿Habéis leído los titulares y el pitorreo que se ha desencadenado? —gritó al mismo tiempo que arrojaba sobre la mesa el periódico de ese día.

—Esa trepa siempre poniendo el dedo en la llaga —musitó Roque en tono despectivo— y desprestigiándonos.

—Hacemos todo lo que podemos —se justificó el inspector Valdés —. Está colaborando con nosotros el teniente Ariza de la Guardia Civil, y ya tenemos algunos posibles sospechosos.

—Lo sé... ¿¡Y!? ¡Decidme algo nuevo que no sepa! —demandó ella feroz.

—Hemos visitado la sala de subastas y hemos hablado con Anselmo Duarte, el encargado. También hemos interrogado a Erika Fonfría en la sede de INACFA —explicó Roque—. Hemos rastreado la matrícula de la Vanette, la cual nos condujo hasta Emilio de Benito y también lo hemos interrogado. Ahora estamos intentando dar con Tobías Hernández, que sigue en paradero desconocido.

—¿Y todo eso ha dado algún resultado positivo? —demandó Ortiz con exigencia.

Valdés negó con la cabeza, lleno de ira.

—¡Entenderéis entonces que no es suficiente! —gritó la comisaria enfadada—. ¡Estamos como al principio! Aquí existe un trasfondo corrupto y mafioso que tenéis que descubrir lo antes posible. ¡Tenéis dos semanas! Si no sois capaces de avanzar ni conseguir pruebas sustanciales que me convenzan, tendré que retiraros del caso y buscar a otros que os sustituyan.

—¡No puede hacer eso! —protestó Valdés vulnerable.

—¡Sí que puedo y lo haré! —soltó sin titubear—. Me están presionando de arriba para dar explicaciones. Aunque no quiera, tengo que hacerlo, pero lo peor de todo es que no me estáis dando ninguna respuesta ni material que pueda usar para justificarlas. Insisto, tenéis dos semanas. ¡Ni un día más! Quieren un culpable, ¡y lo quieren ya! —concluyó tajante.

—Un cabeza de turco —susurró Roque.

—¡Llámalo como quieras! —contestó la comisaria Ortiz resabiada.

CAPÍTULO 25

El tiempo había transcurrido demasiado deprisa para Alejandra. Inmersa en su formación y entregada por completo a encarnar la identidad de Leonor Villacrés de Pousa, observaba los días pasar en el calendario, ansiosa por comenzar a jugar su papel, pero también con temor ante las nuevas y arriesgadas experiencias que se avecinaban. Había congeniado perfectamente con Teresa Cuñat y Ernesto Egea, y se sintió muy a gusto durante todo el periodo de instrucción. Alejandra había demostrado con su tenacidad y dedicación que la organización había acertado al elegirla. Estaba satisfecha con sus avances, y así también se lo había manifestado Ernesto Egea, lo que potenció su energía para continuar con su misión. A pesar de nunca haber tenido interés por las artes, comenzaba a sentirse cómoda dentro de ese infinito mundo.

No importaba lo que Egea le preguntara, ella siempre contestaba correctamente. Incluso el idioma lo dominaba a la perfección, con un acento argentino impecable y auténtico. Muchas habían sido las noches en las que se había desvelado hasta el amanecer memorizando datos y lecciones. En más de una ocasión se vio obligada a inventar excusas ingeniosas frente a Lluís, dignas de una mentirosa profesional, para justificar el motivo de ver películas, documentales y programas en argentino. Aparentemente, su marido parecía haberse conformado con sus explicaciones. Conocía bien a Alejandra y sabía que a veces se obsesionaba con ciertas ideas; no era la primera vez que le entraba alguna manía extraña. Solo tenía que esperar a que se le pasara.

Hasta el momento, solo había encarnado su personaje en momentos puntuales para familiarizarse con su nuevo aspecto. Sin embargo, la etapa sencilla tenía las horas contadas; en pocos días tendría que entrar en acción y esa perspectiva la atemorizaba.

—Tu entrenamiento durante estos meses ha terminado —le comunicó Egea con satisfacción—. Ya sabes quién eres, que eres hija de un poderoso empresario multimillonario, y también lo que debes

hacer. AIDA ya se ha encargado de inundar las redes sociales con tu perfil: viajes, fotos, entrevistas y reportajes desde tu casa en Miami.

—Pero esas fotos están trucadas... —interrumpió con temor a ser descubierta.

—Sí, pero eso solo lo sabes tú. Recuerda que no estás trabajando para una empresa cualquiera. ARCA y AIDA cuentan con verdaderos profesionales en cada área y saben cómo hacer las cosas bien. A partir de ahora tendrás que caminar sola, aunque siempre puedes contar con Teresa y conmigo. Ha llegado el momento de poner en práctica todo lo que has estudiado. En este dosier —añadió, y se lo entregó en mano — encontrarás tu primera misión.

Alejandra lo hojeó por encima. Egea continuó:

—Nuestro primer objetivo es obtener toda la información confidencial posible sobre INACFA. Comenzaremos con una de sus ramas, la galería y sala de subastas. Tu misión es ganarte la confianza de su marchante y encargado, Anselmo Duarte. Iniciarás tu representación por teléfono, ya que recuerda que resides fuera de España. Te proporciono un listado de las obras que debes adquirir. Si en algún momento consideras que actuar por tu cuenta e improvisar puede ser beneficioso para la investigación, hazlo sin dudar ni consultar. Confiamos en tu intuición y criterio. Tu comunicación será exclusivamente con Duarte hasta que establezcas un ambiente de credibilidad y confianza, pero sin descuidar tu estatus.

Teresa entró en la sala con un discreto bolso de viaje de Vuitton y lo colocó encima de la mesa.

—¡Cabe todo! —exclamó—. Aquí llevas todo lo necesario para cambiar tu aspecto. Cuando entres en acción, te alojarás en la *suite* del Hotel Palacio Vallier; esa será tu nueva dirección.

Alejandra asintió. Notó cómo le empezaban a temblar las piernas. Recordó los consejos de Teresa e inspiró profundamente hasta que se adueñó por completo de su cuerpo.

—Dado que la misión comienza el lunes, ¿qué os parece si nos tomamos el fin de semana libre como recompensa por estos duros meses de esfuerzo? —propuso Ernesto Egea un tanto alegre.

Las dos mujeres sonrieron y asintieron.

Alejandra llegó a casa mucho antes de lo esperado. Contar con un fin de semana completo, tras varios meses ocupada, era un regalo inmenso. Para ser honesta, su cuerpo anhelaba retomar los lazos

familiares, descuidados durante todo el periodo de formación. Todos habían respetado la distancia que impuso Alejandra y limitaron las interacciones con ella al mínimo necesario. Incluso Lluís se había resignado ante la situación, sin presionarla, pensando que sería algo temporal.

Superficialmente, la relación con su hermana había vuelto a la normalidad y se trataban con cordialidad, pero en lo más profundo todavía persistía un turbio poso que las mantenía frías y distantes. A pesar de haber sido inseparables desde niñas, habían erigido una barrera invisible que ninguna se atrevía a cruzar o, mucho menos, a hacerla desvanecer.

CAPÍTULO 26

El antiguo puerto de la ciudad, convertido en la Marina de Valencia, era un espacio sociocultural emergente donde se aunaba cultura, deporte, turismo y gastronomía. Allí convivían historia y vanguardia; desde el edificio del Reloj hasta el icónico Veles e Vents. Este último era una estructura minimalista de cuatro plantas, compuesta por plataformas horizontales que parecían suspendidas en el aire y permitían, a través de sus impresionantes terrazas, que sus visitantes se deleitaran con una gran vista desde la Marina y las playas hasta la ciudad. Un lugar idóneo de reunión y de ocio, con un amplio programa de entretenimiento, lo que hacía que los fines de semana fuera una apuesta segura, especialmente en horas nocturnas.

Ese sábado por la noche prometía ser una oportunidad para revivir los viejos tiempos para las hermanas Ferrer y sus respectivas parejas: cena, copas, risas y baile. También se habían unido a la fiesta sus incondicionales amigos: Andreu y Rebeca. Todos merecían unas horas de recreo y de diversión. Además, haber podido coincidir todos esa noche, sin demasiada planificación, resultaba un auténtico lujo. Normalmente, las obligaciones diarias de cada uno se solían imponer sobre estas reuniones amistosas que tanta falta les hacía.

Por unanimidad, habían decidido ir a uno de los restaurantes del Veles e Vents, y luego disfrutarían de la música en directo en una de las terrazas, lo que les garantizaba una velada llena de copas y de baile.

Lluís y Alejandra llegaron en su Audi acompañados de Jesús y Sara. Dejaron el coche en el aparcamiento subterráneo y buscaron la explanada donde habían quedado con Andreu y Rebeca.

Tras los efusivos saludos se dirigieron hacia el restaurante. El camarero los acomodó en una mesa con vistas al canal. Entre sorbos de vino y delicias mediterráneas, mantuvieron una conversación agradable y entretenida. Tenían tanto que contarse que el tiempo les voló.

Alejandra dirigió una cálida sonrisa hacia sus amigos y centró su atención en ellos. Andreu se había convertido en uno más de la familia. Se había ganado el derecho del hermano que nunca tuvo. Le emocionaba saber que, por fin, había alcanzado la ansiada felicidad que había buscado desde la infancia. Pensaba que tal vez él se la merecía más que cualquiera de los allí presentes; haber pasado por una etapa de mendicidad debió de ser muy duro. El tiempo pone todo en su lugar y a cada uno en su sitio —continuaba con su reflexión—. Aunque no siempre se cumple esa regla al pie de la letra. Hay quienes no se merecen lo que tienen y acumulan riquezas a expensas de los demás. La imagen de Augusto Fonfría turbó sus pensamientos.

—Cariño, ¿estás aquí? —le preguntó Lluís al notarla distraída.

Ella asintió con una sonrisa y se unió a la cháchara del grupo.

—Ya han terminado las instalaciones del Museo del Palacio Real y todo lo que encontramos en la búsqueda de las doce llaves está expuesto —explicó Andreu—. ¡Tenéis que venir a verlo!

—Cómo me gustaría —exclamó Sara con ilusión—, aunque recordar esa etapa de nuestra vida, ahora en frío, me eriza la piel.

—Tú eres muy lista, cuñada, quieres ir ahora porque sabes que ya no hay peligro —exclamó Lluís, y provocó carcajadas entre el grupo.

Alejandra, que añoraba aquellos tiempos, dijo en voz alta:

—Hay que reconocer que vivimos aventuras sumamente arriesgadas; experiencias que solo nosotros conocemos y guardamos en secreto, pero que, al mismo tiempo, fueron bonitas. ¡Nos unieron como una piña! ¡Éramos uno! Siempre juntos en las buenas y en las malas. Fue un privilegio estar a vuestro lado. No puedo imaginarme a otros inseparables compañeros para ese intrépido viaje.

—¡Brindo por aquella etapa de nuestras vidas! —gritó Lluís y levantó su copa—. Y que todas las que queden por venir sean iguales o parecidas, pero siempre juntos.

—¡Ten cuidado con lo que pides, cuñado! —mencionó Jesús prudente—. ¡A veces se cumple!

Todos bebieron eufóricos.

—¿Vas a continuar como guía en el museo? —le preguntó Sara a Andreu.

—Pues estoy viendo cómo lo compagino con los turnos del restaurante. Sí que me gustaría, y serían dos sueldos, que siempre se agradece, ¿a qué sí, Rebeca?

Ella asintió y añadió:

—Además, mi empresa de seguridad me ha vuelto a enviar al Museo del Palacio Real. Así que Andreu y yo coincidiremos en alguna horquilla horaria. Ya tenía ganas de estar tranquila en algún sitio, llevo un año dando tumbos de aquí para allá.

—Perdona, pero no te quejarás ahora de la tranquilidad —interrumpió Jesús con una ironía amistosa—. Pasear de sala en sala conlleva poco esfuerzo.

—¡Y controlar! —añadió ella siguiéndole el juego—. ¡Que tengo que estar con los ojos bien abiertos!

—¿Por si alguien se lleva algún cuadro? —estalló Lluís con tono gracioso.

—No te rías tanto, Lluís —le cortó Jesús—. Justo ahora estoy en plena investigación de un tema de arte. No podéis imaginaros el volumen de dinero que mueve ese tipo de mafia, es astronómico.

—Cierto —afirmó Alejandra—. Y los robos suceden cuando menos te lo esperas. Por las informaciones que me llegan a la revista en la que trabajo, que también lleva una sección de arte, puedo decir que más de un ladrón ha cogido el cuadro debajo del brazo y ha salido por la puerta con todo descaro.

—¡Siempre hay valientes para todo! —exclamó Andreu.

—¡Y delincuentes sin escrúpulos! —terminó de decir Sara.

—¿Qué os parece si nos unimos a la fiesta que se está organizando arriba? —propuso Lluís.

Todos estuvieron de acuerdo. Pagaron la cuenta y subieron al primer piso. La música se había adueñado del lugar y se mezclaba con las luces de colores que destellaban al compás. Los seis se sumergieron entre la multitud y se abrieron paso hasta la barandilla de cristal en la terraza, desde donde podían admirar el puerto y el mar.

Bailaron varias canciones, tomaron algunas copas y justo cuando estaban en el mejor momento de la noche, una visión les interrumpió la diversión.

Fue Andreu el primero en detectar su presencia cuando miró hacia arriba. En la última planta estaba el indeseable Augusto Fonfría. Notó un terrible aguijonazo en el vientre, como si le hubiesen dado un terrible puñetazo, que le removió dentro la cena y todo el alcohol que había consumido en las últimas horas.

—¿Habéis visto a quién tenemos arriba? —manifestó con gesto

agrio sin poder apartar la vista de él.

Sara y Jesús lo imitaron. Lo reconocieron al instante. Rebeca, en cambio, era la primera vez que lo veía en persona. Sin embargo, su actitud arrogante era tal y como se la habían descrito.

—¡Miradlo! ¡Siempre en lo mejor de lo mejor, tanto el restaurante como las vistas! —gruñó Andreu, que intentaba mantener la compostura—. Tengo entendido que contratar toda esa planta vale una fortuna. Sin contar comer o cenar allí.

Sara clavó sus ojos en él y respiró profundamente. Jesús no hizo comentarios, solo percibió la inquietud de su mujer y la rodeó con los brazos. Alejandra y Lluís —que no habían parado de bailar en toda la velada— regresaban sonrientes y tarareaban la canción que sonaba en ese momento.

Nada más acercarse, notaron el cambio en la actitud de sus acompañantes y se percataron de que algo no iba bien.

—¿Qué sucede? —preguntó Alejandra con temor y detuvo en seco su canturreo.

—Mirad hacia arriba —les indicó Andreu—. No os vais a creer a quién tenemos de vecino de juerga.

Alejandra y Lluís le hicieron caso, sin sospechar nada. Ella movió la cabeza de un lado a otro, buscando no sabía qué ni quién. Sintió un ligero vahído; la bebida comenzaba a hacer sus primeros estragos. En cambio, nada más vio a Augusto Fonfría, pegado al cristal, soberbio y con esa sonrisa patética y falsa, todos los grados de alcohol que hubiera podido acumular en su cuerpo se esfumaron sin dejar rastro.

—¡Hasta aquí nos sigue la mala suerte! —bramó Alejandra con la voz quebrada—. ¡Joder!

—¡No vamos a permitir que nos afecte! —dijo Lluís inflexible. Cogió a su mujer por la cintura y se dirigió a los demás—: Hemos venido a pasarlo bien y eso es lo que vamos a hacer, ¿entendido?

Todos asintieron, algunos con gestos, otros con muecas forzadas. Un aire de irrealidad los envolvió a todos, como si fingieran que la presencia tan cercana de Augusto Fonfría no les iba a arruinar la noche. La falsa expresión indiferente tan solo era su intento de ocultar la rabia y la impotencia. Un silencio denso se instaló entre ellos, solo la música proponía un ambiente agradable, pero la realidad era que sus mentes ya se habían escabullido de allí. Mientras sus cuerpos se balanceaban sin gracia, en sus mentes revivían visiones de la infancia

y escenas difíciles de un pasado tumultuoso. Era evidente que los viejos fantasmas regresaban para recordarles que ninguno había sanado por completo, y que las heridas falsamente cerradas aún supuraban, escocían y sangraban.

Alejandra, inquieta e irritada, levantó la cabeza y lo buscó por segunda vez. Lo encontró pegado a la barandilla de cristal, casi en el mismo lugar de antes, con una copa en la mano. Lo condenó desde la distancia. Maldijo su sonrisa mordaz mientras encandilaba con su palabrería a dos jóvenes que, perfectamente, podían ser sus nietas. Alejandra sintió ganas de vomitar al verlo agarrar obscenamente a una de las chicas por la cintura, mientras le decía algo al oído, supuestamente gracioso.

—¡Ahora vengo! Voy al baño —dijo ella malhumorada y con la mandíbula tensa.

—Espera... voy contigo —se ofreció Sara que ya temía algún arrebato improvisado.

Las dos hermanas entraron en el aseo. Alejandra abrió el grifo y se mojó las manos. Tenía que controlar los nervios que la embargaban. Había logrado no alterarse al nombrar a ese malnacido u oír su nombre, pero no contaba con verlo en persona, y mucho menos por sorpresa. Debía asimilar su presencia y mantenerse fría e impasible. No podía permitirse flaquear en ese momento, y menos aún cuando se adentrara en el meollo de la misión para la que se había comprometido.

—¿Estás bien? —le preguntó Sara—. ¿Quieres que nos vayamos?

—Pero ¿qué estás diciendo? ¿Irme? ¿Por qué? ¿Porque está aquí ese hijo de puta desalmado y ricachón y nos ha eclipsado la fiesta? ¡No, de ninguna manera! ¡Hemos venido a divertirnos y eso es lo que vamos a hacer!

—Me alegra que digas eso —susurró Sara.

—¡Pues a mí no me alegra que reacciones así! —Su tono ya era más alto—. ¡Con esa templanza hipócrita, como si te diera todo igual! ¿De verdad qué no has sentido nada al verlo? ¿Rabia, odio, angustia, dolor, venganza? ¡Qué sé yo! ¡Algún gesto de rechazo! ¡Algo que me haga pensar que todavía tienes sentimientos! —Sus ojos, hinchados de ira, se llenaron de lágrimas—. ¿Que todavía tienes la pérdida de nuestros padres grabada en tu mente y no te es indiferente? ¿Qué coño te ha pasado, Sara? Siempre hemos luchado juntas.

Alejandra no pudo contener más el berrinche y salió del baño a toda prisa, dejando a su hermana sola. Sara se miró al espejo, consumida por la impotencia, mientras la retahíla de reproches, como navajas afiladas, retumbaban en su cabeza con un insistente eco. Cerró los ojos y trató de tragar el nudo de angustia que le oprimía la garganta. Después, apretó los puños y golpeó el mármol del lavabo varias veces. Oyó el sonido de la puerta que se abría y levantó la mirada, esperando que fuese Alejandra. En cambio, en su lugar aparecieron tres mujeres que reían con complicidad. Sara se arregló el cabello para disimular su malestar, y salió a reunirse con los demás.

Mientras tanto, Alejandra se escabulló entre la gente y subió hasta el último piso. Todavía no tenía claro qué es lo que iba a hacer o decir. Debía improvisar. Cuando llegó a la Terraza Poniente, según leyó en un cartel, un hombre imponente y vestido con un traje negro le cortó el paso.

—¡Disculpe, pero es una fiesta privada! —le dijo, y se colocó delante de ella.

—Lo sé..., estaba dentro con una amiga. Es que he bajado un momento al coche.

—¡Muéstreme el cuño de la muñeca!

—¿El cuño? —farfulló—. No me han puesto ninguno al salir, pero le aseguro que estaba con una amiga que conoce personalmente al señor Fonfría.

—¿Qué amiga? —le preguntó sin un ápice de simpatía.

Alejandra movió la cabeza, de un lado a otro, fingiendo buscarla.

—Pues... ahora mismo no la veo —murmuró a media voz.

—¡Entonces no puede pasar!

—Ya, pero es que ella tiene mis cosas. Si me dejara entrar, tan solo un minuto —suplicó.

—¡Espere aquí! —respondió tosco, sin dejar lugar a réplica.

Alejandra asintió con gesto pueril. Esperó a que se alejara unos metros y cuando estaba a punto de colarse dentro, vio que el cachas hablaba con una mujer. Alejandra se puso tensa en cuanto la reconoció: era Victoria Quirós, su excompañera del periódico donde trabajaba. Esa jodida arpía se había sabido ganar la confianza de Fonfría y, a cambio, chupaba de él como una sanguijuela desalmada. A pesar de ello, no había mejorado su penoso aspecto anoréxico. «¡Maldita zorra!», exclamó entre dientes.

Rápidamente, Alejandra regresó sobre sus pasos. Descendió sin mirar atrás y buscó la planta donde estaban los demás.

Cuando apareció con la respiración acelerada, Lluís la miró extrañado.

—¿Dónde estabas? —le preguntó con preocupación—. ¡Sara hace rato que ha venido!

—Lo siento, me he despistado.

Sara la miró con recelo y algo de culpa. Alejandra simplemente la ignoró y se puso a hablar con Rebeca.

A los pocos minutos, se marcharon de allí.

CAPÍTULO 27

El regreso de Veles e Vent transcurrió en un silencio casi absoluto, salvo por algunas frases banales que intercambiaron los cuñados para amenizar el trayecto. Después de dejar el coche en el garaje, Lluís y Alejandra se despidieron de Sara y Jesús en el ascensor con las cortesías justas.

—Hemos hecho bien en venirnos ya —comentó Alejandra, una vez dentro de su casa—. Menuda tormenta se va a liar.

Lluís no contestó y se quedó observándola. Un trueno los sobrecogió. Alejandra se acercó a las ventanas, las cerró y bajó las persianas. Al hacerlo, una corriente de aire le recorrió el cuerpo. Enseguida comenzó a caer una suave lluvia que, a los pocos instantes, arreció con brusquedad y abundancia.

—¡Vaya noche nos espera! —murmuró ella.

—¿Te pasa algo con Sara? —le preguntó Lluís mientras se desvestía para ponerse el pijama.

—No, ¿por? —Alejandra, de espaldas a él, cerró los ojos.

—Si no os conociera a las dos, diría que os veo tirantes —dijo, y se colocó frente a ella para determinar hasta qué punto decía la verdad.

—¡No sé por qué dices eso! —exclamó con una fingida cara de sorpresa.

—¡Será porque antes os pasabais las horas muertas hablando por teléfono! —puntualizó con ironía—. ¡Quedábamos los cuatro a cenar o a tomar una copa, bien en su casa o en la nuestra! ¡No sé… llámame loco, pero había otro tipo de relación!

—¡No exageres, Lluís! —añadió ella, restándole importancia mientras se desmaquillaba—. Últimamente todos hemos estado ocupados. A veces, no tenemos mucho tiempo para quedar y esas cosas.

—¡Será eso! —murmuró poco convencido—. Como llevamos unos meses en que actuamos solo como simples vecinos, que no digo que no

lo seamos, pero…

—¡Lluís, no estoy para monsergas! —renegó e intentó zanjar la conversación.

Él levantó las manos en señal de paz y dio el tema por cerrado, aunque con el morro torcido. Alejandra lo miró. Sabía que no podía engañarlo.

—Es cierto, Sara y yo hemos tenido unas palabras —confesó—, pero ya está.

—¿Puedo saber el motivo? —preguntó él con cautela.

—¡Cosas de mujeres! Tranquilo, que se nos pasará.

—Vale, vale, eso espero. —Lluís no preguntó más. No estaba el horno para muchos bollos.

Cuando se acostaron pasaban de las tres de la mañana, el cansancio venció a Lluís tan rápidamente que se durmió casi de inmediato. Por eso, no pudo oír los repetitivos golpes metálicos que desvelaron a Alejandra. Supuso que podía ser un toldo mal enganchado que aporreaba la barandilla de algún vecino. Desesperada, se levantó, abrió la ventana y se asomó para intentar ubicar de dónde provenía el ruido. Sin embargo, caía tanta agua que lo único que consiguió fue mojarse. Malhumorada y helada, se cambió de pijama y se metió otra vez en la cama. Se acurrucó entre los brazos de su marido, y con el calor que le proporcionó su cuerpo, consiguió dormirse.

Minutos después, se había sumergido en un profundo sueño que la transportó a la calle en plena noche. La lluvia caía con fuerza a su alrededor. No sabía cómo había ido a parar allí. Lo único que sabía era que estaba tiritando, empapada hasta los huesos, con su cabello chorreando sobre el fino camisón de raso blanco, que apenas le cubría las rodillas y que se le había adherido al cuerpo como una segunda piel. Avanzó unos pasos, y al hacerlo comprobó que estaba descalza. Descalza y sola. Desorientada, dobló la esquina y se topó con una espesa niebla, tras la cual asomaba la fachada del Palacio del Marqués de Dos Aguas. En ese instante, supo dónde se encontraba. Ello la reconfortó. Aunque por mucho que mirara, nada encajaba con la realidad que conocía. No estaba el portal donde trabajaba ni tampoco había nada allí que reconociera. La imponente portada de alabastro se encontraba como suspendida en el aire, a pocos centímetros del suelo y sin nada que la sujetara por los lados. A decir verdad, ya no había ni

rastro del palacio. Asustada, se detuvo frente a ella, pero la cortina de agua que la separaba no le permitía ver con claridad. Por eso, cuando le pareció que las siluetas de mármol de la portada se movían con lentitud, pensó que se había vuelto loca.

Sin poder aún asimilar lo que estaba viendo, sus pies avanzaron sin su consentimiento hasta casi rozar la piedra mojada. Fue entonces cuando corroboró sus visiones. ¡Aquello era increíble! ¡Todas las figuras habían cobrado vida! Uno de los dos atlantes, el de la izquierda, se desperezó lentamente y dejó ver su tórax desnudo y sus enérgicos bíceps, mientras que el león que se encontraba a su lado bostezó al verla. Alejandra alzó la vista hasta el cuerpo superior y observó que la hornacina donde se encontraba la Virgen del Rosario estaba cerrada, y las dos matronas arrodilladas a sus pies mostraban cara de espanto.

Alejandra dio un paso atrás, alarmada, cuando vio que el atlante de la derecha se erguía de su cavidad y le extendía un brazo, incitándola a acercarse con un gesto de los dedos. Al mismo tiempo, una serpiente se deslizaba entre la hiedra cercana y se paseaba a su lado, mientras las dos cabezas de cocodrilos, adheridas al atlante, se retorcían entre un carcaj de flechas. A Alejandra no le gustó la reacción de las dos matronas que, horrorizadas, se tapaban la cara con las manos. Hipnotizada por la descabellada escena, estiró su brazo hasta tocar la mano del extraño de alabastro. A pesar de su frialdad y el deseo de desistir y salir corriendo, sintió una indescriptible sumisión que la impulsaba a obedecer y dejarse llevar. Sin ofrecer resistencia, entrelazó su pequeña mano con la del imponente gigante, que la ayudó a ascender por encima de las figuras gélidas hasta que se acomodó entre su cuerpo y se fundió con él en el panel.

Lluís, que aún la abrazaba, se sobresaltó al sentir que Alejandra empezaba a darle manotazos en sus brazos y manos, para liberarse de su abrazo. Instantes después se despertó agitada y casi sin aliento.

Ella no supo calmar la inquietud de su marido al ver que las tormentosas y añejas pesadillas habían regresado para acosarla. Había empezado a pagar las consecuencias de tanta tensión acumulada.

Alejandra iba camino al trabajo como cualquier otro día, pero aún inquieta por el sueño de la noche anterior. Al llegar al portón de

madera, observó con cierto temor la fachada del palacio y un escalofrío le recorrió la espalda. Decidió llamar al timbre y concentrarse en el día que tenía por delante. A los pocos minutos, se encontraba en compañía de Ernesto y Teresa.

Ese día ponía en práctica su entrenamiento, aunque fuera solo por teléfono. Era una oportunidad para adquirir experiencia en un mundo que desconocía. Debía contactar con Anselmo Duarte de la galería INACFA y comprar un cuadro, todo mientras hablaba en su nuevo acento argentino.

La operación salió bordada. Actuó con la frialdad y la serenidad que la ocasión requería. Cuando concluyó, Ernesto la felicitó y también lo hizo en los días sucesivos, lo que aumentó la confianza en sí misma.

Sin embargo, lo que por el día funcionaba a la perfección, por la noche se transformaba en pesadillas. El sueño fatídico de esa noche de lluvia se repetía cada noche con la única diferencia de que no caía ni una sola gota, y con el agravante de que, a medida que avanzaban esas descabelladas visiones, se hacían más insoportables. La sensación de estar atrapada sin posibilidad de escapar, aprisionada por los potentes brazos del atlante, le producía una asfixia insufrible.

Era crucial poner fin a esa situación y ordenar ciertas cosas de su vida. Debía resolver asuntos pendientes y desenterrar las espinas que tanto daño le causaban, comenzando por arreglar la relación con su hermana que, de momento, era lo que más la atormentaba. Ya luego podría vengarse de Fonfría, estaba segura de que tarde o temprano caería. Mientras tanto, necesitaba contener el torbellino de emociones y de rabia, y redirigirlos hacia un propósito más constructivo.

CAPÍTULO 28

La cuenta atrás que la comisaria Ortiz le había impuesto al inspector Valdés y al subinspector Roque ya había empezado, y el tiempo para conseguir más pruebas se agotaba: solo quedaban dos días. Se sentían como si estuvieran dando palos de ciego, como si todas las puertas posibles se hubieran cerrado, y nadie supiera absolutamente nada.

La investigación peligraba y hacía agua por todas partes. Desanimado, el inspector Valdés salió de la comisaría para despejar la mente. Anduvo algunos metros, sin rumbo, hasta que llegó a la plaza del Tossal. Se detuvo cuando vio a su amigo Andreu, que estaba sirviendo una copa en la terraza del restaurante donde trabajaba.

—¿Ya has terminado por hoy? —le preguntó al verlo deambular por ahí, a esas horas.

—¡Ojalá! —exclamó abatido.

—¿Quieres tomar algo? Hay hueco libre en la barra.

—Sí, ponme un café solo, por favor —le pidió y entró a tomar asiento en una de las banquetas vacías.

—¡Uy! Tú no tomas café solo, salvo cuando estás a punto de explotar.

—¡Así estoy! ¡Qué bien me conoces!

—No te ofusques, seguro que no es tan grave —le alentó.

—Me van a quitar del caso que tengo entre manos por incompetente. Nadie sabe nada, ¿te lo puedes creer? Por más que pregunto, todos son una tumba.

—Claro que me lo creo. ¿O es que no te acuerdas de cuando dormía en la calle? En esa situación solo podía limitarme a ver, oír y callar.

Jesús lo miró con aprecio. No tenía ningún derecho a quejarse así ante él.

—Sí, me acuerdo, pero esa época ya pasó. Has rehecho tu vida y eso es lo que importa.

—La vida te enseña y cuanto más dura es, más aprendes a

valorarla. Aunque lo que quiero decirte no es eso. Durante esa época, se encargaron de infundirme temor, de anularme y obligarme a callar. El miedo paraliza, te lo digo por experiencia propia. A lo mejor no has sabido buscar en el lugar adecuado o tocar a la puerta correcta.

Valdés dio un último trago y apoyó la taza vacía en la barra, mientras reflexionaba sobre las palabras de Andreu. En el camino de regreso a la oficina, su cabeza repasaba uno por uno los movimientos que hasta el momento habían realizado en el operativo. Andreu tenía razón, no estaban haciendo las cosas bien, pensó.

Al entrar en la sala, caminó hacia el panel que detallaba la información del caso. Se la sabía de memoria, o al menos eso creía.

—¿Seguimos sin saber nada sobre el paradero de Tobías Hernández? —preguntó a Roque que estaba sentado en una silla cercana.

El subinspector asintió.

—¿Y qué me dices de Emilio de Benito? —continuó.

—Nada relevante. La persona que le está siguiendo no ha podido aportar ningún dato importante.

El inspector volvió a ojear el panel, a la vez que intentaba aquietar sus nervios. Finalmente se detuvo en la foto de la tienda de antigüedades.

—¿Qué sabemos del anticuario? —preguntó.

—Agustín Torres lleva al frente del negocio más de treinta años. Es una empresa familiar que ha ido pasando de padres a hijos.

—Parte de la mercancía del contenedor confiscado estaba destinada a esta tienda y el resto, a INACFA —susurró Valdés en un intento de ordenar sus pensamientos.

—Así es —asintió Roque—. No hemos indagado más en el anticuario porque su parte del cargamento estaba en regla.

—Pues escarbemos ahí. Tengo un presentimiento —propuso Valdés, recordando las palabras de Andreu—. ¡Andando! No tenemos mucho tiempo.

El rumbo de la investigación policial había dado un drástico giro. El equipo del inspector Valdés había trabajado duro día y noche, y por fin comenzaban a ver progresos. Los últimos dos días resultaron ser mucho más productivos que los meses anteriores.

El inspector Valdés y el subinspector Roque entraron en el despacho de la comisaria Ortiz para rendir cuentas de sus avances.

—¡Soy toda oídos! —dijo la comisaria expectante y seria.

Fue el inspector Valdés quien tomó la palabra:

—Tenemos sospechas de que el anticuario Agustín Torres puede estar involucrado en el robo del cuadro.

—¿Cuáles son esas sospechas? —demandó ella.

—La madre de Emilio de Benito trabaja en una empresa de limpieza y la tienda de antigüedades está entre sus lugares habituales de trabajo. Hemos descubierto que hay cierta conexión entre Emilio y el anticuario. Al parecer, de vez en cuando, Torres le ofrece algún que otro trabajillo extra. Aún necesitamos determinar de qué tipo son y si son legales.

—Reconozco que ya tenéis un hilo del que tirar —dijo la comisaria con una sonrisa tenue, satisfecha de que el ultimátum hubiera dado frutos.

—Hay algo más —añadió Valdés—. Agustín Torres hace también de prestamista, aunque en cantidades moderadas. Tenemos constancia de los numerosos favores que concede y que luego reclama.

—¡Explícate! —se interesó la comisaria.

—Pues que posiblemente no sea el hombre honrado y respetable que aparenta ser. Estamos investigándolo.

—De acuerdo. ¡Continuáis en el caso! —añadió Ortiz con firmeza —. Pero no quiero que perdáis el ritmo y os durmáis en los laureles.

Ellos asintieron.

CAPÍTULO 29

Sara regresaba a casa más tarde de lo habitual después de una dura tarde en la consulta. Abrió el patio y mientras esperaba el ascensor, oyó la puerta de entrada. Al volverse, vio entrar a Alejandra. La sorpresa se reflejó en ambos rostros. Hacía semanas que ni se veían ni tenían noticias la una de la otra.

Sara notó la cara de cansada de su hermana. Se preguntó qué le podría estar aconteciendo. «¿Estará durmiendo bien?», pensó. De buena gana la habría abrazado y le habría dicho lo mucho que la quería. Pensaba que no tenía sentido mantener esa actitud de rechazo, soberbia y obstinación.

—¿Cómo estás? —le preguntó Sara, con suavidad, una vez la tuvo a su lado.

—Bien, ¿y tú? —respondió su hermana sin apenas mirarla.

—Yo no estoy bien —le confesó—. No aguanto más esta situación entre nosotras. No hay día que no me acueste llorando.

Alejandra intentó tragar saliva, pero el nudo que se le había formado en la garganta no se lo permitió.

A continuación, entraron juntas en el ascensor y subieron hasta el primer piso. Antes de salir, Alejandra la miró a la cara y le preguntó:

—¿Quieres entrar?

Sara sonrió levemente y accedió.

—¿Quieres tomar algo? —le ofreció Alejandra amablemente.

—No, gracias, solo quiero hablar contigo. Me alegro de que nos hayamos visto ahora. De hecho, he estado a punto de bajar a tu casa en varias ocasiones para hacer las paces —dijo, e intentó contener la congoja—. ¿Soy yo la única que lo está pasando mal? —preguntó, y esperaba que su hermana también se sincerase.

—No, no eres la única. Me duele tanto como a ti. No sé muy bien en qué momento hemos perdido la armonía, la confianza, los ideales compartidos y nuestro cariño.

—A menudo pienso en la frase que nos dijo Tía Rosa: «La familia

es lo más importante que tenemos», ¿la recuerdas?

—Sí —asintió su hermana.

Alejandra no pudo contener las lágrimas por más tiempo. La angustia a causa de esa sinrazón la estaba destrozando por dentro.

—Siento no haberte apoyado durante estos últimos meses —añadió Sara mientras las lágrimas le caían por las mejillas—. ¡Perdóname!

—No, Sara, eres tú quien debe perdonarme a mí. Mi testarudez se convierte en ira y domina mis acciones y mis decisiones. Me hace creer que siempre tengo la razón, cuando en realidad no es así. Debo respetar tus decisiones, al igual que tú debes respetar las mías, incluso si no las aprobamos.

—¡Sabes que me tienes para lo que necesites! —expresó Sara, arrepentida de tantas cosas—. ¡Y que tú siempre serás lo primero en mi vida!

Alejandra la abrazó con fuerza y sintió el cálido y protector apretujón de su hermana mayor. Aquella que siempre, siempre y siempre había sido su ángel guardián.

Esa noche, Alejandra habló con Lluís y le contó que había arreglado las diferencias con su hermana y que todo había vuelto a la normalidad. Su marido la besó, sabía que no le habría sido fácil confrontar la situación.

Cuando se acostaron, hicieron el amor apasionadamente hasta quedar exhaustos. Ella se acurrucó en sus brazos y los dos se durmieron prácticamente al mismo tiempo. La pesadilla que había acosado a Alejandra volvió a manifestarse de igual manera. Se vio atrapada entre los tentáculos y el torso del mismo atlante. Advirtió que su cuerpo comenzaba a reducirse. Tenía la sensación de que la piedra absorbía sus fluidos, su sangre y su propia esencia. Sintió una especie de arcada y la necesidad imperiosa de escapar del estrecho recinto y respirar aire fresco. Mientras luchaba por liberarse, vio la silueta de una mujer que se aproximaba. Cuando estuvo lo suficientemente cerca reconoció a su propia hermana. Alejandra quería advertirle, mantenerla alejada del peligro, pero lo único que logró fue revelar su posición. Confundida, Sara puso sus manos sobre ella y sintió el tacto frío y rígido de la piedra. No había rastro de

calidez en el cuerpo de Alejandra; estaba atrapada en ese mundo abstracto y ahogándose lentamente.

Sara retrocedió unos pasos y observó el resto de la escena. Se fijó en las dos matronas de la parte superior que pronunciaban sin cansancio una palabra que no pudo identificar. Volvió la mirada hacia su hermana, quien luchaba por respirar como un pez fuera del agua. Sara golpeó el mármol en un intento desesperado por liberarla, pero sin resultado alguno. De repente oyó el sonido de un camión que se detenía a pocos metros de distancia.

Volvió a mirar a las matronas y fue entonces cuando oyó claramente la palabra «agua». Sus ojos se posaron en los dos cántaros a ambos lados, lo que le hizo recordar el nombre del lugar donde se encontraban: Palacio del Marqués de Dos Aguas. En ese instante, supo lo que tenía que hacer. Corrió rápidamente hacia el camión cisterna, donde uno de los operarios había soltado una manguera para regar la calle. A pesar de las protestas del hombre, se la quitó y se apresuró hacia la fachada. Enfocó el inmenso chorro de agua hacia ella y la bañó por completo. Inexplicablemente, Alejandra comenzó a recuperar su masa muscular. Sara continuó mojándola hasta que, exhausta, vio cómo su hermana se deslizó a través de las siluetas, escapó del panel y cayó en el suelo. Sara soltó la manguera y corrió a socorrerla, aunque su hermana ya comenzaba a recobrar el sentido. La abrazó con fuerza mientras gritaba sin parar: «¡Gracias, gracias!».

Al despertar a la mañana siguiente, Alejandra lo hizo con una sonrisa en el rostro. La paz reinaba en la habitación. En ese instante supo que parte de los fantasmas que la habían estado acosando las últimas semanas acababan de perder la batalla. Se sintió feliz y victoriosa al darse cuenta de que la pesadilla había llegado a su fin y que, como siempre, su hermana estaría allí para ella.

Se giró y vio a Lluís dormido. Con delicadeza, le acarició la cara y le dio un suave beso. Luego cerró los ojos y aguardó a que sonara el despertador.

CAPÍTULO 30

El inspector Valdés y el subinspector Roque aparcaron el coche en la plaza del Doctor Collado y se adentraron en las estrechas callejuelas adyacentes, repletas de antiguos comercios de artesanías, restaurantes y bares de tapas, hasta dar con la tienda de antigüedades que buscaban. Al abrir la puerta, una campanilla sonó en lo alto. Por un instante, Valdés miró hacia arriba, rememorando su infancia.

El local era pequeño, aunque parecía bastante profundo, y estaba abarrotado con cientos de objetos de todos los tamaños y colores. Había casi de todo: libros antiquísimos, cerámica, muñecas de porcelana, muebles, plata y cuadros. Era como adentrarse en un inmenso bazar antiguo. El ambiente desprendía un olor añejo, una mezcla indescifrable de cartón, madera y plástico.

Los recibió un sexagenario de pelo cano y frente amplia.

Valdés se presentó como inspector de policía y le mostró su placa. Lo mismo hizo el subinspector.

—¿Es usted Agustín Torres? —le preguntó.

El anticuario asintió.

—Nos gustaría hacerle unas preguntas.

—Unas preguntas... ¿de qué tipo? —preguntó extrañado.

—Sobre el robo de una obra de arte en el puerto de Valencia, hace algunas semanas.

—Ese caso salió en las noticias, pensaba que ya estaba resuelto —respondió el hombre con entereza.

—Pues no, aún no lo está. Por eso queremos hacerle unas preguntas —insistió Valdés.

—Ustedes dirán. Si puedo ser de ayuda en algo... —murmuró.

—¿Conoce a este hombre? —le preguntó, y le mostró una foto de Emilio de Benito.

—¿Debería conocerlo? —dijo con indiferencia.

—¡No lo sé! ¡Usted sabrá! —inquirió Valdés, cansado de tanta tontería.

—Si me preguntan por él es porque dan por hecho que sí lo conozco. En efecto, es el hijo de Micaela, la señora que viene a limpiar la tienda —contestó finalmente.

—Sabemos que de vez en cuando trabaja para usted —agregó el subinspector atacando por el otro bando.

—Pues le han informado mal —negó rotundamente.

—Pero sí que mantienen conversaciones telefónicas de manera regular —pronunció Roque tentando la suerte con su suposición.

—No sabía que hablar por teléfono fuera un delito —se defendió el anticuario.

—No lo es —aclaró Valdés.

—Claro que, a lo mejor, hurgar en la privacidad de un ciudadano honrado sí que lo es... —soltó el hombre a la defensiva.

—Dependerá de si ese ciudadano es sospechoso de algún delito —replicó Valdés, ya harto de su ironía.

—¿Me está diciendo que soy sospechoso? —preguntó risueño.

—Todavía no lo sabemos. Por eso estamos aquí.

—¿He de llamar a mi abogado? —Soltó con una risita.

—Puede hacerlo, si quiere, aunque no lo veo necesario.

El subinspector Roque curioseó las estanterías y se detuvo frente a un coche antiguo en miniatura que captó tremendamente su atención.

—Perdone, ¿es un Mercedes-Benz 770K? —preguntó con el coche en la mano.

—¡En efecto! —afirmó el anticuario que se acercó y se lo quitó con temor de que lo rompiera—. Una réplica exacta del modelo que fue entregado a Adolf Hitler y que utilizó como coche oficial en múltiples ocasiones. También fue utilizado en 1940 en un desfile en Múnich para recibir a Mussolini.

El subinspector levantó las cejas, sorprendido por la explicación. Mientras, el inspector Valdés intentaba retomar el motivo de la visita.

—Tenemos entendido que además de anticuario es prestamista —dijo el inspector.

—Siempre es bueno ayudar a la gente que lo necesita —se defendió el hombre.

—Claro, pero sin abusar —murmuró Roque.

—Y a este otro tipo, ¿lo conoce también? —le preguntó Valdés y le mostró una foto de Tobías Hernández.

—No, su cara no me suena en absoluto. Claro que la memoria a veces me juega malas pasadas. La edad no perdona.

El inspector Valdés apretó la mandíbula y le lanzó una mirada inmisericorde. Era evidente que no estaban avanzando. Aquello era una pérdida de tiempo.

La campanilla de la entrada sonó por segunda vez y atrajo la atención de los tres hombres. Una mujer entró con un bebé en el carrito, lo que dio por concluida la conversación.

—Si me disculpan, tengo que trabajar —dijo el hombre, y al instante se giró y se dirigió hacia la clienta.

Cuando los policías salieron de la tienda, estaban convencidos de que dentro se escondía algo más que simples antigüedades.

Una vez en el coche, Roque rompió el silencio:

—¿Crees que volverán a comunicarse entre ellos?

Valdés negó con la cabeza.

—Este es perro viejo y muy listo —bramó—. ¡Maldita sea! Solo tenemos conjeturas. Ni una puta prueba sólida.

—Sí, además, ahora Emilio va con pies de plomo y está actuando con mucha precaución —añadió Roque—. Si por lo menos pudiéramos dar con el paradero de Tobías.

—Eso sería un golpe de suerte —sonrió Valdés—. Y también, que Tobías resultara ser un gran hablador. Tenemos que encontrarlo, achucharlo y que nos cante hasta el *Cara al sol*.

CAPÍTULO 31

Los últimos meses habían transcurrido con una rapidez vertiginosa. Alejandra recordó la primera y misteriosa cita que recibió de AIDA para acudir al Palacio de Forcalló, y las que le siguieron después, y parecía que había pasado una eternidad. Tantas cosas habían sucedido que le costaba recordarlas todas. Conocer a Diego Manrique, a su mano derecha Ernesto Egea y a Teresa Cuñat había sido un acierto. La cantidad de cosas que había aprendido le permitió recuperar su decaída autoestima. Se sentía útil y fuerte. Reconocía que su misión estaba empezando a dar frutos y confiaba en el equipo que la respaldaba, pero, sobre todo, confiaba en sí misma.

Desde primera hora de la mañana, Alejandra se transformó en Leonor Villacrés de Pousa. Con una peluca morena, lentillas oscuras y un novedoso maquillaje, tal como le había enseñado Teresa, había logrado ocultar completamente su verdadera identidad. Vestida con un traje de Calvin Klein, unos zapatos de tacón y un bolso de Fendi, entró en el vestíbulo del Hotel Palacio Vallier, mientras el taxista que la había llevado hasta allí la ayudaba con el par de maletas de Louis Vuitton.

Carla, en la recepción, le dio la bienvenida y procedió al registro. Después, un botones la acompañó hasta su *suite*. Una vez sola, Leonor admiró la elegancia de la habitación y sonrió. ¡Empezaba el juego!

Se dejó ver por el hotel para dar constancia de su presencia, y atendió algunas gestiones pendientes. Había estado hablando en varias ocasiones con Anselmo Duarte, de la galería INACFA, y en su última llamada le encargó una obra de arte. Le mencionó que viajaría a Valencia desde Miami por negocios y que la recogería personalmente. Antes de que terminara el día, y todavía con nervios, se quitó el disfraz de Leonor, se duchó y recuperó su identidad como Alejandra Ferrer. Luego, se escabulló por la escalera de incendios y se alejó del hotel en dirección a su casa.

Lluís llegó del trabajo a la hora de siempre. Encontró a su mujer radiante y habladora, con un brillo en la mirada que lo cautivó.

Durante la cena, conversaron sobre sus días. Lluís le habló sobre los nuevos cambios en la empresa, mientras que ella le comentó todo lo que estaba aprendiendo en el mundo del arte, enumeró ciertos pintores reconocidos y le detalló el significado de algunas de sus obras. Estaba empezando a cogerle el gusto a esa doble vida.

—Me alegra verte tan contenta —le susurró Lluís mientras recogían la mesa.

—Sí, hacía tiempo que no me sentía así, tan eufórica —reconoció ella—. Creo que en parte es por el trabajo, me motiva a ser yo misma. Aunque, en el fondo, ¿sabes quién es el culpable de todo ello?

Él la miró intrigado.

—¡Tú! —le dijo, rodeándolo por la cintura y acercándose a su cuerpo—. Tú eres la razón por la que me siento así de bien.

—¿¡Ah, sí!? —exclamó él fingiendo sorpresa.

Ella asintió.

—¿Y sabes por qué?

Él negó con la cabeza antes de rodearla con sus brazos y abrazarla aún más.

—Por todo el amor que me demuestras cada día. Por tu paciencia cuando me pongo insoportable. Y porque te quiero. Te quiero no solo por quién eres, sino por quién soy cuando estoy contigo.

Lluís la besó y se fundieron el uno en el otro como si fuese la última vez, como si temieran que el amor que los unía se les fuera a olvidar. Lluís la cogió en brazos y la llevó hasta la penumbra de la habitación. La apoyó sobre la cama y se quitó la camisa, mientras ella le desabrochaba el pantalón. Lluís la acarició y besuqueó al mismo tiempo que se deshacía de su sujetador. Alejandra se tumbó y él se colocó a horcajadas sobre ella mientras acariciaba sus turgentes pechos y deslizaba lentamente sus manos hacia sus apretados muslos. Luego recorrió con sus labios todo su cuerpo, besando y lamiendo su tripa y su pubis hasta colocarse de rodillas en el suelo, frente a sus piernas entreabiertas. Las manoseó con dulzura y se apoderó de sus bragas que, melosamente, le quitó y dejó caer en el suelo. Alejandra, con la respiración agitada, irradiaba sensualidad y deseo. Lluís volvió a colocarse sobre ella, la besó con ansia y, excitado, sintió la humedad

de su sexo. Juntos jadearon y disfrutaron del placer que les proporcionaban sus propios cuerpos. Saborearon cada palabra, gozaron cada instante y culminaron su amor con la plenitud del orgasmo. Extasiados, se quedaron abrazados, contemplándose en silencio, hasta que los venció el cansancio y el sueño.

A la mañana siguiente, Alejandra esperó a que Lluís se marchara, entonces se vistió y salió de casa. Cuando llegó al Hotel Palacio Vallier, se coló por la escalera de incendios hasta llegar a la *suite*. Adoptó la identidad de Leonor Villacrés de Pousa, se vistió con ropa informal y bajó a desayunar a la cafetería del hotel. Allí entabló conversación con el camarero y con Carla, la recepcionista, a quien le pidió referencias de las tiendas más selectas de la ciudad para comprar algún que otro trapito. Carla, acostumbrada a tales preguntas, le recomendó la Milla de Oro, una lujosa zona de tiendas conocida por su exclusividad y distinción.

A lo largo del día, realizó diferentes gestiones hasta que, alrededor de las cinco y media de la tarde, pidió un taxi para que la recogiera en la puerta del hotel y la llevara al Mercado de Colón.

Tras la reunión con el señor Duarte en la galería INACFA, se marchó sintiéndose segura de haber aprovechado bien sus recursos. Sabía que la operación estaba en marcha y que solo restaba esperar.

Regresó al hotel y dejó a Leonor en la *suite*, mientras que Alejandra escapaba por la escalera de incendios en dirección a su hogar.

CAPÍTULO 32

Una mañana más, Alejandra regresaba al hotel para transformarse en Leonor. Llevaba tres días con ese vaivén de identidades y ya se sentía mareada. A ese ritmo, pronto no sabría ni quién era de verdad. No tenía idea de cómo lo iba a compaginar sin meter la pata en algún momento. Ernesto ya le había advertido lo complicada que sería la situación y lo importante que era mantenerse alerta.

Leonor Villacrés de Pousa bajó a desayunar y al pasar por la recepción saludó a Emi y a Carla. Les agradeció por la excelente recomendación sobre las tiendas de lujo, que había resultado ser un acierto. Después subió a la habitación, habló por teléfono con Ernesto, y al colgar revisó la hora en su reloj Cartier. Se había entretenido más de la cuenta. Debía darse prisa para llegar a la cita con su hermana Sara. Para ello, tenía que volver a ser Alejandra.

Con rapidez, se quitó la peluca y la dejó sobre el mármol del baño, se quitó las lentillas cosméticas, desmaquilló su rostro y se hizo una coleta. Se vistió con unos jeans, zapatillas deportivas y una sudadera. Luego, transfirió sus pertenencias del bolso de Chanel a su mochila y se miró en el espejo. Todo parecía estar en orden. Salió de la habitación a toda prisa y se escabulló en dirección a su casa. A pesar de que no había demasiada distancia entre ambos lugares, llegó al patio algo agitada. Necesitaba relajarse o estaría perdida. Llamó a su hermana por el portero, que contestó de inmediato, y le indicó que la esperaría en la calle.

Sara bajó a los pocos minutos.

—Creía que ibas a subir a casa —mencionó al verla.

—Necesitaba tomar un poco de aire —se justificó al mismo tiempo que sus pulsaciones volvían a la normalidad.

Sara se acercó a su cuello y aspiró con exageración.

—¿Has cambiado de perfume?

Alejandra cerró los ojos. Debería haberse duchado.

—No, es una muestra que me dieron en la perfumería —

improvisó—. La tenía en el cajón del baño y se me ocurrió probarla.

—Es un poco dulzona, ¿no?

—Sí, bastante —asintió Alejandra—. ¡Vamos, que no te gusta!

—Yo no me la compraría para mí, pero si a ti te gusta... —añadió y encogió los hombros.

Caminaron por la calle Quart hasta llegar a la plaza del Tossal, donde se detuvieron a saludar a Andreu.

—Vamos a visitar a los síndicos del Tribunal de las Aguas —le contó Sara.

—Yo también debería pasarme un día de estos —mencionó Andreu con un poco de nostalgia—. Darles recuerdos de mi parte —les pidió Andreu.

—Claro, no te preocupes —contestó Alejandra.

—Por cierto, ¿tú has pasado hace un rato por aquí? —le preguntó Andreu a Alejandra.

—¿Yo? ¡No! —negó totalmente convencida.

—Si acabamos de salir de casa —atajó Sara.

—Me habré confundido... —reconoció Andreu sin darle mayor importancia—. No os quiero entretener más.

Se despidieron y las hermanas continuaron por la calle Caballeros hasta llegar al Palacio de la Generalitat. Alejandra lo miró de reojo. El Hotel Palacio Vallier se encontraba en el otro lado, a pocos metros de allí. Tuvo que contener los nervios para que no se le desbordaran.

Cuando entraron en la plaza de la Virgen, se encontraba tan concurrida como de costumbre. Echaron un vistazo a la basílica que se encontraba frente a ellas y se dirigieron hacia la Puerta de los Apóstoles, situada más a la derecha. Era una de las tres entradas de la Catedral donde se llevaban a cabo los milenarios juicios del Tribunal de las Aguas.

Un procedimiento judicial celebrado de forma oral, que se resolvía en pocos minutos con una sentencia sin posibilidad de apelación. Compuesto por los síndicos, como representantes de la comunidad de regantes de las acequias Quart, Benàger y Faitanar, Tormos, Mislata, Mestalla, Favara, Rascanya, Rovella y Chirivella, se encargaban de resolver conflictos relacionados con el uso y aprovechamiento del agua de riego entre los agricultores.

Cada jueves al mediodía, precisamente cuando las campanas del Miguelete marcaban las doce, estos juicios, declarados Patrimonio

Inmaterial de la Humanidad desde 2009, atraían a multitud de gente que se congregaba alrededor para inmortalizar el momento con sus móviles y cámaras en mano.

Sara y Alejandra se abrieron paso entre el gentío hasta llegar a la barandilla circular que las separaba de las sillas de los síndicos.

—¿Cuánto falta? —preguntó Sara.

Alejandra se subió la manga para ver la hora y contestó:

—Diez minutos.

Sara dio un respingo y clavó los ojos en el reloj.

—¡Vaya regalazo! —exclamó mientras admiraba el Cartier que su hermana llevaba en la muñeca.

Alejandra quiso que le tragara la tierra. Estaba claro que la prisa no era su mejor aliada. Era la primera vez que quedaba con su hermana después de adoptar la identidad de Leonor Villacrés de Pousa, y ya había cometido dos errores: el cambio de perfume y el olvido de quitarse el carísimo reloj.

—¿Te refieres a esto? —le quitó importancia e intentó mantener la compostura.

—Pues claro, lo dices como si fuera una baratija.

—¡Y lo es! ¡Es una imitación! ¿No creerás que es auténtico? —sonrió falsamente—. ¡Qué más quisiera yo!

—Pues de verdad que lo parece —susurró mientras lo inspeccionaba con detenimiento—. ¡Ya creo que lo parece!

—Es de los chinos cerca de donde trabajo —atajó, y volvió a ocultarlo bajo la manga.

—Oye… pues me podrías comprar uno.

—Uf… lo intentaré, pero creo que era el último —se excusó de la mejor manera que supo.

—No me extraña. Es que está muy bien hecho. De todas formas, inténtalo.

Alejandra asintió con una risita nerviosa. Se reprochó nuevamente su descuido. O espabilaba y cuidaba mejor los detalles, o la misión sería un desastre.

Las campanas doblaron y retumbaron en toda la plaza. El alguacil salió de la Casa Vestuario, situada enfrente, y abrió paso a los síndicos que, vestidos con el blusón negro de huertano, ocuparon sus asientos correspondientes.

El presidente del tribunal, Humberto Fernández, sonrió al ver a

las dos hermanas y las saludó con un gesto, a lo que ellas respondieron cordialmente de la misma forma. El alguacil inició el juicio, el cual se disolvió a los pocos minutos por falta de demandantes, y los síndicos se retiraron por donde habían venido entre aplausos y fotografías.

Sara y Alejandra aguardaron hasta que la multitud se despejara, y entonces se adentraron en la Casa Vestuario. Subieron al segundo piso y saludaron a los síndicos. Humberto las abrazó. Aunque se habían distanciado, el vínculo de amistad y cariño forjado años atrás, aún perduraba entre ellos.

—¡Cuánto me alegro de veros! —pronunció el presidente del tribunal.

—Nosotras también —susurró Alejandra en nombre de las dos, con cierta añoranza.

—¡Ha pasado mucho tiempo! —murmuró él.

—Tiene razón, Humberto —prosiguió Sara, intentando recordar cuándo fue la última vez que estuvo allí—. El trabajo nos tiene muy ocupadas últimamente.

—Así es la vida, nos la pasamos cumpliendo obligaciones —recitó Humberto—. ¿Queréis bajar conmigo a la sala de los manuscritos?

—Nos encantaría —añadió Alejandra, ilusionada con volver allí.

Los tres descendieron al vestíbulo y, al igual que en muchas otras ocasiones, atravesaron el acceso oculto hacia la escalera que conducía al sótano escondido. En aquella sala espaciosa había decenas de láminas de plomo, redactadas en su origen por sabios edetanos, y documentos inéditos que habían sido rellenados a lo largo de los siglos por los predecesores de los síndicos del Tribunal de las Aguas.

—¿Cómo va el descifrado de los manuscritos? —preguntó Sara al ver el montón de documentos.

—Va despacio, muy despacio —contestó Humberto con cansancio —. Solo hemos revisado esta parte —dijo y señaló una pila de ellos.

—Esto parece el cuento de nunca acabar —murmuró Alejandra.

—¡Totalmente! —asintió el presidente—. Descifrar todo este conocimiento requiere mucha dedicación, y también mucho tiempo. Y eso, lamentablemente, es lo que no tenemos los síndicos. Los años nos pesan y cada vez nos cuesta más llevar a cabo esta labor.

—¿Se han planteado delegar los manuscritos a alguien experimentado y con tiempo suficiente para completar la tediosa

tarea? —le preguntó Alejandra.

—Lo hemos considerado en más de una ocasión, pero aún no hemos encontrado a la persona adecuada para ello.

Alejandra reflexionó por un momento.

—Miguel está haciendo una gran labor —añadió Humberto mientras buscaba entre sus anotaciones—. Es un hombre culto, metódico y constante.

—Sí, lo sabemos —intervino Sara a su lado—. Y con insaciables ansias de saber.

Humberto sonrió.

—Por cierto, ¿no os ha comentado nada sobre el tema que estamos investigando?

Ambas negaron con la cabeza.

—Creemos haber descubierto algo interesante... —dijo en voz baja.

Las hermanas lo miraron llenas de curiosidad. Alejandra recordó la última vez que esos manuscritos revelaron algo de interés, relacionado con temas de brujería, y se estremeció al recordar que salió bastante escaldada de aquella experiencia.

—¿De qué tema trata? —preguntó Alejandra con un poco de miedo.

Humberto Fernández notó su preocupación y se apresuró a tranquilizarla.

—Perdonad por no haberos puesto al tanto. —Humberto se dio un cachete en la frente—. Podéis estar tranquilas. Hemos pasado ya la etapa más oscura. Ahora hemos entrado en el siglo XVI y esta documentación resulta mucho más atractiva.

—Entonces, ¿de qué estamos hablando? —preguntó Alejandra más relajada.

—¡De guerras y arte, jovencita! —contestó.

Alejandra sonrió emocionada. Sería casualidad, pero últimamente parecía estar rodeada de arte donde quiera que mirase.

—¡Aquí está! —exclamó el presidente al encontrar lo que buscaba—. Estos documentos son la clave para abrir muchas puertas —dijo, y se los mostró—. Como podéis ver, están fechados a partir del año 1500. Algunos de ellos, no solo llevan la firma de los síndicos, sino también la de personalidades de gran importancia. En la primera mitad del siglo XVI, Valencia era un hervidero cultural e intelectual.

Contaba con personajes de mucho peso como la familia Vich y Valterra, el marqués de Zenete y su primogénita Mencía de Mendoza. Los artistas valencianos recurrían a ellos para solicitar su protección como mecenas, y a veces hasta les dedicaban sus obras.

Sara y Alejandra le escuchaban con atención.

—Por supuesto, todo aún está en proceso de estudio, por eso estamos inmersos en ello y no quiero generar expectativas basadas solo en suposiciones. Además, sé que tendréis muchas tareas pendientes.

—Humberto, ya sabe que apreciamos enormemente su conocimiento y experiencia.

—Ellos son los responsables —mencionó mientras acariciaba uno de los manuscritos—. Vosotras habéis sido testigos de cómo hemos estado revelando información durante varios años, descubriendo pasajes de la Biblia y explorando hechos históricos. Algunos de estos son conocidos por historiadores y transmitidos al público, pero muchos otros no lo son. Esa es la esencia fundamental de estos manuscritos: corroborar todas sus anotaciones, a veces complicadas de descifrar, especialmente en la lengua edetana, lo que nos hace parecer un poco torpes. Sin embargo, no nos rendimos y continuamos trabajando incansablemente.

CAPÍTULO 33

La noticia de que la policía había localizado el escondite de Tobías Hernández y lo llevaban detenido a la comisaría había corrido como la pólvora por el distrito de Poblados Marítimos.

El inspector Valdés y el subinspector Roque entraron en la sala de interrogatorios y se sentaron frente a Tobías sin decir ni una sola palabra. Valdés abrió el expediente y lo miró fijamente.

—Has estado en la sombra una temporada —dijo con retintín—. ¿Preparándote para cuando ingreses en prisión?

—No sabía que me buscaban. Yo no he hecho nada —se justificó.

—Eso lo dirás tú, pero tenemos pruebas que dicen lo contrario —atacó el inspector.

El sospechoso se frotó las manos con nerviosismo.

—¿Qué nos puedes decir sobre el robo del cuadro que perpetrasteis Emilio de Benito y tú en el Puerto de Valencia? —preguntó Valdés.

—No sé a qué robo se refiere. No sé nada de eso.

—Sabemos que Emilio y tú os equivocasteis de referencia. Vamos, que os llevasteis el cuadro que no era. ¡Menuda chapuza de robo! —se rio.

Tobías mantuvo silencio.

—Imagino que Agustín Torres, el anticuario, que fue quien os encargó el robo, no quedaría muy contento con el trabajo, ¿verdad? —añadió Valdés, y le enseñó una fotografía del sujeto.

—¡Quiero que venga mi abogado! —reclamó.

—Está en camino —le notificó el subinspector con guasa—. Pero creo que todavía tardará varias horas en llegar. El tráfico... ya sabes.

—No voy a decir nada hasta que llegue.

—Como quieras, estás en tu derecho. Pero si hablas puede que haya alguna compensación para ti —le explicó Valdés amablemente—. ¡Tú decides!

—¿Como cuáles?

—Como sabrás, en la cárcel hay sectores más tranquilos y otros más activos. Nosotros tenemos cierta influencia en la de Picassent, a la que irás de cabeza, ¿verdad, Roque?

—Así es. Yo no me lo pensaría mucho. —El subinspector le siguió el juego a su compañero—. Eres un caramelito para muchos, y podrás imaginarte el hambre que se pasa allí dentro. Te podrían poner el culito tibio. Tú ya me entiendes…

—El cuadro que robasteis no era precisamente valioso —continuó el inspector sin dejarle mucho tiempo para pensar—. Podríamos arreglarlo con trabajos comunitarios durante una temporada, sin necesidad de que pises la prisión.

—¿Y qué le pasaría a Emilio? —preguntó indeciso.

—Lo mismo que a ti. Estáis en la misma situación.

Tobías se mantuvo en silencio. Luchaba por controlar sus piernas, que parecían tener el baile de san Vito, mientras consideraba la propuesta. Su mente se remontó tiempo atrás, a duras escenas vividas en la cárcel; escenas que prefería olvidar y por nada del mundo volver a repetir. Siempre había sido un cobarde. No tenía el talante de Emilio ni lo tendría nunca.

—¿Qué es lo que quieren saber? —cedió finalmente.

—Solo que confirmes que Agustín Torres fue quien os contrató y todos los detalles que puedas recordar —añadió Valdés.

Tobías sopesó cuál sería la mejor decisión. Luego, habló:

—De acuerdo. Agustín Torres nos contrató, él nos dijo la fecha, el número del contenedor y la referencia que debíamos robar. Se enfadó muchísimo al descubrir que no era el cuadro que nos había encargado y lo quemó delante de nosotros para no dejar evidencias. Se cabreó aún más cuando se enteró de que la policía había confiscado el cuadro millonario.

—¿Con qué propósito? —interrogó Roque—. Un cuadro tan valioso como el que Torres quería no sería fácil de vender, incluso con sus conexiones.

—Agustín sabía para quién era el cuadro originalmente y planeaba usarlo para chantajearle y pedir un rescate.

Valdés y Roque se miraron durante unos instantes. No habían contemplado esa posibilidad.

—¿A quién iba dirigido el cuadro? —preguntó el inspector ansioso por obtener la respuesta.

—No lo sé. Nunca nos lo dijo.

—¡Tobías!… —gruñó Roque que quería tirarle todavía más de la lengua.

—¡Juro que no lo sé! Jamás mencionó su nombre y nosotros nunca le preguntamos. No nos interesaba, solo queríamos la pasta que íbamos a cobrar por el robo… que al final no conseguimos.

—¿Cómo obtuvo el soplo? ¿Quién le facilitó la información? —preguntó Valdés, confiado de que estaba a punto de llegar al fondo del tema.

—No estoy muy seguro. Creo que fue por Nadia.

—¡Nadia! —El subinspector anotó mentalmente el nuevo nombre—. ¿Quién es Nadia?

—Una chica muy guapa, con piernas largas. Parece una modelo de esas que salen en televisión. Creo que es de Bulgaria o Hungría, no sé exactamente. Solo la he visto una vez.

—¿Sabes cuál es su relación con el anticuario? —preguntó Valdés con gran interés.

Tobías negó con la cabeza.

—¿Y dónde podemos encontrarla? —insistió el inspector.

—Solo sé que trabaja en una agencia de esas de compañía para la gente con mucha pasta.

—¿Te refieres a señoritas de alto *standing*? —mencionó Valdés suspicaz—. ¿A una agencia de *escorts* de lujo?

—Algo así —afirmó Tobías.

La confesión de Tobías Hernández resultó ser de lo más detallada y útil. Había costado dar con su paradero, pero la espera había merecido la pena.

Una vez que localizaron la dirección de la agencia de acompañantes, el inspector Valdés y el subinspector Roque se dirigieron al lugar. Después de realizar las averiguaciones pertinentes, sabían que Nadia llevaba dos años viviendo en la ciudad. Esperaron hasta que saliera de su lugar de trabajo y la abordaron en plena calle.

—¿Nadia Vlasev? —pronunció el subinspector Roque.

La mujer se sorprendió al verlos, se detuvo y asintió. Ellos se identificaron y le pidieron permiso para hacerle algunas preguntas, a lo que ella accedió. Cruzaron la calle y se sentaron en una cafetería.

—No entiendo qué quieren de mí —pronunció con un castellano decente.

—Solo queremos que nos cuente cómo conoció al anticuario Agustín Torres —preguntó el inspector.

—No tengo por qué responder a eso. —Su rostro reflejó temor—. No estoy detenida.

—Por supuesto que no —replicó el inspector Valdés, con amabilidad para que no se asustara—. No tenemos nada en su contra, salvo que sus papeles no están del todo en regla.

—Estoy con el trámite burocrático, pero en breve estaré legal en la ciudad.

—Lo sabemos —atajó Roque—. Aunque también sabemos que podríamos agilizar o retrasar indefinidamente esos trámites.

Nadia se mordió la uña del pulgar derecho, se sentía impotente.

—¿Qué quieren saber? —cedió.

—¿Qué relación tiene con Agustín Torres? —volvió a preguntar el inspector.

—Relación ninguna. Es una sabandija que chupa sangre hasta dejarte seco.

—Por favor, explíquese... —le solicitó Valdés.

—Mis padres se separaron cuando yo era una adolescente. Mi madre conoció a un español y se vino a vivir aquí. Yo crecí con mi padre hasta que falleció hace un par de años. Fue entonces cuando me vine a Valencia y encontré este trabajo que me da para vivir cómodamente. Sin embargo, desconocía la terrible deuda que arrastraba mi madre. Se quedó sola luego de que la relación con aquel hombre no funcionara, perdió su trabajo, no tenía ayuda social y estuvo a punto de que la desahuciaran. Torres era un conocido de ella y en ese momento se portó muy bien y le prestó dinero. Pero ella no estaba al tanto de las condiciones de ese préstamo. Los intereses eran tan altos que jamás lograba saldar la deuda. A pesar de mis esfuerzos por ayudarla, siempre surgía algún detalle inesperado. Finalmente, decidí llegar a un acuerdo con él. Como sabrán, tengo una clientela con un poder adquisitivo muy, muy alto. Durante una visita privada, oí una conversación que no debía oír y tomé fotografías de datos que no debía registrar.

Los dos policías abrieron los ojos más de lo normal. Parecía que el relato llegaba al punto que más les interesaba.

—¿Qué conversación era esa y de qué cliente estamos hablando? —demandó Valdés ansioso.

—¿Ustedes saben lo mucho que me juego si continúo hablando? —pronunció con temor de las consecuencias.

—Sí, pero es la única forma de que sus papeles estén en regla esta misma semana —la incitó Roque a seguir.

—La conversación iba acerca de una valiosísima obra, al parecer robada, que estaba oculta dentro de otro cuadro y se esperaba recibir en un día y lugar determinados. Conocía la ambición y el conocimiento de Torres en arte, así que solo tuve que echar el anzuelo, y él cayó enseguida. Antes de darle la información, le hice firmar un documento en el que libraba a mi madre de cualquier deuda y la protegía de cualquier manipulación futura por su parte.

—La información sobre el cuadro y su ubicación en el Puerto de Valencia ya la conocemos —articuló Valdés con impaciencia—. Lo que nos falta saber es el nombre de ese cliente, y es crucial que nos lo revele.

—Lo siento —reculó ella, arrepentida—, pero como dicen ustedes aquí: se dice el pecado, pero no el pecador.

—Necesitamos ese nombre —la apremió Roque con delicadeza.

—¡No puedo correr ese riesgo! ¡Compréndanlo! —apretó el bolso e intentó levantarse. Estaba temblando.

—Nadia, por favor, tranquilícese —intervino el inspector Valdés con tacto—. Podemos ayudarnos mutuamente. Si no nos facilita ese nombre, no podremos cumplir nuestra parte del acuerdo. Por el contrario, le aseguro que mañana mismo podría estar todo arreglado.

Ella permaneció en silencio durante unos instantes.

—Está bien. Pero debo advertirles que no voy a firmar ninguna confesión o declaración que pueda incriminarme. Tampoco testificaré en ningún juicio ni nada por el estilo, y siempre negaré que esta conversación haya sucedido.

Muy a su pesar, ambos policías aceptaron sus condiciones. No tenían otra opción.

—Inspector, ¿puedo confiar en que mañana tendré toda mi documentación en regla?

El inspector Valdés asintió.

Ella se detuvo, inhaló profundamente y continuó:

—La conversación era completamente privada entre mi cliente y

su amigo. Yo estaba en el baño, ellos creían estar solos, y al salir, los oí. Uno de ellos explicaba el proceso y le dio al otro toda la información que ya les he comentado.

—¿Sabes sus nombres? —preguntó el inspector Valdés, deseoso de culminar el interrogatorio.

Ella vaciló antes de responder y luego dijo con determinación:

—¡Augusto Fonfría y Ramiro Matoses!

CAPÍTULO 34

La conversación con Nadia Vlasev confirmó lo que ya sospechaban: Augusto Fonfría y Ramiro Matoses estaban detrás de todo ese entramado delictivo. Pero, a pesar de todos sus esfuerzos, se encontraban prácticamente en el mismo punto donde empezaron. Todos los caminos conducían a esos dos hombres, pero estaban atrapados en un callejón sin salida. Nada de lo que habían recopilado tenía la suficiente consistencia como para detenerlos o llevarlos a juicio. Necesitaban encontrar, con urgencia, evidencias contundentes, aunque parecía una tarea casi imposible.

Para empeorar las cosas, acababan de notificarles que habían encontrado el cuerpo sin vida de Agustín Torres. Una clienta había alertado a la policía al hallarlo muerto en el suelo de su tienda. La autopsia determinaría la causa de su muerte. Sin embargo, dadas las circunstancias, todo apuntaba a otro posible ajuste de cuentas. Resultaba muy oportuno que lo hubieran liquidado justamente luego de destapar su participación en el robo del puerto. La corrupción estaba contaminando el ambiente y el panorama se volvía cada vez más turbio. Si no actuaban rápido, todos terminarían asfixiados.

La comisaria Ortiz escuchó con atención los avances en la investigación y no pudo evitar maldecir la situación al ver que estaban nuevamente estancados. Aquel caso se había vuelto demasiado complicado, principalmente, por la presión constante que recibía de sus superiores, quienes exigían un culpable a toda costa. Su intuición le decía que alguien con mucho poder estaba estirando de la goma y metiendo cizaña. La pregunta era: ¿quién? y ¿con qué propósito?

Se despidió del inspector Valdés y el subinspector Roque con un gesto serio y les advirtió que el tiempo se les estaba acabando. A veces, las exigencias de su cargo no le permitían ser indulgente, a pesar de que sabía, sobradamente, el esfuerzo y dedicación de los dos agentes para realizar su trabajo.

Jesús Valdés llegó a casa al final del día, desmoralizado y sin muchas ganas de hablar. Sara lo notó al instante, en cuanto lo vio entrar por la puerta.

—Creo que te vendrá bien un masaje. ¡Ven, ponte cómodo!

Él obedeció sin rechistar. Sara lo ayudó a quitarse la chaqueta. Cuando se sentó, ella se colocó detrás y deslizó las manos suavemente por su cuello, para que cogiera energía en sus hombros y espalda.

—Un día de perros, ¿no? —le preguntó sin parar de masajearle.

—Sí, menos mal que te tengo a ti —murmuró en voz baja—. Me haces estar en la gloria.

—Otras veces me recompensas tú con masajes en los pies. ¿Va bien así?

—¡Uf... sí! —exclamó hechizado.

—¿A qué se debe ese humor, si se puede saber?

—Vuelvo a estar en un callejón sin salida. Todos los senderos me conducen a las mismas personas, pero no tengo ni una puta prueba para acusarlos.

—¿Puedo saber de quiénes se trata? Me llama la atención que en este caso apenas me hayas hablado al respecto. Solo sé que tiene algo que ver con el arte. Entiendo tus reservas, es tu trabajo, al fin y al cabo, pero ya sabes que yo soy una tumba.

Jesús no contestó y sopesó si valía la pena correr el riesgo de contárselo.

—He intentado llevarlo con discreción. No me ha parecido una buena idea mencionarlo.

—¡Caray... ahora sí que has despertado mi curiosidad! —exclamó mientras continuaba masajeando sus hombros.

—El caso involucra a Augusto Fonfría y Ramiro Matoses —soltó de un tirón.

Jesús notó cómo Sara se detenía de inmediato.

—Deberías habérmelo comentado —mencionó ella con seriedad y tono de reproche, sentándose enfrente de él.

—¿Para qué? ¿Para hacerte mala sangre y que sus nombres aparecieran entre nosotros día sí, día no? ¡Ya bastante tienes con tu hermana!

—Aun así —pronunció dolida—. ¡Cuéntame de qué se trata! —exigió.

Alejandra se sentía satisfecha de su desempeño como Leonor Villacrés de Pousa. Había interpretado su papel ante Anselmo Duarte como una verdadera actriz, lo que le permitió ganarse su confianza. El hombre había accedido a recopilar información y conseguirle uno de los cuadros robados del Museo Isabella Stewart Gardner de Boston. Sabía lo arriesgado que era, pero no estaba allí para juzgar la tarea, sino para obtener resultados.

—Estás muy callada y pensativa —observó Lluís.

—Sí, estaba pensando en un artículo que tengo que preparar para mañana.

—¿Sobre qué? —preguntó él, muy interesado.

—Pues... —su cabeza maquinaba algo creíble— sobre un cuadro que acaba de llegar al Museo de Bellas Artes.

—El otro día intenté encontrar el enlace de la revista en la que trabajas, pero no conseguí entrar.

—Es que tienes que registrarte —explicó ella, y cruzó los dedos para que no continuara con ese tema—. Aunque tampoco hay necesidad.

—Era por curiosidad. Lo volveré a intentar en otra ocasión.

—Como quieras. Cuando Sara y yo hablamos con Humberto y los síndicos —dijo para desviar la conversación— nos contaron que Miguel está yendo muy a menudo a la Casa Vestuario y que les echa una mano.

—¿Cómo están? —preguntó él.

—Bien... Nos comentó que han dado con algo importante en los manuscritos.

—Sabes que a Miguel y al resto les gusta eso de investigar y pasarse las horas muertas buscando información.

Ella le dio la razón.

—Tu tía es la que se verá sola en muchos momentos.

—Me sabe muy mal. Últimamente ni Sara ni yo tenemos tiempo de verla. Menos mal que mantenemos nuestra comida mensual.

—Podrías organizar una quedada como esas que hacíamos antes —le propuso él con entusiasmo—. ¿No las echas de menos?

—La verdad es que sí. —Sonrió con nostalgia—. Hemos compartido tantas experiencias y ahora estamos como desconectadas.

Apenas nos reconocemos.

Alejandra se acercó y lo besó.

—Sabes que eres mi ángel, ¿verdad?

Él le correspondió.

CAPÍTULO 35

Las cosas no estaban saliendo como Leonor Villacrés de Pousa esperaba. Todo parecía ir sobre ruedas hasta que, en su propia piel como Alejandra y mientras cenaba en compañía de Lluís, oyó en los medios de comunicación una noticia acerca del brutal asesinato de Anselmo Duarte.

Al escuchar a la periodista narrar los hechos y especular sobre los posibles indicios de aquella barbarie, Alejandra se quedó lívida. Dejó el tenedor sobre el plato, corrió al baño y cerró el pestillo de la puerta. Una vez dentro, vomitó lo poco que le había dado tiempo a comer. Después, se enjuagó la boca y se miró en el espejo.

No podía creer lo que acababa de oír.

Lluís, preocupado por la rapidez con la que Alejandra se había levantado de la mesa, golpeó la puerta del baño con los nudillos.

—Cariño, ¿estás bien?

—Sí, salgo enseguida —contestó, casi sin aliento y a punto de romper a llorar.

Cuando Lluís la vio aparecer, la abrazó.

—Estás pálida. Ven a sentarte —le propuso con dulzura.

—Me ha debido de sentar mal la cena —susurró.

—Pero si apenas has comido nada.

—Lo sé, pero me ha dejado el estómago fatal.

—Échate un poco en el sofá y descansa.

Alejandra siguió su consejo, aunque su mente se transportó a la sala de la galería INACFA y comenzó a revivir la conversación que tuvo con Anselmo Duarte y la arriesgada propuesta que le había hecho.

Esa noche apenas pudo conciliar el sueño. A la mañana siguiente, como siempre, Lluís se despidió de ella antes de partir.

—¿Seguro que te encuentras bien? —le preguntó preocupado—. Si no es así, avisa al trabajo y te quedas en casa.

—Tranquilo, vete ya, que vas a llegar tarde. Me encuentro bien,

de verdad.

Alejandra salía de casa en dirección al Hotel Palacio Vallier cuando sonó el teléfono de Leonor. Era Ernesto Egea, quien le narró, con pelos y señales, lo ocurrido con Anselmo Duarte.

—¿Abortamos la misión? —preguntó ella con un nudo en la garganta.

—No, todavía no. Ve al entierro y recopila toda la información que puedas —respondió Ernesto.

—No contaba con que pudiera suceder esto —confesó dolida.

—No seas ingenua. Cabía la posibilidad de que esto ocurriera. Ya sabes con quién estamos tratando.

Alejandra se quitó la venda de los ojos, esa venda que la había mantenido al margen de la cruda realidad. Le costaba reconocerlo, pero sí que era consciente del peligro al que se enfrentaba y al que arrastraba a los demás.

Cuando llegó a la puerta del hotel, entró en su *suite* y, una vez más, se transformó en Leonor, como si fuera un día cualquiera.

Tal y como le había indicado Ernesto Egea, Leonor Villacrés de Pousa entró en el Cementerio General y se unió al sepelio de Anselmo Duarte. Allí, el destino quiso que se encontrara con Marta Collado, quien, muy disgustada, le compartió que había sido despedida de INACFA por culpa de su compañero. A pesar de haberle deseado, en un rapto de ira, todo lo malo del mundo, jamás imaginó que terminaría asesinado.

Leonor congenió instantáneamente con Marta. Incluso consideró encontrarle un puesto en la empresa en la que ella trabajaba. Estaba segura de que los conocimientos de Marta como secretaria de uno de los directivos podía resultar valiosa. Lo que Leonor desconocía era que esa incipiente relación tenía los días contados: el sospechoso accidente de Marta Collado y el evidente desorden que la policía encontró en su casa dejaban claro que su muerte no había sido accidental.

Leonor comenzó a cuestionarse si estaba haciendo lo correcto. Y así se lo manifestó a Ernesto en una de sus citas en la plaza Redonda. Sin embargo, en lugar de disuadirla, su jefe la instó a continuar. Además, insinuó que ella podía ser la próxima víctima si se descubría su conexión con Duarte y Collado.

La cosa no pintaba nada bien para Leonor Villacrés de Pousa, con el agravante de que el inspector Valdés estaba con la mosca detrás de la oreja, ya que la había visto en una ocasión y creyó que era el calco de su cuñada.

Mientras Alejandra regresaba a casa, después de haber dejado a Leonor en el hotel, su cabeza era un torbellino de interrogantes, especulaciones y temores sobre lo que podría suceder en los días siguientes. Un enigma que, al menos para ella, no auguraba nada nuevo.

Esa noche, Alejandra tampoco pudo pegar ojo. Se encontraba inmersa en la búsqueda de una salida de semejante atolladero. Finalmente, se quedó dormida justo antes de que sonara el despertador y se sumergió en un vívido sueño que creyó casi premonitorio.

Se vio maniatada sobre una vieja silla de madera, en una nave abandonada. Tenía un dolor insoportable en la boca y un gusto a sangre entre los dientes. A pesar de la oscuridad del entorno, notaba la presencia de dos figuras junto a ella, igualmente atadas. Al intentar enfocar la vista para identificarlas, se sobresaltó al reconocer a Anselmo Duarte, inerte, y a Marta Collado con el rostro desfigurado. Quiso gritar de terror, pero no consiguió emitir ningún sonido. ¿Por qué no podía hablar? De pronto, una risa maliciosa y perversa se filtró entre las sombras, la cual levantó uno de sus brazos y le mostró un trozo pequeño de carne rojiza. Alejandra entornó los ojos para ver mejor y, horrorizada, gritó en silencio, al descubrir que ese trozo de carne era su lengua.

Se despertó envuelta en sudor y lágrimas. Saltó de la cama y corrió al espejo, abrió la boca y respiró aliviada al comprobar que todo estaba en su sitio. La horrenda pesadilla había quedado atrás, aunque le dejó un mensaje claro y directo.

En ese instante, calculó cuidadosamente sus siguientes pasos y los realizó al pie de la letra. En cuanto llegó al Hotel Palacio Vallier, subió rápidamente a su habitación y empacó todo lo que pudiera relacionarla con Leonor Villacrés de Pousa. No dejó más que un pequeño bolso para guardar la peluca y las pertenencias personales de Alejandra, junto a su ordenador portátil. Descendió por la escalera de incendios, cogió un taxi y lo llevó todo al piso de AIDA en la calle Cultura. Le pidió al taxista que la esperara, y antes de que pudiera dar

un paso más, sonó su móvil. Se extrañó al comprobar que la llamada era del hotel. Atendió con cierta inquietud, mientras sus pulsaciones se aceleraban. Era Carla, una de las recepcionistas que, con apuro, se disculpaba por llamarla tan pronto. Le mencionó la existencia de un sobre para ella, proveniente de la galería INACFA. Al escuchar los detalles de Carla, Leonor cayó al instante en la cuenta de que la fecha del sobre coincidía con el día en que Anselmo Duarte fue asesinado.

Su interés se intensificó. Esa noticia podía cambiar el rumbo de los acontecimientos. Aunque desconocía el contenido del sobre, la intuición le decía que sería algo sustancioso. Tenía que serlo. Alejandra sonrió, aunque su dicha duró apenas unos instantes, hasta que Carla mencionó que el día anterior un inspector de policía llamado Valdés había estado preguntando por ella y el sobre. Se sintió descolocada, la policía volvía a entrometerse. Tenía que reconocer que su cuñado sabía cómo hacer su trabajo.

Leonor rápidamente dejó sus maletas en el piso de AIDA y volvió al taxi en dirección al hotel. Carla la recibió cohibida, le entregó el sobre y Leonor se dirigió hacia el ascensor. Aprovechó que se encontraba sola, abrió el sobre y descubrió un *pendrive*. En cuanto entró en la *suite*, conectó el portátil e insertó el dispositivo. Mientras el ordenador se ponía en marcha, recogió las pocas pertenencias que había dejado y las guardó en su bolso de viaje.

Leonor atendió la llamada de recepción en la que le avisaban de que tres hombres subían a su habitación. Rápidamente huyó con el ordenador, el bolso de viaje y el abrigo. Activó la alarma de incendios y buscó la escalera de emergencia. Salió del hotel y subió al taxi que todavía la esperaba. Segundos antes de abandonar la plaza, dos coches de policía irrumpían velozmente con las sirenas encendidas y se detenían en la puerta del hotel. Ella reconoció al inspector Valdés enseguida.

Supo que Leonor Villacrés de Pousa tenía los días contados. Al menos, por ahora.

CAPÍTULO 36

El inspector Valdés entró en la comisaría a primera hora de la mañana con un mal sabor de boca. Se encontraba frustrado porque Leonor Villacrés de Pousa había desaparecido sin dejar rastro, llevándose consigo el *pendrive*. Hasta ahí le llegaba la mala suerte. Aunque quizá no era simplemente mala suerte, sino que, tal vez, la tal Leonor era más lista de lo que él había supuesto. Pero la situación empeoraba. Al interrogar a Carla, la recepcionista del hotel, le informó sobre la llegada de tres hombres que buscaban a la mujer en cuestión. El perfil de los tipos encajaba perfectamente con la descripción que había dado la comercial de la galería INACFA y también con el de los secuaces de Fonfría que custodiaban la central.

Por más que se habían esforzado en localizar a esa astuta mujer, no habían logrado obtener mucha información sobre ella y mucho menos sobre su paradero. Era como si se la hubiese tragado la tierra. Sabían que era una mujer adinerada, afincada en Miami, hija de un millonario. Sin embargo, no encontraron rastros de que hubiese salido de la ciudad en avión, ni tampoco que estuviese alojada en otro hotel, al menos no con ese nombre. Tampoco había utilizado su tarjeta de crédito en los últimos días, la cual estaba vinculada a una cuenta bancaria extranjera. Las puertas se le cerraban con Leonor Villacrés de Pousa y también con Augusto Fonfría. Vaya racha que llevaba últimamente. A lo mejor le venía grande la profesión. Ya estaba empezando a dudar de todo.

—Valdés, creo que tenemos algo... —pronunció el subinspector Roque acercándose a él.

—Hemos revisado las cámaras del hotel y las de los alrededores, tal y como sugeriste y, en efecto, se la ve a Leonor Villacrés de Pousa a diario en el hotel, así como entrando y saliendo, aunque hay un dato que nos tiene algo despistados.

—¿Ah, sí? ¿Cuál es? —El inspector lo miró fijamente. Cualquier pista podía ser de gran ayuda y no estaban en posición de

desaprovechar ninguna migaja.

—Hemos revisado también las cámaras de la escalera de incendios y, curiosamente, todos los días a las mismas horas, aparece una mujer que, aunque no es ella, sí que tienen cierta semejanza.

—¡Muéstrame esas imágenes! —ordenó el inspector.

Los policías se adentraron en otra sala y solicitaron a la agente de turno, que estaba sentada frente a un ordenador, que retrocediera el vídeo una y otra vez. Finalmente apareció la mujer a la que había hecho referencia Roque. Valdés se acercó lo más posible y pidió que ampliaran la imagen. Sus sospechas se confirmaban: reconoció a su cuñada Alejandra al instante. «¿¡Qué coño pinta ella ahí!?», pensó. Roque, por su expresión, también la había reconocido. Una vez fuera de la sala, en el pasillo, Roque le preguntó:

—¿Qué opinas? He preferido que lo vieras con tus propios ojos.

—Gracias... Estoy tan descolocado como tú. Seguro que tiene que haber una explicación lógica. Hablaré con ella.

Cuando Jesús Valdés llegó a casa, Sara ya estaba allí, y decidió indagar sobre su cuñada. Aunque debía ser cauteloso para que su mujer no sospechara.

—Mañana comemos en casa de Lluís y Alejandra, ¿no?

—Sí, claro, ya está encargada la paella.

—Por cierto, ¿qué tal le va a tu hermana en el trabajo? Apenas cuenta nada.

—Supongo que bien. Es cierto que no dice mucho, aunque si no se queja es buena señal. Recuerda que antes volvía todos los días quemada.

—¿Y qué revista es esa? —preguntó como si tal cosa.

—Uy... ¡qué curiosidad más repentina te ha entrado! ¿Pasa algo?

—Qué va a pasar —negó para no delatarse—. Simple curiosidad.

—No me acuerdo ahora del nombre, pero si quieres se lo preguntas dentro de un rato. Los he invitado a cenar algo rápido. Pensaba encargar unas pizzas. ¿Te parece bien?

—Sí, por mí perfecto.

Lluís y Alejandra llegaron a la hora acordada y con una botella de vino en la mano. La velada se desarrolló en armonía, aunque las incógnitas habían enturbiado la mente de Jesús. Necesitaba hablar con

su cuñada lo antes posible, no como policía sino como familiar preocupado. Esperó que surgiera la oportunidad. Mientras Sara charlaba con Lluís sobre un tema que apenas captó, Alejandra se dirigió a la cocina. Entonces, la siguió con la excusa de recoger algo.

—¡Estaba buena la pizza! —comentó él para romper el silencio.

—¡Qué susto me has dado! —exclamó ella con la mano en el pecho—. Sí, en esa pizzería las hacen siempre muy ricas.

Jesús la miró y pensó bien sus siguientes palabras.

—Alejandra..., es urgente que hable contigo —le dijo con discreción.

Ella se puso tensa. Presagiaba que no le iba a gustar lo que tenía que decirle.

—¡Conmigo! ¿Por qué? ¿Pasa algo? —preguntó, temiendo lo peor, pero con cara de no haber roto un plato.

—Por tu bien, espero que no —contestó con sinceridad—. Aunque necesito que me expliques por qué apareces en las cámaras del Hotel Palacio Vallier, en la escalera de incendios, justamente donde se aloja Leonor Villacrés de Pousa.

—No sé a qué te refieres. No conozco a esa mujer —negó con firmeza, pero con el estómago revuelto.

—Alejandra, deja ya de mentir. Lo que sea que haya pasado o lleves entre manos se acabó.

Ella se desmoronó. No tenía ningún sentido seguir negándolo. La había pillado, había sido solo cuestión de tiempo.

—Jesús, ahora no es el momento —le imploró.

—Lo sé. Te espero el lunes a primera hora en mi oficina.

—¿Me vas a interrogar? —le preguntó desconsolada.

—Tan solo quiero saber la verdad.

—De acuerdo —suspiró. Estaba atada de pies y manos—. ¡La tendrás!

En ese momento entró Lluís en la cocina y se quedó extrañado por el clima reservado que percibió.

—¿Ocurre algo? —preguntó con el entrecejo fruncido.

—Nada en absoluto —contestó Jesús, sonriente, mientras salía hacia el salón.

Lluís clavó los ojos en su mujer y la miró con recelo intentando descifrar el grado de franqueza.

—Cariño, ¿va todo bien?

—Claro que sí. —Alejandra le dio un suave beso en los labios que culminó con una sonrisa, mientras el estómago se le encogía cada vez más.

CAPÍTULO 37

Aquel mediodía de domingo, Alejandra Ferrer ultimaba los detalles para la comida familiar. Debería sentirse contenta, y en parte lo estaba. Hacía meses que no se reunían todos como antaño, pero la intranquilidad que sentía debido a los últimos acontecimientos en su papel de Leonor Villacrés de Pousa no le permitían concentrarse. Luego de recoger el *pendrive* del Hotel Palacio Vallier, se citó con Ernesto Egea para entregárselo. Desde aquella reunión, ya habían pasado tres días, y la llamada que recibió de su compañero unas pocas horas atrás le había dejado un mal presentimiento. Al parecer, la información que contenía era altamente confidencial, tanto que estaba cifrada con códigos internos, por lo que descifrarla sería una tarea larga y complicada. Solo podía esperar. A pesar de sus esfuerzos, tenía que reconocer que estaban de vuelta en el punto de partida. No tenían absolutamente nada que pudiera incriminar al malnacido de Augusto Fonfría. Y, por si eso fuera poco, la cosa no terminaba ahí. A pesar de haber limpiado meticulosamente la *suite* del hotel y liquidado la cuenta mediante un mensajero de AIDA, la investigación sobre su identidad falsa seguía en curso. No solo los matones de INACFA la buscaban, sino que el eficiente inspector Valdés, tras sus pasos, la había reconocido en el Hotel Palacio Vallier y tenía una cita pendiente con él en la comisaría. No tenía escapatoria posible. Se veía obligada a confesar.

Sus ánimos estaban a punto de estallar cuando oyó la voz de su marido.

—Cariño, ¡no has puesto las cervezas en la nevera! —le recriminó Lluís con la caja en la mano—. ¡Te ibas a encargar tú!

—¡Santo Dios..., se me ha olvidado! —pronunció ella con tono de disculpa.

—Alejandra, ¿dónde estás? —Lluís la sujetó por los hombros y le levantó la cara hasta que sus miradas se cruzaron.

—Las ponemos en el congelador hasta que vengan —murmuró

ella intentando arreglar el despiste.

—Sí, no hay problema, pero no me refiero a las cervezas. Perfectamente se me podían haber olvidado a mí, es que llevas varios días que te encuentro pensativa y distante.

—Estoy bien, algo cansada. Nada más —se justificó ella con una sonrisa fingida—. ¿Cuándo tienes que pasar a recoger la paella?

—Ya te comenté que la traerán Miguel y Jesús. No padezcas. Está todo controlado.

—Menos las cervezas… —susurró ella, aún apenada por el olvido.

Lluís asintió y la besó.

Alejandra entró en la cocina, les dio el último toque a los entrantes, preparó la mesa para ocho comensales y se propuso que sus preocupaciones no iban a interferir ni a estropear la tan ansiada reunión. Así que cuando sonó el timbre de la puerta, recibió a los invitados con su mejor sonrisa. Jesús y Miguel, tal como le había indicado su marido, entraron con la paella en las manos.

—¡Cuidado, que quema! —advirtió Miguel, y la colocó sobre la encimera. Luego le dio dos besos en las mejillas a la anfitriona—. ¿Cómo estás? Te veo muy bien.

—Muchas gracias —contestó Alejandra. Miguel siempre tenía la palabra adecuada para subirle el ánimo.

—Ahora vienen Sara y Rosa con Andreu y Rebeca —añadió Jesús al saludar a su cuñada que le dirigió una mirada un tanto escéptica.

A los pocos instantes, se oyó el murmullo de voces y risas que Alejandra tanto había añorado durante los últimos meses, seguidos por efusivos saludos y besos por doquier.

Sara se apresuró a ayudar a su hermana a llevar cosas a la mesa, mientras Rebeca y Tía Rosa se sumaban a la tarea con entusiasmo.

—No sabéis lo que me alegro de que estemos todos juntos otra vez —pronunció Tía Rosa en la cocina, con un punto de emoción.

Lluís entró y sacó de la nevera una botella de vino y un par de cervezas del congelador, mientras los demás hombres comentaban en el salón algo que Miguel había leído en el periódico.

—¡Todos a la mesa! —voceó Rosa, tratando de poner algo de orden entre tanto barullo.

Cada uno ocupó su lugar. Lluís descorchó la botella de vino y llenó las copas. La comida se desarrolló en un ambiente agradable, como en los viejos tiempos. En sus rostros se reflejaban esos efímeros

instantes de felicidad, momentos que no querían desperdiciar. Era la felicidad de estar con los seres queridos, con la gente que valoraban y apreciaban.

Después del postre, Tía Rosa desenvolvió una bandeja de dulces que colocó sobre la mesa para acompañar el café. En ese momento, Miguel se levantó y regresó de la cocina con una botella de mistela y otra de cazalla en mano.

—¡Veo que no se han perdido las buenas costumbres! —añadió Andreu al verlo con las bebidas, lo que provocó risas entre los presentes.

—Una comida de este nivel requiere un broche final así, ¿o no? —Miguel sonrió y mostró sus blancos dientes.

Todos le dieron la razón.

—A este paso no me va a caber el pantalón del uniforme —protestó Rebeca con guasa.

—Yo ya me he desabrochado el botón del mío —gritó Lluís mientras le hincaba el diente a uno de los pasteles.

—Ahora que estamos más animados —comenzó a decir Sara y se dirigió a Miguel—. Hace unos días, Alejandra y yo visitamos a los síndicos del tribunal.

—Me lo comentó Humberto —dijo Miguel y dio un sorbo del preciado licor—. A medida que nos adentramos en esas fuentes de sabiduría milenarias, me sorprendo más por los increíbles conocimientos de esos hombres, eruditos que predijeron hechos mucho antes de que sucedieran. Relatan con lujo de detalles sucesos a lo largo de la historia. ¡Es algo increíble! Hablan de reyes, reinas, artistas de la época, personajes conocidos y no tan conocidos, y de lugares ya desaparecidos.

Todos intercambiaron miradas. El mismo pensamiento se apoderó de sus mentes. No cabía duda de que estaban experimentando un *déjà vu*.

—¡Yo le riño! —interrumpió Tía Rosa—. Hay días que se va al amanecer y se pasa toda la mañana con los síndicos en la Casa Vestuario. ¡Ah..., y si yo no le llamo por teléfono para que venga a casa, se le olvidaría hasta que tiene que comer!

—No exageres, Rosa —protestó Miguel con cariño.

—¡Que no exagere! —prosiguió ella risueña—. Y lo peor de todo es que como me quedo sola, me tengo que mantener ocupada. Así que

tengo la casa como los chorros del oro.

—¡Más todavía, tía! —soltó Alejandra e hizo reír a todo el grupo.

Sara retomó la conversación.

—Humberto nos enseñó unos documentos hallados entre los manuscritos, datados a principios del siglo XVI, que iban sobre guerras, arte e incluso mencionaban algunos nombres, que ahora mismo no recuerdo, como mecenas de esa época. ¿Habéis averiguado algo más?

—Algo más sabemos al respecto —afirmó Miguel—. Hemos dado con una especie de código militar secreto, por así llamarlo, utilizado en el Reino de Valencia para ocultar información valiosa en tiempos de guerras o conflictos políticos; aunque aún estamos investigándolo. Pero mientras nos centrábamos en descifrarlo, descubrimos algo más: que existía otro código civil paralelo.

—¿Civil? —exclamó Alejandra sorprendida.

—Sí, a nosotros también nos ha llamado la atención, aunque después de valorar lo que sucedió en la época, sí que tiene sentido.

—¿Qué ocurrió? —se interesó Sara, y le llenó de nuevo la copa de licor para que aflojara la lengua. Miguel se lo agradeció con una mueca de simpatía.

—En esa época, la clase plebeya vivía oprimida por las injusticias y tiranías impuestas por los nobles, quienes los trataban como si fuesen esclavos. Ante el rumor de un posible desembarco de moros argelinos en las costas valencianas, Fernando el Católico decidió que los artesanos pudieran acceder a armas para defenderse ante un posible ataque. En 1519, una epidemia de peste desencadenó la huida de las autoridades, así como la mayoría de los nobles y personas notables de la ciudad. Tales acontecimientos provocaron que en 1520 el pueblo se sublevara contra los moros y contra los nobles, lo que dio inicio a la rebelión de las Germanías. Para ello, el pueblo nombró una junta de trece artesanos, conocida como la «Junta de los Trece». Entre sus integrantes se encontraba un pelaire, un vellutero, un tejedor de lana, un labrador, un tundidor, un curtidor, un guantero, un cordonero, un botonero, un cerero, un alpargatero y dos marineros. La palabra escogida para liderar la guerra fue *germá* que, como sabéis, significa «hermano». De manera que *germanía* quería decir «hermandad».

Miguel había logrado cautivar con sus palabras a cada uno de ellos, quienes se habían acomodado para escuchar el desenlace de la

historia.

—El Reino de Valencia se convirtió en escenario de sangrientos y cruentos enfrentamientos, donde miles de vidas se perdieron. Los agermanados llegaron a dominar por un tiempo el reino y la ciudad, lo que llevó al conde de Mélito, don Diego Hurtado de Mendoza, en ese entonces virrey y capitán general, a huir con su familia y criados junto con muchos de los nobles. Por otro lado, el marqués de Zenete, hermano del virrey, que destacaba por sus grandes dotes diplomáticas, se quedó en Valencia tras la derrota inicial de su hermano. Participó activamente en política y luchó en contra de la revuelta de las Germanías, lo que le otorgó el cargo de gobernador de la ciudad en 1521.

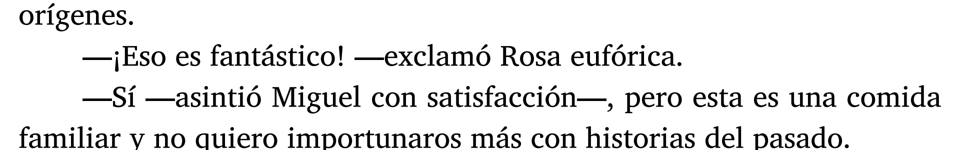
»Durante el periodo en que la Junta de los Trece fue dominante, y para combatir contra las fauces del poder, la hermandad se apropió de numerosos objetos de valor que pertenecían a la aristocracia. Algunos de estos objetos fueron quemados, mientras que otros fueron ocultados.

Miguel hizo una pausa para dar un traguito y continuó:

—La guerra entre las tropas reales y las Germanías duró tres años. Durante el conflicto, un ejército de moros se alió al rey y la nobleza, lo que desencadenó en linchamientos y ejecuciones en la plaza pública. En 1523, la clase noble emergió victoriosa y la mayoría de los agermanados fueron ahorcados, mientras que otros fueron brutalmente asesinados, con algunos de sus restos exhibidos en las puntas de los maderos a lo largo de los caminos reales. Se dice que «les sobró valor e intrepidez y les faltó dirección y tino». El desenlace de la rebelión de las Germanías resultó en un fortalecimiento de la autoridad real y la nobleza.

—¿Se sabe algo de los objetos que ocultaron? —preguntó Andreu con curiosidad.

—La hermandad que sobrevivió, dispersa entre los artesanos del reino, permaneció oculta durante muchos años después de los sucesos. Tal vez como acto de resistencia o quizá como tributo a la memoria de los agermanados y las víctimas de tales enfrentamientos. Para que su recuerdo perdurara en el tiempo, idearon un juego de palabras y señales; un código que solo ellos conocían. El caso es que nuestros queridos manuscritos edetanos nos han conducido a descifrarlo, y no solo eso, sino que ahora mismo estamos intentando rastrear sus



orígenes.

—¡Eso es fantástico! —exclamó Rosa eufórica.

—Sí —asintió Miguel con satisfacción—, pero esta es una comida familiar y no quiero importunaros más con historias del pasado.

—De acuerdo, pero queremos estar informadas de todos vuestros avances —añadió Sara, que llenó de nuevo las copitas de licor.

—Trato hecho —murmuró Miguel, y levantó la suya en alto—. Brindo porque repitamos esta comida más a menudo, y para que, en compañía de los síndicos, logremos descifrar la totalidad de los manuscritos.

—¡Y porque resolváis pronto esos misteriosos códigos que nos tienen tan intrigados! —apremió a decir Alejandra antes de mojarse los labios.

CAPÍTULO 38

El lunes por la mañana, como era costumbre, Alejandra se despidió de Lluís. Antes de salir de casa, recibió un wasap de Ernesto Egea, a quien previamente había informado acerca del contratiempo con el inspector Valdés, con la respuesta que esperaba:

> Acude a la cita con el inspector y responde con sinceridad a todas sus preguntas. No tienes nada que ocultar ni tampoco nada que temer.

Bajó a la calle y se dirigió a la comisaría. Frente a la fachada, le asaltaron las dudas. Consideró que sería mejor contarle los hechos a su cuñado que a alguien desconocido, así que se armó de valor. Cuando entró, el subinspector Roque fue el primero en dirigirse a ella, que la acompañó hasta el despacho del inspector Valdés y cerró la puerta quedándose fuera. De momento, la conversación iba a ser totalmente privada.

—¡Siéntate, Alejandra! —le dijo Jesús Valdés con cordialidad—. O quizá debería llamarte Leonor Villacrés de Pousa.

Ella obedeció y sonrió.

—¿Por dónde quieres que empiece? —Estaba dispuesta a no dejar nada en el tintero.

—Por el principio —contestó él con calma.

Estaba a punto de comenzar su relato cuando alguien llamó con los nudillos a la puerta. Valdés se contrarió y el subinspector Roque asomó la cabeza.

—Siento molestar, pero acaba de llegar el teniente Ariza con otro hombre y dice que necesita verte ahora mismo.

—Dile que ahora no puede ser. Que estoy ocupado —contestó con fastidio.

—Lo sabe, aun así, insiste. Dice que tiene algo que aportar.

—No entiendo nada —protestó Valdés.

—¡Por eso estamos aquí! —pronunció el teniente Ariza por detrás

del subinspector—. ¡Para aclararlo todo!

El teniente Ariza se abrió hueco entre Roque y la puerta y se adentró en el despacho en compañía de otro hombre.

—Perdone la intromisión, inspector, pero dada la situación es necesaria nuestra intervención. Le presento a mi compañero, Ernesto Egea.

—¡Alejandra! —la saludó Ernesto.

—¡Ernesto! —le correspondió ella, sonriente y segura, al sentirse de pronto respaldada.

—¿Os conocéis? —preguntó el inspector confuso ante la evidente familiaridad con la que se habían saludado.

Ellos asintieron.

—Muy bien —añadió Valdés con firmeza—, ¿quién va a ser el primero en contar qué está pasando aquí? Por cierto, Roque, ¡quédate tú también! No tiene sentido que te vayas. Al parecer, somos los únicos que no sabemos qué cojones está sucediendo.

Cada uno fue relatando los hechos y su tarea en semejante enredo. Ernesto Egea explicó que pertenecía a ARCA, mejor conocida como AIDA, la Asociación para la Investigación de los Delitos contra el Arte, y que su misión era perseguir a Augusto Fonfría y Ramiro Matoses. Detalló cómo reclutaron a Alejandra Ferrer y la entrenaron para el mismo propósito. También le informó que, en un principio, querían contar también con Sara Ferrer, pero no pudo ser.

—¿Con mi mujer? —exclamó el inspector, y se revolvió en su asiento—. ¿Y ella lo sabe?

—No, no lo sabe —aclaró Alejandra—. En ningún momento llegó a enterarse y nunca me acompañó a las citas. No quería ni oír pronunciar el nombre de Fonfría.

—¿Y durante seis meses nos has estado engañando a todos y viviendo una doble vida? —preguntó Valdés a su cuñada.

Ella asintió.

—Sospechaba que eras tú cuando te vi en el cementerio —confesó Valdés—. Algo no me encajaba. Nos conocemos demasiado bien. ¿Lluís sabe algo?

—Nadie sabe nada, salvo ahora tú —contestó Alejandra.

—¿Y las muertes de Anselmo Duarte y Marta Collado? ¿Qué papel juega ella en todo eso? —preguntó el inspector y miró a Ernesto Egea.

—Nada en absoluto. Estaba en medio, solamente. Sus muertes han sido daños colaterales. Cuando se trata con gente de la calaña de Fonfría y Matoses, esos riesgos son parte del juego. Para ello, cuentan con personal entrenado y sin escrúpulos que se encarga de hacer el trabajo sucio. Lamentablemente para todos nosotros, ambos consideran que las personas son fácilmente reemplazables.

—Me conozco el tema —pronunció Valdés con asco.

—El único modo de derrotarlos —intervino el teniente Ariza— es confiscar sus bienes y, para lograrlo, debemos librar una verdadera lucha contra el lavado de dinero generado por la compraventa de objetos de arte. Estamos investigando sus sistemas financieros a nivel nacional e internacional, muchos de los cuales operan con niveles preocupantes de anonimato y falta de transparencia. Buscamos cualquier fisura por la cual podamos inmiscuirnos.

»Además, tenemos constancia de que en pocos días trasladarán mercancía desde el puerto libre de Ginebra, posiblemente almacenada allí durante décadas. Desconocemos su propósito exacto: si se trata de una venta o una compra, ni tampoco de qué tipo de material se trata, pero estamos en ello.

Hubo unos instantes de silencio mientras todos asimilaban sus palabras.

—¿Qué contiene el *pendrive* que todos queremos? —preguntó el inspector Valdés con curiosidad.

—De momento, no lo sabemos. La información dentro está encriptada —contestó Egea—. Tenemos un equipo que está trabajando en descifrarla. Mantenemos la esperanza de que nos revele datos incriminatorios.

—Ya... De momento, solo tenemos rumores, especulaciones y mucho humo, pero no sabemos dónde está el fuego ni como extinguirlo —pronunció Valdés hastiado—. Entonces, usted, teniente Ariza, también trabaja para ARCA. ¡Vaya... es usted una caja de sorpresas!

—En efecto. Creo que ya es hora de que nos tuteemos, inspector. —Valdés asintió con la cabeza—. Que hayas descubierto la identidad de Leonor tan solo ha acelerado este proceso. Nuestra intención era ponerte al tanto sobre la organización, y unir nuestras fuerzas y recursos para alcanzar un objetivo mutuo. ¿Qué opinas?

El inspector Valdés sopesó la propuesta. Dirigió una mirada al

subinspector Roque y, finalmente, aceptó.

CAPÍTULO 39

En el despacho del inspector Valdés, la conversación se estaba poniendo interesante. Aclarados ya los enredos y malentendidos, intentaban tejer un buen plan para atrapar a Augusto Fonfría y Ramiro Matoses. Desde el principio, sabían que la situación no pintaba demasiado bien; cada uno de los presentes ofrecía propuestas diversas en un intento por aportar su granito de arena. Sin embargo, todos conocían a Fonfría de una manera o de otra, ya fuera por sus acciones, o por su notoriedad y poder.

El inspector Valdés había liderado un caso, años atrás, en el que Fonfría resultó acusado de una retahíla de delitos. Incluso consiguió meterlo entre rejas durante una temporada. Conocía bien su astucia y de lo que era capaz de hacer. Sin embargo, era Alejandra la única de todo el grupo que realmente sabía cómo era. Sabía de su crueldad, su frialdad y su inmensurable afán de protagonismo, combinado con una ambición ilimitada. Por azares del destino, se habían visto envueltos en una intensa búsqueda de doce llaves, que los llevó por pasadizos nunca antes explorados y a resolver acertijos desafiantes. Mientras repasaba sus aventuras, el recuerdo de su padre, Jorge Ferrer, acudió a su mente. Si bien siempre lo tenía presente, ahora se manifestaba con más intensidad: reclamando justicia, exigiendo una venganza que llevaba veintiocho años demorada. Hay causas que, con el tiempo, se enfrían hasta desintegrarse o desaparecen en el olvido, pero otras se enquistan, infectan y envenenan la sangre. «Llega un punto en el que tienes que sanear y curar la herida, o perecer de pena e impotencia», reflexionó. Aunque ese no sería su destino. No. Se negaba rotundamente. No era el momento de rendirse, sino de luchar con más fuerza que nunca. Además, no estaba sola. Jamás habría imaginado tener aliados de ese calibre en esta batalla. Había llegado el momento. Había llegado su momento.

Aunque había que pulir detalles y atar flecos sueltos, todos coincidían en que debían culminar la misión con éxito. Era crucial poner todas las cartas sobre la mesa; desplegar toda la artillería pesada si fuera necesaria, aunque siempre guardando un as en la manga o una bala de repuesto en la recámara.

—Además de todo lo discutido, a mí me gustaría plantear otra condición —añadió Ernesto Egea con firmeza.

—Te escuchamos, Ernesto —dijo el teniente Ariza.

—Creo que a esta misión le falta la mitad del puzle. Solicito que Sara Ferrer también participe —concluyó, y miró al resto de los presentes.

—¡No estoy de acuerdo! —protestó el inspector Valdés enérgicamente y con preocupación.

—Entiendo tu negativa, Valdés —intervino Egea—. Posiblemente hubiera reaccionado igual si se tratara de mi mujer. Pero lo cierto, y debes reconocerlo, es que las dos hermanas hacen un buen equipo. Ya lo han demostrado con creces en ocasiones anteriores. Nuestra idea inicial era fichar a las dos, pero no pudo ser.

—En efecto —tomó la palabra Alejandra—, no pudo ser porque mi hermana no estaba, ni está, dispuesta a intervenir en nada relacionado con Augusto Fonfría. Ella sostiene que él ya nos ha amargado suficiente la vida.

—Pues tienes que convencerla —insistió Egea—. Hay que volver a intentarlo.

—¡Reitero mi desacuerdo! —manifestó Valdés alterado—. Si hasta ahora la misión se ha hecho sin ella, no lo veo necesario.

—La misión tan solo acaba de empezar —apuntó Egea—. Insisto en ello.

—Que sea Sara Ferrer la que decida, es la opción más justa —concluyó el teniente Ariza.

El inspector Valdés apretó la mandíbula.

—De acuerdo, que sea Sara quien decida.

Alejandra reflexionó un momento. Sabía que pedirle eso a su hermana no sería como invitarla a una fiesta; detrás había muchos riesgos involucrados. Jamás se perdonaría si algo le llegara a suceder a Sara; la culpa le perseguiría por el resto de sus días.

A pesar de ello, accedió. Aunque tenía claro que no la iba a presionar y mucho menos, coaccionar. Simplemente le comentaría la

situación y punto.

Alejandra llegó a su casa hecha un mar de dudas. Al entrar, no se percató de que Lluís ya se encontraba dentro. Fue directamente a su habitación para ponerse ropa más cómoda, cuando vio que encima de la cama de matrimonio estaba abierto el bolso de viaje de Louis Vuitton y todo su contenido esparcido a su alrededor. Instintivamente se llevó una mano a la boca.

—¿Me puedes explicar qué es todo esto? —exigió Lluís, que estaba sentado en un extremo del cuarto, medio oculto en la penumbra.

Alejandra se sobresaltó al advertir su inesperada presencia. Creía que había escondido bien el maletín, pero a la vista estaba que lo había encontrado. En un segundo se cuestionó si valía la pena continuar con la farsa o revelar la verdad y hacerlo cómplice.

—Te quería dar una sorpresa —añadió Lluís decepcionado—. Te había comprado un regalo y buscaba un buen lugar para ocultarlo. Pero la sorpresa me la he llevado yo.

—Te lo puedo explicar… —musitó ella mientras recogía la peluca, las lentillas y demás enseres de su alter ego.

—¡Adelante, entonces! ¡Te escucho! —dijo él y se cruzó de brazos, a la espera de una explicación convincente.

—Te mentí al decirte que me habían contratado en una revista *online*.

—¡Empezamos bien! —gritó Lluís cabreado.

—La verdad es que estoy trabajando para ARCA. Es la Association for Research into Crimes against Art, o lo que es lo mismo: Asociación para la Investigación de los Delitos contra el Arte.

—Perdona, ¡¿te importaría ser más explícita?! —Lluís frunció el entrecejo—. ¿Qué tienes tú que ver con el arte?

—Tenía que hacerme pasar por la hija de un multimillonario argentino, que reside en Miami. De ahí la peluca y todo eso…

—Tu pasión repentina por ver películas y documentales en argentino finalmente ya tiene sentido —interrumpió Lluís, que ataba rápidamente los cabos—. ¡Continúa!

—Me instruyeron en el mundo del arte para conseguir información confidencial.

—¿Has estado haciendo de espía, con una identidad falsa? —Lluís no podía dar crédito a lo que su mujer le estaba contando.

—¡Algo así! —asintió.

—¿Desde hace cuánto tiempo?

—Unos seis o siete meses —pronunció vacilante.

—Siete meses y yo sin darme cuenta de nada. —Se llevó las manos a la cabeza—. ¿Cómo he podido ser tan gilipollas? ¿O es que te lo has estado montando muy bien?

—Nunca he salido disfrazada de aquí, lo hacía desde una *suite* en el Hotel Palacio Vallier.

—¡Joder y encima a lo grande! —La conmoción que le embargaba en ese momento oscilaba entre el estupor y la admiración —. ¿Y con qué finalidad, si se puede saber, u objetivo, misión o como coño quiera que lo llaméis?

—Atrapar a Augusto Fonfría. —Su respuesta fue directa y tajante, sin atisbo de duda.

—¡Acabáramos! —bramó Lluís exaltado—. ¡Cómo no! Tenía que ser el puto Fonfría, otra vez. ¡Ojalá ese tío estuviera muerto para que todos pudiéramos descansar tranquilos!

Lluís se levantó y dio unos pasos, como un león enjaulado, mientras intentaba asimilar la confesión. Luego se detuvo frente a ella:

—¡Alejandra, creía que habías pasado página!

—¡No fui yo quien buscó esto, te lo juro! —se apresuró a explicar —. ¡Fue ARCA! Ellos me reclutaron y entrenaron. Sabían todo sobre nosotros, nuestras vidas, incluso las de Sara y Jesús. Llevan años controlando nuestros movimientos y conocían perfectamente que Fonfría era nuestro principal enemigo.

—¡Único enemigo, diría yo! —gritó mordaz, enconado por la situación—. ¿Y se han aprovechado de ello para convencerte sin importar los riesgos que pudieras correr? ¿No te das cuenta de que a esa gente no le importas tú, de que tan solo eres un medio para conseguir sus propósitos?

—No, Lluís. No es así. Perseguimos lo mismo.

—¿Sabes lo que más me duele? —dijo decepcionado, sentándose a su lado—. ¡Que no hayas confiado en mí para contármelo!

Sus palabras se clavaron en ella como astillas de metal.

—No me digas eso, por favor. Confío en ti más que en nadie en el mundo. Cuando recibí la propuesta, estabas de viaje y todo ocurrió sin

apenas darme cuenta.

Alejandra se llevó las manos a la cara. Estaba tan cansada de todo que no pudo contener las lágrimas.

—Entiendo que estés cabreado conmigo —murmuró entre sollozos—. Me he dejado llevar por el rencor y la venganza que me corroen y sacan lo peor de mí. Si no cuento contigo, yo no sé. No sé…

Lluís la abrazó. No soportaba verla llorar. La quería demasiado. Se acercó a su oído y le preguntó en un susurro:

—¿De verdad que eres una espía?

Entre lágrimas, Alejandra levantó el rostro y asintió.

Seguidamente, él la besó.

CAPÍTULO 40

Esa noche, tumbados sobre la cama, Lluís y Alejandra tuvieron una larga conversación en la que ella le explicó todos los pormenores de su trabajo como espía. Le contó sobre las muertes de Anselmo Duarte y Marta Collado, de la huida forzosa del hotel con el *pendrive* en su poder, y del encuentro con su cuñado Jesús en el cementerio, donde estuvo a punto de ser descubierta. No omitió ningún detalle. También le contó acerca de la conversación con Jesús en la cocina de su hermana, la noche que cenaron allí, y también sobre la visita a la comisaría y el plan que habían trazado para atrapar a Fonfría.

—¿Estás segura de que quieres continuar con esto? —le preguntó, preocupado por su seguridad.

—Sí, lo estoy. Además, confío en el equipo. Me han demostrado estar allí cuando se los necesita.

—Te vas a embarcar en algo difícil y arriesgado —le advirtió, consciente de que no cambiaría de opinión—. Recuerda que hemos pasado por situaciones parecidas y han sido muy angustiosas.

—Lo sé, pero quiero hacerlo, y también me gustaría poder contar contigo. Con tu apoyo incondicional, en la medida de lo posible.

—Sabes que lo tienes. Estoy algo desentrenado en eso de forzar cerraduras, pero imagino que será como montar en bici, algo que nunca se olvida.

—Seguro que sí. —Ella sonrió—. ¡Es imposible quererte más de lo que te quiero!

—Zalamera… que eres una zalamera. —Lluís comenzó a hacerle cosquillas que desembocaron en carcajadas, después la cubrió de besos y caricias e hicieron el amor.

A la mañana siguiente, y aprovechando que era día festivo, Lluís y Alejandra subieron a casa de Sara y Jesús después de desayunar para hablar sobre el tema. Fue Jesús quien les abrió la puerta.

—Adelante —susurró no demasiado contento—. ¡Ya lo sabe! ¡Se lo conté todo anoche!

Alejandra entró en el salón y vio a su hermana. Sus marcadas ojeras revelaban su estado de ánimo.

—Hola —saludó amistosamente.

—Hola —contestó Sara—. Llevo toda la noche sin poder pegar ojo.

—Ya me imagino. Yo también.

—¡Sabéis que sería volver a embarcarnos en situaciones que nos vienen grandes!

Alejandra asintió.

—No tienes por qué unirte. —En su voz no había ni un ápice de reproche.

—¿Es que habéis olvidado los años que hemos vivido? —Sara alzó el tono. Parecía no oír más allá que sus propios pensamientos.

—Sara, los recuerdo perfectamente, y sí, se me ponen los pelos de punta al recordar algunos de esos momentos, pero algo en mi interior me dice que debo hacerlo, que no puedo quedarme de brazos cruzados. Al igual que me empujó en ese entonces. No trato de convencerte, solo quiero que estés enterada. No quiero volver a mentir ni ocultar información, y menos aún discutir contigo por ese hombre. Como acordamos, respetaré tu decisión. Sea cual sea, no te juzgaré. Te lo prometo.

Sara se acercó al ventanal y miró hacia la calle, aunque sus ojos no veían nada de lo que tenía enfrente. Una espesa neblina dificultaba su visión, mientras su mente se enredaba en un torbellino de contradicciones sin respuesta y daba vueltas y más vueltas como una peonza desbocada.

—Lluís —susurró Alejandra—, creo que sería mejor irnos y dejar que mi hermana reflexione sobre su decisión.

Jesús se levantó para acompañarlos a la puerta. Aún no habían avanzado ni un par de pasos, cuando Sara exclamó:

—¡Acepto! No sé si me arrepentiré luego, supongo que sí, pero no puedo dejarte sola en esta lucha. Nos incumbe a las dos por igual. Empezamos esta batalla juntas, ¡y juntas la debemos terminar!

Alejandra se acercó a ella y la abrazó. Sintió el calor de su hermana y la fuerza con la que la acogía.

CAPÍTULO 41

Sara y Alejandra Ferrer se habían unido en una nueva aventura. Habían pasado demasiado tiempo en modo *off*, totalmente inactivas, pero ya era hora de despertar, de saldar viejas cuentas pendientes y hacer justicia. La vida había sido generosa con ellas, aunque también cruel en ciertos aspectos. Aun así, habían sido bendecidas por el amor de una familia unida, y por eso, agradecían cada día.

Sentadas en una cafetería de la plaza de la Virgen, el móvil de Alejandra le anunció la entrada de un mensaje de WhatsApp. Sonrió al ver que era de Ernesto Egea. Le indicaba que la documentación que necesitaba se encontraba en el «nido». Alejandra sabía perfectamente qué significaba esa palabra y a qué lugar se refería.

—Vamos... —le dijo a su hermana después de pagar la cuenta.

—¿A dónde?

—¡Ya lo verás! ¡No está lejos de aquí!

Atravesaron la calle Micalet y la plaza de la Reina hasta adentrarse en la calle San Vicente. Doblaron por la iglesia de San Martín hasta llegar a la calle Cultura. Alejandra se detuvo en uno de los portales. Subieron a la segunda planta e invitó a entrar a Sara en uno de los pisos.

—¿De quién es? —le preguntó Sara mientras curioseaba por el lugar.

—De AIDA. Aquí es donde me formaron durante varios meses.

—Entonces, ¿esta era tu oficina ficticia?

Alejandra asintió. Cogió una carpeta que había sobre uno de los escritorios, la hojeó, volvió a cerrarla y la guardó dentro de su bolso. Ya había leído todo lo que necesitaba saber. Luego, se adentró en el largo pasillo y se perdió en una de las inmensas habitaciones. Sara la siguió hasta encontrarla. Cuando la vio, se quedó sin palabras, completamente anonadada.

—¡La hostia! —exclamó al ver aquel espectacular y completísimo vestidor—. ¡Aquí hay de todo! —opinó mientras sentía el suave tacto

de un abrigo—. ¿Puedes coger lo que quieras? —le preguntó.

—¡Solo para trabajar, no te hagas falsas ilusiones! —contestó su hermana, concentrada en buscar algo en concreto, sin prestarle demasiada atención.

Sara se detuvo en los cajones de las joyas, sin poder cerrar la boca. Cogió un reloj Rolex y se lo probó en la muñeca para ver cómo le quedaba. Luego hizo lo mismo con un Cartier.

—¡Así que era de los chinos! —voceó—. Y yo que me lo había creído —pronunció a media voz. Dejó el reloj en el mismo lugar de donde lo había cogido y tomó unos pendientes de Chopard—. ¡Estos son divinos! ¿Has visto lo bien que me quedan?

Alejandra la miró de reojo:

—¡Sara, déjalos donde estaban! Son de oro blanco, zafiros y diamantes, ¡rondan los treinta mil euros!

—¿De verdad? ¡Madre mía! —Sara obedeció al instante y con sumo cuidado puso las joyas en su lugar. Prefería no saber el valor de todo eso. Solo pensar en la posibilidad de que algo se cayera y la hipotecara de por vida le daba escalofríos.

—¡Ya lo tengo! —gritó Alejandra que llevaba una pequeña cajita en la mano.

—¿Has visto qué zapatos? —Sara estaba absorta en todo lo que tenía delante, en estado de *shock*—. Siempre he querido unos Jimmy Choo como estos… ¡y con el bolso a juego! ¡Esto es demasiado bonito para ser verdad!

Alejandra la miró. Recordaba haber reaccionado igual que ella la primera vez que vio ese arsenal de ropa y complementos.

—¡Vámonos! —gritó. La agarró de la mano y tiró de ella.

—¡Ya! —protestó Sara, enfurruñada como una niña a la que obligan a salir de una tienda de juguetes.

Una vez en la calle, Sara recuperó la compostura.

—¿Ya tienes lo que buscabas? —le preguntó.

Alejandra abrió la pequeña caja delante de ella.

—Estos diminutos auriculares con micrófono nos permitirán comunicarnos entre nosotras cuando empiece el lío.

—¡Parecen de última generación! —exclamó Sara.

—¡Lo son! Me han asegurado que son los mejores del mercado —le confirmó.

—Da gusto trabajar con una empresa que no escatima en gastos

—remató Sara, y añadió—: ¡Señoras y señores…, empieza la función!

Alejandra soltó una sonrisa al verla tan efusiva. Sara estaba volviendo a ser quien era. Percibía que estaba empezando a cogerle el gustillo a la situación y que estaba recuperando su espíritu aventurero y arriesgado, aunque confiaba en que mantuviera su sensatez. La iba a necesitar. La adrenalina que había estado retenida en el tiempo salía de su zona de confort y comenzaba a extender sus alas. Ahora tenían que estar más unidas que nunca. ¡Lo presentía!

CAPÍTULO 42

A primera hora de la mañana, Victoria Quirós llamó por teléfono a Augusto Fonfría. Temía molestarlo por la premura, ya que sabía que estaría, como de costumbre, en su gimnasio privado o disfrutando de algún masaje relajante, pero no se había podido contener por más tiempo. En cuanto Fonfría descolgó el teléfono ella descargó toda su ansiedad.

—Señor Fonfría, lamento llamarle tan pronto —se disculpó.

—No te preocupes, Victoria, dime. Así me tomo unos minutos de descanso.

—Tenía razón, señor.

—¿A qué te refieres?

—He estado controlando los pasos de las hermanas Ferrer y su comportamiento me dice que están tramando algo. Están repitiendo los mismos patrones que la vez anterior: han vuelto a frecuentar la Casa Vestuario y visitar a los síndicos.

—Ya te advertí, Quirós, que esas hermanas no son una familia normal. Ni trigo limpio tampoco. Siempre se están metiendo en líos.

—Lo recuerdo perfectamente, señor, y también me dijo que las apariencias engañan. —Victoria sonrió. Cuando la llamaba por su apellido significaba que el tema le interesaba.

—Exacto. ¡Céntrate, averigua todo lo que puedas y mantenme informado! —pronunció con carácter—. Mañana salgo para Ginebra, tengo un asunto importante que resolver. Cuando regrese, hablaremos.

—Sí, señor. Así lo haré. Le enviaré un informe completo.

Fonfría colgó el teléfono y una cascada de recuerdos invadió su mente: las hermanas Ferrer y los síndicos del Tribunal de las Aguas. Siempre que estos se unían, surgían descubrimientos suculentos, pensaba. ¿Sería igual esta vez? Si era así, no estaba dispuesto a dejarlo pasar.

Ramiro Matoses entró en el edificio de INACFA. Saludó a la recepcionista e hizo una seña a los dos hombres de traje negro que custodiaban el vestíbulo, antes de entrar en el ascensor. Cuando llegó a la última planta, pasó al despacho de Fonfría, quien estaba acompañado de su hija. Matoses los saludó y tomó asiento.

—Ya ha dado señales de vida Leonor Villacrés de Pousa —comentó Erika Fonfría—. Creíamos que se había esfumado, pero no. Hace un par de días se presentó en la galería de INACFA y participó en la subasta que se llevó a cabo.

—¿Compró algo? —preguntó Ramiro Matoses.

—Adquirió una obra de Fran Salma —añadió Augusto.

—Es un artista de poca monta —añadió Matoses sin darle demasiada importancia—. ¿Por cuánto? ¿Trescientos, quinientos euros?

—¡Un millón! —exclamó Erika.

Matoses se incorporó de su asiento.

—Al parecer —continuó Augusto—, la misteriosa coleccionista ha decidido apostar por él, y lo hace a lo grande.

En ese momento, Fonfría le mostró una afamada revista de arte en la que aparecía una foto de Fran Salma con algunas de sus obras, y posaba junto a su «mecenas» Leonor Villacrés de Pousa. La foto iba acompañada de un extenso artículo en el que se alababa el buen ojo de la mujer, así como sus intenciones de financiar al artista y llevarlo a lo más alto.

—Si todo lo que dice aquí es cierto, el estatus de ese tal Salma subirá como la espuma, y también el valor de sus obras —afirmó Matoses.

—Así es —bramó Fonfría—. Debemos seguir de cerca al artista y su evolución. Pero lo más importante es dar con esa mujer que desaparece y reaparece cuando le da la gana. Ya se nos escapó una vez...

—Papá, no sabemos qué datos ni qué información nuestra puede tener, y ten en cuenta que es una buena clienta. Quizá sería prudente acercarnos a ella más como aliados que como enemigos.

Matoses y Fonfría sopesaron la sugerencia.

—¡Erika, puede que tengas razón! —exclamó su padre, orgulloso de su astucia—. ¡Veo que aprendes rápido! ¡Encárgate de ello! Ya sabes lo que tienes que hacer.

Ella asintió.

—Mañana partimos hacia Ginebra —intervino Matoses—. Está todo arreglado. He quedado con el comprador y acordado el precio. Ya es hora de que el Picasso vea la luz y cambie de dueño.

—Nos vemos a la vuelta, entonces —añadió Erika—. Brindaremos con champán por este éxito.

Los tres sonrieron.

Sara Ferrer anduvo por la plaza de la Reina hasta que encontró la cafetería que buscaba. Enseguida localizó a su excompañero de clase, Fran Salma. Nada más verla, se levantó y le dio dos besos en las mejillas.

—¡Enhorabuena por tus éxitos! —lo felicitó Sara.

—Gracias, todavía no me lo puedo creer —respondió Fran con emoción—. Y pensar que hace apenas un año no sabía ni dónde iba a exponer.

—Sí, a veces la vida nos recompensa por todo el trabajo —alegó Sara, feliz por él.

—¡Apareció de la nada! Me refiero a Leonor, ¡ese ángel! Va a financiar todo mi trabajo. Voy a exponer en los mejores museos. —Su barbilla temblaba de emoción—. Estoy como en una nube. Es una mujer tan encantadora. Tienes que conocerla. —Movió las manos, nervioso, y las colocó sobre las de Sara—. ¡Te la presentaré! Me chifla su acento argentino, es tan elegante. ¡Hay algo en ella que me recuerda mucho a tu hermana! Aunque reconozco que Alejandra es más guapa, pero es que Leonor es tan estilosa.

—Ya me imagino. Con el dinero que tendrá —murmuró con una mueca de alegría.

—¡Uf…, mucho, muchísimo! ¡Qué suerte he tenido de que se cruzara en mi camino!

—Te lo mereces tanto, Fran.

Sara lo abrazó.

CAPÍTULO 43

Alejandra Ferrer no pensaba salir de casa ese día, salvo para pasear a Thor, como acostumbraba. Tenía trabajo que hacer. El informe que había recogido en el «nido» contenía documentación exhaustiva sobre la vida y obra de Michelangelo Merisi, mejor conocido como Caravaggio, que debía memorizar si quería interpretar bien su papel. Mientras tanto, Sara le envió un wasap que la hizo reír, seguido de dos emoticonos cariñosos:

> No me puedo concentrar en la clase de yoga por
> tu culpa.

Se dirigió a la cocina y le sirvió su alimento a Thor, después rellenó su cacharro con agua fresca. El animal la miró con cariño antes de dar unos lametazos y remojarse el hocico. Ella le rascó la cabeza y luego detrás de las orejas, sabía que eso le gustaba. Cuando terminó se preparó el desayuno y se sentó a disfrutarlo. Mientras mordisqueaba la tostada con tomate y aguacate, abrió la carpeta decidida a empollarse la tediosa biografía del pintor. Desde las primeras líneas, quedó prendada por su vida personal tan llena de agitación debido a su fuerte temperamento. Aunque lo que más la impresionó fue su prolífica carrera artística, a pesar de su corta vida.

Existían tantas obras del artista que era imposible memorizarlas todas. Cogió un bolígrafo y se puso a subrayar todo lo que consideró importante. En ese momento, oyó el sonido de uno de sus móviles. Al levantar la cabeza observó que el que sonaba era el teléfono de Leonor y que la llamada era del Hotel Palacio Vallier. Sorprendida, atendió:

—¡Dígame!

—Buenos días, doña Leonor, disculpe que la moleste. Soy Carla, del Hotel Palacio Vallier.

—Decime, Carla, ¿pasa algo? Está todo liquidado, ¿no? —preguntó con su acento argentino.

—Sí, sí, no la llamo por nada de eso. Sé que ya no se aloja en el

hotel, pero es que ayer a última hora recibimos una carta para usted. La persona que la dejó insistió en que se la entregáramos lo antes posible.

Alejandra se quedó muda.

—Doña Leonor, ¿está usted ahí? —preguntó la joven al no obtener respuesta.

—Sí, Carla, estoy pensando en cómo ir a buscarla. Ahora estoy de viaje, pero a lo largo de la mañana pasará un mensajero.

—De acuerdo. Ya sabe que estamos aquí para lo que necesite.

—Gracias, Carla.

Alejandra cerró la carpeta. La intranquilidad le impedía concentrarse. Contactó a una empresa de mensajería y se limitó a esperar. Apenas había transcurrido una hora cuando sonó el timbre de la puerta. El chico le entregó el sobre y se marchó.

No llevaba remitente, solo el nombre de Leonor Villacrés de Pousa. Sin vacilar, lo abrió. Nada más ver su interior, sonrió. Parecía que las piezas empezaban a moverse en el tablero. Ahora, debían ser astutos y muy hábiles si querían hacerlas bailar al son de la música que ellos tocasen.

Buscó en su móvil el teléfono de Ernesto Egea y le envió un mensaje:

Estoy invitada al yate de Augusto Fonfría,
el sábado por la noche.

Al instante, Egea respondió, seguido de unos aplausos:

Eso es mucho más de lo que esperábamos. ¡Lo
harás bien!

Al atardecer, el teniente Ariza entró en la comisaría Ciutat Vella y buscó al inspector Valdés, quien sostenía una charla con el subinspector Roque. Los tres entraron en el despacho y cerraron la puerta.

—¿A qué se debe esa expresión tan satisfecha? —le preguntó Valdés al ver la sonrisa en su rostro.

—Traigo buenas noticias —añadió, y captó la atención de ambos policías.

—Hemos truncado la operación que Fonfría y Matoses llevaban entre manos en el puerto libre de Ginebra.

Valdés se regocijó imaginando la cara de impotencia de Fonfría.

—Al parecer, se citaron con otro coleccionista de características similares y pretendían venderle un Picasso robado que llevaba desaparecido varias décadas. La obra ha sido incautada por ARCA y las autoridades italianas que han colaborado con las suizas.

—Deduzco que esa es la parte buena, pero sospecho que la cosa no termina ahí..., ¿verdad? —especuló Valdés.

—Así es, inspector. La obra está en nuestro poder, pero aún carecemos de las pruebas necesarias para detener a Fonfría y Matoses. Por desgracia, sus trapicheos están tan bien tramados que siempre salen ilesos.

—Me lo temía —concluyó Valdés desalentado—. Es lo que tiene estar bien asesorado en todos los niveles, sobre todo en el arte de incumplir la ley. ¡Qué casualidad que siempre bordean la justicia y nunca cruzan ninguna línea!

—Sí, pero algún día tendrán un desliz y será entonces cuando nosotros los atrapemos —apuntó con optimismo el subinspector Roque.

—Veamos el lado positivo de todo esto —añadió Ariza con entereza—. Si los planes de Fonfría no salieron como esperaba, estará rabioso. ¡Qué digo rabioso! Estará furioso, y esa actitud puede jugar a nuestro favor.

—¿Por qué? —preguntó Roque sin captar el mensaje.

—Porque estará más receptivo y más vulnerable.

Valdés valoró su observación y asintió con la cabeza.

—Por otra parte, Fonfría ha entrado, sin saberlo, en nuestro juego. Quiere tener a Leonor Villacrés de Pousa de su lado y eso nos beneficia.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Valdés.

—La ha invitado a una fiesta en su yate que dará el fin de semana que viene.

Jesús Valdés hizo una mueca, visiblemente preocupado.

—Temo que pueda reconocerla. ¡Yo tuve mis sospechas en cuanto la vi!

—¡Hemos de correr el riesgo! Confía en tu cuñada, hará bien su papel. De todas formas, estaremos cerca, vigilando la situación.

CAPÍTULO 44

Los días previos a la cita habían resultado ser un tormento de dudas para Alejandra y, por si eso fuera poco, los temores de Lluís y Sara exacerbaron su intranquilidad. Su marido le había repetido muchas veces que no acudiera, que lo dejara, que no valía la pena arriesgar su vida por una venganza que ya no tenía remedio. Sin embargo, ella se mantuvo firme en sus decisiones, decidida a cumplirlas sin titubear. Por ello, cuando llegó el temido sábado, solo quedaban algunos detalles por ajustar. Se sabía la lección y el papel que debía desempeñar al dedillo. ¡No tenía por qué salir mal!

A mitad de tarde, Alejandra llegó al edificio de la calle Cultura en compañía de su hermana, quien se había negado rotundamente a dejarla sola. Una vez dentro del piso de AIDA, al que llamaban «nido», se sumergieron en el amplio vestidor e intentaron seleccionar la ropa más apropiada para el evento.

—He hablado con Teresa, mi instructora en estos temas, y me ha aconsejado llevar un vestido con personalidad, pero sin grandes escotes.

Cada una en una esquina del ropero ojearon, indecisas, un traje tras otro hasta que Sara se inclinó por uno en particular.

—Este de Gucci es perfecto —añadió con la percha en la mano y acariciando la pedrería.

—¿Plateado? —protestó Alejandra, no muy convencida—. He dicho sin grandes escotes.

—¡¿Y qué?! Este lo lleva en la espalda…

—¡Sí, pero hasta la cintura!

—Alejandra, todavía puedes ponértelo —la animó alargando el brazo para que lo cogiera—. Aprovecha ahora que aún no se te han caído las tetas.

Alejandra le echó un último vistazo y lo dejó encima de la cama.

—De acuerdo. Tú ganas.

Después desplegó la peluca y demás enseres para transformar su

aspecto. Abrió el kit de maquillaje y comenzó el proceso. Cuando terminó y se vistió, Sara se quedó boquiabierta y más aún cuando la oyó hablar con acento argentino.

—¡Increíble! —exclamó atónita—. Pareces otra mujer.

—¿Tú crees que me reconocerá Fonfría? —le preguntó mientras se colocaba un reloj de Dolce & Gabbana y unos pendientes a juego.

—Espero que no... —murmuró, y se le borró de un plumazo la sonrisa del rostro.

Alejandra, nerviosa, se calzó unos zapatos de Saint Laurent con tacones de vértigo. Cogió el bolso a juego y se perfumó.

—¡Ya ha llegado el coche! —le anunció Sara al asomarse por la ventana.

—Se acerca la hora —susurró Alejandra, dubitativa, con la respiración acelerada—. ¡Deséame suerte! —dijo y la abrazó.

—¡Todo saldrá bien, ya lo verás! —le contestó con determinación y una sonrisa, aunque en el fondo corrían por sus venas millones de hormigas.

Las dos mujeres bajaron a la calle, caminaron hasta la esquina de Poeta Querol y pasaron por la fachada del Palacio del Marqués de Dos Aguas hasta que llegaron al flamante Mercedes-Benz negro, de alta gama, que las estaba esperando. Alejandra vislumbró la silueta del chofer a través de los cristales tintados. Miró a su hermana por última vez, y se metió dentro. Enorme fue su sorpresa al ver que Sara se acomodaba en el asiento del copiloto.

—¡Yo también voy! —anunció Sara, antes de que Alejandra pudiese protestar y oponerse—. No pensarás que te íbamos a dejar enfrentarte tú sola a semejante personaje.

—¿Cómo? —clamó boquiabierta al notar que el chofer era Lluís —. ¿Tú qué haces aquí?

—Como ha dicho tu hermana, no pensarás que te íbamos a dejar ir sola —repitió él con sorna—. Por cierto, ¡quién te ha visto y quién te ve! ¡Estás radiante e irreconocible, además de muy guapa! ¡Aunque un poco exagerada, diría yo, que no entiendo mucho de moda! —puntualizó con retintín, intentando frenar unos incipientes celos mientras recorría, con lentitud, sus esbeltas piernas.

Alejandra le miró con los ojos entornados, trataba de disimular su malestar, pero al mismo tiempo estaba agradecida por su complicidad.

—¿A dónde vamos, señorita Leonor? —vocalizó Lluís, al retomar

su posición, con las manos en el volante.

—Al Club Náutico, por favor —le indicó ella siguiendo el juego.

Sara sonrió. Durante el trayecto, las advertencias dominaron la conversación.

Al llegar al club, los tres se colocaron los pinganillos en los oídos, se cercioraron de que funcionaban correctamente y sincronizaron sus relojes.

—Es la primera vez que vengo aquí —añadió Sara mientras observaba al guardia de seguridad de la garita de entrada.

—Yo también —se unió su hermana—. Desde 1903 es uno de los mayores centros deportivos y sociales del Mediterráneo. Todo un referente del deporte federado de vela en la Comunidad Valenciana, y cuenta con la mayor flota de crucero y vela ligera en España.

—¡No me dan envidia! Ya sabéis que no me gusta demasiado el agua —recalcó Sara—. ¡Allí está! —exclamó, y señaló el yate de lujo que se veía a distancia.

—¡Vaya, es espectacular! —pronunció Lluís.

—Y tanto —añadió Alejandra—. Sesenta metros de eslora, tres cubiertas por encima de la línea de agua y dos más por debajo. En los camarotes, dispone de varias *suites* VIP. En la cubierta, hay yacusi, sauna y sala de vapor. También tiene salón de belleza, discoteca, cine y piscina. Además, cuenta con salones privados y biblioteca. Ah, y no olvidemos la plataforma de aterrizaje para helicópteros.

Lluís silbó.

—¡Hay que ver lo que da el arte! —exclamó.

—Sí —afirmó Sara—, especialmente si te mueves en el mercado negro y eres un corrupto de cojones.

Lluís avanzó unos metros más con el coche y se detuvo. Sara se bajó y se unió a un par de hombres de AIDA que la esperaban en una furgoneta camuflada de una de reparto, cerca del restaurante. Una vez Sara dentro, se movieron para buscar una mejor posición hasta situarse en un punto estratégico con buena visibilidad del objetivo. Disponían de un equipo de escucha y grabación y unos potentes prismáticos de los que Sara se adueñó nada más subir. Ajustó el zum de un lado al otro, hasta que obtuvo la nitidez justa. El barco se encontraba amarrado en un saliente del embarcadero, una especie de media isla adornada con césped, plantas y varias palmeras. Adosados al suelo y distribuidos en distintos puntos había numerosos focos de

luz que contrarrestaban la llegada del crepúsculo.

Lluís mantuvo su mirada fija al frente, ajeno al desfile de embarcaciones que cubrían todo el lateral izquierdo. Recorrió los cuatrocientos metros que lo separaban del lujoso yate, y lo hizo despacio, como si así pudiera evitar que su mujer se bajara del coche. Finalmente, aparcó a poca distancia de aquel monstruo marino, se giró hacia ella y la miró con cariño:

—Ten mucho cuidado, por favor —susurró—. No me moveré de aquí, ¿entendido?

Ella asintió.

Luego, él salió y le abrió la puerta trasera, como su papel requería. Ella descendió con esa dulce sonrisa que tanto le enamoraba. La vio alejarse con paso firme sobre los altos tacones, dominando la situación con una elegancia natural y un aura de sensualidad que reafirmaba, una vez más, por qué esa mujer, su mujer, le seguía volviendo loco cada día que pasaba.

Leonor Villacrés de Pousa evitó mirar hacia atrás. No podía, ni debía hacerlo. Pocos metros la separaban de la plataforma de acceso. Antes de llegar, se detuvo frente a las grandes letras azules que adornaban el casco y leyó: «Blue Diamond». Pensó que incluso el nombre estaba cuidadosamente elegido a la altura de su estatus. Avanzó unos pasos más y, en la barandilla de entrada, le enseñó la invitación a un hombre de traje negro. En ese momento, se percató de que había varios individuos parecidos desperdigados por aquí y por allá.

Mientras subía a bordo, oyó el bullicio y la música que emanaba de su interior, se relajó al saber que había más invitados y que no estaría sola. Al poner un pie en cubierta, admiró el exquisito gusto en la decoración: madera y tapicería azul y blanca. Un camarero se acercó con una bandeja con copas de champán y ella cogió una. Mientras se la llevaba a los labios, tiñendo de carmesí el borde del cristal, buscó a Augusto Fonfría. Al hacerlo, supo que acababa de meterse en la boca del lobo y no había posibilidad de escapar: tanto Victoria Quirós como su «querida» exvecina Erika Fonfría la estaban observando.

CAPÍTULO 45

—¡Sal rápidamente de ahí! —oyó Leonor a través del pinganillo de su oreja.

»¿Me oyes? —gritó Sara de nuevo, descompuesta, con los prismáticos en la mano. Había reconocido a Victoria Quirós y a la hija de Fonfría.

Los gritos de alerta de Sara llegaban demasiado tarde. Ya no podía retroceder y marcharse por donde había venido. Leonor se bebió la copa de un trago, y la dejó en la bandeja de un camarero que pasaba por su lado. Iba a dar el primer paso cuando una sombra la rodeó por detrás. Al darse la vuelta, lo vio: Augusto Fonfría estaba allí, vestía una impecable camisa de lino blanco que contrastaba con su bronceado tono de piel. Emanaba esa arrogante omnipotencia que Alejandra tanto odiaba.

—Señorita Leonor, ¡cuánto me alegra que haya aceptado mi invitación! —exclamó con una amplia sonrisa. Ella notó que sus dientes hacían juego con su camisa. Inmediatamente él le cogió una de sus manos y se la acercó a los labios.

—Don Augusto, solo puedo sentirme halagada por tan grata invitación —recalcó ella e hizo especial énfasis en su acento argentino. Con delicadeza retiró su mano.

—¡Dejemos el «don» a un lado, que me hace más mayor de lo que soy! —agregó con voz picarona.

Ambos soltaron una carcajada.

—¿Le confieso una cosa, Leonor? —le susurró Fonfría al entregarle una copa de champán—. Es usted mucho más bella en persona que en las fotografías.

Ella sonrió con gracia al mismo tiempo que cogía la copa. Pensó que a ese paso iba a estar borracha en menos de una hora.

—Venga, le presentaré a mi hija y a una de nuestras apreciadas asistentes.

Leonor apretó la mandíbula y forzó una sonrisa. Parecía haber

superado la primera prueba, ahora le quedaba la final y definitiva. De esta no estaba tan segura de salir airosa. Sabía que se enfrentaba a un buen par de hienas.

—¡Os presento a Leonor Villacrés de Pousa! —dijo Fonfría orgulloso.

Leonor observó los rostros de las dos mujeres que la saludaron, amablemente, con dos besos en las mejillas. En ese momento alguien llamó al anfitrión, que se disculpó antes de retirarse.

—Vuelvo enseguida. ¡No os vayáis! —dijo con aire gracioso.

—¡Qué ganas teníamos de conocerte! —mascúlló Victoria Quirós, y la escrutó de arriba abajo con la mirada.

«Esta lameculos se ha tomado muy en serio lo de ser la sombra de Fonfría», pensó Leonor mientras le sonreía.

—¡Bonito Gucci! —exclamó Erika, más atenta a su atuendo que a su rostro.

—¡Gracias, tu Versace también es precioso! —le correspondió Leonor y demostró que ella también sabía de moda.

—¡Te pareces mucho a alguien que conozco! —aseguró Quirós sin despegar los ojos de ella.

—Últimamente me lo dicen muy seguido —se rio—. Mis facciones deben ser muy comunes acá en España.

—Así que resides en Miami… —Quirós volvió a la carga. No cabía duda de que llevaba el periodismo en la sangre.

—Sí, aunque estoy pensando en mudarme. Tienen ustedes un país tan lindo, ¡y qué decir de Valencia!

—Tengo uno igual que ese —comentó Erika, y le señaló el reloj —. Tiene, por lo menos, tres temporadas, ¿no?

—Sí —asintió Leonor mientras lo acariciaba—. Es un regalo personal al que le tengo mucho cariño. Solo me lo pongo en ocasiones muy especiales, como esta.

Las tres sonrieron a la vez. Costaba adivinar cuál de las tres sonrisas era la más falsa.

—Me encanta vuestro acento: ese voseo, los altibajos en la pronunciación y la manera en que estiráis las vocales y las consonantes como si estuvieseis cantando —comentó Erika risueña.

—¿De qué parte de Argentina eres? —Quirós retomó el interrogatorio.

—De Buenos Aires, aunque yo era muy chica cuando mi padre

trasladó sus negocios a Estados Unidos. Se podría decir que viví en medio mundo.

—¿Y cuánto hace que coleccionas arte? —continuó Quirós, implacable—. Tengo entendido que apenas un año.

Leonor asintió. Habían estudiado su biografía al dedillo, no cabía duda.

—¡Me parece muy poco tiempo para haber apostado tan fuerte por un pintor desconocido como Fran Salma! —Erika se unió al interrogatorio.

Leonor se alegró de ir al grano, estaba harta de tanta tontería y preguntas superficiales. Justo antes de responder notó que Augusto Fonfría regresaba y se unía a la tertulia.

—Espero no haberme perdido nada importante —comentó con amabilidad.

—Estábamos hablando sobre la arriesgada apuesta de Leonor con Salma —lo puso al corriente Erika.

—Como bien dijiste —le contestó Leonor a Erika— soy una coleccionista novata, así es como lo llaman ustedes, ¿no? Pero mis asesores, como podrán imaginar, no lo son. Entre ellos se encuentran críticos, galeristas y marchantes de la talla de Oscar Peralta, Francesc Dubois, Davide Lombardi y Amalia Carbonell.

Augusto Fonfría sintió un ligero pinchazo en el ego al oír los nombres. Sin duda, eran lo mejor de lo mejor.

Leonor percibió que había dado en el blanco, así que prosiguió:

—Además, me seduce el riesgo, es una de mis mayores debilidades. —Su voz era firme y convincente—. Apostar por Salma es una corazonada que no puedo ignorar. Además, estarán de acuerdo conmigo en que sus óleos tienen ciertos rasgos de Kandinsky y la personalidad ecléctica de Klimt. ¡Así que tiempo al tiempo! —concluyó con confianza.

Un camarero se acercó a Fonfría y le indicó que en la cubierta superior ya estaba todo preparado.

—Señoritas, dejemos de hablar de negocios y comamos algo —comentó.

Se sentía escocido, pero conservó las formas y guio a su invitada de honor hacia el lugar donde comerían. La colocó a su lado, mientras que las dos arpías intercambiaban frases con los demás invitados.

Leonor estaba embobada ante la ostentación de riqueza y poderío

que irradiaba semejante palacio flotante, de ese megayate, como se llamaba a los yates de ultralujo. En el salón de la cubierta superior, un inmenso sofá en forma de U, cubierto con decenas de cojines, ocupaba el espacio junto a varias mesitas centrales y una amplia barra que rebosaba de exquisiteces de todo tipo, y que mantenía a los camareros sirviendo sin descanso.

—Volviendo al tema, Leonor —retomó Fonfría, acercándole una copa más e invitándola a probar bocado de casi todo—, hemos recibido una atractiva colección en la galería que estoy seguro de que disfrutará.

—¡Entonces, voy a pasar sin dudarlo! Aunque si le soy sincera —hizo una breve pausa y bajó la voz—, ahora estoy tras una valiosa obra de uno de mis pintores favoritos.

—¿Puedo saber el nombre del artista en cuestión? —preguntó Augusto curioso.

—¡Caravaggio, no podía ser otro! —Leonor esperaba que Fonfría picara el anzuelo.

El hombre abrió los ojos más de lo normal. Leonor Villacrés de Pousa apuntaba alto, muy alto, pensó. Él llevaba una década, sin éxito, detrás de alguna obra de Caravaggio.

—Imagino que estará al tanto de que solo existen cuatro obras suyas en España —explicó Fonfría, y dejó en claro su interés en el pintor.

—Sí, lo estoy —contestó Leonor—. Sus obras son muy codiciadas. A pesar de su corta vida tuvo una carrera prolífica. Tengo entendido que se conservan menos de cien pinturas suyas, aunque solo ochenta son genuinas. Del resto solo existen polémicas y debates a su alrededor. ¡Qué complicado es el mundo del arte! ¿No le parece? ¡A mí me fascina! Llevo poco tiempo en esto, pero desde que lo descubrí que mi vida cambió radicalmente.

—Sí, complicado, pero apasionante y adictivo a la vez. Yo lo comparo con una droga dulce, de la cual el coleccionista de verdad nunca se sacia. Como veterano en el oficio, se lo digo por propia experiencia. De hecho, yo mismo pagaría una fortuna por tener un Caravaggio.

—No me diga eso, don Augusto. ¿Usted también? —Puso cara de sorpresa.

Él hizo un gesto de regañina al oír otra vez el «don», lo que

provocó en ella una carcajada.

—¡Discúlpeme... es el Dom Pérignon! —se excusó ella jocosa y satisfecha de haber generado el ambiente que necesitaba.

Fonfría le hizo un gesto a uno de los camareros, que se acercó de inmediato.

—¡La copa de la señorita está vacía! —lo regañó. Enseguida, el joven le acercó una copa llena.

—¡Brindemos por nuestro buen gusto! —pronunció Fonfría que levantó la copa y esperó que ella hiciera lo mismo. Leonor le correspondió gustosa.

—Usted estará de acuerdo conmigo, señor Fonfría, en que era un maestro en el uso de la luz y la sombra. Lo hacía con tal destreza que creó su sello personal: un aura de tenebrosidad característica en sus obras. Aunque lo más fascinante es su asombroso talento para pintar sin utilizar bocetos, a diferencia de los demás pintores de su época. Trabajar directamente en el lienzo es un mérito impecable.

—Cierto, sus pinturas combinan la crudeza realista de la figura humana, tanto física como emocional, al oscurecer las sombras y transformar los objetos en brillantes haces de luz. Sin duda alguna, su obra pictórica fue una gran inspiración para la pintura del periodo barroco.

—Qué razón tiene —apoyó Leonor.

—Por otra parte —continuó Fonfría, ya cómodo en la conversación—, su vida personal fue tumultuosa, repleta de grescas y reyertas. ¿Sabe que asesinó a un hombre, probablemente por accidente, y tuvo que huir a Roma debido a que las autoridades habían puesto precio a su cabeza? Estos incidentes y riñas tuvieron parte de culpa en el declive de su carrera, hasta su prematura muerte.

—Sí, a los treinta y nueve años, ¡qué lástima! En lo mejor de su carrera. Sin embargo, yo admiro a los artistas con determinación y carácter. Me fascina su personalidad y que tomara como modelos a gente de condiciones bajas, como prostitutas y mendigos. No me extraña que sus obras fueran rechazadas a menudo, principalmente por la Iglesia, y que sus mecenas se escandalizaran. El realismo en la ejecución de sus figuras es de una brutalidad extrema. Él se negaba a corregir, a maquillar las imperfecciones del ser humano. Yo aplaudo esa actitud, aunque no siempre podía mantenerla, ¡claro está! La Iglesia no podía permitirle que pintara los santos como hombres

normales con sus defectos. ¿Qué opina usted?

Fonfría asintió. Esa mujer le estaba cautivando en todos los sentidos.

—¿Se acuerda de la primera versión de *San Mateo y el ángel*? Es una obra exquisita, aunque fue juzgada como trivial y rechazada, no solo por la sensualidad del ángel, sino por la suciedad de los pies del santo. ¿Qué le parece? ¿O qué me dice de su obra *La muerte de la Virgen*, que enojó a la Iglesia por su descarnado realismo? ¡Las malas lenguas rumoreaban que Caravaggio había elegido como modelo el cadáver de una prostituta embarazada que se había ahogado en el Tíber!

—Leonor, somos conscientes de que las obras que le sirvieron para aumentar su popularidad, al fin y al cabo, fueron las escenas religiosas de martirios, decapitaciones y muerte. Sin embargo, algunos también lo tacharon de violento y de carecer de respeto a la doctrina católica.

—En la vida hay opiniones para todo y más en aquella época. ¡Usted lo sabe tan bien como yo! Lamentablemente, Caravaggio dejó de estar de moda —pronunció con melancolía—. Y por fortuna resurgió en el siglo XX. Habría sido un verdadero crimen que cayera en el olvido. Después de todo, fue el artista del Barroco y la Contrarreforma, ¿no le parece?

Fonfría asintió, aunque en su cabeza ya solo rondaba un interés específico.

—Leonor, antes ha comentado que está detrás de una obra de nuestro querido Caravaggio.

Ella sonrió, ufana, al ver que esa información le había calado hondo. Era un hombre listo y astuto, pero ella no se pensaba quedar atrás.

—Así es, aunque no debería hablar de esto con usted, señor Fonfría. De momento, solo son especulaciones...

—¿Hablar de qué? —rio—. ¡Su secreto sabe que está seguro conmigo! ¡Compartimos los mismos ideales y perseguimos lo mismo! ¡A la vista está! Tenemos mucho en común, Leonor, y podemos hacer grandes cosas juntos. —Quiso sonar honrado, virtud de la que carecía.

Leonor dudó antes de contestar. Tenía muy claro que no compartía absolutamente nada con él y, mucho menos, ideales. Pero también entendía que estaba desempeñando su papel de manera

brillante, como el vestido que llevaba puesto. Había conseguido despertar el apetito de Fonfría que abría sus fauces con la intención de engullirla. De manera que esbozó una bonita sonrisa con la que aceptó su ofrecimiento.

CAPÍTULO 46

En esa noche sin estrellas, la luna llena se reflejaba en las apacibles aguas del mar Mediterráneo. La música en el Blue Diamond aún sonaba, sin indicios de que la fiesta tuviese muchos ánimos de acabar. Leonor Villacrés de Pousa había representado su papel de una forma ejemplar. Ahora, se encontraba en la tesitura de dar el toque final con delicadeza. Había mucho en juego, por ello se tomó un breve receso en el baño para reflexionar. Sara, que había estado escuchando toda la conversación, la felicitó a través del pinganillo, y Lluís, que aún la aguardaba en el Mercedes, se unió al elogio.

Leonor salió y agradeció la brisa nocturna, a pesar del alto porcentaje de humedad. Fonfría conversaba con un par de hombres y con su hija. Al verla, le hizo una seña para que se acercara.

—Leonor, le presento al juez Pedro Melgar y al fiscal Jacobo Luján, amigos de la familia.

Ella sonrió y les estrechó la mano.

—Nos disculpáis un momento, tengo una conversación a medias con la señorita —se excusó él amablemente—. ¡Erika, asegúrate de que no les falta de nada!

Su hija asintió con la cabeza.

Augusto Fonfría condujo a Leonor por el interior del yate hasta la cubierta más alta. Leonor se asomó a la barandilla, las vistas de todo el puerto eran magníficas. La negrura del mar, sin límites visibles, resultaba impresionante. Si bien no le molestaba, la brisa se había intensificado debido a la altura y dejaba a su paso un intenso olor a salitre. Sus cabellos se revolotearon mientras las suaves notas musicales les permitían hablar con claridad. Leonor intentó quitarse los mechones que cubrían su rostro. Al hacerlo, vislumbró a Quirós y a Erika que hablaban entre ellas y los observaban desde abajo. Algo en sus rostros la inquietó.

—¡Sentémonos aquí! Estaremos más tranquilos —le propuso Fonfría, y señaló un par de sillones mullidos—. Debo confesarle que

este es mi lugar preferido, sobre todo en alta mar.

—Un lugar privilegiado… —susurró ella.

—¿Quiere beber algo? —le preguntó, y apuntó hacia el minibar.

—No, gracias —negó amablemente y con ganas de zanjar ya el tema.

—¿Cuál es esa obra de Caravaggio que mantiene tan en secreto, señorita Leonor?

Leonor tomó aire. Le quedaba el último asalto y no podía flaquear. ¡Ahora no!

—Como usted sabe, Caravaggio fue un pintor cuyas obras se disputaron nobles y cardenales, pero su agitada vida, a veces al margen de la ley, lo condujo al olvido durante varios siglos… ¿Y qué se consiguió con eso? Que lamentablemente muchos de sus lienzos se perdieran. La vida pasa factura siempre.

Después de esta introducción, Leonor hizo una pausa para observar la expresión de Fonfría. Se le veía atento y con ansias de saber más, parecía que disfrutaba de la conversación. Lo que él no sabía era lo mucho que ella estaba disfrutando de tenerlo comiendo de su mano. Era para Leonor un placer comparable al de un orgasmo.

—¿Y qué ocurrió con el tiempo? —Retomó ella su explicación—. Que algunas de sus obras han estado apareciendo donde menos se esperaba. Un ejemplo claro es el *Ecce Homo*, que iba a subastarse en Madrid por mil quinientos euros, catalogado como una simple copia, hasta que fue retirado de la subasta.

—Exacto, y su venta ha sido bloqueada por el Estado español para verificar su autenticidad —corroboró Fonfría, y le dejó en claro que estaba familiarizado con el caso.

Ella sonrió.

—Señorita Leonor, ¿está insinuando que conoce el paradero de alguna de esas obras desaparecidas? —Fonfría alzó la barbilla expectante.

—¿Y si le dijera que sí? —Hizo una pausa para ver su reacción.

—¡Pues si yo estuviera en su lugar, no lo iría contando tan alegremente a desconocidos!

Leonor percibió en ese instante que algo no iba bien. La conversación había tomado un giro inesperado y el interés de Fonfría se desinfló como un globo. ¿Sentiría desconfianza, tal vez?, pensaba Leonor. No estaba segura, pero lo que sí sabía era que aquel hombre

era un perro viejo y el diablo personificado. «Más sabe el diablo por viejo que por diablo», reflexionó y continuó:

—Discúlpeme, señor Fonfría, quizá no me expresé bien y me malentendió. Que haya mencionado sobre la posibilidad de conocer el paradero de alguna de sus obras no significa que vaya a compartir con usted tan valiosa información. —Su tono era sereno, directo y contundente—. No es que lo considere un desconocido, por favor, no me malinterprete; simplemente, como bien dijo antes, compartimos los mismos ideales y perseguimos lo mismo.

Augusto Fonfría soltó una carcajada.

—¡Usted y yo nos parecemos mucho! ¡Somos ambiciosos y nos gusta el poder! —Se levantó y llenó dos copas. Luego le dio una a ella —. ¡Brindemos por este primer encuentro!

—¡Y porque no sea el último! —exclamó ella con la copa en alto.

Leonor supo que con ese brindis acababa la noche. Augusto Fonfría la había estado evaluando todo el tiempo. Si en algún momento había albergado la esperanza de ganar la guerra con facilidad, ahora estaba claro que no sería así.

CAPÍTULO 47

La luz del amanecer se coló entre las lamas de la persiana inundando la habitación donde Lluís y Alejandra dormían plácidamente, o al menos lo hacían en apariencia. Les había costado mucho conciliar el sueño la noche anterior. La tensión acumulada últimamente les estaba haciendo mella.

Alejandra se removió entre las sábanas, inquieta. Lluís se despertó a causa del movimiento y se percató de que ella estaba sudando.

—¿Otra vez la misma pesadilla? —le preguntó, preocupado, apenas ella abrió los ojos.

—Sí, otra vez la misma secuencia: esa odiosa carcajada de Fonfría que retumba en mis oídos como un golpe en el hígado, y la pistola de uno de sus matones apuntándome en la sien, a punto de acabar conmigo al descubrir mi identidad.

—¡Olvídate de Leonor y del maldito Fonfría! —le propuso una vez más su marido—. ¿No te das cuenta de que te está consumiendo la vida ese hijo de puta?

—No puedo hacerlo, Lluís. Sé que tienes razón, pero, aun así, ¡no puedo!

Alejandra se levantó de la cama y se dirigió al baño. Se lavó la cara y se miró en el espejo. Notó las ojeras que en el último tiempo se habían asentado en su rosto sin intención de desaparecer. No podía darse por vencida. Una voz en su interior la alentaba a seguir adelante.

Ya había transcurrido una semana desde el evento en el yate de Fonfría y todavía se le erizaba el vello al recordar lo que sintió cuando se vio acorralada por ese malnacido.

El sonido de su móvil la sacó de sus pensamientos. Rápidamente, cogió el dispositivo entre sus manos y vio que tenía un mensaje de Ernesto Egea:

Hoy saldrá la noticia del Caravaggio en los medios

de comunicación. Estate atenta.

Alejandra le mostró el wasap a Lluís.

—¿Y ahora qué? —preguntó molesto por la testarudez de su mujer.

—Debemos esperar a que surta efecto. Mientras tanto, continuaremos con los planes que teníamos previstos para hoy.

Alejandra lo miró con ternura, se acercó y lo abrazó.

—Sé que todo lo que me dices es por mi bien, porque me quieres y te preocupas por mí. Pero me comprendes, ¿verdad, Lluís?

—Te comprendo y respeto tus decisiones, aunque no las comparta.

—Con eso me basta, gracias. —Ella le dio un beso, se levantó y se metió en la ducha.

Esa mañana, el centro de la ciudad bullía de actividad, como de costumbre. Las tiendas levantaban sus persianas en busca de clientes, y los bares y las cafeterías servían, a toda máquina, los desayunos desde bien temprano. En la avenida del Marqués de Sotelo, muy próximo al edificio de INACFA, Augusto Fonfría tomaba su habitual café solo sin azúcar y un par de tostadas, en una zona reservada para él de un suntuoso restaurante tradicional. A pocos pasos de distancia, de pie, se encontraba Rómulo, su secuaz más fiel. En la mesa le acompañaba el comisario general de la Policía, Conrado Agramunt, quien se había decantado por un *cremaet*.

—¡Aquí tienes tus honorarios! —le dijo Fonfría, y le entregó un sobre—. Solo tiene la mitad de lo acordado.

El comisario hizo una mueca de desagrado al tantear el contenido.

—Conrado, si tú no cumples al cien por cien con nuestro acuerdo, no tengo por qué hacerlo yo.

—Augusto, sabes que estoy de tu lado —farfulló.

—¡Por el fajo de billetes que te llevas todos los meses! —pronunció con soberbia—. Aún estoy esperando que se cierre lo del robo del puerto y que el Manet esté en mis manos. ¡Yo no tengo la culpa de que no sepas manejar a tu gente!

Conrado Agramunt no supo qué contestar.

—Necesito que investigues a esta mujer —continuó Fonfría, y le entregó una nota doblada—. Quiero saber absolutamente todo de ella.

Agramunt levantó las cejas al leer el nombre.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Fonfría al detectar cierto asombro en su rostro.

—No la conozco, pero hace apenas una hora he leído una noticia sobre ella —contestó confuso.

—¿Cómo dices? —Fonfría desplegó el periódico que tenía encima de la mesa que todavía no había tenido tiempo de ojear.

Enseguida localizó el artículo que buscaba. ¿Cómo no iba a verlo si la foto de Leonor ocupaba la mitad de la página? Junto a ella había un lienzo atribuido a Caravaggio. Fonfría comenzó a leer, ciego de ira:

> La novel coleccionista de arte argentina, Leonor Villacrés de Pousa, regresa al mundo del arte, y lo hace a lo grande despertando envidias entre los más veteranos del gremio.
>
> No satisfecha con apostar por el incipiente artista Fran Salma, acaba de comprar un Caravaggio a un particular —quien prefiere mantener su anonimato— por una cifra ínfima. Dicha obra se creía que no era más que una magnífica copia de alta calidad, aunque de autor desconocido.

Fonfría apretó los dientes, a punto de poner el grito en el cielo, pero se contuvo. En su lugar, dejó escapar una retahíla de tacos mientras seguía leyendo una línea tras otra:

> Tras ser examinado por expertos, han confirmado sin lugar a dudas, que se trata del lienzo desaparecido *San Mateo y el Ángel*, que data de 1602 y fue un encargo de la iglesia de San Luis de los Franceses, en Roma, destinado a adornar la capilla Contarelli.
>
> Se confirma que esta obra corresponde a la primera versión creada por el pintor, la cual fue rechazada por la Iglesia por considerarla indecorosa. Los ropajes del santo suponían una baja condición social, mientras que su postura con las piernas cruzadas y su cercanía con el ángel causó indignación.
>
> Posteriormente, la obra pasó a manos de los protectores y patrocinadores del pintor, los hermanos Giustiniani: Vincenzo, un aristócrata y banquero, y Benedetto, un cardenal. Tras el fallecimiento del cardenal en 1638, la obra figuraba en su inventario junto con otras obras de Caravaggio que se exhibían en su propio palacio. A principios del siglo XIX, la colección se dispersó cuando el rey de Prusia adquirió más de 160 pinturas y distribuyó las más importantes entre los museos de Berlín.
>
> Aunque los últimos datos al respecto afirmaban que la obra en cuestión fue destruida durante el bombardeo de Berlín en 1945, durante la Segunda Guerra Mundial, aparentemente no debió de ser así. Por razones desconocidas, el lienzo de *San Mateo y el Ángel* cambió de manos y allí ha permanecido durante más de siete décadas fuera del conocimiento público.

Fonfría cerró el periódico de golpe y lo dobló con brusquedad. No quería seguir leyendo.

—¡Quiero la información sobre esa mujer ahora mismo! —bramó.

—Veré lo que puedo hacer… —contestó el comisario.

—¡Veré lo que puedo hacer, no! ¡Agramunt, hazlo! —insistió Fonfría, dejando en claro quién llevaba las riendas en ese juego.

CAPÍTULO 48

La comisaría de Ciutat Vella estaba hecha un desastre. Una de las tuberías del edificio se había roto y andaban todos chapoteando por el agua del suelo. Por si eso fuera poco, además del fontanero, dos albañiles tuvieron que abrir un boquete en una de las paredes.

—Así no se puede trabajar —se quejó el inspector Valdés, harto ya de oír los martillazos de los operarios.

El subinspector Roque entró en su despacho, después de dar unos toques en la puerta.

—Nos llama la comisaria Ortiz —le dijo.

Valdés hizo un gesto de fastidio.

—¿Qué querrá ahora? —murmuró.

A pasos agigantados e intentando esquivar los charcos, se tropezaron con ella en el pasillo.

—¡Pasad! —dijo, e hizo un ademán con la mano—. Cierra la puerta, Roque.

Los dos policías se miraron con incertidumbre.

—Quiero que recopiléis toda la información posible sobre Leonor Villacrés de Pousa. ¡Hasta el último detalle! —dijo tajante—. Sé que esa mujer estaba en medio de vuestra investigación, por eso sois los candidatos perfectos para investigar a fondo sobre ella.

El inspector Valdés se quedó sin aliento al oír el nombre. El subinspector lo miró, en silencio.

«Menudo enredo en el que estoy metido», pensó Valdés.

—¡Tiene máxima prioridad! —insistió la comisaria Ortiz.

—¿Puedo saber por qué el interés tan repentino por esa mujer? —preguntó Valdés, cauteloso, disimulando su desasosiego—. Ya la hemos interrogado y no deja de ser más que una coleccionista adinerada.

—¡Ni siquiera yo lo sé! Me lo han pedido de arriba como un favor personal y no puedo fallar —les explicó—. De todas formas, vuestro informe sobre ella no fue demasiado detallado, que digamos. Igual han

encontrado algo turbio y por eso quieren que insistamos.

—Ya... —murmuró el inspector con ganas de marcharse. Mientras tanto, su cabeza solo tejía maneras de salir airoso de tan comprometida situación.

—Por cierto, si puede ser mañana, mejor que pasado —añadió la comisaria para meterles prisa—. Me refiero al informe.

El subinspector asintió con una mueca antes de salir.

Una vez a solas con Valdés y dentro de su despacho, Roque le preguntó:

—¿Qué vamos a hacer?

—Todavía no lo sé —murmuró, haciendo un esfuerzo por ordenar los pensamientos de su cabeza.

—No le puedes decir que es tu cuñada. ¡Vaya marrón!

—¡Roque, hostia, déjame pensar! —renegó agobiado—. Hablaré con Ariza, Egea y Alejandra; tienen que saberlo. Si están pidiendo datos es porque sospechan de ella y, antes o después, descubrirán quién es en realidad —pensaba en voz alta—. Aunque... quizá... —sus intervalos de silencio enervaron a Roque—, esto es lo mejor que nos ha podido pasar.

—¡No te entiendo! —articuló el subinspector intranquilo.

—Quiero decir, de esta manera podemos ajustar esos datos según nuestra propia conveniencia.

El subinspector meneó la cabeza y levantó una ceja poco convencido. No le gustaba nada cómo sonaba eso.

A la mañana siguiente, la comisaria Ortiz recibió el informe sobre Leonor Villacrés de Pousa, tal y como lo había solicitado. El inspector Valdés se lo entregó personalmente. Resultaba sorprendentemente detallado considerando el poco tiempo que tuvieron para confeccionarlo. El informe incluía quién era, de dónde provenía y a qué se dedicaba. También dónde se alojaba y los bienes que disponía.

El día anterior, Valdés había puesto al día a Ariza y Egea, quienes le proporcionaron la documentación necesaria que debía poner en el parte para que las cosas siguieran el curso a su favor.

También habían avisado a Sara y Alejandra. La deducción de todos apuntaba a que Fonfría se encontraba detrás del pedido de Ortiz. Dada su manera de obrar, su calaña y su poder, era de esperar

que solicitara algo así. A pesar de ello, confiaban en haber atado todos los cabos sueltos para que no pudiera desenmascarar a Leonor Villacrés de Pousa.

CAPÍTULO 49

Leonor Villacrés de Pousa se había vestido para la ocasión. La nueva invitación de Fonfría le hacía pensar que todo iba viento en popa. No todo el mundo tenía acceso a las oficinas privadas del edificio INACFA y, mucho menos, a su despacho personal y sala de reuniones. Aquella era una oportunidad que no podía desaprovechar. Por eso, había escogido un pantalón y una blusa de Roberto Cavalli, unos zapatos de medio tacón y un bolso de Prada. Para la muñeca se decantó por el Cartier, que siempre le había dado suerte.

Bajó del taxi en la avenida del Marqués de Sotelo, enfrente del edificio INACFA. Al hacerlo, se retocó el pequeño pinganillo que llevaba en la oreja derecha, y se cercioró de que estaba bien colocado en su sitio.

—¿Me oyes? —susurró mientras se dirigía al paso de peatones para cruzar al otro lado.

—¡Alto y claro! Egea te manda un saludo —contestó Sara—. Ya estoy en posición. Este piso es una pasada. Techos altos y unas vistas espléndidas. Desde aquí, con mis prismáticos, puedo enfocar la última planta de INACFA, y no solo eso, sino los ventanales del despacho de Augusto Fonfría, aunque en este momento está vacío. Alcanzo a ver algún otro despacho más, pero no sé muy bien a quiénes corresponden.

—Perfecto —susurró Alejandra, que esperaba que el semáforo cambiara a verde.

—¡Lo tengo! —gritó Sara—. Tengo a Fonfría localizado. Está hablando por teléfono y se dirige a su oficina.

—Vale, no lo pierdas que estoy a punto de cruzar.

—¡Míralo! ¡Se cree un dios! ¡Pavoneándose de aquí para allá! Se me revuelven las tripas solo de verlo —vocalizó Sara, asqueada—. Un hombre admirado por muchos y envidiado aún más por su gran imperio —dijo con ironía, mientras ajustaba el zum sobre su rostro.

—Y también odiado, no lo olvides —añadió Alejandra

discretamente mientras caminaba hacia la entrada.

—También, con amigos y enemigos en su círculo social, como otros de su misma calaña —murmuró sin apartar la vista de él—. Aunque algunos de esos actúen como despreciables sanguijuelas, lameculos y chupópteros —escupió al enfocar a Victoria Quirós, que acababa de aparecer en escena y se acercaba a Fonfría—, cuyo único objetivo es beneficiarse de su riqueza y poder, aunque solo sea para recoger sus míseras migajas.

—Sí, pero ya me gustaría a mí ver sus migajas —dijo Alejandra en voz baja, ya a pocos metros de su objetivo.

—Mientras que hay otros que se codean con él, solo por el qué dirán, por la fama que pueden obtener al estar cerca de don Augusto Fonfría —su tono no pudo ser más mordaz—. Supongo que un número muy reducido, tan escaso que se podría contar con los dedos de una mano, estará con él por interés, pero también por aprecio, por ese afecto que surge con el paso de los años. ¿No dicen que el roce hace el cariño?

—¡Eso dicen! —afirmó su hermana nerviosa—. ¡Estoy entrando! —le informó.

Sara movió rápidamente la cabeza y, con los prismáticos, vio de refilón a su hermana que se adentraba en las puertas giratorias, perdiéndola de vista instantes después. Luego, volvió a enfocar el despacho de Fonfría. Victoria Quirós seguía allí, parecía no tener intención de marcharse. Esa suposición le generó nerviosismo. «Dos contra uno», pensó. Estaba a punto de avisar a su hermana cuando vio que Erika Fonfría también entraba en el despacho.

—¡Mierda! —exclamó.

—¿Qué ocurre? —preguntó Alejandra dentro del ascensor. No le había gustado nada el tono de su hermana.

—¡La visita se complica, ten mucho cuidado, creo que es una encerrona! ¡Seréis tres contra uno!

—¡No jodas! —bramó justo en el mismo instante en que se abrían las puertas.

Leonor Villacrés de Pousa intentó mantener la compostura. Fingió una gran sonrisa al ver a una señorita que la esperaba para llevarla a la oficina del jefe. Con paso firme, caminó hacia sus anfitriones, esperando que empezara el combate cuerpo a cuerpo, y preparada para el aluvión de preguntas. Si pensaban que estar en

minoría la intimidaría, claramente no la conocían.

—Señor Fonfría —saludó con un entusiasmo exagerado—. ¡Qué placer verlo tan bien acompañado esta mañana! —soltó mientras estrechaba su mano y dirigía un gesto amable a las dos mujeres.

—¡Trabajamos aquí! —soltó cínicamente Quirós.

—¡Qué bien, aunque creía que vos trabajabas en el periódico! —le respondió.

—Así es. —Fonfría tomó la palabra—. Pero solo a tiempo parcial. Es muy buena profesional y no quiere desentenderse del periódico. El resto de su tiempo lo dedica a nuestra empresa.

—Cuánto me alegro, señor Fonfría, de que esté rodeado de gente tan competente.

—¡Y leal! ¡Me gusta que mi gente sea leal! —puntualizó Fonfría con énfasis en su última palabra.

—Lo entiendo, yo también admiro la lealtad —pronunció Leonor. Intuía que la reunión no estaba empezando con buen pie.

—¿Nos sentamos? —propuso Erika, que hasta el momento había estado callada—. ¡Enhorabuena por el Caravaggio!

—Muchas gracias —dijo Leonor intranquila.

—La verdad es que estamos asombrados de que lo hayas conseguido —volvió a intervenir Erika con descaro—. Ha sido todo tan… tan rápido…

—Oh, no, en absoluto. La investigación previa por parte de mi equipo de asesores fue muy exhaustiva —explicó Leonor.

—Creía que solo llevabas un año en el mundo del coleccionismo —atacó Quirós con saña por el otro costado.

—En efecto, un año desde que yo participo en este ámbito, pero ellos son auténticos veteranos en la materia, y también muy leales. —Miró a Fonfría al concluir la frase.

—¿Ya se ha instalado en Valencia? —le preguntó Fonfría para desviar la conversación.

—No, todavía no. Retomé la *suite* del Hotel Palacio Vallier hasta que dé con lo que busco.

—A mí me gusta la zona de Poeta Querol —apuntó Quirós observándola—, principalmente la calle Cultura: es céntrica, peatonal, y el Palacio del Marqués de Dos Aguas está muy cerca…

Leonor Villacrés de Pousa tragó saliva. La calle que acababa de pronunciar era justamente donde estaba ubicado el «nido». ¿Qué era

lo que sabían realmente?

—Voy a mirar por esa zona, entonces... —murmuró. Las muy cabronas la estaban acorralando. ¿Hasta dónde serían capaces de llegar?, pensaba Leonor.

—¡Aborta la reunión y sal de ahí! —oyó por el pinganillo de su oreja. Esta vez era Egea quien hablaba por el micro de Sara.

Leonor se armó de valor.

—Señor Fonfría, ¿puedo saber el motivo de este encuentro? —dijo tajante y volvió a coger las riendas de la situación.

—Dudamos de que ese Caravaggio sea auténtico —soltó Erika Fonfría de un tirón, antes de que su padre pudiera hablar—. Y, por ello, nos gustaría verlo con nuestros propios ojos.

—Eso no va a ser posible —negó con una media risita.

—¿Por qué no? —habló Fonfría resentido—. Si fuera auténtico, estaría dispuesto a hacerle una oferta.

—¡El Caravaggio no está en venta! —soltó enseguida, lo más entera que pudo.

—Entonces, permítame dudar de que sea cierto, tanto la noticia que ha poblado los medios de comunicación como su propia identidad.

Fonfría recuperaba su autoridad.

Leonor prestó atención al pinganillo de su oreja:

—¡Tranquila! —le susurró Egea—. ¡No te pongas nerviosa y capéalo con destreza, que sé que te sobra!

—Señor Fonfría, me está ofendiendo. Si piensa de esa forma, no sé por qué razón me hizo venir hasta acá y perder el tiempo. —Su voz, más profunda, denotaba su enfado—. Que sea usted un veterano y famoso coleccionista de arte, posea mucho poder y un gran imperio, en realidad, a mí me da exactamente igual. —Su tono había cambiado, ahora transmitía indiferencia.

—¡Tampoco te pases! —la riñó Egea a distancia.

—No solo no le voy a mostrar el Caravaggio —manifestó empoderada—. Sino que, además, aprovecho para informarles, como primicia, que estoy a punto de adquirir una valiosísima obra de arte, cuya existencia se desconocía.

—Ah, ¿sí?... ¿y de qué artista? —preguntó Erika desafiante.

—¡De un artista, no, querida! ¡De tres! —Leonor sostuvo la mirada con Erika en un duelo silencioso—. Una obra sin precedentes

en la historia del arte —añadió mientras disfrutaba de sus reacciones—, y como podrán imaginar, de un valor incalculable.

—¡Eso es un farol! —La evidente tensión de Fonfría, quien temía que la historia pudiera ser verdad, era más que evidente.

—Tiempo al tiempo, señor Fonfría y compañía —dijo ella a la vez que se levantaba de su asiento con intención de irse—. Si me disculpan, para mí, la reunión ha terminado. Tengo cosas más importantes que hacer.

Leonor Villacrés de Pousa abrió la puerta del despacho y rezó por que nadie se lo impidiera. Mientras caminaba por el pasillo, notó cómo sus latidos se aceleraban. A pocos metros del ascensor, oyó la voz de Sara a través del pinganillo.

—¡Sigue! ¡No te detengas hasta la salida! —Su tono urgente reflejaba su histeria—. Ninguno de los tres ha salido aún del despacho de Fonfría. ¡Los has dejado fuera de combate!

Leonor descendió hasta la planta baja, intentando controlar su angustia. Cuando las puertas del ascensor se abrieron, divisó el vestíbulo y los metros que la separaban de la salida. Uno de los hombres de traje negro hablaba por teléfono y la siguió con la mirada. Hizo un ademán de acercarse, pero se detuvo. Ella mantuvo fijo el rumbo hacia su meta: atravesar la puerta giratoria. Al pasar por la recepción, esbozó una sonrisa a la señorita. Pocos instantes después, oyó el bullicio de la transitada calle y respiró profundamente. Inhaló con tal intensidad que le dolió el pecho, necesitaba liberar toda la tensión acumulada.

Se acercó a la calzada y echó el alto a un taxi que pasaba por allí. Mientras lo hacía, notó que temblaba.

—¿Dónde, señorita? —le preguntó el hombre.

—¡Sáqueme de aquí, por favor!

CAPÍTULO 50

Había empezado a anochecer y las farolas en el jardín del Palacio de Forcalló iluminaban en tono ambarino los naranjos en flor. La intensa luz de los tubos de neón que se divisaba desde la ventana de la sala de reuniones dejaba entrever que su interior estaba al rojo vivo. Ernesto Egea y el teniente Ariza habían convocado, con máxima urgencia, una asamblea para discutir varios puntos críticos y llegar a un consenso sobre la estrategia más conveniente para salvar la misión. Para ello, habían citado a las hermanas Ferrer y al inspector Valdés.

Alejandra recordó las veces anteriores en las que había estado allí, cuando Diego Manrique y Ernesto Egea la reclutaron para dar vida a Leonor Villacrés de Pousa. En aquel entonces, le pareció un encargo arriesgado, pero la idea de derribar a Fonfría la animó a aceptar esa propuesta tan descabellada. Después de casi un año, ya no había vuelta atrás. La situación era cada vez más tensa, la temperatura ascendía cada día que pasaba, y en cualquier momento se iba a quemar.

Tras la última reunión en el despacho de Augusto Fonfría, Alejandra había recibido felicitaciones por su impavidez al maniobrar y salir airosa de la situación. Sin embargo, también recibió reprimendas por su imaginación desbordada y por haber creado un farol sin ningún fundamento sólido.

—Repito que tu reacción fue la de una verdadera profesional —le dijo Egea a Alejandra— y valoro y admiro tu velocidad de reacción y tu inventiva, pero nos lo has puesto muy difícil. En una ocasión te dije que midieras tus mentiras para evitar patinazos. Comprendo que la situación requería astucia, pero inventarse una obra sin precedentes en la historia y encima de tres artistas distintos... —Egea parafraseó sus palabras—. ¡Eso es difícil de creer! ¡Imposible de creer! ¿En qué estabas pensando? ¿No podía ser algo más sencillo?

—¡Consiguió dejarlos sin palabras! —intervino Sara en defensa de su hermana—. Ese era el objetivo, al fin y al cabo, ¿no?

Egea y Ariza asintieron.

—Gracias, Sara, por interceder por mí —arrancó a decir Alejandra—. No intento justificarme otra vez, es cierto que me pasé de la raya y debería haber medido mis ataques para que resultaran verosímiles. Pero vosotros escuchasteis la conversación en directo —dijo en dirección a su hermana y Egea—. Me vi tan acorralada y con tantas ganas de darles en los morros que lo dije sin pensar en las consecuencias.

—¡Ya está hecho! ¡Y a lo hecho, pecho! —exclamó Ariza para mitigar el fuego—. ¡Buscaremos una solución! Aparte de eso, tengo que reconocer que la estrategia es sobresaliente y vamos por muy buen camino —expresó satisfecho—. Hemos conseguido algo que hasta ahora nos había sido imposible. Que Augusto Fonfría esté interesado en Leonor y que anhele lo que ella puede conseguir y él no, es el mejor resultado que podíamos esperar. ¡Ahí, ya le hemos tocado la fibra! Que todos sabemos cuál es: su ego, su orgullo y su amor propio. ¡Eso es lo que más le duele! ¡Y debemos seguir atacando de la misma manera y en el mismo lugar!

—Entonces tendremos que pensar en cómo salir de este embrollo —dijo Egea pensativo—. Deberemos improvisar y hacer realidad tu fantasía —dijo, y miró a Alejandra con una leve sonrisa—, y, sobre todo, lograr que sea creíble.

Ella sonrió agradecida.

—Por cierto, hemos desmantelado el «nido» —continuó Egea—. Parte del vestidor lo han trasladado a la *suite* del Hotel Palacio Vallier. No podemos arriesgarnos a que lo registren. Después del comentario de Victoria Quirós sobre la calle Cultura, es evidente que están vigilando a Leonor. ¡Así que mucho cuidado al actuar!

Las hermanas asintieron.

—De todas formas —agregó Egea—, quedaos con las llaves del piso por si en algún momento necesitáis refugiaros allí.

—Por otra parte —le comentó Ariza al inspector Valdés—, parece que los astros se están alineando a nuestro favor. Al presentar el informe sobre Leonor que nosotros mismos elaboramos, jugamos con ventaja. Conocemos la estrecha amistad entre Fonfría y el comisario Agramunt. Está clarísimo: si fue Fonfría el que lo solicitó, ese informe reforzará su confianza en ella y disipará cualquier duda, aunque todos sabemos que Leonor tiene los días contados. Antes o después se

enterará, pero mientras tanto, debemos aprovechar esa credibilidad momentánea para golpear con más fuerza.

A esa hora de la mañana, el calor se había adueñado de la ciudad y disparado los termómetros. Los ciudadanos buscaban desesperadamente las zonas con sombra para esquivar el sol abrasador. Cuando Sara y Alejandra pisaron la plaza de la Virgen, tan solo algunos valientes rodeaban la fuente central, ya sea para hacerse alguna foto o para sentir algo de la frescura del agua que les pudiera salpicar.

Como ese día no era jueves, la Casa Vestuario se encontraba cerrada, pero eso no significaba que no hubiese nadie dentro. Las hermanas Ferrer sabían por dónde podían acceder. Ya lo habían hecho en muchas ocasiones, hacía tiempo. Ubicaron el portón de la finca colindante y, una vez dentro, localizaron la entrada camuflada que las condujo por un laberíntico pasillo hasta la sala de los manuscritos. Allí fueron recibidas por Humberto Fernández en compañía de Miguel y un par de síndicos.

—No sabía que veníais hoy —dijo Miguel tras saludarlas.

—Nosotras tampoco hasta hace un rato —contestó Alejandra y toqueteó una de las láminas—. Ha sido más bien una corazonada. He llamado a mi tía esta mañana para asegurarme de que te encontraríamos aquí.

Miguel levantó las cejas con cierta sorpresa.

—Que sepáis que siempre sois bien recibidas —añadió el presidente del tribunal—. ¿A qué se debe vuestra visita?

—Estamos interesadas en saber qué tan avanzadas van las averiguaciones sobre los manuscritos —dijo Sara sin mucha más explicación—. Por si podemos ayudar...

—Algo más sabemos... —apuntó Miguel, y miró a Humberto, quien lo confirmó con un sutil asentimiento.

La explicación de Humberto y Miguel se extendió durante varias horas. Sus argumentos, respaldados por archivos oficiales y sin margen de error, y la información expuesta, aunque algo ambigua en algunos puntos, resultó sumamente provechosa. Mientras Alejandra los escuchaba, una idea se formaba en su cabeza. Miró a su alrededor y todo cobró sentido. Esos manuscritos lo confirmaban. Estaban ante

el mayor descubrimiento en la historia de la documentación. ¡¿Cómo no se había dado cuenta antes?!, pensaba. La clave de todos sus desvelos estaba delante de sus propias narices. Esos manuscritos edetanos marcaron el comienzo de la pesadilla con Fonfría, el principio de sus aventuras y también de sus desasosiegos. Con ellos, debía llegar el desenlace definitivo. ¡Cerrar ese ciclo de una vez por todas y empezar a vivir!

Sara y Alejandra se miraron entre ellas con la misma expresión, convencidas de que habían encontrado lo que buscaban. Como si sus azorados pensamientos se hubiesen sincronizado, sin darse cuenta, en una misma sintonía.

¡Todo comenzaba a tener sentido de nuevo! ¡Habían estado completamente ciegas!

CAPÍTULO 51

Cuando Rosa se asomó al balcón, ya había empezado a anochecer. Se deleitó ante la increíble vista de la Ciudad de las Artes y las Ciencias que tenía a sus pies. Era un privilegio encontrarse en la decimoquinta planta, aunque al principio le hubiera costado acostumbrarse. Miró hacia abajo y vio a Sara y Alejandra que cruzaban la calle, seguidas de Lluís y Jesús. A pocos metros de distancia, se unieron Andreu y Rebeca que acababan de aparcar el coche. Rosa entró y avisó a Miguel de la llegada de los invitados, quien se encontraba ultimando unos apuntes en su despacho.

Tras llamar a la puerta, fueron recibidos con besos y abrazos. Rosa había dispuesto sobre la mesa del salón unos apetitosos tentempiés a base de minibocadillos y sándwiches, olivas, papas y bebidas para acompañar todo.

—Rosa, ¡cómo te haces querer! —murmuró Lluís al ver el banquete—. Si supieras cómo me ruge el estómago.

—Sé que venís de trabajar y con hambre —añadió Rosa con cariño—. Es lo menos que puedo hacer.

—Gracias, tía —le susurró Sara, y la besó en la mejilla—. Estás en todo.

—Miguel, nos tienes sumamente intrigados... —manifestó Andreu curioso.

—Cierto, esta reunión nos ha pillado por sorpresa —añadió Rebeca.

—Lo sé —afirmó Miguel con una pila de folios en la mano—. Aunque lo que voy a exponer no es el motivo principal por el que os hemos convocado hoy aquí, sí podría ser el camino para llegar hasta él.

Andreu y Rebeca se miraron sin entender a qué se refería.

—¡Exacto! —intervino Alejandra, y tomó el mando de la conversación—. Miguel nos explicará los descubrimientos en la Casa Vestuario, aunque ya nos adelantó una parte durante la última comida

que celebramos en mi casa. Evidentemente, la información que nos va a compartir tiene mucha importancia, aunque el objetivo primordial de todo… es dar caza a Augusto Fonfría.

Andreu resopló. Una vez más aparecía el maldito Fonfría, aunque admitía que la noticia no lo había sorprendido demasiado. Tarde o temprano, su nombre resurgía.

Alejandra prosiguió:

—Y para conseguirlo tenemos el mejor as del mundo.

—Ah, ¿sí?, ¿cuál? —preguntó Rebeca, un tanto desconectada de sus hazañas.

—Los manuscritos edetanos —expuso Alejandra—. Si él supiera de su existencia, estoy convencida, al igual que vosotros, de que sería capaz de dar y hacer cualquier cosa por conseguirlos.

Rebeca era la única que había oído hablar de ellos, pero que jamás los había visto.

Todos asintieron.

—Si son tan valiosos para él —añadió Rebeca—, ¿por qué no le decís que los tenéis y ya está?

Alejandra sonrió al darse cuenta de su ingenuidad en el tema.

—Porque no es tan sencillo —puntualizó—. De esa manera, no conseguiríamos atraparlo. Se nos escaparía como una anguila escurridiza, o nos haría una grandiosa oferta para comprarlos, pero como puedes imaginar, los manuscritos no están en venta. Ellos deben de ser nuestra última baza, nuestra estocada final. Es un hombre demasiado astuto e influyente. ¡Vosotros lo sabéis! —continuó, y miró al resto—. Debe sentirse poderoso y tener la impresión de que él lleva las riendas en todo momento, aunque no sea así. Necesitamos que coma de nuestra mano y que deseé lo que nosotros poseemos. ¡Si no le ganamos en astucia, jamás lo conseguiremos!

Rebeca agradeció la aclaración de Alejandra y la entendió, Andreu solo pudo darle la razón.

—Casi todos los que estamos aquí —continuó Alejandra— tenemos motivos de sobra para odiarlo y desear verlo tras las rejas el resto de su jodida vida. Ya lo logramos una vez, aunque luego no salió del todo bien. Sin embargo, estoy convencida de que esta vez será diferente.

—¿Diferente por qué? —preguntó Andreu reticente.

—¡Porque conocemos mucho mejor al enemigo! —contestó

Alejandra con una convicción persuasiva y gran seguridad en sí misma —. ¡Porque tenemos más experiencia en la lucha! ¡Porque contamos con más recursos! ¡Y porque somos menos vulnerables! Por todas estas razones, ¡sé que lo vamos a conseguir sí o sí!

Rosa tragó saliva al escuchar el discurso apasionado de su sobrina y la determinación con la que lo había expresado. Observó el rostro de todos los presentes, que se habían quedado sin palabras.

—La tenacidad siempre tiene sus recompensas —apuntó Miguel —. Todos hemos sido perseverantes en algún momento y hemos salido victoriosos. A mí también se me resiste embarcarme en nuevas aventuras. Los años ya pesan, ¿verdad, Rosa? —dijo, y la miró—. Aunque pensándolo bien, esta podría ser la definitiva, y creo que vale la pena intentarlo.

—Yo opino que, si queréis estar fuertes para todo eso, lo primero que debéis hacer es comer algo —los incitó Rosa a empezar—. Ya sabéis que Miguel cuando tiene algo que hacer se olvida de todo lo demás. Y este tema le tiene obsesionado.

—Mi tía tiene razón —añadió Sara, y fue la primera en coger algo de una de las bandejas de la mesa—. La noche es muy larga y no vamos a despreciar todo lo que ha hecho con tanto cariño.

Todos se animaron y la imitaron.

—Si recordáis —retomó Miguel la conversación de varias semanas atrás—, hasta ahora os he contado que la hermandad que sobrevivió a la rebelión de las Germanías se mantuvo en la clandestinidad entre los artesanos del reino. En esos momentos, estudiábamos una especie de código que habían creado y que utilizaban para ocultar posesiones valiosas de los aristócratas. El caso es que hemos avanzado y puedo confirmaros que dicho código estaba principalmente compuesto por signos e imágenes. Lo cual tiene lógica si tenemos en cuenta que la mayoría de la población de entonces era analfabeta —se detuvo por unos instantes.

—Miguel, por Dios..., desembucha de una vez —le riñó Rosa.

Él se acomodó en su asiento y comenzó a decir:

—Puedo anunciaros que empezamos con buen pie.

Casi todos sonrieron ante el comentario alentador.

—Antes de cantar victoria vamos a dejar que Miguel termine con su explicación —soltó Andreu, consciente por experiencia de que esos caminos inexpugnables siempre entrañaban riesgos—. Me cuesta creer

que esto vaya a ser fácil.

—Tienes razón, Andreu —pronunció Miguel, y se adentró en el meollo de su relato—. Para ello, debemos remontarnos a los orígenes del Palacio de la Generalitat, en la segunda mitad del siglo XIV, cuando se instauró un «donativo» o impuesto para asistir a los reyes con los cuantiosos gastos provocados por sus campañas bélicas. Años después se transformó en el impuesto de las generalidades y afectaba a la importación y exportación, y a la compra y consumo de diversos productos como pieles, especias, aceites, lanas, vinos, tejidos, maderas... Tal tarea merecía un espacio adecuado, así que en 1421 comenzó la construcción de un suntuoso edificio, cuya obra se prolongaría a lo largo del siglo XVI, capaz de rivalizar con la Casa de la Ciudad, entonces el ayuntamiento. Lo situaron justo a su lado, y también próximo a la Catedral. De esa forma, se encontraban juntos los tres monumentos más emblemáticos del reino que representaban la vida social, política, municipal y religiosa.

—Tu exposición está muy bien, Miguel, pero no veo a dónde nos quieres llevar —apuntó Andreu.

—Todo a su debido tiempo —dijo él, y retomó el hilo—. El Palacio de la Generalitat, es de estilo gótico tardío y alberga salones dignos de visitar, aunque a nosotros nos interesa uno en particular que se encuentra en la planta noble del primer piso: la Sala Nova o Salón de Cortes. En su interior destaca su techo artesonado, terminado en 1561, con la gradería superior de madera adornada con bajorrelieves mitológicos; y ocho pinturas murales realizadas en 1591. Estas obras, no solo embellecen las paredes del salón, sino que representan a los diferentes miembros que constituían el Poder Legislativo. Sin embargo, en sus inicios los muros de la sala estaban cubiertos por tapices de tela de oro y brocado carmesí, pero su mal estado, debido a su uso frecuente de prestarlos en iglesias y conventos de la ciudad para decorar las capillas en las grandes festividades, llevó a que los diputados de la Generalitat acordasen reemplazarlos por las pinturas actuales considerando que sería una opción más elegante, útil y provechosa.

Miguel observó sus rostros que lo miraban sin comprender.

—Para ello, convocaron a los mejores y más prestigiosos pintores del reino, y después de valorar distintas opciones se optó por realizar las pinturas sobre las paredes de piedra para garantizar su

durabilidad.

»Así que designaron a Juan Sariñena para la pintura de los diputados de la Generalitat, que ocuparía toda la pared frontal de la sala. Una vez terminado el primer mural, los diputados quedaron tan complacidos que decidieron también pintar los estamentos eclesiástico, militar y real. Tras competir por ofrecer el mejor precio, se asignaron los encargos: Vicente Requena se haría cargo del estamento eclesiástico, Juan Sariñena repetiría con el real y Francisco Posso se ocuparía del militar. Aún quedaban varios muros sin pintar para completar la sala, y de ellos se encargaría Vicente Mestre, Luís Mata y Posso que culminaría con una alegoría a la justicia.

Todos percibieron en Miguel una sonrisa apacible, la misma que destila la tranquilidad y la satisfacción de haber cumplido con la tarea impuesta.

—Para llevar a cabo este proyecto, se establecieron dos condiciones que los artistas debían acatar: primero, las figuras debían ser retratos fieles, y segundo, debían representar con minuciosidad el color de los tapices del fondo de sus paredes. Bien, pues hemos llegado al punto que nos interesa.

Todos se miraron entre ellos, ansiosos por saber más.

—Aunque las pinturas son diferentes y de artistas distintos —prosiguió Miguel a punto de concluir—, todas comparten un denominador común: el mismo fondo de tapices con franjas rojas y oro. En esos tapices se encuentra la clave que debemos buscar, ya que no solo eran decorativos, sino que la hermandad los utilizaba como medio para pasarse información con señales y signos cuando eran prestados en fiestas y actos litúrgicos. De forma que, si damos con ellos, nos revelarán el paradero de los objetos valiosos que la hermandad ocultó durante años.

Todos irrumpieron con numerosas quejas.

—Miguel —apuntó Lluís—, creo recordar que habías dicho que empezábamos con buen pie.

—Cierto —se unió Sara—. ¿Cómo vamos a localizar esos tapices que se retiraron en 1591 para sustituirlos por las pinturas?

—Esos tapices todavía existen —pronunció Miguel con rotundidad—, y se encuentran en el almacén del Museo del Palacio Real de aquí de Valencia.

Unos a otros se miraron con una risita tonta al saber que se

encontraba en un lugar accesible y cercano.

—¿Estás seguro de ello? —preguntó Alejandra esperanzada.

Miguel asintió.

—He revisado el listado del inventario del museo y aparecen. Aunque debido a su mal estado han descartado exponerlos en las vitrinas.

—Entonces necesitamos entrar en ese almacén y comprobar si todo lo que dice Miguel es verdad —añadió Alejandra muy resuelta—. Además, por suerte, dos de nosotros tienen acceso al museo. Eso nos facilita las cosas.

Todos dirigieron sus miradas a Rebeca y Andreu.

—¡Esperad un momento! —bramó Rebeca con las manos alzadas —. Andreu es guía y yo solo una empleada de seguridad. Ninguno de los dos tenemos las llaves ni nos encargamos de abrir o cerrar el museo. Además, como podéis imaginar, cuenta con cámaras de vigilancia y sistema de alarma.

A continuación, Rebeca miró a Andreu con la esperanza de que la apoyara.

—Tiene razón —pronunció Andreu—. No es tan fácil. Tenemos la ventaja de que conocemos las instalaciones, sí, con excepción de las privadas. También conocemos al personal y sus horarios, pero nada más.

—¡Eso es mucho más de lo que hemos tenido otras veces! —alegó Alejandra.

—¡Ya te digo! —intervino Lluís que intentaba calmar los ánimos —. Hemos entrado en lugares mucho más arriesgados sin saber si tenían salida.

—Intentemos hacerlo de forma que ella no se vea involucrada —propuso Andreu y señaló a Rebeca.

—No puedo creerlo —gritó Rebeca incrédula—. ¿Estás pensando en acceder al museo fuera de horas y a hurtadillas?

—Entiendo que quieras mantenerla alejada —dijo Sara—, pero tú sabes tan bien como nosotros que podríamos ir más rápido si trabajamos todos en equipo.

—Me gustaría ayudaros —se disculpó Rebeca—, pero me juego el trabajo, y ¡tú también, Andreu! —gritó para hacerle entrar en razón—. ¡Tenéis que entenderlo!

—Entendemos perfectamente tu postura, Rebeca, y también

puedo llegar a entender la de Andreu. —Sara lo miró—. En estos últimos años has ordenado tu vida, has conseguido cosas que antes no tenías y respeto tu deseo de conservarlas. Sin embargo, si no te unes a esta causa en la que también estás involucrada, jamás conseguirás ser totalmente libre y encontrar la paz. Siempre cargarás con esa pesada mochila que nos aprisiona a todos, aunque a algunos más que a otros, lo reconozco. Yo misma he intentado negar el pasado, he tratado de pasar página. En resumen, he intentado olvidar, pero no he podido. Al final, he llegado a la conclusión de que esa no es la solución adecuada.

Andreu permaneció en silencio, pensativo. Rememoró sus años de adolescencia. La imagen de su madre y de su fallecida hermana se presentaron ante él para hacerle despertar, para abrirle los ojos a la cruda realidad. Sara tenía razón en cada una de sus palabras. Lo conocía demasiado bien. Fonfría seguiría pesando sobre sus espaldas.

—Cierto, a veces hay que poner los cojones sobre la mesa y tú has demostrado, con creces, que te sobran para eso y para más —añadió Lluís con rotundidad sin dejar de mirar a Andreu.

—¡Hay algo que debemos aclarar antes de comenzar esta misión! —planteó Alejandra con seriedad—. Es de vital importancia saber quiénes están dispuestos a embarcarse en esta aventura, sin condiciones, como hemos hecho en ocasiones anteriores, y quiénes no lo están.

—¡Alejandra, no seas tan radical! —la regañó su tía al notar la tensión en la reunión.

—No estoy siendo radical, tía. Simplemente estoy exponiendo los hechos tal y como son, y la pregunta no puede ser más fácil. Con un sí o un no es suficiente.

Todos asintieron, excepto Rebeca, que se abstuvo.

CAPÍTULO 52

Esa tarde y como era habitual, el jardín de Viveros acogía a numerosas familias que disfrutaban del contacto con la naturaleza. Muy próximo a la fuente de la Dama de Elche y a la Montañeta del General Elío se encontraba el recién inaugurado Museo del Palacio Real, que acogía objetos y reliquias de diversas épocas, encontrados entre los restos del desaparecido Palacio Real. Gran parte del mérito de ese descubrimiento lo tenían las hermanas Ferrer y compañía. Por eso, siempre que lo visitaban no podían evitar sentir un leve escalofrío al recordar sus arriesgadas aventuras.

Faltaba casi una hora para que el Museo del Palacio Real cerrara sus puertas, y la última visita guiada estaba a punto de finalizar. Entre el grupo reducido de personas se encontraban Sara y Alejandra Ferrer, Lluís y Miguel, que fingían escuchar atentamente las explicaciones de Andreu. Fue Miguel el primero en perderse entre los pasillos y adentrarse en el cuarto de baño. De hecho, no pensaba salir de allí hasta que le avisaran que ya no había peligro. Luego, lo mismo hicieron las hermanas Ferrer. Lluís, en cambio, se quedó rezagado mientras Andreu se aproximaba a la puerta de salida para despedir a los demás.

—¡Ven conmigo! —le dijo Andreu, ya solos.

Lluís le siguió sin decir ni una palabra hasta que atravesaron una puerta en la que se leía: «Solo personal autorizado».

Después entró Rebeca, que acababa su turno.

—¡Vete ya! —le dijo Andreu.

—¡Me quedo! —anunció ella, para sorpresa de los dos.

—¡Quedamos en que te mantendrías al margen! —le susurró Andreu.

—Lo sé, pero he cambiado de opinión. Además, yo tengo acceso a las cámaras de seguridad y tú no.

A los pocos instantes, se oyeron las voces de dos hombres. Andreu le pidió a Lluís que se ocultara.

—¿Aún estáis aquí? —les dijo uno de ellos al ver a la pareja.

—¡Qué putada! —dijo el otro compañero—. Yo todavía tengo que cerrar y el partido empieza pronto.

—¡Vaya, sí que es una putada! —le siguió el juego Andreu.

—¿Vosotros tenéis prisa? —le preguntó apurado a ellos dos.

—No... ¿por? —preguntó Rebeca, con la boca pequeña.

—Por si me puedes hacer el favor de cerrar tú —dijo, y la miró—. No quiero abusar de tu confianza, sé que ya te lo he pedido alguna otra vez, pero es que tengo entradas y no voy a llegar. No he podido cambiar el turno y...

—De acuerdo —soltó Rebeca de sopetón.

—Gracias, eres un sol —luego miró a Andreu y rectificó—: Los dos. ¿Sabes la clave para conectar la alarma?

Ella asintió.

—Gracias. Ya me voy más tranquilo.

Rebeca apenas respiró hasta que lo vio salir por la puerta. Después se miró las manos y notó que le temblaban como un flan.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Andreu, y avisó a Lluís para que saliera de su escondite—. Habíamos desestimado robar las llaves y al final nos las han puesto en bandeja.

—Pues no perdamos tiempo. Cuánto antes empecemos mejor —propuso Lluís.

—Voy a cerrar la puerta de entrada —avisó Rebeca, que ya había recobrado la compostura y comenzaba a meterse en el papel que le tocaba desempeñar—, después desconectaré las cámaras de seguridad. ¡Esperad aquí hasta que os avise!

Sara y Alejandra estaban nerviosas, no sabían qué estaba ocurriendo fuera, cuando alguien golpeó la puerta del baño con los nudillos.

—¡Ya podéis salir! —oyeron del otro lado.

—¡Rebeca! —exclamaron casi a la vez cuando la tuvieron delante.

—He decidido unirme a vosotros. Espero no tener que arrepentirme.

Las hermanas sonrieron. Al salir del baño vieron a Lluís, Andreu y Miguel. Localizaron la puerta del almacén y Rebeca rebuscó en el manojo de llaves hasta que finalmente encontró la que la abría.

—¿Las has conseguido? —le preguntó Sara, sorprendida y

contenta de tenerla en el equipo.

—Digamos que sí. Ha resultado tan fácil que todavía no me lo creo.

Cuando encendieron la luz, la sorpresa se dibujó en sus rostros. Aunque la sala era la misma que muchos ya conocían, había disminuido de tamaño ya que cedieron gran parte a las instalaciones del museo. En aquel momento, albergaba pocos hallazgos, por lo que no tuvieron dificultad en encontrar lo que buscaban. En un rincón se amontonaban varios ovillos de tela. Fue Alejandra la primera en retirar el envoltorio y comprobar que habían dado en el clavo. Los tapices de oro y brocado carmesí eran idénticos a los representados fielmente en las pinturas murales de la Sala Nova del Palacio de la Generalitat.

Al abrirlo, los envolvió un intenso olor a humedad. Con sumo cuidado, debido a su fragilidad, y con la colaboración de todos, consiguieron desplegar uno de los tapices. Por su tamaño, dedujeron que debía pertenecer a una de las dos pinturas más grandes. Su textura, similar al terciopelo, estaba desgastada por el uso y el paso del tiempo. Observaron su forma desigual en uno de los extremos y la parte inferior ajada, hecha jirones. Inspeccionaron las franjas anchas rojas y amarillas, pero la iluminación del lugar no era lo suficientemente potente para distinguir si tenía o no anotaciones.

—Esto nos va a llevar más tiempo del que pensábamos —se quejó Alejandra y aplastó la luz de su linterna sobre la tela—. Necesitaremos días o, mejor dicho, semanas.

—Solo disponemos de unas horas —le aclaró Andreu.

—A no ser que nos las llevemos —propuso Sara.

—¡De eso nada! —protestó Rebeca—. Y si las echan en falta…

—Lo dudo. Aquí están abandonadas —habló Lluís—. Descartadas porque no sirven para nada. Y si no las han tirado es por su antigüedad.

—Dejad ya de quejaros —intervino Miguel que hurgaba sobre la tela—. No perdamos el tiempo y alumbrad aquí que parece que hay algo. Llegado el momento ya veremos lo que hacemos con ellas.

Todos obedecieron y dirigieron la mirada hacia donde les señaló. Lluís sacó su móvil y empezó a fotografiar todo lo que Miguel le indicaba, aunque se trataba más bien de palabras sueltas y signos. Cuando creyeron que lo tenían todo, pasaron al siguiente. Este era

más pequeño y se encontraba en un estado bastante lamentable.

—Da miedo tocar la tela —comentó Alejandra, y sintió las yemas de sus dedos impregnadas de partículas—. Se deshace entre los dedos. Se nos va a desintegrar.

—Daremos un vistazo rápido —insistió Sara—. Aquí hay algo más.

Lluís continuaba con sus fotos.

—Vamos fatal de tiempo —avisó Andreu—. Deberíamos marcharnos ya.

—Casi estamos terminando —añadió Miguel.

Una hora después, salieron del museo. Rebeca cerró las puertas y conectó la alarma. No habían causado ningún daño ni tampoco se habían apropiado de nada que no les perteneciera, por lo que no debería haber consecuencias no deseadas —pensó para autoconvencerse de que todo estaba en orden.

Se dirigieron hacia una de las entradas del jardín de Viveros que apenas se utilizaba, la cual Lluís se había asegurado de manipular, salieron a la avenida y tomaron caminos separados.

CAPÍTULO 53

Miguel había organizado la visita al Palacio de la Generalitat. Necesitaban ver con sus propios ojos las famosas pinturas murales, por si la visión global podía revelarles algún detalle adicional. El acceso al palacio estaba restringido, excepto en fechas muy específicas, como en las jornadas de puertas abiertas. Por esa razón, a esa hora de la mañana, Miguel y Rosa se encontraron con Sara y Alejandra en la calle Caballeros. Al llegar al punto de encuentro, había un grupo reducido de personas que habían tenido la misma idea y que compartirían el recorrido con ellos.

A los pocos minutos, la señorita encargada de guiarlos durante la siguiente hora y media apareció para mostrarles las dependencias que podían visitarse, y explicarles la lección que ya tenía por demás aprendida. Tras los saludos pertinentes, accedieron a un majestuoso patio central, similar a los de las casas señoriales del siglo XV.

Después de una breve introducción acerca de la historia del palacio, visitaron la Sala Vieja, la Sala de la Escribanía y las Salas Doradas del entresuelo, que, aunque magníficas, no eran de su interés. Luego, subieron por la imponente escalera de piedra construida en 1482, por Pere Compte, arquitecto de la Lonja, y años más tarde, en 1511, ampliada por su discípulo Joan Corbera.

Mientras ascendían por la escalera a la planta noble, Miguel les hizo una seña para que estuvieran atentas y tomaran nota de todo. Se detuvieron en el umbral, en donde la guía les enseñó el escudo de la Generalitat, tallado en piedra y datado en la época foral. Observaron, con minucioso detalle, el emblema de los tres brazos tradicionales: el militar, representado con la imagen de San Jorge luchando contra el dragón; el eclesiástico, con la Virgen María y el niño Jesús en brazos; y el real, con el ángel custodio del reino. Este emblema se repetía a lo largo de todo el edificio en diferentes materiales.

Ingresaron en el Salón de Reyes, donde las paredes estaban adornadas con retratos de los monarcas que habían reinado en España

a lo largo de la historia, culminando en la capilla. Al otro extremo, se encontraba la entrada a la Sala Nova con el emblema de la Generalitat, esta vez elaborado en bronce. Al adentrarse en la sala, se quedaron asombrados.

—¡Es impresionante! —exclamó Rosa sin poder dejar de mirar el artesonado del techo.

Miguel dio un vistazo alrededor para comprobar que, efectivamente, el denominador común de todas las pinturas murales eran los tapices a franjas rojas y oro, aquellos que habían tocado con sus propias manos en el Museo del Palacio Real.

La guía continuó con su explicación ante la atenta mirada del grupo:

—Nos encontramos en la sala más fastuosa, principal e importante del edificio: la Sala Nova, también llamada, erróneamente, Salón de Cortes. Esta confusión se debe a una interpretación equívoca de la pintura de Juan Sariñena que preside la sala, y que representa una sesión, o sitiada, de los diputados de la Generalitat. Sin embargo, la verdad es que jamás se celebró una aquí dentro. La composición consta de seis diputados, tres clavarios, un asesor y un síndico. En la parte superior, como pueden observar, vuelven a aparecer los sellos de los tres estamentos, aunque en esta ocasión han sido pintados.

Sara y Alejandra se alejaron del grupo. Seguían escuchando la explicación de la señorita, aunque más como música de fondo. Sus ojos se detuvieron ante el enorme cuadro del brazo eclesiástico, colocado a la izquierda. En él figuraban diecinueve personas sentadas en sillones tapizados de negro, con clavos y pomos dorados, y vestían sus hábitos e insignias correspondientes a sus altas dignidades: mitras, báculos y cruces de órdenes militares.

—¿Cuánto dirías que mide? —preguntó Alejandra, y extendió los brazos como si pudiera abarcar su magnitud.

—No sé… —murmuró Sara, e intentó hacer un cálculo mental aproximado—. Yo diría que más de seis metros por casi cuatro de alto.

—Son una pasada, ¿no crees? —susurró Alejandra.

—Sí, aunque dudo mucho que estos personajes nos ayuden a resolver nuestras dudas.

—De todas formas, sería bueno tomar fotos. Nunca se sabe cuándo podrían ser útiles. ¿Has visto este otro? —preguntó Alejandra, que se había plantado frente al mural del estamento militar, de

dimensiones similares al anterior.

—Cuarenta caballeros dispuestos en cuatro filas —contó Sara—. ¡Menudo faenón!

—Sara, se llama «arte». —Alejandra soltó una risita.

—Muy graciosa —susurró en tono burlón.

La guía se acercó a ellas seguida de Miguel, Rosa y el resto del grupo.

—Esta obra representa el estamento o brazo militar y fue realizada por el italiano Francisco Posso. Podemos apreciar la habilidad y destreza del pintor en el manejo de la perspectiva. La mayoría de estos personajes son miembros de la nobleza valenciana, y muchos de sus retratos tuvieron que ser retocados porque alegaron que daban una imagen más italiana que española.

La visita no se extendió mucho más, y cuando terminó, todos se dirigieron hacia la salida. Una vez en la calle Caballeros, Miguel propuso tomar algo en una de las cafeterías de la plaza de la Virgen para conversar e intercambiar impresiones.

—¿Qué me decís? —preguntó Miguel después de acomodarse en una de las mesas de la plaza.

—A mí me han gustado mucho tanto las salas como las pinturas —contestó Rosa.

—Tía, no hemos venido de turistas, sino para sacar algo en claro del asunto que nos concierne —protestó Alejandra, que sentía que habían perdido el tiempo.

—Yo he dicho mi opinión —renegó Rosa molesta—. ¿O es que tampoco puedo decirla? ¡Alejandra, últimamente no se te puede hablar!

—Vamos a calmar los ánimos —intervino Miguel con voz pausada—. Aunque creamos que esta visita no ha servido para nada, la información que hemos recibido seguro que nos aportará algo positivo. Ya lo veréis.

—Por cierto —apuntó Tía Rosa sorprendida—. ¿Aquella que está cerca de la fuente no es tu excompañera Victoria Quirós? ¡Desde luego, sí es ella, sigue exactamente igual de seca! —murmuró sin apartar la mirada de la mujer—. Parece una escoba vestida.

Sara, Alejandra y Miguel giraron la cabeza en su dirección y confirmaron, con cierto resquemor, que Quirós estaba allí.

—¡Está sola! —apuntó Sara.

—Ahora sí, pero hace unos minutos la acompañaba aquel hombre grandote de allí, el que se aleja por la calle Navellos.

Las hermanas Ferrer siguieron con la mirada hacia donde les indicaba su tía y luego se miraron entre ellas. Estaban convencidas de que ese tipo pertenecía a la plantilla de INACFA. Y no solo eso, sino que Quirós no estaba ahí por casualidad. Esa arpía las estaba siguiendo.

CAPÍTULO 54

La avenida del Marqués de Sotelo rebosaba de actividad a esa hora de la mañana, con las aceras colapsadas, en su mayoría por turistas cargados con maletas que iban y venían desde la Estación del Norte. Se trataba de una terminal monumental de estilo modernista que acogía a cientos de pasajeros diariamente.

A pocos metros, en el edificio INACFA, Augusto Fonfría se había reunido con su hija Erika y con Victoria Quirós.

—Las hermanas Ferrer siguen visitando a los síndicos del Tribunal de las Aguas —le puso al día Quirós—. A decir verdad, se han vuelto visitantes asiduas.

—¿Volvemos a las andadas? —preguntó Fonfría.

—Sí, señor. Además, se han unido su tía y su marido, Miguel Roselló. Hace unos días, los cuatro hicieron una visita guiada al Palacio de la Generalitat.

—Y el mendigo, ¿ha estado en contacto con ellos? —preguntó en tono despectivo.

—Que yo sepa, no. Lo podemos vigilar, también —propuso servicialmente—. Sigue de camarero en ese restaurante de la plaza del Tossal y como guía en el Museo del Palacio Real.

—Continúa controlando todos sus pasos —ordenó con autoridad —. Esa gente siempre esconde algo.

Victoria Quirós asintió.

—Señor Fonfría, ¿qué me dice de Leonor Villacrés de Pousa? Ya le comenté mis sospechas el primer día que la conocimos en el Blue Diamond —insistió Quirós—. Sé que entonces era muy precipitado...

—¡Por eso pedí un informe sobre ella! —argumentó Fonfría enrabiado—. El informe que me entregaron es extenso y aparentemente confiable.

—Como usted ha dicho: «aparentemente». Júzguelo usted mismo... —Victoria Quirós le mostró una fotografía de Leonor Villacrés de Pousa junto a otra de Alejandra Ferrer, las cuales apoyó

sobre la mesa—. Son recientes, de hace apenas unos días.

—Papá, tiene razón. Se parecen demasiado —dijo Erika, que compartía la teoría de Victoria.

Augusto Fonfría apretó los dientes. Si había algo que le tocaba de verdad los cojones, era que se burlaran de él.

—Pero… —Augusto Fonfría pensaba en voz alta—. La apuesta por Fran Salma, sus artículos en el periódico…, la adquisición del Caravaggio desaparecido…

—¡Me juego el cuello a que todo es mentira! —escupió Quirós—. ¡Una maldita farsa!

Fonfría dio un golpe en la mesa que sobresaltó a las dos mujeres.

—¡He estado investigando! —añadió Quirós triunfante.

—¿Y cuál es tu conclusión? —le preguntó Fonfría visiblemente alterado.

—No creo que sea quien dice ser. Y no solo eso, sino que representar un papel así no es precisamente barato. Tú misma has visto —miró a Erika— que la ropa y complementos que lleva son todos originales y de firmas de lujo.

Erika Fonfría asintió.

—Entonces, ¿quién le está pagando todos esos caprichos? Y no olvidemos que se aloja indefinidamente en el Vallier, un hotel de cinco estrellas. ¿Su marido, Lluís? No creo que pueda costearlo, y mucho menos ella. Al parecer, está sin trabajar desde que dejó el periódico.

—Esto no me huele nada bien —murmuró Erika.

—Además, si de verdad es Alejandra Ferrer —continuó Quirós hurgando en la llaga—, que no lo dudo. ¿Quién es su cuñado?

Padre e hija se miraron entre ellos.

—Jesús Valdés, inspector de policía —se adelantó a decir Quirós —. Perfectamente pudo haber maquillado el informe —especuló con ironía.

Augusto Fonfría bufó enervado.

—La pregunta que no paro de hacerme —prosiguió Quirós para añadir más leña al fuego—, y que aún no he obtenido respuesta es: ¿por qué ese disfraz casi perfecto y tan meticulosamente planeado de Leonor Villacrés de Pousa? Y lo más importante: ¿con qué propósito? ¿Qué busca realmente esa zorra?

A esa hora más o menos, pero en el Hotel Palacio Vallier, Alejandra había subido a su *suite* por la escalera de incendios y esperaba que su hermana Sara llegara de un momento a otro.

Un sutil ruido en la puerta le avisaba que ya estaba allí. Al abrirla, lo comprobó.

—¡Llevo una hora intentando quitarme de encima a ese secuaz de Fonfría! —bramó Sara, y se dejó caer en el sofá—. Parecen todos iguales. Es como si los hubiesen clonado y creado un ejército a medida, exclusivamente para él.

—¡A mí también me han estado pisando los talones! —exclamó Alejandra pensativa—. Pero, de momento, solo nos observan.

—Esto no me gusta. Si nos están siguiendo a las dos es porque algo sospechan.

—Yo también lo creo —susurró Alejandra, tan inquieta que no paraba de moverse por la habitación.

—¿Qué podemos hacer?

Alejandra se detuvo frente a su hermana y esbozó una sonrisa.

—¡Darles motivos! —rugió.

Sara arqueó las cejas en espera de una explicación. Enseguida cayó en la cuenta de lo que se le había ocurrido a su hermana, a lo que recitó:

—Si la montaña no va a Mahoma, Mahoma irá a la montaña.

—¡Exacto!

CAPÍTULO 55

Con total libertad para actuar según considerara conveniente, siempre en beneficio del imperio Fonfría, Victoria Quirós planeó su maquiavélico plan. Si Alejandra Ferrer, o la impostora Leonor, pensaba que podía tomarles el pelo, estaba muy equivocada. Había cometido un grave error y pagaría un precio muy alto por ello.

Al llegar al vestíbulo de INACFA, se acercó al mostrador de recepción y entabló una breve y banal conversación con la señorita que estaba allí.

—Localízame a Drago, Bruno y Caín. Diles que los espero aquí.

Victoria se acomodó en los sillones. Antes de hacerlo, rebuscó en el bolsillo de su pantalón, encontró un chicle de regaliz y se lo metió en la boca. Era el último que le quedaba. Le había cogido el gusto a ese sabor desde que decidió reemplazar los cigarrillos. Esos sí que le sabían a gloria. «La maldita salud, algún día tendremos que morirnos todos», pensó.

Sonó la campanilla y las puertas del ascensor se abrieron. Al levantar la mirada vio a los tres hombres, con el mismo traje negro, que se dirigían hacia ella. En el rostro se le dibujó una placentera sonrisa. Ya los conocía desde hacía tiempo y siempre habían congeniado muy bien en el trabajo sucio, aunque todavía le faltaba probarlos en la cama. Le daba igual que fuera por separado o los tres juntos. No les hacía asco a nuevas experiencias, especialmente en lo referente al sexo. En realidad, disfrutaba explorar sensaciones distintas. «La vida es demasiado corta para desperdiciarla con remilgos y detalles innecesarios», pensaba a menudo.

—¡Tenemos un trabajito que hacer! —les dijo cuando los tuvo cerca—. Os lo cuento por el camino.

—Voy a por el coche… —añadió Bruno con las llaves del vehículo en la mano.

Una vez que estuvieron los cuatro en marcha, Victoria le indicó la dirección:

—A la calle Cultura. Como es peatonal, te quedarás en el coche. —Bruno asintió.

Al llegar, Victoria, Drago y Caín descendieron y caminaron hasta tropezarse con el gran portón de madera que se encontraba cerrado. Sin dudarlo, Victoria llamó a uno de los timbres. En cuanto alguien contestó, inventó que era una vecina y que se había dejado las llaves. En un instante, la puerta se abrió.

Subieron hasta la segunda planta y buscaron el piso en cuestión. Caín se ocupó de la cerradura y, en breve, estaban dentro. El lugar estaba completamente vacío, no había ni una mísera silla donde apoyarse. Completamente furiosa, Victoria recorrió habitación por habitación, pero todas estaban igual de desoladas. Se maldijo mil veces por haber llegado tarde.

—¡Vámonos de aquí! —exclamó, y dio un portazo al salir.

La cabeza de Victoria Quirós maquinaba sus siguientes pasos.

—¡Al Hotel Palacio Vallier! —gritó.

Apenas unos minutos más tarde, Bruno detuvo el motor en la plaza de Manises. Victoria fue la primera en bajar, seguida de Caín y Drago. Al entrar, se dirigió a la recepción donde dos señoritas trabajaban.

—Buenas tardes, Carla —dijo amablemente Quirós a una de ellas, al leer su nombre bordado en la camisa—. Nos gustaría ver a Leonor Villacrés de Pousa.

—¿Los está esperando? —preguntó la joven con la mirada fija en los dos hombres que la acompañaban.

—Por supuesto —mintió con una sonrisa forzada.

—Me temo que no va a poder ser... —intervino la otra joven.

«¿Y a ti quién te ha dado vela en este entierro?», pensó Victoria y le preguntó:

—¿Por? —Intentó que la frustración no se le notara.

—Se marchó hace un rato. Yo misma la he visto salir —explicó la joven.

—¿Pues seríais tan amables de entregarle esta carta personalmente? —Hizo hincapié en la última palabra.

—Por supuesto. Yo misma me encargaré —apremió Carla, y la cogió.

—¡Es privada! No se te ocurrirá abrirla, ¿verdad? —le susurró con una mirada intimidante.

—¡Oh, no! ¡Claro que no! —contestó con temor—. Puede estar tranquila al respecto.

Carla los observó salir y respiró hondo. Aún le temblaban las piernas.

CAPÍTULO 56

Sara había terminado su clase de yoga y llegaba tarde a la cita con Ernesto Egea. Había decidido no coger el autobús porque daba mucha vuelta, de manera que callejeó hasta llegar a la calle de la Nave y se detuvo en la entrada del Centro Cultural La Nau. Sabía bien poco sobre esa reunión, solo que Alejandra también estaría allí. Antes de entrar miró a ambos lados del callejón para asegurarse de que nadie la seguía. Con cautela, atravesó el profundo zaguán hasta llegar al Claustro Mayor, de dos alturas y rodeado de columnas de orden toscano y jónico. En el centro del patio se alzaba una escultura de bronce de Juan Luis Vives. Sara revisó el mensaje y buscó la escalera. Cada uno de sus pasos resonaban en aquel silencioso lugar. Una vez en el segundo piso, buscó la puerta de una de las aulas y la golpeó con los nudillos antes de entrar.

La sala no era muy grande, más bien parecía una especie de despacho. Allí se encontraban Ernesto Egea y Alejandra. También estaba el teniente Ariza y su marido, el inspector Valdés.

—¡Lamento llegar tarde! —se disculpó.

—Tranquila —contestó Egea—. Sabemos que vienes de trabajar. Siéntate donde quieras.

Sara pasó por delante de su hermana, intercambiaron una mirada cómplice, y tomó asiento al lado de Jesús.

—No sabía que venías… —le dijo al oído.

—Me han avisado a última hora —le contestó un poco desconcertado.

—Antes de adentrarnos en los sucesos recientes —comenzó Ernesto Egea—, me gustaría poneros al tanto del último informe que nos ha entregado AIDA. Como sabéis, una de sus funciones, entre muchas otras, es rescatar obras que podrían haberse «perdido», por así decirlo, a lo largo de la historia. En este informe, se mencionan varias obras cuyo paradero están investigando. Una de ellas hace referencia al tríptico encargado por el aristócrata valenciano Jerónimo Vich y

Valterra, al pintor de la escuela veneciana Sebastiano del Piombo, en 1516, mientras Vich era embajador en Roma. Este tríptico se encuentra hoy dividido: el panel central, *Lamentación sobre el cadáver de Cristo*, se encuentra en el Museo del Ermitage de San Petersburgo; el panel izquierdo, *Descenso de Cristo al Limbo*, está en el Museo del Prado; y el lateral derecho, *Aparición de Cristo a los apóstoles*, está desaparecido.

Egea había conseguido captar la atención de todos, sobre todo la de Alejandra quien, a toda costa, intentaba recordar dónde había oído antes el apellido Vich y Valterra.

—Todos somos conscientes —continuó Egea— de que las guerras y el saqueo han supuesto una pérdida irreparable en nuestro patrimonio cultural, con momentos verdaderamente trágicos en los últimos siglos. La guerra de la Independencia con los franceses es un claro ejemplo de ello: en su ambición de crear en París el Museo Napoleónico, como símbolo de poder y cultura, Napoleón se apropió de obras valiosísimas durante sus campañas en Europa, adquisiciones que luego formaron la base para la creación del Museo del Louvre.

»Lógicamente no se conformaron con llevarse solo lienzos valiosos, también se perdieron grandes obras y trabajos de orfebrería. Custodias monumentales, cruces procesionales, arcas... fueron robadas y fundidas para convertirlas en lingotes y monedas. Se confiscó el patrimonio de las órdenes religiosas masculinas y se incautaron las colecciones de arte más preciadas a los nobles, fieles a Fernando VII. La cantidad era tan abrumadora que muchos funcionarios, militares y encargados franceses, corrompidos por la avaricia, ocultaron e hicieron desaparecer numerosas obras. Por otra parte, José Bonaparte, el hermano de Napoleón, utilizó parte de la colección real para premiar generosamente a sus generales activos en la península. Entre ellos, el mariscal Soult, que logró amasar una impresionante colección personal de más de ciento ochenta cuadros.

Sara dejó escapar un silbido de consternación ante lo que oía.

—El vandalismo de las tropas francesas alcanzó terribles extremos. Utilizaban monasterios e iglesias como cuarteles y cuadras, y los propios generales escogían los cuadros más valiosos, los recortaban con una navaja y se los llevaban. Incluso profanaban tumbas en busca de oro de forma habitual. Eso sin mencionar a los marchantes o mercaderes «buitres», quienes seguían el rastro de los

franceses y se aprovechaban de las desgracias que acarreaba la guerra. Había subastas públicas y anónimas, transacciones encubiertas, ventas fraudulentas. A veces, hasta las órdenes religiosas vendían sus bienes a bajo precio por temor a que les robaran. Después de la guerra, Fernando VII intentó recuperar los bienes saqueados que se encontraban en Francia. Después de misivas, negociaciones y situaciones tensas, se consiguió rescatar una mínima parte de ellas. Pero eso es otra historia...

—La falta de documentación de esa época dificulta nuestra investigación —terminó de explicar Ariza—. Sin embargo, hemos encontrado una relación de obras en la que se menciona el panel lateral del tríptico, junto con alguna otra, que José I Bonaparte obsequió al mariscal Suchet durante la guerra de la Independencia como reconocimiento por haber conseguido ingresar a la ciudad de Valencia en enero de 1812, tras varios intentos fallidos. Lo que desconocemos es cuándo tuvo lugar esa entrega. Actualmente, tenemos dos personas investigando en el Archivo del Reino y en el resto de los organismos oficiales competentes.

—¿Eso quiere decir que es posible que Bonaparte se lo entregara en Valencia? —preguntó Valdés.

—De momento, todo son incógnitas —concluyó Ariza—. Lo retomaremos cuando tengamos nuevos datos. Te cedo la palabra, Ernesto.

—Imagino que os habrá llamado la atención el lugar escogido.

—Teniendo en cuenta que rara vez repetimos sitio, no es de extrañar —apuntó Alejandra con sorna.

—Hemos de ir con mucho cuidado, por ello, la elección de este despacho solitario. Ayer entraron en el «nido», lo hemos visto a través de las cámaras de seguridad. Por suerte, no encontraron más que polvo.

—Eran dos tipos de INACFA junto con Victoria Quirós —apuntó el teniente Ariza.

—¡Menuda arpía! —exclamó Alejandra.

—A mí me han empezado a seguir —les informó Sara—. Siempre es uno de esos matones.

—A mí también —se unió su hermana—. ¿Hay alguna forma de evitarlo? —le preguntó a su cuñado.

—Si solo se limitan a observar, como parece ser el caso, poco

podemos hacer. Si llegásemos a detener a alguno, lamentablemente saldría antes de que pudiésemos hacer nada.

—Me encanta la mierda de ley que tenemos —murmuró Alejandra con sarcasmo—. Acabo de recoger esta carta del Hotel Palacio Vallier. La entregaron ayer una mujer y dos hombres.

—¡Pues no digas más! —exclamó Sara—. Ya sabemos quiénes son.

—¿La has abierto? —preguntó Egea acuciante.

—Sí, mientras venía hacia aquí. Es una invitación bastante escueta de Augusto Fonfría para una fiesta en el Hotel Balneario Las Arenas —dijo y se la entregó.

—¡No vayas! —le advirtió muy serio Egea, al terminar de leerla —. ¡Es un suicidio! Dadas las circunstancias, no hace falta ser muy listo para sospechar que te han descubierto.

—Yo creo que sí debería ir… —soltó Alejandra con determinación.

—Pero ya saben quién eres —protestó Sara con el corazón en un puño.

—Si ella está dispuesta… —atajó el teniente Ariza valorando los pros y los contras—. Nuestra misión es protegerla al máximo. Dudo que se presente otra oportunidad.

Egea no contestó. Después añadió:

—Si esa es tu decisión, tendrás todo nuestro apoyo —concluyó.

CAPÍTULO 57

En la sala de los manuscritos de la Casa Vestuario, los síndicos del Tribunal de las Aguas y Miguel Roselló estaban haciendo horas extras. Las fotografías de las anotaciones, halladas en los antiguos tapices que solían adornar las paredes del Palacio de la Generalitat, habían sido ampliadas y estaban esparcidas sobre la mesa. Habían explorado un sinfín de variantes en un esfuerzo por encontrarles algún sentido, pero todavía dudaban de que los fuera a llevar a buen puerto.

—Está claro que nos faltan datos —murmuró Humberto, con cierto desánimo.

—No me extraña —siguió Miguel—. Si hubieras visto el mal estado en que se encontraban esos tapices, no dirías eso.

—Deberíamos agradecer —dijo Jaime Santos, síndico y jurado de Quart—, que después de cinco siglos, todavía existan.

—¿Qué te parece que es esto? —preguntó Humberto, y giró una imagen para ver si le encontraban algo de coherencia.

—Parece una copa, ¿no? —contestó Miguel al aproximarse y acomodarse las gafas de cerca para ver mejor.

—Sí, y eso otro parece un pez —agregó Jaime—. ¿Y qué decís de los signos que hay debajo?

—Son varias X —dijo Humberto sin entender nada—. Creo que será mejor que lo dejemos por hoy. Los ojos ya me hacen chiribitas de tanto mirar.

El sonido de un móvil retumbó dentro de la sala.

—¡Creo que es el mío! —voceó Miguel, y se puso a rebuscar entre los papeles. Al cogerlo, vio que la llamada era de Alejandra.

—¡Hola, jovencita! ¿Qué se te ofrece?

—Hola, Miguel, ¿por casualidad no estarás en la Casa Vestuario? —le preguntó algo agitada.

—Pues sí, estábamos a punto de terminar y marcharnos a casa.

—¿Podéis esperarnos a Sara y a mí? —le pidió en tono de súplica —. ¡Llegamos en diez minutos!

—Sí, no hay problema. Si luego me riñe tu tía por llegar tarde os echaré la culpa a vosotras —agregó con gracia.

Exactamente diez minutos después, las hermanas Ferrer entraron en la Casa Vestuario. Saludaron a todos y echaron un vistazo por encima a las fotos que había sobre la mesa.

—¿Algún adelanto? —preguntó Sara.

—Poco —comentó el presidente del tribunal—. Esto es como buscar una aguja en un pajar.

—¿A qué viene tanta prisa? —inquirió Miguel, curioso.

—Lamento el arrebato de impaciencia —se disculpó Alejandra—. La verdad es que no es tan urgente.

—Vaya, ya nos quedamos más tranquilos —mencionó Humberto, que tomó asiento con intención de escucharla—. Tú dirás…

—¿Es posible que hace unos días, quizá semanas, usted mencionara a la familia Vich y Valterra? —le preguntó Alejandra a Humberto Fernández.

—Pues sí. No recuerdo en qué momento pudo ser, pero si la pregunta es si sé quién es, la respuesta es que sí. A decir verdad, lo hemos repasado hace relativamente poco con la rebelión de las Germanías, ¿no?

—Cierto —asintió Miguel—. Las anotaciones deben de estar por ahí.

—¡Lo sabía! —gritó Alejandra eufórica—. ¡Sabía que había sido aquí!

—¿Qué te gustaría saber? —le preguntó Miguel.

—¡Todo! —gritó Sara, contagiada del subidón de su hermana—. Absolutamente todo lo que podamos recopilar, en especial sobre un tríptico que trajo de Roma del pintor Sebastiano no sé qué.

—¡Sebastiano del Piombo! —corrigió su hermana.

—¡Eso, Del Piombo! —confirmó Sara.

—¿Nos dais unos días o necesitáis la información ya? —preguntó Humberto, desconcertado.

—¡No, por favor! —Alejandra bajó de su nube de emoción y volvió a la realidad—. ¡Sin prisa! —Ella sabía que estaban muy atareados y no quería molestar. Sin embargo, apenas pronunció esas palabras, lamentó haberlas dicho.

—¡Alejandra, sin prisa tampoco! —atajó Sara al notar la preocupación en el rostro de su hermana—. Cuanto antes lo tengan,

pues mejor.

—Entonces, parece que sí es urgente —especuló Miguel mientras se acariciaba su recortada barba. Se preguntó qué es lo que tramaban las dos hermanas—. Humberto, ¿te parece bien si me encargo yo y así no interrumpimos la tarea que nos ocupa?

El presidente asintió.

Alejandra había quedado con Ernesto Egea en el Hotel Balneario Las Arenas. Si querían que el evento de Fonfría saliese bordado, debían cuidar hasta el último detalle y no dejar nada al azar, medirlo todo al milímetro. Y qué mejor lugar para hacerlo que en el mismo sitio del evento.

Cuando llegó, Egea la esperaba en la entrada principal.

—Puntual como siempre —señaló él, echando un vistazo al reloj.

—Tú también lo eres. ¡Jamás había entrado aquí! —comentó ella al ver el impresionante y lujoso vestíbulo—. Definitivamente, se pasa de mi presupuesto.

—Si la misión sale bien, cuenta con una *suite* para Lluís y para ti. Será mi regalo por un trabajo bien hecho, aunque sea ARCA quien pague, ¡claro está! —Egea soltó una carcajada.

—Te tomo la palabra —concluyó Alejandra, alzando el dedo índice en señal de advertencia—. No puedes echarte atrás ahora. Pero antes de eso, tendremos que esforzarnos al máximo para que esto salga bien. A medida que nos acercamos al final, veo que todo se pone más difícil. Si supieras las piruetas que ha tenido que hacer Lluís con el coche para traerme hasta aquí y despistar a los tipos de INACFA. Desde hace un par de días que siempre hay alguno frente al portal. ¡Ya ni siquiera se molestan en disimular!

—Lo cual refuerza nuestra teoría de que te han descubierto. ¡Vamos, nos sentaremos fuera!

Alejandra le siguió hasta la terraza, adornada con imponentes columnas que sostenían el impresionante edificio. Buscaron una mesa con sombra y se acomodaron. Ella acarició el inmaculado mantel de hilo, recién planchado. A su mente acudió Tía Rosa, siempre tan pulcra y meticulosa.

Mientras Ernesto le pedía al camarero dos tés helados, Alejandra observó la gran fuente que tenía delante y el cuidado jardín. ¡Aquello

era el mismísimo paraíso!

—¿Sabías que este balneario se originó a finales del siglo XIX como lugar de baños para la burguesía valenciana? —le preguntó Egea.

Alejandra negó con la cabeza mientras el hielo rozaba sus labios al dar un sorbo al líquido ámbar.

—Aunque no eran baños termales, sino más modestos, con agua de mar. En el siglo XX, se levantaron esos dos pabellones que se asemejan a templos griegos. —Señaló a ambos lados—. Uno se utilizaba como restaurante y casino, mientras que el otro disponía de grandes bañeras de mármol donde la gente podía disfrutar de baños de agua marina caliente, baños de vapor y tratamientos de algas. Durante la guerra civil, uno de estos pabellones quedó destruido. A principios del siglo XXI, una cadena hotelera lo renovó y lo convirtió en el hotel de lujo donde nos encontramos ahora. Cuenta con doscientas cincuenta y tres habitaciones, aunque la que más nos interesa es la *suite* Malvarrosa, donde se alojará Augusto Fonfría. Está ubicada en la cuarta planta, justo en la esquina de una de las dos especies de torres.

—¿Y su séquito? —preguntó Alejandra.

—Como puedes imaginar, estarán en las habitaciones contiguas. Toda esa planta estará reservada para su uso exclusivo. La zona del jardín está dividida en cuatro secciones bien definidas. El cóctel se llevará a cabo en la zona de eventos, en aquella parte del jardín que corre paralela al paseo. Gran parte de la noche se cocerá allí, aunque creemos que también utilizará la parte superior del pabellón. Procura mantenerte a la vista siempre. Habrá un dron vigilándote en todo momento. Nosotros estaremos apostados en varios puntos que están señalados aquí —dijo, y le entregó una carpeta delgada—. También están marcadas las áreas restringidas al público, en algunas no hay cobertura, así que trata de evitarlas en la medida de lo posible. Te informaremos de todo a través del pinganillo. ¡No te preocupes! Todo saldrá bien. Es crucial que, pase lo que pase, mantengas nuestra organización al margen. Bajo ningún concepto pueden saber que estamos detrás de esto y que trabajas para nosotros, ¿entendido?

Alejandra asintió y de repente notó un pinchazo en el estómago. No supo discernir si se debía a la incertidumbre de lo que podría suceder, o si era más bien un aviso o una premonición.

CAPÍTULO 58

Tía Rosa salió de la Basílica de la Virgen en compañía de Miguel. Le había pedido a su patrona, la Virgen de los Desamparados, que cuidara de sus sobrinas. Estaba preocupada por ellas. El comentario de su marido, que insinuaba que podían estar metidas en algo, le había dejado mal cuerpo. ¡No sabían estarse quietas!, pensaba. Siempre buscando nuevas experiencias y aventuras. Algunas se las había impuesto el destino, pero otras se las buscaban ellas mismas; el caso era que siempre estaban metidas en líos. Además, se sumaba su afán por vengarse del impresentable Augusto Fonfría. Tía Rosa también lo detestaba, ¡no podía negarlo! Tenía motivos para ello. «Esa gentuza de mala calaña envuelta en oro, ¡esos son los peores!», juzgaba, absorta en sus pensamientos.

—¡Rosa, Rosa! —la llamó por segunda vez Miguel al ver que ella no le hacía caso.

—Perdona, estaba distraída... —se disculpó ella cuando volvió a la realidad.

—¡Ya, ya me he dado cuenta! ¿Has llamado a ver si están en casa Sara y Alejandra?

—Espera que lo hago ahora mismo.

Rosa marcó el teléfono de Sara y colgó luego de una conversación breve.

—Sí que están. Me ha dicho Sara que si nos queremos quedar a comer.

—Lo que tú quieras —le contestó su marido.

Pocos minutos después, le tocaban al timbre. Fue Jesús quien abrió la puerta.

—Adelante, pareja —les dijo, invitándolos a pasar.

Sara les dio dos besos en las mejillas en cuanto los vio.

—He hecho arroz al horno y siempre me sobra —dijo Sara—. De manera que podéis quedaros sin problema. Lo acompañamos con una ensalada y ya está.

Sara notó una carpeta que llevaba Miguel en las manos.

—¿Traes lo que te pedimos? —preguntó ilusionada.

—¿Acaso lo dudas? —respondió él con complicidad.

—Eres un sol. ¡Gracias! —Sara brincó de alegría. Daba gusto rodearse de personas así: eficientes y positivas—. Le diré a mi hermana y a Lluís que luego suban a tomar café. Así nos lo podrás explicar a todos.

Una hora después, Alejandra y Lluís se unieron a la tertulia. Fue entonces cuando Miguel repasó sus notas.

—Me habíais pedido información sobre Jerónimo Vich y Valterra, y esto es lo que os puedo contar, principalmente sobre el tríptico que mencionasteis. No sé si será suficiente y si os resolverá vuestras dudas, pero ahí va: este señor fue un aristócrata y diplomático valenciano. Fue nombrado embajador de Roma desde 1507 hasta 1520, primero por Fernando el Católico y luego por el emperador Carlos I de España y V de Alemania. Demostró un gran interés por las artes y reunió una importante biblioteca y colección de pinturas, las cuales donó en su mayoría al Monasterio de La Murta en Alcira. Durante su estancia en Roma, encargó a Sebastiano del Piombo, en 1516, el tríptico que representa el Descendimiento de Jesús.

Miguel creyó intuir, por las expresiones de Sara y Alejandra, que ese era el punto que realmente les interesaba.

—En 1520, el embajador Vich abandonó definitivamente la diplomacia por cuestiones de salud. La mayoría de los registros aseguran que, cuando regresó a Valencia a mediados de 1521, llevaba consigo el tríptico de Del Piombo, junto con otras pinturas. Sin embargo, en su equipaje no solo transportaba dichos lienzos, sino también el proyecto de un palacio vanguardista e innovador, que finalmente se materializó en la casona familiar de los Vich. Aunque se desconoce el artista que realizó la construcción sí sabemos que el embajador buscó, en las cercanías de Génova, el mármol de Carrara, considerado un lujo entre los nobles.

—¿Un palacio? —exclamó Rosa.

—Sí, el palacio de los Vich o palacio del embajador Vich, como mejor se lo conoce —corroboró Miguel.

—¿Es el que está en el Museo de Bellas Artes? —hizo un inciso Jesús.

—En efecto, el palacio se construyó en el antiguo barrio de San

Francisco, en la actual calle del Embajador Vich. Hacia 1850, el palacio albergaba una imprenta que se encontraba en estado ruinoso, y fue demolido en 1859. Las piezas de mármol del patio se repartieron entre el convento gótico del Carmen y la Real Academia de San Carlos. En 2007, el patio se reconstruyó íntegramente en el Museo de Bellas Artes de nuestra ciudad, donde se puede visitar. Esta restauración le devolvió su esplendor y colorido originales, aunque algunas piezas tuvieron que esculpirse de nuevo.

—Yo lo he visto —comentó Alejandra, atenta al relato.

—Como comentaba, se presume que el embajador Vich regresó a Valencia en 1521 con las pertenencias mencionadas. Sin embargo, nuestros manuscritos discrepan y probablemente sea por una razón más certera. Cuando Jerónimo Vich llegó al Grao, fue recibido por Rodrigo de Mendoza, primer marqués de Zenete, el gobernador Jerónimo Cabanilles y los jurados de la ciudad. En aquel entonces, Valencia se encontraba en plena revuelta de las Germanías, lo que hacía inseguro alojarse en la ciudad. En medio de este contexto de disturbios en el que el pueblo se había revelado en contra de los nobles, habría sido una imprudencia que el embajador Vich ingresara en Valencia con sus lujosos bienes, como las grandiosas pinturas y el mármol despiezado para su futura residencia. Tal acción habría sido considerada una provocación por los valencianos. Aunque hay registros de que todas esas obras llegaron en algún momento, es más plausible pensar que ocurrió algunos años más tarde, cuando las aguas se hubieran calmado. La rebelión de las Germanías terminó en 1523, y se sabe que para principios de 1527 ya se estaba construyendo el palacio.

—¿Qué pasó con el tríptico? —preguntó Sara impaciente.

Miguel les entregó unos folios con la copia de cada una de las láminas y se las pasaron de mano en mano.

—Las pinturas estuvieron ligadas a la familia Vich durante más de cien años. Suponemos que gran parte de ese tiempo estuvieron expuestas en el palacio. Los bisnietos Álvaro Vich y Mascó, gran amigo del pintor Francisco Ribalta, y su hermano Diego Vich y Mascó, fueron los descendientes de la dinastía familiar y este último, el propietario del tríptico. La amistad de Francisco Ribalta con Álvaro Vich le permitió acceder al tríptico del hermano y estudiar el estilo de Sebastiano del Piombo, lo que lo llevó a realizar dos copias completas

del tríptico. Respecto a las tablas originales de Del Piombo, se presume que, en 1645, Vich dividió el tríptico y entregó el panel izquierdo, *Descenso de Cristo al Limbo*, al rey Felipe IV. Algunas fuentes indican que fue un regalo, mientras que otras sugieren que lo entregó como pago por una deuda. El caso es que tenemos constancia de que Velázquez, que era pintor del rey, trasladó la pintura al Monasterio de San Lorenzo de El Escorial. La obra permaneció en la sacristía del monasterio hasta que en 1839 pasó a formar parte de la colección del Museo del Prado. El panel o tabla central, *Lamentación sobre el cadáver de Cristo*, fue localizado en 1666 en el Alcázar de Madrid. Sin embargo, tras un devastador incendio que ocurrió en las dependencias, el panel sufrió grandes daños. Luego, durante la invasión napoleónica, el panel salió de España y finalmente, en 1850, fue adquirido por el Museo del Ermitage de San Petersburgo, donde se encuentra actualmente. En cuanto al panel derecho, *Aparición de Cristo a los apóstoles*, que también se encontraba en el Alcázar de Madrid, se perdió tras el incendio de 1734 y hasta la actualidad no se conoce su paradero.

Sara y Alejandra se miraron entre ellas, complacidas por tan elocuente y detallada explicación, pero también desanimadas.

—¿No tienes más datos sobre esa parte desaparecida? —preguntó Alejandra, ansiosa por saber más.

Miguel negó con la cabeza con una expresión escéptica. Tía Rosa, en cambio, las observó con recelo.

—¿Qué pasaría —especuló Alejandra— si te dijéramos que ese panel derecho fue obsequiado al mariscal Suchet durante la guerra de la Independencia por José I Bonaparte, como recompensa por haber logrado entrar en Valencia?

Miguel sopesó su afirmación. Después, se quedó pensativo durante unos instantes.

—También cabe la posibilidad —agregó Sara, uniéndose a la especulación de su hermana— de que el panel pudiera haber regresado a su ciudad de origen.

—¿Se puede saber qué estáis tramando? —les preguntó su tía, que olía que algo gordo escondían.

—Nada, tía, cosas nuestras —se justificó Alejandra poco convincente y con ganas de dar por zanjado el tema.

—¡Ya, cosas vuestras! —renegó su tía malhumorada—. ¡No sé

qué pasa que al final nos vemos todos involucrados!

—¿Alguien quiere un poco más de café? —ofreció Sara para aligerar la tensión.

Todos se negaron, menos Lluís que aceptó otra taza.

—A mí ponme otro, Sara, por favor —le pidió Miguel, y retomó el hilo de la conversación—. No tengo constancia de ese dato. Aunque he de confesaros, jovencitas, que habéis despertado mi curiosidad sobre el paradero de ese óleo lateral.

Sara y Alejandra se miraron satisfechas.

—¿Y qué sucedió con las dos copias de Ribalta? —se interesó Lluís.

—Me alegra que me lo preguntes —añadió Miguel, y dio el último sorbo a su café—. Una de las copias se encuentra en el palacio episcopal de Olomouc, en la República Checa. La otra estuvo en posesión de los carmelitas descalzos de Valencia, quienes en tiempos de Orellana rechazaron una tentadora oferta por el panel central. Aunque en algún momento debieron de desprenderse de ella, ya que solo los lienzos laterales, tras la desamortización de Mendizábal, fueron trasladados al Museo de Bellas Artes de Valencia, aunque no están exhibidos al público. El panel central de esa copia, con el sello distintivo de Ribalta, se conserva desde fecha desconocida en el Colegio del Patriarca. Hace unos años, la Galería Nacional de Londres logró reunir y recomponer por primera vez el tríptico original de Del Piombo: la pintura central del Ermitage, la izquierda del Prado, y sustituyeron la derecha perdida por la copia de Ribalta del Museo de Bellas Artes.

—¡Qué buena idea! —exclamó Sara.

—Sí, y da la casualidad —continuó Miguel— de que mañana comienza una exposición sin precedentes en España llamada «Del Piombo-Ribalta», en la que reconstruirán el tríptico en una de las salas del Museo de Bellas Artes. Han logrado rescatar temporalmente la *Lamentación sobre el cadáver de Cristo* de San Petersburgo y el *Descenso de Cristo al Limbo* de Madrid, y por primera vez el museo exhibirá también el tríptico completo de Ribalta, ya que, tras muchas negociaciones, el Colegio del Corpus Christi ha accedido a prestar temporalmente la tabla central.

»Se espera una gran afluencia de público y medios de comunicación. Además, a pocos metros se encuentra la reconstrucción

del patio del embajador Vich, donde estuvo alojado el tríptico original hace más de cuatrocientos años. —Al terminar soltó de sopetón—: ¡Así que mañana podemos ir a la exposición Rosa y yo!

Rosa levantó la cabeza, sorprendida al oír que la mencionaba. Era la primera noticia que tenía sobre el plan.

—¡Ya me ha tocado a mí! —exclamó.

—¡Vamos a ir de turistas! —le aclaró al ver su cara de asombro.

—¡Miguel, esa frase me la conozco! —protestó Rosa enérgica—. Las dos veces que he ido contigo a ese museo de «turistas», casi se me sale el corazón por la boca.

CAPÍTULO 59

Amaneció un día soleado típico del Mediterráneo. Rosa recogió el desayuno y se vistió. Solo tenía en mente la visita al Museo de Bellas Artes que iba a realizar con Miguel.

—¿Ya estás? —le preguntó su marido con las llaves en la mano.

—Sí, cojo mi bolso y nos vamos.

Salieron del edificio y cruzaron la avenida hacia la parada del autobús.

—Rosa, tan solo vamos a curiosear —le dijo con dulzura a ver si aliviaba la tensión en su rostro.

—No puedo evitar estar nerviosa —refunfuñó ella—. Tengo muy malos recuerdos de las otras dos visitas.

—Mujer, no seas así. De todas formas, aún estás a tiempo de volverte a casa, si es lo que prefieres —le propuso él sin reproche alguno.

—No, ahora que me he arreglado te acompañaré. ¡Procuremos que la visita sea corta y ya está!

Instantes después, subieron al autobús que los dejó a escasos metros de la puerta del museo. En la imponente fachada, a modo de alcázar, Rosa cruzó los dedos, miró a su marido y sintió cómo él le apretaba la mano.

—¿Entramos? —le preguntó él con una sonrisa.

Ella asintió.

Tan pronto abrieron las puertas, entraron en la espaciosa antesala. El silencio que reinaba creó una especie de abismo donde Rosa volvió a experimentar la misma sensación de grandeza que ya había sentido en las visitas anteriores. Sin poder evitarlo, alzó la mirada para admirar la cúpula de color añil que simulaba un cielo estrellado. Miguel se adelantó unos pasos y se detuvo frente a la grandiosa obra de Benlliure, *La visión del Coliseo. El último mártir*, de treinta y cinco metros cuadrados, la cual pertenecía al depósito del Museo del Prado.

—Es… —Rosa se quedó muda ante el gigantesco óleo.

—¡Espectral y dramático! —completó la frase Miguel, obnubilado por tanto talento.

—Ya lo creo que sí.

Se dirigieron hacia la sala de exposiciones del siglo XV-XVII, y se desviaron hacia la derecha para entrar en el patio del embajador Vich. El claustro renacentista contaba con varias columnas con capiteles de estilo corintio, arcos, cornisas y frontones. El tono añil del lugar le daba un aspecto llamativo y original que fascinó a Rosa. Miguel tomó algunas fotos y su mujer posó con gracia. Luego, pasaron por la sala de los retablos y miraron de reojo el de San Miguel Arcángel y el de la Inmaculada Concepción, que permanecían en su sitio habitual. Rosa notó cómo se le acaloraban las mejillas al recordar los dos incidentes vividos frente a esos retablos. Recobró la compostura al pensar que eran sucesos del pasado.

Recorrieron el pasillo paralelo hasta alcanzar la penúltima sala, donde reinaban los cuadros de Francisco Ribalta y su hijo Juan. En el centro de la sala se encontraban los ansiados trípticos del Descendimiento: las dos partes de Del Piombo y el tríptico completo de Ribalta. Estaban completamente solos, había sido un acierto ser los primeros en llegar, pensaron. Miguel se aproximó a los lienzos y clavó sus ojos en las pinturas. Se detuvo primero en las obras del italiano Sebastiano del Piombo y lo estudió con minuciosidad, para luego pasar a la copia de Ribalta. Aunque no era un experto en arte, sabía reconocer cuando algo le gustaba. Quedó maravillado por el talento reflejado en ambas obras: el manejo de la luz y los contrastes del claroscuro, algo muy poco común en aquel tiempo, y adelantaba lo que luego sería la estética distintiva de Caravaggio.

—¡Sublime! —murmuró.

Miguel se alejó unos pasos y se colocó al lado de su mujer para poder admirarlos desde otra perspectiva. Estaban a punto de retirarse cuando dos amplias sombras los cubrieron por completo. Fue Rosa la primera en girarse, ya que Miguel todavía permanecía absorto delante del tríptico. Tan solo cuando ella le dio un codazo, él reaccionó.

—¿Lo has visto? —le cuchicheó.

Miguel se encogió de hombros sin entender a qué se refería, a lo que Rosa respondió con un gesto, y señaló a las personas detrás de ellos. Flanqueado por sus dos hombres de confianza, vestidos con sus

típicos trajes negros, se encontraba el impresentable de Augusto Fonfría.

—¡Vámonos! —dijo Rosa con voz ronca y agarró a su marido del antebrazo—. No soporto estar a su lado.

Miguel se preparaba para moverse cuando oyeron su voz:

—¡No sabía que les gustara el arte! —pronunció Fonfría con su prepotencia característica.

Rosa le escrutó con la mirada llena de rencor y de odio.

—¡Hay mucho sobre nosotros que usted no sabe, señor Fonfría! —respondió furiosa y dio rienda suelta a la lengua—. ¡Pero nosotros sí sabemos muchas cosas de usted!

A Augusto Fonfría se le dibujó una media sonrisa en su rostro bronceado mientras observaba cómo se alejaban.

Rómulo dio un paso al frente, con intención de defenderle, pero Fonfría lo disuadió.

—Solo son unos entrometidos infelices. No merecen que gastemos ni un minuto de nuestro valioso tiempo.

CAPÍTULO 60

Había llegado el día de la fiesta de Augusto Fonfría. Alejandra, en la *suite* del Hotel Palacio Vallier, preparaba su atuendo y los complementos que iba a llevar esa noche. Le había pedido consejo a Teresa Cuñat, que como asesora de imagen no tenía comparación, y ella le había enviado un precioso vestido negro de Alexander McQueen, de cuello *halter*, entallado y con una abertura en el muslo. Alejandra lo extendió sobre la cama con ganas de estrenarlo, abrió el armario y escogió unas sandalias de Gucci de satén con cristales junto con un bolso de fiesta a juego, un brazalete y unos pendientes largos de Swarovski. Entró en el baño, se arregló el pelo y se pintó los labios de rojo, para darle un toque más sensual. Se puso unas gotas de su perfume de Bulgari y comenzó a vestirse. Sería Lluís quien la recogería en un lujoso coche de alquiler. Por mucho que había intentado disuadirle, no había logrado cambiar su parecer.

Alejandra salió de la habitación, tomó el ascensor y pasó por la recepción. Al hacerlo, saludó a Carla y Emi que no dejaron de halagar su elegancia y buen gusto. Al salir, Lluís la esperaba fuera del coche. Le abrió la puerta trasera nada más verla. Ella se lo agradeció con una tierna sonrisa.

—Estoy empezando a cogerle el gusto a esto de ser su chofer, señorita Leonor.

—En cambio, yo preferiría que estuvieras vos al lado mío —dijo ella, mimosa, con su acento argentino.

Él clavó sus ojos en ella y exclamó:

—¡Estás preciosa!

El sonido de un móvil puso pausa al flirteo.

—¡Es el mío! —pronunció Lluís y vio que la llamada era de Miguel—. ¿Qué hago?

Alejandra dudó por unos instantes. Estaba claro que no era el momento más apropiado. Finalmente, le asintió con la cabeza.

—Dime, Miguel.

—Hola, Lluís, estoy intentando localizar a Alejandra, pero su móvil está apagado.

—Está ahora mismo conmigo, es que se ha dejado el teléfono en casa. Acabamos de subir al coche porque nos vamos a cenar con unos amigos —mintió.

—Vaya, no quiero entreteneros —se disculpó—. Tan solo dile que...

—Espera, Miguel, díselo tú mismo que acabo de poner el manos libres.

—Hola, ¿qué ocurre? —preguntó ella un tanto alarmada e inmediatamente pensó en su tía.

—Quería avisaros de que creemos haber dado con el lugar donde podría estar el lateral desaparecido de Sebastiano del Piombo —dijo con satisfacción de un tirón.

Lluís y Alejandra se quedaron sin aliento.

—¡Qué buena noticia! —exclamó, por fin, Alejandra.

—Tranquilos, si queréis mañana hablamos de los detalles.

—¡Por supuesto! Solo una cosa —mencionó Alejandra—: ¿Está aquí en Valencia?

—Sí, todo apunta a que sí.

Lluís detuvo el coche en la entrada principal del majestuoso Hotel Balneario Las Arenas. La oscuridad de la noche ya se había impuesto, y la luz ámbar de las farolas había acentuado la tonalidad de la fachada, diferente a como Alejandra la recordaba de su visita anterior con Ernesto Egea, bajo la luz del día.

—¡Recuérdalo! ¡No arriesgues demasiado! —le imploró Lluís preocupado—. La misión ya se ha complicado lo suficiente. No hagas de heroína, ¿me oyes? No vale la pena.

Ella asintió, al mismo tiempo que intentaba controlar sus desbocados nervios.

—Te quiero, ten mucho cuidado —insistió Lluís sin ganas de perderla de vista—. De todas formas, estamos conectados y cerca de ti. Al menor indicio de peligro, ya sabes la palabra clave.

Ella hizo memoria, por unos instantes se había bloqueado y se le había olvidado cuál era. «Canícula», repitió mentalmente. Esa era la palabra de socorro que debía recordar.

Bajó del vehículo, se recolocó el vestido y cogió con firmeza el pequeño bolso. Le dedicó una última mirada a Lluís y atravesó la puerta giratoria del hotel. Caminó por el elegante vestíbulo en busca del jardín y a mitad del recorrido se detuvo y echó un vistazo a su alrededor. La fiesta se celebraba en uno de los pabellones, similares a un templo griego, aunque la colocación de las mesas sugería que más tarde bajarían al jardín a rematar la noche. Al pie de la escalera, se apostaban dos de los tipos de Fonfría para asegurarse de que todo transcurriera según lo estipulado y que nadie que no estuviera invitado se colara en el evento.

—Sara, ¿estás en posición? —le preguntó Alejandra con cautela.

—Sí —contestó mientras se ajustaba el pinganillo de la oreja que no terminaba de encajarle bien—. Estoy al otro lado de la verja del hotel, en el paseo, cerca de la playa. Ahora mismo te estoy viendo. Por cierto, vas monísima. Me encanta el vestido, y ¡qué decir de los pendientes! Hay que ver cómo brillan.

—Prometo dejártelos en alguna ocasión.

—¡Chicas, centraos en la misión! —les riñó Egea—. ¡No os descarriéis!

Con paso seguro, Alejandra avanzó hacia la escalera. Había llegado el momento de volver a encarnar a Leonor Villacrés de Pousa, muy posiblemente, por última vez.

Enseñó su invitación a uno de los hombres de traje negro y ascendió los peldaños como una diosa. Sus hombros, descubiertos y bien formados, resplandecieron en la penumbra de la noche mientras entraba en el salón. Enseguida localizó al anfitrión de la fiesta. De hecho, casi se encontraron al mismo tiempo, como si un radar invisible le hubiese advertido de su llegada.

Leonor descontó los segundos hasta encontrarse con él, instantes que aprovechó para pedirle a la Virgen que la ayudara en esa velada.

—¡Qué alegría volver a verla, señorita Leonor! —exclamó Fonfría con efusividad mientras le estrechaba la mano y la miraba de arriba abajo—. ¡Es usted la elegancia personificada!

—Muchas gracias por el piropo y también por la invitación —sonrió ella.

—Yo siempre digo lo que pienso —subrayó dominante y con aire de superioridad—, aunque a veces las verdades puedan ofender. ¿Qué opina usted al respecto?

—Cierto. Muy cierto.

—¿Champán? —le ofreció él, y detuvo a uno de los camareros que pasaba con una bandeja en la mano.

Ella asintió.

—¿También es partidaria de la sinceridad o prefiere las mentirijillas piadosas? Antes de responder, acuérdese de Pinocho.

Fonfría soltó una risotada.

Leonor Villacrés de Pousa tomó un largo sorbo de champán antes de contestar. ¿A dónde pretendía llegar?, pensaba. Ese perro viejo la estaba llevando a su terreno. ¡O se ponía las pilas o se la iba a comer viva!

—Todo depende, señor Fonfría.

—¿De qué, señorita Leonor?

—De a quién vaya dirigida la mentira y con qué propósito. —Leonor había recuperado su entereza. No podía flaquear ante esa jauría de lobos—. Todos mentimos alguna vez. Lamentablemente, usted me dará la razón de que la vida está repleta de engaños y mentiras. Como empresario, debe saberlo muy bien.

Fonfría la miró con cierta admiración ante su respuesta resuelta. Luego, atacó por otro bando con más fuerza.

—Una vez conocí a un hombre que se crecía ante la adversidad, al igual que usted.

—Me halagan sus palabras. ¿Quién era ese hombre, si se puede saber? —preguntó con ingenuidad, sin percatarse de lo que se cocía en la mente de Fonfría.

—Se llamaba Jorge Ferrer y falleció con su mujer en un terrible accidente.

—¡Maldito hijo de puta! —gritó Sara a través del pinganillo, dejando a su hermana sorda—. ¡Vete de ahí, te está acorralando!

—Tranquila. Respira hondo —oyó decir a Egea—. No pierdas los estribos. ¡Domina el combate!

Leonor dio otro trago largo hasta vaciar la copa. El muy cabrón había sacado los tanques de guerra para pisotearla. Se recompuso como pudo, esbozó una sonrisa forzada y con frivolidad dijo:

—No conozco a ese señor —mintió. Le había dado donde más le dolía al mencionar a su padre. ¡Tenía que mantenerse firme! ¡No podía hundirse! No en ese momento.

—¡Ya, eso fue hace muchos años! —dijo Fonfría mientras

escrutaba su rostro con detenimiento.

En ese instante, aparecieron Erika Fonfría y Victoria Quirós por detrás y se unieron a la conversación.

—Nos volvemos a ver, Leonor —saludó Erika, examinándola de pies a cabeza—. ¿De nueva colección? Me refiero al McQueen. Lo vi en su último desfile.

Leonor asintió. No se le escapaba nada a esa bruja, se dijo mentalmente.

—¿Cómo va el negocio del arte? —preguntó Quirós.

—Muy bien. Ultimando detalles para la próxima adquisición —contestó ella, y midió cuidadosamente sus palabras.

—¡Ah... sí! Creo recordar que la última vez comentaste algo sobre una obra sin precedentes, de tres autores distintos o algo así, ¿no? —preguntó resabiada.

—Vos sí que tenés una memoria fantástica —respondió Leonor dispuesta a sacar su artillería—. Mi principal interés se centra en Sebastiano del Piombo —dijo, y miró a Fonfría. Sabía que él había estado en el museo admirando el tríptico.

—¿Sabe que era el protegido de Miguel Ángel y uno de los pintores más influyentes del Renacimiento? —agregó Fonfría para demostrar sus conocimientos.

—Por supuesto —confirmó Leonor—. Muchas de sus obras se exponen en los museos más prestigiosos del mundo y también decoran numerosas iglesias en Italia.

Erika Fonfría se disculpó antes de retirarse para conversar con otro grupo.

—¿Has visitado la exposición que hay actualmente en el Museo de Bellas Artes sobre Del Piombo y Ribalta? —le preguntó Quirós.

—No, todavía no tuve ocasión —negó Leonor.

—Pero seguro estará al tanto del famoso tríptico que le encargó el embajador Vich a Del Piombo —apuntó Fonfría.

—¿Se refiere al tríptico sobre el Descendimiento de Jesús? ¿Aquel al que le falta el panel derecho? —Leonor terminó la frase antes de que el anfitrión pudiera concluir la suya. Se acercaban al punto que ella quería.

Fonfría insinuó una leve sonrisa que Leonor no supo interpretar si era buena o maliciosa.

—Veo que está muy bien informada —corroboró él.

—Debo estarlo, señor Fonfría, tengo que velar por mis propios intereses y tener en claro dónde apuesto y dónde no.

—¿Y se puede saber cuál es tu apuesta con Sebastiano del Piombo? —atacó Quirós sin rodeos.

Leonor sintió que el ambiente se había espesado, hasta tal punto que le estaba costando respirar. Dudó en contestar, sopesando qué le convenía responder.

—Vamos, señorita Leonor —la presionó Fonfría—, fue usted quien tiró la primera piedra. No pretenderá dejarnos a medias. Le advierto que es usted muy valiente y también muy atrevida. Yo valoro mucho esas cualidades en un hombre, pero cuando provienen de una mujer, aún más.

Fonfría chasqueó los dedos, un gesto que desconcertó a Leonor. Segundos después entendió su significado cuando dos hombres de traje negro se colocaron detrás de ella, a ambos lados. No necesitaba ser muy lista para adivinar que serían su escolta, pero no para protegerla, sino más bien para todo lo contrario.

—¿Nos acompaña fuera para que nos dé un poco el aire? —dijo Fonfría en tono amable pero cínico a la vez.

—¿Por qué? —murmuró ella con inocencia, pero con el presentimiento de que las cosas no iban a terminar bien.

—¡Pronto lo descubrirá! —articuló Fonfría, y mostró una sonrisa perfecta.

Antes de iniciar el paso, Leonor percibió en el rostro de Quirós la imagen de la victoria. De buena gana le habría vomitado en su propia cara. Avanzó escoltada entre los dos hombres hacia la salida, mientras Fonfría saludaba a unos y a otros con falso entusiasmo.

Leonor descendió los escalones y miró hacia el jardín. Supo que estaba perdida. Solo tenía un as en la manga, y lo pensaba usar.

CAPÍTULO 61

Augusto Fonfría se ubicó a su altura nada más bajaron la escalera del pabellón. Leonor, en medio de aquellos dos hombres, intentaba maquinar cómo escapar de semejante atolladero. Caminaron por delante de varias mesas preparadas con apetitosos aperitivos.

—Es una lástima que se vaya a perder parte del cóctel —murmuró Fonfría, y abrió una puerta cercana invitándola a entrar—. A veces, para obtener buenos resultados, uno mismo debe hacer el trabajo. He de confesar que mi admiración hacia usted ha crecido, señorita. Nunca se rinde, ¿verdad?

Ella no contestó y titubeó antes de entrar. Según las anotaciones de Egea, allí no tendría cobertura. Todo lo que hablaran o hicieran quedaría en la más estricta intimidad. ¡Ese hombre se las sabía todas!

—¡No entres! —le gritó Egea a través del pinganillo.

¡Qué fácil era decir eso fuera del meollo!, se dijo Leonor, indefensa. No podía salir corriendo ni tampoco confesar que había agentes de ARCA en los alrededores.

—¡Adelante! —apremió Fonfría, que ya había perdido gran parte de la simpatía—. ¡No tenemos toda la noche y hay otros invitados que debo atender!

Uno de los matones le dio un empujón para que se espabilara. Leonor entró a trompicones en un pequeño salón. Apenas había dado tres o cuatro pasos cuando uno de los escoltas la agarró por detrás de los hombros y la sentó bruscamente en una de las sillas.

—Ha llegado la hora de sincerarnos —declaró Fonfría—. ¿Qué me dice, señorita Leonor Villacrés de Pousa? ¿O tal vez debería de llamarte Alejandra Ferrer?

—¡No sé a qué se refiere ni tampoco qué hago acá! —se excusó, e intentó levantarse.

El tipo de detrás se lo impidió y volvió a sentarla de golpe.

—Tranquila, Bruno sabe cómo ayudarte a refrescar la memoria.

Ella dirigió la mirada hacia el tal Bruno que se estaba colocando

unos guantes.

—¿Qué quiere saber? —claudicó.

—¿Para quién trabajas, Alejandra?

Ella sonrió. No tenía sentido seguir con la farsa. Así que retomó su perfecto castellano.

—¿Trabajar? Para nadie. Para mí misma, en todo caso, ¿por?

—¿Qué pretendías conseguir con el disfraz de esa impostora Leonor?

—Cumplir uno de mis grandes sueños: ser actriz —soltó con descaro.

No lo vio venir, solo sintió el impacto brutal a la altura de la mandíbula. Fue todo tan repentino que Alejandra no tuvo tiempo ni de quejarse ni de gritar. Se tocó la barbilla ardiente para asegurarse de que todo estaba en su sitio. Hubiera jurado que le había desplazado el maxilar inferior. Sentía el sabor de su propia sangre entre los dientes cuando volvió a oír la voz de Augusto Fonfría.

—¿Quién está costeando tus gastos exorbitantes?

—¿Exorbitantes? —rio—. Si es todo de los chinos. No es mi culpa que no sepa diferenciar un original de una copia. Si le pasa lo mismo en su negocio, le auguro la ruina.

—¿Por qué escogiste el arte para representar tu papel? —preguntó Fonfría furioso, al borde de perder los estribos.

—Es otra de mis pasiones ocultas —replicó con cierta soberbia.

El segundo puñetazo sí que lo vio venir, pero al igual que el primero, no pudo hacer nada para esquivarlo. El dolor era tan intenso que se le saltaron las lágrimas. Sentía que ese desgraciado iba a destrozarle la cara mientras disfrutaba su papel de verdugo.

Alejandra soltó una mezcla de carcajada y gemido de dolor. Ahora sí que le había destrozado la boca. Estaba segura de ello. Intentó hablar, pero la lengua parecía habérsele enredado por el impacto.

—¿Cuál era tu objetivo cuando acudiste a la galería de INACFA y qué información te dio Anselmo Duarte?

—Objetivo ninguno. No sé de qué me habla —divagó sin quitarle la mirada a las manos de Bruno.

—¡Confiesa de una puta vez! —gritó Fonfría enervado.

Bruno dio un paso adelante con la intención de propinar el tercer golpe, pero Alejandra no pensaba permitírselo. Instantes antes de

atizarle con el puño cerrado, ella le asestó una patada con todas sus fuerzas en plenos cojones. Bruno cayó al suelo aullando de dolor ante la mirada atónita de los otros dos hombres.

—Sabes una cosa… —Fonfría se le acercó tanto que podía oler su jodido perfume—. Me gustabas más como Leonor. Hasta te hubiera hecho un lugar en mi empresa. Sin embargo, como Alejandra Ferrer solo me entran ganas de ahogarte.

—El aprecio es recíproco —declaró ella con rabia, algo más repuesta—. Ha de saber que no solo soy la misma mujer, sino que todo lo que le he dicho sobre el Caravaggio es cierto.

—¡Eres una auténtica embustera! —bramó Fonfría.

—Es más… tengo información confidencial y de primera mano acerca del paradero del óleo desaparecido de Sebastiano del Piombo —voceó al verse perdida.

—Te crees muy lista, ¿verdad? Solo eres una puta lianta mentirosa —añadió mordaz—. ¡Deberías saber que quien me la hace, me la paga!

—¡Le juro por la tumba de mi padre, Jorge Ferrer, que es cierto! —Alejandra agotaba su último cartucho.

Augusto Fonfría la miró con incertidumbre. Luego se dirigió al secuaz que aún permanecía en pie, levantó el pulgar y lo deslizó desde un lado del cuello hacia el otro.

—¡Drago, ya sabes lo que tienes que hacer! —exclamó sin contemplaciones.

A continuación, Augusto Fonfría salió de la sala y los dejó solos.

El balanceo de su propio cuerpo le hizo recobrar la conciencia. No sabía en qué momento había perdido el conocimiento, lo que sí sabía era que iba a hombros de esa bestia de traje negro quien la sostenía fuertemente por los muslos, como si fuera una muñeca de trapo. La oscuridad de la noche y del entorno la desorientó. Divisó a la distancia las luces del hotel, que se alejaban cada vez más. ¿A dónde la llevaba?, se preguntó asustada. La arena le salpicaba en la cara a cada paso que daba. Cerró la boca y abrió bien los ojos solo para darse cuenta de que caminaba hacia el mar.

Doscientos metros separaban el hotel del agua y pocos quedaban ya para llegar a la orilla. Alejandra entró en pánico y comenzó a dar

patadas a diestro y siniestro. El hombre la arrojó sobre la arena, la agarró por los brazos y la arrastró con su objetivo claro.

—¡Canícula! ¡Canícula! —gritó ella con la esperanza de que alguien de su equipo la ayudara, pero el pinganillo que había llevado durante todo el tiempo dentro de su oído yacía envuelto en la arena a varios metros de su posición. Alejandra gritaba y pataleaba sobre la arena en un intento desesperado por detenerse y soltarse de las garras de ese mastodonte.

—¡Cállate, maldita puta! —El hombre hizo caso omiso a sus quejas y metió los pies en el agua.

Alejandra sintió la humedad sobre su cuerpo y presintió que era el fin de sus días. Gritó y gritó la palabra de socorro, pero parecía que nadie la oía. Sus encías le escocieron a rabiar cuando el hombre le sumergió la cabeza en el fondo de ese abismo de sal. Peleó, luchó y se debatió, inútilmente, entre la vida y la muerte. ¡Nadie la iba a salvar!

La potente luz de un dron, que proyectaba desde el cielo, los enfocó y sorprendió, al mismo tiempo que una voz avisaba que la policía estaba en camino. Instantes después, el inspector Valdés y el subinspector Roque se abalanzaron contra el agresor y, a base de golpes de uno y otro, lograron que soltara a su presa. Lo tumbaron sobre el suelo boca abajo, lo esposaron y le leyeron sus derechos. Valdés se pasó las manos mojadas por la cara en un intento de quitarse los restos de arenilla que se habían convertido en una pasta espesa. Observó a su cuñada desmadejada e inerte. Un nudo se le formó en la garganta al pensar que quizá habían llegado tarde. Egea y Lluís habían tendido a Alejandra sobre la arena, apenas consciente. Sara la iluminaba con una linterna, acongojada y llorando sin parar, mientras los dos hombres intentaban reanimarla.

Cuando Alejandra vomitó toda el agua que había tragado y abrió los ojos, Lluís la abrazó con ternura. En ese ovillo de amor, él lloró de rabia y de impotencia, arrepentido de haber accedido a dejarla seguir con ese peligroso juego, mientras de fondo se oía el aullido de la ambulancia que se aproximaba. Luego, con delicadeza, la cogió en brazos, como quien sostiene a una niña pequeña. Alejandra, apenas con fuerzas, se enroscó en su cuello, dolorida hasta el alma, y le besó la mejilla.

Cuando llegaron al paseo, la ambulancia los estaba esperando. Lluís la dejó caer, con cuidado, sobre la camilla y vio cómo la cubrían

con una manta isotérmica. Alejandra se miró los pies, sucios de fango, que asomaban por fuera de la manta, y murmuró, casi sin aliento:

—¡He perdido un zapato! —apenas le dio tiempo a terminar la frase y rompió a llorar, por el zapato y por todo lo demás que prefería no recordar.

—¡¿Un zapato?! ¡Y casi la vida! —exclamó su hermana con los ojos encharcados y angustiada de solo pensar que la podía haber perdido.

Desde los ventanales del pabellón del hotel, algunos de los invitados se habían asomado atraídos por las luces del SAMU. Entre ellos se encontraba Augusto Fonfría, su hija y Victoria Quirós. Se miraron entre ellos, al distinguir la silueta de Lluís, Sara y el inspector Valdés.

—¡La camarilla casi al completo! Era de esperar que estuvieran las dos hermanas juntas —despotricó Fonfría, y apretó con fuerza la copa que tenía entre sus manos.

Habían conseguido despertar a la bestia que llevaba dentro. ¡Acabaría con esas hijas de puta, aunque fuera lo último que hiciera!

CAPÍTULO 62

Lluís salió de la habitación, casi de puntillas, y cerró la puerta. Ver a Alejandra en ese estado le oprimía el alma. Tenía tanta rabia dentro que era capaz de hacer cualquier cosa, incluso cometer una locura. Se llevó las manos a la cabeza y con los dedos tiró de su pelo hacia atrás, mientras caminaba hacia un lado y otro del salón, desesperado. Finalmente, se detuvo, cogió el móvil, buscó el teléfono de Andreu y le llamó. Al segundo tono, respondió.

—¿Qué pasa, Lluís? —oyó en tono jovial, al otro lado de la línea.

—Tío, estoy jodido... —murmuró a su amigo.

—¿Qué ha ocurrido? —exclamó alarmado.

—Anoche un matón de Fonfría le dio una paliza a Alejandra y casi la ahoga en la playa.

—¡¿Cómo?!

—¡Voy a ir a por él! ¡Te juro que lo mato! —rugió furioso—. ¡Ese ricachón de mierda va a morir entre mis manos!

Andreu pensó en que la historia se repetía. Jamás estarían libres.

—¿Dónde estás? —le preguntó. Sentía dolor por lo que Lluís le había dicho y temor de que pudiera hacer algo de lo que después se arrepintiera.

—En casa... —apenas se le oía.

—¡No te muevas de ahí! ¿Me oyes? Llego en unos minutos.

Lluís colgó la llamada. La amistad con Andreu había nacido hacía algunos años por un cúmulo de circunstancias y, desde ese momento, habían sido confidentes inseparables, tanto en los buenos ratos como en los malos. Y Ahora lo necesitaba más que nunca.

Cuando Andreu llegó a casa de Lluís, lo encontró en un estado tan lamentable que solo pudo abrazarlo para darle un poco de ánimo. Sentados en el sofá, Lluís le relató los eventos de la noche anterior, pero para hacerlo tuvo que confesar cómo habían llegado a esa situación: que Alejandra trabajaba para ARCA y se había hecho pasar por una adinerada argentina, todo con el único propósito de

desenmascarar a Augusto Fonfría.

Andreu no daba crédito a semejante historia, pero a lo largo de su vida había escuchado y vivido tantas incoherencias y atrocidades que ya estaba curado de espanto. Reconocía el valor de Alejandra y no le quedaba duda de que era la candidata perfecta para esa misión, pero el riesgo que había asumido y posiblemente le quedara por enfrentar, no tenía justificación alguna.

—¡No te puede cegar la ira, Lluís! Hay que actuar con frialdad, igual que él —le aconsejó a su amigo.

—Tú no la viste anoche —musitó—. Medio muerta entre el agua y la arena en las manos de ese hijo de puta. ¡Creía que no llegábamos a tiempo, Andreu! ¡Creía que no llegábamos!

El timbre de la puerta se inmiscuyó en su conversación. Lluís se levantó para abrir. Al otro lado se encontraban Sara y Jesús, que lo abrazaron nada más verlo.

—Lo sabe todo —dijo Lluís y señaló a Andreu—. Se lo acabo de contar.

—¿Cómo ha pasado la noche mi hermana?

—Dolorida, quejándose y llorando en sueños... ¡Fatal! —contestó Lluís alterado—. Ahora parece que está descansando.

—¿Y tú? —le preguntó Jesús.

—Yo, después de venir de La Fe, pues sin dormir y con ganas de matar a ese cabrón con mis propias manos.

—Vengo de la comisaría —comenzó a explicar Jesús—. El tal Drago no sé qué... es polaco, casi no habla español y tiene una larga lista de antecedentes. Hemos tenido que traer a un intérprete para hablar con él. Es autónomo y niega rotundamente trabajar para Augusto Fonfría. De hecho, no aparece en la nómina de INACFA ni hay ningún vínculo legal que lo relacione con él. Solo afirma haber estado en la fiesta y nada más.

—¿Qué me estás contando, Jesús? —gritó Lluís enervado.

—Lo siento, pero ese tipo pasará una temporada en la cárcel, seguramente corta, por intento de asesinato y saldrá a la calle antes de que nos demos cuenta.

—Entonces, no hay nada que hacer —murmuró Alejandra, apoyada contra la pared, al escuchar la explicación de su cuñado—. ¡Sería mi palabra contra la de Fonfría!

Lluís corrió a su lado al verla y la ayudó a sentarse con ellos.

—No deberías haberte levantado —le riñó con dulzura.

—Estoy bien —dijo ella en voz baja—, aunque otras veces he estado mejor. Prefiero estar aquí y saber cómo está la situación.

En cuanto la vio, Sara se cubrió la cara con una mano e intentó controlar sus ganas de llorar: estaba magullada por todo el cuerpo, los brazos, el cuello, las muñecas. Eso sin contar la cara, donde tenía un derrame en el ojo derecho, y la boca y la barbilla estaban hinchadas en un único hematoma.

—¿Te has tomado los calmantes? —le preguntó Sara.

—Sí, hace un rato —afirmó Lluís, que agarró la mano de su mujer como si así pudiera aliviar su dolor.

—Gracias por estar aquí, Andreu —le susurró Alejandra, e intentó sonreír. Le dolía tanto la cara que apenas podía gesticular.

—Algo se podrá hacer —mencionó Andreu impresionado por el terrible aspecto de Alejandra—. ¡Contad conmigo para lo que haga falta!

—¡Seguir con lo previsto! ¡No hay cambio de plan! —articuló Sara con mal talante—. ¡Hasta que se recupere mi hermana, yo ocuparé su lugar!

Nadie supo qué contestar.

El timbre del portal los descolocó a todos. No esperaban a nadie y, desde luego, la dueña de la casa no estaba para recibir muchas visitas.

Lluís miró por el videoportero y reconoció a Miguel y Rosa. Rápidamente se lo comunicó a los demás.

—¿Alguien le ha dicho algo a mi tía? —preguntó Sara, y miró a su hermana.

Todos negaron con la cabeza.

—Entonces, ¿qué hacen aquí? —preguntó Alejandra disgustada —. No quiero que Tía Rosa me vea así, se va a asustar.

—Miguel nos llamó ayer, antes de ir a la fiesta —le recordó Lluís —. Dijo que pasaría hoy para informarnos de los avances de su investigación.

Alejandra cayó en la cuenta de que su marido tenía razón. Con los últimos acontecimientos había perdido la noción del tiempo.

—Es cierto —reconoció ella—, pero podían haber llamado antes

de venir.

—¡Vamos a ser realistas! —intervino Sara, y aportó algo de sensatez—. Antes o después se van a enterar. Este es el mejor momento, ya que estamos todos para apoyarte.

Alejandra asintió, su hermana tenía razón. No tenía sentido postergarlo más tiempo. Como decía Tía Rosa: «Hay que tomar las cosas tal y como vienen».

—¡Ábreles, Lluís! —soltó Alejandra a la vez que intentaba arreglarse el pelo, que no tenía arreglo.

Lluís los esperó en el rellano. Hizo un esfuerzo por cambiar el semblante por uno más animoso, y así lo mantuvo hasta que la pareja salió del ascensor.

—¡Gracias por recibirnos en la puerta! —soltó Miguel al chocarle la mano—. ¡Qué detalle!

—Ay, Lluís, ¡qué mala cara tienes! —dijo Tía Rosa, y le dio dos besos en las mejillas—. ¿Que no te encuentras bien?

Lluís no contestó, no tenía sentido dar explicaciones anticipadas, así que los siguió hasta el salón.

—No sabíamos que había reunión familiar —manifestó Miguel al ver que estaban todos allí.

Sara se levantó a saludarlos y también lo hizo Jesús y Andreu.

—Perdonarme… si yo no me muevo —dijo Alejandra escocida de dolor.

Tía Rosa, que hasta el momento no se había dado cuenta del aspecto de su sobrina, se quedó impresionada en cuanto la vio.

—Pero ¡hija de mi vida! ¿Qué te ha pasado? —La voz se le quebró del impacto. Se acercó a su lado y la examinó con atención—: ¡Dios mío! ¿Ha sido un accidente? —preguntó, y miró a los demás, en búsqueda de una explicación.

—¡Algo así, tía! ¡Algo así! —musitó Alejandra.

—¡Dios mío! ¡Estás hecha una piltrafa! ¿Te ha visto un médico? —insistió su tía nerviosa y sumamente preocupada.

—Sí, Rosa —le aclaró Lluís—, anoche estuvimos en La Fe. No tiene nada roto, solo son magulladuras y está con calmantes.

—¡¿Solo?! —gritó—. Pero si toda ella es una moradura. ¡Pobre hija mía! Estarás baldada de dolor.

Rosa le acarició con suavidad el cabello.

—¿Anoche? —demandó Miguel afectado—. ¿Ha sido con el coche

cuando ibais o volvíais de la cena?

Alejandra asintió con un ligero movimiento de cabeza. Prefería haber evitado el alud de preguntas, pero estaba claro que no sería posible. Sin embargo, lo que más la inquietaba era cuando finalmente les dijera la verdad, la pura y enrevesada verdad.

—¡No lo entiendo! —protestó Tía Rosa—. Si ibais los dos en el coche, ¿cómo es que tú —miró a Lluís— estás ileso? ¡Esto no me cuadra! —rumió—. ¡Nos estáis ocultando algo! Lo sé, si no os conociera. Ah... y a juzgar por lo que veo, no será cualquier cosa sin importancia. No, vosotras hacéis siempre las cosas a lo grande. Me lo veía venir. Ya me lo advirtió Miguel.

—Tía, ¿puedes callarte un momento? —le rogó Sara en un esfuerzo por mantener la calma—. Así me darás la oportunidad de poneros al día de todo.

Rosa asintió hecha un fuego.

—Miguel, será mejor que te sientes, por favor —le pidió Sara—. Hay algunas cosas que debéis saber y las voy a contar yo porque mi hermana no está en posición de hablar mucho.

Miguel siguió su consejo y se sentó en una silla cercana. Tía Rosa se removió en su asiento, desazonada, y se daba golpecitos con los dedos sobre el muslo de los nervios. No paraba de pensar que se podía esperar cualquier cosa de sus sobrinas, sin importar cuán descabellada fuera.

—Hay una condición imprescindible —advirtió Sara—, y eso va para ti, tía.

—¡Suéltalo ya! —exclamó histérica.

—¡No me puedes interrumpir hasta que termine! Después ya podrás hacer preguntas.

Rosa aceptó la condición, sin estar segura de si podría cumplirla o no, pero eso era lo que menos importaba.

CAPÍTULO 63

El testimonio de Sara, que abarcó desde los primeros sucesos, hacía menos de un año, hasta los acontecimientos de la noche anterior, había dejado desconcertados tanto a Miguel como a Rosa. Como era de esperar, Rosa no había podido cumplir el acuerdo debido a su temperamento e interrumpió el relato de Sara en varias ocasiones. En sus facciones se delató su malestar, sobre todo cuando Augusto Fonfría entró en escena y cuando se enteró del papel de Alejandra como Leonor y del plan relacionado con las obras de arte. Comenzaba a entender la preocupación de Miguel, que en varias ocasiones le había insinuado que andaban metidas en algún lío. Sin embargo, jamás se habrían imaginado la verdadera magnitud de ese lío.

Cuando Sara relató la noche anterior la agresión que recibió Alejandra, a pesar de que trató de omitir los detalles más crudos, Rosa estalló en un lamento desgarrador.

—Tía, siento de veras darte tantos disgustos —susurró Alejandra, estremecida por verla así.

—¡No, hija, no! —respondió Rosa, que se secó las lágrimas y se sonó la nariz—. ¡La culpa no la tenéis vosotras! ¡Tan solo sois unas víctimas que estáis pagando las consecuencias de muchas cosas mal hechas! ¡Mal hechas por los mayores! ¡Menuda herencia os ha tocado vivir! ¡Pero esto no va a quedar así!

Rosa se levantó y dio unos pasos para desfogar parte de la ira. Estaba indignada y negra de cólera. Sentía que la sangre le hervía en las venas. Luego se giró, miró fijamente a su marido y le dijo:

—¡Miguel, ya les estás contando lo que sabes del dichoso óleo ese, porque la guerra contra Augusto Fonfría acaba de empezar!

Miguel Roselló no emitió ni una palabra. Después de semejante historia se había quedado mudo. Conocía demasiado bien a Rosa como para dudar de que cumpliría sus palabras, aunque fuese lo último que hiciera. Le habían tocado, de nuevo, lo que más quería en el mundo: sus sobrinas. ¡Y eso jamás lo perdonaría!

CAPÍTULO 64

Miguel Roselló abrió su carpeta y desplegó varias notas encima de la mesa, ante la mirada impaciente de todos. Después, levantó la cabeza y comenzó a explicar:

—La última referencia que teníamos del panel derecho desaparecido del tríptico de Sebastiano del Piombo, según vosotras comentasteis —miró a las dos hermanas—, era que aparecía en el listado de obras que José I Bonaparte le regaló al mariscal Suchet por haber conseguido entrar en Valencia.

Ellas asintieron con la cabeza, aunque Alejandra lo hizo con más suavidad ya que le escocía todo el cuerpo.

—Pero se desconocía el momento exacto en que se hizo esa entrega y si ese material llegó o no a entrar en la ciudad —recapituló Miguel—. Pues mi investigación ha comenzado a partir de ahí. He revisado los manuscritos edetanos y, lamentablemente, nuestra fuente de conocimiento se agota en el siglo XVI y, si me apuráis, hasta principios del XVII. Sin embargo, al comentar estos hechos con Humberto, me complace anunciaros que la suerte nos sonríe.

—¿Y eso? —quiso saber Andreu.

—En la Casa Vestuario existe una biblioteca antiquísima y una parte de ella no está abierta al público, reservada para eruditos, historiadores y unos pocos más. Allí hay una pequeña sección que se podría decir que permanecía oculta y se ignoraba su existencia. Es como una extensión de los manuscritos edetanos, compuesta por cartas, notas y documentos que aparecieron hace cosa de un año, durante la ampliación de una de las salas. Estos escritos apenas han sido revisados por encima, en espera de que les llegue su turno. Según me indicó Humberto, me adentré en estos textos y he podido obtener información inédita que podría ayudarnos en nuestra causa.

Todos aguzaron sus oídos, ansiosos por saber más.

—A principios del siglo XIX, Valencia era la tercera ciudad más poblada de España, con ochenta mil habitantes. Contaba con un

puerto, una universidad y una guarnición de aproximadamente mil soldados del Real Ejército. Esto la convirtió en un codiciado trofeo para las tropas francesas lideradas por el general Napoleón Bonaparte, quien pretendía instalar en el trono español a su hermano José. Tras el famoso grito de El Palleter, el 23 de mayo de 1808, cuya estatua podéis ver cerca de las Torres de Quart, la ciudad se levantó en contra de las tropas napoleónicas. Los franceses intentaron varias veces, con diferentes mariscales, tomar el control de la ciudad; de hecho, el mariscal Suchet tuvo su primer fracaso en marzo de 1810 y se vio obligado a atrincherarse durante cinco días en el Palacio Real por la firme resistencia del pueblo valenciano y su general al mando. Tras su retirada, las autoridades militares españolas ordenaron demoler el palacio ya que temían que el ejército francés regresara y lo utilizara como punto estratégico para cañonear la ciudad. Como era de esperar, el mariscal Suchet llevó a cabo un segundo intento, en el que tuvo más suerte y resultó victorioso. El 14 de enero de 1812, cruzó el puente de San José y oficialmente entró en la ciudad por el Portal Nou y tomó como residencia el Palacio de Cervelló. Posteriormente, fue nombrado mariscal del imperio y conde de la Albufera. Sin embargo, año y medio después, el 5 de julio de 1813, debió evacuar la ciudad ante la inminente entrada de las tropas españolas, y él se retiró a Aragón. Por otra parte, José I Bonaparte llegó a Valencia con su corte el 1 de septiembre de 1812 y se instaló en el palacio de los condes de Parcent. Abandonó la ciudad un mes y medio después para regresar a Madrid. En esa estancia en la ciudad fue cuando Bonaparte le hizo entrega al mariscal Suchet, como reconocimiento por su importante labor, el óleo que nos interesa. Me he centrado en los dos palacios durante el año y medio en que el mariscal estuvo en Valencia y en el Palacio de la Generalitat.

—¿Y qué tiene que ver aquí el Palacio de la Generalitat? —preguntó Lluís, despistado.

—Parece que todos los caminos nos llevan al mismo sitio. ¡No os lo vais a creer! —apuntó Miguel eufórico—. Resulta que la Real Audiencia Territorial, cuya función era administrar la justicia entre los habitantes y velar porque se cumplieran las ordenanzas del rey, se alojaba en el Palacio Real, pero se trasladó al Palacio de la Generalitat en 1750. ¿En qué sala creéis que la acomodaron?

Todos se miraron con la misma incertidumbre. Alejandra fue la

única que levantó el brazo con cierta torpeza.

—¿En la Sala Nova o Salón de Cortes? —dijo en voz baja.

—En efecto —confirmó Miguel, emocionado al notar que las piezas encajaban—. Para acomodar a la Audiencia, dividieron el salón con tabiques en varios compartimentos, por lo que las pinturas murales, aquellas que hemos visto hace unos días, quedaron medio ocultas entre la falta de luz y espacio. De esta forma, perdieron gran parte de su esplendor y cayeron en el olvido. En 1808, y para resistir la invasión francesa, se creó la Junta de Armamento y Defensa, que solía reunirse en el histórico salón de la Diputación. Entre sus miembros estaba Francisco Xavier Borrull, un abogado conservador con varios cargos en la Audiencia, un patriota comprometido y defensor acérrimo de la supervivencia del Tribunal de las Aguas y otras antiguas instituciones. Quedó tan maravillado con aquellas pinturas que la junta acordó derribar los tabiques y el techo, y restaurar el salón, su artesonado y sus murales. Labor que concluyó a mediados de 1810. La restauración comenzó por el artesonado de madera que tiene veintiún casetones idénticos en forma cuadrada, con un rombo dentro, y un octógono del que pende una flor colgante. Ante la sorpresa del carpintero a cargo de la tarea, encontró, oculto entre los casetones, un cubículo o cámara vacía, en bastante buen estado, que debió de servir como escondite en épocas pasadas. Al comentarlo con la junta, no le dieron demasiada importancia y le dijeron que lo sellara, pero él no obedeció y dejó abierta una hendidura.

Esa última frase generó entre los oyentes un atisbo de esperanza ante tanto despropósito.

Miguel revisó sus notas durante unos instantes y luego continuó:

—La noche previa a que el mariscal Suchet evacuara la ciudad, ante la inminente entrada de las tropas españolas, un opositor a Napoleón, confabulado con una de las criadas del Palacio de Cervelló, robó una de las posesiones más valiosas del mariscal: el panel derecho del tríptico de Sebastiano del Piombo. El ladrón en cuestión resultó ser el carpintero que tres años antes había restaurado el artesonado del Salón de Cortes y, por lo tanto, sabía de la existencia de la cámara oculta, así que decidió utilizarla como escondite.

—¿Estás diciendo que ese hombre robó el panel y lo escondió allí? —cuestionó Sara.

—Eso parece —afirmó Miguel—. Debía de tener alguna vía de

acceso al palacio que desconozco. El caso es que tuvo la mala fortuna de que, semanas después, lo culparon de otro delito y lo llevaron a prisión. El carpintero intentó negociar su libertad y confesó el robo al mariscal Suchet y explicó a las autoridades la ubicación exacta donde debían buscar. Sin embargo, cuando acudieron al lugar indicado, encontraron la cavidad vacía. De forma que se ordenó sellar la pequeña entrada para evitar cualquier sospecha y futuros incidentes.

—¡Vacía! Entonces... —protestó Lluís—. Seguimos en un callejón sin salida.

Miguel levantó las manos y mostró las palmas, como pidiendo un poquito más de paciencia.

—Eso es lo que consta en los documentos que hemos podido rescatar. Pero si retrocedemos en la investigación, recordaréis que mencioné que habíamos dado con un código militar secreto que utilizaba el Reino de Valencia para ocultar información valiosa en tiempos de guerras. También os mencioné que existía otro código civil paralelo, creado por y para el pueblo, y gestionado por la hermandad que sobrevivió a la rebelión de las Germanías.

Muchos asintieron al recordar sus palabras.

—He vuelto a revisar minuciosamente la construcción del Palacio de la Generalitat para asegurarme de no haber pasado ningún detalle por alto y, efectivamente, así fue. Nosotros nos habíamos enfocado solo en los tapices a franjas rojas y oro del fondo de las pinturas, creyendo que allí estaría la clave del enigma. Si bien estábamos en el camino correcto, ya que hemos encontrado ciertas pistas sobre el código civil que os mencioné, el meollo de todo se encontraba en el techo.

—¿En la cavidad del techo? —preguntó Jesús.

—Sí, en el artesonado que cubre toda la sala y que, al parecer, se conecta con las pinturas mediante algún mecanismo o acceso físico.

—Ahora sí que me he perdido, Miguel —se quejó su mujer.

—Esa cámara oculta había sido creada por el brazo militar para guardar información confidencial u objetos valiosos —relató con la seguridad que da poseer un as bajo la manga—. Me he remontado a los orígenes del salón y he descubierto que la techumbre de madera fue tallada por la familia Ginés Linares. El trabajo quedó inconcluso por el fallecimiento del padre y del hijo Linares. Continuó la labor el arquitecto y carpintero Gaspar Gregori, quien concluyó el artesonado

a mediados de 1566. En un acto de estricta confidencialidad, le encargaron hacer no una, sino dos cavidades ocultas en los casetones.

—¿Dos? —repitieron incrédulos todos a la vez.

—¿Estás insinuando —añadió Lluís— que la pintura que buscamos puede estar en la otra cámara porque la buscaron en el lugar equivocado?

Miguel asintió sonriente.

CAPÍTULO 65

En lo alto del edificio INACFA, en el despacho de Augusto Fonfría de la última planta, se discutía la deficiente actuación de Drago con respecto a Alejandra Ferrer. Reunidos, su hija Erika, Victoria Quirós y Ramiro Matoses evaluaban la manera de seguir adelante y eliminar todos los obstáculos posibles.

—Drago estará en la cárcel unos meses y luego saldrá de nuevo a la calle —comentó Quirós sin darle demasiada importancia.

—Cuando eso ocurra, habrá que darle puerta o asignarle otra clase de tareas —expuso Augusto Fonfría con seriedad, se lamentaba de no haberle encargado esa faena a Rómulo—. ¡No es fino en las ejecuciones!

—¡Esa escurridiza zorra siempre sale airosa de cualquier situación complicada! —masculló Erika.

—No me gusta cómo se están desarrollando los hechos —se quejó Ramiro Matoses—. Desconocemos a qué juegan esas hermanas, por qué crearon un personaje falso vinculado a un tema que nos toca tan de cerca como es el arte, ni tampoco sabemos por qué estaba el resto de la pandilla también en la playa. Dado su historial, está claro que algo traman y, desde luego, no en nuestro beneficio. Por lo tanto, debemos mantener la calma y evitar cualquier movimiento o transacción que pudiera levantar sospechas, al menos hasta que las aguas se calmen y vuelvan a su cauce.

—Creo que tienes razón —meditó Fonfría— y deberías hacer como propusiste e irte a Italia una temporada.

—Sí, lo tengo decidido, me iré en algún momento de la semana que viene cuando deje unos temas resueltos. Aprovecharé para reformar la mansión de Sicilia, que está algo descuidada. Llevo queriendo dedicarle tiempo y nunca he encontrado la ocasión.

—Ya nos invitarás cuando esté terminada —propuso Erika.

—Por supuesto —asintió Matoses—, organizaremos una fiesta.

—Volviendo al tema de las hermanas Ferrer —retomó Fonfría—,

tenemos que averiguar qué pretenden.

—Seguimos sus pasos —aclaró Quirós.

—¡Pues no es suficiente! —bramó Fonfría—. ¡¿O es que también tendré que encargarme personalmente?!

La insinuación de su incompetencia hizo que Victoria Quirós frunciera la boca.

—Dispones de gente y de medios, ¡utilízalos, coño! —gritó—. Sabías que tu posición conllevaba cierta responsabilidad, pues espero que sepas cumplirla con éxito. Pon vigilancia sobre toda la familia y cuando digo toda la familia también me refiero a su tía y a su marido Miguel. Averigua por qué visita con tanta frecuencia el Tribunal de las Aguas. Controla los pasos del mendigo. ¡Que no te engañe! Estoy seguro de que su trabajo como camarero no es más que una tapadera. ¡Presiona a todos, incluidos los síndicos! ¡Que se pongan nerviosos y hablen de una puta vez!

—Augusto, te está cegando la ira y el rencor —mencionó Ramiro Matoses, que sentía que ese camino era el equivocado—. Olvídate de esa familia durante un tiempo. Deja que todo vuelva a la normalidad.

—Ramiro, ¡déjame a mí hacer las cosas a mi manera! —bufó Fonfría enervado. Cada vez que mencionaba a las hermanas Ferrer le ardían hasta las tripas—. ¡Si me las hubiera cargado cuando eran niñas como hice con sus padres, cuántos problemas me habría ahorrado!

Nadie contestó.

Rosa volvía de hacer unas compras. Había pasado por el Mercado Central y regresaba a casa en autobús. Se había despedido de Miguel a primera hora de la mañana antes de que partiera a reunirse con los síndicos. Se había ofrecido para acompañarla en sus recados, pero ella se había negado rotundamente. Justamente ahora necesitaba que pusiera todo su empeño en conseguir resultados para la causa de sus sobrinas, aunque también para la suya propia.

Rosa pulsó el botón para solicitar la parada. Al mirar hacia el fondo del autobús un repelús le recorrió todo el cuerpo. Un hombre grandote y vestido de negro la observaba con cara de pocos amigos. Sin embargo, eso no fue lo que más la alarmó. Al repasar las últimas horas, recordó haberse encontrado con dos o tres individuos con las

mismas características, y encajaban con la descripción que sus sobrinas habían dado de los empleados de INACFA. Rosa se percató de que alguno de ellos, como el que tenía cerca en el autobús, era el que había intentado asesinar a Alejandra. Un nervio se tensó en su cuello, palpable bajo la piel. Cuando las puertas se abrieron, bajó apresuradamente. Una vez en la calle, aceleró el paso. Miró hacia atrás y el hombre también había bajado y la seguía muy de cerca. Respiró hondo y actuó con rapidez. Conocía bien el barrio, así que se desvió por la calle de la derecha. Normalmente, solía haber algunos policías en la avenida, solo esperaba que estuvieran allí en ese momento. Al verlos, respiró aliviada y se dirigió a ellos.

—Perdonen, agentes. ¡Gracias que los he visto! —dijo agitada—. Me está siguiendo ese hombre —lo señaló descaradamente—. Ha intentado meterme la mano en el bolso y estoy muy asustada.

—No se preocupe, señora. Nosotros nos encargamos.

Rosa vio cómo los dos policías se encaraban con él y sonrió. Después, retomó el camino hacia su portal. A pocos metros de llegar, notó que había otro hombre, parecido al que acababa de acusar, apoyado en el seto frente a ella. Enseguida se le borró la sonrisa y lo miró con desdén. Con las llaves en la mano, titubeó sobre si entrar en el patio o no, especialmente cuando lo vio acercarse hacia donde ella se encontraba.

—Rosa, Rosa… —oyó por detrás.

Se giró y exhaló al ver a su vecina Salomé con Póker.

—¿Ya vas para casa? —le preguntó mientras tiraba de la correa del animal.

—Sí —asintió Rosa, y miró de reojo al hombre de negro que se había detenido al ver a la otra mujer—. Llevo toda la mañana sin parar. Ya es hora de recogerse.

—¡Qué razón tienes y con el calor que hace! Yo también me subo que ya se ha dado un buen paseo mi chiquitín, ¿a que sí? —dijo, y le hizo una carantoña a su *westy*.

Las dos mujeres cruzaron el portal y subieron juntas en el ascensor, para luego despedirse cada una en su casa.

Al entrar, Rosa se asomó al balcón y localizó al hombre de antes en el mismo lugar, ahora estaba junto al que la había seguido toda la mañana. Apretó los dientes, la cosa se empezaba a complicar.

CAPÍTULO 66

Andreu finalizó el último turno del día en el restaurante y se despidió de sus compañeros en la plaza del Tossal hasta la mañana siguiente. Miró hacia arriba hasta localizar el balcón de su casa. Sonrió al ver a Rebeca allí, y le hizo una seña. Luego, caminó hacia la calle Caballeros con un objetivo claro. Sumergido entre las lóbregas callejuelas del barrio del Carmen, se camufló entre las sombras que provocaba el reflejo de la luna llena. Atravesó la plaza de la Virgen que, acostumbrada al bullicio y la algarabía diurnos, ahora la dominaba un silencio fantasmal, casi pecaminoso. Llegaba puntual a su cita en la Casa Vestuario. Atravesó el portal del edificio colindante, que ya conocía bien, y se sumergió en los secretos pasadizos, justo cuando las campanas del Miguelete anunciaban la medianoche.

Un hombre vestido con un traje negro, oculto entre los matorrales del jardín adyacente a la basílica, lo reconoció al instante. No eran horas de llamar a Victoria Quirós para informarla, pero sumaría lo que vio al resto de la información recopilada.

Fue Juan Alcaraz, síndico de Mestalla, quien le abrió la puerta. Andreu entró en la sala de los manuscritos, saludó a Sara y a Jesús y luego se acercó a Alejandra. La hinchazón de su rostro había cedido, el hematoma aún perduraba, aunque ahora tenía una tonalidad amarilla verdosa.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó.

—Mejor..., bastante mejor. Espero que en unos días no me queden marcas —respondió sonriente—. Gracias por preguntar y por venir.

—Me alegro. No podía faltar. Dije que iría con vosotros hasta el final y cumpliré mi palabra.

Lluís se aproximó a ellos y le chocó la mano a Andreu.

—Me alegro de verte, Andreu —dijo Humberto Fernández al acercarse y colocar una mano sobre su hombro.

—Yo creo que, puesto que ya estamos todos, podríamos empezar

—propuso Miguel y saludó a Andreu con un gesto—. Sé que es muy tarde y que la mayoría estamos cansados, pero esta era la mejor manera de que pudiéramos estar todos y, en vista de que nos siguen descaradamente, hemos creído que era la forma más segura de reunirnos. Aunque con esa gente de Fonfría nunca se sabe, parecen estar por todas partes.

Humberto se le acercó y le pasó unas notas.

—Hace unos días, mencioné que el artesonado del techo de la Sala Nova del Palacio de la Generalitat y las pinturas murales podían estar unidos con algún tipo de acceso físico. Un mecanismo quizá rudimentario, pero deduzco que, a la vez, bien elaborado, que nos guiara hacia las dos cavidades ocultas que hay en sus casetones, con el propósito de encontrar el panel derecho del tríptico de Sebastiano del Piombo.

La mayoría asintió con la cabeza. Miguel, al notar que todos seguían el hilo, continuó:

—Hemos estudiado el código militar secreto y estamos convencidos de que hay un fragmento que podría ser el indicado porque menciona a los tres estamentos: el real, el eclesiástico y el militar. Luego, le sigue una serie de cuatro cifras, cada una compuesta por cuatro dígitos, excepto la primera, que es 10-278. Nos hemos vuelto locos para interpretarlo hasta que le hemos encontrado su significado. Los dos primeros dígitos no representan el número diez, como pensábamos, sino que son las letras IO. Esto cobra sentido ya que nuestra investigación confirma que esas iniciales coinciden con las que utilizaba Juan Sariñena para firmar algunas de sus obras. Os recuerdo que fue quien pintó el mural de la Generalitat que preside la sala y el del estamento real con los cuatro jurados. Y también fue el encargado de la dirección de todas las obras.

—¿Y los otros tres números? —preguntó Alejandra interesada.

—Ahí tenemos nuestras dudas —intentó explicar Miguel, más cauteloso—. La sala tiene ocho pinturas, sospechamos que señalan tres de ellas.

Miguel abrió un folio con el plano de la sala que señalaba cada mural con su respectivo nombre y pintor. Todos se acercaron para examinarlo más detenidamente y seguir sus explicaciones sin perder detalle.

—A las iniciales IO les sigue el número 278. Si cogemos como

punto de partida el cuadro de la Generalitat, ya que fue el primero que pintó Sariñena y el que representa los tres estamentos, y nos movemos por la sala en sentido de las agujas del reloj, por buscarle alguna coherencia, el número dos sería el brazo militar de Francisco Posso; el siete, el brazo real de Juan Sariñena; y el ocho, el brazo eclesiástico de Vicente Requena.

—Tiene lógica —exclamó Sara atenta y admirada por la astucia de algunas mentes—. ¿Cuáles son las otras cifras que aparecen?

—El 2510, el 1817 y el 1462 —enumeró Miguel.

—Está claro que no pueden ser fechas —dedujo Andreu—. En todo caso solo el 1462 podría serlo.

—Sí, tienes razón —afirmó Miguel—, aunque no lo creo. Yo diría que más bien son pistas que indican dónde debemos buscar o tocar, o vete a saber...

Miguel ya no sabía qué pensar.

—¿Hay algún indicio más sobre estos números? —preguntó Lluís más perdido que perdido.

Humberto colocó tres grandes láminas sobre la mesa y las desplegó para que todos pudieran verlas. En ellas se reproducían las imágenes de los tres cuadros que acababa de mencionar Miguel, y se podían apreciar las figuras con bastante nitidez, casi tanto que parecían recobrar algo de vida.

—Hemos creído que así podíamos estudiarlos con más detenimiento —dijo el presidente del tribunal.

—¡Una idea fantástica! —exclamó Andreu sin levantar la vista de las imágenes.

—Todo lo que podamos descubrir sobre estas obras podría ser útil para descifrar las claves que necesitamos —apuntó Miguel—. Es por eso que Sara se ha sumado a la investigación y ha recopilado datos por su cuenta, que luego nos comentará. —Miguel cogió una de las láminas y la acercó lo suficiente para que todos pudieran verla—. Como muchos sabéis, esta imagen corresponde al mural de la Generalitat de Sariñena que representa una sitiada de los diputados del Reino de Valencia. Podemos distinguir las figuras de los seis diputados, dos por cada estamento —indicó con el dedo—. Entre los eclesiásticos, uno pertenece a las órdenes militares y el otro es el abad de Poblet. Además, se aprecian tres tesoreros junto a la mesa de la izquierda y en el lado derecho, vemos un asesor y un síndico.

Miguel consultó unas notas y luego prosiguió:

—Esta pintura, a lo largo de los siglos, ha sufrido los mayores daños de la sala, debido a las filtraciones de agua causadas por la lluvia que entraba por las dos ventanas ubicadas encima de la galería. Esto dejó el cuadro en un estado lamentable. Borrull quiso salvarlo y encargó la restauración a su amigo, el pintor José Zapata. Lamentablemente, Zapata carecía de experiencia en el arte de restaurar y, en lugar de preservar el original, repintó las partes afectadas, imprimiendo su propio colorido. Las únicas partes que se conservan intactas son las cabezas del abad de Poblet —lo señaló con el dedo— y el último clavario. Años más tarde, en 1841, el experto restaurador Francisco Martínez pudo eliminar algunos repintes y así es como lo podemos ver hoy en día. Eso es todo lo que os puedo contar sobre este mural. Si avanzamos, según nuestra teoría, el siguiente número, el 2510, debería de corresponder al estamento militar. —Colocó dicha lámina por encima del resto—. ¿Qué sabemos de él, Sara? ¿Qué nos puedes aportar?

Sara tomó la palabra:

—Que fue pintado por el italiano Francisco Posso, un artista del que se sabe muy poco. Como vemos, es una de las representaciones pictóricas más importantes y llamativas de toda la colección. El artista ha sorteado magistralmente la dificultad de la perspectiva y de la disposición de los cuarenta caballeros. La mayoría son retratos típicos de la nobleza valenciana con sus vestimentas de la época. Están situados en cuatro filas, diez caballeros en cada una, como podemos apreciar. En la parte superior, podemos observar el emblema militar con San Jorge. Aquí hay un detalle que no sé si será relevante: si nos fijamos en el tercer caballero de la segunda fila, empezando por la izquierda, notamos que sostiene un papel en la mano con la inscripción F.P.F. Se sabe con certeza que hace referencia al autor, Francisco Posso. Otra particularidad que se sale del contexto del cuadro es que, en el margen derecho, vemos que el ventanal de la sala está abierto y se divisa la antigua Casa de la Ciudad o el ayuntamiento, junto a una mujer vestida de rojo que se asoma por la ventana.

—Muy bien, ¿y ahora qué? —cuestionó Lluís sin saber por dónde tirar.

—No nos pongamos nerviosos y analicemos el número en

cuestión, el 2510 —propuso Alejandra—. El dos podría referirse a una de las figuras o a la segunda fila, o quizá sea la figura veinticinco —murmuró sin demasiada convicción.

—¿Y por qué no la figura diez? —mencionó Andreu.

—Así podemos estar toda la noche sin conseguir nada —protestó Jesús—. Tengo la sensación de que esta sesión va a ser más larga de lo que esperábamos.

—Jesús, en lugar de quejarte —le riñó Sara—, ¡échanos una mano!

Él se aproximó al dibujo y fingió mostrar interés.

—También podría estar la clave en el escudo —mencionó el inspector—. Al fin y al cabo, ese es su símbolo.

—¿Por qué no? —apoyó Lluís, con cierta desgana—. Puede estar en el santo, en la lanza, en el dragón o en los tres ángeles que lo rodean.

—Lluís, céntrate en el número —le reprendió Alejandra—. En el 2510 no hay ningún tres.

—¡Perdona, perdona! —Lluís se alejó unos pasos. No le gustaban nada los acertijos, y menos aun cuando había prisa.

—¿Sabemos algo de los nobles que están retratados? —preguntó Andreu que trataba de encontrar algo de coherencia en el asunto.

—Tenemos identificados a algunos, a otros no —contestó Miguel—. No se me ocurre nada sobre ellos.

—¿Y qué sentido tiene colocar a la mujer de rojo en la ventana del fondo? —insistió Lluís—. ¡No me negaréis que desentona con el resto de los nobles!

Alejandra cogió el dibujo. La respuesta a sus preguntas debía estar ahí, en ese papel. Pero ¿por qué no la veían? Luego lo volvió a dejar sobre la mesa.

—Supongamos que el número dos corresponde a la segunda fila —propuso ella.

—¿Empezando por arriba o por abajo? —preguntó Lluís.

—No sé... —dudó Alejandra contrariada—. ¡Por abajo, que es por donde se ven mejor!

—Os recuerdo que la tercera figura de la segunda fila empezando por la izquierda es la que sostiene el papel con las iniciales del pintor —apuntó Sara.

—Pues vamos a jugar a partir de ahí —prosiguió Alejandra

pensativa—. ¡Eso debe de tener un porqué!

—El porqué ya lo sabemos —soltó Lluís, sin ver otra posible opción—: Es la firma del pintor, por eso puso sus iniciales.

—Vale, de acuerdo —asintió Alejandra, empeñada en seguir su intuición—. ¡Fijaos en la imagen de ese hombre! Concretamente en sus ojos. ¿No tenéis la sensación de que nos mira de frente como si nos quisiera decir algo?

—¡Lo que me faltaba por oír! —protestó Sara enérgica al notar que la cosa se desviaba en un puro cachondeo—. ¡Alejandra, no me hagas pensar que los golpes te han desamueblado la cabeza!

Alejandra le hizo un gesto de desagrado.

—Chicas, no nos alteremos —propuso Miguel para restablecer la paz—. Alejandra, por esa regla de tres, hay más nobles que miran al espectador —explicó y le restó importancia a su teoría.

—¡Sí, pero este es el único que nos quiere decir algo con la nota de su mano! —Alejandra, obstinada, lo señaló con el índice.

—Vale, supongamos por un momento que tienes razón —propuso Sara inflada de paciencia—. Del 2510, ya tendríamos el número dos, pero ¿qué pasa con el cinco? ¿A qué coño se refiere? ¿Y qué me dices del resto? —la retó con los brazos en jarra.

—¡Esperad un momento! —gritó Lluís emocionado—. Que mi mujercita va a tener razón. ¡Fijaos en las manos de todos los caballeros! —les propuso.

—¿Qué les pasa a las manos? Yo no veo nada raro —soltó Jesús despistado, mientras todos dirigían la mirada a ellas.

—¡Ahora, centraos solo en las manos de la segunda fila! —machacó Lluís, con una risita tonta por haber acertado en algo.

—¡Ay, Lluís, que ya tenemos el cinco! —gritó Alejandra, y le dio un beso a su marido.

—Queréis explicaros, por favor —intervino Humberto, pegado a un par de síndicos.

—¡De los diez caballeros que hay en la segunda fila —explicó Alejandra—, cinco de ellos apuntan a la misma dirección con su mano derecha!

—¡Tienes razón! —clamó Sara menos escéptica—. Esto es increíble. ¡Como sea eso me da algo! Pero ¿a dónde apuntan?

—Señalan a la ventana —dijo Alejandra desconcertada—. No tiene ninguna coherencia.

—¡Qué os había dicho yo! —voceó Lluís muerto de risa—. Que esa ventana no cuadraba. ¡Tiene que significar algo!

—Ya tenemos el dos y el cinco —resumió Alejandra eufórica.

—¿Y el uno y el cero? —cuestionó Andreu—. Claro que también podría ser un diez.

—Si apuntan a la ventana, tendrá que estar ahí —comentó Jesús, que apareció al lado de Sara y se unió al lío—. ¿Qué tal si nos centramos y no mareamos más la perdiz?

Ella le acarició la cara con delicadeza y le besó en la mejilla.

—Gracias, cariño, por estar aquí.

Luego Sara clavó sus ojos en la mujer de la ventana que tenía el brazo extendido hacia delante y se detuvo unos instantes. Después gritó:

—¿Estamos ciegos o qué? ¡Nos lo está diciendo claramente! ¡El uno se refiere a la mujer!

—Pero lo que está señalando es la baranda del balcón —mencionó Andreu extrañado—. ¡Eso no tiene ningún sentido!

—O tal vez sí —especuló Alejandra con cientos de dudas—. Nos falta el cero. Pero ¿y si lo que verdaderamente está señalando es la bola que adorna la barandilla? ¿No os dais cuenta? Es tan simple que hasta resulta ingenioso.

—¡¿No?! —gritaron casi todos a la vez al ver que su teoría podía ser correcta.

Todos se miraron sin obtener respuesta. Tal vez habían dado con la clave de esa cifra, pero todavía les quedaban dos más por resolver.

Pasaba de las dos de la madrugada cuando decidieron dar por concluida la reunión. Antes de partir, se pusieron de acuerdo para reunirse unos días después. No podían abandonar ahora que parecían estar en una buena racha. Aunque, por el momento, todo lo que tenían eran teorías. Solo había una manera de averiguar si eran certeras: visitar las pinturas originales. Pero eso sería más adelante.

CAPÍTULO 67

Victoria Quirós degustaba su café, solo y sin azúcar, como cada mañana. Todavía echaba de menos el cigarrillo que solía acompañarlo, y eso que hacía ya varios años que, por obligación, había dejado aquel vicio. Más de una vez la habían tentado las malas ganas de retomarlo, pero hasta la fecha había conseguido mantenerse firme. Mientras daba un sorbo a la taza, el sonido de su móvil captó toda su atención al ver que la llamada era de Caín.

—Dime…, ¿alguna novedad? —Esas fueron sus palabras de saludo.

—Anoche se reunieron todos en la Casa Vestuario, menos la tía.

—¿Anoche? —repitió sorprendida.

—Sí, a las doce en punto.

—¿Alejandra también estaba? —preguntó con desagrado al pronunciar su nombre.

—Sí, llegó con su marido. También estaban su hermana y el poli.

—Eso significa que ya se siente mucho mejor —murmuró—, o es que era un tema muy urgente —especuló—. Y pensar que Drago está en la cárcel por su culpa cuando no fueron más que cuatro arañazos. ¡Me llevan los demonios solo de pensar que otra vez se ha salido con la suya esa lianta!

—También estaba el camarero —continuó con el parte e interrumpió sus pensamientos en voz alta—. Fue el último en llegar.

—¿No me digas que también estaba ese? —Su tono no pudo ser más despectivo.

Quirós retrocedió en su mente y recordó las palabras de Augusto Fonfría, quien le había advertido que el trabajo en el restaurante era solo una tapadera. ¡Iba a resultar que tenía razón!

—¿Se alargó mucho la reunión? —preguntó, y dio el último sorbo de café.

—Hasta las dos y media —respondió con precisión.

—Una asamblea larga y de madrugada —susurró, llena de

curiosidad. «¿Qué estarán cociendo?», se preguntó para sus adentros —. ¿Y dices que también estaban los síndicos?

—Así es. Creo que no estaban todos, aunque no los vi llegar, pero sí los vi salir por el portón de al lado.

—¿No entraron por la puerta principal de la Casa Vestuario?

—Ah, no, lo hicieron por la puerta lateral, antes de llegar al bar —le explicó.

—En el edificio de tres plantas que está sobre el bar, Roselló tiene un estudio alquilado allí —le aclaró Quirós.

—Lo sé, me pusiste al día de ello. Aunque durante la reunión no se encendió ninguna luz, ni en las ventanas ni en los balcones. Por eso asumí que era en la Casa Vestuario, esa puerta está justo debajo de su edificio.

—Sí, sé cuál es.

—Cuando se fueron, esperé un rato e intenté entrar. La cerradura es vieja y no me costó mucho forzarla.

Victoria Quirós sonrió. Sin duda había atinado al escogerlo para esa tarea.

—¿Qué encontraste? —preguntó ansiosa.

—Poca cosa. Es un pequeño zaguán con una pequeña puerta que da al bar. Allí guardan las sombrillas de la terraza y algunas sillas. Lo utilizan más bien como trastero.

—No tiene ningún sentido que entren por ahí teniendo la puerta principal a dos pasos —argumentó Quirós—. ¿Estás seguro de que no había nada más?

—Seguro, no lo sé —dudó.

—Caín, ¡investiga qué pasa ahí! —ordenó Quirós—. Debe de haber alguna entrada oculta que comunique con la Casa Vestuario. Quizá guardan algo en secreto. De esa gente me lo creo todo. Si eso fuera así, explicaría muchas cosas —susurró pensativa.

—¡De acuerdo!

—Dobla la guardia y utiliza los medios que creas convenientes, incluida la violencia. Coge a los hombres que necesites —gritó—. ¡Quiero saberlo todo! ¿Me oyes?

Augusto Fonfría le había dado autoridad para obrar en su favor y no podía defraudarlo.

—¡Entendido! Por cierto, ¿nos vemos esta noche? —preguntó Caín con voz sugerente.

—Sí —confirmó Victoria melosa—. Te espero en la misma habitación del hotel, a la hora de siempre. ¡Que sepas que he comprado un nuevo jueguecito!

—Entonces estoy deseando estrenarlo.

Alejandra se despidió de Lluís, como cada mañana, con un beso en los labios. Se metió en el baño y se duchó. Mientras se secaba, se miró en el espejo los restos amoratados que aún persistían levemente en su cuerpo. Diez días habían transcurrido desde aquella noche en la que casi pierde la vida en manos de aquel indeseable. Todavía la despertaba, sin poder respirar y en mitad de la noche, alguna pesadilla en la que soñaba que se ahogaba. Desde el accidente de sus padres cuando apenas tenía cuatro años, su vida había estado plagada de tormentosas pesadillas que infestaban sus sueños, hasta los últimos días. No podía dejar de preguntarse cuándo llegaría el momento en el que pudiera dormir plácidamente como los angelitos. «¡Quizá nunca!», se respondía a sí misma. A ese paso, temía que solo pudiera hacerlo en su propia tumba. Su vida era muy complicada.

Se vistió con ropa cómoda. No pensaba salir de casa. Sacó una carpeta con apuntes y abrió su ordenador portátil. Estaba a punto de comenzar cuando le sonó el móvil. Al cogerlo, vio que la llamada era de Miguel.

—Buenos días, ¿ocurre algo? —preguntó sobresaltada por la hora tan temprana.

—No, Alejandra, quiero decir, nada urgente.

—Me había asustado —contestó, y volvió a respirar con normalidad—. Justamente ahora iba a empezar a repasar la información que me pasaste.

—Estupendo. Nos vemos después de cenar, entonces. A propósito, me ha llamado Humberto y me ha informado de que la noche que nos reunimos en la Casa Vestuario, alguien forzó la puerta y rompió la cerradura del zaguán contiguo.

Alejandra se quedó pensativa.

—Sospechas lo mismo que yo, ¿verdad? —añadió cabreada.

—Sí, tiene todo el sello de Fonfría —afirmó Miguel.

—Lo cual indica que nos siguieron. Da igual si a uno o a todos, los llevamos al mismo sitio.

—Humberto propone deshabilitar esa entrada, para proteger la sala de los manuscritos. Acceder únicamente por el vestíbulo de la Casa Vestuario y asegurarnos de cerrar bien la puerta principal.

—Me parece una buena idea —apoyó ella—. Podríamos incluso suspender la reunión de esta noche y hacerla en otro sitio. En mi casa, por ejemplo.

—También me parece lo más sensato. Cuanto más nos alejemos de los manuscritos, mejor.

—¡Avisaré a los demás! Esta noche, a la misma hora en mi casa.

—De acuerdo, iré con Rosa.

CAPÍTULO 68

Lluís recogió la mesa de la cena mientras Alejandra ordenaba la cocina, en espera de que llegara el resto del grupo. Esa noche habían quedado más temprano, ya que Andreu trabajaba de mañana y la idea era que no se les hiciera tan tarde como la última vez. Aunque eso nunca se sabía, todo dependía de lo sencillo o complicado que resultara desmenuzar la información y llegar a alguna conclusión fiable.

En el instante en que sonó el timbre, Alejandra acomodaba los cojines del sofá.

—Yo abro —se ofreció Lluís, quien recibió a Sara y Jesús acompañados por Tía Rosa y Miguel.

Todavía estaban saludándose cuando se oyó el timbre por segunda vez. Esta vez fue Alejandra quien se dirigió a la puerta para recibir a Andreu y Rebeca.

—Ya nos ha contado Alejandra que han forzado la cerradura del portal contiguo a la Casa Vestuario —le comentó Andreu a Miguel apenas entró en el salón.

—Sí, todas las medidas que tomemos son pocas con esa gentuza.

Tía Rosa abrazó a su sobrina Alejandra y la miró de arriba abajo.

—Ya casi no se te notan los moratones —comentó aliviada con la mano en su barbilla—. ¡Menos mal! ¡Qué susto, hija, qué susto! —murmuró.

—Sí, tía. Ya estoy bien, y preparada para la lucha de cada día —contestó animosa—. Así que, si queréis, poneros cómodos —propuso subiendo el tono de voz.

Todos se sentaron alrededor de la mesa y Alejandra desplegó las láminas de las pinturas murales que le había facilitado Miguel.

—Como detallamos en la última reunión —comenzó—, parece que ya tenemos la clave de la cifra 2510, correspondiente al brazo militar. He preparado los otros dos murales restantes con la información que me ha proporcionado Miguel y con lo que he podido

recopilar por mi cuenta. Pero debo advertiros que no es mucho. Siento no tener más para ofrecer, pero estamos estancados —dijo muy seria—. Por ello, tendremos mucha suerte si esta noche conseguimos avanzar y dejarlo resuelto.

—¿Nos recuerdas las otras dos cifras? —solicitó Andreu.

—Claro —asintió Alejandra, agradecida de su implicación—. Nos falta descifrar el 1817 y el 1462. Según la teoría de Miguel, la próxima pintura corresponde al brazo real, y la siguiente, al brazo eclesiástico.

—¡Cuéntanos lo que sabes! —añadió Sara.

Alejandra cogió la hoja con el dibujo correspondiente y tomó el timón de la explicación:

—Aquí vemos otra obra de Juan Sariñena que representa a los cuatro jurados de la ciudad y simboliza el brazo real o popular. Los vemos sentados, al igual que en las otras pinturas, en elegantes sillones tapizados en negro con clavos y pomos dorados. Visten esas llamativas gramallas de brocado y grana, que eran la insignia del cargo municipal que ocupaban. A los pies de cada figura se puede leer la función que ejercían: administrador, contador, clavario y diputado. En el fondo se repiten los cortinajes de brocado carmesí y oro que ya conocemos, y en la parte superior, se sitúa el ángel custodio que sostiene el escudo, la bandera y aparece rodeado por seis ángeles. Esta obra no lleva la firma de Sariñena, pero está certificada por un acta oficial con la firma del notario de la Diputación de la época. Es otra de las pinturas que ha sufrido los estragos de la humedad del salón. Sin embargo, en este caso los cuatro rostros han resistido el paso del tiempo, mientras que las vestiduras y las manos han sido retocadas más tarde, sin seguir el estilo original de Sariñena.

Alejandra levantó la cabeza para indicar que había concluido.

—¿No tienes más datos? —preguntó Rosa.

—No, no los hay… —negó Miguel con la cabeza.

—No nos desanimemos que acabamos de empezar —propuso Lluís—. Ya habrá tiempo para ello más adelante.

—Tienes razón, cuñado. Centrémonos en la pintura porque la respuesta debería estar ahí —pronunció Sara al acercarse al dibujo.

—Si la pista que tenemos es el número 1462 —Andreu tomó la iniciativa—, analicemos lo que vemos. Hay cuatro jurados, lo que podría referirse a la segunda cifra.

—Lo damos por bueno —apoyó Alejandra—. Aunque yo no veo

el seis por ningún lado, a menos que se refiera a los clavos dorados de alguna de las sillas.

—Tampoco me extrañaría —soltó Jesús, con tono cínico—, después de ver lo de la barandilla del brazo militar, me lo creo todo.

—Esperad…, mirad el escudo del ángel custodio, está rodeado por seis ángeles —apuntó Alejandra.

—Lo veo más factible que los clavos de la silla —indicó Lluís.

—¿Y el uno? —preguntó Rosa, más mareada que un ajoaceite.

—Joder, si estuviera aquí mi padre —mencionó Sara con pinceladas de nostalgia—, con el as que era para los acertijos, lo hubiera visto claro nada más empezar.

—Estoy seguro de ello —afirmó Miguel con una suave sonrisa.

—El uno podría referirse a uno de los cuatro jurados —propuso Alejandra por decir algo.

—Sí, podría ser… —apoyó Rebeca—, pero ¿a cuál de los cuatro?

—Si leemos las funciones que aparecen debajo de cada uno de ellos: administrador, contador, clavario y diputado —mencionó Alejandra—, ¿con cuál os quedáis?

Casi todos se decantaron por el diputado, sin demasiada convicción.

—Por lógica, yo también diría lo mismo —aclaró Alejandra—. Los diputados tienen una especial relevancia en esta sala.

—Entonces, resumiendo —pronunció Miguel—, tenemos el uno que posiblemente represente al diputado, el cuatro que indica que en la pintura hay cuatro jurados, el seis, hemos dicho, que corresponde a los ángeles que rodean el escudo. Solo nos falta el dos.

—Podría ser —comenzó Sara— desde los ojos del diputado, o sus manos, hasta las dos cabezas de caballos que están entre los ángeles.

—También podría referirse al dos que está en la franja de arriba, que corresponde a la fecha en que se realizó la obra —aportó Andreu.

—O al escudo y la bandera que sostiene el ángel custodio —añadió Rosa.

—Supongamos que es lo último que ha propuesto Rosa y que lo unimos a todo lo demás —planteó Miguel—: ¿Qué debemos hacer con todo ello? No parece llevarnos a un punto en concreto como en el cuadro anterior.

—Tienes razón —dijo Lluís al notar que se habían liado de mala manera—. El brazo militar nos resultó más sencillo.

—¡Sí, una vez que tuvimos las claves claras! —le corrigió Alejandra—. Pero hasta entonces no veíamos nada, ¡igual que ahora!

—Quizá deberíamos tomarnos un pequeño descanso para que se nos aclaren las ideas —propuso Lluís y se levantó de la silla—. ¿Alguien quiere beber algo?

Diez minutos después, reanudaron lo que habían dejado a medias.

—¿Y si se centra realmente solo en el escudo? —reflexionó Alejandra con convicción.

—¿Por qué piensas eso? —le preguntó Miguel, intrigado al igual que los demás.

—El uno se refiere al ángel custodio —comenzó a enumerar Alejandra—, el cuatro indica la pintura de los cuatro jurados, el seis hace referencia a los ángeles y el dos al escudo y la bandera.

—Entonces, ¿tu conclusión final es que la clave está en el escudo y la bandera? —preguntó Andreu.

—Podría ser así —dijo Sara llena de incertidumbre—. Está claro que podemos armar todo tipo de variantes sin saber cuál es la correcta. Tenemos mucha información teórica que de nada nos sirve si no tenemos las pinturas delante.

—Todo a su debido tiempo —soltó Andreu.

—Pues la damos por buena también —apuntó Miguel, frente a tal dilema—. Ahora nos falta el brazo eclesiástico.

El tiempo estaba transcurriendo mucho más rápido de lo que ellos deseaban. El reloj de la cocina de Alejandra acababa de marcar las doce cuando ella entró a por una jarra de agua. Después, sirvió a Tía Rosa y a Jesús y la dejó sobre la mesa, rodeada de dibujos murales.

—Veamos a qué conclusión llegamos con la cifra 1817 y el brazo eclesiástico —apuntó Sara al mismo tiempo que se acercaba a la lámina y le echaba un vistazo.

—¡Ojalá y sea rápido! —exclamó Rebeca contrariada—. ¡Todos estamos cansados y la mayoría tenemos que madrugar!

—¡Lo sabemos! ¡No es necesario que nos lo recuerdes! —le reprochó Alejandra, irritada.

—Yo solo he hecho un comentario —se defendió Rebeca con una

ceja levantada.

—¡Ya, vale! —intervino Andreu al notar que la cosa se ponía tensa—. Es cierto que todos estamos cansados y queremos resolver este asunto lo antes posible, pero para eso estamos aquí.

—¡Que reine la paz! —exclamó Miguel con tono sosegado y en espera de que algo de esa paz contagiara a las dos mujeres—. ¿Qué información tenemos aquí?

Alejandra tomó sus apuntes.

—Según la teoría de Miguel, a esta obra de Vicente Requena —dijo mostrándola— le corresponde el número 1817. Aquí podemos ver la manera en que el artista ha retratado con suma maestría a los personajes que representaban a la Iglesia. Diecinueve figuras dispuestas en dos filas paralelas, y sentadas en sillones tapizados en negro con clavos y pomos dorados, al igual que en el resto de las pinturas. En la línea superior, empezando por la derecha, se encuentra el patriarca y arzobispo de Valencia, don Juan de Ribera; le siguen el maestre de Montesa, los obispos de Segorbe y Tortosa, entre otros. No los voy a nombrar a todos, pero tengo la lista completa a vuestra disposición. El artista los pintó con sus respectivos hábitos e insignias correspondientes a sus altas dignidades, lo que convierte este cuadro en uno de los más vistosos de la sala. Como es habitual, en la parte superior aparece un escudo con la representación de la Virgen María y el niño en brazos.

—Si el número que debemos desmenuzar es el 1817 y tenemos diecinueve figuras —interrumpió Sara bloqueada—, sinceramente, no sé por dónde empezar.

—Quizá esta aclaración despeje tus dudas —prosiguió su hermana—. Efectivamente, ahora vemos diecinueve figuras, pero no siempre fue así. Antes del año 1585, este brazo contaba con catorce representantes, entre los que se incluía, en primer lugar, al arzobispo de Valencia, don Juan de Ribera, por supuesto. En 1585 se añadieron cuatro personajes más, y así es como los pintó Vicente Requena. De hecho, estoy casi segura de que las dos primeras cifras de nuestro rompecabezas, el número dieciocho, se refiere a todas estas figuras.

—¿Y cómo es que ahora hay una más? —preguntó Andreu.

—Porque en 1653 incluyeron al comendador de Alcántara, pero ya no había hueco en el cuadro, así que el pintor, que ya no era Vicente Requena, lo acopló en la esquina izquierda, fuera de la

simetría general.

—Pues no le quedó tan mal —añadió Lluís con una risita—. Si tú no lo dices, te puedo asegurar que nadie se da cuenta.

—Resuelta la duda —apuntó Andreu—, confirmamos que el número dieciocho corresponde a los figurantes del cuadro. Nos quedan el uno y el siete.

—¡No me puedo creer que ya tengamos la mitad del acertijo! —exclamó Rosa alegre.

—Tía, no cantes victoria que todavía no hemos terminado —soltó Sara con la mirada puesta en ella.

Hubo unos minutos de silencio. Nadie sabía muy bien por dónde tirar ni qué preguntar.

—¿Alguna sugerencia? —preguntó Miguel con esperanza.

—El uno podría ser desde la primera figura que vemos —elaboró Andreu— bien a la derecha o la izquierda, vete a saber...

—O el propio arzobispo de Valencia —señaló Alejandra con el dedo sobre su cara—. ¿Quién mejor que él para representar el número uno en el brazo eclesiástico?

Todos asintieron, algo convencidos.

—¡Me gusta esa teoría! —articuló Miguel.

—¡Venga, que casi lo tenemos! —agregó Rosa nerviosa.

—Nos queda el número siete —les recordó Jesús tras un bostezo.

—Cada detalle importa, por mínimo que sea —hizo hincapié Miguel.

—Alejandra, has dicho que tenías el listado de todos los nombres, ¿verdad? —preguntó su hermana.

—Sí, ¿lo quieres?

—No, solo dime quién es este personaje. —Señaló al séptimo individuo de la primera fila, empezando por la derecha.

—Déjame ver... —susurró Alejandra mientras leía—. Es el canónigo de Segorbe.

—¿Y si empiezo a contar desde la izquierda? —preguntó, sin saber muy bien si lo que hacía tenía sentido.

—Espera... —murmuró su hermana, absorta en sus anotaciones —. ¡Ese es el comendador de Santiago!

—¿A alguien le dice algo estos nombres? —inquirió Sara al notar la incertidumbre general.

—¿Por qué no haces lo mismo con la fila de arriba? —le sugirió

Jesús.

Sara asintió. Contó y puso el dedo en la figura número siete, empezando por la derecha. Luego miró a Alejandra.

—¡Es el abad mitrado de Valldigna! —pronunció instantes después—. No..., perdona, que ese es el de al lado —rectificó—. ¡Es el abad mitrado de Poblet!

Sara volvió a mirar al grupo y nadie reaccionó, salvo Miguel que frunció el entrecejo como si recordara algo. Acto seguido, el hombre cogió las notas de Alejandra y rebuscó entre ellas, ante la atenta y esperanzada mirada de todos.

Miguel los miró chispeante, luego tomó el dibujo de la Generalitat de Juan Sariñena y lo sostuvo en alto.

—Vamos a centrarnos, porque aquí puede estar la clave —dijo con énfasis—. En este cuadro aparecen los seis diputados, dos de cada brazo. Como representante eclesiástico figura el abad mitrado de Poblet, que coincide con el lugar del número siete del mural que acabáis de señalar —terminó de decir, y miró a Alejandra.

—¿Crees que puede referirse a él? —preguntó Andreu.

—No estoy seguro —contestó Miguel—, pero a algo nos tenemos que aferrar.

—¡Pues no se hable más! —añadió Sara con determinación—. ¡Lo damos por bueno! Entonces, para resumir, el número dieciocho refiere a la pintura en concreto; el uno, probablemente, al arzobispo de Valencia, don Juan de Ribera; y el siete, al abad de Poblet. Podríamos especular con otras alternativas y debatir toda la noche o incluso toda la semana sin saber si hemos acertado o no. Todos sabemos que la única solución es estar en esa sala, frente a las pinturas, y comprobar cuán acertados estamos.

—Estoy completamente de acuerdo contigo, Sara —la apoyó Alejandra—. Lo que nos lleva a la arriesgada pero inevitable conclusión que todos sabemos: habrá que ingeniar una forma de entrar allí. Y, para dejarlo claro, no me refiero precisamente a una visita guiada.

CAPÍTULO 69

A las dos de la madrugada, el barrio del Carmen estaba silencioso y tranquilo. Solo las sombras fantasmales de la ciudad se extendían por las aceras en tonos mortecinos. En ese paisaje se movían Sara y Alejandra Ferrer, Miguel, Lluís y Andreu. Con paso ligero, apenas sintiendo el peso de sus mochilas, transitaban por la calle Caballeros vestidos con ropa oscura y calzado cómodo. Al pasar por la plaza del Conde de Buñol, un indigente tumbado en uno de los bancos de granito y tapado con cartones levantó la cabeza al ver pasar al grupo. Andreu se llevó el dedo índice a los labios y le hizo el gesto de silencio. El mendigo volvió a su postura original y se acurrucó en posición fetal, indiferente a sus intenciones.

Unos metros antes de llegar al Palacio de la Generalitat, admiraron la torre nueva de la impresionante fachada. A pesar de haber sido construida casi cinco siglos después del torreón que daba a la plaza de la Virgen, resultaba difícil notar sus diferencias. Se acercaron a la puerta lateral de la calle Caballeros, una estructura metálica combinada con cristal. Si todo marchaba como habían planeado, Jesús debería haber inutilizado las cámaras de las calles contiguas para evitar que los delatasen. Lluís inspeccionó la cerradura, luego hizo un gesto con el pulgar hacia arriba, lo que reconfortó al resto del grupo. Conectó el inhibidor de alarmas, esperó unos instantes y destapó su miniestuche de ganzúas. Abrió y cerró las manos varias veces para ejercitarlas y se concentró en la cerradura. Necesitó varios intentos, pero finalmente consiguió forzarla.

—He perdido agilidad —se quejó él con una pizca de rabia, y abrió la puerta.

—Lo importante es que ya está —le susurró Alejandra por detrás de la oreja.

Al entrar en el patio gótico, la oscuridad era total, salvo por el reflejo amarillento de la luz de las farolas que iluminaba la calle y se colaba a través de las cristaleras. Cada uno sacó la linterna de su

mochila y enfocó a uno y otro lado. Había varias puertas, tanto a la derecha como a la izquierda; unas que conducían al sótano y otras al entresuelo, pero ninguna de esas salas era de su interés. Andreu fue el último en entrar y cerró la puerta, no sin antes echar un vistazo rápido por si alguien los había seguido. Subieron por la escalera de piedra hasta la planta principal. Ante la puerta del Salón de Reyes, Lluís se adelantó y volvió a forzar la cerradura. Esta vez fue algo más rápido. Se adentraron en el salón con los cuadros de los monarcas que habían reinado en España y lo atravesaron despacio. Andreu enfocó sus regios rostros y le acosó la sensación de que los juzgaban por lo que estaban haciendo. Finalmente, se detuvieron ante el imponente pórtico de mármol en negro y jaspe, con los tres escudos de bronce en forma de óvalo, que daba paso a la máxima representación política: el Salón de Cortes. En este caso, Lluís se entretuvo más de la cuenta.

—¿Te queda mucho? —le presionó Miguel en tono bajo.

—No lo sé… ¡Espero que no! —susurró Lluís agobiado porque la prisa aumentaba su torpeza.

Por fin, la cerradura cedió ante los empellones de Lluís, y todos respiraron aliviados. La oscuridad de la sala se vio ultrajada por los cilíndricos focos de luz que los cinco movían erráticamente sobre los rostros de las figuras de los cuadros, lo que les daba un aspecto tan siniestro que erizó el vello de alguno. Una emoción especial embargó a la mayoría al encontrarse en ese majestuoso salón, cuya historia habían indagado y ya conocían sus entresijos; una emoción que, sin quererlo, los había remontado a otra época.

La sala se encontraba completamente vacía, excepto por algunos carteles informativos colocados en atriles y dispersos por todo el lugar. Si querían resolver sus dudas, necesitaban más luz, pero era evidente que encender las lámparas no era una opción. Así que se repartieron por ese santuario de las leyes y cada uno examinó una pintura diferente.

—¡Es inmensa! —exclamó Lluís, que enfocaba con su linterna a los representantes del brazo eclesiástico y sus vestimentas—. No me la imaginaba tan grande.

—Nada tienen que ver las fotografías con la realidad, ¿verdad? —apuntó Alejandra.

—Desde luego que no —asintió Lluís a la vez que miraba una obra tras otra y le daba un vistazo general a la sala.

—¡Madre mía! El techo es un nido de filigranas, esquinas y adornos —exclamó Andreu con la linterna hacia el artesonado y embelesado por el trabajo tan fino—. No te cansas de mirarlo. ¡Y qué decir de la tribuna! Esos arcos de medio punto son una pasada.

—¡Centrémonos! —apremió Miguel, que tomó las riendas de la situación y los reunió frente al mural del brazo militar que estaba alumbrando.

Los demás le imitaron y sumaron la luz de sus linternas para verlo con la mayor claridad posible.

—Ha llegado el momento de comprobar si todas nuestras conjeturas y averiguaciones son ciertas.

Esa frase de Miguel fue el detonante para que los nervios entraran en escena.

—El corazón me va a mil por hora —confesó Alejandra, que notó una especie de temblorcillo que la recorría de pies a cabeza.

—No me extraña, yo tengo la boca seca —se unió su hermana.

—¡Creía que había menos altura! —apuntó Lluís mientras intentaba calcular los metros que había hasta el techo.

—Ya sabíamos que los murales miden de alto casi tres metros y medio —le recordó Sara en voz baja.

—Sí, pero antes está el zócalo de azulejos que a mí me llega por el cuello y eso que soy alto —dijo Lluís apoyado en la pared—. Ya veremos cómo nos las ingeniamos, porque también hay que sumarle otros tres o cuatro metros de la tribuna.

—¡Yo también lo veo jodido! —agregó Andreu, que alumbraba hacia arriba con el foco de su linterna—. Con las cuerdas que hemos traído no hay problema, aguantan seguro. Lo que me da más miedo son los pilares de madera que sostienen la arquería y descansan en la balaustrada, los veo muy finos.

—¡Y viejos! —añadió Lluís, intranquilo—. ¡Que tienen más de cuatrocientos años!

—¡Quizá nos hemos precipitado! —sopló Alejandra, agobiada y preocupada por que las cosas no salieran según el plan—. ¡Yo no recordaba la sala tan alta!

—No nos pongamos nerviosos antes de tiempo, por favor —farfulló Miguel, acosado por miles de dudas.

—Yo no quiero ser agorero —intervino Andreu—, pero el tiempo está corriendo, y demasiado deprisa para mi gusto.

—¡Lo intentamos! —concluyó Sara con autoridad—. Si vemos que no puede ser, nos vamos por donde hemos venido y ya está. Pero no tiremos la toalla antes de tiempo.

—Tienes razón —afirmó Alejandra, y enfocó el cuadro que tenían delante—. Según lo que hemos deducido sobre este panel militar, la clave debería encontrarse en la bola que adorna la barandilla del balcón, la cual se encuentra en el margen derecho de la pintura, allí donde señalan tanto la mujer de la ventana, como los cinco caballeros de la segunda fila —dijo, e iluminó en el lugar exacto.

Todos asintieron.

—Para ser la primera prueba —comenzó a decir Lluís—, yo creo que es la más fácil. Digo fácil porque, si me subo a una de las sillas que hay en la sala de al lado, es muy probable que llegue a tocarla.

Apenas terminó de decir la frase, cuando Andreu ya se había movilizado para traérsela.

—Te aviso que también se ve muy vieja —murmuró mientras la apoyaba a su lado.

—Con que aguante mi peso me conformo —exclamó Lluís. La acercó a la altura del adorno de la barandilla y se subió en ella.

Sara y Alejandra enfocaron la luz para guiarle el camino, hasta que se acercó y rozó la bola con la yema de los dedos.

—Llego justo —murmuró de puntillas.

—¿Notas algo raro? —le preguntó Alejandra.

—Pues no... —negó Lluís, y recorrió con los dedos la figura.

Miguel miró al suelo con temor de que se hubiesen equivocado.

—Ay, Lluís, ¡tiene que haber algo! ¡Busca! —le instigó Alejandra histérica.

—¿Quieres subir tú? —le propuso su marido.

—¡De buena gana lo haría, pero sabes que no llego! —replicó.

—Tranquilicémonos... —interrumpió Miguel—. Es normal que a la vista no haya nada. Teóricamente tendría que estar debajo de la capa de pintura.

Andreu se llevó las manos a la cabeza.

—De esta nos llevan esposados y derechitos a la cárcel por atentar contra el patrimonio histórico —exclamó, y rebuscó en su mochila—. Toma, Lluís, dale con el punzón. ¡De perdidos al río!

—¡No seas pesimista, Andreu! —le increpó Sara, preocupada de que pudiera estar en lo cierto.

—Lluís, cariño, ¡procura ser fino! —le susurró suavemente Alejandra con la esperanza de que no hiciera un destrozo.

—¡No te jode! —exclamó Lluís. Acababan de empezar y ya estaba harto—. ¡Ahora resulta que encima no se tiene que notar!

Lluís apoyó su cuerpo contra la pintura, sujetó la linterna con la mano izquierda y enfocó el círculo marrón; después, con la otra mano, apuntó con el punzón en pleno centro y le atizó.

Un ruido metálico, como de engranaje, se oyó por detrás de la pintura. Lluís se sobresaltó y perdió el equilibrio. Andreu, avispado, lo agarró antes de que cayera al suelo.

—Gracias, tío. No sé qué haría sin ti —le dijo Lluís a su amigo.

—¡Lluís, creo que lo has conseguido! —Su mujer le premió con un beso.

Un instante después, el sonido metálico se detuvo y la sala volvió a quedar sumida en un absoluto silencio.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Sara indecisa—. ¿Pasamos a otra pintura o qué?

—Yo creo que sí —opinó Miguel.

—¡Esperad un momento! —dijo Alejandra pensativa—. Igual estoy equivocada, pero tengo una corazonada o intuición, llamadlo como queráis y, además, no cuesta nada probarla...

—¡Dila de una vez! —exigió su marido—. Reconozco que tu intuición suele ser atinada.

—Lluís, ¿puedes intentar lo mismo en la nota con las iniciales del pintor Francisco Posso, que lleva el tercer caballero de la segunda fila?

—Sí —asintió él, y buscó con la linterna el lugar—. Está a la misma altura. Solo tengo que cambiar la silla de sitio.

Instantes después, Lluís se encaramó de nuevo, dispuesto a repetir el golpe, cuando oyó que Alejandra volvía a recalcarle la misma frase de antes.

—Cariño, ¡recuerda ser igual de fino! —le dijo con dulzura.

Lluís hizo oídos sordos. Se centró en la nota que era su objetivo y la aporreó con un golpe certero. Tanto, que se desprendió un pequeño pedazo del mural y cayó a los pies de Alejandra que, al alumbrarlo, se llevó las manos a la boca. Justo cuando estaba a punto de reñirle, Lluís propinó otro golpe. Enseguida, el mismo sonido metálico resonó desde la pared, con más intensidad que el anterior, y les pareció que se desviaba hacia el techo. Lluís bajó de la silla y todos miraron hacia

arriba, sin saber dónde enfocar.

—Estoy seguro de que se ha movido algo en los paneles del artesonado —dijo Miguel mientras buscaba con la linterna—. Quizá se haya abierto la cavidad que buscamos.

—Si es así, jamás la veremos a esta distancia y con estas luces —bramó Lluís—. Miguel, ¿por dónde se sube a la tribuna?

—Por una escalera de caracol que se encuentra en una esquina de la Sala de los Reyes —contestó con confianza—. Nada más salir de aquí, a la derecha, os tropezaréis con ella.

—Nosotras también subiremos —añadió Alejandra—. En estas circunstancias, toda ayuda es poca.

Los cuatro salieron de la sala y ascendieron por la estrecha escalera hasta colarse en la galería de madera.

—Será mejor que nos separemos para repartir el peso —propuso Lluís precavido—. No me fio de su seguridad.

—¡Es impresionante estar aquí arriba! —exclamó Andreu a la vez que iluminaba los miles y miles de detalles que adornaban la tribuna.

—Andreu, no es por meter prisa, pero si no nos ocupamos todos de buscar si hay alguna abertura en esos cajetones, no terminaremos nunca —le aconsejó Lluís.

Desde abajo, Miguel observaba el juego de luces que se movían sin parar por los cuatro costados. Solo esperaba que no se demorasen demasiado.

—¡Esto es como buscar una aguja en un pajar! —se quejó Lluís, al notar que necesitarían más de una noche para encontrar lo que buscaban.

—Tienes razón —afirmó Alejandra, desilusionada, mientras hurgaba entre los relieves del artesonado.

—Teóricamente esa abertura debería estar pegada a los bordes, quiero decir a la barandilla —mencionó Miguel, sin parar de mirar hacia arriba—. Si era una cavidad para guardar cosas importantes, no tiene lógica que la colocaran en medio del techo, cuyo acceso es inviable por la altura.

—Tu suposición es coherente —apuntó Lluís sin dejar de buscar —. Espero que tengas razón.

—¡Creo que he encontrado algo! —chistó Sara, y alumbró hacia un punto en concreto.

Miguel guio su linterna hacia donde se encontraba Sara. Estaba

justo encima del mural de la justicia de Francisco Posso, el más pequeño de toda la sala, que se encontraba entre los dos balcones que daban a la calle Caballeros.

Andreu fue el primero en llegar a su lado, seguido por Alejandra y luego Lluís. Al llegar este último, oyeron el crujido de la madera debajo de sus pies de una forma que no les gustó nada.

—¡Somos muchos! —gritó Sara con temor de que aquello se desmoronara—. No os acerquéis todos a la vez, por favor.

Lluís retrocedió lentamente y también lo hizo Alejandra, hasta alejarse unos metros.

Sara iluminó el lugar donde le había parecido ver algo de interés, junto con el foco de Andreu.

—Creo que tienes razón —confirmó él ufano.

—¿Dónde exactamente? —se interesó Lluís, que no terminaba de atinar con su luz.

—De los tres casetones cuadrados que tiene de ancho el techo, es el del centro —explicó Andreu—. El rombo interior se ha descolgado y abierto.

—¿Llegáis bien? —inquirió Alejandra, que desde donde estaba no veía nada.

—Está algo difícil —contestó Sara—, no sé cómo haremos para acercarnos.

—Miguel, tenías razón a medias —explicó Andreu—, sí que está en el borde, pero para llegar hasta él nos vamos a tener que subir a la barandilla.

—Lo haré yo que soy más menuda y peso menos —se ofreció Sara.

—Espera, voy a sacar la cuerda y te la ato a la cintura —le propuso Andreu, y se puso a rebuscar en la mochila.

—No hace falta, solo quiero acercarme un poco más y ver si contiene algo o no.

—¿Estás segura? —le preguntó Andreu no muy convencido—. La verdad es que no se ve nada. ¡Necesitamos más luz!

Lluís y Alejandra, que se habían acercado un poco, se encargaron de esa tarea. Era lo único que podían hacer desde la distancia.

Sara se sujetó a una de las pilastras y se subió con agilidad. Luego se soltó, se puso de pie con la espalda pegada a la madera, y cometió la imprudencia de mirar hacia abajo. Solo se veía un abismo de

oscuridad salpicado por el foco de luz de Miguel que la dejó medio ciega. Intentó recomponerse y se centró en el rombo que tenía frente a ella, a aproximadamente medio metro de distancia, a pesar de que aún sus ojos veían luces de colores debido al destello. Extendió el brazo y alumbró hacia el interior del agujero. Por mucho que insistió en hurgar, aquello estaba vacío.

—No quiero desanimaros —dijo mientras hacía dibujos con la luz—, pero aquí no hay nada.

—¡Lo sabía! —exclamó Alejandra con rabia, presentía que estaba resultando todo demasiado fácil—. Pues baja de ahí cuanto antes, no vaya a ser que tengamos un disgusto.

Sara se agachó para retroceder, aferrándose al pilar tallado de madera, pero al girar el pie, lo apoyó en el aire y estuvo a punto de caer al vacío y estamparse contra el suelo si no fuera por Andreu, que la tenía agarrada con fuerza.

Su grito alarmó a los demás, que se cuestionaron si seguir adelante. Reunidos en la sala, se comprometieron a no salir de aquella sala sin cumplir sus objetivos.

CAPÍTULO 70

El tiempo estaba transcurriendo a una velocidad de vértigo, y seguían sin localizar la cavidad en el artesonado que escondía el panel desaparecido de Del Piombo. Estaba claro que aquello era imposible, al igual que parecía imposible que salieran de allí con los deberes cumplidos.

Los cinco se encontraban frente al mural del brazo real o popular que mostraba los cuatro jurados, e intentaban rememorar las claves que ya habían descifrado.

—La cifra para esta pintura es el 1462 —explicó Alejandra—, el cuatro se refiere a la pintura de los cuatro jurados en su totalidad. El resto de números habíamos llegado a la conclusión de que se centraban en el escudo real: el uno se refería al ángel custodio —lo enfocó con la linterna—, el seis a los ángeles que lo rodean, y el dos, al escudo y la bandera que lleva en sus manos.

—¡Pues a qué esperamos! —atajó a decir Lluís, consciente de que la tarea se complicaba—. Eso está a unos cinco o seis metros de altura.

—Para algo hemos traído las cuerdas —añadió Andreu—. Nos tendremos que descolgar desde la tribuna. ¡Solo pido que las pilastras aguanten!

—¡Yo lo haré! —pronunció Alejandra—. Soy mucho más ligera que vosotros y haber practicado escalada durante años me ayudará a lograrlo.

—Alejandra, todavía no estás bien —renegó su marido con desaprobación.

—Lluís, estoy perfectamente, de lo contrario me habría quedado en casa. ¡Confía en mí!

—¡Vaya mérito a quien se le ocurrió esta idea! —manifestó Sara con reparo—. Como para ir con prisas...

—Supongo —intervino Miguel— que para llegar hasta allí habría una escalera alta, como las que hay en las bibliotecas o algo similar.

—¡Pensando así me quedo más tranquila! —exclamó Sara,

aferrada a su teoría de que se habían lucido con el plan.

Lluís, Alejandra y Andreu volvieron a subir por la escalera de caracol hasta la galería de madera, y se colocaron sobre el mural de los cuatro jurados, según les indicaron la posición exacta Miguel y Sara. Andreu sacó la cuerda y la anudó a dos de las pilastras, para darle más firmeza.

Alejandra se colocó el arnés y se sujetó de la soga.

—¿Cuánto calculas que hay hasta llegar? —le preguntó a su marido.

—Unos tres o cuatro metros —le contestó.

—Si al menos hubiese más luz, me resultaría más sencillo —murmuró ella al asomarse hacia la negrura de aquel abismo.

—Por favor, ten mucho cuidado —le suplicó Lluís.

—¡Sabes que lo tendré!

—Te iremos bajando poco a poco, ¿de acuerdo? —le avisó Andreu, con temor de que le ocurriera algo.

Ella asintió. Decidida a darlo todo, trepó hasta el borde de la baranda, y con destreza se descolgó mientras se sujetaba de la cuerda, hasta estar completamente en el aire. Su cuerpo se balanceó con ímpetu, quizá demasiado para su gusto, lo que la llevó a chocar contra el borde de uno de los bajorrelieves con motivos bíblicos y mitológicos. Se golpeó un costado del cuerpo y del impacto se le cayó la linterna y se hizo añicos contra el suelo. Mentalmente confirmó que había perdido práctica y se arrepintió de haber abandonado la escalada durante un tiempo. No pudo evitar soltar una exclamación de dolor.

—¿Estás bien? —le preguntó Lluís asomado desde arriba, a poca distancia de ella.

—Sí, sí, estoy bien —contestó en cuanto pudo estabilizar su cuerpo.

—Toma otra linterna, vamos a ir soltando cuerda —le indicó Andreu y se la acercó.

Sin prisa, pero sin pausa, la fueron bajando hasta que atravesó las ménsulas que sujetaban la tribuna, adornadas con hojas de acanto y motivos humanos y vegetales.

—Vas muy bien, Alejandra, ya casi lo tienes —le indicó su hermana desde abajo—. Tus pies ya están en el borde del mural.

Alejandra notó un par de tirones más que la situaron en el punto

que necesitaba. Sin embargo, la tribuna sobresalía al menos un metro de ancho, como si fuera un balcón, desde las paredes de la sala. Esto la separaba de la pared, dejándola justo enfrente del escudo, pero incapaz de alcanzarlo.

—Tengo un problemilla que no habíamos contemplado —avisó—, y es que no llego. Por mucho que me balanceé no voy a poder tocarlo.

—Yo sí que lo he tenido en cuenta… —dijo Lluís con otra cuerda en la mano, y le explicó los pasos que seguir.

Lluís ató la soga a otro pilar y la dejó caer paralela a Alejandra hasta que tocó el suelo. Después le indicó que se la amarrara a la cintura. Acto seguido, Sara y Miguel, con la cuerda en mano, intentaron acercarla lo máximo posible a la pared.

Alejandra sintió una incómoda presión en todo su cuerpo. Tenía que darse prisa. A pocos centímetros del mural, con sus pies rozando los sombreros de los dos jurados centrales, enfocó con la linterna el escudo junto con los ángeles que lo rodeaban, y sacó el punzón del bolsillo.

—¿Le doy a la bandera y al escudo que lleva el ángel custodio? —preguntó dubitativa antes de apuntar.

—Así hemos quedado —contestó Sara.

—Es que son como mi mano de grandes —volvió a decir Alejandra con indecisión—. ¿Dónde les doy?

Unos metros más arriba, Andreu y Lluís asomados, con más de medio cuerpo fuera, observaban con dificultad los movimientos de Alejandra. Un crujido extraño los hizo mirarse entre ellos.

—¿Qué coño ha sido eso? —se preguntaron casi al mismo tiempo.

Andreu giró el foco de luz hacia su dirección y buscó y rebuscó el origen del ruido que los había preocupado, hasta que se detuvo al oírlo por segunda vez.

—¿Lo has vuelto a oír? —le preguntó a Lluís.

—¡Sí, y no me gusta!

Un tercer sonido los alarmó aún más. Fue Andreu el primero en verlo:

—¡El pilar se está agrietando! —gritó.

—¡Joder!

Mientras tanto, Alejandra, que estudiaba la mejor manera de punzar el mural sin causar demasiados desperfectos, oyó que su

marido le gritaba.

—¡Alejandra, date prisa, por Dios!

—Lluís, ¡aquí te quisiera ver a ti! —protestó enfadada, aún con dudas de dónde pinchar.

—¡Alejandra, escúchame bien! —le dijo Lluís en tono severo—. Uno de los pilares se está agrietando, ¡o lo haces ya o te subimos rápidamente!

—¡No fastidies! —articuló ella con los nervios a flor de piel.

—¡Hazlo ya! —gritó su hermana desde abajo, que sujetaba la cuerda con Miguel.

Alejandra apuntó hacia la corona del escudo y clavó el punzón de metal. Antes de que pudiera decir nada, el sonido metálico que ya conocían resonó por toda la sala, incluso con mayor intensidad que antes, hasta que se detuvo.

—Lluís, mira... —le señaló Andreu tras un cuarto crujido.

—El otro pilar también... —murmuró Lluís asustado—. Tenemos que cortar la cuerda o todo esto se nos vendrá encima. Alejandra, lo estás haciendo muy bien —le dijo con suavidad su marido. Pensó que sería peor si le contaba la gravedad de la situación y la ponía nerviosa —. ¡Ahora dale rápidamente a la bandera!

—¿Rápidamente? —murmuró ella al notar un tirón en la cuerda.

—Sí, lo más rápido que puedas —le explicó suavemente—, y te agarras con fuerza a la otra cuerda, porque no te vamos a subir, vas a bajar hasta el suelo. ¿De acuerdo?

—La cosa está fea, ¿verdad? —preguntó. Por el tono excesivamente suave de su marido, intuyó que así era. Reconocía perfectamente esa dulzura forzada al hablarle, que solo podía significar dos cosas: o Lluís había hecho algo que no le gustaría, o había peligro inminente.

—Sí, pero no te preocupes... Todo va a salir bien. ¡Ya lo verás! Ahora, ¡dale con fuerza!

—¿Y si no acierto?

—¡Acertarás! ¡Dale! —gritó abrumado por el riesgo que ella corría.

Alejandra siguió las instrucciones al pie de la letra, se agarró fuertemente a la otra cuerda y clavó el punzón en el centro de la bandera. De repente, sintió que su cuerpo se balanceaba y se vio descender rápidamente hasta que, a solo un metro del suelo, cayó de

lado.

Sara se arrodilló para ver cómo estaba y la ayudó a incorporarse, cuando un estruendo más intenso que los anteriores los envolvió y les dio a entender que habían acertado de pleno.

Todos miraron al techo con la esperanza de que algo hubiese cambiado, pero a pesar de sus esfuerzos, sus ilusiones se vieron frustradas al comprobar que nada de nada había ocurrido.

CAPÍTULO 71

Las campanas del Miguelete sonaron y anunciaron que eran las cinco de la mañana. Habían estado oyendo todas las horas sin prestarles demasiada atención, pero esa ya les preocupó. La ciudad estaba a punto de despertarse; de hecho, ya habían oído algún que otro ruido de motor en la calle. El temor a que los encontraran con las manos en la masa se había instalado en todos ellos, aunque ninguno lo mencionara por temor a empeorar la situación. Sin embargo, el cansancio ya se reflejaba en sus rostros y en sus cuerpos, y ya comenzaba a pasar factura.

Tras el desengaño causado por el último ruido metálico y mientras se convencían de que sus esfuerzos habían sido en vano, Andreu se percató de su error. Había observado que, justo al lado del casetón que habían encontrado vacío, en la hilera del medio, otro se había deslizado de la misma manera. Si sus cálculos no fallaban, ese tenía que ser el que contenía lo que estaban buscando. Solo que la cosa se complicaba.

—Sinceramente, no sé cómo puñetas vamos a llegar —protestó Sara—. Si a mí me ha costado llegar al primer rombo, el más próximo a la tribuna, ¿cómo vamos a llegar al segundo que está en el centro de la sala? ¡Es inviable! Ni siendo trapecistas podríamos hacerlo.

—Esto se está convirtiendo en una auténtica pesadilla —murmuró Alejandra, arrepentida de haber propiciado la aventura.

—Os recuerdo que aún nos queda resolver el brazo eclesiástico —apuntó Miguel—, y quizá tenga la respuesta a nuestras preguntas. —No tenía mucha fe en sus palabras, pero sabía que no se podían estancar.

—¡Seguimos! —propuso Andreu decidido—. En principio, lo tenemos todo perdido.

—Sí, a ver si tenemos suerte y nos cae del cielo una escalera —soltó cínicamente Sara—, que en estos momentos es lo que nos hace falta.

Los cinco se plantaron delante del mural del brazo eclesiástico dispuestos a terminar, de una vez por todas, con su misión.

—El número que corresponde aquí es el 1817 —les recordó Alejandra, harta ya de estar en esa sala—. Comentamos que las dos primeras cifras correspondían a la cantidad de figuras del mural. El uno podía ser el arzobispo de Valencia, don Juan de Ribera, que se encuentra en la segunda fila, en el primer puesto empezando por la derecha.

Todos apuntaron con su luz y apreciaron los recargados detalles de la pintura.

—El número siete creemos que se refiere a la séptima figura de la misma fila, el abad de Poblet.

—Ya tenemos a los dos personajes escogidos, ¿ahora qué? —demandó Sara, sin dejar de mirar el mural.

—Ni idea... —verbalizó Andreu—. Lo que más destaca son, sin duda, sus vestimentas, en especial, las de los obispos y arzobispo; sus báculos y mitras.

—Tú lo has dicho —atajó Miguel—. ¿Por qué no centrarnos ahí?

—Pues ya podemos empezar —dijo Lluís, ansioso por acelerar el proceso.

—Ahora la pregunta es: ¿cómo llegamos hasta ahí arriba? —preguntó Alejandra.

—Desde luego, no como antes —respondió Andreu—. Sería muy imprudente repetir lo de las cuerdas.

—Calculo que estarán, como mucho, un metro más alto que la bola del mural militar —explicó Lluís—. Si ese lo he podido golpear sobre una silla, quizá deberíamos buscar algo más alto para subirnos.

—Ahora que lo mencionas... —añadió Andreu—. Me ha parecido ver una especie de aparador alto en la sala de al lado.

—Vamos a verlo —dijo Lluís con esperanza—, porque si es así, estamos salvados.

Necesitaron de la colaboración de todos para mover el mueble hasta el punto exacto que necesitaban. Decidieron comenzar con la figura del arzobispo don Juan de Ribera, dado su alto rango eclesiástico. Una vez allí, Lluís se subió a la silla y luego trepó a la parte alta del aparador.

—¡Estupendo! —voceó—. ¡Tengo el enfoque perfecto!

Alumbró su rostro, subió hasta la mitra y se detuvo en sus

adornos con piedras preciosas. Después recorrió con el foco de luz todo el báculo hasta llegar al símbolo final de la cruz.

—¿Qué opinas? —le preguntó Miguel.

—No estoy seguro... Podría ser cualquiera de las dos cosas —contestó Lluís indeciso.

—Yo apuesto por la cruz —mencionó Alejandra con firmeza—. Considero que es la más alta representación de la Iglesia.

Los demás asintieron en apoyo a su elección.

—De acuerdo —confirmó Lluís—. ¡A ver qué pasa!

Apenas había terminado la frase, cuando le dio en el centro exacto. De pronto, oyeron un sonido similar al que ya conocían, pero a la vez diferente. Todos alzaron la vista y vieron, incrédulos, cómo del rombo del casetón descendía una escalera de cuerdas con peldaños de madera.

Las carcajadas de alegría invadieron la sala y sus ecos rebotaron entre las cuatro paredes. No podían creer lo que estaban viendo. Al parecer, la suerte volvía a estar de su lado.

—Cuñada, ¿eres adivina o qué? —soltó Lluís muerto de la risa.

Cuando la escalera llegó a su alcance, se plantearon quién de todos sería el designado para subir por ella.

—¿Creéis que esas cuerdas aguantarán? —planteó Alejandra con desconfianza.

—Solo hay una forma de averiguarlo. —Sara se encaramó en ella y escaló los dos primeros peldaños—. No parece que falle.

—¡Ten mucho cuidado! —le pidió su hermana, y le entregó un tubo de cuero de más de un metro de largo—. Cógelo, por si lo necesitas...

—Espero que así sea —sonrió Sara y se lo colgó del asa al hombro.

—Llévate también esta cuerda —le entregó Andreu, y se la colgó en el otro hombro—. Si encuentras el panel, va a aumentar el peso de la escalera. Lo atas y lo deslizas hasta nosotros.

Sara asintió.

Lluís y Andreu sujetaron la escalera para facilitarle el acceso mientras la veían ascender iluminada por sus linternas. Sara comprobó que subir por ella era mucho más complicado de lo que parecía. Con la linterna en una de las manos, que le alumbraba el camino, calculaba los metros que le quedaban para alcanzar el techo de

madera.

—¿Va todo bien? —le preguntó Alejandra nerviosa.

—Creo que sí —contestó Sara.

De repente, el sonido de un móvil irrumpió el silencio y los desconcertó a todos.

—¡Quedamos en ponerlos en silencio! —exclamó Miguel, visiblemente molesto.

—¡Es el mío! ¡Lo siento! —contestó con agitación Sara—. Aunque ahora no es el mejor momento para cogerlo. Seguro que será Jesús, que ya habrá terminado su turno de noche.

—No es por meter prisa, pero ¿cuánto te queda? —le preguntó Andreu y miró el reloj.

—No sé... Creo que tres o cuatro escalones más —contestó Sara, a punto de terminar de subir—. ¡Ya he llegado! —exclamó finalmente exhausta.

Sara se aseguró uno de los brazos con la cuerda y agudizó la vista dentro de la cavidad. Una enorme sonrisa, que nadie pudo ver, se dibujó en su rostro al comprobar que había un bulto enrollado en un trapo. Lo palpó y dedujo que era el óleo. Si las medidas que habían repasado no fallaban debía de medir aproximadamente 1,14 cm de ancho por 2,26 de largo. Con torpeza por la situación y después de varios intentos consiguió introducirlo en el tubo diseñado para tal fin. Siguió las instrucciones que Andreu le había dado y fue bajando como pudo el lienzo hasta el suelo. A continuación, comenzó a descender tan rápido como sus pies se lo permitieron. Al pisar las baldosas, sintió el cariñoso abrazo de su hermana.

—¡Lo hemos conseguido! ¡Lo tenemos! ¡Has sido muy valiente! —le susurró.

—Vuelvo a repetir que nos tenemos que ir —insistió Andreu angustiado.

—No podemos marcharnos y dejar la sala así —alertó Miguel, mientras la recorría con la linterna—. Si con poca luz se ve así de mal, cuando entren los rayos del sol por las ventanas, no quiero ni pensarlo.

—Esperad un momento —puntualizó Alejandra—. Nos queda tocar el abad de Poblet.

—Pero si ya tenemos lo que queremos —soltó Lluís—. ¿Qué sentido tiene hacerlo ahora?

—No lo sé, pero no cuesta nada hacerlo —le recriminó su mujer.

—¡Pues si vamos a hacerlo, que sea ya! —atajó Andreu histérico —. ¡Nos van a pillar!

Entre todos, empujaron el aparador hasta la altura del abad de Poblet. Lluís se encaramó igual que lo había hecho antes y se colocó frente al religioso, cara a cara.

—Voy a hacer lo mismo con el báculo —advirtió.

En lugar de cruz, esta vez tenía forma de espiral. Lluís buscó el centro y lo golpeó. Para sorpresa y satisfacción de todos, especialmente de Alejandra, que había insistido en hacerlo, las cavidades se fueron cerrando y, de manera inexplicable, la escalera se recogió hasta desaparecer por completo. Estremecido por lo que acababa de presenciar, Lluís descendió apresuradamente, y entre todos consiguieron devolver el mueble y la silla a sus lugares originales. Eran conscientes de que habían dejado demasiadas pruebas. Dadas las circunstancias y la falta de tiempo, resultaba imposible eliminarlas. No podían esconder que alguien había irrumpido en la grandiosa sala de los diputados y la había ultrajado. Sin embargo, su prioridad en ese momento era salir de allí indemnes y sin ser vistos, lo antes posible.

CAPÍTULO 72

La comisaría de Ciutat Vella estaba revuelta aquel lunes por la mañana y el teléfono no paraba de sonar, desde primera hora, con las denuncias de los ciudadanos. La comisaria Ortiz cerró la puerta de su despacho para descansar de tal algarabía apenas entraron el inspector Valdés y el subinspector Roque.

—Sentaos —indicó la comisaria y caminó hacia el sillón de detrás de su mesa. Descansó los codos sobre ella y entrelazó los dedos de las manos como si estuviera a punto de rezar.

El subinspector se mostró con expresión neutra mientras que Valdés permaneció imperturbable.

—Alguien entró, hace dos noches, en el Palacio de la Generalitat —dijo con seriedad—. Aprovecharon que era fin de semana y el domingo no se abren las puertas. Lo hubiese calificado como robo, pero tras un inventario rápido, parece no haber desaparecido nada.

El inspector Valdés carraspeó. La noticia no le pillaba por sorpresa. Estaba claro que antes o después se iban a enterar.

—Han forzado las puertas de acceso, tanto la de la calle como las de las dos salas de la planta principal con un objetivo claro: el Salón de Cortes —continuó Ortiz.

—¿Y dice que no han robado nada? —preguntó el subinspector despistado.

—Aparentemente no, pero según me ha comentado el presidente de la Diputación, hace unos quince minutos, han hecho un destrozo del copón en los murales del siglo XVI. ¡Eso significa que la cosa está que arde! ¡No digo más!

—¿Tan grave ha sido? —cuestionó el inspector Valdés confuso. Algo no cuadraba. Estaba seguro de que se habían pasado varios pueblos en relación con el estado de la sala. Según los testimonios de Sara, los desperfectos habían sido mínimos.

—¡¿Valdés, estás aquí?! —le interpeló la comisaria, que lo veía distraído.

—¡Por supuesto! —asintió con firmeza.

—¡Vale, vale! Quiero que seáis vosotros quienes averigüéis qué cojones ha pasado allí. No solo eso, también quiero que deis con el individuo o los individuos que han causado este desastre.

Inspector y subinspector salieron del despacho con la misión clara, aunque Valdés no podía quitarse de la cabeza los comentarios de la comisaria Ortiz: «Han hecho un destrozo del copón», «La cosa está que arde».

El Palacio de la Generalitat se encontraba a tan solo cinco o seis minutos andando desde la comisaría. Al llegar, Valdés se puso unos guantes de látex y examinó la cerradura de la puerta principal. En su mente, elogió las habilidades manuales de su cuñado Lluís.

Saludaron a otros compañeros de la investigación y ascendieron por la escalera de piedra hasta llegar al Salón de Reyes. Mientras cruzaban la estancia, Valdés se quedó más rezagado y observó las marcas en el suelo de haber arrastrado el aparador, tal como Sara le había explicado, que usaron para acceder a lo alto de una de las pinturas murales. Mientras tanto, el subinspector Roque se había adelantado y se encontraba en el umbral del Salón de Cortes.

—¡La hostia! —exclamó asombrado.

Su tono alarmó al inspector Valdés, que avanzó unos pasos y se colocó a su lado. Una vez allí, se quedó sin palabras. No daba crédito a lo que veía: la mayoría de los rostros de los personajes de los dos murales más grandes, las pinturas del brazo militar y el eclesiástico, estaban completamente destrozados.

Ambos agentes se adentraron en la sala. El subinspector Roque se acercó al mural militar con la boca abierta y miró incrédulo los caballeros sin rostro. Luego, detuvo su mirada en los escombros de yeso y pintura esparcidos por el suelo, y los movió con la punta del pie derecho, absorto en la búsqueda de una explicación lógica. Mientras tanto, el inspector Valdés, sobrecogido por la escena, se plantó delante del mural eclesiástico. Lo que tenía enfrente para nada encajaba con el relato que le había contado su mujer. Buscó las marcas de los dos báculos, como Sara le había indicado, y las encontró de inmediato, aunque su vista se ensombreció ante la crueldad con la que habían tratado esas imágenes. Alguien, sin escrúpulos, se había

ensañado con ellas, concluyó. La pregunta que se hacían todos, él incluido, era: ¿quién había sido?

CAPÍTULO 73

Ya había empezado a anochecer cuando Alejandra llegó a la calle Hospital. Anduvo hasta colocarse frente al pórtico gótico del antiguo hospital convertido en biblioteca pública, y esperó. Estaba intranquila, y no era solo porque los remordimientos sobre su visita al Salón de Cortes la acosaran. Sabía que sus acciones de esa noche podrían considerarse delictivas, aunque ella las considerara leves. Sin embargo, los hechos posteriores a su visita eran mucho más graves e inexplicables y los dejó en una muy mala situación si se probaba su presencia en el lugar de los hechos. Había visto las noticias del mediodía y se había quedado sin palabras cuando mostraron las imágenes de las pinturas murales con los rostros destrozados. Todavía no lograba asimilarlo, cuando alguien la tocó por detrás:

—¡Ya estoy aquí! —le dijo Lluís con un suave beso a modo de saludo.

—Hola, cariño. —Sonrió al verlo.

—¿Sara y Jesús ya están dentro? —le preguntó Lluís al no verlos.

Ella asintió. Le cogió de la mano y atravesaron el pórtico hasta la entrada principal. Ernesto Egea les abrió la puerta y cerró con llave después. Alejandra pensó que ese hombre tenía acceso y contactos en todos los rincones. Las luces estaban apagadas, a excepción de las de emergencia y, en silencio, lo siguieron a través de las sombras.

—Hemos preferido que las instalaciones estuvieran cerradas al público —les explicó Egea mientras avanzaban por los pasillos—. Así nos aseguramos de que nadie nos moleste y, mucho menos, nos controle. ¿Sabíais que este edificio sobrevivió gracias al pueblo?

La pareja negó con la cabeza.

—¡Pues así fue! Sigamos por la escalera —indicó con su brazo derecho—. Cuando el hospital fue abandonado, se comenzó su derribo y desaparecieron la iglesia, la farmacia y la antigua facultad de medicina. Pero gracias a la oposición ciudadana, se evitó su destrucción y la biblioteca ahora ocupa el lugar de la antigua

enfermería en forma de crucero, dividida en alas. Además, en 1963 fue declarada monumento histórico-artístico nacional.

Mientras avanzaban, Alejandra observaba las numerosas columnas que componían la estructura del edificio. Finalmente, se detuvieron frente a la puerta de una de las oficinas donde ya se encontraban Sara, Jesús y el teniente Ariza. Después de los saludos habituales, todos tomaron asiento.

—¿Habéis visto las noticias sobre el vandalismo ocasionado en las pinturas murales del Salón de Cortes del Palacio de la Generalitat? —preguntó Egea.

Todos asintieron e intercambiaron miradas. No solo habían visto las noticias, sino que habían vivido los hechos en persona.

—Sabemos que estás a cargo de la investigación de tal desacato —comentó Ariza a Jesús Valdés.

—Así es —afirmó Jesús—. En los medios de comunicación se especula sobre alguna secta en contra del Gobierno y la Iglesia, pero yo no lo creo.

—¿Alguna pista por dónde tirar? —se interesó Ariza con la ceja alzada.

—Por el momento, nada en concreto —contestó Valdés con prudencia.

Alejandra miró a su hermana, quien le asintió con la cabeza, y luego levantó la mano.

—¿Puedo preguntar algo? —dijo, y se llenó los pulmones de aire. Iba a necesitar todo eso y más cuando empezara con su increíble relato.

—Por supuesto, para eso estamos aquí —contestó Egea, y le cedió la palabra.

—¿Hay alguna novedad del panel derecho del tríptico desaparecido de Sebastiano del Piombo que estabais investigando? —soltó de un tirón.

—No, no mucho más… Estamos estancados en el mariscal Suchet. Por mucho que han intentado investigar, de momento no han sacado nada en claro.

—¡Ya! —exclamó Alejandra, y seleccionó cuidadosamente sus siguientes palabras—: ¿Y si yo os dijera que nosotros sabemos dónde está?

Egea y Ariza la escrutaron con la mirada.

—Alejandra, no es el momento de bromear —dijo Egea con seriedad.

—¡Es que no estoy bromeando! Sara, ¿lo has traído? —preguntó a su hermana, quien asintió.

Acto seguido, Sara adelantó el tubo de cuero y lo colocó encima de la mesa, dejando a Ariza y a Egea descolocados.

Alejandra les hizo un gesto para que lo abrieran.

Fue el teniente Ariza el primero en hacerlo. En cuanto lo abrió y desplegó el lienzo se quedaron sin palabras.

—Me preguntaba qué podía contener el tubo cuando te he visto entrar con él, pero desde luego jamás podía imaginar que fuera esto —exclamó Egea examinándolo.

—Diría que es original —apuntó Ariza emocionado.

—Parece serlo —contestó Egea—. Hay que avisar urgentemente al profesor Dávalos.

Ernesto Egea y el teniente Ariza, todavía incrédulos ante lo que acababan de ver y tocar, se sentaron y exigieron una explicación.

Las hermanas Ferrer comenzaron a contar la inimaginable historia, tal como Miguel se la había relatado, aunque omitieron su nombre en todo momento y las fuentes de su documentación. Empezaron por las claves del código militar que habían descubierto, luego por la restauración del artesonado del Salón de Cortes, y siguieron por el robo al mariscal Suchet por parte del carpintero que lo restauró, hasta llegar a la cavidad oculta en los cajetones del techo. No omitieron detallar su incursión, el sábado por la noche, en el Palacio de la Generalitat para perpetrar su arriesgada hazaña.

A lo largo del relato, los rostros de Ernesto Egea y el teniente Ariza mostraron una gran variedad de expresiones que terminaron en desconcierto.

—¿Nos estáis diciendo que todo eso es verdad? —exclamó Egea contrariado.

—¡Ahí tienes la prueba! —respondió Sara, y señaló la mesa.

—¿Entonces habéis sido vosotros los autores del destrozo de los murales? —exclamó Ariza encendido.

—¡No! —gritaron todos a la vez.

—¡Nosotros no fuimos! ¡Te lo puedo asegurar! —gritó Sara—. Sé que es difícil de creer después de lo que os hemos contado, pero es la pura verdad. De hecho, podemos señalar los puntos exactos que

fueron culpa nuestra. Nada más.

—No habéis contado con las cámaras de seguridad… —apuntó Ariza—. ¡Os habrán grabado!

—¡Yo me encargué de deshabilitarlas! —agregó Valdés.

—¿Y las cerraduras? ¿Cómo lo habéis hecho? —quiso saber Egea, sin dar crédito a tanto despropósito.

Lluís levantó la mano.

—¡Me temo que esa parte es mi responsabilidad, al igual que el bloqueo de la alarma!

Egea y Ariza se miraron perplejos. «Menudo grupo de…», pensó Ariza, que no encontraba la palabra justa para calificarlos.

—Entonces, si vosotros no habéis destrozado las caras de las imágenes, ¿quién lo ha hecho? —demandó Ariza, y miró a Valdés.

Todos encogieron los hombros, aunque sí tenían sus sospechas.

—Solo nos queda pensar —opinó Lluís— que nos siguieran los hombres de Fonfría y lo hicieran después de que nosotros nos fuéramos.

—Esa teoría es descabellada —expresó Egea—, aunque no más que la que vosotros me habéis contado. No sé qué creer ni qué pensar.

—Si eso es así —intervino Ariza—, sería conveniente encontrar alguna prueba que los incrimine, me refiero a ellos, no a vosotros.

—Estamos investigándolo —explicó Valdés—. Con mucho cuidado de no delatarnos, claro está.

—Difícil tarea si todos estuvisteis en el mismo tinglado —murmuró Egea—. Sabéis que podéis contar con nuestro apoyo para encubrir o desviar lo que os pueda incriminar. Siempre y cuando no sea demasiado explícito.

—¡Lo sé! —asintió Valdés.

—Aunque hay una incógnita importante que me ronda por la cabeza —continuó Egea pensativo—. ¿De dónde habéis sacado toda esta valiosa información para descifrar el complicado enigma, cuando nuestra gente muy cualificada, con todos los recursos disponibles, no ha podido dar con ella?

Alejandra y Sara se miraron en silencio. No querían involucrar a Miguel, ni mucho menos a los síndicos del Tribunal de las Aguas y sus manuscritos edetanos, pero no tenían más remedio que hacerlo a medias.

—Bueno… Es gracias al marido de nuestra tía —contestó Sara sin

darle mucha importancia—. Es un apasionado de la historia, principalmente de Valencia. Se conoce todos los entresijos y sabe dónde hay que buscar, así es que encuentra hasta lo impensable.

—¡Ya lo veo, ya! —contestó Egea mientras intentaba descifrar cuánto había de verdad en esa afirmación—. Pues espero conocerlo pronto. Me interesará mucho intercambiar impresiones con él.

—Sí, claro... Aunque suele estar muy liado —replicó Sara a la espera de que alguien le echara un cable para cambiar de tema.

—¿Qué va a pasar con el óleo que hemos recuperado? —preguntó Alejandra para aligerar el agobio de su hermana.

—Primero verificaremos su autenticidad —señaló Egea—. Después se anunciará la primicia de su hallazgo en las noticias y luego pasará por un largo proceso de restauración antes de que pueda exhibirse en algún museo.

—¿Dónde vais a decir que ha aparecido? —preguntó Lluís, visiblemente preocupado del posible testimonio.

Ariza y Egea se miraron dudosos. Aún no se habían planteado esa cuestión.

—Tendremos que inventar algo creíble —respondió Ariza.

—¿Y si retrasas la declaración? —le planteó Alejandra con una impecable seguridad en sí misma.

—¿A qué te refieres? —preguntó Egea con cautela.

—Todavía estoy maquinándolo, pero supongamos que aún no te lo hemos entregado y continúa en nuestro poder —le propuso.

—¡No podemos hacer eso! —replicó Ariza.

—Ah, ¿no? —insistió Alejandra, y expuso—: Perfectamente podría haber sido así, si nosotros no fuésemos tan honrados.

Sara la miró, pero por mucho que lo intentó no consiguió adivinar qué estaba planeando su hermana. Aun así, independientemente de lo que fuera, tenía muy claro que iba a apoyarla.

CAPÍTULO 74

Se había desatado una terrible tormenta en el centro de la ciudad y los transeúntes desprotegidos buscaban refugio en comercios y portales. Oliver detuvo el Mercedes de Augusto Fonfría justo en la entrada del edificio INACFA. Rómulo bajó del coche y, mientras sujetaba un amplio paraguas negro, le abrió la puerta a su jefe y cubrió gran parte de su cuerpo para protegerlo de la lluvia. Fonfría atravesó la puerta giratoria visiblemente disgustado. Odiaba los días lluviosos. Una vez dentro y resguardado en el vestíbulo, sacudió las gotas de agua de los camales de sus pantalones y las mangas del traje. Subió hasta la última planta con un rictus atemorizante y convocó una reunión de inmediato.

Victoria Quirós fue la última en llegar, dos minutos después de la hora acordada.

—¡Llegas tarde! —le reprochó Fonfría en tono adusto desde su sillón que presidía la mesa.

—Lo siento… —se disculpó, y se sentó en su lugar habitual—. Me acaban de avisar.

Erika Fonfría se encontraba frente a Victoria. La observó y le dedicó una mirada condescendiente. Conocía a su padre mejor que nadie y sabía, por experiencia propia, lo déspota e injusto que podía llegar a ser. Solo esperaba, por el bien de su compañera y amiga, que no se ensañara con ella.

—¿Qué ocurre? —preguntó Erika, y alzó las manos ante tanta urgencia.

—¿Habéis visto la noticia del Palacio de la Generalitat? —preguntó Fonfría.

—Sí, señor. —Victoria tomó la palabra—. Precisamente sobre ese tema pensaba hablar con usted y ponerlo al tanto.

Augusto Fonfría frunció el entrecejo a la espera de saber más.

—Sara y Alejandra Ferrer, en compañía de Lluís, el camarero y Miguel Roselló, forzaron la cerradura y entraron en el palacio en plena

madrugada. No cabía duda de que buscaban algo. De hecho, la visita fue bastante larga, estuvieron más de cinco horas en el salón de los murales. Caín entró en el palacio detrás de ellos, se ocultó en la capilla del salón de al lado y los vigiló en todo momento.

—¿Sabes si encontraron algo? —preguntó, impulsado por la curiosidad.

—Según Caín, sí, aunque les costó bastante dar con él, pero no pudo averiguar qué era realmente. Sin embargo, le pareció que guardaban algo en un tubo de cuero, específico para obras de arte, que llevaban al entrar.

—Eso quiere decir que iban buscando algo en concreto. ¿Y no fue capaz de robárselo? —gritó Fonfría enervado—. ¡Qué inútil! ¡Y pensar que está cobrando un sueldo por eso!

—No, señor. —Victoria notó que la actitud de su jefe se había agriado aún más.

—Podríamos entrar en sus casas para comprobar si lo tienen allí —propuso Erika con énfasis—. Papá, estoy cansada del trabajo de oficina. ¡Me aburre! —Alargó las vocales para lograr más impacto—. ¡Déjame volver al trabajo de campo! ¡A la acción!

—Eres demasiado impulsiva y no sabes controlar tus arrebatos —despotricó su padre—. Aquí, por lo menos, estás controlada. La última vez que me pediste eso, te costó una temporada en la cárcel. ¡No sabes todo lo que tuve que mover y cuántos bolsillos tuve que llenar para sacarte antes de tiempo!

Erika puso cara de fastidio. Su intento de persuadirlo no había dado resultado. Augusto Fonfría ignoró a su hija y se centró nuevamente en Victoria Quirós.

—No pensó en robarlo, señor —continuó Quirós en un intento por disculparlo—, pero se le ocurrió hacer otra cosa: picar dos de los cuadros.

Augusto Fonfría bufó y sus orificios nasales se inflaron. Parecía que estaba a punto de explotar.

—¡No, picar no! ¡Destruyó dos de los cuadros! —voceó encolerizado y con la mirada clavada en ella—. ¡No me jodas que tú tienes algo que ver con esa escabechina en el palacio!

—Verá, señor Fonfría… —farfulló nerviosa.

—¡Quirós! —bramó y dio un golpe en la mesa que provocó el pestañeo de las dos mujeres.

—Eso no fue exactamente lo que yo le ordené —quiso excusarse Victoria—, aunque yo seguí, al pie de la letra, sus instrucciones.

—Deberías conocerme ya lo suficiente para saber que yo jamás te ordenaría destruir unas pinturas del siglo XVI. ¡¿A qué nos dedicamos principalmente en esta empresa?! —gritó.

—Al arte —respondió con sumisión.

—Entonces, ¿qué coño habéis hecho? —le recriminó Fonfría.

—Usted dijo que utilizáramos la violencia si era necesaria —argumentó en su defensa con temor de que de nada sirviera— y él malinterpretó mis instrucciones.

Augusto Fonfría golpeó la mesa otra vez.

—¡Esa violencia no, estúpida! La violencia la tienes que dirigir en contra de esa gentuza de familia. Si hay que quitarlos del medio, uno por uno, ¡se hace y ya está! ¡Con discreción! ¡Siempre con discreción! ¡Si no sirves para eso, para qué coño te quiero aquí y te pago! —bramó con furia.

—Señor Fonfría, sabe que le soy leal —intentó suplicar.

—No, no lo sé. Para demostrarme tu lealtad y enmendar tu error, tendrás que deshacerte de Caín. ¡Tú lo has querido así! Además, no es la primera vez que ese actúa por su cuenta, sin consultar. ¡Aquí quien da las órdenes soy yo!

—Lo sé, señor Fonfría, y es algo que respetamos todos, pero Caín es leal, trabajador… No le importa hacer el trabajo sucio y lo hace sin protestar. No es fácil encontrar gente así. —Victoria Quirós intentaba por todos los medios hacerlo cambiar de opinión y salvarle el cuello.

—Con esas características los tengo aquí a patadas —bramó—. ¡Como él y mejor que él!

—Sí, pero Caín…

Augusto Fonfría no dejó que terminara la frase.

—¡Si folla bien, te buscas a otro! Pero a ese no quiero volver a verlo nunca más por aquí. Si vuelve a aparecer, serás tú quien le dé el tiro de gracia. ¿Entendido?

Victoria Quirós asintió y exhaló al mismo tiempo. Le acababa de salvar la vida.

El inspector Valdés rellenaba el informe del Salón de Cortes en compañía del subinspector Roque.

—No entiendo por qué las cámaras no grabaron esa noche —añadió Roque.

—¡A veces fallan! —soltó Valdés sin levantar la cabeza de la pantalla del ordenador.

—Sí, pero ¡qué casualidad!, ¿no te parece? Tampoco hay huellas…

—¡Serán profesionales!

—¡Sí, eso será! —murmuró—. No han robado nada. —Roque seguía rumiando sobre el tema—. ¿Qué sentido tiene destrozar las pinturas? ¿Con qué objetivo?

—Eso es lo que tenemos que averiguar. —Valdés seguía con la mirada fija en el ordenador, aunque, de vez en cuando, meneaba la cabeza y lo miraba por el rabillo del ojo.

—Aunque… ¿El *modus operandi* no te recuerda al de hace unos años? —especuló Roque sin soltar el tema.

—No sé a qué te refieres. —Valdés seguía sin prestarle atención. Mejor dicho, no le interesaba prestarle atención.

—A aquellos inexplicables allanamientos de moradas en lugares emblemáticos de la ciudad, en los que, misteriosamente —Roque lo miró fijamente—, nunca faltaba nada, pero estaban relacionados con la búsqueda de doce llaves, donde resultó estar envuelta tu mujer, tu cuñada, etcétera, etcétera, etcétera.

El inspector Valdés levantó la cabeza y lo miró fijamente con la expresión más anodina posible. «¡Qué listo es el cabrón!», se dijo para sus adentros.

—¿Se puede saber qué estás insinuando? —pronunció de mala manera.

—Nada, nada… Porque si tú estuvieses metido en algún lío, o incluso ellas… ¡Tú me lo dirías! ¿Verdad?

—¿Acaso lo dudas o qué? —respondió secamente.

—No, solo era una reflexión.

—Pues terminemos este puto informe de una vez por todas —concluyó Valdés y puso punto final a las especulaciones.

CAPÍTULO 75

Victoria Quirós se citó con Caín en su acostumbrada habitación de hotel. Se lamentaba de que ese sería el último polvo que se pegarían juntos. Justo cuando su existencia comenzaba a tener algún sentido. Ella, promiscua por naturaleza, sin restricciones ni límites, que había probado todo, o casi todo, en lo relacionado al sexo, ahora se desvivía por aquel hombre. Debía reconocer que, a su manera, había empezado a quererlo: sin compromisos ni ataduras. «Solo sexo», le había dicho la primera vez. Pero las citas frecuentes y trabajar juntos a diario habían despertado algo en su interior que jamás había sentido ni con otro hombre ni con otra mujer. No sabía si llamarlo «amor», ya que desconocía el significado de esa palabra y ni siquiera lo había aprendido de sus padres, así que lo mismo le daba. Sin embargo, con Caín, todo había sido diferente. En la intimidad era dulce y cariñoso, a diferencia de su actitud en el trabajo, donde se desenvolvía con fiereza y valentía.

Unos toques en la puerta la sacaron de sus atormentados pensamientos. Cuando abrió y vio a Caín, con su mochila al hombro por su partida inminente, lo recibió con los brazos abiertos y los ojos llenos de lágrimas. Ya le había informado por teléfono sobre la grave situación y que debía huir con urgencia. No solo de la ciudad, sino también del país. No podía arriesgarse. Por eso, cuando Caín sugirió verla por última vez, ella se negó rotundamente. Cuanto más lo retrasara, peor sería. Conocía a Augusto Fonfría, o al menos creía conocerlo lo suficiente para saber que sus amenazas se cumplían, no eran palabras que se tomaran a la ligera. Sin embargo, no pudo resistirse a su insistencia. ¡Claudicó! Y ahora, temblando en sus brazos, se arrepentía de haber accedido.

—¡Vente conmigo! —le propuso Caín.

—No puedo —le susurró ella entre besos—. ¡Te quiero! Sabes que eres la primera persona a la que le digo esto.

—Entonces soy muy afortunado.

A esas palabras les siguieron caricias, que los llevó a follar con el ímpetu de tantas otras veces, solo que algo había cambiado en ellos. Ahora estaban haciendo el amor.

El tiempo apremiaba, Victoria Quirós se metió en la ducha. Tenía una reunión en INACFA y no podía llegar tarde. Caín se quedó sobre la cama y la miraba con el regusto amargo de tener que marcharse, posiblemente para no volver.

Ella se vistió y le dio un beso de despedida.

—No tardes, tu vuelo sale en dos horas. ¡Por favor, llámame cuando llegues a destino!

—Lo haré.

Victoria salió del hotel, cruzó la calle y esperó el taxi que había solicitado. En apenas un par de minutos, el vehículo se detuvo a sus pies. Cuando estaba a punto de subir, vio como un todoterreno negro se detenía frente a la puerta del hotel. Vio a Rómulo bajar y entrar rápidamente. Oliver le esperó en el coche. Con temor de lo que pudiera ocurrir, le pidió al taxista que la esperara y, nerviosa, esquivó el tráfico para llegar al otro lado. Entró en el hotel con las pulsaciones desbocadas y vio un ascensor detenerse en la planta donde se encontraba Caín. Golpeó frustrada la puerta del otro ascensor, que se abrió al instante. Marcó el número mientras rezaba con desesperación por llegar a tiempo. Apenas se abrieron las puertas, corrió por el pasillo y al llegar a la habitación, vio la puerta entreabierta. La empujó despacio, con el pavor de haber llegado tarde. Avanzó hasta la cama deshecha y vacía, aunque su mochila seguía en la silla, tal como él la había dejado. Con el corazón latiendo con fuerza, abrió la puerta del baño y ahí estaba él. Lo vio tendido sobre la ducha envuelto en un charco de sangre. Se llevó las manos a la cara desesperada. No debió haber accedido a verle, se reprochó. Sabía que esto podía suceder y ahora ya no tenía remedio. ¡Augusto Fonfría siempre cumplía sus amenazas, y ella lo sabía!

En el edificio INACFA, Victoria Quirós lloraba y se lamentaba frente a Erika Fonfría. Se desahogaba porque confiaba plenamente en ella, aunque tenía muy presente, y no debía olvidar, que Erika era la hija de su jefe. Debía medir sus palabras, porque si su padre la apretaba, dudaba mucho de que la defendiera o se pusiera de su lado.

Sabía que Augusto Fonfría siempre llevaba las de ganar.

—¡No entiendo por qué lo ha hecho! —sollozó desconsolada—. Se iba a ir de la ciudad y no lo iba a ver más. ¡No era necesario!

—Ya conoces a mi padre. Agradece que no te obligó a hacerlo tú.

—No habría podido. Le quería, Erika, le quería —le confesó.

—Lo sé, y mi padre también lo sabía. Por eso decidió deshacerse de él.

—¿Cómo? —preguntó con los ojos nublados por las lágrimas, mientras intentaba procesar las palabras de Erika.

—¡Entre su gente no quiere a nadie débil, y para él, el amor es la mayor debilidad!

—¿Por eso a ti no te demuestra cariño nunca? —le preguntó.

Erika Fonfría asintió.

—A mi madre tampoco se lo demostró, y mucho menos cuando la consumió el cáncer de páncreas. —En su tono reconoció un ahogado dolor y un profundo resentimiento—. Se convirtió en una carga para él y, de hecho, siguió con su vida como si nada. La noche que ella falleció tuvieron que ir a buscarle... —Las palabras se le entrecortaban —. Estaba fornicando con una prostituta mulata. ¡De alto *standing*, claro está! Todos sabemos que mi padre no se conforma con cualquier cosa.

—¡No tiene sentimientos! —exclamó Victoria herida—. ¿Y se lo has perdonado?

—No, y dudo que lo haga algún día, pero me compensa estar con él.

—Aunque sea a su sombra —reiteró Quirós.

—Todos estamos a su sombra de una manera u otra. Su premisa es que el dinero es lo más importante en este mundo. Por eso amasa y amasa sin buscarle fin. Sostiene que con dinero puedes comprarlo todo, incluso a las personas o su amor.

—Hubo una época en que yo también lo creí —reconoció Quirós avergonzada. La máscara que ocultaba al señor Fonfría, y que la hipnotizaba con su poder, acababa de desmoronarse y convertirse en unas miserables cenizas. Solo podía pensar en lo equivocada que había estado.

—Entre otras muchas cosas, ¿por qué crees que mi padre odia tanto a la familia Ferrer? ¡A la familia perfecta!

Victoria Quirós no tuvo que pensar la respuesta.

—¡Por el amor que los une! —exclamó.

Erika asintió con una sonrisa de resignación.

CAPÍTULO 76

Victoria Quirós llegó a casa deshecha. Había sido un día agotador con demasiadas emociones juntas. Todavía tenía la imagen de Caín, en el suelo de la ducha y envuelto en su propia sangre, grabada en la retina. Se preguntó qué habría pasado si se hubiese marchado con él, sin mirar atrás, tal como le había propuesto. Hacia un nuevo horizonte por descubrir. De inmediato desechó la absurda idea y meneó la cabeza para ahuyentarla. Estaba segura de que no habría funcionado. No estaba hecha para vivir en pareja y fingir ser una familia feliz. La felicidad no existía. Solo era una bonita palabra que encubría la mentira más grande que se había inventado jamás. Lo sabía demasiado bien. ¿Y qué hubiera hecho entonces? Habría tenido que regresar. Volver y suplicar para recuperar todo lo que le había costado tanto conseguir. Se negaba rotundamente. Se rio, se acercó al mueble bar y se sirvió una copa de Johnnie Walker.

Reflexionó sobre su trabajo en INACFA. Desde hacía años, Augusto Fonfría había sido su modelo que seguir, el arquitecto de un imperio que admiraba. Esta admiración trascendía las barreras de la realidad y alcanzaba sus más profundos anhelos. Por eso, cuando lo detuvieron, siguió ávidamente su caso y se las ingenió para entrevistarlo en prisión, una oportunidad que había negado a todos, incluso a ella misma en ocasiones anteriores. Sin embargo, la habilidad y la constancia eran dos de sus más preciadas cualidades y, visita tras visita, supo ganarse su confianza hasta que finalmente él le aseguró un puesto en su empresa una vez que recuperó la libertad. Sus sueños se vieron por fin cumplidos cuando Fonfría le propuso que fuera su mano derecha, debajo de su hija, por supuesto.

Tenía mucho que agradecerle. Observó el líquido ámbar en su vaso y dio un largo trago hasta dejarlo vacío. Luego, escudriñó el salón de su casa. Vivía en el barrio que siempre había soñado, con un impresionante ático, y una estabilidad económica que le permitía desenvolverse sin preocupaciones. Además, disfrutaba con su trabajo.

Si hubiese seguido a jornada completa en el periódico como antes, continuaría viviendo de alquiler en ese otro apartamento con goteras.

Ahora, con una perspectiva más fría y distante de los últimos hechos, veía las cosas con claridad. Afortunadamente, los momentos de debilidad y de conciencia solo se paseaban por su mente de vez en cuando, recordándole su presencia, aunque ella nunca les hiciera caso.

Augusto Fonfría le había dado potestad sobre tres hombres. Drago se encontraba en la cárcel por atentar contra la vida de Alejandra Ferrer, y Caín ya no estaba, aunque siempre le recordaría como el incipiente amor de su vida. Solo le quedaba Bruno, quien a partir de ese momento sería su sombra, tanto para lo bueno como para lo malo.

En el fondo, Victoria se parecía mucho a su jefe; al igual que él, carecía de remordimientos y no mostraba interés alguno en experimentarlos. Su única prioridad era cumplir con una misión, y no iba a defraudarlo.

El inspector Valdés y el subinspector Roque enseñaron sus placas al agente de la puerta del hotel antes de adentrarse en el vestíbulo. Una vez en el piso correspondiente, buscaron la habitación indicada. Al entrar, intercambiaron unas frases con dos compañeros de la unidad que se marchaban, y se toparon con el cuerpo sin vida de un hombre en la ducha, rodeado de sangre.

—Al parecer, lleva casi veinticuatro horas muerto —le susurró Roque—. La reserva estaba hecha solo por una noche y lo ha encontrado esta mañana la señora de la limpieza.

—Ha sido un tiro certero. ¿Se sabe quién es? —preguntó Valdés mientras examinaba en su rostro.

—No llevaba documentación.

—¿No te suena su cara, Roque? —cuestionó Valdés—. Estoy seguro de que lo he visto antes.

—Pues ahora que lo dices… sí. Por cierto, me han llamado de la comisaría. Han encontrado algo en las cámaras sobre los sospechosos que entraron en el Salón de Cortes.

—Ah, ¿sí?… ¿Qué sabes? —se interesó Valdés, que apretó los puños.

—Aún nada, parece que hay cierta confusión —pronunció, ajeno

al mal cuerpo que se le había puesto a su compañero.

El inspector Valdés se puso ansioso y deseó saber, lo antes posible, qué imágenes mostraba la cámara y a quiénes. Juraría que había desconectado las de la zona, pero ¿y si se le había pasado algo por alto? Descontó los minutos que lo separaban de la comisaría, desde el comentario de Roque hasta que finalmente llegaron.

Frente a la agente que llevaba a cabo la investigación y mientras esperaba que encontrara la información solicitada, Valdés sintió cierta opresión en el pecho.

—¡Aquí está! —exclamó la mujer—. No os podéis imaginar lo que me ha costado hasta dar con esto —murmuró a la vez que movía el ratón hacia uno y otro lado.

Valdés apretó los puños hasta clavarse las uñas en la palma de la mano. Si aparecían en pantalla, estarían perdidos.

—He tenido que retroceder hasta la plaza del Tossal. No sé qué pasó esa noche que no funcionaba nada de nada. ¡Está por aquí! ¡Mirad!

Valdés y Roque se aproximaron para verlo mejor.

Un hombre con una sudadera negra y la capucha que le cubría la cabeza caminaba por la plaza. Parecía esperar a alguien. Afortunadamente, el rostro no se le veía en ningún momento, porque Valdés, por la forma de caminar, lo reconoció de inmediato: era su amigo Andreu, no cabía duda, y estaba esperando a Sara, Alejandra, Lluís y Miguel.

—Por este lado no tengo nada más —se lamentó la agente—. A partir de ahí se pierden todas las imágenes.

Valdés soltó el aire retenido y respiró hondo.

—Sin embargo, del otro lado del Palacio de la Generalitat, es decir, por la plaza de la Virgen, sí que tengo algo más.

Valdés volvió a ponerse tenso. Por ese lado no había deshabilitado las cámaras. Se suponía que por allí no debían pasar. Solo esperaba que le hubieran hecho caso.

—¿Veis a ese hombre? —señaló la mujer con el ratón.

—¿Puedes ampliar la imagen? —solicitó Roque.

—Claro —dijo la mujer, que pausó el vídeo en el rostro del individuo y amplió la imagen—. ¿Así os parece bien?

El inspector Valdés y el subinspector Roque se miraron. Era el mismo hombre que acababan de ver muerto en el hotel. En ese preciso

instante recordaron dónde lo habían visto antes: no cabía duda de que había sido en el edificio INACFA. Pertenecía al pequeño ejército de Augusto Fonfría.

Al parecer, el caso de las pinturas murales del Salón de Cortes se había resuelto en un inesperado giro de los acontecimientos.

CAPÍTULO 77

La sala de los manuscritos estaba muy concurrida ese jueves por la mañana. Todos se habían congregado al amanecer para poder acudir a sus respectivos trabajos después de la reunión. Por decisión unánime habían optado por guardar allí mismo el panel encontrado en el Salón de Cortes del tríptico de Sebastiano del Piombo, donde estaría a salvo de curiosos y posibles ladrones. Ariza y Egea habían accedido, con la condición de que se garantizara su resguardo, una tarea en la que se habían comprometido plenamente. Aunque el motivo principal de aquella temprana visita se centraba, principalmente, en ponerlos al día sobre los avances obtenidos por los síndicos respecto al código civil en el que estaban trabajando.

—Para situarnos un poco —comenzó a decir Humberto con carácter sombrío—, recordad que este código civil fue creado por la Junta de los Trece, a raíz de la rebelión de las Germanías, para ocultar posesiones valiosas confiscadas a nobles y aristócratas. La hermandad que defendía la libertad sobrevivió clandestinamente, dispersa entre los artesanos del pueblo, y tenemos evidencia de su existencia hasta cien años después. Hemos encontrado referencias inéditas en nuestros manuscritos edetanos que no hemos podido cotejar con otros documentos oficiales, ya que no existen en ningún otro lugar.

—¿A qué se refiere exactamente, Humberto? —preguntó Andreu sin saber por dónde iba salir.

—Con el tiempo, la hermandad perdió adeptos y la fuerza con la que se creó inicialmente se fue desvaneciendo hasta desaparecer. Por meros intereses políticos y sociales, nadie lo sabe muy bien, decidieron borrar su existencia de la historia e inventaron que todo había sido una fábula. Crearon una leyenda a la que llamaron *La leyenda de los cien años* —explicó de un tirón y dejó a todos con la boca abierta, ya que jamás habían oído hablar de ella—. ¡Ojo!, no me refiero a la guerra de los Cien Años, que ocurrió mucho antes y fue un conflicto entre Francia e Inglaterra. No sé si le pusieron ese nombre

adrede para generar confusión. El caso es que no tiene nada que ver.

Todos se miraron confusos.

—Se encargaron de difundir esa leyenda para restarle importancia a la verdad y tergiversar los hechos. En ella, los nobles se situaban en una posición superior a los artesanos y la idea de que algunos objetos habían sido saqueados se quedaba en simples invenciones sin fundamento. Los años pasaron, los siglos también, la leyenda quedó enterrada, y la verdadera historia de la hermandad, olvidada. Por decreto real, se prohibió toda mención de ella en la historia, para eliminar cualquier rastro. Únicamente los síndicos, de forma clandestina, plasmaron lo ocurrido en sus manuscritos edetanos. Transcurrido ese tiempo, se perdió la pista sin dejar huella. Desconocemos quiénes la componían, y aunque tenemos nuestras sospechas, todo es una incógnita. Sin embargo, según los datos obtenidos de nuestras fuentes de conocimiento —dijo, y posó la mano sobre un montón de manuscritos edetanos—, debe de haber un buen botín. Hemos cotejado una lista con algunos de los objetos, la mayoría óleos de pintores renombrados de la época, así como valiosos tapices que los nobles alegaron como parte de sus bienes saqueados, pero que nunca fueron encontrados. O al menos, no oficialmente.

Sara y Alejandra se miraron y emitieron una risita tonta. Estaban más que ansiosas por embarcarse en esa nueva aventura.

—Hemos estudiado las fotografías que hicisteis de los tapices que decoraban las paredes del Salón de Cortes, y creemos que la clave para encontrar el botín está en esta amalgama indescifrable que nos ha mantenido bloqueados. Agravado por el hecho de que solo disponíamos imágenes de dos de los tapices, y en unas condiciones deplorables, con numerosas mellas, de forma que nuestra información estaba incompleta. Las imágenes predominantes incluyen signos y símbolos religiosos, como diferentes cruces: cruz latina, arzobispal y en forma de aspa. Además, hemos encontrado otros dibujos recurrentes: copas similares a un cáliz y diferentes representaciones de peces.

—¿Ha dicho «peces»? —preguntó Lluís al ver que la cosa se desmadraba.

Humberto asintió.

—También aparece esto —dijo, y mostró una fotografía.

—Son muñecos de diferentes razas —señaló Lluís, y movió la

cabeza para encontrar el mejor ángulo de visión.

—Yo diría que parecen más bien caricaturas —apuntó Alejandra sorprendida—. Tienen la cabeza desproporcionada.

—¡Y parece que están bailando! —añadió Sara ansiosa por saber el significado.

—En efecto —afirmó Humberto—. Son nanos o cabezudos y simbolizan una de las danzas más antiguas celebradas durante los actos del Corpus Christi en la ciudad de Valencia. Conocida como «danza de los nanos», tuvo su origen en el siglo XVI, aunque la festividad en sí data de 1263. Las diferentes razas representan las cuatro partes del mundo: Europa, Asia, América y África, e implica un doble sentido para la religión católica ya que también supone una adoración universal de la Eucaristía.

—Aún se siguen celebrando con procesiones y cabalgatas —rememoró Alejandra—. Tía Rosa nos llevaba todos los años cuando éramos niñas. ¿Te acuerdas, Sara?

—Claro que me acuerdo —asintió su hermana con una sonrisa—. Y también cuando nos llevaba a ver las rocas apostadas en la plaza de la Virgen, que a ti te daban siempre miedo, sobre todo el dragón, símbolo de San Jorge.

—¡Y la tortuga gigante que representaba al demonio! —exclamó Alejandra con añoranza—. ¡Qué tiempos tan bonitos!

—Disculpad, nos hemos dejado llevar por los recuerdos —se excusó Sara en nombre de las dos.

—No pasa nada —murmuró Humberto—. A veces es bueno cambiar de tema. Nos puede ayudar a ver las cosas más claras.

—Retomando la cuestión que nos ocupa —intervino Miguel—. ¿Las señales nos apuntan a la Iglesia como institución o a un lugar en concreto?

—No lo sé —asintió Humberto contrariado, sentía que los datos se le entremezclaban en la mente—. Los tapices se prestaban para usar en fiestas, procesiones, recibimientos de personalidades eclesiásticas y otros actos litúrgicos, incluida la festividad del Corpus, por lo que los dibujos tienen cierta lógica —farfulló antes de continuar—: La pregunta es si nos quieren transmitir algo más.

—Recapitulemos —propuso Alejandra al verse en un callejón sin salida—. Si los tapices se retiraron en 1591 y fueron sustituidos por las pinturas murales, las señales que pudieran contener quedaron

ocultas, fuera del alcance del pueblo y de la hermandad. Para que esas señales siguieran activas, necesitaban encontrar otro escape. En otras palabras, un lugar diferente.

—Muy buen razonamiento —mencionó Humberto mientras se tocaba la barbilla.

—Antes ha mencionado —comentó Sara, mientras hacía memoria — que creen conocer los nombres de algunos miembros de la hermandad. Quizá eso nos pueda ayudar a avanzar.

Humberto cambió su semblante y recobró su agilidad mental.

—Disculpad mi torpeza. Cierto. —Humberto rebuscó entre sus papeles—. Al principio, la hermandad estaba compuesta por un amplio gremio de artesanos, pero con el tiempo creció. Aunque tenemos muy pocos datos al respecto, creemos que también pudieron sumarse algunos artistas, especialmente durante el último tercio que estuvieron activos. En este fragmento de un manuscrito sellado por la hermandad —mostró una copia—, se mencionan tres hombres que llevaron a cabo una tarea específica, pero nos falta saber cuál fue.

—¿Tiene fecha? —preguntó Miguel.

—Déjame ver… —El presidente del tribunal enfocó la vista—. No se ve muy claro, pero parece decir 1600. El día y el mes están completamente borrados. ¿Qué opináis?

Todos se acercaron para verificarlo.

—Sí, Humberto, es 1600 —confirmó Jesús, quien estaba más próximo a él.

—¿Nos dice algo esa fecha? —preguntó Sara.

—Esperad un momento… —agregó Miguel—. Cuando investigaba sobre Francisco Ribalta para resolver lo del panel del tríptico de Del Piombo, recuerdo que en el año 1600 pintó un cuadro de sor Margarita Agulló por encargo del arzobispo Juan de Ribera.

—Cierto, en ese mismo año —añadió entusiasmado Humberto—, el arzobispo Ribera le encargó a Juan de Sariñena retratar a la misma monja en el día de su muerte. Retrato actualmente perdido, pero que debió de servirle a Ribalta para pintarlo poco después por encargo del arzobispo.

—¿Es posible que Ribalta y Sariñena hayan sido dos de los artistas de la hermandad? —cuestionó Alejandra.

—Lo que puedo confirmar es que los dos trabajaron para el arzobispo Juan de Ribera en el Colegio Seminario del Corpus Christi

—apuntó Humberto, y volvió a rebuscar entre los papeles—. Y puedo asegurar que Sariñena lo hizo mucho antes —murmuró sin levantar la mirada de sus anotaciones—. ¡Puede que incluso tenga también al tercer hombre!

—¿De veras? No me lo puedo creer —exclamó Sara emocionada.

—En 1569 —añadió Humberto— llegaba a la ciudad don Juan de Ribera, al que todos conocerían posteriormente como el Patriarca, con los honores que correspondían al nuevo arzobispo de Valencia, y se alojó en el Palacio Arzobispal. También ocupó los cargos de patriarca de Antioquía y, durante un breve periodo, fue lugarteniente y capitán general del reino. En 1580 comenzó a adquirir una serie de casas para disponer de un solar donde establecer lo que sería el Colegio Seminario. En 1586 se colocó la primera piedra que dio por comenzado el proyecto. Fue alrededor de esa época cuando el arzobispo empezó a encomendarle algunos trabajos a Sariñena, pero el pintor tuvo su gran oportunidad en 1591, cuando los diputados de la Generalitat le ofrecieron decorar la Sala Nova con pinturas murales. Fue gracias a ese trabajo que obtuvo reconocimiento y fue nombrado pintor de la ciudad, aunque eso no interrumpió sus encargos con el Patriarca.

La atención de todos era máxima.

—En 1596, cuando finalizó la estructura de su iglesia, el Patriarca deseaba que el reconocido pintor Juan de Sariñena llevara a cabo un gran proyecto pictórico centrado en la Eucaristía, para las bóvedas y paredes del lugar. Sin embargo, Sariñena rehusó hacerlo. En aquella época, no existía en la región ningún artista con la suficiente experiencia para abordar un proyecto de tal envergadura, por lo que el propio Sariñena recomendó al artista genovés Bartolomé Matarana.

—¡No me puedo creer que lo tengamos! —exclamó Sara eufórica.

Humberto se detuvo unos instantes y dio otro vistazo a sus apuntes.

—Para cuando Juan de Ribera lo convocó en 1597, se encontraba residiendo en Cuenca y contaba con una amplia producción de obras realizadas, tanto en óleo como en fresco, entre las que se incluye la catedral conquense. Cuando llegó a Valencia, se comprometió a trabajar perpetuamente para el prelado, quien cubrió sus gastos de manutención y alojamiento. Fue el único artista que gozó del completo mecenazgo del arzobispo. Sin embargo, a finales de 1605,

rompió los compromisos que tenía con él y regresó a Cuenca. En esos momentos estaba trabajando en la decoración de la capilla del Monumento, la cual fue terminada por su discípulo, Tomás Hernández.

—¿Y ahora qué? —preguntó Andreu, que intuía que la reunión estaba llegando a su fin y se acercaba la hora de tener que marcharse a trabajar.

—Llegados a este punto —pronunció Miguel—, y si queremos avanzar más deprisa, deberíamos implicarnos todos, en la medida de lo posible, en recabar información sobre Juan de Ribera y los tres artistas que trabajaron para él: Ribalta, Sariñena y Matarana.

CAPÍTULO 78

Miguel Roselló se levantó de la cama a una hora bastante temprana. La penumbra que dominaba la habitación distorsionaba las siluetas de los muebles en formas extrañas, lo que acentuaba su torpeza. Antes de salir tapó a Rosa y la miró con cariño. ¡Cuánto la quería! Casi a oscuras, y guiado por la tenue luz de los aparatos electrónicos de la casa, llegó a su despacho y encendió la lamparita que había sobre su escritorio. Nunca le había costado madrugar, sobre todo durante sus veintitantos años que había estado trabajando en Noruega. Preciosos e inolvidables amaneceres aquellos, pero sin la compañía de Rosa, perdían todo su encanto. Se acomodó en su sillón de pensar, próximo al ventanal que daba a la calle. La avenida brillaba con miles de lucecillas y los semáforos cambiaban de color, sincronizados como si de una melodía se tratara. En el horizonte, se alzaba con fuerza y carácter el Palacio de las Artes Reina Sofía. Por mucho que lo mirara, nunca se cansaba de admirar su originalidad y belleza. Siempre le relajaban esas vistas, especialmente si le acompañaba el silencio. Sin embargo, en ese momento, no estaba surtiendo el efecto esperado. Un desasosiego le mantenía intranquilo y le aceleraba el ritmo de sus pulsaciones. Con suavidad, golpeó el brazo del sillón con las yemas de los dedos, buscando calmar su malestar. Esa angustia lo envolvía ante una palabra que siempre había odiado. Una palabra que, de pronto, ocupaba toda su mente sin dejar espacio para nada más. Una palabra que retumbaba en su cabeza hasta que al fin la pronunció en voz baja: «traición». Cerró los ojos y asimiló cada sílaba que la componía. Creía que no era un buen actor, aunque nunca se había probado en ninguna audición. Pero no había tiempo para eso ahora. El tiempo se agotaba. Debía salir a escena y hacer su propio debut. En esa ocasión, tenía que darlo todo si quería interpretar un buen papel. ¡Un papel digno de un Óscar!

Con los primeros rayos de luz, Rosa se despertó y se levantó de la cama al ver que el hueco de Miguel estaba vacío y frío. Miró la hora en el despertador de la mesilla de noche: eran las ocho y cinco. Se dirigió al salón escoltada por los rayos de la mañana que se filtraban por las lamas de las persianas e iluminaban todo a su paso. Lo buscó por la casa y percibió la luz encendida del despacho; pensó que probablemente estaría delante del ordenador, como acostumbraba a hacer cuando tenía trabajo pendiente. «¡Este hombre siempre investigando de una u otra manera!», se dijo a sí misma. Se detuvo en el umbral de la puerta y lo vio recostado en su apreciado sillón, profundamente dormido. Sonrió con dulzura, como quien ve a un bebé en la misma situación. Luego se dirigió hacia la cocina para preparar el desayuno.

Aún no lo había servido en la mesa cuando Miguel se acercó por detrás de ella y la rodeó por la cintura.

—No hay quien se resista al olor del pan tostado y al café recién hecho —le murmuró cerca del oído—. ¡Claro que ante ti tampoco me puedo resistir!

—¡Zalamero… que eres un zalamero! —exclamó ella, y le dio un suave beso en los labios—. ¿Se puede saber a qué hora te has levantado? —le reprochó.

—La verdad es que no sé qué hora era —contestó mientras colocaba las servilletas en la mesa de la cocina—. Solo sé que era de noche.

—¡Luego te quejas de que te constipas! —dijo ella con el café con leche en la mano—. ¿Tienes que ir hoy a la Casa Vestuario?

—Sí, me acercaré un rato —mintió—. Te invito esta noche a cenar por el centro en ese restaurante que tanto nos gusta. ¿Qué te parece?

—¿Pues qué me va a parecer?… ¡Que sí! —respondió ella sonriente—. ¡Ya lo estás reservando que luego nos quedamos sin mesa! —le propuso con urgencia—. Acaban de estrenar una película de Robert De Niro que también tenemos que ir a ver. ¡Ya sabes lo que me gusta ese actor! Vi el tráiler el otro día y va sobre una traición o algo así. ¡Qué fastidio, ahora no me acuerdo del título!

Miguel Roselló se quedó pensativo durante unos instantes. Miró a Rosa que no paraba de parlotear, mientras la palabra «traición» le acosaba repetidamente en su cabeza como un eco interminable.

El autobús se detuvo en la parada de la calle Játiva, frente a la plaza de toros. Miguel Roselló bajó con las piernas temblorosas y dio un traspié en el bordillo. Debía tranquilizarse o estaría perdido. De lo contrario, no podría cumplir su cometido según lo había planeado. Avanzó unos pasos y bordeó la calle hasta adentrarse en la avenida del Marqués de Sotelo. A lo lejos, divisó el letrero de INACFA. Caminó hacia él como si un potente imán lo estuviera atrayendo y finalmente se detuvo delante de la fachada. Curioseó a través de los cristales y observó a una señorita detrás de un pequeño mostrador. A unos metros de distancia vio a dos hombres conversando entre ellos. Iban vestidos con el mismo traje negro que tantas veces había oído comentar a Sara y Alejandra.

Miguel se arregló la chaqueta y atravesó la puerta giratoria.

—Buenos días —saludó amablemente a la joven—. El señor Augusto Fonfría me espera —pronunció con cierto ahogo.

—Su nombre, por favor... —le solicitó.

—Miguel Roselló —carraspeó.

—Ah, sí. ¡Aquí lo tengo! El señor Fonfría no ha llegado todavía, pero me ha comunicado que, por favor, le espere en los sillones del fondo, que no tardará.

Miguel le respondió con una mueca. Dudó entre obedecerle y sentarse, o desandar sus pasos y abandonar esa fortaleza de hormigón y lujo. Aún se lo estaba planteando cuando vio que un reluciente Mercedes negro aparcaba enfrente de la puerta. Al igual que un dios, vio a Augusto Fonfría bajarse, acompañado de su inseparable guardaespaldas, quien le abrió la puerta del coche.

Fue en ese preciso instante que, lejos de amilanarse, Miguel se creció. Estaba ahí con un objetivo claro y meditado, y no tenía intención de retroceder ni un paso. Lo iba a cumplir al pie de la letra.

Los dos hombres se saludaron cordialmente y subieron juntos en el ascensor. Entraron en el despacho personal de Augusto Fonfría y tomaron asiento, uno enfrente del otro.

—¡Usted dirá, señor Roselló! —pronunció Fonfría, altivo y seguro de sí mismo—. ¿A qué se debe su visita? He de confesarle que su llamada me creó cierta curiosidad.

—¡Esa era la intención! —contestó Miguel con la misma

arrogancia.

—¡Veo que no se esconde! ¡Que va con la verdad por delante! —articuló—. Eso dice mucho de usted.

—Me alegra que empecemos con buen pie, porque lo que voy a ofrecerle estoy convencido de que le puede interesar.

—Está muy seguro de ello. Tenga en cuenta que no le tengo en gran estima ni a usted ni a toda la camarilla que lo rodea.

—Sí, me lo puedo imaginar. Me satisface que coincidamos en algo. Nuestros sentimientos son mutuos, señor Fonfría. Yo tampoco le tengo en gran estima a usted, a decir verdad, yo incluso iría un poco más lejos y lo calificaría como odio.

Miguel observó las facciones tensas de Fonfría, seguro de que pocas personas le habían dicho algo así en su propia cara sin que eso tuviera consecuencias fatales.

—¡Sí, me invade un gran odio hacia usted! —recalcó Miguel—. Pero como veterano empresario que es, sabrá que los negocios son los negocios. —Sonrió y le contagió la sonrisa a su contrincante—. Y, a veces, esas emociones se reducen a nimiedades insignificantes si a cambio hay un beneficio de por medio.

Augusto Fonfría se acomodó en su asiento.

—Sé que usted es una persona poderosa y que se puede permitir todos los caprichos que le plazcan —argumentó Miguel con habilidad—. Aunque siempre habrá alguno que, por diversos motivos, le sea imposible de satisfacer.

—¿A dónde quiere ir a parar? —demandó Fonfría, a quien ya se le asomaba su mal talante—. ¿Se cree que una persona como usted puede tener algo que me pueda interesar?

Fonfría soltó una sonora carcajada que no logró intimidar a Miguel Roselló.

—No, ni mucho menos —sonrió Miguel cínicamente—. Solo sé que dispongo de ciertos medios de los que usted carece para conseguir algunas cosas.

Augusto Fonfría frunció el entrecejo. El comentario no le había gustado nada. No lo ubicaba en buen lugar y eso le crispaba los nervios.

—Le puedo asegurar que si he venido hasta aquí ha sido para hacerle una oferta muy tentadora —continuó Miguel sin titubear—. Claro que usted es dueño de rechazarla. En ese caso, me iré por donde

he venido y será como si nunca hubiera estado aquí.

—Suponiendo que me interese, ¿qué espera usted recibir a cambio?

—Algo que supongo que a usted le sobra: dinero, mucho dinero.

—¿De qué se trata? —preguntó Fonfría con indiferencia y menosprecio a lo que tuviera para ofrecer.

—Tengo en mi poder y a su disposición, si desea comprobar su autenticidad, el panel derecho desaparecido del tríptico sobre el Descendimiento de Sebastiano del Piombo.

Augusto Fonfría recordó las palabras de Victoria Quirós. Ella había mencionado que Miguel y compañía habían encontrado algo en el Salón de Cortes, pero no había podido averiguar qué era. Pensó si sería lo que Miguel Roselló le estaba ofreciendo en ese momento. Estaba casi seguro de ello. Esa gente había vuelto a las andadas. Sin embargo, lo que más le intrigaba e interesaba era descubrir cómo conseguían la información y quién se la facilitaba. «¿Cuál será su fuente de conocimiento?», se preguntó.

Hasta instantes después, no supo qué contestar.

CAPÍTULO 79

Los días habían transcurrido con demasiada rapidez para Sara y Alejandra, quienes se habían tomado muy en serio lo de escarbar e indagar sobre el Real Colegio Seminario del Corpus Christi. Para ello, se habían repartido las tareas, aunque no de manera equitativa, ya que Sara, entre sus clases de yoga y la consulta de psicología, disponía de menos tiempo. Alejandra había tomado las riendas y se había sumergido por completo en las biografías de Francisco Ribalta y del Patriarca, don Juan de Ribera. Ahora desmenuzaba la monumental institución, especialmente ideada para la formación de futuros sacerdotes. Se impulsó su creación porque el clero valenciano atravesaba una notable escasez de eclesiásticos, que había derivado en una gran relajación de sus costumbres.

Alejandra cerró la carpeta y apagó el ordenador. Se masajeó las sienes y se frotó los ojos para intentar relajar la vista luego de tanto párrafo y tanta letra junta. Se dirigió a la cocina y se hizo un café con leche. Acercó la taza humeante a sus labios y aspiró el familiar aroma antes de dar el primer trago. Mientras lo hacía, se coló sin permiso en su mente una retahíla de traviesas imágenes que la transportaron a una época pasada. Se vio en su antigua y colorida casa, iluminada por una intensa luz que se filtraba desde la calle y que delineaba la silueta de su madre ocupada en la cocina. Alejandra se recreó en ella y la oyó canturrear la misma canción que tantas veces le había oído a Tía Rosa. Cuando dio el segundo trago, vio a su padre, envuelto en esa misma atmósfera brillante, sentado en el sofá leyendo el periódico. Sonrió, emocionada y conmovida, y pensó que, efectivamente, la imagen de una familia feliz, pudo haber sido real en algún momento. En el tercer sorbo, la escena se ensombreció, como el preludio de una tormenta terrible y trágica que deshacía esa felicidad al instante. Sus lágrimas empañaron la visión y poco a poco perdió sus colores hasta reducirse a solo blanco y negro. El espejismo se desvaneció y la devolvió a su angustiosa realidad al comprobar que, una vez más, ninguno de sus

padres tenía rostro. ¿Qué rostro les iba a poner si era incapaz de recordar sus rasgos, su voz y su olor? Los había colocado en la escena como quien pone a dos muñecos inertes, sin vida, para representar un papel. Las imágenes en las fotografías, sus únicos recuerdos, no eran suficientes para rellenar los huecos. Sentía un vacío que, a pesar de los años, persistía y persistía, ahogándola con la certeza de que le habían arrebatado años de felicidad.

Lluís se levantó con los ojos adormilados y al verla con el semblante triste, la abrazó.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó preocupado.

—¡Ya sabes, cosas mías! Recordaba a mis padres.

—¿Por eso te has levantado tan temprano? —dijo, y la miró con cariño—. Anoche te quedaste hasta muy tarde. Al final me dormí y no habías venido a la cama.

—Tenía que repasar unos datos sobre la iglesia del Patriarca y todo lo que la rodea. Gracias por estudiar conmigo.

—Tan solo fue un rato. ¿Qué piensas sobre el tema?

—No lo sé. Estoy despistada y no es por falta de información. ¡Tengo tanta que me va a salir por las orejas!

—Imaginemos por un momento —comentó Lluís por si podía echarle una mano— que Humberto tiene razón y que todo apunta a que el meollo se encuentra entre Juan de Ribera y su colegio seminario —expuso con cierto aire de secretismo—. Por otra parte, sabemos que sus tres pintores más importantes coincidieron durante unos años en la iglesia y realizaron allí distintos trabajos.

Alejandra asintió, aún sin saber hacia dónde la iba a llevar.

—Además, se sospecha —continuó Lluís con exagerados gestos de profesor, lo que provocó una carcajada en su mujer— que esos tres hombres formaban parte de una hermandad secreta que, en las últimas décadas, había ido menguando y agonizaba lentamente.

Alejandra cambió a una expresión pensativa y contempló esa perspectiva.

—De hecho —confirmó ella casi en un susurro—, desapareció pocos años después.

—Motivo suficiente —retomó él la explicación al ver que su mujer le seguía el juego— para que esos hombres tomaran las riendas y aseguraran la continuidad de la hermandad en el tiempo, posiblemente sembrando sus obras con señales.

La idea dejó a Alejandra sorprendida. Luego le dio un beso. Su vida no tenía ningún sentido sin él. Lo confirmaba cada día y no se equivocaba.

—Todo lo que hemos dicho no es más que una teoría —dijo Alejandra a la vez que retomaba sus quehaceres y bajaba de la nube de hipótesis.

—Que quizá podría ser cierta... —Lluís se mantenía en sus trece.

—¿Por qué no? Justamente hoy voy a ir con Sara y Tía Rosa a la iglesia del Patriarca. Veremos hasta qué punto tienes razón. Luego comeremos juntas.

—Me parece bien, si no tuviera la reunión esta mañana me iría a curiosear con vosotras.

—No te preocupes. Te informaré si encontramos algo. No sé hasta qué punto estamos haciendo las cosas bien. Hay días en los que pienso que vamos por buen camino y otros en los que siento que estamos perdiendo el tiempo.

—¡No te desanimes! Piensa que todo esto terminará algún día y que todos, antes o después, pagaremos por nuestros actos.

—¿Y tú crees que ya le ha llegado la hora a Augusto Fonfría? —le preguntó vacilante.

—¡Por supuesto! ¡Ni lo dudes! —Sus palabras reconfortaron a su mujer.

Una hora después, Sara y Alejandra deambulaban por las transitadas calles del centro. Pasaron por la puerta del Mercado Central y también por la fachada del Palacio del Marqués de Dos Aguas.

—¿Qué pasa con el piso de aquí? —le preguntó Sara en referencia al «nido».

—Está cerrado hasta que terminemos con la misión, pero Egea me entregó las llaves por si acaso lo necesitamos.

—No me acordaba. La verdad es que nunca se sabe. Jesús me ha comentado que ya tienen al individuo que merodeaba el Palacio de la Generalitat la noche que entramos.

—Menos mal que no identificaron a Andreu —apuntó Alejandra —. Unos minutos más tarde y nos graban a todos en la escena del delito.

—Hemos tenido mucha suerte.

—¡Suerte premeditada, querrás decir! De no ser por tu marido que se encargó de desactivar las cámaras, no sé si hubiéramos podido salir tan airosos.

Sara asintió.

—Entonces, debió de ser ese tipo el que destrozó las pinturas. ¿Se sabe quién es? —se interesó Alejandra.

—¡Un secuaz de Fonfría!

—¡Lo suponía! —exclamó Alejandra asqueada y deseosa de zanjar ya el tema.

—Se lo han encontrado muerto de un tiro en la habitación de un hotel —le explicó Sara.

—¡No me digas! ¿Crees que lo habrán ejecutado por orden del propio Fonfría?

—No me extrañaría nada —pronunció Sara con seguridad.

—Pues imagínate si hace eso con su equipo, ¿qué hará con aquellos que no le caen bien?

—¿Nosotras, por ejemplo? —murmuró Sara.

—¡Especialmente nosotras! —afirmó su hermana con una risita falsa.

Acababan de entrar en la amplia plaza del Colegio del Patriarca que a esa hora de la mañana se encontraba casi desierta, excepto por su tía y dos o tres personas más. Rosa las esperaba apoyada en la fuente adosada a la fachada de La Nau, frente a la estatua de mármol blanco que representaba la sabiduría. Cuando se encontraron, se saludaron cariñosamente como de costumbre.

—Vamos a darnos prisa que la misa está a punto de empezar —exclamó Sara.

Las tres se encaminaron hacia el imponente edificio de la calle La Nave, cuyo acceso constaba de dos puertas, una pegada a la otra. Una de ellas, sencilla y sin adornos, conducía a un vestíbulo que daba paso al colegio y a la capilla de la Inmaculada. La otra, llevaba a la capilla de estilo renacentista, y presentaba dos columnas dóricas de mármol a cada lado. En lo alto de las columnas, esculpido en piedra, se encontraba el escudo del Patriarca, un emblema que se repetía en varios puntos de la institución.

—Para acceder a la iglesia es necesario pasar por el atrio —explicó Alejandra—. Al ser un colegio privado de seminaristas, en

aquella época no se celebraban servicios abiertos al público. Hemos venido hoy porque los viernes se celebra el solemnísimo *Miserere*, que en latín significa «apiádate». Al parecer es un salmo de la Biblia que fue compuesto por el rey David para pedir perdón por sus pecados.

Al entrar en la antesala, les llamó la atención un caimán disecado que colgaba del muro izquierdo.

—Le llaman «el dragón del Patriarca». Fue un regalo del virrey del Perú al arzobispo Juan de Ribera —explicó Alejandra—. El Patriarca lo llamó Lepanto y lo tuvo hasta que murió. Vicente Blasco Ibáñez popularizó una leyenda sobre él, que luego os contaré.

Atravesaron el umbral que conducía a la iglesia, en forma de cruz latina y con cuatro capillas laterales, y se detuvieron en aquel remanso de paz.

Sus ojos no pudieron evitar recorrer las bóvedas de medio cañón y la cúpula, con su linterna, ubicada en la intersección de los brazos del crucero. Las pilastras, los muros y los frescos del genovés Bartolomé Matarana y su amplio equipo de colaboradores, realizados entre 1597 y 1605, las embelesaron por la composición de sus dibujos y los colores de un efectismo desconcertante. Los motivos incluían ángeles, emblemas y alegorías, junto a un sinfín de cenefas y medallas que reflejaban las indicaciones y pautas del arzobispo en resaltar la Eucaristía.

En absoluto silencio, disfrutaron de una intimidad inusual junto a no más de diez personas. Recorrieron la nave central con solo el sonido de sus pasos, envueltas en una semipenumbra provocada por la escasa luz natural que se filtraba a través de las ventanas de la cúpula y creaba un efecto de grandiosidad en aquel espacio sagrado. Alejandra, que iba delante, se detuvo cerca de la segunda capilla de la derecha. Era la de la Trinidad o Todos los Santos y exhibía un gran lienzo de Juan Bautista Suñer que representaba la última comunión de san Juan de Ribera. Según había leído, el cuadro había sido recientemente restaurado, y la sorpresa fue enorme al descubrir que habían logrado recuperar las tonalidades originales.

—Este lienzo —susurró Alejandra, y lo señaló— hace de bocaporte y se desplaza en fechas específicas para revelar el nicho del santo Patriarca. Sus restos se encuentran detrás y fueron trasladados desde el centro del crucero, donde se habían depositado inicialmente.

Las luces de la iglesia se encendieron y luego tres sacerdotes

emergieron de la sacristía, cada uno con un candelabro con las velas encendidas. Tras ascender los seis escalones, los colocaron sobre el altar, dando comienzo a la homilía.

Sara volvió a fijarse en los escudos del Patriarca, repartidos por toda la iglesia, más específicamente en cada una de las bóvedas. Luego, admiró el amplio crucero adornado con las magníficas pinturas de Matarana, que narraban la vida, los martirios y los milagros de los patronos de la ciudad: san Vicente Ferrer y san Vicente Mártir.

Rosa estaba emocionada, a pesar de que la misa era oficiada en latín. Era como si se hubiera transportado a otra época. Sobre todo, cuando el coro, en armonía con el órgano y situado al fondo de la nave central, entonaron el canto del *Miserere*, de la misma manera que lo hacían cuatrocientos años atrás. La grandeza de aquel lugar, junto a los cánticos espirituales, le erizó de emoción el vello de sus brazos. Entusiasmada, admiró el altar y las seis columnas de jaspe verde de Indias, tres a cada lado, que custodiaban la pintura central: *Última cena*, de Francisco Ribalta, considerada una de las mejores obras del pintor por su magnífico trazado de las figuras, sus formas y colores.

El coro seguía entonando los cánticos e inundando cada rincón de la iglesia, mientras que uno de los sacerdotes, con el incensario en las manos, purificaba el altar y lo impregnaba todo con el consabido olor dulzón.

Las luces se apagaron y la mística nube de humo se dispersó con lentitud. Sin prisa, buscó los recovecos más distantes hasta empañar el lienzo *Última cena* que cubría el altar, ya casi a oscuras.

Instantes después, presenciaron cómo el lienzo de Francisco Ribalta, datado en 1606, descendía lentamente hasta revelar unas cortinas de color morado. Al ritmo acompasado del cántico del *Miserere*, que no había cesado en ningún momento, se dio paso al acto ceremonial de carácter casi teatral: las cortinas se descorrieron gradualmente hasta descubrir una talla de origen alemán. Se trataba de un inmenso crucifijo, obsequio de la dama valenciana Margarita de Cardona a Juan de Ribera en 1601, con el fin de que fuese venerado en la Real Capilla del Colegio Seminario que se acababa de erigir en Valencia.

Alejandra, impresionada, se emocionó ante la belleza del Cristo. Desde la ventana lateral derecha en lo alto del crucero, una suave columna de luz se extendió en diagonal hasta tocar el suelo. Alejandra

quedó cautivada por su pureza. Su resplandor contrastaba con la opacidad reinante y se fusionó con los millones de partículas empolvadas del incienso, como si estuviera venerando ese instante y apuntando hacia la primitiva losa sepulcral del fundador.

CAPÍTULO 80

La misa hacía rato que había acabado y los escasos feligreses se habían marchado, salvo Sara, Alejandra y Rosa, que todavía se encontraban sentadas sobre el banco de madera con sentimientos encontrados. Por un lado, la homilía que acababan de presenciar las había llenado de paz y serenidad, pero, por otro lado, se sentían desorientadas en su investigación, sin saber por dónde comenzar ni qué buscar.

Finalmente, se pusieron de pie y examinaron las pinturas del crucero de Bartolomé Matarana. Sara sacó su móvil y las fotografió. Aparentemente no había ningún dato relevante.

—Estos tres frescos de la parte derecha —señaló Alejandra— representan a san Vicente Ferrer. Podemos ver la entrega de reliquias en un lado, la muerte del santo en Vannes en el otro y, en el centro, la escena del compromiso de Caspe. Aquí sí que hay un dato curioso que no sé si nos ayudará o no: el pintor aparece representado entre los personajes y nos está mirando. Es la figura de la izquierda, vestida con un blusón negro y una golilla blanca.

—¡Ya lo veo! —gritó Rosa sorprendida.

—En este otro lado —dijo, y caminó hacia la parte izquierda— se representan las torturas y la muerte de san Vicente Mártir con un lecho de rosas —dijo mientras señalaba.

—¡Qué barbaridades hacían entonces! —exclamó su tía, desconcertada por aquellos comportamientos tan acérrimos.

—¿Os habéis fijado en el lienzo *Última cena* de Francisco Ribalta que está en el altar? —preguntó, y se colocó frente a él.

Las demás la siguieron y fijaron la vista sobre el lienzo.

—Esta obra sustituyó a otra representación de la Santa Cena que se conserva en el aula del colegio. La razón del cambio fue porque la primera mostraba una cena judía sencilla, mientras que la de Ribalta enfatizaba más el sentido eucarístico, que Juan de Ribera siempre priorizó a lo largo de su andadura. En esta versión, vemos una mesa

diáfana con un mantel blanco a modo de altar y destaca el cáliz que replica al que se conserva en la Catedral, mientras los apóstoles están pendientes de Cristo que bendice el pan. Sin embargo, uno de ellos, Judas, da la espalda al grupo y nos mira directamente. ¿Veis que sostiene la bolsa de las monedas con la mano izquierda?

—¡Ay, Judas! —exclamó Tía Rosa, y sacudió la cabeza como si lo regañara—. Y ahí están san Pedro y san Pablo. —Señaló las dos grandes figuras a ambos lados del altar—. Que son los pilares de la Iglesia apostólica católica y romana.

—Muy bien, tía —exclamó Alejandra sonriente—. Y aquí están los martirios de san Mauro y san Andrés, que representan el misterio del sacrificio en la humanidad.

—Como siempre, a san Andrés se le ve representado con la cruz en forma de aspa —murmuró Tía Rosa encandilada por la cantidad de detalles en la pintura.

—¿Y ahora qué? —preguntó Sara—. ¿Por dónde tiramos?

—¡Ni idea! —soltó su hermana perdida—. La iglesia está repleta de obras de los tres pintores. Allí justamente —dijo y apuntó hacia una de las capillas laterales— hay varias de Juan Sariñena. Lluís mantiene la teoría de que la iglesia podría estar llena de señales de esos tres pintores que nos indiquen el camino.

—Pues dile a tu marido que venga y nos ayude a buscar —agregó Sara, muerta de risa.

—Hijas, ¡esto va a ser imposible de localizar! —replicó Tía Rosa perpleja.

—Podemos intentarlo en la capilla del Monumento —propuso Alejandra—. Me refiero a la de los tapices. Nunca se sabe... Igual se nos ilumina algo.

—No perdemos nada, aunque no lo creo —dijo Sara con pesimismo.

Para acceder a la capilla, salieron a la calle y entraron por la puerta de al lado que comunicaba con otro zaguán. Allí se encontraba un hombre que brindaba información a los visitantes. Sara se acercó.

—Perdone, ¿para visitar la capilla hay algún horario? —preguntó al notar que el acceso estaba cerrado.

—Sí, dentro de cinco minutos podrán entrar si lo desean —respondió amablemente el hombre.

—¡Fantástico! Muchas gracias —contestó Sara educadamente.

Mientras esperaban, echaron un vistazo a través de los cristales que daban al claustro, considerado una obra magistral de la arquitectura valenciana, compuesto por sesenta columnas de mármol de Génova. En el centro del patio, como era de esperar, se erguía la estatua de san Juan de Ribera, obra del gran escultor Mariano Benlliure.

Pasados unos minutos, el hombre abrió la puerta y entraron junto con otra pareja que las siguió. La capilla constaba de una sola nave, sin capillas laterales; en su lugar, las paredes estaban cubiertas hasta media altura por zócalos de azulejos. Sobre ellos se desplegaban cuatro impresionantes tapices ejecutados con una maestría admirable, tanto por su colorido como por sus figuras y significado.

—En esta capilla se instala el monumento de Jueves Santo, de ahí su nombre —les explicó Sara—, aunque también se llama de la Inmaculada y de la Purísima Concepción, por la imagen tallada en madera policromada que preside el altar. Justo debajo, hay una valiosa talla de Cristo yacente que sale en la procesión de Semana Santa.

—¡Cuánto trabajo lleva! —murmuró Tía Rosa, maravillada—. Ya no se hacen estas cosas. Ahora va todo mucho más ligero. ¡Qué pena!

—Toda la capilla ha sido restaurada, incluso la iluminación ha sido modificada para preservar tanta obra de arte junta. Aunque esta sala se caracteriza principalmente por sus extraordinarios y valiosos tapices —continuó Alejandra, y se aproximó a uno de ellos—. La serie está compuesta por seis piezas, aunque aquí solo podemos ver cuatro. Los otros dos no están visibles al público. Se centran en las alegorías morales y los pecados capitales. Estos tapices flamencos de Tournai, datados entre 1500 y 1530, se atribuyen al taller de Pieter Van Aelst y poseen un valor incalculable. Fueron un regalo que el Patriarca recibió de su padre, don Perafán de Ribera, lo que les suma un inestimable recuerdo paterno.

—¿Y se supone que de aquí tenéis que sacar alguna pista? —le preguntó a sus sobrinas.

Ellas asintieron no muy convencidas.

—No sé cómo lo vais a hacer. De verdad que me gustaría ayudaros.

—Nosotras tampoco —contestó Sara.

Tía y sobrinas pasaron la mañana entre historia, arte y religión. Moda, cotilleos y confesiones. Buscaron un restaurante para comer y pidieron tres copas de vino para calentar motores. Antes de dar el primer trago, Tía Rosa las miró con el semblante muy serio.

—¡Miguel no está bien! —soltó de cuajo.

—¿Cómo que no está bien? —le preguntó Sara con inquietud—. ¿Te refieres de salud?

—¡No, no digo que le duela algo, que seguro que sí! —explicó Tía Rosa—. Me refiero a que no está centrado como siempre. Sabéis que él siempre ha sido y es un hombre atento conmigo, cariñoso. Muy meticuloso para sus cosas. Le gusta tenerlo todo controlado. No sé..., lleva una semana que está pensativo y distante. ¡Nervioso! —dijo, y alzó un poco la voz—. Hasta le ha afectado al sueño: le cuesta dormirse y da vueltas y vueltas. Se despierta varias veces a media noche. Fijaos... ¡él, que se dormía hasta de pie!

—No seas exagerada, tía —intentó aplacarla Alejandra—. Seguro que no es tan grave como lo pintas.

—Tengo la sensación de que me oculta algo, porque no quiero pensar algo peor —murmuró con desasosiego.

—¿Peor como qué? —demandó Sara atenta.

—Pues que nos vamos haciendo mayores y, a veces, la cabeza empieza a fallar y... —Su tono decaído se apagaba.

—¡Para, para, tía! —gritó Sara con las manos levantadas en un intento de frenar su desvarío—. ¡No te montes películas infundadas, por favor! ¡Miguel está perfectamente y su cabeza no puede estar más cuerda! ¿Cómo podría llevar la carga que está manejando con los manuscritos si no fuera así?

—¡Pues entonces me oculta algo! ¡Que lo conozco como si lo hubiera parido! —añadió con mal talante, recobrando la energía.

—¡Me extraña mucho! —replicó Sara—. ¡Porque tú tienes un radar que lo detecta todo! Me acuerdo cuando éramos niñas que no te podíamos mentir.

—Perdona... ¡niñas y adolescentes!, ¡nos las pillabas todas! —despotricó Alejandra simulando un enfado.

La comida para Rosa transcurrió con la confianza que brinda tener a su lado a las personas que quería. Con las que quería compartir toda la vida. Por las que daría la vida si fuese necesario,

porque sabía que harían lo mismo por ella.

CAPÍTULO 81

Después de desayunar, Miguel Roselló se despidió de Rosa. Sabía perfectamente cuáles serían sus siguientes pasos. A pesar de sus intentos por dormir, los nervios habían tomado el control aquella noche y en algunas otras anteriores. Su mujer, que lo conocía demasiado bien, se lo había hecho notar con preocupación en varias ocasiones. Salió de casa con la sensación de que su respuesta no la había convencido del todo. Sabía que tenía que estar atento con ella, pero no podía permitir que su preocupación le desconcentrara en esos momentos. Hizo su recorrido habitual hasta la Casa Vestuario y bajó a la sala de los manuscritos. Sabía que en ese momento no habría ningún síndico, ya que estarían en una reunión que los mantendría ocupados, por lo menos, un par de horas. En caso de encontrarse con alguno, siempre podía alegar que estaba allí porque necesitaba revisar algunos datos. Apenas entró, rápidamente localizó el tubo de cuero y verificó que el lienzo del tríptico de Sebastiano del Piombo estuviera dentro. Notó con desagrado que las manos le temblaban. Cuando lo tuvo todo controlado, salió de la sala y atravesó la plaza de la Virgen con prisa, como si le persiguiera alguien. Rápidamente cruzó la concurrida peatonal Navellos y en su camino, se chocó con algunas personas que iban y venían. Miguel se inquietó ante la idea de que se lo pudieran robar y aferró el tubo firmemente entre sus brazos. En cuanto llegó a la calle del Conde de Trénor, junto al río, detuvo el primer taxi que vio libre.

—¡A la avenida Marqués de Sotelo, por favor! —dijo con dificultad para respirar. Reconoció para sí que ya estaba mayor para esos vaivenes.

Minutos después, se encontraba delante de la puerta giratoria del edificio INACFA. Durante el trayecto, se había recuperado del malestar y había recobrado la compostura. Se autoconvenció de que esto era lo que debía hacer y no dudaría en ningún momento. Una vez dentro, la señorita de recepción anunció su visita y un hombre vestido

de negro le acompañó hasta el despacho de Augusto Fonfría.

—Adelante, señor Roselló, ¡pase! —pronunció el dueño de INACFA con arrogancia y luciendo un traje de chaqueta impecable.

Miguel se adentró y notó la presencia de otro hombre. Era de estatura media y vestía con elegancia. Tenía una avanzada alopecia y una notoria miopía que se adivinaba fácilmente a través de sus gafas de acetato.

—Permítame presentarle a Gregorio Pardo, mi hombre de confianza en estos asuntos tan... delicados —dijo Fonfría con una risita—. Es perito judicial y un profesional experimentado en la materia. Un veterano tasador de arte.

Los dos hombres se estrecharon las manos con la cortesía que requería la ocasión.

—¡Le advierto que es muy exhaustivo y meticuloso en sus evaluaciones! —le informó Fonfría.

—Me satisface que cuente con personal tan competente; así la valoración será incuestionable —respondió Miguel con cierto escepticismo.

—¡Veamos qué nos trae usted! —articuló el señor Pardo, dudoso de la autenticidad del contenido—. ¡A ver si es verdad todo lo que me han contado!

—Compruébelo usted mismo —contestó Miguel, que apoyó el tubo sobre la mesa, lo abrió y lo desplegó delante de ambos.

—¡Oh! —exclamó el tasador, estupefacto, seguido de unas cuantas exclamaciones similares.

Augusto Fonfría, boquiabierto, deslizó las yemas de sus dedos sobre las imágenes con la misma suavidad y el mismo deseo que acariciaría la piel de una mujer. Miguel los observó detenidamente, complacido. El lienzo parecía haberlos impresionado, lo cual le agradó.

Gregorio Pardo frunció el entrecejo nada más verlo. Desconcertado, entrecerró los ojos y se le empequeñecieron aún más a través de sus lentes. Se los quitó y, con ellos en la mano, se acercó al lienzo hasta casi rozarlo, como un sabueso ante un hallazgo crucial. La mayoría de las obras que examinaba resultaban ser imitaciones irrelevantes, algunas tan malas que ni siquiera merecían su tiempo. Sin embargo, en esta ocasión, su olfato de veterano tasador le indicaba que se encontraba delante de algo excepcional. Conocía los trazos de

Del Piombo a la perfección. Era un pintor que siempre le había fascinado, por lo que había estudiado su obra hasta la saciedad y se la conocía al dedillo.

Se tomó su tiempo ante el silencio sepulcral de Miguel y la expresión interrogante de Fonfría, quien navegaba entre la desesperada ansiedad por conocer su veredicto, con el corazón latiendo con impaciencia. Una sensación tan adictiva como aquella solo podía compararla con el preludio de un orgasmo.

—Aunque necesitamos hacer verificaciones más precisas, todo indica que sí es auténtico —confirmó Gregorio Pardo, y volvió a colocarse las gafas.

Augusto Fonfría culminó su éxtasis con una sonrisa arrebatadora en sus labios.

—¿Puedo saber cómo lo ha conseguido? —le preguntó el tasador a Miguel, sumamente intrigado.

—¡Me temo que no! —La negativa de Miguel fue rotunda—. Eso debe permanecer en absoluto secreto.

Gregorio Pardo levantó las cejas, ante esa respuesta no le quedó más opción que aceptarla.

—Pero sí podría pedirle que nos permita tenerlo unos días para asegurarnos —le propuso con tacto.

—¡Tampoco! —Miguel, suspicaz, rechazó la propuesta mientras valoraba cómo iba a salir de allí con el óleo en su poder—. Ya lo han visto y eso es todo lo que puedo ofrecer. —Tras sus palabras, se dispuso a enrollarlo para guardarlo.

Augusto Fonfría miró a su tasador, instándolo.

—Por lo menos nos dará la oportunidad de verlo otra vez, para asegurarnos, ¡claro está! Piense que hacer una valoración de este calibre lleva su tiempo. Sobre todo, cuando hablamos de una suma que podría ser muy muy elevada. Comprenda que necesitamos estar completamente convencidos de su autenticidad.

—Lo comprendo —zanjó el tema Miguel a la vez que cerraba la tapa cilíndrica—. Hagan las gestiones necesarias, no tengo prisa. Cuando esté lista su oferta —miró a Augusto Fonfría— nos volveremos a ver. ¡Así de simple! Ahora, si me disculpan... —Hizo ademán de marcharse.

—Una última pregunta —soltó Fonfría con desdén—. ¿Se lo ha ofrecido a alguien más?

—Todavía no, pero tengo un par de nombres en la reserva. Señores... ¡que tengan un buen día!

Miguel abrió la puerta del despacho y se dirigió hacia los ascensores.

Mientras tanto, Augusto Fonfría, envuelto en rabia e impotencia, dio órdenes a los dos hombres que estaban en el vestíbulo del edificio:

—¡Quiero que lo sigáis a toda costa! A dónde va, qué es lo que hace, con quién se relaciona. ¡Todo! No acepto ninguna clase de excusa. E importante: ¡no perdáis de vista el paquete que lleva! Si tenéis oportunidad de robárselo, ¡hacedlo!

Miguel bajó del taxi al final de la calle del Almudín, a pocos metros de la Casa Vestuario. Al estar la plaza de la Virgen por medio, el conductor no pudo dejarle en la puerta. Rápido, caminó mirando hacia atrás y esquivando a la gente. Sabía el riesgo que corría, aunque su gran temor no solo era que le siguieran, sino que le intentaran quitar el óleo que sujetaba fuertemente con las dos manos. En su cabeza daban vueltas demasiadas preguntas: ¿qué explicaciones iba a dar entonces? ¿De dónde iba a decir que lo había sacado? Cuando entró en la Casa Vestuario, se coló en la sala de los manuscritos, dejó el lienzo en su lugar original, y respiró aliviado. Esperó unos minutos y salió a la calle.

Mientras tanto, Oliver y Rómulo, que acababan de bajar de otro taxi, merodeaban por la plaza para hacer tiempo, hasta que poco después vieron salir a Miguel del mismo lugar por donde lo habían visto entrar. Sin embargo, llevaba las manos vacías, sin el paquete que su jefe les había mencionado.

En la última planta del edificio INACFA, Victoria Quirós se enteró por Augusto Fonfría de que estaban siguiendo a Miguel Roselló y de que había estado en aquel despacho junto con el óleo desaparecido de Del Piombo.

—Pero, señor Fonfría, ¡me estaba encargando yo de ese tema! —renegó, dolida por haberla dejado en la retaguardia—. Además, Bruno puede realizar perfectamente ese trabajo y seguir mis instrucciones, dadas por usted, naturalmente.

—¡No acepto más errores! —bramó Fonfría aún resentido por su incompetencia—. Esta es la última oportunidad que tienes para

redimirte.

—Gracias, señor Fonfría. ¡No le defraudaré! —respondió, entusiasmada de volver al juego.

—Ya hemos descubierto entonces lo que encontraron esa noche en el Palacio de la Generalitat —añadió Erika Fonfría, que se incorporaba a la conversación.

—Sí, y además para más inri, es auténtico —dijo Quirós, maquinando en silencio—. ¿Cómo coño lo hacen?

—Eso es lo que tienes que averiguar, y pronto —apremió Fonfría visiblemente alterado—. Han de tener algún recurso que les abre las puertas, y no es la primera vez que lo utilizan.

—Estoy de acuerdo. Me corto el cuello y no me equivoco de que está en la Casa Vestuario —especuló Quirós.

—¡Pues no hace falta que te diga lo que tienes que hacer! —le ordenó Fonfría.

—¿No os parece raro el comportamiento de Roselló? —cuestionó Erika.

—Sí, yo también estoy con la mosca detrás de la oreja. No me encaja su actitud —murmuró su padre pensativo—. ¡Que traicione así a su gente cuando siempre los ha defendido a capa y espada!

—¿Cree que pueda ser una triquiñuela? —preguntó Quirós—. ¿O quizá se ha vuelto ambicioso con la edad?

—¡No me importan los motivos! —rugió Fonfría—. ¡Pero sea como sea, ese óleo de Del Piombo ha de ser mío!

CAPÍTULO 82

El presidente del Tribunal de las Aguas llamó a la comisaría de policía y preguntó por el inspector Valdés, quien acababa de comenzar su turno de mañana.

—Buenos días, Humberto, ¿qué se le ofrece? —preguntó Valdés en un tono amistoso, extrañado por la llamada tan temprana.

—Jesús, esta noche han entrado en la Casa Vestuario. Han forzado la cerradura principal y está todo revuelto.

—¿Cómo? —voceó, y se incorporó de su asiento—. ¿Han entrado en...? —No quiso pronunciar la sala de los manuscritos. No era necesario.

—No... ¡Gracias a Dios que no! —contestó abrumado.

—No toquen nada. Llegaremos en pocos minutos.

Los coches de policía irrumpieron en la plaza de la Virgen con las luces encendidas. De uno de ellos bajaron el inspector Valdés y el subinspector Roque y se acercaron a los síndicos que se encontraban en la calle.

—Te hemos hecho caso. Ni siquiera hemos colocado las sillas... —señaló Jaime Santos, síndico y jurado de Quart, conmocionado.

—Bien hecho —le contestó Valdés, y le apoyó su mano en el hombro.

La antesala era un lugar relativamente amplio, con dos puertas a su derecha que conducían a las plantas superiores. El lado izquierdo, por tradición de cientos de años, lo ocupaban los sillones de cada uno de los síndicos. Se trataba de los mismos sillones que se sacaban todos los jueves a las doce del mediodía y se colocaban en forma circular en la Puerta de los Apóstoles de la catedral para que se celebraran los milenarios juicios. Valdés caminó entre ellos, habituado a verlos siempre en la misma disposición, pero ahora los encontró volcados en el suelo, alguno incluso dañado. Acompañado por Roque, subió a los despachos donde también se habían ensañado con la mesa principal, las estanterías e incluso la biblioteca; muchos de los libros estaban

fuera de su sitio y algunos tenían páginas rotas.

—¡Qué desastre! —se lamentó Humberto al mirar a Valdés—. ¿Quién ha podido hacer todo esto? Si aquí no tenemos dinero ni nada de valor... —Sus palabras se quedaron en el aire al pensar en los manuscritos edetanos.

El inspector Valdés pensó lo mismo y apenas le dedicó una mirada cómplice. Augusto Fonfría había empezado a actuar, no cabía duda, y al parecer iba a por todas. Si no habían dado con la sala oculta, lo volverían a intentar. Valdés estaba casi seguro de que antes o después la encontrarían. Ya estaban sobre la pista y eso era peligroso, muy peligroso. Demasiado tiempo habían mantenido el secreto oculto y fuera del alcance de sus garras. Sin embargo, parecía que ese lugar reservado para unos pocos, esa fuente de sabiduría ilimitada, tenía los días contados.

Jesús Valdés llegó a casa a la hora de cenar, algo más pronto de lo que acostumbraba. Llevaba un día de perros. Desde el allanamiento en la Casa Vestuario a primera hora de la mañana, donde parecía que no habían robado nada, solo causado daños, hasta la ardua reunión con la comisaria Ortiz, que había finalizado hacía poco. Un día para enmarcar y colgar en la pared.

Sara le notó la expresión de agotamiento nada más entrar y le llevó hasta el sillón para darle un masaje.

—¿Un día duro? —le preguntó mientras le masajeaba el cuello.

—Sí —contestó con poco aliento—. Anoche entraron en la Casa Vestuario.

—Lo sé... Ha llamado Humberto.

—¿Qué quería? —preguntó, y se dio la vuelta para mirarla de frente.

—Saber si podíamos convocar una reunión para esta noche —dijo, sin detener las manos.

—Pues muchas ganas no tengo, la verdad. ¿Es necesaria?

—Le he dicho que sí —añadió, y detuvo el masaje—. Dado lo sucedido, no es seguro hacerla en la sala de los manuscritos. Y ya la hemos hecho en casa de mi hermana y de Miguel, de forma que le he dicho que aquí.

—¡Joder, Sara!

—Lo siento. Creía que te lo ibas a tomar de otra manera —se disculpó.

—¡Qué ganas tengo de ir zanjando ya estos temas!

—Yo también, pero hasta que ese día llegue, solo podemos seguir adelante.

—De acuerdo —claudicó—. Me daré una ducha a ver si me espabilo.

Jesús se levantó y la miró. La cogió de las manos y se las rodeó por su cintura, abrazándola.

—Yo sé que tú no tienes la culpa. A veces mandan las circunstancias y es lo que nos toca vivir.

Sara asintió.

—¡Y debemos aceptarlo tal y como es! —murmuró ella.

Él la besó en los labios.

—Te quiero. Te quiero mucho —le susurró.

—¡Yo más!

Transcurrieron apenas dos horas cuando Lluís y Alejandra fueron los primeros en llegar. Después llamaron a la puerta Miguel, Rosa y Humberto. Andreu fue el último en llegar. Disculpó a Rebeca, que no había asistido porque no se encontraba bien.

Acomodados entre el sofá y las sillas del salón, el presidente de las Aguas inició la conversación:

—Imagino que todos sabéis que la Casa Vestuario no está en condiciones de tertulias y que la sala de los manuscritos está en peligro. Esta vez se ha salvado, pero no sabemos qué puede ocurrir la próxima vez, ¿verdad, Jesús?

—Así es —afirmó Valdés—. Aunque no hay pruebas contundentes, todo apunta a que detrás está la mano de Augusto Fonfría.

—Si se ha atrevido a irrumpir ahí, es porque va a por todas —opinó Alejandra tajante—. No sé si opináis lo mismo que yo. Al fin y al cabo, todos lo conocemos.

—Evidentemente. Yo también lo creo —añadió Humberto—. Quisiera decir que podemos estar tranquilos de que la entrada a la sala secreta es casi inaccesible si no se conoce el sistema de apertura.

—Usted lo ha dicho, Humberto, casi inaccesible —repitió Jesús con la voz de la experiencia—. Pero si hubiera amenazas o coacción violenta de por medio, ¿quién puede asegurar que mantendrá la calma

y la boca cerrada?

Nadie contestó.

—¡Tal vez haya una solución! —habló Alejandra a la vez que intentaba ordenar el caos de ideas que se amontonaban en su cabeza.

Todos se volvieron hacia ella, algunos con la sospecha de lo que podía sugerir con ese comentario.

—Humberto, puede que con lo que le voy a proponer esté adelantándome a sus intenciones y a la de los demás síndicos. Si es así, le ruego disculpas. Solo deseo ayudar y facilitar la situación.

—No te entiendo, Alejandra —dijo el presidente del tribunal al notar su expresión seria.

—En alguna ocasión, le he oído decir que los años ya pesan para la ardua tarea de descifrar los manuscritos edetanos. Entiendo que a veces son frases hechas que se dicen en momentos determinados y no reflejan la realidad. —Hizo una pausa—. Si usted supiera de alguien, con garantías y buenas referencias... Quiero decir, alguien de suma confianza que no busque lucrarse, ni tener poder, y mucho menos corromper ese manantial de sabiduría... —hablaba con calma—. Alguien que valore los manuscritos de la misma manera que ustedes: con la misma sencillez, el mismo respeto, la misma sensatez y el mismo cariño. ¿Consideraría delegarlos?

Una palidez invadió el rostro de Humberto Fernández. Era cierto que había comentado esa frase, y también lo era que podría ser una buena solución, dadas las circunstancias. Sin embargo, tras tantas horas de estudio sin límite, tantas satisfacciones y aventuras, tener que despedirse de esos manuscritos era algo que le costaba asumir. Recordó a uno de sus hijos cuando se marchó a otro país. Sabía que era por su bien, pero eso no evitó su dolor.

—Ya sé que le ha pillado por sorpresa —mencionó Alejandra, sin saber si seguir por ese camino o no.

—Alejandra, confío en tu juicioso criterio —dijo finalmente Humberto— y deduzco que, si me haces esa proposición, es porque contemplas que es viable y tienes alguien en mente.

—Sinceramente, sí. Creo que no podría haber un candidato mejor, después de ustedes, claro está.

—Adelante, ¿quién es? —preguntó con cautela.

—¿Conoce la asociación ARCA?

Humberto negó con la cabeza.

—Yo tampoco hasta hace poco más de un año —le confesó Alejandra con serenidad—. ARCA son las siglas en inglés de la Asociación para la Investigación de los Delitos contra el Arte.

—¿Delitos? —exclamó Humberto alarmado.

—No se asuste. Sí, se dedican a preservar el arte para que no se corrompa. Buscan erradicar la corrupción y el comercio ilícito multimillonario que se mueven en este ámbito pantanoso.

—¿Crees que a nosotros se nos podría juzgar por haber ocultado los manuscritos, aunque haya sido sin ánimo de lucro y escritos por nuestros antecesores?

—No malinterprete mis intenciones, Humberto —reculó ella, y por un instante pensó que no había sido una buena idea—. No sé hasta qué punto lo que hacen está permitido, lo desconozco. Aunque me consta que ha sido siempre con buena fe. Pero le puedo asegurar que si ARCA, con todos sus recursos, no sabe darle la utilidad que merecen esos manuscritos, nadie lo hará.

El presidente del Tribunal de las Aguas permaneció en silencio y valoró el ofrecimiento. Esa opción le había pillado tan de sorpresa que lo había dejado desprovisto de palabras.

—Este tema no me concierne solo a mí —contestó con precaución—. Hablaré con el resto de síndicos para ver qué opinan al respecto y estudiaremos dicha asociación. Necesitamos llegar a un consenso.

—Por supuesto —aceptó Alejandra de buen grado—. ¡Sé que es una decisión difícil!

CAPÍTULO 83

En el salón de Jesús y Sara de la calle Quart se habían debatido varios temas que incumbían a todos. Zanjados algunos y a la espera de la resolución de otros, se planteaba la cuestión de cómo descifrar el código civil y encontrar el supuesto botín que la hermandad reunió y ocultó a lo largo de cien años.

—Hemos repasado vida y milagros de los personajes que ya conocemos. —Sara miró a su hermana—. También hemos visitado la iglesia del Patriarca y la capilla de los tapices, como se la llama coloquialmente, y hemos visto algunas obras de los tres pintores que trabajaron para san Juan de Ribera. Pero estamos estancadas sin saber para dónde ir. Sin otras pistas es imposible avanzar.

—Según nuestra experiencia en situaciones similares —intervino Lluís—, sostengo la teoría de que la iglesia o el recinto del colegio deberían estar sembrados de señales de esos tres pintores que nos indiquen el camino que hay que seguir.

—Sí, cuñado —habló Jesús—, es muy fácil tirar la piedra. Ahora falta averiguar si es cierto y dónde coño están.

—Mantengamos la calma —añadió Tía Rosa, y aprovechó para darle un codazo a Miguel que se había quedado como alelado.

—Sé que todos estamos haciendo un gran esfuerzo —añadió Humberto—, por lo que hoy intentaremos subsanar algunos errores. Reconozco que en parte ha sido mi culpa incitaros a una búsqueda basada en suposiciones y sin demasiados fundamentos. Por eso, desde que os fuisteis de la Casa Vestuario no hemos parado de leer e indagar. Coincido con tu teoría, Lluís, pero no debemos pasar por alto las primeras señales de los tapices. Insisto en que no creo que fueran simples imágenes; tienen que tener un significado adicional.

—¿Ha traído las fotografías? —preguntó Alejandra.

Humberto las esparció por la mesa, cada uno cogió una y la revisó en silencio.

Rosa tenía en la mano una fotografía de tres cruces dibujadas.

—Aquí está la cruz latina que todos conocemos —susurró— y esta otra que lleva una barra transversal más pequeña arriba, ¿cuál es? —preguntó con el ceño fruncido.

—Es la patriarcal —le contestó Miguel—. Puede que con ella se refiera a Juan de Ribera.

—Ah, claro... —asintió Rosa— porque la tercera cruz en forma de aspa se referirá a san Andrés —mencionó en un intento de atar cabos —. Que, por cierto, lo vimos crucificado en las pinturas de la iglesia del Patriarca, ¿verdad, Alejandra?

Su sobrina asintió a la vez que asimilaba sus palabras.

—Un momento... ¿San Andrés era pescador? —preguntó Andreu.

—Sí —afirmó Rosa—. ¡Pescador y el hermano de san Pedro!

Andreu se levantó y revolvió las fotos hasta que encontró la que contenía varios peces y se la mostró a los demás.

—Es posible que se refiera a san Andrés —dijo Alejandra poco convencida—, pero las pinturas murales de Matarana se pintaron mucho después de que se hicieran esos dibujos en los tapices. ¡No me cuadra!

—¿Y si en realidad no se refiere a las pinturas sino al santo en sí? —propuso su hermana.

—O a la iglesia de San Andrés —opinó Humberto, y dejó a todos sin palabras.

—¿Dónde se encuentra esa iglesia? —preguntó Sara mientras trataba de ubicarla mentalmente.

—Creo que está en la calle Colón, al lado del hotel AC, o algo así —mencionó Rosa—, lo que pasa es que está oculta entre los edificios y no se ve. Una vez quedé allí con mi vecina Salomé para ver unos trapitos. ¡Cosas de mujeres! —dijo sin darle demasiada importancia.

—Sí, Rosa, tienes razón —afirmó Humberto—, pero esa iglesia que tú mencionas y que es la actual iglesia de san Andrés es relativamente nueva, del siglo XX. La iglesia original se ubicaba en la calle Poeta Querol, muy cerca del Palacio del Marqués de Dos Aguas, y en el antiguo barrio de pescadores. Actualmente se llama iglesia de San Juan de la Cruz.

—Si no teníamos bastante con una iglesia para explorar —comentó Jesús con sorna—, ¡ahora tenemos dos! ¡Esto se pone cada vez más interesante!

—Ya lo creo, cuñado —secundó Lluís.

—Pues nos tendremos que poner manos a la obra —intentó animarlos Alejandra al ver el bajón del grupo.

—No quisiera complicar más la situación añadiendo información a esta maraña de datos y de sospechas —mencionó Humberto con precaución para no espesar más el ambiente—, pero...

—No se corte, Humberto, ¡suéltelo todo ya! —agregó Lluís desalentado—. ¡Cuanto antes pongamos todas las cartas sobre la mesa, mucho mejor!

—Hemos encontrado un documento fechado a finales de 1601. Es un recibo de un barco del puerto que provenía de Roma, donde se detalla la entrega de un embalaje a uno de los síndicos. Hasta ahí, todo normal, si no fuera porque las letras están borrosas y se entremezclan con otras. Como si el recibo se hubiese mojado y calcado el pliego que tuviera encima. No lo sabemos con exactitud, el caso es que en esas segundas líneas se menciona un paquete, enviado por un cardenal con un apellido imposible de leer, dirigido al Colegio del Corpus Christi.

—¿Y a qué conclusión los ha llevado? —preguntó Jesús.

—Al repasar la biografía de Francisco Ribalta y su extensa y prolífica carrera artística, consta que realizó una copia de la *Crucifixión de San Pedro* de Caravaggio, a quien admiraba profundamente. Esta copia firmada por el artista forma parte actualmente de una colección en Mombello, Italia.

—No veo la relación —alcanzó a decir Sara.

—Siempre se ha especulado que Ribalta pudo tener la oportunidad de copiar esa obra emblemática con el original a su disposición, aunque nunca se pudo demostrar.

—¿Y qué pasó con la original de Caravaggio? —Ahora era Alejandra la que preguntaba.

—En septiembre de 1600, Tiberio Cerasi, tesorero general del papa, le encargó a Caravaggio dos obras para la capilla Cerasi de Santa María del Popolo, en Roma: *La conversión de San Pablo en el camino a Damasco* y *Crucifixión de San Pedro*. Pero su exagerado realismo, característico de él y que acercaba el dramatismo de las figuras a las masas populares, provocó que, como otras veces, las pinturas fueran rechazadas y sustituidas un año después por una segunda versión. Se especula que las primeras versiones pasaron a formar parte de la colección privada del cardenal Sannessio.

Actualmente se conoce el paradero de *La conversión de San Pablo* en una colección de Roma, pero *Crucifixión de San Pedro* continúa desaparecida.

—¿Está insinuando que ese paquete que ha mencionado podía contener la primera obra? —preguntó Alejandra sin ver la coherencia.

—La primera no pudo ser —discrepó Sara—. Ribalta copió la segunda versión.

—Entonces, ¿de dónde la copió? —dijo Andreu perdido.

—Ese es el punto en cuestión —agregó Humberto—. Caravaggio debió de hacer dos obras idénticas: una para la capilla Cerasi de Roma y la otra para Juan de Ribera, arzobispo de Valencia. De esa forma podríamos afirmar, sin margen de error, que Ribalta hizo una brillante copia de la original que tenía su mecenas, Juan de Ribera.

—Todo lo que está diciendo no está confirmado, ¿verdad? —quiso saber Lluís.

Humberto negó con la cabeza.

—Estamos ante un castillo de humo que se puede esfumar en cualquier momento —renegó Lluís—. ¡Todas son suposiciones y verdades a medias! ¡O nos ponemos las pilas y empezamos a movernos o no sacaremos nada en claro!

Humberto le dio la razón. No podía hacer otra cosa. Pasados unos instantes, añadió:

—El Colegio Seminario del Corpus Christi dispone de un archivo que, aunque es bastante extenso, también es de los más desconocidos de la ciudad. Allí se pueden encontrar desde novelas antiquísimas hasta pergaminos centenarios. También contiene documentos de gran interés para los investigadores, desde la fundación del colegio hasta la actualidad. Está dividido en varias secciones: el Archivo Histórico y de Protocolos, la Biblioteca de los siglos XVII y XVIII y la Biblioteca de san Juan de Ribera que resguarda una parte personal del Patriarca y que legó al colegio después de su muerte. Se sitúa en el punto más alto del edificio y su acceso nos ha sido denegado. Presumo que la información que buscamos podría encontrarse ahí.

—Pues entonces tendremos que hacerlo nosotros —pronunció Alejandra—. Tendremos que inventar algo que sea lo suficientemente creíble.

CAPÍTULO 84

Miguel Roselló se levantó con un regusto amargo. Se miró en el espejo del baño y observó cómo le habían pasado los años. Su barba blanquecina y su cabello veteado de canas lo confirmaba. Oyó canturrear a Rosa por la casa y salió al salón. Se detuvo y la miró unos instantes, complacido. Ella siempre se mantenía igual, con una vitalidad juvenil que no la dejaba envejecer.

—¡Otra noche que has dormido mal! —Rosa se acercó y le acarició la cara.

—Sí, me desvelé un poco —se justificó.

—¿Un poco? —exclamó—. ¡No has parado de dar vueltas y vueltas! ¡Qué ganas tengo de que toda esta pesadilla termine! ¡Que metan al desgraciado de Fonfría entre rejas y que se pudra por el resto de su vida! ¡Que al fin podamos descansar! ¡Descansar y vivir tranquilos!

El sonido de un móvil captó su atención y los separó de su abrazo.

—Miguel, es el tuyo —le indicó Rosa, y señaló hacia la mesa mientras se dirigía a la cocina.

Al cogerlo, Miguel vio que la llamada provenía de Augusto Fonfría. Miró hacia ambos lados y vio que su mujer andaba cerca, así que salió al balcón y entornó la puerta.

—¡Dígame! —contestó.

—¡Ya tengo su oferta! ¡Pasará un coche a recogerle por su domicilio!

—No —contestó con firmeza—. Iré por mi cuenta, gracias.

—¡Como quiera! Nos vemos dentro de una hora en mi despacho. No olvide traer la mercancía.

Miguel se incomodó ante tanta orden.

—La mercancía, como usted la llama, no irá conmigo hasta que no cerremos el trato.

—¡Entonces no venga! Le llamará mi tasador con la cifra.

Sin esperar respuesta, Fonfría le colgó el teléfono. Miguel se mordió el labio mientras la desazón revoloteaba entre sus pensamientos. Absorto y contrariado, se apoyó en la barandilla con la mirada perdida en el horizonte, aunque sus ojos no podían ver la inmensa y futurista Ciudad de las Artes y las Ciencias que tenía bajo sus pies. Su cabeza estaba ocupada exclusivamente por Augusto Fonfría y el panel de Del Piombo.

Alejandra se había levantado al amanecer. Tenía mucho trabajo que hacer si quería aprovechar bien el día. Se despidió de Lluís en la calle y se dirigió hacia la iglesia de San Juan de la Cruz. Los datos que había recopilado de la antigua iglesia de San Andrés eran bastante pobres, salvo que formó parte del conjunto monumental eclesiástico constituido por las doce parroquias que se fundaron después de la conquista de Valencia por Jaime I, en 1238.

Acababa de doblar por el Palacio del Marqués de Dos Aguas y entrar en la calle Poeta Querol cuando le sonó el móvil. Al cogerlo vio que era su tía.

—Alejandra, ¿te queda mucho para llegar? Ya estoy en la puerta de la iglesia.

—Tía, ¡te dije que no hacía falta que vinieras!

—Bueno, pues ya estoy aquí —contestó de mal talante—. ¡Hija, todo te parece mal!

—No te muevas. Llego en un minuto.

Alejandra la vio pegada a la fachada mirando la hora. No pudo evitar sonreír y enseguida se le olvidó el enfado.

—¿Qué? ¿Te aburrías en casa? —le soltó al acercarse y después de abrazarla.

—Miguel se ha ido a la Casa Vestuario. Así que yo también quiero ayudar. ¿Y tu hermana?

—Se ha ido a trabajar. Tenía una clase de yoga a primera hora y después se iba a acercar a la iglesia de San Andrés, la de la calle Colón.

—¡A ver si ella encuentra algo! Por cierto, ¿has visto las cruces de san Andrés en la fachada?

Alejandra negó con la cabeza. Su tía la cogió de la mano y la llevó hasta ambas esquinas donde figuraban dos escudos con las

cruces en aspa. Al darse la vuelta lo vio.

—Joder... ¡Ahí está otra vez! —exclamó Alejandra con fastidio—. Lleva siguiéndome desde que he salido de casa.

Tía Rosa frunció el entrecejo y lo miró. El hombretón de traje negro estaba apoyado en un coche y miraba su móvil.

—No me puedo creer que no podamos quitarnos a esos malnacidos del medio. ¡Espero que no se le ocurra acercarse!

—Vamos a entrar, tía. Aunque la iglesia está cerrada lo haremos por la capilla de Comunión que está al lado. Esta se construyó en el siglo XVIII y es un templo aparte, pero por dentro se comunican entre ellas.

Las dos mujeres se adentraron en aquel reducido lugar de culto, casi vacío. Alejandra localizó la puerta de inmediato, que se encontraba nada más entrar, a la izquierda. Aunque la vio cerrada, no dudó en acercarse, seguida de su tía. Tiró del picaporte hasta que la puerta cedió con un chirrido que delató su intromisión. Sonrió y ambas se colaron en el interior.

La iglesia se encontraba medio a oscuras, salvo por la luz tenue que se filtraba desde un óculo en lo alto, encima de sus cabezas. En la parte de abajo cubría la pared una ornamentación que asemejaba a un gigantesco manto en el que destacaba como imagen central la Virgen, acompañada de ángeles y motivos de significación mariana. Tanto la nave central como las capillas entre los contrafuertes conservaban una espectacular decoración rococó, a base de estucos y dorados donde predominaban las figuras vegetales que parecían trepar por las paredes.

—¡Es preciosa! —exclamó Rosa mientras la admiraba con la cabeza en alto—. ¿Qué tenemos que buscar?

—Ni yo lo sé. ¡Por eso hemos venido!

—¡Pues estamos bien!

—Si lo que buscamos se encuentra aquí —Alejandra pensaba en voz alta—, se debió de esconder después de la rebelión de las Germanías, a partir de 1523.

—Te sigo, ¿qué más? —murmuró su tía para animarla.

—La iglesia de estilo gótico se construyó tras la reconquista de Jaime I, pero hay muy pocos datos al respecto. Al parecer, se debió de ampliar en el siglo XIV. Lamentablemente, de la primitiva construcción solo permanece en pie parte de la torre del campanario,

concretamente los tres primeros cuerpos. La reedificación se hizo en 1601 y contó con el respaldo del arzobispo Juan de Ribera, quien puso la primera piedra.

—Otra vez nos aparece el arzobispo de Valencia —musitó su tía —. Entonces, si todo lo que vemos ahora aquí no estaba, ¿por dónde empezamos?

—Buena pregunta. Durante la guerra civil, la mayoría de las obras de arte desaparecieron debido a los saqueos. Incluso las campanas fueron fundidas para hacer balas y cañones, lo que dejó mudo el campanario. No fue hasta hace un par de décadas que recobró su sonoridad, cuando colocaron unas campanas nuevas.

Apenas terminó su frase, el chirrido de la puerta que llevaba a la capilla Comunión resonó a sus espaldas. Al volverse, vieron entrar al hombre de traje negro que había seguido a Alejandra. Sin perder tiempo, las dos mujeres, que se encontraban frente a la escalera que llevaba al altar mayor, se escondieron en la capilla de la virgen del Carmen, que era la más cercana.

Alejandra protegió a su tía detrás de ella y retrocedió al ver que la sombra del individuo se acercaba. Sin querer, la apretujó contra la cenefa de azulejos que cubría todas las capillas de la iglesia. Rosa miró hacia arriba y se encomendó a la Virgen. Puso la mano en una hendidura para evitar tropezarse y caer, cuando algo inesperado sucedió. Antes de que pudiera advertir a su sobrina de lo que estaba ocurriendo, se abrió una rendija por la que se coló.

El hombre llegó a la altura de Alejandra y se colocó a pocos centímetros de ella, intimidándola.

—Mi jefe quiere saber qué coño estás buscando —chapurreó con acento extranjero.

—¡Dile a tu jefe que se vaya a la mierda! ¡Que si quiere saberlo que venga él personalmente y me lo pregunte! —le contestó desafiante y de puntillas para aparentar más altura.

El hombre levantó la mano con la intención de agarrarla, pero ella le amenazó.

—¡Ni se te ocurra tocarme, maldito, o te verás en la cárcel como tu amigo! —Alejandra sacó su mal carácter al completo. No podía flaquear.

—¡Ya te cogeré! —sonrió—. Todavía no ha llegado el momento. Y dile a tu tía que salga de su escondite.

—¡Con ella no te metas! ¡Déjala en paz! —exclamó, y vio cómo el matón se alejaba.

Intentó serenarse y recuperar el ritmo normal de sus pulsaciones. Unos instantes después, se dio la vuelta para ver a su tía. Pero al hacerlo el corazón le dio un vuelco. ¡No estaba! ¿Dónde se había metido? ¿Cómo había podido suceder? Su cabeza daba vueltas cuando en ese mismo instante comenzó a sonar su móvil. Vio el nombre de su hermana en la pantalla y descolgó.

—Alejandra, acabo de salir de la iglesia de San Andrés. —Sonaba alterada—. ¡He hablado con el párroco y no te vas a creer lo que me ha contado!

Alejandra no la escuchaba. Sus ojos se habían perdido entre las filigranas de los azulejos en búsqueda de una explicación lógica a la desaparición misteriosa de su tía.

—¡Sara, he perdido a Tía Rosa! —exclamó asustada de que le hubiese sucedido algo.

—¿Qué estás diciendo?

—¡Te lo juro! Estaba aquí conmigo dentro de la iglesia y ha desaparecido.

—¡No puede ser! Tiene que estar por algún rincón.

—Ya me gustaría.

—No te preocupes. ¡Espérame ahí!

Alejandra repasó todos sus movimientos. No podía haber salido de esa capilla. La habría visto sí o sí. A pesar de ello, recorrió la iglesia palmo a palmo y la llamó infinidad de veces, sin respuesta.

Cuando Sara llegó, su hermana estaba en la calle descompuesta. Las hermanas se abrazaron, volvieron a entrar en la iglesia donde Alejandra le explicó lo sucedido con sumo detalle. Al no encontrar nada, optaron por recorrer la fachada exterior. Se dividieron una por cada lado: Sara tomó la derecha, entró por la calle de San Andrés y bordeó el edificio hasta la calle del Embajador Vich. Luego tomó la calle de Prócida y rodeó toda la manzana. Alejandra en cambio, que había optado por la izquierda, bordeó la iglesia y pasó por la puerta lateral hasta una pequeña plaza en el límite del recinto. Observó que había una vieja fachada y una puerta antigua en mal estado. A los pocos minutos, se le unió Sara que meneaba la cabeza de un lado a otro.

Las dos llamaron a su tía. Se sentían dentro de una pesadilla de la

que no sabían el final. Sara estaba a punto de llamar a Jesús para pedir ayuda cuando les pareció escuchar su voz al otro lado del muro.

—Tía, ¿estás ahí? —preguntó una de ellas con la oreja pegada al tabique.

—Sí, no sé cómo he venido a parar aquí, pero no puedo salir ni tampoco volver.

—Hay una puerta a dos metros a la izquierda. Acércate a ella. Intentaremos abrirla.

—Ya la veo. Esperad, tiene cerrojo y creo que… ¡Lo he abierto, pero está atascada!

Sara no dudó en darle una patada a la puerta, a lo que Alejandra la imitó. Momentos después, las dos hermanas notaron que la puerta cedía y su tía asomaba la cabeza, sana y salva.

CAPÍTULO 85

Rosa, sentada en el sofá con su marido, le contaba el mal rato que había pasado por esos pasadizos, los cuales recorrió sin saber si tenían o no salida.

—No sé cómo fue, ni lo que toqué. Ocurrió todo tan rápido. Lo que más lamento es el susto que se llevaron mis sobrinas.

—Si fuera al revés, tú también te asustarías —agregó Miguel preocupado.

—Pues sí, no te lo voy a negar. Además, eran unos corredores oscuros y estrechos. Se me pone el vello de punta solo de pensarlo. Menos mal que duró poco. Ah... por cierto, ¿sabes que nos siguió uno de los matones de Fonfría? —le contó cabreada.

Miguel apretó la mandíbula.

—Había seguido a Alejandra desde su casa y entró en la iglesia y la amenazó. ¡No me creo que no podamos hacer nada! —Su enfado aumentaba a medida que lo recordaba.

El móvil de Miguel sonó en plena conversación. Vio que la llamada provenía de un número desconocido, por lo que supuso que podía ser el tasador de Fonfría. Se levantó, nervioso, le hizo un gesto a su mujer de que era importante y salió al balcón para atenderla.

—Dígame...

—Señor Roselló, la cantidad que se ha estipulado son dos millones de euros. ¿Lo toma?

Miguel permaneció pensativo unos instantes.

—Estoy esperando su respuesta —oyó al otro lado.

—Me decepciona tanto su jefe como usted. No son nada profesionales. Esperaba por lo menos el doble —agregó Miguel mientras observaba el temblor de sus manos—. ¡Sabe que vale diez veces más!

—No sea ambicioso, señor Roselló. Los negocios son los negocios. Me temo que la dudosa procedencia del cuadro no le va a permitir otras opciones. ¡Podemos llegar hasta tres millones! ¡No habrá más

ofertas! ¿Lo coge o lo deja?

—¡Acepto! —pronunció con la respiración agitada—. Con una condición.

—Usted dirá…

—¡Que sus matones dejen en paz a toda mi familia! ¡Sin seguirlos ni amenazarlos! ¡De no ser así, no hay trato!

—No le garantizo nada, pero se lo comentaré.

Mientras tanto, Sara se había tomado el día libre y, en compañía de su hermana, se dirigía hacia la iglesia del Patriarca. Estaban decididas a sacar algo en claro de una vez por todas. La situación se estaba alargando demasiado y tenían información suficiente para emprender su propia investigación. Ahora solo necesitaban tener un empujón de suerte.

—¿Crees que los síndicos aceptarán entregar los manuscritos a ARCA? —le preguntó Sara mientras caminaban.

—Espero que sí. Sinceramente, creo que es la mejor solución. Además, yo confío en esta gente. Egea ya me ha insinuado en un par de ocasiones que quiere conocer a Miguel.

—Ya me imagino —agregó Sara—. Se quedó con la mosca detrás de la oreja. El hecho de que hubiera conseguido información clasificada y confidencial, algo que él y su organización no pudieron obtener, le debió de doler bastante en su ego profesional.

—Sí. —Alejandra sonrió—. El mismo sentimiento de cuando vio que teníamos en nuestro poder el óleo perdido de Del Piombo.

—¿Viste la cara que se les quedó a Egea y Ariza? —Las dos hermanas no pudieron contener sus risas.

—¿Crees que ese hecho le habrá generado cierta desconfianza hacia nosotras? —planteó Sara.

—Espero que no. ¿Has revisado el listado que te pasó el cura de San Andrés?

—Sí, que tengo que decir en su favor que fue muy amable. Aparecen un montón de familias adineradas a partir del 1500, así como feligreses y artistas valencianos de la época que, al igual que en la mayoría de las iglesias, creaban ciertos vínculos afectivos con las parroquias y pedían ser enterrados en su cementerio. A veces, la misma capilla albergaba uno o varios beneficios incluso para sus

descendientes. De esta forma, esas capillas funerarias creaban un marco excepcional para afianzar el prestigio de un linaje, o alcanzar un reconocido estatus social.

—¿A cambio de...? —preguntó Alejandra, aunque ya imaginaba la respuesta.

—De dotar a la iglesia con misales, vestiduras, cálices y todas esas cosas, o hacerse cargo de la capilla en cuanto a su cuidado y manutención se refería.

—¡Así todos contentos! —añadió su hermana.

—Cuando la parroquia se trasladó al nuevo edificio de la calle Colón, en los años cuarenta, se reubicaron muchas de las obras de arte que estaban en el antiguo templo.

—Reconozco que tu visita fue mucho más productiva que la mía, que solo sirvió para perder a Tía Rosa.

—Eso me podía haber pasado a mí también. No te preocupes por ello. Ya hemos llegado.

Las dos hermanas se detuvieron ante una de las dos puertas de acceso al Colegio del Corpus Christi. Enseguida, entraron en la iglesia que estaba completamente vacía; cosa que agradecieron. Necesitaban verificar algunos detalles por lo que se dirigieron hasta el presbiterio y se pararon frente a la impresionante pintura de Ribalta.

Alejandra señaló hacia la bóveda del atrio pintada por Matarana que tenían encima y le mostró el escudo del Patriarca.

—Además está en numerosos lugares. Como ves, muestra un cáliz de oro con la sagrada forma encima, dos pebeteros ardiendo a los lados, y está rodeado por la inscripción latina del Génesis: «Hijo mío, ¿qué puedo hacer ya por ti después de esto?». Más arriba aparece la cruz patriarcal, junto con el capelo arzobispal.

—¿De verdad crees, Alejandra, que una de las señales está ahí, en la *Última cena*? —le preguntó envuelta en dudas.

—Segura, lo que se dice segura, no —contestó sin despegar los ojos del lienzo—. Es más bien una intuición.

—Sabía que ibas a utilizar esa palabra —añadió Sara—. Y tu intuición suele ser bastante acertada.

—Esta obra fue concebida única y exclusivamente para el altar, y ocupa el lugar privilegiado por excelencia y, no solo eso, sino que detrás de ella se oculta el crucifijo que Juan de Ribera consideraba como una de las reliquias más importantes de su colección. Además,

gracias a esta obra, Francisco Ribalta alcanzó un gran éxito, y fue considerado el pintor más importante de la escuela valenciana del siglo XVII. Yo creo que tiene motivos suficientes para plasmar en ese óleo una señal significativa.

—Si me lo cuentas así, casi que me has convencido. Ahora tan solo falta el pequeño detalle de saber cuál es —dijo con tono de guasa.

—¿Y si además te cuento que el artista —explicó Alejandra—, para agradecer la deferencia del prelado, colocó el rostro del arzobispo en la figura de san Pedro y la cara de uno de los religiosos en el lugar de san Andrés?

—¡No! —exclamó su hermana con la boca abierta.

Alejandra asintió.

—Y en la cara de Judas retrató a un vecino suyo que era zapatero y con el que estaba enfrentado. Sí, ese que nos está mirando con la mano en la bolsa de monedas.

—¡No me lo puedo creer! —sonrió Sara por el comentario.

—Que sepas que la historia sigue, luego te la terminaré de contar...

Las hermanas se detuvieron en la parte derecha, donde se encontraba el panel de san Andrés de Matarana, en búsqueda de respuestas.

—Deberíamos ir al museo, a ver si allí se nos abre la mente.

Salieron al claustro, que estaba desierto, y se dirigieron hacia la escalera situada en el ángulo derecho hasta que accedieron a la primera sala. La fundación albergaba una rica pinacoteca de los siglos XVI y XVII, con obras de gran calidad. La procedencia de las piezas era bastante variada, gran parte pertenecía al santo Patriarca, como indiscutible coleccionista y mecenas que era, y otras eran fruto de diversas donaciones. Recorrieron la primera y segunda sala sin encontrar nada que les llamara la atención. En la tercera, junto a la entrada, había una maqueta de la escultura de san Juan de Ribera que se encontraba en el patio y que acababan de ver. A continuación, pasaron por varios lienzos de Sariñena hasta detenerse en uno en particular, de casi dos metros de altura. En él aparecía san Juan de Ribera, vestido con hábitos episcopales del que destacaba una cruz pectoral. Se encontraba arrodillado, con las manos juntas y en actitud de recogimiento frente a un altar con una custodia. De su boca salía una frase dirigida hacia el sagrado sacramento.

—Es un retrato póstumo del arzobispo pintado por Sariñena —aclaró Alejandra.

—¿Qué significa la frase «TV ES SACERDOS»? —preguntó Sara, e inclinó la cabeza hacia la izquierda para poder leerla.

—Espera que consulte mis notas. Hace alusión a una cita del Libro de los Salmos: «Tú eres sacerdote eterno según el rito de Melquisedec».

—¡Ah! —exclamó Sara sin entender su explicación—. Transmite una serenidad y una paz interior que contagia.

—Sí, lo que no tiene demasiada explicación es el libro que hay apoyado en el suelo, de forma vertical.

Sara dirigió su mirada hacia él.

—He leído —continuó Alejandra— que quizá se refiera a las *Constituciones del Colegio de Corpus Christi,* pero lo que más me ha llamado la atención cuando leía sobre esta obra es que, más a la derecha, en el ángulo inferior del altar, aparece la firma de Sariñena escrita al revés y de derecha a izquierda.

—¿Cómo? Ese dato me parece muy interesante.

—A mí también, aunque los investigadores sostienen que como había fallecido el retratado, igual lo hizo como muestra de luto.

—No digo que no... —apuntó Sara—. Pero ¿y si nos quiere decir algo más?

—Es lo mismo que he pensado yo. Por eso voy a copiarla al pie de la letra: «FECIT IOANNES SARANYENA ANNO MDCXII».

—Nos queda ver la copia de Caravaggio que está en la última sala.

Sara y Alejandra avanzaron unos metros hasta detenerse enfrente de la *Crucifixión de San Pedro.*

—¡Es impresionante aun no siendo la original! —exclamó Alejandra a pocos centímetros del lienzo—. Fíjate en los rasgos del santo cabeza abajo. Los tres verdugos y la cuerda tensa para subir la cruz. Son impactantes los detalles tan realistas, como los pies sucios de uno de ellos.

—Ahora falta averiguar si Humberto tiene razón. ¿Qué hora es? —preguntó Sara.

—Faltan cinco minutos para nuestra cita.

—¡Pues cruza los dedos! —le aconsejó.

CAPÍTULO 86

Las hermanas Ferrer llevaban más de una hora deambulando por el Colegio Seminario del Corpus Christi, anotando datos e intentando resolver sus numerosas dudas. Habían descendido del museo y las aguardaba la prueba final y definitiva. Cuando llegaron al claustro, esperaron al archivero con el que Ernesto Egea había contactado, quien les facilitaría el acceso.

A los pocos minutos, divisaron a un sexagenario con gafas de pasta y una amplia frente que se acercaba a ellas.

—¿Sara y Alejandra Ferrer? —preguntó.

Ellas asintieron con una suave sonrisa.

—¡Acompáñenme! —dijo con seriedad—. Aunque antes tengo que decirles que la forma en la que se han presentado no es habitual. Normalmente se debe seguir un protocolo estricto para acceder, pero dado que la orden proviene de mis superiores...

—Lamentamos no haber seguido el reglamento —se intentó disculpar Sara al notar el enfado del hombre.

—No es necesario disculparse. Solo tratamos de seguir las normas de rigor y confidencialidad establecidas, detalladas minuciosamente por su fundador, san Juan de Ribera, en su libro de constituciones.

—Por supuesto —susurró Alejandra. No parecía que estuvieran comenzando con buen pie.

—Mientras subimos les indicaré las normas que deben seguir al pie de la letra. ¡Síganme!

Ellas obedecieron sin rechistar, y lo siguieron hasta el final del claustro donde empezaba la escalera principal.

—¡Deberán dejar sus objetos personales en las taquillas! Recuerden mantener un estricto silencio. No se pueden hacer fotos. Solo está permitido el ingreso con un ordenador portátil, sin funda, y el uso exclusivo de un lápiz. No se permite el uso de bolígrafos, plumas o rotuladores. No se puede escribir en los documentos, ni apoyarse ni señalarlos con el lápiz o con los dedos. Ustedes serán

responsables de cualquier deterioro, pérdida o daño de los documentos. Solo pueden tener un documento sobre la mesa. Si necesitan algún otro, yo personalmente se lo proporcionaré y recogeré el que hubiera en la mesa.

Sara y Alejandra intercambiaron miradas mientras escuchaban al archivero. Sus pensamientos se sincronizaron: ¿cómo iban a ingeniárselas para conseguir la información que necesitaban?

Acompañadas por el hombre en todo momento, exploraron el archivo de protocolos. A continuación, entraron en una sala que albergaba el fondo histórico y se colocaron alrededor de una mesa antigua. Agradecieron que no hubiera nadie presente. El archivero se retiró para traer el documento que habían solicitado, uno relacionado con la iglesia y de una fecha específica. Mientras tanto, Alejandra revisó la anotación de Sariñena que había copiado en el museo.

—No consigo ver lo que supuestamente nos quiere mostrar —dijo nerviosa.

—¡Aquí tienen! —indicó el archivero y les entregó un antiquísimo manuscrito junto a unos folios en blanco por si querían tomar notas—. No hace falta que les recuerde las normas, ¿verdad?

—No se preocupe —respondió Sara con una risita y cara de niña buena.

—Voy a estar aquí por si necesitan devolverlo y pedir otro —comentó el hombre con severidad.

—Gracias, puede que nos tome un tiempo —agregó Alejandra con dulzura—. Lo digo por si tiene que hacer otras cosas...

—¡Estas son las cosas que tengo que hacer, no otras! —respondió, y las dejó con la sonrisa congelada y sin ánimo de rechistar.

El hombre se apostó en un extremo de la sala y cada dos por tres les lanzaba miradas desconfiadas.

Sara y Alejandra, algo cohibidas, empezaron a pasar las hojas mientras cuchicheaban entre ellas.

—¡Les ruego silencio! —las reprendió el hombre con una mirada estricta.

Ellas acataron, aunque sin comprenderlo del todo. Estaban solas, no podían molestar a nadie.

—Si nos centramos en Sariñena —susurró Alejandra en un tono casi imperceptible—, en su firma al revés aparece la fecha 1612, pero fue en 1584 cuando el Patriarca lo contrató por primera vez.

—¡Suma las dos fechas! —le propuso Sara.

—¿Tú crees? —cuestionó su hermana.

—No lo sé. Por algo hay que empezar. Vamos a buscar ese archivo. No perdemos nada por intentarlo.

—Perdone, ¿puede traernos este número? —le preguntó Alejandra amablemente al archivero, mostrándole el papel.

—¿De las constituciones del sumo Patriarca?

Las dos asintieron.

—¿Han terminado ya con este? —Su expresión seguía tensa. Ellas se preguntaron si ese hombre era así siempre, o porque habían entrado con enchufe.

Minutos después les entregó lo que solicitaron. Sara lo abrió sin saber qué podía contener. Se habían arriesgado con la suposición de las fechas, pero eso no quería decir que hubiesen acertado.

—Los capítulos en lugar de ir por número van por letra, en orden alfabético. ¿Y ahora qué? —preguntó Sara.

—Déjame pensar un momento. —Alejandra se pasó las manos por la frente como si así se le fuesen a aclarar las ideas—. ¿Por qué poner las letras al revés? La primera palabra de la frase del lienzo de Sariñena es «FECIT», que significa «lo hizo, él hizo». Busca la letra F.

Sara siguió sus indicaciones y pasó las hojas con sumo cuidado. Podía percibir la mirada del hombre clavada sobre sus manos.

—La tengo.

—¿Qué palabra aparece en primer lugar?

—No es una letra, es el número trece —susurró.

—¿Y en la I de «IOANNES»? Que se referirá a «Joanes» de «Juan», supongo.

—¡Isla! —pronunció.

—¿Y en la S de «SARANYENA»? —siguió.

—¡Sur!

—Trece, isla, sur… —repitió con la misma convicción de quien sabe que está perdiendo el tiempo—. Esto no tiene ningún sentido —se quejó Alejandra—. Vamos a intentarlo con Matarana de la misma manera.

Sara asintió.

—El año en que empezó a trabajar con el Patriarca fue 1597 —pronunció Sara en voz baja—, y terminó en 1605. Si sumamos ambos años nos da…

—Estás equivocada —corrigió su hermana—. Le convocó para trabajar en 1597, pero empezó un año más tarde.

—¡Ah, vale! —admitió Sara.

Estaba a punto de pedirle otro documento al archivero cuando un pensamiento fugaz se presentó en su mente como una urgencia innegable.

—Perdone —le dijo Sara al hombre—. ¿Sabe si Bartolomé Matarana, el artista que pintó la iglesia, hizo alguna otra cosa más?

—¿No le parece suficiente su trabajo aquí? —replicó, y se acercó todavía más molesto.

—¡En absoluto! No me malinterprete. —Sara procuró medir sus palabras—. Me parece brillante y magnífica su labor como artista. Pero lo que más me sobrecoge es la sensación de paz y de culto que sus imágenes infunden en la iglesia, algo que cualquier feligrés puede percibir al entrar.

—Me alegra saber que usted también ha experimentado esa sensación celestial y sagrada.

Alejandra tuvo la impresión de que las facciones del hombre se relajaban. Hasta juraría haber visto un ligero gesto que parecía una incipiente sonrisa mientras hablaba.

—Matarana —comenzó a explicar el hombre— diseñó también el retablo del altar mayor con un cuerpo de orden corintio y las tres columnas de jaspe verde a cada lado. También empleó recursos miguelangelescos, con dos figuras femeninas con ramos de espigas sobre el portón. Además, incorporó en el zócalo los relieves policromados con figuras de Aarón y Melquisedec, destinados a enmarcar en el centro el gran lienzo de Ribalta que muestra la institución de la eucaristía.

—Muchísimas gracias por la información —añadió Alejandra—. ¿Y sería mucho pedir que nos explicase quiénes eran Aarón y Melquisedec?

—En absoluto. Aarón fue el hermano mayor de Moisés y sus atributos son la filacteria que lleva en su cabeza, el pectoral con las doce piedras y un incensario o vara de la que emerge un brote. A Melquisedec, la Biblia lo describe como el rey de Salem, el antiguo nombre de Jerusalén, se traduce como «rey de paz» o «rey de justicia». La cita bíblica que lo menciona ha resonado durante generaciones: «Tú eres sacerdote eterno según el rito de Melquisedec».

—Perdone —atajó Alejandra con una chispa de luz—, es la misma cita que hay escrita en la pintura póstuma de san Juan de Ribera de Sariñena, que está en una de las salas del museo, ¿verdad?

—En efecto —corroboró el hombre con un poco más de condescendencia.

Las hermanas agradecieron la valiosa información, que presentían sería de gran ayuda. Se habían empeñado en que Matarana podía haber dejado alguna señal en las pinturas murales de la iglesia, pero perfectamente pudo haberlo hecho en el altar que diseñó. Además, en el zócalo colocó la figura de Melquisedec, un personaje que Sariñena incluyó en su lienzo del Patriarca, a través de su cita bíblica. No solo eso, sino que en el altar es donde se encontraba la *Última Cena* de Ribalta. De esa forma, se conectan los tres artistas, tanto directa como indirectamente.

—¿Tú crees que la clave se puede encontrar en la figura de Melquisedec? —cuestionó Sara.

—Tenemos que averiguarlo. Lo que no me termina de gustar es que tengamos que manipular el altar —añadió Alejandra con fastidio.

—A mí también me da mucho respeto, pero es la única solución. Tendremos que ser discretas.

—Aunque todavía nos queda pendiente ver si hay algún dato relacionado con la pintura de Caravaggio —agregó Sara—. Si Ribalta realizó una copia para el Patriarca tiene que haber algún documento que lo mencione.

—Teóricamente, sí. Pero ¿por qué no se sabe nada de ello? ¿Por qué se ha mantenido en secreto?

—No lo sé, pero no podemos perder la oportunidad, ya que estamos aquí. Debemos salir con todas las respuestas posibles.

—¿Podemos solicitar un último documento? —le preguntó Alejandra al archivero, que se mantenía como una estatua en el mismo lugar.

—¿Ya han terminado con este? —les preguntó y retomó su tono circunspecto.

—Todavía no —contestó una de ellas.

—Lo siento, han agotado el máximo de documentos que pueden solicitar en una visita. Tendrán que venir otro día, y les sugiero que lo hagan a través del método convencional, rellenando el formulario.

—Ya, pero solo necesitamos uno más —le suplicó Sara—. No

puede hacernos el favor de…

—¡Lo siento! ¡Las normas son las normas y hay que respetarlas y cumplirlas! —pronunció tajante—. Además, les informo de que disponen de treinta minutos. Pasado ese tiempo, la biblioteca cerrará sus puertas.

CAPÍTULO 87

El aire de la biblioteca del Colegio Seminario del Corpus Christi estaba enrarecido. Las hermanas Ferrer intentaban dar con la solución antes de tener que salir de allí. Sentadas, una al lado de la otra, repasaban sus anotaciones, pero necesitaban escarbar más en los documentos y muy a su pesar, el archivero se los había negado. El tiempo no se detenía y se les empezaba a agotar: dentro de veinte minutos el archivo cerraría sus puertas.

—Voy a ir a la sala de los archivos. Fingiré que me marcho —le susurró Alejandra a su hermana—. Recoge mis cosas de la taquilla al salir.

—¿Estás loca o qué? —contestó Sara, con el mínimo tono de voz.

—No te preocupes. Llevo el móvil escondido en el bolsillo. Te mantendré informada.

Alejandra se levantó sin dar más explicaciones y se dirigió al hombre.

—Me tengo que marchar urgentemente —soltó.

—¿Y ella? —preguntó y señaló a Sara.

—Ella se va a quedar hasta que cierren. No es necesario que me acompañe, encontraré la salida. Gracias.

Dicho eso, Alejandra miró a su hermana y buscó la puerta. Atravesó el pasillo y se detuvo en la sala de archivos que el hombre les había mostrado al entrar. Echó un vistazo para asegurarse de que el archivero no la seguía y, al ver que no era así, entró en ella. Aquello era un inmenso nido de códices, pergaminos y manuscritos de una antigüedad abrumadora. La sala se dividía en varias estancias formadas por gigantescas y atestadas estanterías que llegaban hasta el techo. Al dar un paso atrás, tropezó con la escalera de madera apoyada en lo alto del habitáculo. Sus pulsaciones se aceleraron. Respiró profundamente varias veces para serenarse y recobrar la sangre fría que necesitaba para actuar.

Comenzó por inspeccionar los lomos de los documentos que tenía

más a mano para orientarse. Todos estaban numerados y organizados por fechas, lo cual la tranquilizó. Recorrió una sala, se subió a la escalera y volvió a bajar. Hizo lo mismo en la siguiente, pero no halló nada que se acercara al año 1600. Se aventuró hasta el fondo de aquel laberinto hasta la última sala y se dispuso a indagar. Creyó haber encontrado el lugar, pero miró en derredor y se desanimó. Aquello requeriría horas de intenso trabajo, tiempo que no disponía.

Empezó a buscar por las filas más bajas y una a una fue subiendo. Sin embargo, no le quedó más remedio que usar la escalera. Pero para ello tenía que cambiarla de sitio y aquel montón de madera aparentaba pesar demasiado. Pensaba que la modernidad aún no había llegado a esos rincones y no conocían los mecanismos deslizantes. La agarró con fuerza y, efectivamente, notó lo mucho que pesaba. Como pudo, la movió hasta donde la necesitaba, y por un momento pensó que se le volcaría.

Con la respiración agitada, ascendió hasta la mitad de la escalera y comenzó a buscar. Creyó haberlo encontrado, pero estaba un poco fuera de su alcance. Para no agotar la poca fuerza que le quedaba en acomodar la escalera, prefirió hacer malabares con su cuerpo y estirarse al máximo para poder alcanzarlo. Estaba a punto de rozar el lomo del manuscrito, no podía permitir que se le cayera al suelo, así que se colocó de puntillas y consiguió ese par de centímetros que le faltaban para agarrarlo. Finalmente, con el documento en su poder, se sentó en uno de los peldaños y comenzó a hojearlo.

Encontró un listado con la entrada de mercancía para la construcción del recinto, que pasó por alto, hasta que dio con otro que provenía de Sevilla y varias regiones de España. Sin desanimarse, siguió buscando hasta que finalmente encontró uno que le interesó que provenía de Italia. Alejandra sonrió. Allí figuraba la entrada de un lienzo que enviaba el cardenal Sannessio y que llevaba en su dorso el sello del Patriarca.

Humberto tenía razón. Si hubiera podido, habría gritado a los cuatro vientos que lo había encontrado, pero se contuvo. Pasó la hoja y el olor a libro antiguo la embriagó. Mientras leía, inhaló profundamente, dejándose llevar por el aroma de tantos y tantos años de historia. Finalmente, encontró el título del lienzo que buscaba y lo leyó en voz alta, satisfecha: *Crucifixión de San Pedro*.

Oyó el eco de su propia voz seguido de un sonido diferente que la

alarmó. Centró toda su atención en aquel ruido y afinó el oído con la certeza de que había alguien más allí. El sonido se asimilaba al de unas pisadas por lo que, rápidamente, Alejandra le hizo una foto con el móvil a la página y cerró el manuscrito.

Al ponerlo en posición vertical para regresarlo a su lugar y estirar su cuerpo al máximo para dejar el códice en la estantería, el móvil se le resbaló de la otra mano y cayó tropezando con varios peldaños hasta llegar al suelo. Maldijo su descuido hasta que localizó dónde había caído. Bajó por la escalera para recuperarlo y estaba a punto de hacerlo, cuando volvió a oír las mismas pisadas, esta vez mucho más cerca. Se agachó, lo agarró con fuerza y se lo guardó en el bolsillo, pero al cruzar la especie de puerta que separaba el otro habitáculo, vislumbró la sombra de algo o alguien. Alejandra se pegó a la pared, sintiendo sobre su espalda el relieve de los códices y reptó hasta colocarse detrás de la escalera. Enseguida cambió de opinión y decidió subirse en ella lo más alto que pudo. Justo cuando sus manos rozaban el último escalón, la luz se apagó de golpe y sumió el lugar en una absoluta oscuridad.

Agarrada a las barras laterales de madera, escuchó los acelerados latidos de su corazón. Latían con tanta fuerza que temió que el intruso pudiera ubicarla. El haz luminoso de una linterna invadió la estancia y definió al instante los pies que se acercaban. Cerró los ojos y supo que estaba perdida. Asustada, se apretó aún más contra los peldaños en un intento por ocultarse, aunque era una tarea imposible. La luz recorría las paredes y no dejaba rincón sin revisar. Luego, comenzó a hacerlo en sentido vertical; cada vez más próxima a ella. Estaba a punto de descubrirla. En ese mismo instante, sin tiempo para pensar en las consecuencias, Alejandra decidió actuar. Apenas la luz alumbró su silueta y encandiló su rostro, ella le atestó una patada con todas sus fuerzas.

¡Había acertado! Aunque no supiera exactamente dónde le había dado, estaba segura de que había hecho pleno. Lo confirmó al oír un doloroso quejido seguido de un insulto. Alejandra, en penumbra, descendió lo más rápida que pudo, tropezando con los barrotes de madera y aterrizando en el suelo, lo que le resintió uno de los tobillos. Se incorporó angustiada, aprovechando que la linterna del individuo se le había caído al suelo y enfocaba hacia la salida en un tenue sendero de luz.

Su instinto de supervivencia cogió las riendas y la impulsó a salir de ahí; correr sin mirar atrás. Aquella idea quedó rápidamente en el intento, ya que apenas había avanzado muy poco trecho, sintió que la agarraban por detrás. Cayó de nuevo al suelo y peleó al sentirse atrapada; luchó y pataleó como una fiera hasta que logró soltarse. Sofocada y nerviosa, se puso a cuatro patas y luego logró incorporarse. Caminó cojeando, con la mirada clavada en la puerta de salida, apenas visible por la lejana luz de la linterna. Trató de ignorar el dolor a medida que avanzaba, hasta que salió al pasillo y buscó la escalera. Sujeta a la barandilla de piedra, descendió con esfuerzo. Cuando llegó al vestíbulo, con la intención de atravesar el claustro y salir a la calle, vio la presencia de otro de los hombres de Fonfría debajo del portal. Rápidamente optó por la puerta de la derecha, que se encontraba abierta.

Salió a un patio interior al aire libre. Al echar un vistazo hacia atrás, vio que el hombre que la había agredido en el archivo bajaba por la escalera y alertaba a su compañero. Avanzó e intentó abrir las puertas que encontraba en su camino, con tan mala suerte de que todas estaban cerradas. Desesperada, se refugió en un zaguán y se agazapó detrás de un pozo de piedra. Se palpó el bolsillo del pantalón y encontró su móvil todavía ahí. Vio dos mensajes de su hermana indicando que la esperaba en la calle. Sin dudarlo, presionó la tecla de llamada.

—Alejandra, ¿dónde estás? —le preguntó su hermana apurada.

—¡Me ha agredido un tipo de Fonfría! —musitó con la respiración acelerada—. ¡Además, me he torcido el tobillo! Me están buscando, Sara. ¡Son dos!

—¡Cálmate! Dime dónde estás exactamente —insistió—. Haz memoria de los planos que hemos visto —la animó su hermana—. ¡Sitúate!

Alejandra respiró profundamente. Le dolía muchísimo el pie y ya se le había hinchado. Cerró los ojos, siguió los consejos de su hermana e intentó visualizar su ubicación.

—Estoy en la planta baja, en la parte trasera del colegio. Debo de estar cerca de la sacristía y la sala de relicarios —le indicó con el tono más bajo que pudo.

—¡Tranquilízate! ¿Me oyes? Voy a entrar por la iglesia. Hay un pasillo que conduce hasta allí.

Sara no se lo pensó. El tono de voz de su hermana no le había gustado en absoluto. Últimamente, todos los palos se los llevaba ella. Con el móvil en la mano llamó a su marido y, al oír que comunicaba, le dejó un mensaje. Luego entró, atravesó el vestíbulo que ya conocía y cruzó la nave central de la iglesia. Por suerte era casi la hora de comer y no había nadie a la vista. Esperaba que tampoco lo hubiese en el interior.

Mientras tanto, Alejandra se había anticipado a la inminente llegada de los dos matones y se había movido de su posición. Buscó el pasillo que conducía a las dos dependencias que le había dicho a su hermana, pero las puertas estaban cerradas. Tuvo que desandar sobre sus pasos y buscar otra vía de escape. Por suerte, encontró una puerta abierta y no lo dudó: entró y cerró tras de sí.

Al girarse, se encontró dentro de un inmenso guardarropa de indumentaria eclesiástica: casullas, capas, estolas y objetos que desconocía. Oyó el movimiento del picaporte y no dudó en esconderse bajo una de las casullas que llegaban hasta el suelo. La puerta se abrió y, a través de la tela, percibió la silueta de los dos hombres que empezaron a tocarlo todo mientras hablaban en voz baja. Estaban a punto de descubrirla cuando una voz masculina desconocida les recriminó su intrusión.

—Pero ¿qué hacen ustedes? —gritó—. ¡Aquí no pueden estar! ¡Esto es un lugar privado! ¡Un lugar de culto, sagrado! ¡Aquí se viene a rezar!

—¡Cállese, viejo! —le amenazó uno de ellos, lo sostuvo del cuello y aprisionó contra la pared.

—Hagan el favor de marcharse enseguida o tendré que llamar a la policía. —La falta de aire ahogó sus últimas palabras.

—¡Pues llámela! —le desafió el hombre y se le acercó hasta casi tocar su nariz. Luego, lo soltó, y lo dejó sin aliento por un momento.

Alejandra vio salir a los tres hombres y permaneció en silencio durante un rato hasta que le pareció oír la voz de su hermana que la llamaba.

—Estoy aquí —exclamó en voz baja.

Sara levantó el hábito y la encontró.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—He estado mejor otras veces —contestó, y salió de su escondite —. No sabes la alegría que me da verte.

—He avisado a Jesús. Vamos..., tenemos que salir de aquí lo antes posible.

—Siempre está bien tener un cuñado inspector de policía —agregó, y se aferró a su hermana.

Juntas atravesaron el pasillo que las condujo a la sacristía y después a la iglesia. Estaban en medio del crucero cuando Alejandra se giró hacia el altar.

—Tiene que ser ahora —murmuró convencida.

—¿El qué? —preguntó Sara.

—Tenemos que averiguar si es verdad. Si la clave está en Melquisedec.

—¿No has tenido bastante? —le recriminó.

—¿Vienes o no? —le preguntó, y se soltó de su brazo.

Ambas cambiaron de dirección y se pararon frente al altar, justo donde comenzaban los seis escalones que las separaban de él. Sara se santiguó y su hermana la imitó.

—¡Ayúdame a subir! —le pidió Alejandra.

Se aproximaron lo más posible al retablo mayor y, al mirar hacia arriba, quedaron impresionadas.

—¡Es mucho más imponente desde aquí! —apuntó Sara—. Y la pintura de Ribalta, ni te cuento.

—¡Es espectacular! Incluso las figuras de Aarón y Melquisedec parecen más grandes —exclamó Alejandra y tocó el relieve de una de ellas—. Un poco más y no llegamos.

—De las dos imágenes, ¿cuál crees que es uno y cuál el otro? —preguntó Sara.

—Ni idea, tendremos que repartirlos: uno para cada una.

—De acuerdo —aceptó Sara—. Tú te quedas con este de la derecha, que yo me voy al de la izquierda.

Colocadas enfrente de las figuras policromadas y sin saber qué hacer, se miraron indecisas. Primero intentaron tocarlas; por arriba y por abajo y luego de lado a lado, pero nada.

—Esto no funciona —se quejó Sara.

—Hay que volverlo a intentar —insistió Alejandra—. Si tiene más de cuatrocientos años no puede ser fácil. Hagámoslo con más fuerza.

Las hermanas tocaron las figuras con más ímpetu hasta que Alejandra se detuvo al oír un sonido extraño.

—¡Espera, creo que sí! ¡Que aquí pasa algo!

Sara se acercó a ella y unieron sus fuerzas. Golpearon las dos en la misma dirección hasta que, de repente, se abrió una rendija y la tabla de la silueta giró. Con la linterna del móvil de Sara husmearon en la estrecha cavidad.

—¡No puede ser! Está vacía —renegó Sara—. ¡Qué sentido tiene que se mueva si no contiene nada!

—Ninguno. Claro que a lo mejor no solo es lo que hay, sino también lo que dice...

—¿Qué insinúas?

—¡Alumbra aquí! —murmuró Alejandra, y señaló una inscripción que había en el reverso de Melquisedec. Debajo, e incrustada en la madera, había una cruz en aspa de metal, de unos cinco centímetros de alto, grabada con dibujos. A Sara se le iluminó el rostro.

—¡Qué buena eres! —la halagó su hermana mientras tomaba fotos de la inscripción—. ¿Llevas algo punzante para coger la cruz?

Alejandra negó con la cabeza.

—Espera, en mi mochila llevo una lima de uñas de metal.

Alejandra la buscó con prisa. Luego, clavó la punta en un extremo de la cruz hasta que la hizo saltar.

—¿Crees que servirá de algo? —preguntó su hermana.

—No lo sé, pero nos la llevamos por si acaso.

Antes de partir, acomodaron la madera para dejarla tal y como la habían encontrado, aunque no terminaba de encajar demasiado bien. En el tercer intento, Sara le dio con fuerza con el puño cerrado. Del impacto, consiguió que recuperara su posición inicial.

Satisfechas de su hallazgo, las dos hermanas bajaron del presbiterio con la esperanza de que este descubrimiento les revelara algo. Pero apenas habían dado un par de pasos en busca de la salida cuando el rostro de Alejandra se ensombreció al darse cuenta de que su móvil no estaba. Por mucho que se palpó los bolsillos, no lo encontró.

—Sara, ¡he perdido el móvil! —dijo angustiada.

—¡No me jodas! —exclamó con fastidio.

Las dos miraron alrededor. Sara volvió a subir al altar, pero no encontró nada.

—Debió de caerse cuando estaba agachada en el guardarropa —supuso.

Sara resopló. Con lo que ansiaba salir a la calle y parecía una

tarea imposible.

—¡Espérame aquí! Voy a ver…

Alejandra, preocupada, la vio desaparecer por el pasillo. La estancia se les estaba haciendo eterna. Los nervios que habían anidado en cada poro de su piel, desde hacía un buen rato, la hostigaban. Al darse la vuelta para comprobar que la iglesia permanecía vacía, su corazón dio un vuelco.

—¡Dame lo que has encontrado! —voceó el secuaz de Fonfría a un par de pasos de ella.

Alejandra lo reconoció al instante. Era el mismo cabronazo que la había abordado en el archivo. Notó los rastros de sangre en su labio superior y parte de la nariz. Una sensación de triunfo la invadió al confirmar que había dado en el blanco.

—¡No sé de qué me hablas! —Su tono no pudo ser más mordaz.

—¡He dicho que me lo des! —Culminó su frase y acortó la distancia que los separaba.

Ella retrocedió un paso y se chocó con la columna. En ese momento, la mole aprovechó para estirar el brazo, la cogió por el cuello y la aprisionó contra la pared. Con un gesto de placer al ver su expresión de ahogo, la comprimió con fuerza hasta elevarla un palmo del suelo. El cuerpo frágil de Alejandra se separó del piso; la punta de sus deportivas rozaba a duras penas las baldosas y lo hacía de forma intermitente. La falta de aire asomó los primeros síntomas con su boca entreabierta que buscaba con desesperación un soplo de aire que no llegaba, mientras un color violáceo comenzaba a invadir su cuello y ascender por sus húmedas mejillas. Los ojos llorosos y enrojecidos le impedían ver con nitidez las facciones de su agresor, y al mismo tiempo su mente hacía un escueto balance de su vida de la que se despedía para siempre.

Sara había conseguido encontrar el móvil y volvía hacia la iglesia mientras gruñía y maldecía la situación en la que se encontraban. Atravesó el pasillo guiada por el reflejo de luz natural que se filtraba desde una ventana alta; pretendía coger a su hermana y salir de allí de una vez por todas. Al doblar la esquina, vio la dantesca escena. Aquel monstruo de hombre tapaba casi por completo a Alejandra, quien, desmadejada igual que una muñeca de trapo y con los ojos entreabiertos, asomaba la cabeza por encima de las manos de su agresor.

Volvió la mirada hacia el altar, que era lo más cercano, y tomó uno de los candelabros de bronce que se encontraba encima. Le quitó la vela apagada y le atizó al hombre en toda la espalda con ímpetu. Ante su asombro, apenas logró moverlo unos centímetros, pero consiguió que aflojara las manos lo suficiente para que su presa recuperara un hilo de oxígeno, aunque sin soltarla, igual que un animal rabioso. Sara, inflada de ira y con urgencia, pensó en volver a atizarle, pero esta vez tenía que ser más contundente y darle con mucha más fuerza. Le dio la vuelta al candelabro para arrearle con la base y repitió el golpe. El metal retumbó en la cabeza del sujeto y le abrió la ceja, de la que emanó un reguero de sangre que le cubrió la visión de un ojo. El individuo se tambaleó y liberó la garganta de Alejandra. Avanzó dando tumbos, tropezando con los bancos, hasta que cayó semiinconsciente sobre las baldosas del suelo. Sara se acercó a su hermana y la ayudó a levantarse. Tenían que marcharse de allí y lo tenían que hacer ya.

En ese mismo instante se oyeron las sirenas de la policía y un coche patrulla se detuvo en la puerta de la iglesia.

CAPÍTULO 88

Sara bajó a casa de su hermana para ver cómo se encontraba. En parte se sentía culpable por haberla dejado sola. Jesús se había encargado del individuo que la agredió. Le habían curado las heridas, interrogado y pasado a disposición judicial. «Otro secuaz menos en la plantilla de Fonfría», pensó Sara. Aunque servía de poco, ya que el poderoso magnate seguía al mando y hacía y deshacía a su gusto según sus propios intereses. La justicia parecía estar hecha por y para el delincuente, y cuanto más poder e influencia tenía, más inmune resultaba ser. Todavía no sabía cómo iba a terminar esa aventura, lo que sí sabía era que no iba a desfallecer.

Llamó a la puerta y le abrió su hermana en compañía de Thor, que reclamó sus acostumbradas caricias.

—¿Cómo estás? —le preguntó mientras entraban en el salón.

—Mejor. Por suerte solo ha sido un pequeño esguince —contestó Alejandra.

Sara le miró el cuello. Todavía llevaba alguna marca enrojecida.

—¿Cómo se lo ha tomado Lluís?

—¡Fatal! Lleva un mosqueo monumental. Hoy no iba a ir a trabajar. —Alejandra se sentó en el sofá—. Pensaba ir a INACFA a cantarle las cuarenta a Augusto Fonfría. Creo que lo he convencido de que desista de esa locura. Sus matones no lo hubiesen dejado ni entrar.

—Has hecho bien. Yo también la he tenido con Jesús.

—¿Por tardar tanto en llegar a la iglesia? —soltó su hermana en tono cínico.

—Sí, estaba en una reunión y cuando vio el mensaje ya había pasado casi todo.

—¡Estamos arregladas! Hemos llegado a un punto en que todo se pone en nuestra contra. Hasta Egea y Ariza están estancados con el dichoso *pendrive*. No sé para qué me disfracé de Leonor y toda esa historia que al final no ha servido de nada. —Alejandra estaba que

trinaba.

—¿Tú crees que hacemos bien? —le preguntó Sara.

Alejandra tardó en contestar. Por su mente desfilaron una serie de imágenes que hubiera preferido no recordar. Las más recientes en la orilla de la playa, casi ahogada, y luego en la iglesia, a manos de ese hombre.

—Sí, hacemos bien, Sara —contestó con una seguridad abrumadora—. Augusto Fonfría no puede quedar impune por muchos motivos que tú y yo conocemos. ¡Se lo debemos a nuestros padres! Debe pagar por todos los años que nos ha privado de ellos. Además, ¿sabes una cosa?

Su hermana movió la cabeza ligeramente en espera de su respuesta.

—¡Lo vamos a conseguir! ¡Lo sé! Presiento que estamos en la recta final y no podemos abandonar ahora. —Alejandra la miró emocionada y las dos hermanas se abrazaron.

Sara y Alejandra estaban decididas a terminar la misión que habían empezado. Para ello, habían recopilado datos adicionales que unieron a los encontrados en la iglesia del Patriarca, con la esperanza de atar los suficientes cabos para descifrar el enigma.

—Humberto tenía razón. En el manuscrito que encontré estaba esto. —Alejandra le mostró la foto del móvil—. Sí que existe una copia del Caravaggio que el artista dedicó al arzobispo de Valencia. Además, dibujó el sello personal de Ribera en el dorso del lienzo para que no hubiera duda de a quién iba dirigido.

Sara la leyó.

—Es fantástico. Nos certifica que existió, pero nada más. ¿Y si se destruyó, se perdió o lo robaron? Nadie sabe dónde puede estar, no hay pistas sobre ello.

—Hace unos años —contó Alejandra—, identificaron un Ribalta en un cuadro anónimo que estaba cubierto de negro. Correspondía a la parroquia de san Andrés y ni siquiera sabían que lo tenían. El óleo había estado guardado y fuera de la vista desde hacía por lo menos setenta años, desde que la iglesia cerró tras la guerra civil debido a su mal estado. Una parte de las pinturas fue trasladada al nuevo templo de la calle Colón, y allí es donde apareció. La pintura estaba cubierta

por una capa negra que hacía invisible sus formas, hasta que iniciaron su restauración para una exposición. Lo curioso es que no existía ninguna fuente documental sobre ese lienzo, y estoy convencida de que habrá muchas obras de arte camufladas en circunstancias similares.

—No lo pongo en duda. Pero para dar con el paradero del que buscamos, ¿no querrás ir dándole la vuelta a todos los cuadros para ver si llevan el sello del Patriarca en la parte de atrás?

Alejandra sonrió ante semejante desvarío.

—Por supuesto que no. Simplemente estoy contemplando la posibilidad de que podría encontrarse en una situación similar.

—¿Y qué me dices de las tres palabras que dedujimos en la biblioteca? ¿Cuáles eran? —preguntó su hermana, e intentó hacer memoria.

Alejandra cogió el folio donde las anotó y pronunció en voz alta:

—Isla, sur y trece.

—¿Te dicen algo? Porque a mí, no. He estado revisando las notas que fotografié en la parte de atrás de Melquisedec.

Alejandra le prestó atención.

—Son dos versículos de la Biblia que corresponden a san Juan, dicen así: «Andrés al primero que encontró fue a su hermano Simón y le dijo: "Hemos encontrado al Mesías". Entonces llevó a Simón a donde estaba Jesús. Jesús lo miró fijamente y le dijo: "Tú eres Simón, el hijo de Juan. De ahora en adelante te llamarás Cefas" (o sea Pedro)».

Alejandra no entendía a qué se refería.

—¿Y el otro? —demandó.

—El otro menciona que Andrés fue el que presentó al muchacho que contaba con cinco panes de cebada y dos peces. Con el que Jesús obró el milagro de la multiplicación de los panes y los peces, y dio de comer a cinco mil personas.

La mente de Alejandra navegaba y escarbaba información de aquí y de allá. Todo debía tener una explicación más o menos coherente, pero no la veía.

—¿Y por qué nombra a Pedro en la primera cita? —cuestionó Alejandra—. Pedro significa «piedra». ¿Y Cefas?

Su hermana se encogió de hombros. Luego consultó en Google.

—Cefas en arameo quiere decir «roca» —contestó—. O sea, lo

mismo.

—Tenemos: roca, isla, sur, el número trece y esto —murmuró Alejandra y mostró la cruz en aspa.

Sara la cogió entre sus manos. Estaba grabada con una especie de greca o cenefa, aparentemente sin ninguna relevancia.

—¿Y por qué la multiplicación de los panes y los peces? —se preguntó perdida.

—Sara, tenemos que centrarnos. Si estamos en lo cierto, que ya dudo, todo nos apunta a la antigua iglesia de San Andrés. Si miramos el mapa —Alejandra desplegó uno encima de la mesa—, esa iglesia queda en el sur con respecto a la catedral, o lo que es y era entonces, el centro de la ciudad.

Su hermana asintió con un movimiento de cabeza.

—La palabra «isla» me despista bastante. Si nos fijamos en la iglesia, la puerta principal da a la calle Poeta Querol, y tiene otra más pequeña situada en la parte sur. Esa es la que supuestamente usaban como puerta principal hasta que la derribaron para reedificarla de nuevo.

—Cierto, la que está al lado del campanario —afirmó Sara—. Que, si hacemos memoria, solo los tres primeros cuerpos sobrevivieron al derrumbe de la iglesia.

—Sí, y esa puerta recibe el nombre de Prócida, por la calle donde se encuentra.

Sara buscó en su móvil la palabra «Prócida».

—No te lo vas a creer… ¿Sabías que Prócida es una isla italiana?

—¡¿No?! —gritó Alejandra sonriente.

—Pues nos queda ver a qué se refiere el número trece.

—Está claro que tendremos que hacerle una nueva visita. Y ahora te digo que la vamos a ver con nuevos ojos.

CAPÍTULO 89

Miguel Roselló recibió una llamada de Augusto Fonfría. Al verla supo enseguida a qué se debía. En el momento en que se enteró de la agresión a Alejandra en la iglesia del Patriarca, le envió un mensaje en el que anulaba la negociación por incumplimiento de las condiciones.

—Señor Roselló, el plazo de tiempo se agota —oyó al otro lado de la línea.

—Lo sé, señor Fonfría, pero nuestro trato se rompió en el instante en que sus hombres agredieron a mi familia.

—No sea ahora tan escrupuloso, querido amigo, cuando no lo está siendo para venderlos como Judas.

A Miguel le escocieron sus palabras mucho más de lo que pensaba. Fonfría supo darle donde más le dolía.

—Su oferta es muy tentadora, pero no lo suficiente. —Miguel habló con propiedad—. ¡El precio ha subido!

—¿Cómo dice? —clamó altivo.

—¡Que quiero diez veces más! —Miguel fue derecho al grano, sin andarse con rodeos.

—Eso no va a ser posible, y lo sabe. —Su tono había descendido algunos peldaños.

—Primero déjeme hacerle una nueva proposición, y luego decide.

Miguel se mantuvo en el mismo nivel, o al menos esa era su intención.

—De acuerdo. Usted dirá —claudicó Fonfría. No contaba con ese imprevisto y la situación ya estaba empezando a crisparle los nervios.

—Además del lienzo de Del Piombo, le sumo la *Crucifixión de San Pedro*, de Caravaggio. Para que no haya dudas al respecto, le aclaro que es la segunda versión que realizó el artista, porque la primera, como ya sabrá, fue desechada y no se conoce su paradero.

Hubo un silencio sepulcral que ninguno de los dos se atrevió a romper. Finalmente, Fonfría tomó la palabra:

—Me ofende, señor Roselló, y no lo toleraré de ninguna manera.

—Su omnipotencia volvía a emerger hasta encumbrarse en lo más alto —. ¿Por quién me toma? ¡¿Por un aprendiz de tres al cuarto?! La segunda versión del lienzo original que usted menciona se encuentra en la capilla Cerasi de la iglesia de Santa María del Popolo, en Roma.

—Cierto. Pero lo que usted desconoce es que Caravaggio hizo dos copias de tal obra y una de ellas era para Juan de Ribera, arzobispo de Valencia —le explicó de un tirón para que el impacto fuera mayor.

—¡Eso no es posible! —negó Fonfría—. ¡No hay ningún registro que corrobore esa afirmación!

—No sería la primera vez que ocurre. Aunque en este caso tengo documentos sellados y firmados que lo acreditan, e incluso poseo información acerca de dónde se puede encontrar —dijo con persuasión.

Augusto Fonfría soltó una carcajada, pero rápidamente se contuvo al recordar las andanzas de las hermanas Ferrer. Sabía que últimamente estaban muy activas e indagando por diferentes lugares, lo que le indicaba que iban detrás de algo suculento.

—¿Va a iniciar una expedición en su búsqueda? —tanteó para ver la respuesta.

—Así es. Usted ya tuvo la oportunidad de comprobar uno de nuestros hallazgos y sabe que son fiables.

—¿Puedo preguntar de dónde obtienen la información?

—Como poder, puede preguntar lo que usted quiera, otra cosa es que yo le quiera responder, y en este caso le digo que no.

—¿Qué esperan encontrar? —preguntó con ansias de saber la respuesta.

—El Caravaggio y otras obras más.

—Le ofrezco la suma que me pide si participo en la búsqueda —le propuso Fonfría con la sangre alterada.

—De ninguna manera puedo aceptar que nos acompañe. Tendrá que confiar en mí.

—¡Entonces no hay trato! ¡Ni diez veces más ni nada que se le parezca!

Augusto Fonfría colgó el teléfono. Estaba encolerizado. No iba a suplicar, no era su estilo. No lo había hecho con nadie y no iba a empezar ahora con alguien como Miguel Roselló. Sabía que existían otros métodos menos tradicionales y más satisfactorios para alcanzar el mismo objetivo. Y dado que carecía de escrúpulos para llevarlos a

cabo, estaba dispuesto a todo sin ningún tipo de remordimiento.

Convocó a Victoria Quirós y a su hija Erika de inmediato. Desde el momento en que entraron en el despacho, ambas percibieron que la cosa estaba que ardía. Sin preámbulos, les indicó que se sentaran y les enumeró una lista de exigencias que debían cumplir a rajatabla.

Humberto Fernández había convocado a todos los síndicos en la Casa Vestuario para tratar un tema delicado: delegar los manuscritos edetanos a alguna organización altruista y de suma confianza, o no hacerlo. No podían arriesgarse a que cayesen en manos irresponsables y ambiciosas. Además, desde hacía unas semanas observaban que a toda hora alguien los estaba vigilando. Motivo por el que habían acelerado con urgencia la toma de esta decisión.

Cada uno se había encargado de recabar información sobre ARCA y sus ramificaciones, tal y como Alejandra le había sugerido al presidente. Todos coincidían en que ARCA podía ser una buena candidata, ya que la respaldaban años de fiabilidad y servicio en la protección del arte y la cultura.

Sara y Alejandra llegaron puntuales a la Casa Vestuario. Subieron al segundo piso, y los síndicos las saludaron con la armonía que los caracterizaba.

—Hemos tomado una decisión —les informó Humberto Fernández a las dos mujeres—. Creemos que vuestro ofrecimiento es muy acertado y, en los momentos en que nos encontramos, también necesario.

Alejandra sonrió. Ella opinaba lo mismo.

—Antes de dar el sí definitivo —continuó Humberto—, nos gustaría tratar con ellos una serie de condiciones importantes para nosotros. Por lo demás, estamos de acuerdo. ¿Les parecerá bien reunirnos aquí mismo en el despacho? Imagino que querrán verlos físicamente; en ese caso tenemos la sala de manuscritos justo al lado para mostrárselos.

—Muy bien, déjeme unos días para contactar con ellos, ponerlos al día y concretar una fecha. ¿De acuerdo?

Humberto asintió.

—Por cierto, tenía usted razón en cuanto al óleo de Caravaggio destinado a Juan de Ribera —le dijo Sara. Supuso que le iba a agradar

la noticia—. Hemos encontrado un documento que lo verifica. Lo que no nos dice es dónde puede estar.

—Eso es cuestión de tiempo —añadió Humberto—. Me lo ha comentado Miguel. También me contó lo duro que fue conseguir las claves en el archivo del Patriarca.

—De no haber sido por los tipos de Fonfría, hubiese sido coser y cantar —agregó Alejandra a la vez que se tocaba el cuello.

—Ahora falta que todas nuestras suposiciones sean certeras —continuó Sara—, y así acceder a la iglesia de San Andrés para recuperar el botín de la hermandad. Lo haremos dentro de dos noches.

—Hemos encontrado esta cruz en forma de aspa —comentó Alejandra y se la mostró.

—¿Creéis que podría ser la llave de acceso a algo? —cuestionó Humberto.

—Confiamos que así sea, pero ya sabe cómo son estas cosas —articuló Sara—. Luego resulta que nada es lo que parece.

—¡Os admiro, sois muy valientes! —murmuró Humberto con sinceridad—. ¡Tened mucho cuidado!

—¡Gracias! —contestó Sara.

—Deséenos suerte —dijo Alejandra al despedirse—. Presiento que la vamos a necesitar.

CAPÍTULO 90

Alejandra Ferrer llegó pronto al «nido» de la calle Cultura, aunque ya había empezado a anochecer. Apoyó su mochila en el suelo y abrió una de las ventanas para que el lugar se aireara; olía a encierro. Recorrió el piso, estaba completamente vacío desde la vez que irrumpieron Victoria Quirós y sus dos hombres de confianza. Como se encontraba a escasos cien metros de la antigua iglesia de San Andrés, decidieron aprovechar el piso como refugio y punto de salida. De hecho, se había citado allí mismo todo el grupo. Entró en el vestidor, desnudo de ropa y complementos, y recordó la primera vez que lo vio a rebosar de carísimas prendas y joyas de colección. No pudo evitar esbozar una sonrisa al rememorar aquella primera impresión.

El sonido del timbre le hizo desandar sus pasos hasta llegar a la puerta. Al otro lado estaba Lluís.

—Hola, cariño —lo saludó ella y le dio un beso.

Su marido llevaba consigo una bolsa de nailon, la cual apoyó en el suelo al lado de la de ella.

—¿Has encontrado lo que buscabas? —le preguntó Alejandra.

—Sí, tengo todo el material que necesitamos, o por lo menos eso creo. ¡Así que este es el pisito donde venías a trabajar!

Ella asintió.

—¡Ven, te lo enseñaré!

A los pocos minutos se unieron Sara y Andreu. Todos vestían con ropa oscura y zapatillas de deporte.

—Tengo un mal presentimiento —le susurró Sara a su hermana —. Llevo nerviosa todo el día.

—Yo también. Es normal que la incertidumbre nos acose. Desconocemos dónde vamos a embarcarnos.

—Sí, será eso. ¿Has traído la cruz en forma de aspa? —preguntó Sara para asegurarse.

Alejandra asintió y se la enseñó.

Alguien llamó con los nudillos en la puerta. Alejandra se ocupó

de abrir: eran Miguel y Rosa.

—Tía, ¡dijimos que tú no venías! —le riñó su sobrina—. No me gustaría volver a perderte por ningún pasadizo.

—¡No me puedo quedar en casa esperando! —despotricó—. ¡Prefiero estar aquí, cerca de vosotros, por si necesitáis ayuda! —se justificó su tía.

—He intentado convencerla, pero no hay manera —dijo Miguel con resignación.

—¡De acuerdo! —claudicó Alejandra, aunque poco convencida.

El móvil de Sara los interrumpió. Al cogerlo vio que era una llamada de Jesús.

—No voy a poder ir, tendréis que hacerlo vosotros —oyó al otro lado.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó ella alarmada.

—No te lo vas a creer… —Hubo unos instantes de silencio por parte de Jesús que crisparon a su mujer.

—¡Desembucha de una vez! —reclamó ella intranquila.

—Tenemos a Augusto Fonfría, Sara. ¡Lo tenemos! —gritó.

—¿Y eso? —preguntó y le hizo un gesto a los demás de que tenía una buena noticia.

—ARCA ha descifrado parte del *pendrive*. Me lo acaba de comunicar el teniente Ariza. Hay información confidencial para inculparle gran parte de su vida: desde malversación de fondos hasta chantajes a jueces, políticos y comisarios. También hay datos sobre transacciones ilegales de obras de arte de cantidades astronómicas. Como consecuencia, se avecina una buena oleada de detenciones y más de uno compartirá celda con él. ¡Ya era hora! —exclamó satisfecho—. Ha llegado el momento de hacer limpieza de tanto corrupto.

Sara lo escuchaba con lágrimas en los ojos y la respiración agitada. Había puesto el manos libres en el móvil para que todos oyeran la conversación. Daban gracias una y otra vez ya que, al final, parecía que la justicia prevalecía. Siempre existiría corrupción, pero al menos esos pájaros la verían entre rejas.

Mientras tanto, Erika Fonfría y Oliver habían seguido a Humberto Fernández hasta la Casa Vestuario. Apoyados en una esquina cercana,

esperaban que volviese a salir en un momento u otro. La hija de Fonfría había conseguido dejar su elegante despacho en el edificio INACFA en el que la habían aprisionado: volvía a la calle, a la acción. No pensaba desaprovechar la oportunidad que le había dado su padre ni mucho menos decepcionarlo con una mala ejecución. Estaban convencidos de que ese hombre, junto con el resto de los síndicos, eran cómplices de lo que tramaba la familia Ferrer y compañía.

Oliver le hizo una seña a su jefa para indicarle que estuviera atenta: la puerta de la Casa Vestuario se había abierto. Vieron salir a un síndico tras otro a la vez que se despedían en la puerta y se marchaba cada uno por su lado, algunos de ellos en parejas. Humberto Fernández se quedó en el último escalón para cerrar la puerta, lo cual aprovecharon para acercarse. Oliver se colocó por detrás y lo apuntó con el cañón de la pistola en la espalda. Erika se paró a su lado y le ordenó que abriera. Los tres entraron dentro de la antesala. Por el reflejo de las farolas de la plaza se adivinaba, en el extremo derecho de la sala, las siluetas de las ocho sillas de los síndicos, colocadas en círculo. Erika cerró de un portazo, lo que sumió la estancia en la oscuridad. Humberto, siguiendo las indicaciones de sus agresores, encendió la luz. Oliver le propinó un empujón y cayó de lado entre los sillones. Luego, lo cogió por la solapa de la chaqueta y lo sentó con brusquedad en uno de ellos. Erika tomó asiento a su lado con calma, como si estuviera a punto de entablar una agradable conversación. Sonrió por dentro y por fuera de lo mucho que estaba disfrutando ese momento. ¡Lo había echado de menos más de lo que pensaba!

—No queremos hacerle ningún daño —empezó a decir en tono amistoso, muy cerca de él. Luego se dirigió a su matón personal—: Oliver, guarda el arma, ¡que intimidas al síndico! —dijo en un tono condescendiente que rozaba el cinismo—. Una persona tan respetable como él no se va a negar a decirnos lo que queremos, ¿verdad? —alegó, y miró al septuagenario fijamente.

—¿Qué es lo que quieren saber? —preguntó temeroso. Humberto sabía quién era ella y se podía imaginar quién era el hombretón que la acompañaba.

—¿Ves, Oliver? ¡Qué colaborador! —añadió con una sonrisa falsa —. Ya que se muestra tan servicial, queremos que nos diga ¿qué es lo que esconden aquí dentro?

—No escondemos nada. Tan solo somos… —comenzó a decir,

pero Oliver dio un paso al frente y le asestó un puñetazo que le cortó la frase de raíz.

—¿Necesita que le repita la pregunta? —insistió ella sin esperar a que se recuperara, y alzó el tono de voz, como si la primera vez no le hubiese oído.

—No sé de qué me habla. Le juro que... —murmuró.

Otra frase que se quedó a la mitad, interrumpida por un segundo golpe. Humberto estaba aturdido. Le sangraba la cara, aunque no sabía muy bien de dónde le caía la sangre. La visión se le había ensombrecido y comenzó a tartamudear.

—Le haré otra pregunta, a lo mejor de esta sí que sabe la respuesta. —Su tono se había vuelto más amargo y tiránico—. Y de verdad espero que así sea, porque de lo contrario, dudo mucho que un viejo como usted soporte el sinfín de palos que le dará mi colega.

Humberto la escuchó sin apenas inmutarse. Su arrogancia era idéntica a la de su padre. Clavó sus ojos en ella y percibió la misma falta de humanidad. Sabía que en ese momento era su víctima, pero intentó mantenerse entero.

—Sabemos que las hermanas Ferrer y toda la camarilla van a emprender una búsqueda. ¿Dónde se va a iniciar la expedición y cuándo?

Humberto inclinó la cabeza hacia el suelo y fijó la mirada en sus propios pies, preparado para recibir el siguiente mamporro. No tenía intención de contestar esa pregunta ni ninguna otra. Sin embargo, tras el puñetazo que lo hizo caer al suelo, le siguieron varias patadas más. Con el cuerpo ensangrentado y dolorido, Oliver lo sujetó y apuntó con el cañón de la pistola a su sien para culminar el trabajo de una vez por todas. Humberto, a punto de perder la conciencia, hizo un intento por susurrar algo:

—¡Espera! —gritó Erika, que se arrodilló a su lado para escuchar con atención.

—San Andrés... —susurró con un golpe de tos—. La antigua iglesia de San Andrés.

—¿Cuándo? —gritó ella eufórica.

—Esta noche —farfulló ya sin ánimos y con un hilo de voz.

Oliver permaneció quieto con el dedo en el gatillo a la espera de instrucciones.

—¡Déjalo! —le ordenó ella a la vez que se ponía de pie—. ¡Ya nos

ha dicho lo que queríamos saber!

Oliver obedeció y ambos se fueron sin mirar atrás, dejando el cuerpo desmadejado del síndico sobre el suelo.

CAPÍTULO 91

La calle Poeta Querol se veía poco transitada a esas horas de la noche, al igual que la peatonal calle Cultura. La luz ámbar de las farolas las había teñido de un tono ocre demacrado y les daba un aspecto un tanto lúgubre, principalmente a la portada de alabastro del Palacio del Marqués de Dos Aguas, que acentuaba sus siniestras siluetas. Victoria Quirós y Bruno estaban dentro de un coche negro aparcado casi en la esquina. De vez en cuando salían a estirar las piernas y ojear el portal donde se había reunido el grupo Ferrer.

Habían seguido a Alejandra, la primera en entrar, y solo tuvieron que esperar un poco más para ver llegar al resto del equipo. Era evidente que algo importante estaban tramando, dado que incluso el camarero había acudido. Bien les había advertido Augusto Fonfría sobre la inminente preparación de alguna expedición o búsqueda, y Quirós nunca dudaba de su jefe. Sus sospechas se confirmaron al recibir la llamada de Erika, quien le informó sobre la confesión del presidente del Tribunal de las Aguas. Quedaba claro que todos estaban involucrados, y que partirían de aquel lugar. Desconocía cómo se iban a desarrollar los hechos, pero no tenía intención de moverse de allí hasta averiguarlo.

El sonido de un teléfono rompió el silencio del automóvil. Quirós descolgó al ver que era su jefe.

—¡Dígame!... Sí, señor Fonfría... ¡Sin novedad! ¡Seguimos esperando!

A los pocos instantes, colgó.

—¡Viene hacia aquí! Lo trae Rómulo. Ha dicho que los dejemos actuar y que los sigamos de cerca o que obremos en consecuencia.

—Debe de ser algo importante —exclamó Bruno—. El jefe se lo ha tomado muy en serio, ¿no?

—Sí, la historia con las Ferrer viene de años atrás —explicó Victoria, aunque solo entendía a medias su forma de proceder—. Hay un odio y deseo de venganza mutuo que podría llevarlo a actuar de

manera impulsiva.

—Debe de ser algo serio si está dispuesto a implicarse personalmente —agregó Bruno, extrañado por su comportamiento.

—Aquí entran en juego muchos factores. Demasiados, diría yo —reflexionó Victoria Quirós—. El orgullo, el amor propio, el afán de poder, la superioridad sobre los demás, la falta de empatía y de sentimientos. En resumen: ¡creerse un dios! Eso también puede tener consecuencias fatales. A veces actuamos por impulso, y ese impulso puede engullirnos en sus fauces, sin vuelta atrás.

Había llegado la hora de abandonar el «nido». Después de la noticia de Jesús, habían considerado abortar la misión que llevaban entre manos. Sin embargo, por unanimidad, habían acordado seguir adelante y que Rosa permaneciera en el piso hasta que pasaran a recogerla. Todos sabían los pasos que seguir, repasados innumerables veces. Rosa se despidió de Miguel con un beso en los labios y abrazó a los demás. A sus sobrinas las rodeó entre sus brazos con fuerza, mientras no se cansaba de pedirles que tuvieran mucho cuidado. Al cerrar la puerta y sentir que la soledad era su única compañera, los nervios la invadieron de pies a cabeza. Corrió hacia la ventana, la abrió y se asomó. La calle estaba totalmente desierta, apenas visible bajo una suave niebla que le recordó al velo de una novia. Vio salir a Miguel con Lluís y Andreu, seguidos por Sara y Alejandra. Los cinco avanzaron con determinación, sin un atisbo de duda, hasta perderse en la esquina del Palacio del Marqués de Dos Aguas. Rosa cerró la ventana y rezó por que nada malo les sucediera.

Victoria Quirós y Bruno los vieron salir. En último lugar iban las dos hermanas. Caminaban en silencio. Al contarlos, notaron que faltaba alguien: la tía se había quedado arriba. De manera que bajaron del coche y se adentraron en la calle Cultura hasta llegar al portal. No era la primera vez que Victoria Quirós visitaba ese lugar, así que sabía exactamente dónde se encontraba Rosa. Forzaron la puerta y subieron la escalera, luego llamaron al timbre.

Rosa, al oírlo, se sobresaltó. Se aproximó a la puerta con confianza, pensaba que tal vez alguno había olvidado algo. Sin

embargo, antes de abrir, la asaltaron pensamientos contradictorios: el piso estaba vacío, no podían coger nada y, de necesitar algo, la habrían llamado. Al mirar por la mirilla y reconocer a Victoria Quirós, sintió que se le desmoronaba el mundo a sus pies. Retrocedió, con la intención de esconderse, pero ya era demasiado tarde. Bruno había propinado una brutal patada a la puerta que la abrió de golpe, dejando a Rosa frente a ellos, indefensa. Quirós la enfrentó con una sonrisa vacía, mientras Bruno le apuntaba con el arma, sin darle oportunidad de defenderse. En ese momento, Rosa supo que estaba perdida. No importaba lo que sucediera a continuación, era inevitable.

En la calle Prócida, en la esquina del campanario que daba a la puerta lateral de la antigua iglesia de San Andrés, el grupo se había refugiado. Lluís se había centrado en forzar la cerradura de la antigua puerta, sabía que esa era una de sus misiones. Los demás lo observaban en silencio y con nerviosismo. No podían permitirse alertar a ningún vecino de la finca contigua. Lluís maldijo algo que no pudieron entender, mientras luchaba con la cerradura vieja y oxidada, hasta que finalmente oyeron el clic que tanto ansiaban.

Miguel se alejó unos pasos al sentir la vibración de su móvil en el bolsillo. Al cogerlo, el resplandor de la pantalla destacó en la oscuridad de la noche. Al leer el mensaje, proveniente de Augusto Fonfría, se quedó petrificado:

> Tenemos a su mujer en el piso.
> Venga solo.

Mientras tanto, Alejandra, Lluís y Andreu se colaron en la iglesia. Sara estaba a punto de seguirlos cuando vio que Miguel retrocedía atento al móvil.

—Miguel, ¿vienes? —le preguntó al ver su expresión contrariada—. ¿Va todo bien?

—Estoy algo mareado —contestó, sopesando si les contaba la verdad o no—. Creo que voy a volver con Rosa. No me encuentro muy bien y solo os retrasaría.

—Sí, será lo mejor —asintió Sara.

—¿Venís o qué? —los reprendió Alejandra, en el tono más bajo que pudo, al asomar la cabeza entre la puerta—. ¡No me puedo creer

que estéis de cháchara aquí fuera!

—Miguel se va con Tía Rosa —le explicó su hermana—. No se encuentra bien.

—Ah... de acuerdo —se sumó Alejandra—. Estaremos todos más tranquilos si estáis los dos juntos.

Miguel agradeció la brisa en la cara mientras caminaba pegado a la fachada de la iglesia, con la cabeza embotada pensando en Rosa. Al llegar a la altura de la fuente, alguien surgió de la esquina y se le acercó hasta casi rozarle. Miguel percibió el cañón de un arma que le presionaba a la altura de los riñones.

—¡El señor Fonfría le espera! —dijo una voz masculina desde atrás.

Esas fueron las únicas palabras que Miguel oyó antes de iniciar el paso. Obedeció en todo momento, hasta que llegaron al piso donde se encontraba Rosa. Ella se lanzó a sus brazos en cuanto lo vio.

—¿Estás bien? —le preguntó Miguel sumamente preocupado—. ¿Te han hecho algo?

Ella negó con la cabeza. Al separarse de su mujer, Miguel se percató de la presencia de Augusto Fonfría junto a Victoria Quirós y dos de sus secuaces.

—Ha llegado el día, señor Roselló —articuló Fonfría con satisfacción—. Sus confidencias han sido muy fructuosas.

Rosa frunció el entrecejo sin entender a qué se refería.

—¡Usted es escoria y como tal acabará donde se merece! ¡Con el culo entre rejas por todo el mal que ha hecho y está haciendo! —le maldijo Rosa.

Augusto Fonfría soltó una carcajada que retumbó en toda la estancia.

—¡No me haga reír, señora! —exclamó—. Por cierto, ¿sabe usted que su marido los ha estado vendiendo a todos por dinero? ¡Especialmente a sus queriditas sobrinas!

Rosa lo miró enfebrecida. Si hubiera podido tirársele al cuello por insinuar semejantes embustes y acusaciones disparatadas, lo habría hecho.

—¿Qué pretende? —escupió ella desafiante. El regocijo de Fonfría le caló profundo en el alma.

—Solo quiero abrirle los ojos y demostrarle que no todos los que están en su bando son de fiar, especialmente su marido. ¡Pregúntele,

pregúntele!

Rosa se giró hacia Miguel, con lo que parecía un signo de interrogación reflejado en el rostro.

—Miguel, ¡defiéndete! —gritó—. ¡Dime que no es verdad! ¡Que no nos has vendido!

Él permaneció callado durante unos instantes.

—¡Miguel! —volvió a gritar Rosa esperando que hablara.

—Es verdad, Rosa —admitió cabizbajo—, es verdad.

—¿Cómo? —rugió ella y de golpe sintió el peso aplastante de la decepción—. No puede ser, Miguel. —Se negaba a asimilar la cruel realidad. Sus ojos se le llenaron de lágrimas—. ¡Dime que no es cierto! —le imploró con impotencia, mientras lo sujetaba de la ropa—. ¡Que no te has aliado con este indeseable!

Miguel no respondió, aceptaba su culpa, pero no se atrevía a mirarla a los ojos. Rosa, desbordada de rabia, levantó el brazo y le golpeó con la palma de la mano en una de las mejillas, al mismo tiempo que le gritaba.

—¡Eres un cabrón!

Fonfría se rio y aplaudió.

—Señora, la felicito por su reacción. Ahora nos vamos de excursión.

CAPÍTULO 92

Sara, Alejandra, Lluís y Andreu se habían colado dentro de la iglesia. La oscuridad los había envuelto como una gigantesca manta, dejándolos desvalidos a su suerte. Fue solo cuando encendieron las linternas y el lugar se inundó de haces de luz que recobraron el control de la situación.

Admiraron la magnificencia del interior a medida que iluminaban sus ornamentos dorados rococó que, como densas enredaderas, trepaban por las paredes y bóvedas. Parecía muy distinto de cuando lo vieron a plena luz del día. Al contrario, aquello parecía como meterse en la boca de un lobo. Se concentraron en buscar la entrada oculta al campanario, su objetivo principal, hasta que finalmente dieron con ella. Entraron en una especie de estrecho zaguán donde comenzaba la escalera de caracol que ascendía hacia la sala de las campanas.

—Si la parte antigua son los tres cuerpos del campanario, lo que buscamos tiene que estar aquí —comentó Alejandra mientras alumbraba con su linterna por diferentes rincones.

Andreu subió varios escalones y volvió a bajar. Lluís hurgó por el eje central sin encontrar nada.

—Así podemos estar toda la noche de aquí para allá —se quejó Lluís—. Tenéis que tener más pistas.

—Las que teníamos nos han traído hasta aquí —se justificó Sara —. Solo disponemos de la cruz y del número trece. —Se quedó pensativa durante unos instantes y alumbró la cruz sobre su mano.

—¿Y qué hay inscrito en ella? —preguntó Lluís, que la había cogido y la movía hacia arriba y abajo.

—Solo lleva una greca o cenefa, nada más —contestó Alejandra, ya cansada de hurgar en la piedra.

—Sí, una greca compuesta por pequeños peces... —añadió Andreu al examinarla.

—¿De verdad son peces? —cuestionó Alejandra, y entrecerró los ojos para observarla mejor.

—Yo diría que sí, y lo que hay entre uno y otro son formas ovaladas… —susurró Andreu en un intento por descifrarlo.

—¡Son panes! —dijo Sara, recordando el versículo que estaba inscrito en el panel de Melquisedec.

—Pues algo querrá decir, digo yo —añadió Andreu—. De no ser así, ya podemos irnos todos a casa.

—No perdamos la paciencia —articuló Sara para calmar el ambiente.

—Recapitulemos —propuso Alejandra—. Tenemos la cruz, el número trece, panes y peces.

—¡De puta madre! —exclamó Lluís con fastidio, y se sentó sobre un escalón, con la espalda apoyada en el pilar central.

Alejandra le alumbró la cara para animarlo. Al hacerlo, también iluminó la piedra detrás de él.

—Esperad un momento. —Se sentó al lado de su marido y enfocó con más interés al punto en cuestión—. ¡Lo tenemos!

Todos se aproximaron al círculo iluminado y reconocieron la misma cenefa, apenas perceptible, que descendía como un reguero de hormigas hasta perderse entre el suelo y el primer escalón.

Arrodillados los cuatro, escarbaron sin encontrar nada.

—Si tiene más de cuatrocientos años, no podemos pretender que lo que sea, si es que hay algo, esté a simple vista —añadió Sara con calma y coherencia, aunque en el contexto en el que se encontraba, la coherencia empezaba a perder credibilidad.

Lluís hurgó en su mochila y sacó un punzón. Dio un golpe certero donde creyó conveniente, pero nada ocurrió. Los nervios comenzaron a aflorar y a desesperar al grupo.

Alejandra, decidida a no marcharse sin encontrar lo que buscaban y con los primeros síntomas de agotamiento, recorrió la cenefa hacia arriba con su linterna hasta llegar al final.

—Lluís, ¡golpea aquí! —le pidió a su marido.

Él se levantó y descargó un golpe tan fuerte que hizo saltar un pedazo de la piedra, revelando lo que parecía ser un botón circular.

—¿Habéis visto esto? —gritó Alejandra.

Lluís le volvió a dar, esta vez con el mango del punzón, y vio el botón retraerse hacia dentro y ocultarse en la columna, ante la sorpresa de los cuatro. En ese instante, el primer escalón comenzó a moverse y se desplazó de su lugar. Sara tuvo que bajarse rápidamente

para no perder el equilibrio. Cuando enfocaron con la luz para ver qué había ocurrido, descubrieron una pequeña cavidad con el dibujo de una cruz en forma de aspa. Incrédulos y llenos de emoción, se miraron entre ellos. Andreu, quien sostenía la cruz en sus manos, la colocó sobre el soporte con la misma forma, y observó que encajaba a la perfección. Entonces, un sonido entre metálico y pétreo resonó bajo sus pies y retumbó en ese pequeño espacio. Perplejos y con la respiración agitada, notaron que el suelo empezaba a vibrar y moverse. Temerosos por su seguridad y sin entender la gravedad a la que se enfrentaban, se subieron a los escalones para mantenerse a salvo. Al iluminar hacia abajo, descubrieron que el suelo se había abierto y una oscura abertura les indicaba que la escalera de caracol continuaba hacia abajo, y parecía no tener fin.

Intercambiaron miradas entre sonrisas antes de recoger sus mochilas y emprender el complicado descenso, guiados por las luces de sus linternas.

—¿Dónde creéis que nos llevará? —preguntó Sara, atenta a sus pies para no tropezar.

—A cualquier lugar insospechado, seguro —pronunció su hermana después de dar un traspié.

—Ten cuidado, cariño —añadió su marido, y la sujetó.

—Sí, por favor —agregó Andreu, que encabezaba el grupo—. No podemos permitirnos tener un accidente ahora.

—Esto no tiene fin. ¿Cuánto hemos bajado? —preguntó Sara, que iba en último lugar, sin atreverse a alumbrar hacia atrás.

—No lo sé exactamente, pero entre ocho y diez metros, casi seguro —contestó Lluís.

—¡Estad atentos! —advirtió Andreu—. Creo que estamos llegando a donde sea que tengamos que llegar. Los escalones se terminan.

Andreu pisó el suelo terroso y enfocó hacia el frente, seguido de los demás.

—¡Es una sala inmensa! —exclamó Alejandra, y movió su linterna en círculo.

—¿Y ya está? —se quejó Sara decepcionada—. ¿Esto es todo lo que hay?

Lluís y Alejandra se adelantaron, por un lado, mientras que Andreu exploraba la parte contraria, sin saber exactamente qué

buscar.

—¿Y si después de toda la movida no hay nada? —dejó caer Sara.

Alejandra la miró y la enfocó con su luz mientras contemplaba esa posibilidad. Nadie les había asegurado que el botín de la hermandad aún estuviera allí.

—¡Venid aquí! —voceó Lluís—. ¿Qué diríais que es esto?

Ante ellos había dos palancas, una en la pared y otra en el suelo.

—Habrá que tirar de ellas, o algo así, digo yo —propuso Alejandra.

—Yo empezaría por la de la pared —sugirió Sara—. Prefiero seguir en línea recta que sumergirme en las profundidades de la Tierra.

Andreu hizo caso a sus palabras. Colocó la mano sobre el saliente y tiró con fuerza. De repente, y ante el asombro de los cuatro, se abrió una entrada en la pared de piedra de la que emanó un olor tan desagradable que los obligó a echarse hacia atrás y taparse la nariz y la boca.

—¡Huele fatal! —protestó Alejandra.

Lluís se asomó dentro guiado por su linterna y reculó.

—¡No os lo vais a creer, pero es una cámara subterránea llena de nichos! —anunció con cara de fastidio.

—¡No me jodas, Lluís! —renegó su mujer—. No me acordaba. Es la cripta de la iglesia. Según he leído, las familias más pudientes pagaban para que bajo el santo de su devoción reposaran sus restos y los de sus descendientes.

—Pues, ¡qué bien! ¡Hasta aquí nos llega la suerte! —protestó Sara, y se subió la cremallera de la chaqueta hasta arriba—. ¡Qué frío! —murmuró a punto de que le castañearan los dientes.

—Voy a intentar con la otra palanca —agregó Andreu decidido —, a ver si tenemos más suerte.

Todos cruzaron los dedos, pero nada se movió. Empeñados en seguir adelante con la misión que los había llevado hasta allí, traspasaron el umbral y se adentraron en las galerías fúnebres.

CAPÍTULO 93

Unos metros más arriba, en la calle Poeta Querol, a la altura de la antigua iglesia de San Andrés, caminaban Victoria Quirós con Bruno, y Augusto Fonfría con Rómulo. Delante de ellos, iba Rosa junto a su marido Miguel. No se habían rozado desde que ella le atestara la bofetada. La rabia por las circunstancias la consumía: el temor por lo que el desalmado Augusto Fonfría pudiera hacerles a sus sobrinas le acosaba las entrañas, y el desengaño de Miguel le desgarraba el corazón. Por muchas vueltas que le daba en su cabeza, no podía creerlo. Si no fuera porque él mismo lo había reconocido delante de ella, lo habría defendido a capa y espada. Habría estado dispuesta a dar su vida por él, sin imaginar las desgracias y desilusiones que la vida podía traer consigo.

—¡Más rápido! —la empujó el hombre que iba con Fonfría. Rosa lo miró de mal talante. En la situación en la que se encontraba, ya solo le faltaba el empellón de ese tipo.

Miguel la miró de reojo y temió por ella.

Doblaron la esquina y se acercaron a la puerta lateral de la iglesia, la cual estaba entornada. Fonfría sonrió. Sabía que ir detrás de las hermanas le allanaría el camino. Solo tenían que seguir las miguitas que ellas iban dejando.

—¡Adentro! —ordenó el mismo matón de antes, como si pudiera adivinar los pensamientos de su jefe.

—Señor Roselló, usted primero —articuló Fonfría, que le cedió el paso y le entregó una linterna.

Miguel guio al grupo hacia la entrada del campanario. En la pequeña antesala de la escalera observó que Sara y el resto habían encontrado el acceso secreto. Reconoció su destreza. Quirós alumbró el foso y luego el rostro de Fonfría a la espera de instrucciones. En ese instante, Miguel captó su innegable expresión de satisfacción que delataba que esa búsqueda despertaba uno de sus mayores placeres. Comenzaron a descender. Rosa era la única que no llevaba linterna así

que se acercó a Miguel para poder ver mejor dónde pisaba. Apenas habían bajado una docena de escalones cuando oyeron que el bloque de piedra que les había permitido entrar comenzaba a cerrarse. Bruno, el último de la fila, intentó impedirlo, pero ya era tarde. Solo consiguió sacar un brazo, que habría perdido si lo hubiese mantenido fuera.

—¿Alguien ha tocado algo? —gritó Victoria Quirós a la vez que enfocaba con su luz a cada uno del grupo.

—Creo que sin querer lo hemos vuelto a activar, aunque no sé cómo —explicó Miguel, sin un mísero gesto de complicidad. Era la primera vez que hablaba desde la confesión con Rosa.

—No te preocupes —intentó tranquilizarla Bruno—. Debe de haber otra salida.

Miguel levantó las cejas. No estaba muy seguro de ello.

—No he dicho nada, pero tengo algo de claustrofobia —reconoció Victoria con sensación de ahogo.

—¡Habértelo pensado antes! —despotricó Fonfría, y cogió las riendas de la situación—. ¡Seguid bajando!

Las galerías por donde deambulaban Sara, Alejandra, Lluís y Andreu formaban un entramado interminable de pasadizos, sin que supieran a dónde los llevaría. En ocasiones, se estrechaban tanto que tenían que pasar incluso de lado para evitar rozar los nichos que había apilados a diferentes alturas. La mayoría de los ataúdes estaban desintegrados y sus pedazos desperdigados por el suelo, revelando decenas y decenas de momias inmóviles. Tenían que tener cuidado de esquivar los restos para no lastimarse. Aunque sus narices se habían acostumbrado al desagradable olor, no podían evitar sentir aprensión al ver algunos esqueletos cubiertos con andrajosas vestiduras e incluso engalanados con sus mejores joyas.

—Cada vez estoy más convencida de que quiero que me incineren —murmuró Alejandra con cara de asco e intentando esquivar un cráneo con la dentadura completa.

—Yo me uno también —dijo su hermana.

—Juraría que por aquí ya hemos pasado —dijo Lluís, y se fijó en lo que quedaba de un esqueleto, con restos de lo que parecía ser un uniforme militar—. Este aún tiene colgada la medalla al valor.

—Sí, estamos dando vueltas en círculo —confirmó Andreu—. Deberíamos intentar salir de este laberinto. No hay nada de interés más que huesos.

—Opino lo mismo —dijo Sara al mirar a uno y otro lado—, pero no me dejéis la primera, no sé por dónde tirar.

—¡Seguidme! —exclamó Andreu, y se metió por una galería, con Lluís detrás.

Cuando intentó avanzar, a Sara se le enganchó el pie entre dos baldosas. Para evitar caer, se apoyó en una de las paredes laterales y, sin darse cuenta, metió la mano en el nicho más cercano.

—¡Me he quedado atrapada! —gritó, y alumbró a su hermana a pocos pasos de ella.

Alejandra retrocedió para ver qué le había sucedido. Dejó su linterna en el suelo y se guio por la luz de su hermana. Como pudo, retiró la losa que le impedía moverse. Aún estaba agachada cuando Sara sacó el brazo para incorporarse, y con él arrastró un montón de huesos, jirones de tela y telarañas que cayeron encima de su hermana.

—¡Sara! —gritó Alejandra con repugnancia, sacudiéndose la ropa y con ganas de vomitar—. Por Dios. ¡Qué asco!

—Lo siento —se disculpó Sara mientras le retiraba los pequeños restos que le habían quedado entre el pelo.

Fueron solo unos instantes, nada más que eso, pero suficientes para perder de vista a Lluís y Andreu. Intentaron contactarlos con el móvil, pero no había cobertura. Les llamaron a gritos, angustiadas, pero por mucho que insistieron, no consiguieron dar con ellos.

—¡Lo que nos faltaba! —se lamentó Sara, a punto de llorar—. Ahora sí que la hemos hecho buena.

—Por lo menos estamos juntas —se consoló Alejandra—. He leído que hay unas catacumbas en París que se extienden por doscientos cincuenta kilómetros bajo la superficie de la ciudad.

—¡No fastidies! —exclamó Sara con el vello erizado—. Tú siempre dando ánimos.

—¡Tenemos que salir de aquí! —arrancó a decir Alejandra, y enfocó la linterna hacia delante y luego hacia el suelo—. Seguiremos nuestras propias pisadas, a algún sitio nos llevarán.

Dieron vueltas y más vueltas, hasta que les pareció oír voces. Al final del túnel vieron varios reflejos de luz que achacaron a Lluís y Andreu. Creyendo estar salvadas, aceleraron el paso con la alegría de

saber que se dirigían a la primera sala, fuera de las catacumbas. Sin embargo, a medida que se aproximaban, les pareció que las ráfagas de luz se multiplicaban. Algo no les encajaba.

Sara fue la primera en asomar la cabeza y adivinar las siluetas de Tía Rosa y Miguel.

—Tía, ¿qué haces tú aquí? —le preguntó sorprendida, tras abrazarla.

Alejandra, que venía detrás, dio un vistazo a la sala y ubicó a Lluís, Andreu y el resto de visitantes. Aquello parecía una reunión en toda regla, solo que la mayoría no habían sido invitados.

—¡Ha venido con nosotros! —exclamó Augusto Fonfría desde un extremo, junto a sus dos secuaces y Victoria Quirós.

Sara se quedó sin palabras al verlos.

—¡Pues ya estamos todos! —soltó Alejandra, y se colocó al lado de su marido.

CAPÍTULO 94

La situación era caótica. Había demasiada gente enfrentada por diversas razones, y pocas soluciones. La entrada por la escalera de caracol estaba completamente cerrada, y por mucho que intentaron encontrar la forma de que se abriera, no lo habían conseguido. Estaban totalmente encerrados. La palanca que había en el suelo parecía totalmente inútil, a pesar de que Andreu y Lluís insistían en estudiar su funcionamiento. Por otra parte, y para complicar más la situación, no tenían cobertura, así que los móviles se habían convertido en tecnología inservible, incluso el de última generación de Augusto Fonfría. Allí abajo su poder no tenía ningún valor, y su dinero, menos todavía.

—¡Tiene que haber otra salida! —bramó Fonfría visiblemente nervioso al notar que sus días podían terminar ahí mismo.

—¡A los ricos les duele más morirse! —dijo Rosa en tono satírico —. ¡Será por lo mucho que dejan aquí y no se pueden llevar!

—¡Cállese, señora! —le gritó Rómulo, y se encaró con ella.

—Ni se te ocurra tocarla —la defendió Miguel.

—¡Que sepas que no necesito que me defienda nadie! —le susurró a su marido enfurruñada—. ¡Aquí somos todos iguales!

—¡Iguales, no! —exclamó Quirós—. Aquí manda la parte que tiene las armas, y esa parte somos nosotros.

—Pues habrá que utilizarlas... —soltó Fonfría al ponerse frente a Miguel—. ¿Dónde está la sala con el botín?

—No lo sé —contestó.

Rómulo le golpeó en el estómago. Rosa se llevó las manos a la boca y se refugió entre los brazos de Sara.

—¡¿Dónde está?! —volvió a gritar Fonfría enervado. Le quitó la pistola a Rómulo y le apuntó con ella.

—Ay, ¡Dios mío! —chilló Rosa, que por un momento olvidó el enfado y la decepción con su marido, y solo podía sentir un amor incondicional.

—¡Creo que lo tengo! —vociferó Andreu, que al captar la atención de todos detuvo las amenazas contra Miguel.

—Más vale que así sea —pronunció Fonfría y se le acercó.

—Debe de haber alguna conexión entre las dos palancas —explicó Andreu ante la mirada expectante del grupo—. Deduzco que cuando una está abierta, bloquea a la otra.

—¿Quieres decir que si cerramos la de la pared funcionará la del suelo? —preguntó Alejandra con una chispa de esperanza—. ¿Así de simple?

—Solo hay una manera de averiguarlo —añadió Lluís, con la barra de metal en la mano, a punto de moverla.

Lluís la activó y la entrada a la cripta se cerró. Ahora faltaba averiguar si la teoría era cierta. Andreu respiró hondo y movió la palanca del suelo. Atónitos, vieron que se abría una hendidura al lado de sus pies y revelaba nuevos escalones de piedra que los invitaba a descender. Era la única alternativa que veían para poder salir de ahí, aunque desconocían si albergaba el botín que buscaban y, sobre todo, si conduciría a alguna salida.

Bajaron en silencio, uno tras otro, guiados solo por la luz de sus linternas, hasta llegar a otra cámara de dimensiones similares a la anterior. Sin embargo, mientras la primera estaba completamente vacía, esta contenía una serie de trastos viejos, llenos de polvo y esparcidos por el suelo, como si alguien hubiese hecho una mudanza y abandonado lo que no le servía. Entre los desechos encontraron un par de antorchas que aprovecharon para iluminar la habitación y apagar las linternas.

—Esto no pinta bien —le susurró Alejandra a Lluís.

—Lo sé —le contestó él al oído—. He acordado con Andreu y Miguel que, si la cosa se pone fea, tendremos que actuar para quitárnoslos del medio.

—Se lo diré a Sara —asintió su mujer.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Victoria Quirós con un pedazo de tela en la mano.

—Es el retazo de un óleo —respondió Fonfría al manosearlo y mancharse los dedos de polvo.

—Y esto es un desvencijado marco de un cuadro —dijo Sara y lo tocó con el pie.

—¿Qué mierda de expedición es esta? —los increpó Fonfría.

—Deberíais de leer esto —propuso Alejandra, que iluminaba la pared de enfrente con la antorcha.

Todos se acercaron al mismo lugar. Al iluminarlo leyeron los dos versículos de la Biblia que Sara y Alejandra habían visto detrás de la tabla de Melquisedec, en el altar de la iglesia del Patriarca.

«Jesús lo miró fijamente y le dijo: "Tú eres Simón, el hijo de Juan. De ahora en adelante te llamarás Cefas"».

«Entonces tomó los cinco panes y los dos peces, y levantando los ojos al cielo, bendijo, y partió los panes [...]. Y comieron todos, y se saciaron. Y recogieron de los pedazos doce cestas llenas [...]».

Debajo de los dos versículos encontraron la siguiente frase:

POR Y PARA EL PUEBLO

Alejandra permaneció en silencio. Después gritó y comenzó a desternillarse de risa.

—¡No me lo puedo creer! Nos está diciendo que no hay nada.

—¿Cómo que no hay nada? —repitió Lluís confuso.

—Sí, el milagro de los panes y los peces se refiere a que no hay nada. Nos está explicando que con una pequeña cantidad de comida alimentaron a más de cinco mil personas. Todo lo que pudo haber en esta cámara de objetos de valor y obras de pintores reconocidos, se debió de vender por y para el pueblo, para su único y exclusivo beneficio.

—¡Eso no tiene sentido! —renegó Fonfría sin entender ese gesto altruista—. Nos estás liando para que desistamos.

—Se equivoca —murmuró Alejandra, que en el fondo se alegraba de que no hubieran encontrado nada.

—¿Queréis decir que estos armatostes obsoletos y cubiertos de telarañas son todo lo que vamos a encontrar? —bramó Fonfría completamente encolerizado—. ¡¿Para esto me he arriesgado yo en esta búsqueda?!

—¡Unas veces se gana y otras veces se pierde! —añadió Sara, triunfante—. Imagino que eso lo tendrá bien aprendido al ser

empresario. Además, usted se ha autoinvitado. Nadie le ha dicho que viniera, aunque le confieso que sí lo hemos provocado, ¿verdad, Miguel? —dijo, y lo miró con aire de complicidad.

Rosa observó a su marido mientras intentaba asimilar las palabras de su sobrina. En su cabeza surgieron mil preguntas: ¿eso quería decir que no los había traicionado? ¿Que todo había sido una trama hilvanada por ellas? ¿Era eso precisamente lo que intentaba decirles? Se le saltaron las lágrimas de la emoción. Lo hubiese abrazado y besado de no ser porque la hiena de Victoria se interponía entre los dos.

CAPÍTULO 95

Los ánimos hervían debido a la alta tensión que se había acumulado dentro de la cámara. Augusto Fonfría estaba encendido como un fardo de dinamita a punto de explotar. Sentía su ego ultrajado, había caído en la trampa de las hermanas Ferrer y sabía que no lo podía perdonar.

—¡Malditas zorras! ¡Sois como víboras! —gritó fuera de sí, y, sin aviso, cogió a Sara del cuello, que estaba más próxima, y la apuntó con el arma—. ¡Me tuve que haber deshecho de vosotras cuando todavía no levantabais un palmo del suelo!

—¡No! —gritó Rosa con la mandíbula enclavijada.

—Es ahora o nunca... —le dijo Lluís a Andreu.

—¡Despídete de este mundo! —le susurró a punto de disparar.

—Tranquilo —dijo Alejandra, y se paró delante de él con las manos extendidas hacia delante—. ¡Sé cómo arreglarlo! —Pudo percibir en los ojos de ese desalmado el reflejo de la venganza. Alejandra sabía que no podía arriesgarse a que cometiera una locura, y mucho menos que a su hermana le pasara algo; jamás se lo perdonaría—. Le juro, por mi padre Jorge Ferrer que está enterrado, que sé cómo arreglarlo.

—¡Habla! —exigió sin soltar a Sara.

—¿Quiere saber cuál es nuestra fuente de información? Yo se la puedo entregar —soltó sin titubear—. Existen unos manuscritos edetanos en la Casa Vestuario.

—¡Eso no es verdad! —replicó Quirós—. La hemos registrado.

—Pues no habéis sabido buscar —le recriminó Alejandra con desdén y seguridad.

Volvió a dirigirse a Fonfría, a la vez que se le acercaba un paso más.

—Existe un pasadizo subterráneo que oculta cientos de láminas de plomo, son tan antiguas que se remontan a la época edetana: nuestros antepasados. En ellas se relatan los sucesos transcurridos a lo largo de la historia.

—¡Lo sabía! —exclamó Augusto Fonfría, que finalmente lograba atar cabos.

—¡Pueden ser suyos! —comentó Alejandra con convencimiento —. Se los podemos entregar. Se lo garantizo. Solo tiene que soltar a mi hermana. Nada más.

Cuando parecía que la situación se estaba tranquilizando, que parte de los decibelios habían bajado y que Fonfría comenzaba a recapacitar, de repente volvió a la carga con más intensidad.

—¡No la necesitas a ella para entregármelos! —voceó, y dejó a todos encogidos.

En ese preciso instante, Sara le propinó un cabezazo a Fonfría y logró soltarse, dejándolo aturdido. Antes de que cayera el arma al suelo, se disparó y generó en el ambiente un aire de confusión. Lluís y Andreu aprovecharon la ocasión y se abalanzaron contra Bruno y Rómulo, y comenzaron a darse de hostias sin control. Tuvo que intervenir también Miguel para lograr dominar a las dos bestias de Fonfría. En medio del caos, Sara y Alejandra se enfrentaron con Victoria Quirós y la redujeron a su voluntad. Aquello se había convertido en una batalla campal: la estancia era un amasijo de cuerpos revolcados por el suelo en donde la mayoría daba y recibía.

Tía Rosa recogió un arma del suelo y le apuntó a Augusto Fonfría.

—¡No te muevas, desgraciado! —escupió.

Alejandra colocó a Quirós al lado de su jefe para tenerlos controlados, mientras Sara requisó la otra pistola con la intención de detener las trifulcas.

Lluís fue el último en dejar a su rival nocaut. Le había costado lo suyo ganarle. Las clases de *full contact* habían valido la pena. Se puso en pie y abrazó a su mujer.

—Deberíamos salir de aquí —murmuró Alejandra sintiendo el calor de su pecho—. Creo que sé cómo…

Cogió a Lluís de la mano y lo llevó hacia las frases escritas en la pared.

—No he parado de preguntarme a qué se refiere cuando dice: «De ahora en adelante te llamarás Cefas» —puntualizó Alejandra—. Cefas se refiere a Pedro que, a su vez, significa «piedra», y Cefas significa «roca», o sea, lo mismo. La única piedra que hay en la sala es esa — dijo, y la señaló—. Si estoy en lo cierto, tiene el tamaño suficiente

para ocultar una entrada o, mejor dicho, una salida.

Lluís se soltó de su mujer y se dirigió hacia donde ella había señalado. Examinó la piedra con detenimiento y llamó a Andreu para saber su opinión.

—Podría ser… —dijo Andreu—. ¡No nos queda otra que intentarlo!

Sacó de su mochila el punzón, más unas cuerdas, y rodearon la piedra para intentar moverla. Todos se unieron en el esfuerzo, menos Rosa quien mantenía bajo custodia a Fonfría y Quirós. Consiguieron que se moviera unos centímetros y comprobaron que, efectivamente, había un hueco al otro lado. Si aquello no era un pozo, a lo mejor tenían suerte.

Necesitaron varios intentos, pero finalmente se abrió una vía de escape ante ellos. Una oportunidad de salir de esa caja de piedra, o al menos eso ansiaban.

En cuanto hubo suficiente espacio para pasar, recogieron sus bártulos e iniciaron la salida, uno tras otro. El suelo era como una rampa de tierra bastante resbaladiza, así que descendieron como si fuera un tobogán. Lluís tomó una de las dos antorchas y fue el primero en bajar, mientras Andreu, con la otra, cerraba la marcha. En medio del grupo estaban Fonfría y Quirós. En cuanto a Rómulo y Bruno, los ataron a la piedra que habían movido. Si conseguían salir, ya enviarían a alguien a rescatarlos. Ante ellos se extendía un pasillo interminable. Decidieron seguir adelante. No tenían otra opción.

Rosa iba delante de Miguel.

—¡Has sido muy valiente! —le susurró él para romper el hielo.

—Tú también —contestó ella.

—Siento haberte dado el disgusto —se quiso disculpar Miguel al acercarse a su oído.

—Me lo había creído. Mientes muy bien —sonrió ella—. Perdona por la bofetada.

—Si hubiera sido verdad, me la habría merecido.

Miguel le cogió la mano y la apretó con suavidad. Ella le correspondió.

—¡Tened cuidado! —advirtió Lluís, y capturó toda la atención—. El suelo no es nada seguro. ¡Fijaos, se están abriendo agujeros!

—¡No os mováis! —gritó Alejandra a su lado al detenerse en seco —. ¡Di mejor que se está agrietando!

El terreno comenzó a abrirse con la misma fragilidad que la cáscara de un huevo al recibir un golpe, succionando la tierra bajo sus pies. Apiñados unos contra otros, para ocupar el menor espacio posible y sin salirse del cerco, vieron con temor que la topografía del terreno se modificaba. Ahora se encontraban en una especie de pequeña isla, con un estrecho pasillo a modo de puente que, aparentemente, los llevaba a un lugar más seguro. Solo que ese corredor angosto, en el que habían depositado sus esperanzas para cruzar, se acababa de desmoronar, lo que evidenciaba que la superficie donde se encontraban podía desaparecer en cualquier momento. Lo que más les preocupaba era caer en la sima a sus pies, que había aparecido repentinamente y sugería una profundidad que ninguno de ellos deseaba explorar. Andreu agachó la antorcha, pero no pudo divisar el fondo. Luego lanzó una piedra que desapareció en la oscuridad.

—¡Hay que saltar! —propuso Lluís como única opción.

—Ten cuidado —le susurró Alejandra.

Con agilidad, llegó al otro lado y se dispuso a ayudar a los demás. Le siguieron Rosa, Miguel y Sara. Le tocaba el turno a Alejandra y después a Victoria Quirós, pero Augusto Fonfría, desconsiderado y con brusquedad, se abrió paso y las adelantó. Andreu, que estaba en último lugar, de buena gana le hubiese dado un empujón al vacío por su actitud. El terreno donde estaban parados comenzaba a menguar y su diámetro disminuía con velocidad. No podían permitirse perder el tiempo.

—¡Pasad rápido! —rugió Lluís, con ganas de tener a Fonfría entre sus manos.

Fonfría, parado en el borde del abismo, parecía indeciso.

—¡Quiere cruzar de una puta vez! —clamó Alejandra, histérica, al lado de Quirós.

El suelo donde se encontraba Victoria empezó a ceder, uno de sus pies resbaló, seguido por el otro. Se deslizaba sin poder evitarlo y gritó para pedir ayuda. Fonfría se giró, la ignoró y saltó. Fue Alejandra la primera en ofrecerle su mano, arriesgando su propia estabilidad y equilibrio. Andreu se sumó y entre ambos evitaron que cayera. Instantes después, los tres saltaron con éxito al otro lado.

Pasado el peligro, Lluís, enojado, se acercó a Fonfría y le dio un par de puñetazos en la cara. Luego lo agarró por la pechera y, sin

apenas tocar el suelo, lo arrimó al precipicio. No estaba claro si pretendía empujarlo o simplemente asustarlo, pero se detuvo al oír la voz de su mujer.

—No, Lluís, por favor… No te ensucies la conciencia por él. No merece la pena.

Lluís lo lanzó al suelo con rabia. Luego cogió la antorcha y gritó:

—¡Sigamos!

Todos le obedecieron sin rechistar, sin preocuparse por si Augusto Fonfría los seguía o no. Nadie se volvió para mirar atrás.

CAPÍTULO 96

Desconocían cuánto habían avanzado, en qué dirección ni en qué punto se encontraban. Lo único que sabían era que estaban cansados, tenían hambre y sed. Se habían detenido para reponer fuerzas y cada uno se sentó donde podía. Alejandra estaba junto a Lluís, quien se había levantado para hablar con Miguel. Victoria Quirós, que había estado sola la mayor parte del tiempo, se acercó a su lado.

—Gracias… —expresó con evidentes signos de humildad.

—De nada —contestó Alejandra suavemente.

—¡De no ser por ti y por Andreu, no lo cuento! —Sus palabras sonaban sinceras.

Alejandra se percató de que era la primera vez que Victoria llamaba a Andreu por su nombre, en lugar de utilizar adjetivos despectivos, como acostumbraba a hacer.

—¡Quiero pensar que tú en mi lugar habrías hecho lo mismo! —le contestó, y la miró. En sus ojos percibió algo diferente, una sensación que se atrevería a catalogar de más humana.

—Supongo que sí… —asintió con la mirada baja.

Al levantarse, Victoria reflexionó sobre si efectivamente habría actuado de la misma forma. Se sentía engañada con respecto a las dos hermanas, especialmente con Alejandra, con quien había tenido más trato. Aunque «trato» no era la palabra que más encajaba, siempre había procurado hacerle la vida imposible. Ahora lo veía con claridad. Observó a su jefe apoyado en un rincón, completamente solo. Sus ropas estaban harapientas y manchadas de polvo y sangre. Notó como si los años se le hubieran echado encima en las últimas horas. Se había convertido en un auténtico desconocido. Con ese aspecto, bien podría pasar por un indigente, pasar por uno más.

Él, que solía presumir del poder de sus fauces, capaces de engullir todo lo que se interpusiera en su camino, ahora esas mismas fauces lo estaban devorando sin piedad. Victoria Quirós esbozó una sonrisa. Sentía que había aprendido la lección. Si el destino les daba otra

oportunidad y conseguían salir con vida de allí, estaba decidida a hacer muchos cambios.

Decidieron reanudar la marcha. No podían estancarse ahí y perecer sin remedio. Sara tomó la iniciativa y avanzó la primera seguida del resto. El túnel parecía estrecharse a medida que avanzaban, y el terreno, antes de tierra y pequeñas piedras, se tornó de rocas más grandes que debían esquivar y saltar. A pesar de sus esfuerzos por encontrar una salida, el sendero se acababa.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Sara parada sobre el borde de un abismo.

Todos se detuvieron a su lado para observar el entorno. Habían pasado de un túnel angosto a una gran cavidad en la que el techo se perdía en la oscuridad. Pero lo que más les preocupaba no era eso, sino la ausencia de suelo que les permitiera avanzar. Se encontraban al filo de una especie de pozo de una extensión enorme.

—Hacia arriba es imposible —explicó Andreu mientras inspeccionaba el lugar—. Sin embargo, en el fondo, parecía haber una salida en la pared. ¿Qué opinas, Lluís?

Su amigo alumbró con la antorcha y corroboró lo mismo.

—¡Entonces habrá que bajar! —expuso Andreu, y sopesó la dificultad—. Utilizaremos las cuerdas para ayudarnos. ¡No veo otra opción!

—Las paredes son irregulares, eso nos ayudará —añadió Lluís al alumbrarlas—. ¡Igual podemos conseguirlo!

—¡Más vale que sea así! —gruñó Alejandra—. Espero que tanto padecer nos lleve a algún buen sitio.

—¡Yo no creo que lo consiga! —dijo Rosa, abrumada, al asomarse.

—Yo te ayudaré —la animó Miguel abrazándola, aunque tenía serias dudas de que aquello tuviera un buen final. Al rodearla, notó que temblaba.

Aseguraron una de las cuerdas a una roca cercana y comprobaron su fiabilidad. Lluís lanzó su antorcha al fondo para iluminar la profundidad y vio que estaba lleno de piedras. Hizo una mueca al dimensionar la distancia. Sacó la linterna, la sujetó en la boca para tener las manos libres y comenzó a descolgarse.

Al principio, concentrado en no caer y en marcar una posible ruta para los demás, no prestó atención a dónde colocaba los pies y las manos. Fue entonces cuando se percató de los pequeños salientes por los que descendía. Se aferró a la cuerda para no caer y cogió la linterna con una mano. Al iluminar el lateral donde se encontraba, no tuvo dudas: eran huesos humanos. Millones de huesos humanos dispuestos de forma magistral. Apuntó la luz hacia el suelo y se dio cuenta de su error al confundir los cientos de cráneos con piedras. Su respiración se aceleró mientras valoraba si debía advertir a los demás sobre la gigantesca catatumba que los aguardaba. Optó por no decir nada en absoluto. Si lo hacía, probablemente más de uno se negaría a bajar y no estaba la situación para muchas exigencias.

Lluís consiguió tocar tierra firme. Se soltó de la cuerda para investigar si lo que les había parecido una salida realmente lo era, pero al intentar cruzar por el centro de aquella enorme circunferencia, notó que era imposible avanzar. Las calaveras crujían y rodaban bajo sus pies y se hundían entre ellas, dificultándole el paso. Al intentar darse la vuelta, resbaló y se dio de bruces contra el suelo.

Desde arriba, veían que Lluís había conseguido su propósito y había llegado al fondo del pozo, para verlo caer a los pocos instantes.

—¿Estás bien? —le preguntó Alejandra preocupada.

—Sí —voceó al ponerse de pie—. Tendréis que tener cuidado, el suelo resbala bastante.

Lluís consiguió llegar al muro de huesos y, pegado a él, avanzó hasta el boquete.

—¡Vamos a tener suerte! —gritó—. Es una salida, aunque un poco pequeña. Tendremos que ir de rodillas.

Todos se alegraron en parte, aunque la idea de avanzar a gatas no convencía a algunos. Victoria Quirós trató de coger aire, le faltaba desde hacía horas. Se dispusieron a bajar uno a uno. Lluís les aconsejó que siguieran el resplandor de su antorcha, que agitaba en alto, a modo de triunfo. Creyó que era preferible que no detectaran los huesos que iban a rozar.

La primera en descender fue Alejandra, que lo hizo con la agilidad de un gato. Al llegar y darse cuenta dónde se había metido, estuvo a punto de soltar un alarido, pero Lluís la frenó con un signo de silencio.

Después le tocó el turno a Tía Rosa, quien, con torpeza, logró

bajar. Estaba a solo un par de metros de llegar cuando se percató de los huesos. Espantada, se soltó de la cuerda, perdió el equilibrio y cayó al foso de calaveras.

—Tía... —gritó Alejandra mientras se acercaba para socorrerla—. ¿Te has hecho daño?

—¡Madre mía, pero si esto es un cementerio de huesos! —bramó con los ojos enrojecidos y las manos apoyadas sobre los restos.

—¡Recuerda que tú siempre has dicho que hay que temerles más a los vivos que a los muertos! —le dijo su sobrina, y la ayudó a levantarse.

—Sí, pero, Dios mío..., ¿dónde nos hemos metido? —murmuró santiguándose sin parar mientras miraba alrededor.

—¿Está todo bien por ahí abajo? —preguntó Sara lista para bajar.

Tras recibir la aprobación, inició su descenso sin ningún contratiempo. Después lo hizo Victoria Quirós, a quien tuvieron que darle ánimos para que llegara abajo. El siguiente turno era el de Augusto Fonfría.

—¡No pienso bajar por ahí! —se negó, y se plantó delante como para imponer su autoridad.

Andreu lo cogió de la ropa y lo levantó unos centímetros.

—¡Si cree que me voy a sofocar, se equivoca! ¡Me alegrará saber que se pudre aquí el resto de su jodida vida! —Después lo soltó y se dirigió a Miguel—: ¡Baja tú, que este pez gordo se queda aquí!

Miguel intentó cederle el puesto a Andreu con un gesto.

—¡Vete tranquilo que te espera Rosa abajo, yo te sigo! —le animó.

Cuando vio que Miguel lo había conseguido, Andreu se preparó para bajar. Fonfría, al notar que se quedaba solo, se le arrimó.

—¡Sí que voy a bajar! —expresó con ansia, intentando adelantarse.

—¡Pues tendrá que ser el último! ¡Ha perdido el turno!

La última frase la culminó mientras iniciaba el descenso. No pensaba echarle una mano, no se lo merecía.

CAPÍTULO 97

Todos lo habían conseguido, incluso Augusto Fonfría, que había estado a punto de caer en un par de ocasiones. Estaban frente a la abertura que había en la pared e intentaban evaluar los pros y los contras.

—Es demasiado pequeño —comentó Miguel—. Si vamos con las antorchas nos vamos a socarrar vivos.

—Sí, tienes razón —asintió Lluís—. Que cada uno saque su linterna. Tendremos que ir a gatas.

—¿Y si no nos lleva a ningún sitio? —replicó Fonfría con desdén.

—¡Pues usted se queda aquí! —articuló Alejandra irritada—. ¡No es necesario que nos acompañe! —Estaba harta: no tenían bastante con la situación en la que se encontraban, que además debían aguantar sus quejas.

Augusto Fonfría se había mantenido a cierta distancia viendo cómo hurgaban en sus mochilas para sacar las linternas. Lluís apoyó la suya en el suelo y escarbó hasta que la encontró, pero al hacerlo, accidentalmente dejó caer el arma, que quedó oculta entre los huesos. Fonfría, atento a la secuencia, la cogió con disimulo y se la guardó.

Victoria Quirós se apoyó de espaldas contra la pared. Al echar una ojeada al agujero, le faltó el aire y empezó a hiperventilar. Sara se dio cuenta y se le acercó.

—Tranquila, no pasa nada... Lo vas a conseguir —le musitó.

—No puedo... no puedo —susurró con las manos en la cabeza, la respiración ronca y envuelta en sudor.

—Escúchame bien, Victoria, respira...

—No puedo... no puedo... —había entrado en tal bucle que ya ni oía ni veía ni prestaba atención.

Sara la abrazó y notó cómo tiritaba.

—Cierra los ojos y respira —le susurró al oído con voz dulce y volvió a repetirlo una y otra vez—. Irás detrás de mí con los ojos cerrados. Yo te guiaré.

Victoria parecía haberse calmado. La crisis había pasado, al menos de momento.

—Gracias —le susurró todavía en cuclillas, algo más tranquila.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó Alejandra, y afinó el oído.

—¡Yo no oigo nada! —contestó su tía.

—¡Queréis callaros un momento, por favor! —demandó Alejandra agitada mientras trataba de ubicar el origen del ruido.

—Sí, yo también lo oigo —se unió Lluís—. Y es cada vez más intenso.

—¡Ya lo creo! —exclamó Alejandra—. Sea lo que sea viene hacia aquí.

—¡No digas eso! —le riñó su hermana—. ¡Nos estás asustando!

Lluís cogió la antorcha y la acercó al agujero. Al asomarse, gritó:

—¿¡Qué cojones es eso!?

No tuvo tiempo de decir nada más. De repente, un enjambre de ratas, de todos los tamaños, corría hacia ellos ocupando casi por completo el agujero. Centenares, miles de ratas, se apiñaban unas contra otras y cubrieron el suelo mientras brincaban sobre ellos, para luego trepar por las paredes.

Todos empezaron a gritar, a sacudirse y a saltar en un intento desesperado por librarse de tantísimos roedores. Inexplicablemente, de la misma forma en que habían aparecido, se habían escabullido hasta desaparecer. Después de ese momento de gran tensión, se habían vuelto a encontrar solos. Todos se preguntaban si volvería a pasar lo mismo cuando estuvieran dentro. Por supuesto, ninguno tenía la respuesta, tendrían que comprobarlo por ellos mismos.

Lluís se aventuró primero, seguido de Alejandra. Tía Rosa se santiguó un par de veces más antes de agacharse para entrar, y detrás de ella fue Miguel. Sara, como le había prometido a Victoria, iba delante de ella. Antes de entrar, la tranquilizó con unos sencillos ejercicios de respiración que parecieron surgir efecto. Fonfría, a regañadientes, acabó entrando tras un empujón de Andreu, quien ya estaba harto de él.

Desconocían cuánto habían recorrido en ese odioso túnel, pero sí sabían que, en la superficie, a no sabían cuántos metros sobre ellos, estaría amaneciendo. Con las manos ennegrecidas, llenas de heridas, y

las rodillas enrojecidas a punto de sangrar, ansiaban que llegara el final de esa pesadilla. Por eso, cuando oyeron a Lluís exclamar que ya estaban saliendo de ahí, su anuncio fue recibido con sonrisas de esperanza. Por fin pudieron erguirse y estirar las piernas, entumecidas por andar en la misma posición.

—No me acordaba de lo que era andar a gatas —murmuró Rosa, sentada en el suelo mientras se daba un masaje en las piernas.

—¿Dónde estamos? —preguntó Sara al alumbrar el lugar, ya con poco ánimo.

—Seguimos en las catacumbas —contestó Lluís al recorrer las galerías con su linterna.

—¡Vaya atracón de muertos que nos vamos a pegar! —agregó Tía Rosa casi curada de espanto—. ¡Claro que a todo se acostumbra una!

Miguel se movió para inspeccionar el lugar.

—La disposición de las tumbas en varias alturas tiene todo el aspecto de enterramientos romanos. ¿Es posible que nos encontremos en el cementerio de lo que fue la ciudad romana?

—No lo sé, Miguel, es posible —dudó Andreu—. La mayoría del tiempo hemos ido avanzando hacia el norte —explicó—, pero desde que entramos en el pozo de huesos, la aguja de la brújula dejó de funcionar. En el último conducto, se paró. Creo que seguimos en la misma dirección, pero no puedo asegurarlo.

—Solo podemos hacer una cosa, que es seguir adelante —sugirió Alejandra al incorporarse y tomar la iniciativa.

Todos la siguieron entre aquellos pasillos atestados de esqueletos hasta que dieron con una habitación más bien pequeña, vacía y sin ningún camino por el cual continuar.

—¡No puede ser! —se quejó Sara decepcionada—. ¿Ya está? ¿Hemos venido hasta aquí para nada?

—Si tenemos que volver —añadió Rosa, exhausta y ya sentada en el suelo—, yo no retrocedo, os lo aseguro.

—¡Tiene que haber algo más! —exclamó Alejandra al tocar la hermética pared. Se negaba rotundamente a que ese fuera el final.

Lluís se acuclilló en el suelo. Se agotaban sus esperanzas de salir de allí. No había querido demostrar su flaqueza en ningún momento, pero aquello ya había traspasado las fronteras de su paciencia.

—Querido amigo —le susurró a Andreu—, estoy a punto de tirar la toalla.

—Joder… —exclamó Andreu, que pensaba igual y trataba de sujetar las riendas de sus pulsaciones.

—¡Ya os advertí que no teníamos que seguir! —gruñó Fonfría con la mano en el bolsillo encima del arma.

Lluís se incorporó rabioso y le atizó un puñetazo en plena cara.

—¡Cállese ya, hostia! ¡Si conseguimos salir, le juro que usted se va a quedar aquí! —bramó, encarándose con él.

Fonfría estuvo a punto de sacar la pistola y disparar, pero se contuvo. En un rincón, agazapada, Victoria Quirós notó como las lágrimas bañaban sus mejillas. Nunca se hubiera imaginado que sus días acabarían de semejante manera.

—¡Venid aquí! —gritó Alejandra—. Mirad esta piedra, ¿no os parece una entrada?

Rosa estaba tan desanimada que ni se acercó. Estaba segura de que la ilusión de su sobrina por encontrar una salida le había hecho ver cosas donde no las había. Andreu, en cambio, sacó el punzón y lo hundió en los bordes que ella había señalado.

—Puede que tengas razón —murmuró con avidez. A lo que se sumaron Lluís, Sara y Miguel.

Agotaron sus empeños, escarbando y retirando los bordes de aquella gigantesca piedra, con la ilusión de encontrar un acceso. Pero resultó solo ser una gigantesca piedra. Desanimados, finalmente se rindieron. Dejaron caer el punzón al suelo y maldijeron el momento en que decidieron embarcarse en tal aventura sin ninguna certeza de salir ilesos.

Desperdigados en varios puntos de la sala, se miraron unos a otros con las esperanzas rotas. De repente, un sonido con el que ya no contaban resonó entre las mochilas amontonadas. Un sonido que les devolvió una tenue ilusión. Sara corrió y comenzó a escarbar, seguida de los demás.

—¡Es el mío, es el mío! —gritó con lágrimas en los ojos al coger el móvil entre las manos.

Sara vio que tenía un montón de llamadas perdidas de Jesús y una infinidad de mensajes, pero seguía sin tener cobertura. Intentó hacer una llamada, pero fue inútil. De manera que le envió un wasap para informarle que estaban bien, pero perdidos en unas galerías subterráneas. Los demás consultaron sus móviles, pero tampoco tenían señal. Augusto Fonfría tenía varias llamadas de Erika y dos mensajes

que decían:

> ¿Dónde estás? ¡Maldita sea!
> ¡La policía ha venido a detenerte! Tienen pruebas para inculparte por numerosos delitos. Duarte le debió de entregar información confidencial a Alejandra y
> la han conseguido descifrar.

Fonfría apagó el móvil, miró a Alejandra con los ojos emponzoñados de odio mientras la maldecía mil veces mentalmente. Después metió la mano en el bolsillo y agarró el arma en un arrebato de venganza. A los pocos instantes, la soltó y reflexionó: ya habría tiempo para eso, primero tenía que salir de allí.

CAPÍTULO 98

Andreu se puso de pie, volvió a inspeccionar la junta de la piedra y escarbó en ella con el punzón. De momento, no tenían otra opción a la que aferrarse. Pensó en Rebeca; estaría tan preocupada que el sentimiento de perderla lo colmó de fuerzas. Fuerzas que habían ido menguando por el desánimo, pero que resurgían negándose a rendirse y lo convencían de que todavía no era su hora.

Lluís lo miró, se levantó y se paró a su lado, sin muchas expectativas de que lograra nada positivo.

—Creo que hemos abierto una rendija —le susurró Andreu sin dejar de rascar el lateral—. Tengo la sensación de que se filtra aire. ¿Lo notas?

Lluís se aproximó, luego lo miró y asintió con una sonrisa.

—¡Apagad todos las linternas! —gritó Andreu.

—¿Cómo? —se quejaron algunos.

—¡Que apaguéis las linternas! —repitió Lluís acelerado—. ¡Creemos que entra aire del otro lado y puede que haya luz!

Nadie protestó y obedecieron al instante. El habitáculo quedó sumido en la oscuridad total. Todos dirigieron sus miradas hacia la piedra en cuestión y comprobaron, con alegría, que todo el contorno estaba iluminado por un delgado hilo de luz.

Encendieron nuevamente sus linternas y se centraron en aquella entrada que, aunque cerrada, les había devuelto la confianza en que iban a encontrar una salida. Rascaron y escarbaron hasta que uno de ellos, sin saber cómo, tocó algo que activó un mecanismo. Ante su desconcierto, la supuesta puerta comenzó a moverse, abriéndoles el paso. Sus ojos se entornaron por la excesiva luz artificial que emanó de aquel pasillo. En ese instante supieron que estaban salvados. No sabían dónde se encontraban, pero confirmaban que habían vuelto a la civilización.

Sin saber si llorar o reír, fueron pasando uno a uno hacia el otro lado. Caminaron y se encontraron con una escalera metálica que los

llevó hacia arriba un par de plantas. Luego, avanzaron por un corredor hasta que se tropezaron con una cinta que les impedía el paso. Parecía increíble, pero al otro lado se desplegaba una gran sala con carteles informativos, focos y música de fondo.

—¡Estamos en un museo! —exclamó Sara más que sorprendida.

—Sí, lo conozco —agregó Miguel—. Es el museo de la catedral.

Alejandra sonrió al mismo tiempo que se abrazaba con su tía. La expresión de júbilo se reflejó en sus caras. La situación había dado un gran giro a su favor y se sentían más que agradecidos.

Buscaron la salida, ansiosos de ver la luz del día y respirar aire puro. Sus pasos los llevaron a la nave central de la catedral. Estaba completamente en silencio y en semipenumbra. Solo unas beatas estaban allí, arrodilladas en uno de los bancos, quienes los miraron con sorpresa y un dejo de espanto. Atravesaron la nave en busca de la Puerta de los Hierros, que encontraron abierta y, por fin, salieron a la calle.

La ciudad empezaba a despertar y retomaba su actividad matutina. La gente que pasaba por su lado los miraba con extrañeza. Fue en ese momento en el que se percataron de sus deplorables y siniestros aspectos. Sara buscó su móvil para avisar a Jesús de su ubicación, cuando Augusto Fonfría le puso el arma en la cintura.

—¡Cuelga! —Sara le hizo caso, pero mantuvo apretado el botón de grabar audio—. ¡Todos delante de mí! ¡Vamos a la Casa Vestuario! ¡Apágalo! —gritó.

Sara se vio obligada a obedecer. Solo confiaba en que Jesús hubiera recibido el breve mensaje.

—Quirós, recoge los móviles de todos y mételos en una mochila —le ordenó.

Ella asintió, le quitó la bolsa a Andreu y metió dentro todos los móviles.

—¡El tuyo también! —le indicó.

Victoria siguió sus instrucciones. Al abrir la mochila, descubrió entre los teléfonos la otra pistola junto al punzón. Inmediatamente cerró la bolsa y se la colgó al hombro.

Anduvieron por la calle Micalet prácticamente solos, salvo por algún viandante que caminaba deprisa, posiblemente de camino al trabajo. Augusto Fonfría aprovechó el trayecto para llamar a Erika.

—Sí, estoy bien. Voy a la Casa Vestuario —le contestó e intentó

aplacar la intranquilidad de su hija—. ¿Has hecho las transferencias?... De acuerdo. ¡Habla con el piloto! ¡Lo quiero ya con el helicóptero y tres hombres en la plaza de la Virgen! —gritó—. ¡He dicho que ya!

La Casa Vestuario quedaba cerca, pero el corto trayecto resultó ser el más largo de sus vidas. Sobrecogidos, se detuvieron ante la fachada cuya puerta estaba sellada por un precinto policial que les prohibía el paso. Se miraron unos a otros temerosos. Fonfría les ordenó retirarlo y disparó a la cerradura, los forzó a entrar y luego entornó la puerta. Miguel encendió la luz del vestíbulo y observaron que las sillas de los síndicos estaban fuera de su meticulosa forma circular. Además, había rastros de sangre esparcidos por varios sitios. Se preguntaron qué habría sucedido en aquel lugar. Solo Augusto Fonfría y Victoria Quirós estaban al tanto de la paliza que le habían dado al presidente del tribunal, aunque no sabían con certeza si seguía con vida o no.

—¿Dónde está? —exigió Fonfría con frialdad.

—¿El qué? —preguntó Sara mientras sentía el frío cañón del arma en su cadera.

—¡No agotéis mi paciencia! —bramó y le apuntó a la cabeza.

Alejandra se deslizó hacia el final de la estancia; no estaba dispuesta a que le hiciera daño a su hermana. Sin que Fonfría la pudiera ver, tocó las piezas que ya conocía de memoria y la entrada se abrió en el suelo como otras muchísimas veces.

El corazón de Augusto Fonfría dio un brinco. Quirós se quedó asombrada. «¡Qué listas son las jodidas!», pensó.

—Mira a ver si esa habitación tiene llave —le mandó Fonfría a Quirós y señaló un cuarto contiguo.

Ella lo comprobó y asintió.

Luego, les indicó a todos que entraran, excepto a Alejandra. A Sara le dio un empujón y la obligó a entrar también. Quirós cerró la puerta y los dejó encerrados. Por mucho que aporrearon y gritaron, no podían salir. Rosa estalló en sollozos y Lluís, frenético, comenzó a patear la puerta, preocupado por el destino de su mujer. Sara se maldijo por no haber reaccionado a tiempo y por no haber podido impedir que se llevara a su hermana.

—¡Baja! —le gritó Fonfría a Alejandra a la vez que oía los golpes e insultos al otro lado de la puerta. No pudo evitar esbozar una sonrisa cruel. Luego, Victoria Quirós descendió, seguida por él.

Nada más verla, Augusto Fonfría quedó impresionado con aquella inédita sala. Era un templo de cultura pura y dura, un auténtico museo. Acarició las decenas de finas láminas de plomo y cayó en la cuenta de que su valor era incalculable. Se acercó a uno de los extremos de la sala y reconoció el tubo de cuero que guardaba el óleo de Del Piombo que Miguel le iba a vender. Abrió la tapa, verificó que estaba dentro y lo acarició al saber que ya era suyo.

El sonido de un móvil en la mochila de Victoria Quirós lo sacó de su encantamiento. Ella apoyó la mochila sobre la mesa para cogerlo y, al abrirla, contempló durante un instante la empuñadura del arma.

—¡No lo cojas! —le gritó su jefe—. ¡Inútil! ¡Que no eres más que una inútil!

Victoria se contuvo y no dijo nada. Solamente lo miró con ira e hizo una mueca similar a una sonrisa. Alejandra, que se encontraba detrás de la mesa, acarició los manuscritos que había apoyados encima.

—¿No quiere saber de dónde han salido estos manuscritos? —Alejandra intentaba desviar su atención y quitarle del rostro la expresión de satisfacción y codicia.

—¿Me lo vas a decir? —cuestionó—. Sí, ardo de curiosidad.

Alejandra se iba a arriesgar. Quería resarcirse, herirle en lo más profundo, y que de verdad le escociera.

—Estaban en el mismo lugar que el tesoro del Palacio Real —pronunció con una malévola risita—. ¿Recuerda aquella expedición que compartimos, señor Fonfría? —Lo miró desafiante.

—¡No es posible! —contestó al intentar atar cabos.

Alejandra se rio en su cara. Cuanto más lo miraba más se reía.

—¡Se quedó con las migajas, don Augusto Fonfría! —articuló con retintín—. ¡Le burlamos!

Victoria Quirós lo observó. Estaba encendido. Jamás lo había visto así, tan fuera de sí y completamente humillado, herido en su propio orgullo. Augusto Fonfría levantó la pistola y apuntó hacia Alejandra.

—¡Eres una malnacida! ¡Y así vas a morir! —vociferó.

En ese mismo instante se oyó el motor del helicóptero.

Fonfría desvió la mirada hacia el techo, momento que Victoria aprovechó para coger el arma que había en la mochila.

—¡No lo haga! —le gritó ella con el brazo en alto, apuntándole.

—¡Maldita muerta de hambre! ¡Tú serás la primera en caer! —berreó, y le disparó a Victoria primero y luego a Alejandra.

De inmediato, ambas se desplomaron sobre el suelo.

Fonfría cogió un puñado de manuscritos y se colgó del hombro el tubo de cuero con el óleo de Del Piombo, y subió la escalera lo más rápido que pudo. Victoria Quirós, herida, levantó el arma y le acertó en una pierna. Soltó un alarido y cayó de bruces sobre los escalones, dejando caer las láminas de plomo que se esparcieron por el suelo. Recogió las que pudo, sin soltar la pintura, y con dificultad continuó subiendo a trompicones hasta llegar a la calle.

Sus hombres le estaban esperando para escoltarle. Inició el paso hacia el helicóptero con el pie a rastras, dejando un reguero de sangre a su paso. Fue entonces cuando las sirenas de la policía retumbaron en la plaza y los coches patrulla rodearon la zona. El teniente Ariza salió del vehículo con el arma en la mano, seguido del inspector Valdés, el subinspector Roque y varios agentes más. Los hombres de Fonfría abrieron fuego y se desató un tiroteo desde ambos flancos. Los policías se resguardaron detrás de los coches, pero los oponentes, que estaban en medio de la plaza, resultaron gravemente heridos, con alguno posiblemente muerto. Augusto Fonfría se quedó solo. A pesar de los gritos de alto y las órdenes de que se detuviera y tirara el arma, no hizo caso y continuó avanzando. Sus reflejos se debilitaron y cayó al suelo de rodillas. Los gritos de los agentes le resonaban en los oídos, pero hizo caso omiso y como pudo se puso de pie. Quiso avanzar, pero no podía. Flaqueó, se sintió desamparado y sin fuerzas. Se vio perdido. No llegaría. Observó a su alrededor, levantó el brazo y se pegó un tiro en la sien.

Su cuerpo, ya sin vida, aterrizó sobre el pavimento de la plaza. Nadie pudo hacer nada para evitarlo. Cuando los agentes se acercaron, todavía sujetaba los manuscritos edetanos, junto con el tubo de cuero del óleo que se había teñido de rojo.

CAPÍTULO 99

Alejandra salió de casa acompañada por Lluís, quien la ayudó a ponerse la chaqueta sobre los hombros. Llevaba un cabestrillo en uno de los brazos. Afortunadamente, el disparo no llegó a alcanzarla de pleno, ya que estaba resguardada detrás de la mesa donde se apoyaban los manuscritos. La bala impactó en las láminas de plomo, desviando su trayectoria e hiriéndola en un brazo. Se podría decir que los manuscritos edetanos la habían salvado.

Se reunieron con Sara y Jesús en el portal. Su hermana la abrazó apenas se encontraron. Juntos caminaron por la calle Quart, saludaron a Andreu al pasar por la plaza del Tossal, que servía una mesa en la terraza del bar, y continuaron por la calle Caballeros hasta la plaza de la Virgen.

Jesús recordó la escena de días atrás y visualizó el helicóptero y toda la parafernalia de la puesta en escena, pero rápidamente desechó el pensamiento; no valía la pena revivirla. Por suerte, todo parecía haber vuelto a la normalidad.

Los cuatro entraron en la Casa Vestuario y subieron a la sala de juntas del piso superior. Saludaron a los síndicos, en especial a Humberto Fernández, que se encontraba recuperado a medias de la paliza sufrida.

—¿Cómo se encuentra, Humberto? —le preguntó Alejandra al notar que todavía tenía moratones en la cara.

—Mejor, recuperándome poco a poco —le contestó—. Aunque veo que tú también... —mencionó al señalar su brazo.

—Sí, ha sido bastante duro —reconoció—. ¡Pero ya ha pasado! —Respiró profundamente antes de continuar—: ¡Debemos seguir con nuestras vidas!

—¡Muy cierto! Aprendemos de nuestros errores y de las experiencias vividas —habló con la sabiduría que da la edad—. Son esas experiencias las que nos fortalecen.

Alejandra lo abrazó, emocionada. Admiraba muchísimo a ese

hombre. Luego, Humberto Fernández sacó un papel de su bolsillo.

—He encontrado esta información en nuestros queridos manuscritos. Dado el rumbo que tomarán a partir de ahora, esto ha sido como una despedida. Quería entregároslo antes de los últimos acontecimientos, aunque nunca es tarde —dijo con una sonrisa traviesa que contagió a la joven—. Sé que todo está muy reciente, pero te hago la entrega por si queréis intentarlo.

Alejandra lo tomó con expresión de intriga y frunció el entrecejo. Estaba a punto de echarle un vistazo, cuando notó la llegada del teniente Ariza, Ernesto Egea y Diego Manrique. Decidió guardarlo y se unió a los saludos.

—Me alegro mucho de volver a verla, Alejandra —le dijo Manrique al estrecharle la mano—. Le dije que, si todo salía bien, posiblemente no volveríamos a vernos.

—Lo recuerdo —contestó ella mientras rememoraba sus palabras.

—Si estoy aquí, no es porque no hayan realizado un buen trabajo, sino porque lo han bordado.

—¡Gracias, señor!

—Sé que ha sido una tarea complicada para todos —dijo, y se dirigió también a los demás—. Por ello, los felicito. Quiero que sepan que tienen un hueco en ARCA, si lo desean.

Todos sonrieron y negaron con la cabeza.

—Venga, le presentaré a Humberto Fernández, presidente del Tribunal de las Aguas, y a los demás síndicos —propuso Alejandra.

Después de los saludos pertinentes, tomaron asiento alrededor de la enorme mesa para abordar los puntos pendientes y aclarar cómo iban a gestionar el traspaso de los manuscritos edetanos. Cuando todo estuvo resuelto, bajaron a la misteriosa sala.

Tanto Diego Manrique, como Egea y Ariza, se quedaron boquiabiertos al ver tanto valor y conocimiento junto. Alejandra se aproximó al lugar exacto donde había recibido el disparo y deslizó su mano sobre el montón de láminas de plomo. Al hacerlo, notó la marca de la bala que había impactado en una de ellas. Egea se le acercó.

—¡Estamos realmente orgullosos del éxito de la operación! —la felicitó—. Hemos logrado atrapar a un buen puñado de poderosos corruptos y mafiosos que tendrán que rendir cuentas ante la justicia. Entre ellos se incluye a Ramiro Matoses, que no piense que se va a librar por haber escapado a Italia.

—Gracias —murmuró—. Aunque nunca imaginé que Augusto Fonfría terminaría así —mencionó, y recordó la imagen de su cuerpo tendido en el suelo, envuelto en su propia sangre—. Mi anhelo era que se pudriera en la cárcel. ¡Que pagara por todo lo que ha hecho!

—Lo sé. A veces, las reacciones de los demás nos sorprenden. Él ya había estado en prisión, sabía lo que le aguardaba. Vosotros lo provocasteis. ¡La decisión fue suya! ¡Única y exclusivamente!

Ella asintió, sabía que Egea tenía razón.

—Creo que esto te pertenece —dijo Ernesto Egea, y le entregó la lámina de plomo con la hendidura de bala—. ¡Un recuerdo para siempre!

Alejandra la aceptó con una sonrisa.

—Además, como lo prometido es deuda, ARCA os ha pagado un fin de semana en cuatro *suites* del Hotel Balneario Las Arenas. Una para cada pareja. ¡Todos os lo merecéis por igual!

Alejandra lo abrazó agradecida. Ernesto se había ganado a pulso su aprecio.

—Ah… se me olvidaba —añadió Egea—. Toda la ropa que habéis utilizado es para Sara y para ti.

—¿De veras? —exclamó emocionada solo de pensar en la alegría que le daría a su hermana—. ¿Incluye los complementos? —preguntó ilusionada como una niña.

Ernesto Egea asintió sonriente.

Sara y Alejandra dejaron el coche en el aparcamiento del hospital La Fe. El sol había empezado a ocultarse y tejía una tarde apacible impregnada de tonos anaranjados en degradé. Una vez en el inmenso vestíbulo, buscaron los ascensores y subieron hasta la cuarta planta donde localizaron la habitación que tenían anotada. Alejandra abrió la puerta despacio. El silencio del interior, junto con la tenue luz, la cohibió. Su hermana le dio un suave empujón y ambas entraron a la vez. Sobre la cama se encontraba Victoria Quirós, que parecía adormilada. Sara se acercó de puntillas a la ventana para dejar el ramo de flores que llevaba sobre la repisa. Victoria se giró.

—Hola… —susurró con un hilo de voz al verlas.

—No queríamos molestarte… —se disculpó Sara.

—Me alegro de veros. La verdad es que me aburro como una

ostra.

—Queríamos darte las gracias —dijo Alejandra—. En especial yo, por dar la cara por mí. Si no lo hubieses hecho, no te habría disparado.

—¡O sí, nunca se sabe! —pronunció Victoria—. Ya me he enterado de que se suicidó.

Ellas asintieron con la cabeza.

—Gracias por las flores —expresó con sincero agradecimiento.

—De nada… —respondieron las hermanas a la vez.

—¿Volverás al periódico cuando te den el alta? —le preguntó Alejandra.

—Sí, nunca debí dejarlo. Si te animas, seguro que hay un puesto para ti —le propuso.

Se despidieron de ella contentas de haberla visitado y con la convicción de que no volverían a juzgar a nadie más. La experiencia les había enseñado que todas las personas podían cambiar. ¡Nunca era tarde para ello!

CAPÍTULO 100

El fin de semana se presentaba prometedor en el Hotel Balneario de Las Arenas. Las *suites* estaban listas para alojar a las cuatro parejas, quienes, alegres y dicharacheras, habían dejado sus maletas y se habían reunido en una de las terrazas para curiosear y disfrutar de las instalaciones. El lujo y el buen gusto eran la nota dominante en cada rincón del hotel, lo cual aseguró que las sonrisas no se borraran de sus rostros, desde su llegada hasta la hora de comer.

Reunidos alrededor de un impecable mantel y altas copas de cristal, disfrutaban de un exquisito arroz acompañado de un surtido de aperitivos, en perfecta armonía con el mejor de los vinos.

—¡Qué bonito es todo esto! —exclamó Tía Rosa encantada.

Miguel saboreó la última gota de su copa.

—¡Esto sí que es vida! —exclamó Andreu.

—Ya sé que hemos quedado en no hablar de trabajo —agregó Alejandra—, pero ARCA me ha vuelto a insinuar si queremos trabajar para ellos.

—¡No, gracias! —negaron todos a la vez y sin dudarlo, envueltos en sonoras carcajadas.

Alejandra se puso muy seria y sacó un papel de su bolso.

—Humberto me entregó esto el día que traspasaron los manuscritos edetanos. Lo extrajo de ellos, a modo de despedida.

—¿Qué es? —preguntó su hermana.

—Las claves para descifrar el paradero del Caravaggio que nos ha quedado pendiente por encontrar —explicó Alejandra, y extendió el papel encima de la mesa—. El que realizó el pintor para san Juan de Ribera.

Instintivamente, todos se aproximaron al folio llenos de curiosidad.

—¡Yo me niego a mirarlo! —pronunció Sara, y se alejó como si le fuera a dar alergia, para evitar la tentación—. ¡A partir de ahora quiero una vida tranquila, aburrida y sin sobresaltos!

—¡Os recuerdo que dijimos que lo dejábamos! —añadió Jesús y respaldó la postura de su mujer.

—Alejandra, es muy tentador —confesó Lluís mirándola a los ojos—. Hemos vivido experiencias inolvidables, pero yo también estoy cansado. Ya es hora de comenzar una nueva vida, nuestra vida. —La cogió de las manos—. ¡Pensar solo en nosotros!

—¡Pues parece interesante! —murmuró Andreu sin apartar los ojos del acertijo.

Rebeca lo miró con reproche y le propinó un puntapié. No podía creer que aún le quedaran ganas de repetir. Sin embargo, esa frase pareció reavivar las ganas de escudriñar y echarle otra ojeada, pero se contuvieron y se unieron en una contagiosa risotada.

Rosa también golpeó suavemente a Miguel en el brazo, que se había quedado embelesado mirando el papel. No cabía duda de que a casi todos les picaba la curiosidad. Llevaban codificada en el ADN la búsqueda insaciable de adrenalina.

—¡Se acabó! ¡Mirad lo que hago! —exclamó Rosa, que cogió el papel, lo arrugó entre sus manos en forma de una pelota y lo desechó encima de la mesa entre los restos de los platos.

Los demás aprobaron su gesto.

—¡Brindo por nuestra indestructible amistad! —propuso Andreu con la copa en alto.

—¡Y porque se acabaron las aventuras! —agregó Alejandra sonriente.

Todos asintieron y los imitaron. Una vez concluido el brindis, dejaron las copas sobre la mesa y retomaron sus risas y conversaciones, entre recuerdos y planes por cumplir. Ninguno se percató de que el ovillo de papel ya no estaba sobre la mesa.

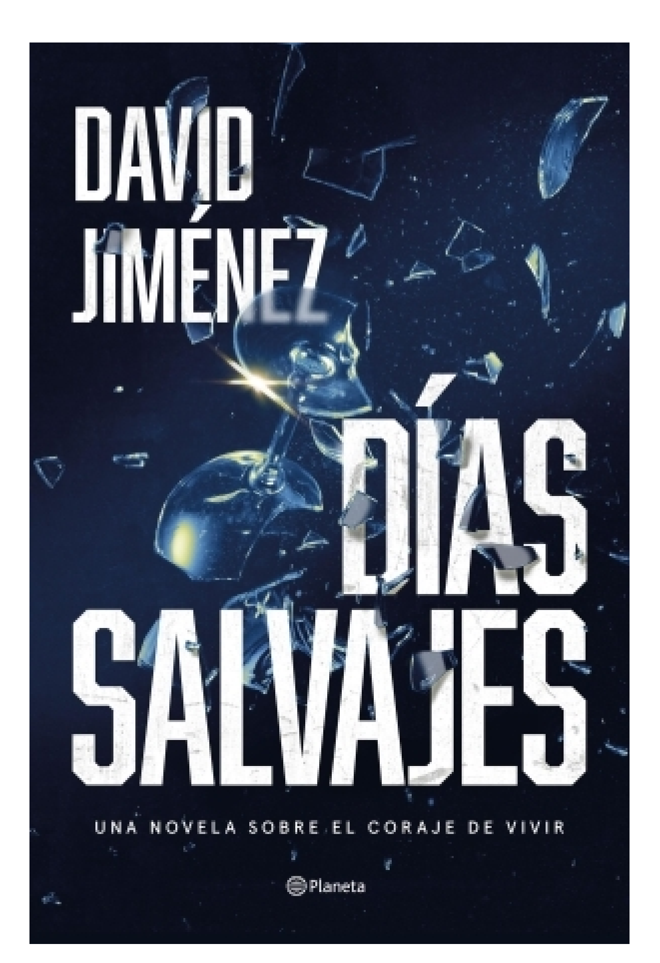
Lienzo de sangre
María Villamayor

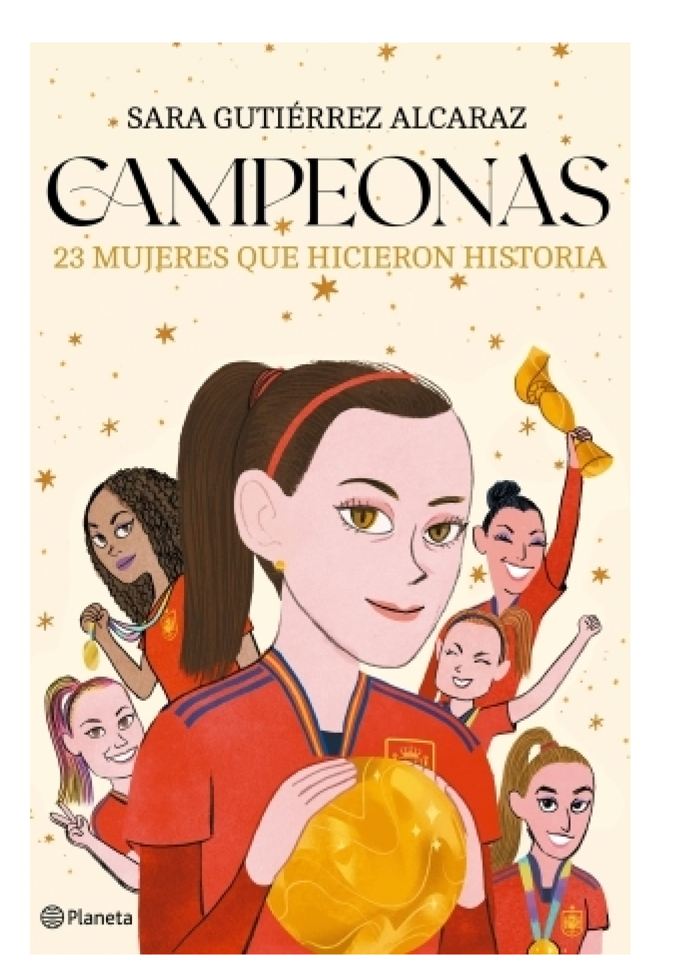
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2024

ISBN: 978-84-08-28819-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta


DAVID
JIMÉNEZ
DÍAS
SALVAJES
UNA NOVELA SOBRE EL CORAJE DE VIVIR
Planeta


SARA GUTIÉRREZ ALCARAZ
CAMPEONAS
23 MUJERES QUE HICIERON HISTORIA
Planeta

Campeonas

Gutiérrez Alcaraz, Sara

9788408289548

304 Páginas

El relato humano de estas valiosas mujeres que, sin pretenderlo, han protagonizado el verdadero me too del feminismo en España

La historia personal de las ganadoras de la Copa del Mundo de fútbol. Los obstáculos a los que se enfrentaron desde niñas, las numerosas situaciones de desigualdad y descrédito que tuvieron que superar y los vínculos de hierro que crearon para que todo su esfuerzo desembocara en el éxito que hoy conocemos. El ejemplo vital de unas deportistas que siguieron luchando para alcanzar sus metas y que, en cuanto obtuvieron el merecido reconocimiento, supieron ejercerlo en favor de la sociedad.

Sara Gutiérrez Alcaraz construye, a partir de su estrecha relación con las jugadoras, una historia de éxito cuyo motor ha sido la solidaridad entre colegas. ***Campeonas***es también una historia épica de superación universal, que fusiona de manera virtuosa la historia individual con el éxito colectivo.

Un libro de motivación, solidaridad y reivindicación en el que podrán mirarse muchas mujeres jóvenes.

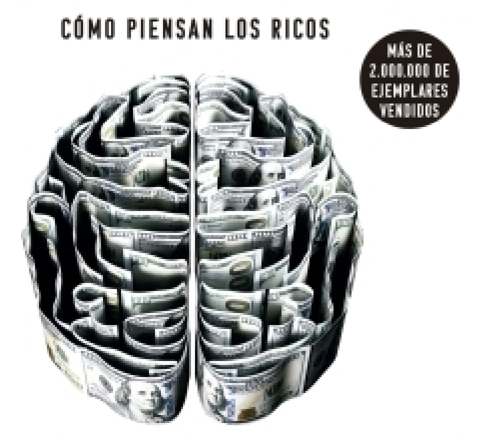
«Cualquiera que quiera hacerse rico debería tener una copia de este libro.» JAMES CLEAR, autor de *Hábitos atómicos*

MORGAN HOUSEL

LA PSICOLOGÍA DEL DINERO

CÓMO PIENSAN LOS RICOS

MÁS DE 2.000.000 DE EJEMPLARES VENDIDOS



18 CLAVES IMPERECEDERAS SOBRE RIQUEZA Y FELICIDAD

Planeta

La psicología del dinero

Housel, Morgan

9788408247265

312 Páginas

En cuestiones de dinero, lo que importa no es lo listo que seas sino cómo te comportas. Tendemos a pensar en la inversión o la gestión de las finanzas personales como una disciplina matemática, en la que los datos y las fórmulas nos dicen exactamente qué hacer. Sin embargo, el rasgo que define a las personas que logran enriquecerse no es su destreza con los números, ni su salario o su talento, sino su historia personal, sus motivaciones y su visión única del mundo.

Un genio que pierde el control de sus emociones puede ser un desastre financiero. Y lo mismo vale en caso contrario: gente de a pie sin formación en finanzas puede enriquecerse si cuenta con unos cuantos patrones de comportamiento. Esto, impensable en otras disciplinas como la arquitectura o la medicina, es fundamental en el campo de las finanzas.

Este libro, llamado a convertirse en un clásico de las finanzas personales, nos provee del conocimiento esencial para entender la psicología del dinero y nos invita a hacernos una pregunta fundamental que raramente nos hacemos, cuál es nuestra relación con el dinero y qué queremos realmente de él.

A partir de 18 claves imperecederas, Morgan Housel nos enseña cómo funciona la psicología del dinero y cuáles son los hábitos y conductas que nos ayudarán no solo a generar riqueza, sino, más importante aún, a conservarla.

«Un libro imprescindible para cualquiera que quiera tomar decisiones más inteligentes y vivir una vida más rica.» **Daniel Pink**, autor de *La sorprendente verdad sobre qué nos motiva*

«Ideas fascinantes y consejos prácticos. Cualquiera que quiera hacerse rico debería tener una copia de este libro.» **James Clear**, autor de *Hábitos atómicos*

«Uno de los mejores y más originales libros de finanzas de los últimos años.» **Jason Zweig,** *Wall Street Journal*

«Housel es de esos escritores capaces de hacer digeribles conceptos financieros de lo más complejos. Este es un libro que se devora de principio a fin y que no solo nos explica por qué tomamos malas decisiones con respecto al dinero, sino que nos ayudará a tomar mejores.» **Annie Duke,** autora de *Thinking in Bets*

La riqueza no es fruto de nuestra inteligencia, talento o trabajo.

Es fruto de nuestro comportamiento.





PAULA CAMARÓS RUIZ

HA NACIDO UNA MADRE

Una guía práctica para orientarte en tu postparto
y durante los primeros meses de tu bebé

Planeta

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


SANTIAGO POSTEGUILLO
LOS SECRETOS DE
LOS
ASESINOS
DEL
EMPERADOR
Planeta

Los secretos de los asesinos del emperador

Posteguillo, Santiago
9788408123606
36 Páginas

¿Cuál fue el papel que desempeñó la esposa de Domiciano en la conjura contra su marido? ¿A quién se contrató para intentar asesinar al mismísimo emperador? ¿Por qué Roma decide elegir como emperador a Trajano, un hispano no nacido en Roma? ¿Existieron las gladiadoras? ¿Por qué Domiciano se volvió tan paranoico?   Santiago Posteguillo nos desvela en estas páginas todos los secretos de Los asesinos del emperador, su nueva novela.   ¿Qué es ficción y qué realidad?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)